

ESTUDIOS PÚBLICOS

Nº 72

PRIMAVERA

1998

Arturo Fontaine Talavera

*Estados Unidos y la
Unión Soviética en Chile*

Edward M. Korry

*Los Estados Unidos en Chile y
Chile en los Estados Unidos (1963-1975)*

**Edward M. Korry,
Joaquín Fernandois y
Arturo Fontaine Talavera**

El embajador E. M. Korry en el CEP

Olga Uliánova y Eugenia Fediakova

*Algunos aspectos de la ayuda financiera
del PC de la URSS al comunismo chileno
durante la Guerra Fría*

Joaquín Fernandois

¿Peón o actor? Chile en la Guerra Fría

José Joaquín Brunner

*Malestar en la sociedad chilena:
¿De qué, exactamente, estamos
hablando?*

Juan Andrés Fontaine

*¿Es sostenible nuestro déficit
de cuenta corriente?*

José De Gregorio

*Déficit en la cuenta corriente
¿Estamos frente a un problema?*

Dominique Hachette

*Comentarios al Informe de la
Comisión Nacional del Ahorro*

Gabriel del Fávero y Ricardo Katz

*El sistema de generación de normas
de calidad ambiental y de emisión*

Ricardo Baeza

*Stephen Hawking: La necesidad
de entender el universo*

Carlos Cousiño V., Roberto Hozven

*Mario Vargas Llosa: La utopía arcaica.
José María Arguedas y las ficciones del
indigenismo*

Chile en los archivos de Estados Unidos (1970)

Chile en los archivos de la Unión Soviética (1959-1973)

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

PRÓLOGO

ESTADOS UNIDOS Y LA UNIÓN SOVIÉTICA EN CHILE

Arturo Fontaine Talavera

Transcurridos veinticinco años desde el término del convulsionado período que se cierra con el golpe militar de 1973, tenemos constancia de que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética desempeñaron papeles de importancia en Chile. Y eso no fue obra de la casualidad ni del designio de conspiradores megalómanos, sino que fue parte de la lucha en la que estaban comprometidas todas las fuerzas del país. Esa confrontación internacional era inseparable de la confrontación intelectual y política interna.

Las reflexiones que siguen, dejando de lado otros aspectos y dimensiones del complejo conflicto político chileno de la década 1963-1973, que desde luego son importantes, se concentran exclusivamente en la contribución económica y en los análisis que realizan colaboradores externos como Estados Unidos y la Unión Soviética.

La lucha por el poder en Chile, de una manera u otra, estuvo influida por la Guerra Fría. Hay que admitir que Chile no era sólo un pequeño país aislado y lejano, sino que era uno de los escenarios donde se enfrentaban dos visiones del mundo, donde medían su poder persuasivo las dos

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M. Phil. y M.A. en Filosofía, Columbia University. Profesor de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

grandes potencias de la época. La lucha política nacional tenía connotaciones e implicancias internacionales.

La prueba más simple de esto es que ya sea en África, en la ex Unión Soviética, o en cualquier país latinoamericano, las figuras de los últimos gobernantes chilenos son significativas para cualquier persona bien informada. Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende, Augusto Pinochet representaron una posición en la política mundial. No ha pasado así con los gobernantes argentinos ni con los peruanos. De alguna manera el APRA del Perú y el peronismo de Argentina son fenómenos locales. Dificilmente podrían tener las connotaciones que tuvieron los gobernantes chilenos que asumían ideologías o enfoques internacionales y optaban por experiencias reproducibles, de algún modo, en otras partes. Por esto, la intervención de las grandes potencias no implica que los políticos chilenos hayan sido simplemente peones o agentes a su servicio. No. Lo que ocurre es que al interior de la sociedad chilena el conflicto político e ideológico se vive espontáneamente como parte del conflicto político e ideológico mundial. Las potencias extranjeras intervienen, pero no inventan el conflicto político chileno de la época. El grueso de los partidos, movimientos e instituciones que recibieron colaboración extranjera tenían indudablemente raíces propias en el país.

Los documentos que se presentan a continuación acreditan la intervención económica oculta en la política chilena tanto por parte de Estados Unidos —lo que era conocido desde la publicación del informe *Covert Action in Chile* en 1975¹— como de la Unión Soviética, hecho que se comprueba y publica por primera vez a través de la revista *Estudios Públicos*.

Por cierto, Chile es sólo uno de los muchos países en donde las grandes potencias miden sus fuerzas. En estos documentos aparecen mencionados Yugoslavia, Etiopía, Francia, Italia, en fin. Es un tipo de influencias que no es nuevo. Ya en *La Guerra del Peloponeso*, de Tucídides, por ejemplo, Atenas y Esparta se encuentran y combaten en cada polis griega. Pero el que ello haya ocurrido, y desde antiguo, no significa que sea positivo ni que haya que aceptarlo sin más. Al contrario, la pregunta es cómo debe regularse jurídicamente el financiamiento político de modo de hacer improbable y riesgosa la intervención económica encubierta de potencias extranjeras.

¹ *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report* (Washington DC: US Government Printing Office, 1975), publicación que contiene la investigación llevada a cabo por una Comisión del Senado de Estados Unidos (conocida como Comisión Church), acerca de las operaciones encubiertas del servicio de inteligencia estadounidense en Chile.

En Chile está pendiente una reflexión seria acerca de la manera en que se vivieron estos influjos e interacciones entre los políticos chilenos y sus aliados y colaboradores externos. Los papeles que aquí se dan a conocer son una contribución en ese sentido. Porque tras su lectura queda la impresión de que hubo múltiples equívocos, magnificaciones, voluntarismos, ilusiones, complicidades, imprudencias y demonizaciones que facilitaron la radicalización de la sociedad chilena y la pusieron en el camino del odio y la violencia. Virtualmente todos los sectores políticos relevantes parecen haber recibido colaboraciones económicas desde el exterior, a lo menos durante algunos de los años del período 1963-1973. A la vez, todos ellos tenían un fuerte arraigo local, independientemente de los apoyos recibidos desde fuera. Que el conflicto chileno haya tenido un contenido y una significación global no significa, por cierto, que el modo en que se interpretó e hizo carne esa globalización haya sido sensato ni conveniente para los intereses generales del país.

La primera parte de los documentos que siguen —“Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos, 1963-1975”, “El embajador Edward M. Korry en el CEP” y “Chile en los archivos de Estados Unidos (1970)” — trata de las revelaciones y documentos del embajador de los Estados Unidos en Chile, Edward Korry (1967-1971). Destaca en ellos su tesis, según la cual la Administración Kennedy apoya el proyecto demócratacristiano como alternativa a Cuba, y lo hace con aportes económicos muy importantes. Dichos aportes no van solamente al partido sino que comprenden una multitud de vías distintas (entre otras la AID y la CIA), las que, según el ex embajador, deben ser vistas sin embargo como complementarias, como partes integrantes de una estrategia de conjunto. Se trataba de “establecer una dinastía, para que Chile fuera estable y lo suficientemente confiable como para que valiera la pena una inversión económica y social de 1.250 millones de dólares”².

Las contribuciones de la CIA en Chile son materia conocida. Fueron reveladas en la investigación realizada por la Comisión Church. Por ejemplo, en 1964 Estados Unidos destinó 3 millones de dólares (equivalentes a 16 millones de dólares de 1997) a la campaña de Eduardo Frei Montalva. En 1970, se aprobaron 425 mil dólares (1 millón 758 mil dólares de 1997) a las candidaturas no marxistas. En 1971, se canalizaron 3 millones 577 mil

² E. M. Korry, “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos, 1963-1975”, p. 31, *supra*.

dólares a los partidos, movimientos e instituciones antimarxistas, y entre enero y septiembre de 1973, se destinaron 200 mil dólares³. Lo nuevo, entonces, es la visión de una estrategia de conjunto que antecede con mucho al gobierno de la Unidad Popular.

Un segundo aspecto de los archivos del embajador Korry que vale la pena destacar es su Informe de Contingencia ("Fidelismo sin Fidel")⁴, enviado a Washington en agosto de 1973. El embajador anticipa el triunfo de Salvador Allende y el fracaso de cualquier intento destinado a impedir que asuma. El embajador Korry se opuso con vehemencia a las maniobras que, a pesar suyo, llevó a cabo Washington en ese sentido, y a consecuencia de lo cual murió asesinado el Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider.

En un tono sobrio y a ratos desencantado, el informe secreto "Fidelismo sin Fidel" hace un diagnóstico de lo que cabe esperar del gobierno de Salvador Allende. Es un texto que habla de las limitaciones del poder de Estados Unidos en Chile. La ambiciosa y millonaria estrategia de la Administración Kennedy ha fracasado. A la vez se esbozan las opciones que le quedan a Estados Unidos.

Lo que más parece preocuparle es que a través de medidas de regulación económica las grandes empresas pierdan autonomía y priven a la prensa, a la radio y a la televisión de oposición del aviso necesario para su subsistencia. Sin necesidad de expropiarlas se conseguiría idéntico objetivo. "A nuestro juicio, el grupo Edwards y sus diarios pueden ser destruidos en el corto plazo a través de medidas impositivas y crediticias, aun cuando Allende no intente expropiar *El Mercurio*, como amenazó en una oportunidad [...]. La posibilidad real de ejercer una oposición sería más ilusoria que real"⁵.

Si la asfixia económica es el talón de Aquiles de la oposición, de ello se sigue una estrategia para los Estados Unidos: mantener vivos los medios de comunicación y las fuerzas de la oposición asegurándoles los recursos requeridos: "Nuestro objetivo al interior de Chile podría describirse como el fortalecimiento de las agrupaciones residuales que tengan algún tipo de compromiso democrático o antimarxista"⁶. El embajador prevé que

³ *Covert Action in Chile...*, op. cit. (véase nota 1). De los libros que tratan el punto, el de más fácil acceso en Chile y, posiblemente, el más acucioso sea el de Joaquín Fernandois, *Chile y el mundo, 1970-1973* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985).

⁴ Véase Informe de Contingencia ("Fidelismo sin Fidel") en "Chile en los archivos de EE UU (1970)", *supra*.

⁵ *Ibidem*, p. 337, *supra*.

⁶ *Ibidem*, p. 350, *supra*.

las fuerzas antimarxistas serán numerosas. Lo esencial es que tengan cómo hacerse escuchar.

Éste será en definitiva el diagnóstico y la estrategia que seguirá Estados Unidos, una vez fracasados los intentos de impedir que Allende asuma. Más aún: este enfoque es absolutamente coincidente con el de los analistas y comentaristas más lúcidos de la oposición de ese momento. Con el correr de los meses, llegará a ser plenamente compartido tanto por quienes se identifican en el plano político con la Confederación Democrática (CODE) que preside Patricio Aylwin, como por quienes participan en el vasto movimiento gremial (Confederación de la Producción y del Comercio, dueños de camiones, comercio detallista, estudiantes de las universidades católicas y amplios grupos de estudiantes secundarios, empleados bancarios, etc.) que logrará paralizar el país. Primero, en octubre de 1972 y, luego, a partir de abril de 1973, volviendo en definitiva intransitable la “vía chilena hacia el socialismo”. Los aportes económicos de Estados Unidos contribuirán a la desestabilización del gobierno de la Unidad Popular.

Cuando los opositores gritaban por las calles “¡la Papelera NO!” (amenazada de asfixia económica vía control de precios), estaban estableciendo una relación entre la empresa privada que producía el papel de periódicos, la prensa de oposición y la democracia. Esa movilización no habría sido posible sin la prensa, la radio y la televisión que la apoyaban, y sin el grave empeoramiento de la situación económica, en especial, la angustiante escasez de bienes de primera necesidad que se generaliza antes de que el gobierno cumpla su segundo año en el poder.

La segunda parte de los documentos que *Estudios Públicos* da a conocer en este número —“Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría” y “Chile en los archivos de la URSS (1959-1973)”, una selección de documentos soviéticos— son el resultado de una investigación del CEP en los archivos secretos de la Unión Soviética, en particular, del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (CC del PCUS), del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS y de la KGB. La documentación del período no ha sido aún abierta al público. La información que se obtuvo representa una primicia. Nuestras investigadoras Olga Uliánova y Eugenia Fedikova trabajaron más de un año para conseguir partes de estos documentos secretos.

Dejarán gusto a poco. Esta investigación ha conseguido lo que consiguió. No más. Pero, pese a su carácter fragmentario, censurado e incom-

pleto, permite aquilatar la clase de vinculación que tuvieron el Partido Comunista de Chile (PCCh) y el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Hay, por ejemplo, trozos del diario del embajador soviético A. V. Basov escritos en enero y en septiembre de 1972; un interesantísimo informe del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, escrito en julio de 1972; y documentación que acredita las contribuciones económicas del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética al Partido Comunista de Chile con las firmas de altos dignatarios, entre otros, del propio Premier soviético, Leonid Brezhnev⁶.

¿Qué puede concluirse de esta investigación en los archivos secretos de la URSS? Primero, lo que siempre se supuso y ahora pasa a ser un hecho comprobado: que el Partido Comunista de Chile recibió de una manera constante y regular financiamiento soviético para sus actividades políticas. Dicho financiamiento se canalizó por varias vías: viajes, invitaciones y becas; capacitación y material de propaganda; donaciones en especies y en dinero. No se contabilizan aquí aportes al movimiento sindical, apoyos de tipo cultural y educativo, ni, por cierto, lo que se refiere a vínculos comerciales. En ese sentido no es comparable con la contribución de conjunto que realiza Estados Unidos, según los datos del embajador Korry. La documentación que aquí se publica se refiere exclusivamente a las donaciones en dinero del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética al Partido Comunista de Chile.

Según nuestras investigadoras, la evidencia sugiere que se trata de aportes que se destinaron principalmente a financiar dirigentes y a efectuar propaganda. Si se hacen los ajustes monetarios correspondientes, puede comprobarse que se trata de cantidades suficientes como para financiar a un núcleo de líderes provenientes del mundo obrero y del mundo intelectual (periodistas, profesores, etc.) que constituyen la base de la dirigencia comunista. Así, ya en 1963 el Partido Comunista recibe 200 mil dólares (equivalentes a 1 millón 46 mil dólares de 1997). Se estima que la misma cantidad llega, por lo menos, en 1964. En 1970, la URSS canaliza 400 mil dólares (equivalentes a 1 millón 655 mil dólares de 1997) y, en 1973, proporciona 645 mil dólares (equivalentes a 2 millones 331 mil dólares de 1997)⁷.

En cuanto a la propaganda, el grueso de ella se hacía a través de diarios y radios propios o afines que presumiblemente no cobraban. El

⁶ Véanse documentos en "Chile en los archivos de la URSS (1959-1973)", *supra*.

⁷ Olga Uliánova y Eugenia Fediakova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", cuadro N° 1, p. 127, *supra*.

rayado de murallas, tan característico de la izquierda de la época, era realizado por brigadas de voluntarios para los que llegó a ser una forma de arte.

El análisis de la Academia de Ciencias de la URSS, utilizando información del momento (julio de 1972), concluye que probablemente no habrá golpe de Estado en Chile y que Allende llegará al 76 como Presidente constitucional. La predicción descansa sobre un supuesto: el grueso de los soldados del Ejército y cuerpo de Carabineros no son hostiles a la Unidad Popular. Incluso, muchos de ellos, se sostiene, son partidarios o, al menos, espectadores complacientes. ¿Sería esa la situación a la fecha y después cambió o los soviéticos simplemente se equivocaron? El otro supuesto es la lealtad del alto mando a la Constitución y a las leyes, lo que tiende a interpretarse, pareciera, como lealtad al Presidente⁸.

Algunos meses después, en septiembre de 1972, el embajador Basov da cuenta en su diario de una conversación con los dirigentes comunistas Luis Corvalán y Volodia Teitelboim⁹. “L. Corvalán”, anota el embajador Basov, “subrayó que en estas condiciones existe un peligro real de intentos de golpe de Estado.” Señala una serie de “factores” como causantes de “estos ánimos”: “alza de precios, problemas con el abastecimiento, asesinato de un carabinero, descubrimiento de la actividad funesta de grupos de ultraizquierda y de vínculos entre éstos y el PSCh, realización de entrenamientos militares por los socialistas. Todo esto lleva a la brusca caída del prestigio del gobierno de Allende”.

La información proviene del Partido Socialista, pero Volodia Teitelboim da cuenta de una conversación suya “con el jefe de contrainteligencia del Ejército, general Sepúlveda”. En ella se “llegó a un acuerdo sobre la coordinación de las fuerzas de seguridad y de los partidos del bloque popular [...]. Se decidió a la vez movilizar a las fuerzas leales al gobierno”... Se subentiende que para prevenir y contrarrestar un golpe militar.

Corvalán y Teitelboim no parecen tener dudas acerca de “la actitud leal del alto mando militar”, del “cuerpo de oficiales y [...] del general C. Prats”. Con todo, Teitelboim “informó sobre los intentos de grupos de ultraizquierda de penetrar las filas del Ejército, provocando creciente preocupación en los círculos militares”, “la creciente presión que las fuerzas reaccionarias realizan sobre el Ejército”, la identificación de las FF. AA. con el modo de pensar de “las capas medias”, y el problema económico. “El empeoramiento de la situación económica no está fuera de atención de

⁸ Documento 2-9, “Chile en los archivos de la URSS”, pp. 424-440, *supra*.

⁹ Documento 2-10, “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*. Las citas a continuación corresponden a las páginas 441, 442 y 443, *supra*.

las Fuerzas Armadas”, habría afirmado Teitelboim. Todo esto antes del paro de octubre de 1972.

Ya entonces está meridianamente claro para los dirigentes comunistas que el poder que está decidiendo la suerte del proyecto de la Unidad Popular es, fundamentalmente, el Ejército y Carabineros. A la vez, que su posición está determinada, por una parte, por la tradición constitucionalista, que pesa, y la actitud del alto mando al respecto. Se menciona un informe de la CIA, según el cual el 85% de las FF. AA. serían leales a la Constitución. (¿Se equivocó la CIA?) Por otra parte, el “empeoramiento de la situación económica” también pesa.

Si la lealtad del Ejército y la situación económica se conectan, ¿qué soluciones proponen los dirigentes comunistas para mejorarla? Las medidas internas a que se alude en el diario del embajador Basov son muy insuficientes: aumentar la productividad de las empresas, modificar el sistema tributario para gravar más a los sectores más ricos y asegurar la redistribución de ingresos, controlar las alzas de los precios de los productos de primera necesidad... Creer que medidas de este tipo bastaban habría sido absurdo. Su apuesta es otra. Todo eso, por cierto, se proponían los comunistas. Pero al mismo tiempo tenían, como veremos, un plan, una esperanza. De haberse materializado, quizás el resultado del proceso hubiera sido distinto.

Los autores del informe del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS¹⁰ afirman que “la realización exitosa del programa del bloque de la Unidad Popular tiene que conducir a la sociedad socialista”. “Sin embargo”, agregan, “los modos para alcanzar ese objetivo no están claros todavía”. El caso chileno plantea “complejos problemas de carácter teórico y práctico” con los que “hasta ahora el movimiento revolucionario chileno e internacional no se habían enfrentado”.

Interesan los elementos de la situación política chilena que sintetiza el informe confidencial de la Academia. Entre ellos, primero, que el gobierno “realiza su política contando con un estrecho contacto y apoyo de la Central Única de Trabajadores (CUT)”, que “tiene una gran influencia entre los trabajadores de Chile”. Sin embargo, reformas tendientes a elegir los dirigentes “mediante la votación directa de todos los miembros del sindicato” favorecerán “la influencia del economicismo”, postura de los trabajadores proclives a la Democracia Cristiana.

¹⁰ Documento 2-9, *op. cit.* Las citas a continuación corresponden a las páginas 424-425; 427-429, *supra*.

Segundo, que Eduardo Frei “promueve una línea dura respecto del gobierno y busca una alianza con la derecha”.

Tercero, que debido a enmiendas legislativas vinculadas al proyecto de la diferenciación de las tres áreas de la economía, se han suspendido las nacionalizaciones porque requieren ley y, por lo tanto, aprobación del Congreso.

Cuarto, que las enmiendas aprobadas “llevarán a una agudización aún mayor de la lucha en el país”, por cuanto “la CUT nunca apoyará la devolución de las empresas”. El propio Allende ha planteado que “el destino de las empresas expropiadas lo van a decidir los mismos obreros”. El punto es fundamental porque pone al Presidente y a la CUT en conflicto con la legalidad. Los autores del informe no parecen notar que esto pueda afectar la lealtad y obediencia de las FF. AA. que no se debe al Presidente, sino a las leyes.

Quinto, que “Allende, a pesar de algunas de sus declaraciones respecto al MIR, donde los amenaza con represalias, aspira más bien a poner bajo su control a esta organización más que a debilitarla o a destruirla”.

Sexto, que con respecto al futuro hay, básicamente, dos estrategias. El Partido Comunista se propone “transformar al máximo la economía antes de 1976, para cerrar el camino atrás, independientemente de quién llegue al poder en las nuevas elecciones presidenciales”. Por desgracia, el informe no entra en detalles. ¿Cómo se pensaba conseguir esto? Hay indicios: por ejemplo, la no devolución de las empresas aunque la ley diga lo contrario. Se trata, al parecer, de una estrategia que significa que el poder económico conquistado no podía perderse aunque se perdieran las elecciones. No es fácil entender cómo se quería conciliar el apego a la democracia y a la alternancia en el poder con la “irreversibilidad del proceso” que se proclamaba por doquier, y que estos documentos reservados confirman.

La otra estrategia es la socialista, que consiste en “quedarse con el poder después de 1976”. El problema es que “no saben cómo hacerlo”, aseguran los soviéticos.

Séptimo, que Allende, “demostrando su confianza en el Ejército” utiliza cada vez más frecuentemente “las declaraciones de estado de sitio con la entrega de control a los militares en todo el país y en algunas provincias”. Pero “eso, sin lugar a dudas, tiene un aspecto muy peligroso: los oficiales del Ejército aprenden a gobernar el país [...] y tal experiencia crea antecedentes para un golpe de Estado”.

Éste es, según estas fuentes, el dramático escenario a mediados de 1972, a menos de dos años de gobierno de la Unidad Popular. Sabemos que ya los líderes del comunismo chileno ven en las FF. AA. el factor clave, y

que ellas, a su vez, están siendo afectadas “por el empeoramiento de la situación económica”.

¿Cuál es, entonces, la solución al acuciante problema económico? Ni más ni menos que un generosísimo préstamo de la Unión Soviética. Su motivación sólo podía ser política. Ése es, en una palabra, el plan, la esperanza y la ilusión fatal.

El informe de la Academia presenta un breve recuento del incremento de las relaciones comerciales entre Chile y la Unión Soviética durante el último tiempo: de 0,8 millones de rublos en 1970 a 7,8 millones de rublos en 1971. Se menciona la ampliación de un crédito de 15 a 55 millones de dólares de la época y su reprogramación para la compra de maquinaria y la participación soviética en la pesca industrial, en proyectos de construcción de puertos, en una fábrica de aceites y lubricantes, en fin, una planta industrial para la fabricación de bloques prefabricados.

El informe no comenta la oferta de un crédito soviético a las FF. AA. Según el embajador Korry, ésta se produjo después de la visita del general G. Pickering, quien estuvo en la URSS en agosto de 1971¹¹. Posteriormente visitan la URSS el Presidente Allende (diciembre de 1972) y el general C. Prats (mayo de 1973). Se trata de un préstamo de 50 millones de dólares de la época, a un plazo de 50 años y con un interés de 1% anual, destinado a comprar armas. Según el embajador Korry y Paul E. Sigmund, la oferta fue rechazada por la oposición que despertó al interior de las FF. AA.¹²

En el informe, después se pasa a comentar la proposición chilena. Durante la visita del “vicepresidente del Comité Estatal de Planificación de la URSS, camarada M. A. Pertzév” se destacó “el interés especial de Chile de importar desde la URSS trigo, carne, mantequilla y algunos otros productos alimenticios, así como algodón, petróleo crudo, etc., por un total de 100 a 120 millones de dólares anuales” (de la época). También “la parte chilena informó de su interés en importar maquinaria y equipos varios (para la construcción de carreteras, el sector energético, instalaciones de perforación, además de tractores, trolebuses, etc.) por un total de 30 millones de dólares anuales, aproximadamente”. Salta a la vista que se trata de solucionar el problema de la escasez de productos de primera necesidad importándolos desde la Unión Soviética para ser distribuidos a través de la “Distribuidora Nacional” (DINAC) —que se crearía el 23 de enero de 1973— y de las “Juntas de Abastecimientos y de Precios” (las JAPs), que

¹¹ Véase E. M. Korry, “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos”, apéndice 1, pp. 53-55, 106, *supra*.

¹² E. M. Korry, *ibidem*, y Paul E. Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (University of Pittsburg Press, 1977), p. 194.

funcionaban ya en septiembre de 1971. El problema siguiente es cómo pagar por estas importaciones.

“Sin embargo”, continúa el informe, “la parte chilena quisiera empezar los primeros pagos por los suministros respectivos sólo a partir del año 1976. Esto implica que se suponía importar los productos soviéticos, principalmente alimentos y materias primas, en las condiciones de un crédito a largo plazo, que sería pagado después de las elecciones de 1976, es decir, por la siguiente administración chilena, mientras que las transacciones de estos productos en la práctica internacional se realizan normalmente en efectivo sobre la base de crédito de corto plazo (hasta un año)”. La parte chilena espera que la URSS, por su lado, pague por las exportaciones chilenas “150 millones de dólares anuales, aproximadamente [...] en efectivo y en divisa convertible”.

La propuesta chilena, si estos documentos están en lo cierto, se fundamentó, por un lado, en “grandes restricciones de carácter monetario y financiero” y, por otro lado, en “razones políticas”.

Sobra decirlo, la Unión Soviética rechazó la propuesta chilena: “Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes partidas de productos de primera necesidad y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de créditos de largo plazo. A su vez, se supone que la Unión Soviética tendría que importar productos, de los cuales no tiene mayor necesidad, con el pago inmediato en moneda dura”.

Puesto en otros términos, la parte chilena quería crear una nueva Cuba para la Unión Soviética, pero para la economía soviética esa ya no era una buena noticia. Para muchos de los dirigentes marxistas de ese momento, para un Partido Comunista que había llegado a apoyar públicamente la entrada de los tanques soviéticos a Praga, para un Presidente Allende que había llamado a la Unión Soviética nuestro “hermano mayor”, tal vez esto no era previsible. Pero el salvavidas soviético no llegó y el futuro del gobierno de la Unidad Popular, que a esas alturas era bastante incierto, se ensombreció definitivamente.

En efecto, el fracaso de estas gestiones dejó al gobierno del Presidente Allende en una situación desesperada. El dramático escenario que esbozaba el informe de la Academia tendería a agudizarse muy rápidamente. Pocos meses después se desata el paro de octubre y Allende sólo logra que se suspenda llamando a los militares al gobierno. Temas que ya se percibían cruciales, tales como el de la devolución de las empresas en manos de los trabajadores, la escasez de alimentos y otros bienes básicos (como repuestos de maquinarias), la violencia terrorista de grupos extre-

mistas de ambos bandos, la infiltración de grupos de extrema izquierda en las Fuerzas Armadas, se vuelven todavía más apremiantes. Ahora los militares son abiertamente los árbitros. Como predijo en su momento el informe soviético, esta táctica del Presidente Allende tenía un riesgo: “los oficiales del Ejército aprenden a gobernar el país...”

Estos documentos acreditan la influencia y el poder que las grandes potencias consiguieron en países como Chile durante la Guerra Fría. Un poder de magnificación de los conflictos, de potenciar a ciertos grupos y líderes de un sector respecto de otros de ese sector, de crear a veces por imantación intelectual y política un ambiente propicio a las quimeras que la realidad haría pedazos dolorosamente. También demuestran sus limitaciones, su incapacidad para moldear los acontecimientos. Porque al fin y al cabo ni Frei, ni Allende, ni Pinochet resultaron ser lo que Estados Unidos o la Unión Soviética, en su caso, esperaban de ellos. Estos textos muestran que, a la larga, los demás tienen sobre nosotros el poder que estamos dispuestos a concederles. ☐

CONFERENCIA

**LOS ESTADOS UNIDOS EN CHILE Y
CHILE EN LOS ESTADOS UNIDOS***

UNA RETROSPECTIVA POLÍTICA Y ECONÓMICA (1963-1975)

Edward M. Korry

Invitado por el CEP en octubre de 1996, el embajador de Estados Unidos en Santiago entre 1967 y 1971, Edward M. Korry, entregó su testimonio de los años críticos en que estuvo al mando de la misión estadounidense en Chile, situándolo en el contexto más amplio de las conexiones chileno-estadounidenses durante los sesenta y primera mitad de los setenta. El embajador Korry destaca aquí la ayuda de enormes dimensiones —que habría llegado a bordear los 20 millones de dólares (dólares de ese entonces)— proporcionada por el gobierno de John F. Kennedy al Partido Demócrata Cristiano en Chile, y cuyo objetivo, según el embajador, era establecer en este país una “dinastía democratacristiana” que constituyera un polo de atracción opuesto al ejercido por la Revolución Cubana en América Latina. (Una iniciativa muy similar a la llevada a cabo en Italia en 1948.) A fines de 1967, con la llegada del embajador Korry a Chile, se pone fin a esa “relación incestuosa partido-partido” y se restable-

EDWARD M. KORRY. Embajador de Estados Unidos en Chile entre los años 1967 y 1971.

* Conferencia presentada el 16 de octubre de 1996 en el Centro de Estudios Públicos. Traducción al castellano de revista *Estudios Públicos*.

cen las relaciones Estado-Estado. En las elecciones de 1970, afirma el embajador, apenas se habrían canalizado a través de la CIA 125 mil dólares para la llamada “campana del terror”. Sin embargo, tras el triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales se aprobaría un vasto programa destinado a “facilitar los medios que permitieran la supervivencia de órganos de prensa, medios de difusión y una oposición democrática”, y de este modo contrarrestar las medidas adoptadas por el gobierno de la Unidad Popular para asumir el control de los medios de comunicación.

A su vez, junto a otras revelaciones de sucesos anteriores y posteriores al triunfo de Allende el 4 septiembre, el embajador se refiere a las motivaciones que habrían llevado a los principales órganos de la prensa occidental a describir a Salvador Allende como un “socialdemócrata asesinado por un Ejército represivo”, y a la investigación (o *Hearings*) efectuada por una Comisión del Senado de Estados Unidos (conocida después como Comisión Church) respecto de las operaciones encubiertas de la CIA en Chile entre los años 1963 y 1973, de la cual fue excluido el embajador Korry, impidiéndose así que diera su testimonio. Esta exclusión, según el embajador, tuvo por finalidad ocultar la ingente ayuda proporcionada por los demócratas a la DC chilena en la primera mitad de los años sesenta.

El texto que aquí se reproduce corresponde a la versión escrita que entregó el embajador Korry. Esta versión incluye largas notas en las que el embajador agrega otros antecedentes y pormenores, así como cuatro apéndices, al final, que expanden los siguientes temas: i) la ayuda militar soviética (1971-1973); ii) las actividades de la CIA en Chile entre 1969 y 1976; iii) el gobierno de Eduardo Frei M., el cardenal Raúl Silva H. y la Isla de Pascua, y iv) las negociaciones sostenidas en 1971 con el gobierno de Salvador Allende.

En esta edición de *Estudios Públicos* también se reproduce una entrevista al embajador Korry y, en “Chile en los archivos de Estados Unidos”, se incluyen cables intercambiados entre el embajador y el Departamento de Estado de Estados Unidos en agosto de 1970 y el Informe de Contingencia (“Fidelismo sin Fidel”), que se preparó ante la eventualidad de que Allende ganara las elecciones y asumiera la presidencia. Las ideas contenidas en este último e importante documento orientarían la política de Estados Unidos respecto de Chile durante el gobierno de la Unidad Popular. Se trata de un texto de extraordinario interés que por primera vez se da a conocer al público.

El motivo de mi presencia esta tarde es presentar una relación de los hechos: entregar una nueva perspectiva de por qué ocurrieron ciertos acontecimientos. Después de todo, la historia está moldeada por las experiencias, el ambiente y las contingencias. Ustedes están, por decirlo así, en presencia de una de esas contingencias históricas: un actor que participó en el drama de vuestro pasado más turbulento, alguien que encarna los caprichos de la condición humana. Su propio pasado, su propia experiencia configuraron lo que hizo en y a Chile, y el legado que dejó tras de sí.

En primer lugar, pasé tres años en Europa Central (entre 1948 y 1951), durante la época en que Stalin hizo caer la cortina de hierro. Belgrado, Budapest, Praga y Sofía fueron excelentes puestos de observación para estudiar las tácticas y estrategias de los leninistas, los tira y afloja del marxismo, las estructuras y las iniquidades de un Estado policial y del centralismo burocrático, la interacción entre dependencia e independencia y, no menos importante, pude apreciar el coraje tanto del dictador Tito como de un extraordinario diplomático en Belgrado, un funcionario de carrera que gracias a la agudeza de sus análisis contrarios a lo esperado, y a su propia audacia, logró cambiar, a decir verdad revertir, la política norteamericana y la del entonces gobierno yugoslavo.

En segundo lugar, doce años de residencia en Alemania, Francia e Inglaterra, además de prolongados viajes a la URSS, Asia, África y el resto de Europa me ofrecieron singulares oportunidades para advertir lo imperfecta que es la naturaleza de las naciones, lo mismo que la de los seres humanos y del mercado. Al seguir una regla básica del periodismo y de las ciencias —descubrir el problema—, cobró forma a la vez la primera norma de lo que se transformaría en mi carrera: la solución de problemas.

En tercer lugar, mi paso por el Harvard Business School en 1960, más un año trabajando al lado de un magnate me ayudaron a comprender mejor la eficiencia, la lógica y la dureza del mercado. También me confirmaron que, tal como ocurre en la economía y en la política, en la mayoría de las interacciones humanas opera un mecanismo de equilibrio.

En cuarto lugar, la permanencia de cinco años en Etiopía, como un embajador joven y neófito, me impuso un doble desafío: contribuir a la modernización de una sociedad preindustrial y a su supervivencia como Estado, y hacerlo mientras este país se transformaba en un peón cada vez más importante en el contexto de la rivalidad mundial entre las dos superpotencias. Analizar a fondo los problemas del desarrollo a partir de la nada, mantener a salvo a 7.000 funcionarios estadounidenses, todo esto mientras dos guerras civiles estremecían el país y el Kremlin desarrollaba sus planes

para apoderarse del Cuerno de África, fue sin duda una experiencia instructiva. El Presidente Johnson agregó un reto adicional cuando en 1966 me convocó a Washington para que redactara en seis semanas las directrices de una nueva política estadounidense hacia África —una tarea, de hecho, que exigía abordar la dudosa compatibilidad entre democracia y desarrollo en el África subsahariana de ese entonces. Lo que también es de cierto interés para Chile y sus vecinos en los años setenta, durante cuatro años argumenté una y otra vez a las autoridades de Washington que el Kremlin tenía la intención de utilizar a Somalia como cabeza de puente para reemplazar a Estados Unidos en Etiopía y lograr controlar el Cuerno, el Mar Rojo y los flancos de Arabia¹.

¹ Un dubitativo Jefe del Estado Mayor Conjunto me invitó en 1964, y luego en 1966, a exponer esta hipótesis que se basaba enteramente en experiencias anteriores. En la primera ocasión el Departamento de Estado hizo lo posible por desligarse de la presentación, pero la segunda comparecencia coincidió con los primeros informes de inteligencia que confirmaban que los soviéticos estaban efectivamente construyendo bases aéreas y marítimas en Somalia, tal como lo había pronosticado en el testimonio de 1964.

En contraste con lo que ocurrió de manera casi simultánea en Chile, el derrocamiento del anciano emperador Haile Selassie, tras un golpe militar en 1973, fue ampliamente elogiado por la prensa occidental; la dictadura militar de Addis Abeba fue justificada a lo largo de muchos años por los medios informativos de todo el mundo en atención a las reformas socialistas supuestamente constructivas que estaba aplicando. Sólo cuando sus prácticas represivas y su subordinación cada vez mayor a su nuevo patrón —la URSS— alcanzaron proporciones abrumadoramente obvias, sus admiradores occidentales empezaron a cambiar de actitud.

Una de las razones por las que los más importantes líderes de opinión occidentales, en particular los estadounidenses, se formaron con tanta facilidad una imagen engañosa de la situación en el Tercer Mundo, fue que las zonas periféricas a los principales escenarios de la Guerra Fría (Etiopía, Somalia y Chile, por nombrar sólo tres ejemplos) casi nunca eran visitadas por reporteros o editores de mayor categoría. Apenas unos pocos académicos norteamericanos demostraron cierto interés y, en el caso del Cuerno, en general, aquellos de menor nivel. Sin embargo, ellos se convirtieron después en parte integral de redes de formación de opinión.

Los rusos, que habían comenzado por armar a los somalíes hasta los dientes, acabaron por desplazar totalmente a los estadounidenses de Etiopía, proporcionando no menos de 12.000 millones de dólares en armas a la “democracia popular” comunista establecida en Addis Abeba. Un cuerpo expedicionario cubano de 40.000 hombres rescató a su líder, el coronel Mengistu Haile Mariam, cuando Somalia, aún dependiente de la Unión Soviética, lanzó un ataque sorpresivo contra su vecino.

Esta historia admonitoria no sólo cobró más de 1 millón de vidas sino, además, provocó la intervención norteamericana en una maniobra de equilibrio de poderes similar al juego de las sillas musicales. Estados Unidos se apresuró a acudir en ayuda de Somalia para así ocupar el lugar que acababan de dejar los soviéticos. Y para completar esta penosa historia, en los años noventa los estadounidenses se aventuraron otra vez en Somalia; sus soldados lideraron un cuerpo de las Naciones Unidas en una iniciativa destinada a reconstruir la nación. La verdad es que se trató de un vano intento por eliminar los restos de una sensación de indiferencia derivada del ensimismamiento que sobrevino tras la Guerra de Vietnam, “Chile” y otras situaciones mal interpretadas que acaecieron al finalizar la primera mitad de los años setenta.

En la actualidad, los retratos de Haile Selassie están en todas partes en Addis Abeba, ciudad que visité en 1994 después de veinte años, y el gobierno, absolutamente socialista en un principio, está adoptando de manera gradual, en este país devastado por la guerra y el “socialismo”, reformas al estilo de Chile.

Los cuatro años completos que pasé en Chile me enseñaron que la sociedad civil, la verdadera cima del desarrollo político, no siempre es un contrapeso lo suficientemente poderoso para impedir un suicidio nacional. El caso de Chile también reforzó mi viva creencia en la limitada capacidad estadounidense para manejar todos los asuntos, nuestro famoso enfoque de “todo puede hacerse” aplicable a cualquier problema, actitud que alcanzó su apogeo a comienzos de los sesenta cuando nos aventuramos en muchas empresas irrealizables. Si los años que estuve en Etiopía me habían permitido observar el funcionamiento interno, por decirlo así, de unos veinte organismos del gobierno federal, esta vez “Chile” me ofrecía un panorama inigualable de cómo se aplicaba la política norteamericana.

Los asuntos sobre los que expreso mis opiniones los abordé en mi condición de estadounidense, de ciudadano común. Actué como “generalista”, uno de nuestros eufemismos típicos que elevan nuestra autoestima al tiempo que ocultan nuestras insuficiencias en todas las materias.

¿Por qué, entonces, escoger como tema “Chile en los Estados Unidos”? Éste no ha sido el tópico de ninguna de las vehementes declaraciones sobre Chile en el extranjero. Pero todas las relaciones son y deben ser mutuas. Tarde o temprano ellas responden al mecanismo de equilibrio que postuló David Ricardo. Hoy día en muchas áreas de las políticas públicas las ideas fluyen desde Chile hacia Estados Unidos. Puede que el origen de éstas sea norteamericano —al fin y al cabo, todos bebemos de fuentes que no hemos cavado—, pero en la actualidad son ustedes quienes están obligando a muchos expertos mundiales a reconsiderar sus nociones sobre crecimiento, responsabilidad fiscal, manejo monetario, privatización y ventajas comparativas. De manera que “Chile en los Estados Unidos” constituye un tema tan pertinente ahora como lo fue en los años sesenta.

Mi única gran sorpresa al llegar a este país fue descubrir que los chilenos tenían un acceso mucho más influyente que yo a la Casa Blanca, a las agencias de mi gobierno, a las grandes corporaciones, a los cabilderos (*lobbyists*) mejor situados, a políticos, académicos y editores clave. Por ejemplo, ¿cómo persuadieron los chilenos a John F. Kennedy para que, por así decirlo, “se jugara el todo por el todo” en crear una dinastía democratacristiana? ¿Cómo se explica que unos pocos chilenos convencieran a importantes académicos, políticos y periodistas de que el doctor Allende —el líder de un partido que se decía marxista-leninista, ferviente admirador y aspirante a socio de Castro, y un mandatario comprometido con la creación de un Estado que controlara todas las palancas fundamentales de la producción y de las finanzas— no representaba una amenaza para la libertad, de

que podría ser manejado por el simple hecho de tener una personalidad agradable y de no abrigar, en realidad, la intención de dañar a nadie? ¿Cómo lograron algunos chilenos inducir al Presidente Nixon a embarcarse en 1970 en una aventura descabellada cuyo objetivo era frustrar el acceso de Allende al poder? ¿Cómo convencieron los chilenos a un emisario de los presidentes Johnson y Carter para que actuara como cabildero no oficial del Presidente Allende? Cuando estas cosas no se ponen dentro del contexto, falta un elemento esencial de “Estados Unidos en Chile”².

² Desde mi punto de vista norteamericano el Chile de los titulares resulta mucho más valioso, ya que arroja luz sobre la manera en que suele operar la política en una democracia de estilo occidental. Mucho más que como un estudio de casos de la CIA, como el punto central de una investigación del Senado sobre las actividades de la Agencia entre 1964 y 1973, o como objetivo de la política exterior de Washington, ese Chile ofrece claves extraordinarias de por qué los “valores”, término generalizado y común en el debate público estadounidense, casi siempre se sacrifican en función de intereses en conflicto. Sólo cuando el electorado percibe que se han excedido demasiado los límites del juego limpio en el ámbito partidista, la moral colectiva se impone y reemplaza al sistema imperante, ya se trate de Estados Unidos, o del Chile de mediados de 1973, cuando el desastroso camino escogido por Allende convenció a la mayoría de los partidos centristas de la necesidad de protestar y recurrir a las Fuerzas Armadas como tabla de salvación.

Así pues, los mismos senadores, los mismos diarios y los mismos académicos estadounidenses que habían celebrado y ayudado a ocultar una intervención verdaderamente “masiva” en los asuntos chilenos entre 1963 y 1967 pusieron pies en polvorosa y se apresuraron a buscar refugio tan pronto como Richard Nixon fue obligado a renunciar y tan pronto como Estados Unidos se vio forzado a retirarse de Vietnam. Los efectos en los chilenos y en Chile fueron ampliamente ignorados en medio del forcejeo de los políticos para ahorrarse a sí mismos y a sus defensores un bochorno perjudicial.

En aras de una “verdad” superior sacrificaron la honestidad y la divulgación completa de los hechos; en nombre de la unidad bipartidista emplearon el mínimo común denominador para cubrir a algunos de los malos con un manto de inocencia y convertir en demonios a algunos de los buenos esparciendo sobre ellos una nube de insinuaciones y acusaciones veladas. Esas tácticas, que sin duda traen a la memoria las de otro senador, Joe McCarthy, hicieron que yo fuera el único excluido de entre los funcionarios citados a prestar testimonio antes de que se diera a conocer el estudio del caso de las actividades de la CIA en Chile; la excusa esgrimida, a todas luces falsa, fue —según lo declarado por el senador Frank Church durante la sesión en que se divulgó dicho estudio— que la Comisión [Church] había determinado que yo no tenía ningún conocimiento sobre los asuntos en que más se centraba la investigación.

Al actuar de ese modo ellos no sólo volvieron a rebajar, aunque sin quererlo, los estándares generales de integridad pública, la misma virtud que en apariencia procuraban realzar, sino que además asestaron un golpe demoledor a algunos miembros de la burocracia gubernamental, en particular a los del servicio diplomático y consular que guiaban sus actos ateniéndose a las virtudes cívicas y a la moral.

Estoy íntimamente convencido de que la prisa por aislar al régimen militar en Santiago, pese a las señales iniciales de un golpe de Estado que emitió el PDC, entre otras colectividad, contribuyó a exacerbar la paranoia criminal de los oficiales del Ejército y de sus simpatizantes civiles que perpetraron magnicidios autodestructivos en el exterior.

El fallecido filósofo británico Michael Oakeshott explica y justifica la aparente sordidez de la política “de intereses” en una democracia, y señala por qué un sentido innato e individual de “incorrección” y “rectitud” debería actuar, en condiciones normales, como un regulador automático que impida dejarse llevar por emociones que podrían impulsar a un político a cometer, como ciudadano común, transgresiones inaceptables.

Esforzarse por encontrar algún sentido en el cúmulo de escritos necios acerca de Chile equivale a irrumpir en medio de una mala película de misterio. El guión está colmado de pistas falsas, pero en la cinta se ignoran para que la historia pueda finalizar con soluciones simplistas. Las escenas cruciales yacen en el suelo de la sala de montaje, censuradas, cortadas, sepultadas o inadvertidas. La ideología, el partidismo o un desvergonzado interés personal arrasan con ellas y las relegan a un rincón de la memoria.

Por ejemplo, ¿cómo se explica que el medio de difusión que influía más poderosamente en la opinión pública mundial de ese entonces, el BBC World Service, tardara 16 años en reconocer (en forma muy discreta por lo demás) que la muerte de Allende se debió a un suicidio y no a un ajusticiamiento como había informado durante tanto tiempo? ¿Y por qué *The New York Times* esperó casi una década antes de poner en tela de juicio su afirmación, en la que se basó gran parte de la conmoción mundial que despertó la muerte de Allende, de que había sido un asesinato? ¿Por qué, uno se pregunta, sucedió esto a pesar de que la verdad era ampliamente conocida? Más aún, ¿cómo editores honrados llegaron a creer que un puñado de agentes de la CIA, que en 1969 y comienzos de 1970 contaban con menos dinero que cualquier congresista que postulara a un cargo en Estados Unidos, podrían hacer mucho en un lugar como Chile?³ (En las elecciones parlamentarias celebradas en Chile en 1969 la CIA gastó US\$ 50.000 en

³ Aparte de la prisa incontenible por transformar a Nixon y a la CIA en demonios y, de esa manera, reducir las complejidades de la política tanto interna como exterior a ingeniosos titulares de prensa, los periodistas compartían una inclinación igualmente compulsiva a adoptar a revolucionarios del Tercer Mundo (Ho Chi Minh, Nasser, Castro, Nkrumah, Sukarno, e incluso Mao Tse-tung, eran algunas de sus estrellas fugaces favoritas). Existe otra explicación posible que quizás resulte de especial interés para los chilenos. Los principales creadores de opinión sobre "Chile", tanto en *The New York Times* como en la BBC, tenían un vínculo adicional más preciso. Seymour Hersh, el periodista laureado con el premio Pulitzer por sus "reportajes de investigación", me dijo "sí, comparto" las opiniones planteadas por el Institute for Policy Studies (IPS), con sede en Washington. Los principales apologistas de Allende en la BBC eran el profesor Fred Halliday y Larry Birns, ambos vinculados anteriormente con el IPS. No hace mucho se reveló que uno de los dos codirectores de esa institución recibió fondos de la Cuba castrista, lo cual no resulta del todo sorprendente para cualquiera que haya hecho un seguimiento de lo que produjeron durante los años setenta o más tarde. Tanto Birns como Halliday siguen emitiendo sus opiniones en el servicio mundial de la BBC, pero su insistencia en la teoría de que Allende fue asesinado fue finalmente enmendada, sin comentarios ulteriores, por un corresponsal del cuerpo editorial de la BBC durante una visita a Santiago. (Ambos también justificaron la dictadura de Mengistu en Etiopía, muchísimo más sangui-naria y criminal que cualquier régimen contemporáneo de Latinoamérica.)

Hersh informó a los lectores del *The New York Times* que Salvador Allende era un "socialdemócrata", calificativo desdeñado por el propio mandatario chileno, quien, en una extensa conversación que sostuvo con su admirador francés Régis Debray, publicada después, manifestó abiertamente su desprecio por esa tendencia política. Hersh jamás cuestionó ningún

contribuciones a candidatos de diversos partidos, sin que lo supieran los beneficiarios; en 1975 la Comisión Investigadora del Senado hizo circular el rumor —que trascendió a nivel mundial— de que la cifra ascendía a

na de las pruebas irrefutables que apuntaban al suicidio de Allende, ni tampoco consideró la posibilidad de hacerlo.

En reiteradas ocasiones, él me aseguró en tono sarcástico que el *The New York Times* nunca publicaría —sólo lo hizo después que había transcurrido mucho tiempo— una relación de los extraordinarios esfuerzos llevados a cabo para alcanzar un *modus vivendi* con Allende. Sin embargo, en una maniobra que podría calificarse de chantaje, me telefoneó siete años después de aparecido su artículo inicial, en el que se había dado a entender que yo había cometido perjurio, para anunciarme que daría a conocer la verdad sobre mí si yo respondía a algunas preguntas sobre Nixon y Kissinger para un libro que estaba escribiendo en ese momento. *The New York Times* publicó entonces, en primera plana, su inusual retractación a medias. Hersh esgrimió la flagrante mentira de que “nuevas evidencias” lo habían llevado a concluir que, al parecer, yo había dicho la verdad ante el Congreso. Él me dijo, además, que había tenido que “negociar con Abe (Rosenthal, el editor en jefe) para que el *The New York Times* no tuviera que transigir al extremo de publicar un *mea culpa*. Este episodio, según lo supe de primera fuente, motivó que el propietario del periódico adoptara la decisión de jubilar a Rosenthal mucho antes de lo planeado, para reemplazarlo por Max Frankel, un editor que me había escrito seis años antes, en 1976, para señalarme que en efecto yo había dicho la verdad.

En consecuencia, el buque insignia del periodismo estadounidense y pilar institucional de integridad para la opinión pública (y para mí hasta 1974) se vio en la obligación, en medio de la atmósfera hostil de los setenta, de ceder ante un “matón” (término usado por Frankel para referirse a Hersh) de la izquierda marxista, así como de consentir la cobardía autoprotectora de sus editores y la deliberada falsificación de la historia más amplia de Chile. Frankel también explicó que Hersh había acudido a mí como un recurso desesperado, porque el contenido de su libro no sería inteligible si yo no le explicaba “Chile”; luego Hersh volvió a tergiversar los hechos de acuerdo con su método ideológico de fabricación de mitos. (En años posteriores *The New York Times* siguió recurriendo a este matón para darles en el gusto a “fuerzas políticas” internas.)

Muchos se preguntarán por qué no intenté obtener un desagravio en los tribunales mientras los editores del *The New York Times* seguían publicando la versión de Hersh. La respuesta tiene una doble dimensión. La Corte Suprema había permitido que la prensa se amparara en la cláusula adicional sobre protección contra difamación que obligaba a las “figuras públicas” a probar la “intención”; además, tal como señalaron los abogados, se hubiera requerido un millón de dólares de esa época (1973) para demandar al *The New York Times*. En segundo lugar, para entonces todo aquel dispuesto a sustentar la versión de los hechos proporcionada por la Comisión del Senado [Comisión Church] —fuera el Presidente Ford, Kissinger, Colby (el director de la CIA), los Kennedy, sus aliados y adversarios políticos, las empresas implicadas— contribuyó, de una u otra forma, a aislar al personaje quiéjotesco que yo había llegado a encarnar.

La preeminencia de que gozaba Hersh en *The New York Times* era tan exagerada que otro ganador del premio Pulitzer, Tom Wicker, escribió un artículo sobre Gladys Marín (actual líder del PC chileno), mientras ella realizaba una gira de conferencias en Estados Unidos, elogiándola y describiéndola como “una joven demócrata”, al parecer sin advertir su condición de importante dirigente comunista y leal vocera de Moscú. No menos confuso fue el patrocinio que Enrique Kirberg, rector comunista de la Universidad Técnica de Santiago, recibió de la Universidad de Columbia en Nueva York, ya que por lo visto sus mecenas ignoraban que había utilizado las imprentas de esa casa de estudios estatal para editar gran parte de la propaganda de su partido entre 1969 y 1973. Estos incidentes permiten apreciar la manera en que instituciones respetables pasaban por alto sus propias normas para estar en buenos términos con sus miembros más extremistas.

En *The New York Times* Hersh contaba con el respaldo de Harrison Salisbury, quien en viejos tiempos me había apadrinado, y de Tony Lewis, ambos ganadores también del

US\$ 350.000, ignorando deliberadamente la diferencia por todos conocida entre “autorización” y “gastos”; yo había recortado el ambicioso programa de la CIA hasta disminuirlo a una fracción del original. En 1970 dicha entidad gastó US\$ 35.000 en operaciones encubiertas y US\$ 90.000 en una campaña de propaganda que, según informé por cable a Washington, no sólo permitía advertir a las claras la autoría de la Agencia, sino que además le aportaría votos a Allende, el supuesto blanco de la ofensiva⁴.

premio Pulitzer y extraordinariamente influyentes tanto al interior como fuera del diario. Salisbury, mi primer editor de política internacional, había llegado al extremo de escuchar las opiniones de individuos como Peter Burchett para orientarse. Ambos estaban tan predispuestos en favor de Hersh que incluso se negaron a reunirse conmigo para escuchar un argumento contrario al de su protegido.

⁴ Los autores del Informe de la Comisión Church eran todos muy versados en el proceso de “autorización”, que consta de dos etapas: la primera consiste por lo general en un voto simple, no obligatorio, y luego viene una decisión sobre “gastos” que suele ser un ejercicio mucho más riguroso. Se trata de la piedra angular del Congreso y todo el Poder Ejecutivo depende de ella. En el Informe se recurrió con frecuencia a esos artilugios verbales para desorientar al público. En sus conclusiones se describe a Estados Unidos bajo los gobiernos de los difuntos Johnson y Nixon como un intruso imperialista e insensato, mientras que a John F. Kennedy, el iniciador de la intervención verdaderamente “masiva” (Hersh insistía en usar este adjetivo en sus reportajes de primera plana en *The New York Times*) entre 1963 y 1964, se le permite salir bien librado recurriendo a tres subterfugios: primero, subrayar que el estudio sobre las actividades de la CIA en Chile cubre un período que comienza en 1964 y no en 1963; segundo, limitar a la CIA —a la cual de hecho le cupo un papel muy secundario en la iniciativa en gran escala y a nivel mundial destinada a elegir a Eduardo Frei— la responsabilidad por el enorme programa dirigido por la Casa Blanca para derrotar a Allende en 1964; y tercero, alterar de manera sutil la relación de los hechos con el fin de blanquear la imagen de Allende, de la Unidad Popular y de sus patrocinadores.

Otro ejemplo de menor importancia arroja luz sobre la manera en que la Comisión [Church] manipuló la realidad. En el Informe se asevera que mi actuación en Chile se inició en septiembre de 1967, y luego se alude a una reunión del Comité 303 celebrada días más tarde ese mismo mes, en la cual se adoptaron decisiones en torno a los programas de la CIA. Sin embargo, a la sazón yo aún era embajador en Etiopía, nunca había participado en ninguna reunión sobre programas de la CIA y nunca había oído mencionar el Comité 303. Muchos matices similares se incluyeron en forma planificada para perjudicar a aquellos que osaran poner en tela de juicio los esfuerzos por presentar a Allende como una víctima democrática e inocente de un “elefante salvaje”, y encasillarlos junto a Nixon, Kissinger y las corporaciones. A decir verdad, la mayoría de los miembros más influyentes de la Comisión [Church], al igual que sus asesores, habían apoyado con entusiasmo la masiva intrusión en Chile de la maquinaria de Kennedy entre 1963 y 1964. El principal artífice de “Chile” fue Gregory Treverton, en ese entonces joven académico, cuya carrera en lo sucesivo fue pródigamente recompensada con cargos en el *Establishment*. Él, lo mismo que varios de sus colegas clave del personal, estaba aliado con el principal manipulador tras bambalinas de la Comisión [Church], el senador Walter Mondale, futuro candidato demócrata a la presidencia; mi predecesor, el ex embajador Ralph Dungan, tampoco desempeñó un papel insignificante en la redacción del guión para las actividades de Mondale y su mayoría demócrata. Ambos mantenían vínculos con David Rockefeller, a quien John F. Kennedy había presionado para que participara en la iniciativa chilena, y con prominentes miembros del electorado demócrata que habían desempeñado una función de gran importancia en Chile porque consideraban que Allende era una amenaza para la democracia y la estabilidad regional.

¿Estaba en lo correcto el embajador inglés cuando en 1970, poco después de la elección, me comentó que una o dos décadas de comunismo serían saludables para Chile y otros países latinoamericanos? ¿Fue resultado de una política exterior partidista o de cálculos personales el viraje en 180° de los herederos del Presidente Kennedy en su opinión sobre la Unidad Popular? ¿Por qué China comunista y la Unión Soviética dieron por perdido el gobierno de Allende en los albores de 1973, casi nueve meses antes de que el resto del mundo presenciara el fracaso absoluto de los intentos del mandatario por manipular a su país hasta transformarlo en un Estado socialista como Cuba, y también nueve meses antes de su suicidio?⁵

¿Por qué en 1970 el embajador de Estados Unidos vetó el financiamiento para la campaña de Alessandri? ¿Por qué hizo oídos sordos a posibles conspiradores civiles y militares que procuraban impedir el acceso de Allende al poder, y reveló al saliente gobierno de Frei la identidad del probable asesino de Allende (el mayor Arturo Marshall)? ¿Por qué ignoró a la Casa Blanca cuando inició un diálogo con el gobierno de Allende y le ofreció a éste un *modus vivendi* —un acuerdo sobre el cobre de una generosidad nunca antes vista—, propuesta que sería emulada años más tarde con los bonos Brady? ¿Por qué la administración Nixon respaldó esa dadivosa oferta y el gobierno de Allende la rechazó? ¿Por qué todos los principales colaboradores del embajador fueron ascendidos no bien se fueron de Chile, a pesar del enérgico y creciente desacuerdo del Departamento de Estado, de la comunidad intelectual, de la mayoría de los periodistas, del clan Kennedy y de otros sectores con la percepción que tenía la embajada de los objetivos marxista-leninistas de la Unidad Popular?

⁵ En general, los embajadores de Europa Occidental veían con buenos ojos la elección de Allende, ya que estaban acostumbrados a ver “socialistas” en sus propios gobiernos; además a ellos, al igual que a los adversarios de Allende, Jorge Alessandri y Radomiro Tomic, su carácter, sus gustos personales y sus declaraciones de fidelidad a los principios democráticos les inspiraban tranquilidad. El que Allende fuera masón también convenció a algunos representantes diplomáticos sudamericanos, así como engañó, por ejemplo, al director en Chile de la ITT, Benjamín Holmes, quien a pesar de sus ideas conservadoras señaló a los ejecutivos de la compañía matriz de esta transnacional en Nueva York que él y la firma podían hacer negocios con su compañero de logia. Cuando el señor Holmes fue arrestado por la policía secreta a comienzos de 1971, en una diligencia reservada que se llevó a cabo a media noche, los ejecutivos de la ITT me telefonearon en la madrugada para pedirme que los ayudara a liberarlo.

Una notable excepción a la complacencia europea la constituyó el embajador francés, quien les dijo a sus colegas, en mi presencia, que la situación que se estaba desarrollando en Chile le parecía similar a los sucesos que a fines de los años cuarenta habían transformado a Checoslovaquia en una democracia popular. Él predijo que Allende rechazaría cualquier esfuerzo estadounidense por alcanzar un *modus vivendi*. De todos modos, Francia, lo mismo que Gran Bretaña, entre otros gobiernos, no tardaron en otorgar al gobierno de la Unidad Popular créditos y préstamos.

Tales preguntas —aún hay muchas más— ilustran la complejidad de “Estados Unidos en Chile”, y explican por qué mi país resulta tan desconcertante, salvo para los observadores más agudos.

El origen de “Estados Unidos en Chile” se remonta en cierto modo a los años treinta y mediados de los cuarenta. Las divisiones en ese entonces al interior del Partido Demócrata todavía siguen influyendo en los acontecimientos de hoy. Las diferencias esenciales con respecto al papel del gobierno —el alcance de la intervención estatal y los criterios para asignar recursos según clase, o para equiparar las oportunidades o lograr resultados similares— continúan provocando divisiones entre los principales actores.

En su primer período, Roosevelt pareció rescatar a Estados Unidos de la Gran Depresión, lo que le permitió ser reelegido por una enorme mayoría en 1936. No obstante, a poco de iniciarse su segundo mandato la economía cayó en picada, la bolsa de valores experimentó una baja sin precedentes y el grupo de asesores del Presidente, paralizado por la conmoción, ya no fue capaz de mantener la fe de su partido en la capacidad del Estado para generar prosperidad. El estallido de la Segunda Guerra Mundial los libró de adoptar decisiones muy molestas. También provocó un cambio en el concepto que la mayoría de los norteamericanos, en particular los sindicatos, tenían del Estado, la economía y el crecimiento. La mayor parte de los dirigentes sindicales abandonaron la visión de clase o corporativista e hicieron suya la noción de una economía de libre mercado guiada por el consumo. (Debo reconocer que a mediados de los años cuarenta, pese a que a la sazón ya era un convencido anticomunista, actué como organizador de sindicatos y negociador en la rama de Nueva York del gremio periodístico, dominada por el marxismo.)

Aún siguen agitadas las aguas en la estela que dejaron las divisiones de hace más de medio siglo. Baste decir al respecto que Ralph Dungan y Bobby Kennedy, cerebros de las políticas estadounidenses en y hacia Chile entre 1963 y 1967 —de la idea que Washington se arrogara un papel más activo en la vida política, económica y social de este país— creían en la capacidad del Estado para crear justicia social con crecimiento. Por cierto que ellos deseaban salvar ese abismo siempre latente entre la democracia, en la que cada votante tiene el mismo valor, y el capitalismo, en que cada votante es tratado de manera muy distinta⁶.

⁶ Irónicamente, en mi Informe de 1966 sobre África, en ese mismo período, prevenía contra los intentos de “comprimir el tiempo” mediante soluciones de parche, basadas en cuantiosas transferencias de dinero, equipos o conocimientos técnicos, en países que estaban aún lejos de alcanzar la condición de industrializados. En un libro publicado en 1994 por el Council on Foreign Relations *US Economic Policy Toward Africa*, escrito por Jeffrey

El segundo impulso poderoso de Estados Unidos que afectaría a Chile se originó en 1947. El Presidente Truman revirtió nuestra historia al comprometernos a mantener a Europa Occidental fuera del alcance de mano hostiles. Los pilares institucionales de Occidente eran la OTAN y el

Herbst), en el cual se analizan las políticas económicas norteamericanas en África, se hace especial mención a mi Informe por su extraordinaria “presciencia”, ya que predijo lo que sucedería durante estas últimas tres décadas en el continente y las medidas que verdaderamente era necesario adoptar.

El Congreso estadounidense, en particular a comienzos de los años sesenta, aprobó leyes y reglamentos con una indiferencia casi irreflexiva por la sensibilidad de otras naciones, pero las embajadas tenían la obligación de acatarlos estrictamente. En Santiago, cada mes o trimestre debíamos hacer un seguimiento de casi todas las actividades, desde las medidas macroeconómicas adoptadas por el Gobierno hasta el progreso de cada cultivo, hábitos de control de la natalidad, solicitudes de préstamos, etc. Cualquier miembro del Congreso norteamericano, con determinados intereses personales, podía detectar una anomalía o una tendencia contraria a sus designios y oponer reparos a objetivos generales en la formulación de políticas, o bien acaparar los titulares de la prensa. La tendencia compulsiva de Washington a manejar hasta los aspectos más insignificantes contribuía a que los historiadores, científicos políticos, periodistas y, por cierto, los políticos fuesen incapaces de comprender que un embajador pudiera decidir, como cualquier ciudadano común, responsabilizarse de sus propios actos. Como le señalé a Richard Nixon en mi oficina de Addis Abeba en 1966, yo no “trabajo para ningún político, ni para el Departamento de Estado, sino que únicamente para el pueblo que paga mi sueldo, para el contribuyente”. Un colega de la embajada comentó: “No conoce las reglas del juego”. Sin embargo, los asuntos de vida o muerte nunca son un juego, como tampoco lo son los problemas éticos fundamentales.

Frederick Chapin, el funcionario del Servicio Diplomático y Consular que supervisaba los asuntos chilenos en el Departamento de Estado, me escribió una carta personal poco después que asumió Nixon, en 1969, para informarme que una de las primeras medidas del mandatario norteamericano sería eliminar de la agenda la visita de Estado del Presidente Frei programada para ese año; en la carta también se indicaba que el señor Nixon les había recalcado a dos funcionarios, el Secretario de Estado, William Rogers, y el Secretario de Estado Adjunto, Charles Meyer, que él no sentía ningún aprecio por los demócratacristianos. De todos modos, tal como lo demostraron los hechos, esta revelación no influyó ni en las políticas ni en las acciones de la embajada, aunque sí podría explicar la despreocupada indiferencia que manifestó el Departamento de Estado frente a una posible victoria de Allende en 1970, hasta que Kissinger lo hizo entrar en acción; aun así, buena parte de esta actitud se propagó desde las máximas autoridades hacia los niveles inferiores, comenzando por el Secretario Rogers y la antipatía visceral que sentía por las opiniones de Kissinger y el respeto que le inspiraba un personaje latinoamericano tan destacado como el Secretario General de la OEA, Galo Plaza, quien en un comienzo fue un estridente partidario de Allende. Otro factor que no ha sido reconocido tiene que ver con los estrechos vínculos entre Rogers y sus otrora clientes en el *Washington Post*, cuyo editor, Ben Bradlee, había realizado, y seguiría cumpliendo, útiles tareas de encubrimiento para los Kennedy.

En 1972 en Washington, al salir del Hotel Madison, donde acababa de almorzar con Raúl Prebisch, el funcionario más importante de la ONU en Latinoamérica, me encontré con Bradlee y Phil Geyelin, el responsable de la página editorial. “¿Acaso no estuvimos haciendo algo similar a lo de 1964 en Chile?”, preguntó Geyelin mientras los tres nos dirigíamos hacia el *Post*. “No, lo de ahora fue algo de poca monta”, respondí.

Durante esa caminata, Geyelin, un meticuloso, experimentado y excelente periodista, advirtió que *The New York Times* había reaccionado de manera visceral en contra de Nixon. “Estamos esperando nuestra oportunidad, pero ya lo atraparemos”, anunció con profética exactitud.

Traigo a colación estos comentarios para demostrar que los periodistas a) efectivamente disponen de información (por ejemplo, en 1964) que no publican, y b) evidentemente

Plan Marshall; las primeras batallas se libraron en Italia, Grecia, Turquía y, por circunstancias fortuitas, en Yugoslavia. Los elementos en juego eran de carácter estratégico —el control del Mediterráneo, el Adriático y el Egeo, corredores marítimos vitales hacia el petróleo del Medio Oriente, hacia la India y el Lejano Oriente.

En apariencia, las elecciones de Italia en 1948 y las de Chile en 1964 presentan similitudes extraordinarias, ya que en ambas una izquierda muy poderosa se enfrentó con una nueva y emergente fuerza política. En Italia, Togliatti, a la cabeza del Partido Comunista más grande del mundo occidental, era el oponente de Alcide de Gasperi, el líder democristiano. Estados Unidos movilizó todos sus recursos políticos disponibles y puso en actividad a todos los sectores importantes de la sociedad norteamericana para asegurar una victoria lo más amplia posible, para luego continuar con aportes de miles de millones de dólares en préstamos y donaciones para que Italia se volviese a poner de pie. Así nació una nueva dinastía democristiana que gobernaría Italia por varias décadas. Como periodista informé sobre esa elección desde Turín y Milán.

Al mismo tiempo, entre 1946 y 1948 el régimen yugoslavo de Tito financió, abasteció y asesoró en Grecia una campaña bélica dirigida por los comunistas para derrocar a la clase política dominante. Las fuerzas militares norteamericanas salvaron a Grecia, en gran parte, porque a fines de 1947 Stalin se volvió secretamente contra Tito, para sorpresa de todos los funcionarios norteamericanos en Belgrado, excepto de uno⁷. El embajador

adoptan agendas demasiado partidistas que afectan tanto la cobertura como los reportajes. En contraste, en mis comentarios desde Chile yo criticaba duramente a los tres candidatos presidenciales por igual.

Bradley en particular trabajaba aplicando un doble criterio. Como vocero de la embajada estadounidense en Francia negó haberme mentido en nombre del embajador (James Dunn) en tres oportunidades distintas, en cada una de las cuales hubo más de un testigo en mi oficina, y en cada una de las cuales siempre le advertí que si sus declaraciones resultaban ser un infundio, como en realidad lo fueron, yo divulgaría “a través de los cables” la falsedad y la identidad de su instigador para que se enteraran nuestros 5.000 clientes. Cuando “Chile” salió a la luz entre 1974 y 1975 les recordé a los periodistas del *Washington Post* que su editor, al igual que los miembros del equipo periodístico que investigaba el Caso Watergate, también había intentado “ocultar información” durante su carrera gubernamental, mientras que en esa época yo hice todos los esfuerzos posibles para que me permitieran testificar.

⁷ Ese funcionario era Robert Borden Reams, encargado de negocios de la embajada estadounidense en Belgrado durante la época en que Stalin excomulgó a Tito, medida anunciada por el Cominform en Praga el 30 de junio de 1948. Él fue el único de todos nuestros enviados en Europa Oriental que percibió la importancia del cisma y vislumbró la posibilidad de que Tito sobreviviera. Debido a que puso a la embajada en una situación en la que no tenía defensores, y debido a que sus opiniones contrastaban con las de su embajador ausente, su carrera futura fue sometida a una poco halagadora revisión de desempeño por parte de su muy disgustado superior. Con todo, un nuevo embajador, George Allen, quien me había solicitado que me incorporara en la embajada como su asistente, nos envió a mí y a Reams a Atenas, destino que encubrimos al comienzo permaneciendo por un tiempo en Roma.

de Estados Unidos en Yugoslavia nos envió a mí y a ese diplomático a Atenas, en 1950, con la secreta misión de iniciar negociaciones entre el dictador comunista Tito y el régimen derechista griego, que aquél había procurado destruir. Llegamos a una solución satisfactoria —y también ellos, por lo tanto.

Hoy día está de moda burlarse de los “combatientes de la Guerra Fría”. Incluso economistas inteligentes afirman que Estados Unidos estaba obsesionado con el comunismo, o que era presa de un miedo irracional ante una posible invasión del Ejército Rojo a Europa Occidental. No pocos norteamericanos, entre ellos personajes influyentes, sufrieron esa paranoia. En efecto, el anticomunismo era el tosco adhesivo que mantenía unidos a los disímiles grupos de Occidente que se oponían a la expansión del poder soviético. Así pues, los políticos explotaban dicha causa para cumplir una variedad de objetivos. Sin embargo, la mayoría de los funcionarios responsables y de los observadores comprendieron por qué el caso de Yugoslavia, entre otros factores, demostraba la falsedad de ambas acusaciones.

El gobierno comunista de Tito, por un lado, una vez que dejó de responder a las directrices políticas del Kremlin recibió nuestra ayuda incondicional durante muchos años, mientras que en 1947, por otro lado, Stalin lo acusó de correr imprudentemente el riesgo de desencadenar una tercera guerra mundial por su afán de apoderarse de Grecia. Lo cierto es que en todas las confrontaciones Stalin y sus sucesores evitaron entrar en una guerra con Estados Unidos. La verdadera preocupación de los líderes políticos occidentales —se tratara de Eisenhower, De Gaulle o Adenauer— era la expansión del poder de Moscú por medios indirectos. El Kremlin sin duda intentaría llenar cualquier vacío que quedara indefenso o fuera ignorado. Pero como la OTAN era cada vez más poderosa y ya se contaba con un arma nuclear, el principal temor era que la combinación de una ofensiva política interna y una presión soviética externa pudieran empujar a su autodestrucción a un país escogido como objetivo, incitándolo a cometer actos no sólo contrarios a los intereses occidentales sino, además, contrarios a sus propios intereses⁸.

Si se induce a una nación a derrochar sus recursos, o si se socava su voluntad de resistencia, o si se utilizan ambas maniobras, no hay necesidad de efectuar una invasión. Ésta fue la estrategia empleada en Europa Occi-

⁸ Si me hubiera inquietado una posible instalación del Ejército Rojo en Europa, no le hubiera pedido a mi esposa en 1950 que residiera primero en Yugoslavia y que luego se trasladara a una casa en Berlín, situada a unos cuantos cientos de metros de la frontera con la zona de Alemania entonces bajo dominio soviético.

Le había escrito a ella en 1949 desde Skoplje, la capital de Macedonia, diciéndole que el comunismo caería por su propio peso.

dental y en Yugoslavia en los años cuarenta y cincuenta, en Etiopía en los años sesenta y setenta y, por supuesto, la que tenían en mente algunos aquí en Santiago. Un aspecto esencial de la táctica de Moscú consistía en adular al ejército de un país vecino: Albania o Hungría y Rumania en los años cuarenta, Alemania Oriental en los cincuenta, Somalia en los sesenta o, por cierto, Perú en los setenta, cuando Allende y Brezhnev trataron reiteradamente a las Fuerzas Armadas chilenas con la oferta de una enorme partida de armamento.

El Presidente Kennedy echó mano de la fórmula italiana para aplicarla en Chile en 1963. Castro y Krushev, por una parte, y la jerarquía católica en Roma, por la otra, pusieron a este país en la mira de Kennedy. De la confrontación cara a cara con Estados Unidos en el Caribe, Moscú había emergido con sus fuerzas militares legitimadas al interior de la propia Cuba; la URSS había asegurado la supervivencia de Castro y ambos se habían posicionado para reducir y luego reemplazar la influencia estadounidense en una América Latina que ardía de descontento. Pocos años antes el Vaticano había concentrado su atención en este continente. La Santa Sede reaccionó ante un llamado de alerta mundial dirigido a influyentes católicos por un distinguido sacerdote extranjero en Santiago —una advertencia elocuente de que la Iglesia estaba perdiendo terreno frente a lo que él denominaba “laicismo, marxismo y protestantismo”⁹.

En 1963 el FRAP encarnó los temores de Washington y Roma, los que no estaban desconectados entre sí. En contraste, Eduardo Frei [Montalva] y el PDC parecían constituir una apuesta sumamente atractiva, un equipo que podría transformarse en la base de un contragolpe para enfrentar a La Habana y Moscú: una revolución en libertad que proporcionaría un polo de atracción opuesto.

De modo que una vez más la Casa Blanca movilizó todos sus recursos, esta vez tanto externos como internos. Quería que Frei alcanzara una holgada mayoría absoluta, no sólo relativa. El objetivo de este esfuerzo a escala realmente internacional era establecer una dinastía política de modo que Chile se convirtiera en un país lo suficientemente estable y confiable como para que valiera la pena una inversión estadounidense económica y social de US\$ 1.250 millones; así Chile encarnaría en los ámbitos político y

⁹ El clérigo era monseñor McGrath, más tarde arzobispo de Panamá, quien mantenía excelentes vínculos con el padre del Presidente Kennedy, con la jerarquía eclesiástica estadounidense y con muchas influyentes personalidades laicas de todo el mundo. A la sazón, él ocupaba el cargo de decano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica. Encontré su carta en una carpeta de Dungan, a la que nadie había prestado atención, mientras revisaba los archivos de la embajada a poco de llegar en 1967.

social los ideales progresistas de sus mecenas norteamericanos. Para garantizar el éxito de lo que en realidad era más bien un programa compartido entre el PDC y el Partido Demócrata y no una relación entre Estados Unidos y Chile, Ralph Dungan, en efecto, se asignó a sí mismo el cargo de enviado del Presidente Johnson en Chile después de las elecciones de 1964¹⁰.

Esta semana se cumplen 29 años desde que mi esposa y yo llegamos a Santiago, la semana en que murió el Che Guevara. Necesité sólo tres meses para concluir que las políticas de Estados Unidos eran insostenibles, sus suposiciones incorrectas y sus metas inalcanzables. Chile no era Italia, Sudamérica no era Europa y el PDC de Frei de 1967 no guardaba ninguna similitud con el de De Gasperi en 1948. En términos políticos y económicos era claro que el gobierno chileno y el de Estados Unidos no alcanzarían sus objetivos oficiales comunes. La economía se encontraba estancada, la inflación una vez más exhibía una tendencia al alza, la política agrícola era espantosa, las tensiones sociales se agravaban, el PDC estaba desgarrado

¹⁰ Dungan ocupó durante el gobierno de Kennedy "la oficina de la esquina" en la Casa Blanca, ubicación que para los observadores de Washington es un símbolo de considerable poder tras bambalinas. Sólo los funcionarios con una lealtad a toda prueba se instalan en ese espacioso lugar investido de influencia; sólo ellos se enteran de todos los secretos relativos a las operaciones políticas más delicadas que el Jefe de Estado efectúa a nivel interno. Como la presencia del Fiscal General, Robert F. Kennedy, era mucho más imponente, las actividades de Dungan casi no fueron objeto de publicidad o de inspección, lo cual aumentó el grado de influencia de sus funciones.

Educado por los jesuitas, en su juventud Dungan había demostrado rápidamente al senador John F. Kennedy su inteligencia, su discreción y una agudeza ágil y formal, característica esta última tan apreciada por el clan de Massachusetts. Washington lo consideraba uno de los miembros de la "mafia irlandesa" de Kennedy, un pequeño grupo de asistentes que formaban el equipo que lo había acompañado en la ruta hacia la Oficina Oval.

Las responsabilidades de Dungan en los días de Camelot hablan de su poder: los distritos electorales clave de los demócratas, la educación, los asuntos laborales y las relaciones con los católicos romanos, a quienes él, más que ningún otro asesor, les garantizó su apoyo en asuntos políticos y legislativos. La política exterior, un ámbito poco usual para la "oficina de la esquina", también se incluía dentro de su competencia. Latinoamérica era su "niño mimado". Como no era un área que acaparara el interés del Secretario, Dean Rusk, o del Subsecretario, George Ball, Dungan analizaba todas las decisiones sobre políticas, seleccionaba o aprobaba todos los nombramientos de embajadores o directores de la AID, y supervisaba programas de la CIA. El alcance de su poder al interior del Departamento de Estado se pudo apreciar en 1962, cuando escogió, de otro sector, al funcionario responsable de toda la administración y asuntos de personal. Ese año Dungan puso en práctica la decisión de Kennedy de incorporar a un hombre público y a un funcionario de carrera representante de otro organismo gubernamental en los paneles de promoción que se reunían una vez al año para decidir qué miembros del Servicio Diplomático y Consular "ascendían o eran expulsados".

Él me escogió para participar en el panel más importante, que analizaba los antecedentes de los actuales y futuros embajadores; asimismo, a fines de ese año me designó como enviado de Kennedy a Etiopía, donde Estados Unidos mantenía la presencia oficial más masiva en África, un continente que de vez en cuando caía dentro de la órbita de Dungan.

por graves divisiones y sólo el Partido Comunista era una colectividad unificada, disciplinada y adecuadamente dirigida. En consecuencia, la dinastía era una gran ilusión.

Washington estaba demasiado obstinado en sus opiniones como para dignarse a escuchar verdades tan descarnadas, en particular cuando malas noticias desde Vietnam y otras partes comenzaban a afectar a la nación estadounidense. Es más, Dungan me había reclutado para trabajar en el gobierno norteamericano, y había demasiados norteamericanos y chilenos influyentes mirando por encima de mi hombro.

Era preciso aplicar, por consiguiente, una política completamente nueva, de una manera casi subrepticia o, como quien dice, deslizarla por debajo de la puerta. Sólo en retrospectión podría alguien deducir el cambio y su trascendencia. El Presidente Johnson, el Secretario de Estado, Dean Rusk, y el Subsecretario, George Ball, habían respaldado con entusiasmo ese *modus operandi* en Etiopía, puesto en marcha por mi propia iniciativa.

Para sintetizar mis acciones inmediatas, nuestra relación con un solo partido político se desdibujó, desde un vínculo de partido a partido se pasó a uno de Estado a Estado; al mismo tiempo se establecieron contactos con otros grupos y se escucharon sus opiniones; la presencia oficial estadounidense en Chile experimentó una drástica reducción (18%); su hiperactiva presencia pública disminuyó casi a cero; el análisis preliminar para la concesión de futuras garantías de las inversiones privadas norteamericanas se tornó mucho más riguroso; y se comenzó a aplicar un nuevo enfoque con respecto al futuro de la Gran Minería, de manera que el cobre se convirtiera en la viga maestra de una política muy distinta. En 1967 el metal rojo aportaba casi el 70% de los ingresos por exportaciones y representaba un 15% del presupuesto del país, aunque la mayor parte de este recurso natural estaba en manos de empresas estadounidenses¹¹.

¹¹ Sólo un 10% de la reducción del personal estadounidense fue producto de las medidas que adopté poco después de llegar; otro recorte de un 8% se efectuó a comienzos de 1968 cuando el Secretario de Estado, Dean Rusk, ordenó disminuir el personal en todas las embajadas del mundo.

Un memorándum de Washington firmado por Herbert Salzman, el entonces Jefe de División en la AID (que más tarde se transformó en la OPIC), y por mí, estipulaba que las futuras solicitudes de las empresas mineras con miras a realizar inversiones deberían someterse a una revisión especial. Sólo después de llegar a Chile descubrí que la cuarta parte del total mundial de las garantías estadounidenses para inversiones privadas habían sido otorgadas a firmas que invertían en Chile, algunas de ellas en respuesta a una intensa presión ejercida por el Senado y la Casa Blanca y contra la opinión del director de la AID en cuanto a su legalidad.

Le dije a Salzman que en mi corta estadía en Chile, sin embargo, me había convencido de que los contribuyentes norteamericanos estaban corriendo un riesgo demasiado grande como para que se siguieran haciendo negocios como antes. El futuro vicepresidente ejecutivo

Estas nuevas medidas de 1967 y comienzos de 1968 —cada una de ellas tomada bajo mi responsabilidad— tenían dos finalidades: desenlazar a Chile y a Estados Unidos de un abrazo mutuamente peligroso, incestuoso y sofocante, y *otorgarle independencia a Chile* para que se hiciera más responsable de sus decisiones y, también, para facilitarle los medios adicionales que le permitiesen adoptar una adecuada determinación. Nunca se interrumpió el flujo en el recargado canal de la ayuda. Tampoco se ejerció presión de ningún tipo a ningún chileno.

La idea respecto del cobre, que cobró forma en la nacionalización pactada de 1969, ofrecía la posibilidad de desbaratar el arma de la izquierda (la “nacionalización”) y, al mismo tiempo, mellar su filo borde de nacionalismo antiestadounidense. No menos importante, les proporcionaría a las Fuerzas Armadas, en ese entonces desprovistas de casi todo, más fondos en virtud de la ley del cobre, permitiéndoles de este modo seguir cumpliendo su función profesional y apolítica. En mi opinión, se estaba creando una mezcla potencialmente explosiva: una clase política imprudente, ciega ante las posibles consecuencias de su politiquería ensimismada, y un Ejército intranquilo, de modesta magnitud, artificialmente desmejorado en su status y privado de sus necesidades mínimas. Un cambio en la propie-

de la OPIC se sintió muy aliviado al enterarse de los cambios de dirección que adoptaba la embajada.

En una actitud que permite advertir el aprecio que sentía por mí, después de leer el Informe sobre África el Presidente Johnson me invitó cenar en el río Potomac junto a él, su esposa y su vocero Bill Moyers, a bordo del yate oficial. Durante las siguientes 72 horas Moyers me pidió en llamadas telefónicas sucesivas, a nombre de Johnson, que aceptara los cargos de a) Jefe de la Comisión de Prácticas Laborales Equitativas, b) Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Públicos, y por último c) reemplazante suyo como portavoz de la Casa Blanca. Cada una de las ofertas fue rechazada por tratarse de funciones “demasiado políticas” para mis capacidades y preferencias. “Entonces que se pudra en Etiopía”, les dijo luego Johnson a sus asesores. Durante la visita de Haile Selassie a Washington un año después, en un encuentro fortuito cara a cara con Johnson, tuve la oportunidad de justificar mi negativa de un modo que me permitió reconquistar el favor del mandatario.

La estimación que sentía Kennedy por mí podría apreciarse en dos sucesos inesperados ocurridos no mucho después de su asesinato. Dos jóvenes damas asistentes de Kennedy, conocidas en Washington como “Fiddle” y “Faddle”, fueron enviadas de la noche a la mañana a Addis Abeba para que me sometieran a una vigilancia protectora. Ellas permanecieron por espacio de varios meses sin que en ninguna parte se divulgara el menor detalle sobre su presencia, por lo que pudieron regresar de manera discreta a Estados Unidos.

En segundo lugar, Robert F. Kennedy me envió, poco después de mi destinación a Chile, una carta escrita de su puño y letra en que señalaba: “¡Por fin hay algo con lo que estoy de acuerdo!” (Richard Nixon me telefoneó casi al mismo tiempo para expresarme sus felicitaciones.)

Dicho sea de paso, por alrededor de tres años en ningún momento formulé o permití que se emitiera al interior de la embajada algún comentario crítico sobre Dungan o los presidentes Kennedy y Johnson. Sólo cuando Dungan publicó en el *Washington Post* una carta en la cual exigía que me retiraran debido a mi hostilidad hacia Allende decidí sacarme la mordaza que me había puesto yo mismo.

dad norteamericana del cobre, hacia una participación minoritaria, podría ser una carambola a tres bandas: Estados Unidos se libraría de una apuesta condenada al fracaso; ingresarían recursos a las arcas de Chile y de sus Fuerzas Armadas en una época en que la ayuda norteamericana se estaba agotando; y se diluiría la campaña antiestadounidense de la izquierda en contra del imperialismo y el capitalismo.

La política de Washington nunca se apartó de los nuevos objetivos. En 1969 el Presidente Nixon hizo suya la política de bajo perfil para toda Latinoamérica; yo fui el único embajador no de carrera de la era Kennedy-Johnson al que mantuvo en su cargo, con la venia del saliente Secretario de Estado, Dean Rusk, y del servicio de carrera; en efecto, para demostrarme que aprobaba el convenio del cobre de 1969, en que yo había actuado como intermediario, no tardó en ofrecermelo por cable (por intermedio del Subsecretario de Estado) un traslado a Caracas como embajador; y cuando decliné el nombramiento me convocó de inmediato a Washington con el objeto de que yo reprodujera a escala mundial lo que había hecho para el Presidente Johnson en África —recomendaciones, dicho sea de paso, que se pusieron en práctica más de una década después, lo mismo que sucedió con el Informe sobre África.

Las consecuencias políticas del acuerdo sobre el cobre fueron en verdad decepcionantes. En su empeño por congraciarse con los comunistas, Radomiro Tomic criticó el acuerdo al lanzar su campaña por la presidencia (como abanderado del PDC). Y a pesar de que las encuestas de la CIA mostraban a Alessandri con una cómoda ventaja de 10% o más, al parecer ellas estaban violando una regla básica de la política y la economía: la tiranía de las cifras. ¿Por qué, preguntaba yo en mis cables, el 39% de los chilenos que votó por la izquierda en 1964 abandonaría a un Allende que aparecía fortalecido gracias a los líderes corruptos del Partido Radical y otros? ¿Por qué un electorado con una proporción tan alta de jóvenes decidiría votar por un candidato tan anciano como Jorge Alessandri? En su calidad de segundo de la embajada, Harry Schlaudeman —honrado por el Presidente Bush en 1992 con la distinción civil más alta de los Estados Unidos— le dijo al profesor Abraham Lowenthal, eminente, aunque desoído latinoamericanista: “El embajador era el único en la misión diplomática que creía en el probable triunfo de Allende”¹².

¹² A mediados de 1970 el Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, trató de conseguir apoyo estadounidense para reemplazar a Tomic como candidato del PDC, cuando ya resultaba evidente para todo el mundo, excepto para el abanderado, que éste carecía de toda posibilidad de ganar o incluso de llegar segundo. Los comunistas habían contribuido a aumentar las esperanzas de Tomic cuando, con gran disimulo, ordenaron a sus huestes que

Schlaudeman y tres jóvenes funcionarios de la sección política de la embajada pronosticaron una pequeña mayoría relativa de Alessandri sobre Allende, con Tomic en un modesto tercer lugar. Cuando la votación real demostró que se habían equivocado por menos de un 3%, cablegrafíé un mensaje a Washington señalando que ellos habían ajustado sus cálculos para acomodarse a mis preferencias. Como les expliqué a Schlaudeman y a Townsend Friedman, mis manos derecha e izquierda, era necesario proteger a los funcionarios del servicio diplomático frente a una inevitable reacción de disgusto. Si yo hubiera previsto el vergonzoso comportamiento disfuncional de las elites en Washington, de los historiadores en las universidades y científicos políticos, así como de los editores y reporteros que más tarde estuvieron dispuestos a participar en una orgía de fabricación de mitos, jamás hubiera intentado esa maniobra¹³.

asistieran a la primera concentración masiva organizada por los partidarios del aspirante de la DC.

El historial de Valdés en sus negociaciones con el embajador Dungan también se detalla en los cables enviados por este último. Sin embargo, su maquinación de 1970 contaba con el poderoso respaldo de altos dirigentes del PDC, desesperados por evitar que este partido perdiera todo el poder a manos de Allende. Entre otras personas, Valdés me había dicho que “el socialismo es el futuro y el capitalismo el pasado”. Tras la elección de Allende, el mandatario y Castro allanaron el camino para que Valdés fuera designado jefe de la división latinoamericana del Programa de Desarrollo de la ONU, donde él contrató después a Larry Birns (véase nota N° 4) como asesor.

Tomic trató de afrontar una realidad que resultaba cada vez más ostensible —sus escasas posibilidades de triunfo— recurriendo a una estrategia igualmente llena de dobleces y que provocaba divisiones en el partido. A espaldas de su colectividad celebró un acuerdo preelectoral secreto con Allende, en el que ambos se comprometían a unir fuerzas para evitar que el Congreso designara presidente a Alessandri, por la vía de que el Congreso ejerciera su derecho constitucional de escoger al candidato que llegara en segundo lugar si ninguno alcanzaba una mayoría absoluta. La CIA denunció este pacto, y el ala derecha de los demócratacristianos de Tomic puso en práctica un plan extremadamente complejo (del tipo “Rube Goldberg”), destinado a lograr que el Congreso eligiera a Alessandri, para que luego éste renunciara de inmediato, con lo cual se convocaría a nuevas elecciones; Frei, que gozaba de una abrumadora popularidad, podría entonces postular de nuevo a la jefatura de Estado y triunfar. Estos miembros del PDC me pidieron que no revelara su iniciativa a Washington —solicitud que se basaba, según deduje en ese momento y más tarde confirmé, en su conocimiento de que el contenido de mis cables se estaba filtrando a espectadores no oficiales.

Del mismo modo, asumí mi responsabilidad por la frase tristemente célebre “ni una tuerca ni un tornillo”, mencionada en un cable con información solicitada por el Presidente Frei a fin de sondear el parecer del Ejército en caso de que Allende fuera elegido. De todas maneras, era inevitable concluir que un gobierno de Nixon no permitiría que se entregara ningún tipo de ayuda al mandatario socialista, y que éste, por su parte, intentaría conseguir armas soviéticas, como efectivamente lo hizo. Aun así, la divulgación de la frase sirvió para que los funcionarios de la Comisión Church consiguieran su objetivo de retratarme como un “hombre de Nixon” renuente a negociar, y así socavaron mis esfuerzos para lograr que se diera a conocer una versión oficial exacta de lo afirmado.

¹³ En comparación, el reciente sondeo “científico” para la elección presidencial en Estados Unidos arrojó un error colosal de 10% para el *The New York Times*, y no menos de 4% para las tres principales cadenas de TV; todas estas organizaciones se habían burlado del error reporteril y poco científico de nuestra embajada, de algo menos del 3%.

La segunda mitad de 1970 —la fuente de tanto bochorno para Chile, para EE UU y para mí— constituye, como escribió Alfred Tennyson, “una mezcolanza de instancias”. El proceso adquirió preeminencia y se ignoró la substancia. Nadie que buscara la verdad podría encontrar la ruta en medio de esa maraña de contradicciones, elementos distractores, pistas falsas, instrucciones erróneas que envolvían a una y otra cita de las comunicaciones oficiales, de las investigaciones del Senado y de las memorias.

Lo anterior explica por qué el hecho de impedir deliberadamente que yo declarase ante la Comisión Church durante sus audiencias secretas de investigación, que duraron varios meses, fue “un error”, como recién un año después lo admitió públicamente ante sus colegas su propio abogado jefe. Un error ético, moral, judicial. Sólo después que tanto yo como mi país recibimos ese violento golpe decidí poner fin a cuatro años de silencio y estallé en público de manera poco diplomática. (La Comisión [Church] no sólo había manipulado y ocultado pruebas que, entre otras cosas, acababan por manchar mi historial, sino que además su personal asesor y algunos de sus miembros hicieron circular las calumnias más infames para intentar silenciar mis protestas¹⁴).

¹⁴ El abogado jefe era F.A.O. Schwarz, Jr., cedido en préstamo a la Comisión por su prestigioso estudio jurídico de Nueva York. Él hizo uso de la palabra el 16 de noviembre de 1976 durante una reunión vespertina del Colegio de Abogados de Nueva York, entonces presidido por el futuro Secretario de Estado, Cyrus Vance, y cuya sede quedaba a sólo cinco minutos de camino de las oficinas del *The New York Times*, cuyos reporteros ignoraban que se me había cursado una invitación. Una vez concluido el orgulloso recuento de Schwarz sobre cómo la Comisión había contribuido a que las actividades del FBI y de la CIA cambiasen de curso en el futuro, el orador estuvo dispuesto a responder preguntas. Cuando se agotaron las consultas me puse de pie y solicité autorización para plantear una interrogante, a lo que Schwarz accedió sin demora. Lo que yo quería saber era por qué la Comisión me había excluido sólo a mí de entre todos los principales actores, y por qué había hecho caso omiso de mis peticiones para testificar. “Fue un error”, contestó él sin mayores explicaciones.

Tras la reunión, Schwarz me dijo que no se había pretendido que la exclusión “fuera *ad hominem*”. Por cierto. Yo simplemente me había lanzado al paso de la locomotora de un conglomerado de intereses políticos y especiales, no menos partidistas que personales, que avanzaba a embestidas hacia un objetivo que se presentaba como el interés nacional. Con todo, pese a su calidad de distinguido abogado y funcionario judicial, Schwarz no detectó nada inmoral, poco ético o ilegal en la ocultación deliberada de testimonios en un proceso cuasijudicial, y en la recusación de un testigo presencial, por así decirlo, de un hecho que, según habían dado a entender a la opinión pública él y sus colegas de la Comisión, tenía un carácter penal. Asimismo, la falsificación de la documentación oficial analizada, con el fin de llegar a un veredicto prefabricado, no le pareció a Schwarz más que un acto “equivocado” de poca trascendencia.

La intervención de este prominente demócrata refleja una actitud acorde con las resueltas maniobras que está efectuando el actual gobierno demócrata tendientes a aplazar las revelaciones o a ocultar información sobre documentos y actividades de sus funcionarios que podrían incriminar al Ejecutivo. Se trata de una situación que, como la opinión pública ya está habituada a prever, resulta cada vez más normal en la clase política dirigente de Washington, y que ha contribuido en gran medida a que el ciudadano común sienta menos aprecio por aquélla, como yo les había advertido por carta a Schwarz y a Church. Cabe hacer notar que Schwarz y otros miembros clave del equipo tenían en común un historial que incluía una vinculación más que informal con la CIA.

Nadie contribuyó más que yo —debo reconocerlo con franqueza— a la confusión de los registros oficiales. O, en forma más deliberada, durante esa crítica segunda mitad de la década de los setenta cuando el gobierno estadounidense comenzó a centrar su atención en las elecciones chilenas, especialmente en la posibilidad —que yo había planteado con insistencia— que Allende ganara. En Washington se reprodujeron exactamente las mismas pugnas ideológicas, partidistas y mutuamente destructivas de Santiago. La Guerra de Vietnam, las revueltas estudiantiles, las antipatías entre los bandos de Kennedy y Nixon; la recíproca hostilidad entre Kissinger y el Secretario de Estado, William Rogers, los partidos del Congreso en medio de sus campañas de reelección, sin olvidar a un sinnúmero de partes interesadas a nivel privado, incluidos los chilenos. Todos los actores deseaban que Estados Unidos actuara de una manera favorable a sus respectivos intereses.

La recompensa inmediata era el control de los sucesos en Chile: tirar y aflojar la mano de EE UU. Sólo dos personas, Schlaudeman y Friedman, comprendieron la táctica empleada para impedir que disputas tenaces al interior de EE UU pusieran en riesgo nuestras responsabilidades fundamentales: salvaguardar vidas y propiedades estadounidenses en medio de una situación muy riesgosa, y proteger la posición internacional de nuestro país. ¿Por qué permitir que sectores partidarios en Washington se arrogaran una vez más decisiones que competían sólo a los chilenos?

Richard Nixon había pasado tres días en mi residencia de Addis Abeba. La verdad es que al final de su estadía me ofreció ser su asistente de política exterior, como parte de un equipo de cuatro miembros que estaba formando en esa época con miras a proclamar su candidatura a la Casa Blanca. Su participación en el gran debate sobre “quién perdió China” me era muy conocida; como también me era familiar su animosidad hacia Frei, el PDC, los Kennedy y, por supuesto, Allende. Si yo podía predecir con facilidad cuál sería su reacción frente a un triunfo de Allende, él parecía haber olvidado por qué los Kennedy me habían nombrado embajador; en 1962 yo los había salvado a ellos y a mi país de inmiscuirse en lo que se anticipaba como una crisis en torno a Hong Kong, mediante una resuelta y sencilla iniciativa emprendida por encargo del Secretario, Dean Rusk, y de su Subsecretario, George Ball. (Al igual que en el caso anterior de la misión secreta en Grecia en 1950, jamás se filtró a la prensa palabra alguna sobre la misión que a mí —en ese entonces todavía un ciudadano común— me habían encomendado Ball y Rusk: resolver la crisis —que mereció titulares en los informativos— generada por decenas de miles de chinos continentales que de improviso afluyeron a Hong Kong con la aprobación tácita del gobierno comunista de Pekín.)

A diferencia de Nixon, yo había concluido que el Presidente Frei, el líder constitucional antes, durante y por 40 días después de la elección, era la figura clave. Lo reiteré una y otra vez en mis cables. Esos cables formaron parte del muro de defensa que erigí para mantener a raya a Washington, y para hacer a Frei y a los chilenos responsables de sus acciones. “Track I y Track II” representan los ejemplos más tristemente célebres de las engañosas maniobras que realicé con el fin de ganar tiempo y detener a los potenciales entrometidos en Washington. Ambas (Track I y Track II) se propusieron con anterioridad a la elección, cuando yo era objeto de intensas presiones para que permitiera que la CIA interviniese en favor de Alessandri. Sin embargo, antes y después de los comicios yo descarté Track I y Track II en varios cables, en uno de los cuales los calificué de “intrigas caribeñas” sin sentido que formaban parte de lucubraciones fantasiosas previas a la realidad de la elección.

Difícilmente otra embajada envió más informes o comentarios día a día, cuyo objetivo era inmovilizar a los destinatarios con una avalancha de palabras, para así desalentar cualquier aventura, por un lado, y evitar que cedieran ante las adulaciones de la UP o de un Tomic o de un Valdés, por otro lado. Asimismo, ninguna otra legación fue evaluada tan positivamente como la nuestra cuando un embajador de carrera nos inspeccionó por espacio de un mes a mediados de 1970¹⁵.

¹⁵ El Informe de Inspección de la embajada, evacuado en mayo de 1969, anticipó con profética exactitud el drama de la información asimétrica que se desató poco después entre Washington y yo. Fue redactado por un embajador de carrera, James K. Penfield, a quien nunca había conocido, y quien ya antes, a raíz de un artículo que escribió sobre la materia, había adquirido una reputación de ácido crítico de los activistas designados por conductos políticos como yo. Sostuvimos dos breves encuentros, uno al comienzo y otro al final de su estadía.

Los siguientes extractos del documento hablan por sí solos:

[...] La embajada en Santiago es una misión diplomática poco común. Un alto nivel de competencia en los aspectos de fondo, con un liderazgo imaginativo, dinámico y exigente, pero estimulador. En una situación política y económica fluida y relativamente compleja, la combinación se traduce en un rendimiento técnico igualado sólo por muy pocas legaciones. El criterio para formulación de políticas adolece de una dicotomía que se origina en la incapacidad de Washington para reaccionar entregando recomendaciones adecuadamente meditadas. Para un observador externo, Estados Unidos está destinando una cantidad relativamente muy alta de recursos y personal a Chile, más que nada debido a las enormes inversiones estadounidenses en esta nación y a que sería perjudicial para los intereses norteamericanos en el área si uno de los pocos países del hemisferio administrados de manera democrática cayera bajo un régimen autoritario. [...]

La misión diplomática está abordando todos estos problemas de una forma dinámica e imaginativa, pero las complicaciones provocadas por opiniones divergentes y, como se señala más abajo, muchas de las interrogantes que se

El error contraproducente que cometí fue intentar ser más listo que todos los funcionarios de Washington: tratar de mantener la confianza de las partes más involucradas en el conflicto, de bandos diametralmente opuestos como lo eran la Casa Blanca y el Departamento de Estado, o un Congreso demócrata y un Presidente republicano. Las falsas esperanzas, las frases lisonjeras y las contradicciones acabaron por delatarme; el jefe de estación de la CIA, Henry Hecksher, descubrió a fines de septiembre que mis actos se contradecían con lo insinuado en mis cables. Como diría el último premio Nobel de Economía, se trató de un caso perfecto de información asimétrica.

Aun así, desde el mes de agosto de 1970 en adelante Washington en ningún momento me permitió escapar fácilmente de las argucias verbales. La Casa Blanca me ordenó enviar el Informe de Contingencia que yo me había ingeniado para retener durante varias semanas. En ese documento, titulado “Fidelismo sin Fidel”, se formulaban dos preguntas esenciales:

suscitan, plantean al parecer más dificultades al Departamento de Estado que a la misión. En términos generales, a Estados Unidos le está yendo lo mejor que cabría esperar en Chile, si se tienen en cuenta las presiones y rígidas medidas burocráticas que hostigan las políticas y operaciones norteamericanas en el exterior.

La dirección de los programas refleja sobre todo el estilo personal de un embajador imaginativo, decidido, duro de golpear, intelectualmente ávido e insaciable. Él fomenta el desempeño óptimo de su personal, se mantiene absolutamente al tanto de casi todo lo que ocurre en la misión diplomática, que es muy extensa, y actúa a tono con su imagen y su modo de pensar. Puesto que acoge con agrado las ideas de otros, es impresionantemente persuasivo al momento de defender sus decisiones y marca la pauta en cuanto a cumplir con sus elevados criterios de competencia y laboriosidad, goza del pleno respaldo y de la lealtad de su personal. En las reuniones semanales del “Equipo País”, a todos los funcionarios clave o que ocupan altos cargos “se les concede la palabra” para que tengan la oportunidad de plantear inquietudes y expresar sus puntos de vista. En las reuniones de secciones del personal, que se celebran con frecuencia, tienen lugar extensos debates. [...]

Como hemos podido apreciar, la misión diplomática mantiene una gama de contactos lo más amplia posible, pero no se dispersan esfuerzos en este sentido; el método para establecer y aprovechar los contactos también es de alto nivel. [...]

La labor política, encabezada por el embajador, es más exhaustiva, productiva, amplia, intensiva, y analíticamente aguda que las que hemos visto con anterioridad. El nivel de competencia individual es notablemente alto. Si bien cuesta creer que una información tan voluminosa y detallada vaya a resultar fundamental para Washington, sin duda ella es bien recibida por usuarios finales a quienes su dinámico contenido puede parecerles un manjar delicioso en comparación con la ración de papas cocidas que reciben en otros puestos. [...]

¿Qué repercusiones tendría una presidencia de Allende? ¿Qué debería hacer Estados Unidos? A mí me pareció que lo más prudente era demorar tanto como fuera posible lanzar ese hueso tan sabroso a los perros hambrientos de Washington.

Ahora, señor Fontaine, pongo en conocimiento suyo y del CEP la versión sin expurgar del Informe de Contingencia, tal como fue entregado a Washington, junto con los cables explicativos que en ese entonces me exigió enviar mi gobierno. [Véanse cables e Informe de Contingencia en “Chile en los archivos de Estados Unidos”, *supra*. (N. del E.)]

Transcurrido un cuarto de siglo son muy pocos los aspectos de dicho informe que necesitan ser revisados. En los siguientes tres años ni mi embajada ni la Casa Blanca —salvo Nixon durante un breve lapso— modificaron sus conclusiones: que un gobierno de Allende representaría en verdad un “fidelismo sin Fidel”, que un *modus vivendi* era una ilusión, que las medidas hostiles serían contraproducentes y que actuar con corrección era la única alternativa viable. En el documento se señalaba que si bien Allende procuraría inculpar a Estados Unidos, no debíamos dar lugar a provocaciones. Por otros conductos, claro está, envié propuestas en que instaba a Washington a facilitar los medios que permitieran la supervivencia de órganos de prensa, de medios de difusión y de una oposición democráticos, programas que se pusieron en marcha poco después de la elección y continuaron durante el período de la Unidad Popular.

Debido a que los redactores de las conclusiones de la Comisión Church lo ocultaron, las presiones enormes —chantaje, amenazas de daño físico y una extrema opresión económica— ejercidas por Allende para lograr controlar todos los más importantes órganos de prensa y medios de información, que se iniciaron inmediatamente después de que se terció la banda presidencial, no fueron conocidas por la opinión pública, y en gran medida continúan ignoradas hasta hoy. Un caso digno de mención ocurrió a comienzos de 1971, cuando la UP pretendió obligar a los demócratacristianos a votar en el Congreso en favor del programa de Allende. El candidato del PDC, Tomic, y sus simpatizantes habían extendido cheques a fecha para financiar su campaña, práctica ilegal según la ley chilena, pero ampliamente generalizada entre los políticos. Una vez que se nacionalizaron los bancos, el régimen de Allende utilizó estos cheques como un arma intimidatoria para que los demócratacristianos se alinearan con la UP. Los detalles de este caso están muy bien documentados en cables de la embajada, por cuanto un desesperado PDC nos solicitó cancelar las deudas pendientes de Tomic.

Los principales órganos de la prensa occidental también han mantenido a la opinión pública a oscuras respecto de dos casos manifiestos de sobornos pagados por firmas extranjeras a cambio de acuerdos de nacionalización aceptables con Allende. Por ejemplo, una vez que *The New York Times* identificó a Allende como un “socialdemócrata” y una víctima “asesinada” por un Ejército represivo, esos hechos ignominiosos no podían ser ventilados por una comunidad de periodistas democráticos que buscaban afirmar su superioridad moral presentándose como el nuevo clero laico del siglo XX¹⁶.

Por estas mismas razones, además, se ignoró la enorme ofensiva de Allende para compeler a los militares chilenos a aceptar los cientos de millones de dólares en armamento ofrecidos por Moscú. Una y otra vez entre 1972 y 1973 el mandatario chileno, como lo describió mi sucesor con lujo de detalles, presionó al general Carlos Prats y a sus colegas de otras ramas para que acogieran de manera favorable la propuesta del Kremlin de modo de transformar al Ejército en un organismo dependiente de las armas rusas, como en el caso de Cuba. En vez de concentrarse en el paquete de US\$ 300 millones que el Kremlin ofrecía de manera tentadora, los periodistas ahondaron en la ayuda militar estadounidense que, en promedio, había alcanzado a US\$ 2 millones entre los años fiscales 1968 a 1972 y, por supuesto, en las actividades de la CIA.

¹⁶ *The New York Times* efectivamente publicó el 16 de septiembre de 1974 una entrevista que me realizaron acerca de la “línea blanda” que se adoptó con Allende, pero sólo después que, según el entrevistador, Peter Kihss, la aparición del artículo se postergara por varios días para que el diario tuviera tiempo de incluir un editorial sobre mi dudosa integridad y para que Hersh formulara nuevas acusaciones. Así pues, una entrevista en la que desmentía uno de los cargos, concedida a un reportero que se remitió a citas de un anterior artículo de Hersh, me colocó en una situación en que no podía responder a los comentarios del editorial ni a las nuevas imputaciones de Hersh. Además, *The New York Times* desenterró de sus archivos una foto mía, muy rara, en la que aparecía con anteojos oscuros, los que por coincidencia también solía usar el general Pinochet.

Por otra parte, el cuerpo editorial del *Wall Street Journal* le había encomendado a una académica de Yale, Susan Weaver, que leyera toda la documentación disponible, me interrogara a fondo, y luego publicara el 12 de enero de 1977 un editorial titulado “El caso Korry”. En él se señalaba que “era escandaloso que al Sr. Korry se le hubiera negado su derecho a ser escuchado, y que la Comisión Church, al igual que algunos sectores de la prensa, habían hecho mal en decidir juzgarlo según criterios que no aplicaron a sus predecesores [...] y que deberían ponerse al descubierto los intereses partidistas de aquellos que lo difamaron”.

Hasta hoy *The New York Times* y todos quienes siguieron su ejemplo de sostener que cometí perjurio —el *New York Magazine*, el *Washington Post*, las tres principales cadenas de TV— se han negado a enmendar la relación de los hechos, así como a publicar el episodio de la exclusión y la distorsión histórica a que dio lugar, ni siquiera después que Hersh “descubrió nuevas evidencias” en 1981. Por consiguiente, nunca se ha divulgado el claro intento de extorsión por parte de Hersh, un delito, aquí y en cualquier parte, que quedó impune bajo el manto protector de la reputación del *The New York Times* y del comité que otorga el premio Pulitzer.

“Desestabilización” es una palabra que antes de 1974 nadie que yo conociera utilizó jamás en ningún contexto y en ninguna oportunidad, como Schlaudeman y yo declaramos bajo juramento. La primera vez que vimos emplear ese término (y el acto de atropello que simboliza) fue cuando *The New York Times* y el *Washington Post* publicaron la información filtrada a sus reporteros “de investigación” por el asistente del senador Church, Jerry Levinson, quien al citar lo que supuestamente eran instrucciones secretas enviadas por el Director de la CIA, William Colby, a una subcomisión de la Cámara de Representantes, estaba violando las leyes de seguridad nacional¹⁷.

¹⁷ Para que nadie piense que con estos fondos se pretendía “desestabilizar” el país —como consiguiera la Comisión Church convencer a la opinión mundial a través de sus comunicados—, lo cierto es que su objetivo se limitaba a sostener los pilares más honorables y sobrios del centro político chileno: mantener funcionando por lo menos a un diario y a una radioemisora, y respaldar a todos aquellos ciudadanos comprometidos con la democracia entendida según la definición occidental. La democracia, para Allende, representaba un sistema únicamente “formal”, a diferencia de la “verdadera” democracia practicada en Cuba y en la URSS.

Tanto antes como después de las elecciones de 1971 yo no sólo había impedido que se entregaran fondos a grupos tan extremistas como Patria y Libertad, sino que además había prohibido todo contacto de funcionarios norteamericanos con este movimiento y con sectores castrenses (las únicas excepciones fueron los agregados militares que cumplían sus deberes normales). Asimismo, yo había citado a chilenos cuyos hijos participaban activamente en Patria y Libertad, en la época en que fraguaban su conspiración para asesinar a Allende, con el fin de advertirles que si no lograban disuadir a estos muchachos, se comunicaría a las sedes centrales de sus empresas en Estados Unidos que estas acciones estaban poniendo en riesgo bienes y ciudadanos norteamericanos. El Presidente Nixon dejó sin efecto mis prohibiciones mediante órdenes secretas enviadas a la CIA y, también, quizás a los agregados militares; así, tras mi partida esos elementos disuasivos ya no operaron.

Si Washington no hubiera otorgado apoyo para mantener en pie una fuerza opositora, el gobierno de la UP, con su recién adquirido poder total sobre todos los bancos y toda unidad significativa de producción y distribución, podría haber ejercido una presión decisiva sobre los editores, las empresas abastecedoras de papel, los anunciadores y los precios. A decir verdad, eso es precisamente lo que hizo el régimen de Allende en el curso de sus primeros meses, en un apresurado intento por silenciar a una oposición eficaz en la prensa y en la radio.

Lo que destruyó a Allende no fue la CIA ni ninguna fuerza exógena, sino la emisión descontrolada de dinero. Al testificar en una sesión a puerta cerrada del Comité de la Cámara de Representantes, celebrada en la primavera boreal de 1971 y presidida por Dante Fascelli, parlamentario latinoamericanista, yo señalé que si bien la Unidad Popular no había transgredido abiertamente los derechos de los chilenos, su gobierno había duplicado el circulante. Lo anterior se traduciría en un proceso inflacionario que originaría una situación cada vez más difícil.

Ninguno de los numerosos congresistas que asistieron estuvo dispuesto a analizar más a fondo lo que en ese entonces era un tema arcano en el Congreso: la oferta de dinero. En todo caso, tal parece que durante esa época los círculos políticos de Washington ignoraban el modo de encarar la inflación. Por regla general, los demócratas no se preocupaban mayormente por el bombo de dinero desde la capital estadounidense hacia el resto del país; Nixon optó por luchar contra este proceso por medio del control de precios, y otro republicano, Gerald Ford, recurrió a botones de solapa con consignas antiinflacionistas para frenar el alza de los

A mediados de octubre, en el curso de la tensa quincena que precedió a la asunción de Allende, expuse en la Oficina Oval directamente al señor Nixon y al doctor Kissinger (con quienes ya había conversado en una oportunidad anterior) todos mis argumentos del Informe de Contingencia. Nixon había iniciado la reunión dándome una calurosa bienvenida y explicándose en una perorata en contra de “ese desgraciado de Allende”. Recalcó que “liquidaría a Allende económicamente”, frase que repitió varias veces al tiempo que golpeaba con un puño la palma de la otra mano para dar mayor énfasis a sus palabras. Cuando concluyó y se volvió hacia mí, le repliqué: “¿Usted está absolutamente equivocado, señor Presidente!” Los ojos de Kissinger se dilataron, no pudiendo dar crédito a lo que percibía como una muestra de insolencia.

Yo continué mi argumentación advirtiendo que si bien no alteraría ni un ápice mi análisis sobre la Unidad Popular y sus objetivos marxista-leninistas, sucesos fortuitos podrían intervenir una vez más para crear una oportunidad de cambio en el futuro. Pese a ser estalinista, Tito se había transformado, por causa de factores inesperados y exógenos, en un comunista independiente, aceptable e incluso útil. El hecho de manifestar hostilidad hacia Allende sin motivo aparente avivaría la opinión pública latinoamericana y mundial en contra de Estados Unidos.

Por añadidura, las Fuerzas Armadas se habían comprometido irremisiblemente a no intervenir en el proceso político, aspecto que yo había

precios. Sólo en 1968 el Comité Nobel reconoció a la ciencia económica como una disciplina académica apropiada y digna de un galardón, tal vez como una manera de anticiparse a las enormes necesidades de formación básica sobre la materia durante los años setenta, cuando la inflación en los Estados Unidos bordeó el 20%.

Allende cayó en la trampa de percibir en la prosperidad superficial de 1971 una confirmación de que su modelo de socialismo efectivamente funcionaba. Fue incapaz de comprender que la súbita afluencia de productos agrícolas al mercado era un reflejo del deterioro y no del éxito de sus políticas; movidos por el temor, los agricultores estaban transformando sus bienes en efectivo, liquidando sus equipos, semillas, ganado vivo y existencias de cosechas. Los trabajadores urbanos y los mineros también tenían sus bolsillos llenos de dinero debido al reajuste de salarios aplicado por Allende. Como consecuencia inevitable, esta oleada de circulante debilitó la productividad y el rendimiento, al tiempo que aceleró la inflación en 1972 hasta que alcanzó niveles incontrolables, proceso que culminó en la hiperinflación de 1973.

Con todo, Allende descubrió que, a diferencia de Castro, él no podía recurrir a decretos dictatoriales para sofocar la creciente disidencia. Tampoco podía emular al líder cubano y obligar a la URSS a apuntalar su régimen. A medida que el sector de extrema izquierda de la UP restringía cada vez más su estrecha maniobrabilidad tanto en Chile como en el exterior, el pronóstico de 1970 acerca de un “fidelismo sin Fidel” se comprobó sin necesidad de recurrir a ningún factor ajeno a Chile. Allende acudió cada vez más a los militares, situando a generales en cargos clave dentro del gabinete en un vano y, en definitiva, contraproducente intento por derrotar al enemigo invisible de la inflación desbocada. Pese a que apeló a tácticas dilatorias e inició conversaciones con el PDC y con Washington, no pudo ofrecer nada de valor a cambio. Había creado el escenario para su autodestrucción.

planteado de manera enfática a Kissinger esa mañana, lo mismo que en reiterados cables. Cualquier intento por cambiar el punto de vista de los militares explotaría en la cara de Estados Unidos, ocasionando un enorme daño a los intereses norteamericanos y al propio Nixon, advertí.

No quedaba otra alternativa que dar a conocer nuestra disposición a negociar con Allende, de modo de evitar que tuviera éxito su plan de manipular a la Casa Blanca, hasta inculparla, y justificar así sus medidas antinorteamericanas. En consecuencia, le sugerí a Nixon que enviara un mensaje de felicitaciones a Allende, que despachara una delegación normal a la ceremonia de investidura y que me permitiera iniciar conversaciones con el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores una vez que la Unidad Popular asumiera el poder.

El Presidente no respondió. Luego de mirarme durante un rato se puso de pie y me condujo amablemente hasta una mesa para entregarme recuerdos personales para mi esposa e hijos. En ningún momento dio a entender que planeaba algún tipo de intervención política en Chile, aun cuando él, al igual que Kissinger, estaba enterado de que mi nombre encabezaba la lista de personas a asesinar elaborada por la extrema izquierda (que pronto ejecutaría a quien ocupaba el segundo lugar, Edmundo Pérez Zujovic, otrora Ministro del Interior de Frei).

Informé sobre la conversación directamente al Subsecretario, U. Alexis Johnson, y al Secretario Adjunto, Meyer, añadiendo que creía haber “logrado que el Presidente cambiara de parecer”. Los tres dedicamos los siguientes dos días a preparar borradores del mensaje que se enviaría al Presidente Allende; tras ser rechazados por Nixon, el tono de cada uno de ellos se suavizó hasta que finalmente a Meyer, cuando llegó a Santiago, sólo se le permitió decirle a Allende que el Presidente Nixon, en nombre de los Estados Unidos, felicitaba al pueblo chileno por ejercer sus derechos democráticos. Aun así parecía que Nixon había accedido, a su manera, a las dos primeras sugerencias que le formulé en nuestra reunión personal, y después que Clodomiro Almeyda fuera designado Ministro de Relaciones Exteriores yo apliqué mi propuesta, por cuenta propia, lo cual motivó una inmediata llamada telefónica del Departamento de Estado, a insistencia de Kissinger, para que diera explicaciones.

No obstante, señales de alarma mentales me habían advertido durante semanas que algo se fraguaba a mis espaldas. La Casa Blanca había hecho preguntas sobre el Ejército y Carabineros, y respecto al rol de Estados Unidos. Yo no sólo evité contestar esas preguntas sino también una que me formularon directamente algunos generales chilenos. “Sigán a su líder constitucional”, fue mi respuesta. Yo también había logrado esquivar el

cuerpo y rehuir la alternativa de ejercer presiones sobre Frei, quien había enviado a Nixon un provocativo mensaje antes de mi visita a Washington, según el cual había una probabilidad de 50 a 1 de que una presidencia de Allende condujera a la instauración de un sistema al estilo cubano en Chile, pero en respuesta a mi aguijonada, Frei le había manifestado oficialmente a Nixon que él NO deseaba que Estados Unidos interviniera de otro modo que no fuera colaborando con labores de propaganda.

Cuando nuestro jefe de estación de la CIA descubrió que yo no le había torcido el brazo al Presidente Frei, descargó su ira en mí delante de Schlaudeman, y así sonó otra campanada de alerta. A decir verdad, el hecho de que no me pusiera sobre aviso respecto de ciertos problemas me pareció como si un perro guardián no ladrara. De manera que adopté precauciones extremas para impedir que funcionarios norteamericanos que ocupaban cargos privados u oficiales fueran tentados a involucrarse; en particular, proporcioné información al gobierno saliente sobre el mayor Marshall y Patria y Libertad. Cualquier “aventura” destinada a obstaculizar el acceso de Allende a La Moneda hubiera desencadenado —como ocurrió con su suicidio tres años más tarde— una campaña masiva a nivel mundial manipulada por Moscú para culpar a Estados Unidos, a la CIA y al “imperialismo”. En tales circunstancias, los ciudadanos norteamericanos en Chile correrían peligro.

Afirmar, como lo hicieron algunos —entre ellos el sofista senador Church—, que se me mantuvo en ayunas con respecto a las órdenes de intervención que dio Nixon a la CIA es literalmente cierto, pero nadie puede sostener que yo no tenía clara conciencia de lo que ocurría. De hecho, me apresuré a enviar cables directos a Kissinger y a Nixon advirtiéndoles que cualquier intento por impedir la asunción de Allende tendría un efecto *boomerang* y desembocaría “en otra Bahía Cochinos”¹⁸.

¹⁸ Nixon también se vio enredado en la maraña de verdades a medias que entramparon a “Chile”. En 1966 a él le había causado una enorme impresión mi informe sobre África, que había leído con cuidado, subrayando con tinta roja tantas páginas que su hosco asesor itinerante, Patrick Buchanan, fue sorprendido tratando de mecanografiar a escondidas todas las setenta páginas de anotaciones esenciales en lugar de resumirlas, porque según él “no comprendía este tipo de cosas”.

“No parece escrito por un hombre de Kennedy”, me dijo Nixon durante una reunión que me solicitó antes de partir, tras finalizar su estadía en Etiopía.

“A mi entender un hombre de Kennedy es alguien que dice lo que piensa”, fue mi áspera respuesta.

Tras una pausa de silencio, el futuro presidente inquirió: “¿Estaría usted dispuesto a desempeñar un cargo en el partido de la minoría si alguna vez llegara a la presidencia?” (Véase mi respuesta en la nota 6, segundo párrafo.)

Pero Nixon también había expresado su admiración la noche anterior cuando el Primer Ministro etíope y sus cuatro ministros principales expusieron sus argumentos con extraordinaria franqueza.

“Ellos han dicho maravillas de usted”, me reveló una vez que los invitados se hubieron retirado. “Deben confiar en usted. Según mi experiencia acumulada en visitas a mu-

Pensar, como más de alguien lo ha hecho, que Washington me castigó con una suerte de excomunión debido a mis opiniones sobre Allende y Chile, es igualmente erróneo. El crimen imperdonable que cometí fue no tomar partido por ninguno de los bandos políticos en Washington, hacer caso omiso de la primera advertencia del equipo del senador Church en 1973: “Ayúdenos a liquidar a Kissinger y Nixon o lo liquidaremos a usted”. Como alguien absolutamente convencido desde comienzos de 1971 hasta mediados de 1974 de que había frustrado cualquier aventura, como alguien que en 1971 había escuchado testimonios muy convincentes de que en realidad yo había salvado a Estados Unidos y a Nixon de un desastre, ¿por qué iría a actuar en contra de aquellos que habían hecho caso de mis advertencias y apreciaciones?¹⁹

chos países, ellos no nos dicen las cosas en la cara sino que nos clavan el cuchillo por la espalda”.

Años más tarde, luego de que el Departamento de Estado me comunicó que había “perdido mi credibilidad” con el Presidente por contradecirlo en la Oficina Oval, y por oponerme a que se ejerciera sobre Allende una hostilidad opresiva, acudieron a mi mente los comentarios de Nixon en Addis Abeba. Ellos prueban que la honradez se valora más como principio objetivo que como una experiencia personal, lo que en estricta justicia yo aplicaría a casi todos los que, según *The Economist*, forman la “clase parlanchina”: políticos, periodistas, académicos y abogados. Tal vez se trata de una característica propia de la condición humana, confirmada por una excepción sumamente rara.

¹⁹ A comienzos de 1971, CL (Cy) Sulzberger, un importante corresponsal extranjero y columnista del *The New York Times*, llegó a Santiago inmediatamente después de realizar una entrevista al Presidente Nixon, que había aparecido en primera página. Como nos unían lazos de amistad, él almorzó con nosotros en nuestra residencia. Mientras tomábamos el café, para mi asombro y el de mi esposa, preguntó si podía hablar conmigo a solas. Cuando lo conduje al estudio quiso saber si era un lugar “seguro”. De modo que encendí la radio, aumenté el volumen, y luego me senté a su lado en el sofá.

Sulzberger me susurró al oído que “fuentes irrecusables” —término con el cual se refería al Presidente o a Kissinger— le habían informado de que yo había disuadido a Estados Unidos de intervenir junto con el Ejército chileno en octubre de 1970 para frustrar el acceso de Allende al poder. Yo negué terminantemente que se hubiera contemplado una medida de ese tipo. La experiencia de dos décadas como periodista escuchando a diplomáticos que solían permitirse filtrar información o criticar al presidente de su país me habían inculcado como norma —para mí inquebrantable— evitar ese comportamiento.

Cy me miró con escepticismo y me volvió a formular la pregunta de diversas maneras, pero no logró nada. Años después en París, donde nos encontramos con Sulzberger como dos ciudadanos comunes, fui yo quien le exigí que identificara a su “fuente irrecusable”, término que en mis tiempos de reportero novato se me enseñó a evitar a menos que también creyera en el Ratoncito Pérez. Tras un prolongado silencio y luego de examinar en privado los archivos de su estudio, me recomendó dirigirme a Averell Harriman, demócrata de toda la vida, quien despreciaba a Nixon y a Kissinger.

Mi próximo paso fue viajar a la finca de Harriman en el condado de Westchester, Nueva York, para plantearle la pregunta. Manifestando verdadera sorpresa, no se podía explicar por qué Cy trataba deliberadamente de ocultar sus huellas. Pero como alguien que conocía a Sulzberger y a Harriman por años, recordé que Cy, al igual que Hersh y otros periodistas del *The New York Times* con los que me topé durante la indagación posterior al episodio de Santiago en busca de verdades publicables, solían echar mano de los típicos argumentos en

que se amparan los políticos —“voy a negarlo todo si repites lo que he dicho”, “off the record”, y “no debes atribuirme esta declaración”—, una práctica que en mis veinte años de periodismo nunca había visto ni utilizado. Sin embargo, de manera inconsciente esta actitud revelaba por qué en el curso de ese extraño período los editores y los reporteros se veían cada vez más a sí mismos como otro elemento en el proceso de formulación de políticas, en desmedro de su función tradicional de comunicar los sucesos en forma periodística, transformación de la que Hersh se aprovechó al máximo en el caso de “Chile”.

Años después que abandoné Chile, el ex Presidente Frei declaró a Sulzberger en una entrevista publicada en *The New York Times* que, en particular, yo nunca había ejercido ninguna presión, lo cual contradecía lo señalado implícitamente en las conclusiones de la Comisión Church, amplificadas después por los medios de comunicación de todo el mundo. Es más, el Presidente Allende tuvo el gesto poco común de escribir tras mi partida una carta al Presidente Nixon en la que encomiaba mi labor durante el primer año de gobierno de la UP. En el transcurso de una cena de despedida que me ofreció en octubre de 1971 su Ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, con quien en mi actual visita a Chile he tenido la ocasión de renovar los cordiales vínculos profesionales que entablamos en ese período, pronuncié un brindis en mi honor utilizando términos sumamente elogiosos, ante el asombro de los invitados. Nadie mejor que él captó y comprobó lo que yo estaba intentando lograr y lo que la Comisión Church ni siquiera permitió que se le diera a conocer antes de crear el mito de Chile.

Tomic, Valdés y muchos otros demócratacristianos, lo mismo que sus defensores más resueltos en Washington, se sentían muy seguros de que Allende los necesitaría para gobernar. Valdés había sido inducido en ese cálculo erróneo por Volodia Teitelboim en 1969. Éste le había dicho a Valdés que el PC miraría con buenos ojos una candidatura suya a la presidencia. Durante nuestro primer encuentro en 1967, Tomic me había asegurado en Washington que él era “el único hombre” capaz de reconciliar a los Estados Unidos con la Unión Soviética, el único que podría compatibilizar las tres principales corrientes de opinión en el mundo: el socialismo, el capitalismo y la posición intermedia. El hecho de que él tuviera esa opinión de sí mismo bastó para impulsar al Presidente Frei a describirlo a mediados de 1970 como un “desorientado”, juicio que ya se había formado nuestra embajada, pero desgraciadamente no la Oficina para Latinoamérica del Departamento de Estado, la que durante los años en que Tomic permaneció en Washington racionalizó las pretensiones de éste.

No obstante, en la Democracia Cristiana italiana también existía una corriente poderosa que presionaba a los líderes de su colectividad para que respondieran a los tanteos del Partido Comunista italiano, similares a los realizados por su homólogo en Chile. Tanto Valdés como Tomic ya tenían esbozado en su mente confusa un “compromiso histórico” y calculaban que la hegemonía la ejercería el PDC y no los aliados comunistas en Moscú con su consigna de “dividir para reinar”. Con la muerte de Allende, en Italia se intensificó la búsqueda de un “compromiso”, esfuerzo que tuvo un horroroso epílogo en el asesinato del ex Primer Ministro Aldo Moro perpetrado por grupos de extrema izquierda.

El jefe de la campaña de Allende también mostró sus cartas. Él me sugirió con todo desparpajo que un millón de dólares sería una inversión que valdría la pena. Y una vez que la UP asumió el poder, un miembro del gabinete reconoció estar dispuesto a aceptar de la embajada una contribución bajo cuerda.

De hecho, por lo menos dos empresas consiguieron que Allende las favoreciera con sus decisiones a cambio de sobornos muy cuantiosos, uno de US\$ 800.000 pagado por un empresario belga como una forma de retribuir una compensación de US\$ 8 millones sobre las propiedades salitreras de la familia Guggenheim; la otra maniobra la realizó una empresa minera norteamericana —cuyo presidente me negó a gritos que se hubiera recurrido a esa táctica, pero que un director, al igual que otros chilenos, confirmaron mucho después de mi partida con fuentes del Gobierno y de la ITT—, en la cual se utilizó a un político radical ampliamente conocido para negociar una transacción bajo cuerdas con Allende, lo cual contra-venía el acuerdo sobre seguros firmado con la OPIC.

También hubo empresarios chilenos que pagaron por recibir un trato preferente; algunos prestaron un apoyo muy publicitado al mandatario y otros apelaron a medios más convencionales.

Agravé aun más mi error al aclararle en privado al equipo del senador Church que yo consideraba a los Kennedy responsables de una intervención verdaderamente masiva en Chile, y que el derrocamiento de Allende en 1973 no había alterado en lo más mínimo las opiniones expresadas en el Informe de Contingencia. Si los republicanos creían que yo iba a hablar del aventurerismo político de Nixon, del sector empresarial o de la CIA, entonces los demócratas preveían revelaciones en torno a las actividades de la administración de John F. Kennedy y sus aliados en la Iglesia, en el ámbito laboral, en el mundo empresarial, en círculos académicos y en el extranjero. Ninguno de los dos partidos deseaba que el registro de los hechos fuera más allá de los acuerdos tácitos a que habían llegado ambas colectividades durante la investigación, y éstas con la CIA. No querían que las audiencias [de la Comisión Church] escaparan de su control, pues ello beneficiaría a una izquierda, hasta ahora contenida, y provocaría un grave daño electoral que los afectaría a ellos y a su imagen pública. Yo repliqué por escrito que las verdades a medias, las mentiras flagrantes y los mitos que ellos habían hecho circular por todo el mundo a través de las conclusiones de los miembros de su Comisión habían causado un grave perjuicio a Chile y ocasionarían pérdidas de vidas en dicho país, además de acelerar el deterioro en el aprecio de la opinión pública por la clase dirigente y los medios de difusión estadounidenses, predicción que desgraciadamente se hizo realidad.

La investigación del Senado en torno a una década de operaciones encubiertas en Chile vino sólo después de nuestra derrota en Vietnam y del escándalo de Watergate. La contingencia quiso que “Chile” se insertara en el contexto de un país ya aturcido ante la súbita profusión de mitos auto-complacientes sobre la invencibilidad, los conocimientos técnicos y la distinción entre medios y fines. La idea era que el veredicto de la Comisión Church se transformara en una especie de tarro basurero en el que se pudiera arrojar gran parte de nuestro pasado y algunos de nuestros malos hábitos, junto con el desacreditado señor Nixon, en primer lugar, además del difunto Lyndon Johnson, ambos humillados por los sucesos de Vietnam. Puesto que responsabilizarse de sus fracasos y responder de sus actos no es una costumbre generalizada entre los políticos en épocas de desgracia nacional, la CIA, un organismo creado específicamente para servirles de parapeto, fue escogida como el chivo expiatorio.

El Chile de los titulares resultó ser un expediente conveniente, aunque inesperado y escurridizo, para restablecer la moralidad y la credibilidad de los Estados Unidos. También permitió que los principales actores —se tratara de Kissinger, los senadores Church, Mondale, Ted Kennedy y Baker, todos aspirantes presidenciales y miembros de la comisión investigadora, o del director de la CIA, William Colby— al menos pudiesen

mantener sus cargos, si es que no escalar, conjuntamente con los casi anónimos integrantes del equipo que realizaron “el trabajo pesado” entre bastidores para llegar a los tácitos acuerdos bipartidistas. Los demócratas, tanto el partido mayoritario como los “acusadores” en el caso de Chile, mantuvieron a los republicanos muy a la defensiva a lo largo de todo el proceso, ya que disponían de pruebas que habrían puesto en aprietos a importantes aliados empresariales del señor Nixon²⁰.

²⁰ Las repercusiones de la decisión adoptada por Kennedy en 1963 de involucrar a las multinacionales en su plan maestro para Chile se hicieron sentir por muchos años. Cuando el mandatario falleció, cada uno de los peces gordos escogió su propio camino para desarrollar sus negocios en Latinoamérica y en Chile.

Por ejemplo, el difunto Peter Grace —personaje ligero de genio, otrora cabeza de la enorme transnacional WR Grace and Co., y el católico laico más poderoso de Estados Unidos en los años sesenta— había usado su dinero y su enorme influencia en coordinación con la CIA para apoyar lo que su Iglesia y su Presidente habían considerado un asunto fundamental. Sin embargo, en 1968 descubrí que el nuevo representante regional de su empresa, el abogado Peter Jones, estaba poniendo fin sigilosamente a todas las inversiones de Grace en Chile. Demócrata bien relacionado y partidario de Kennedy, el ambicioso Jones intentó sacar partido de la estrecha amistad entre nuestras esposas al presentarse a influyentes figuras chilenas como un muy bien informado miembro de los círculos de poder estadounidenses, maniobra que neutralicé en breve con discretas medidas preventivas.

No obstante, la decisión de Grace, conservador en todos los aspectos, de retirarse de Chile (y al parecer también de Perú) constituía una tácita muestra de criterio comercial realista; según trascendió a otros sectores, este repliegue presagiaba un futuro sombrío para las aspiraciones del PDC y de Chile en lo relativo a un acelerado proceso de industrialización. Peter Grace resolvió dar este paso a mediados de 1967, la misma época en que Dungan también optó por abandonar el barco aduciendo como aparente excusa su incapacidad para seguir siendo embajador en Santiago porque, según me señaló, se oponía a la política de Lyndon Johnson en Vietnam.

Jones, quien se había graduado en la escuela de derecho de Yale, reapareció en 1970 como el nuevo representante de la ITT en Argentina. Él me telefoneó desde Buenos Aires tras la victoria de Allende, y luego me escribió para preguntarme si podría venir a Santiago a “prestar ayuda”. Aunque yo rechacé la idea de plano, y les pedí a dos representantes de la ITT, Barellez y Hendrix, que le recomendaran a Jones mantenerse aparte, Jones de todo modos envió a Chile a un agente político no deseado, que había participado en la CIA entre 1963 y 1964. Su misión en esta oportunidad era la de movilizar una vez más a los empresarios chilenos para impedir que Allende alcanzara el poder. Jones, un sobreviviente profesional, se las ingenió en el curso de sus muchas vidas corporativas para conservar el apoyo de poderosos intermediarios en los círculos de poder en Washington y Nueva York.

Un ejemplo no menos curioso en el lado republicano fue el que encarnó el dinámico y también ambicioso Don Kendall, quien como presidente de Pepsico ejerció gran influencia política apoyando candidaturas. En los años sesenta, él había contratado a Richard Nixon como su abogado, por lo menos de nombre. Según me enteré no mucho después, Pepsico había financiado los viajes de Nixon a ocho países de África, lo mismo que su anterior gira por Latinoamérica, incluido Chile, un hecho desconocido por mí hasta fines de 1970. Kendall había visitado Chile por lo menos un par de veces durante los dos años anteriores. Pepsico tenía un *joint venture* en Chile. Más tarde él hizo arreglos para que el propietario de *El Mercurio*, Agustín Edwards, fuera recibido en la Oficina Oval el 15 de septiembre de 1970.

Educado en Princeton, al igual, casualmente, que la mayoría de los miembros clave del Senado que investigaron este caso cinco años después, Edwards había mantenido un vínculo muy cercano con Dungan, a quien solía visitar de improviso para sostener charlas no programadas. En lo que a él respecta, una vez más yo enfrié las relaciones. Mis contactos con Edwards fueron escasos; almorcé dos veces con él y sus editores en *El Mercurio*, cenamos dos

veces con ocasión de veladas oficiales; él asistió dos veces a reuniones sociales de la embajada.

Sin embargo, justo antes de las elecciones de 1970, él apareció sin aviso previo en la embajada, donde se reunió por cinco minutos conmigo para conocer mi pronóstico respecto del vencedor en la elección. Y, poco después del triunfo de Allende, me solicitó por conducto de un intermediario que nos reuniéramos en privado en el hogar de uno de los gerentes de sus numerosas empresas. En un momento de ese breve encuentro, me preguntó: “¿Harían algo las Fuerzas Armadas chilenas para revertir este desenlace?” “No existe ninguna probabilidad”, le contesté. Se despidió de mí anunciando que se iba de Chile inmediatamente, y regresé a mi residencia conduciendo yo mismo.

Una vez radicado en Estados Unidos, y tras su fatídica entrevista con Nixon, él pasó a ocupar un cargo ejecutivo en Pepsico.

En 1973 y 1974, en mi calidad de entonces presidente de la Asociación de las Naciones Unidas, tuve la oportunidad de participar junto a Kendall, quien había efectuado una arriesgada inversión en Rusia, y con el economista socialista John Kenneth Galbraith, en el comité ejecutivo de cinco miembros que procuraba crear un clima de distensión más eficaz con la URSS. Cuando me presentaron a Kendall por primera vez, me saludó con una sonrisa y exclamó: “Ah, el hombre que perdió Chile”.

Kendall creía que él y Nixon eran responsables de la decisión soviética de no acudir en auxilio de Allende, una justificación débil y risible que beneficiaba a ambos ya que no tenía en cuenta los enormes paquetes de pertrechos militares ofrecidos por el Kremlin, ni otras medidas destinadas a otorgar a la UP el control sobre las Fuerzas Armadas, ni el costo espantosamente alto que supondría el hecho de mantener a flote a un país como el Chile de ese entonces, sumido en la hiperinflación. En 1975, cuando el clima de irritación en torno a “Chile” alcanzó su máxima intensidad, renuncié al comité, y en una cena privada le señalé a su secretario ejecutivo que mi intención era tratar de sacar a la luz toda la verdad y, por lo tanto, Kendall podría ser blanco de acusaciones. De modo que por una cuestión de honor yo estaba obligado a dejar de participar en una iniciativa que Kendall ayudaba a costear. De igual modo, le explique a Galbraith en Harvard mis motivos para abandonar el equipo, ya que él también era uno de los principales contribuyentes financieros y además estrecho amigo de mi patrocinador, George Ball.

En las audiencias privadas celebradas en Washington, de conformidad con las normas consignadas en el contrato de seguros suscrito por la Anaconda con la OPIC, Anaconda obtuvo una sentencia favorable. Ambas partes convinieron en designar a un solo árbitro, el ex juez del estado de Nueva York, Stanley Fuld.

El equipo jurídico de Anaconda estaba formado por tres demócratas de línea dura de Washington: Lloyd Cutler —poco después asesor legal del Presidente—, además de Gerald Smith y Paul Warnke, ambos embajadores del más alto rango en su calidad de principales negociadores en las conversaciones con los soviéticos para el control de armas. Su testigo clave era el embajador Dungan, quien había puesto en marcha el programa de inversión en el cobre tras la elección de Frei en Chile.

El gobierno estadounidense era representado por un joven e inexperto abogado de una firma especializada en asuntos de defensa. Yo era su testigo clave.

Al final de mi testimonio, el árbitro Fuld me preguntó si podía esperarlo afuera hasta el receso. Cuando salí de la sala me condujo hasta su oficina y me dijo que había leído todos mis cables relativos al cobre y deseaba que yo supiera “lo orgulloso que lo hicieron sentirse de ser estadounidenses”.

A decir verdad, al expresarme por cable sus efusivas felicitaciones por la función que me cupo en las negociaciones de 1969, el Subsecretario de Estado, Eliot Richardson, señaló: “Sus cables relativos al problema del cobre serán considerados por décadas como un texto modelo para todos los aspirantes a diplomáticos”.

En Nueva York, algunos meses después de que Anaconda ganó su demanda por seguros, a pesar de no haber pagado la prima en 1970 —el punto en debate del arbitraje—, Robert Rossa, ex Subsecretario del Tesoro de Kennedy y presidente de Brown Brothers, al igual que Harriman y uno de los directores de Anaconda, me dijeron durante una cena a la que yo había sido invitado: “Su testimonio fue impecable”. Herb Salzman, funcionario de la OPIC, y futuro embajador, empleó casi las mismas palabras para reflejar la opinión de ambas partes en el litigio.

El presidente Gerald Ford cumplió un papel no despreciable en el esfuerzo llevado a cabo por el centro de nuestro espectro político para recuperar el control hasta entonces en manos de la izquierda. La influencia combinada del inexpugnable “sector del medio” y su poderoso ascendiente en, por ejemplo, *The New York Times*, en el *Washington Post* y en las cadenas de televisión, convirtieron mis esfuerzos por sacar a la luz toda la verdad en una empresa cada vez más quijotesca y ridícula, cuya complejidad sólo contribuyó a aumentar su vulnerabilidad. Aunque nunca fue un motivo central de crítica, mi desagrado frente a la manera en que la Comisión —la casi totalidad de cuyos miembros había votado en favor de otorgar una enorme cantidad de fondos para derrotar a Allende en 1964— estaba transformando su relación de los hechos, y la nuestra, me impulsó a expresar mis objeciones de manera persistente y sonora. Guiándose por lo que estimaban aconsejable, los actores principales decidieron, por razones de Estado y conveniencia personal, que la ficción invalidaba los hechos.

“El peso de la noche” se había dejado caer con toda su fuerza sobre Chile, sobre mí, sobre Estados Unidos. Roosevelt, Yugoslavia, China, Italia, Hong Kong y muchas otras circunstancias del pasado determinaron los sucesos a los que me he referido esta tarde. A decir verdad, las repercusiones de “los Estados Unidos en Chile” siguen influyendo en el pueblo norteamericano de diversas y significativas maneras, en particular en sus opiniones sobre nuestro gobierno, sobre los periodistas más influyentes y sobre la política exterior.

En los ámbitos económico y político, el pasado nunca muere del todo como ocurre con sus artífices. Lo que una vez sucedió, tiende a repetirse. Por ejemplo, en la actualidad se ha revivido la “trampa de la liquidez” para explicar el caso de Japón; China, la economía más grande del mundo antes de 1850, está a punto de recuperar esa posición, también en términos militares; Leningrado ha vuelto a ser San Petersburgo, Rusia y China han adoptado formas de capitalismo, y así pueden citarse muchas otras situaciones similares.

Con un historial que refleja una propensión a escoger ganadores y perdedores antes de que lo haga el mercado, aprovecho esta oportunidad para anotar que aún están lejos de resolverse las ingratas incompatibilidades entre el capitalismo, por un lado, y la democracia basada en el sufragio universal, por el otro, tanto al interior de Asia, Europa, África, Latinoamérica, o en el centro de mi interés principal, Estados Unidos. Tras una aparente prosperidad yacen problemas sociales que en cierto modo me recuerdan a la Europa que recorrí en bicicleta en los años treinta. También resultan evocadoras algunas de las llagas supurantes de la política exterior

que afectan a una nación estadounidense que, al parecer, desea un mayor grado de comercio internacional y un menor grado de compromiso internacional. Así como Roosevelt afrontó un problema de este tipo durante su segundo mandato, y los Kennedy vivieron una experiencia póstuma, paralela, con Chile y Vietnam, también un futuro líder en Washington o en otro país puede verse sobrepasado por sucesos pretéritos que se niegan a permanecer sepultados.

En Chile se verificaron algunas de las imprevistas consecuencias implícitas en las duras opiniones emitidas por mi colega británico en 1970. Sin un respeto informado por un pasado que él estimaba saludable para Chile, sería temerario creer que el retorno a hábitos antiguos —fenómeno que se puede ver en mi propio país— es inconcebible en otras naciones. Hasta en las economías más dinámicas se considera que una actitud de inercia y complacencia puede traer consigo sorpresas no deseadas. Agregar valor a una sociedad es un desafío no menos difícil que añadir valor a una industria o un producto.

Como visitante en este país, como alguien que en la última etapa de su vida ha tenido el privilegio de ver una nación revitalizada y dinámica, el primer “tigre” de Latinoamérica, y como alguien que viaja constantemente, quisiera decir que ningún pueblo, ningún otro Estado en esta etapa de la historia inspira un mayor grado de confianza u ostenta una disposición más resuelta a afrontar o superar los desafíos del futuro.

APÉNDICE N° 1

SOBRE LA AYUDA MILITAR SOVIÉTICA, 1971-1973

La siguiente es una cronología de acontecimientos significativos respecto de la ayuda militar prestada a Chile por el gobierno soviético, todos los cuales se basan en el registro oficial de comunicaciones sostenidas entre Washington y la embajada estadounidense en Santiago:

i) Agosto de 1971: Durante su visita a Moscú el general Pickering recibe una oferta de US\$ 50 millones en créditos militares para el Ejército chileno. Según el general Prats, entonces Comandante en Jefe del Ejército, al regreso de Pickering, Allende recomienda encarecidamente aceptar la proposición. Por su parte, Prats, quien apoya al Jefe de Estado, se opone terminantemente a esta propuesta fundándose en razones institucionales e internacionales planteadas por la mayoría de sus colegas.

ii) Junio de 1972: El general Prats le informa al embajador Davis que le está resultando muy difícil rechazar las presiones soviéticas para que Chile acepte créditos militares, ya que el total destinado a las tres ramas ascendería a alrededor de US\$ 300 millones, en condiciones muy generosas. Solicita mayor ayuda militar de parte de Estados Unidos.

iii) Julio de 1972: Estados Unidos autoriza a una embajada en otra capital latinoamericana para que le revele al Jefe de Estado de esa nación, en respuesta a preguntas e inquietudes manifestadas por éste, que Moscú había formulado una tentadora oferta a las Fuerzas Armadas chilenas consistente en alrededor de US\$ 300 a US\$ 500 millones en equipamiento militar.

iv) Julio de 1972: La embajada de Estados Unidos en Santiago responde a preguntas que circulan en el resto de Latinoamérica, comunicándole a otra embajada norteamericana que el general Prats, en efecto, había corroborado la excelente impresión que se había formado la misión chilena compuesta por 24 miembros de las tres ramas que en enero de ese año habían realizado una gira por las instalaciones militares cubanas. Allende había patrocinado el viaje tras sostener contactos directos con Castro.

v) Marzo a octubre de 1972: El anuncio formulado por Allende en enero de 1971, en cuanto a que los soviéticos concederían créditos para modernización de los puertos, se pone en práctica en una serie de etapas sucesivas —proceso análogo al que antecedió a importantes alianzas militares en lugares como Somalia al promediar la década de los sesenta. Ambas naciones revelan que se construirá un nuevo puerto pesquero en el Golfo de Arauco, y acuerdan que buques de la “Soviet Maritime Corp.” —las primeras naves soviéticas a las que se les permitía hacer escala en Sudamérica (como antes había ocurrido con los aviones de Aeroflot)— recalarán regularmente en puertos chilenos, que se incorporará un buque soviético de investigación científica en el programa antártico de la Armada chilena, que dos “buques de investigación” navegarán por aguas chilenas, que expertos chilenos en las áreas pesquera y naval recibirán capacitación en la URSS, y que tres buques para pesca de arrastre serán estacionados a cierta distancia de la costa. En su mayor parte estos acuerdos son resultado de la visita del Jefe de Operaciones Navales, almirante Montero, a Moscú, donde fue recibido por el Ministro de Defensa soviético, mariscal Grechko, quien estuvo a cargo de la rápida expansión de la Armada de ese país hasta convertirla en una fuerza mundial de enormes proporciones y de gran poder estratégico.

vi) 31 de marzo de 1973: El general Prats, en conocimiento de que los rusos le habían dicho con crudeza a Allende —durante su visita a Moscú para conseguir US\$ 500 millones en ayuda económica en diciembre de 1972— que en lugar de pedir dinero hiciera las paces con los Estados Unidos, suplica al embajador Davis que le concierte una entrevista con su colega norteamericano, el general Abrams. Prats señala que como visitaría Moscú en mayo a instancias de Allende, primero debería reunirse con Abrams. Sostiene que los soviéticos están dispuestos a facilitar a los chilenos “lo que necesitemos, incluido armamento de último modelo”. Prats reconoce que ya no puede declinar la oferta y, obligado a aceptarla, no escogería las armas más complejas, por diversas razones.

vii) 9 de mayo de 1973: La embajada presenta su *Evaluación estratégica* anual de Chile. Entre otras cosas advierte que “Presiones ejercidas por el gobierno (de Allende) pueden llevar a las Fuerzas Armadas a aceptar material bélico soviético, probablemente acompañado de la correspondiente asistencia y capacitación técnica”.

viii) 9 de mayo de 1973: Prats se reúne con el general Abrams y argumenta en favor de que Estados Unidos aumente sus ventas de pertrechos militares a Chile.

ix) 11 al 15 de mayo de 1973: Prats es recibido por Kosyguin y luego por el mariscal Grechko. Un día después de su partida, el 16 de mayo, el diario *Pravda* aconseja a Prats que desoiga los cantos de sirena de la oposición política chilena.

x) 7 de junio de 1973: El general Prats advierte al embajador Davis de que poderosos sectores de la Unidad Popular se oponen a la moderación y que él pretende planificar junto con Allende una “tregua política” en Chile para que el país se ponga a producir.

xi) 29 de junio de 1973: La embajada en Santiago informa, en un cable muy detallado, que el viraje del Partido Comunista hacia una línea más dura es “deliberado, abrupto y real”. Altos personeros de la Democracia Cristiana liderados por el ex presidente Eduardo Frei habían concluido anteriormente (al igual que observadores en el exterior familiarizados con las tácticas comunistas cuando “la correlación de fuerzas objetivas” era semejante a la de Chile en 1973) que el Partido Comunista chileno llegaría a convencerse de que no tiene otra alternativa que provocar un golpe militar.

xii) 24 de julio de 1973: Allende realiza un esfuerzo desesperado para que la URSS cambie su tozuda opinión de no sacarlo de apuros y de que debe acercarse al PDC. El gobierno chileno da a conocer el intercambio epistolar entre Allende y Chou En-lai, en el cual este último, el 3 de febrero de 1973, había rehusado en términos diplomáticos acudir en ayuda de la UP. (La divulgación de las cartas también podría interpretarse como un intento destinado a convencer a la extrema izquierda de que si no moderaba su postura intransigente en contra de una solución de compromiso con Estados Unidos en el frente externo, y con el PDC en el frente interno, la situación se tornaría desesperada.)

Comentarios

a) El registro de comunicaciones demuestra a todas luces que Allende (con los cubanos en Santiago y Castro detrás de él) trató personalmente de convertir a las Fuerzas Armadas chilenas en una organización que dependiera de Moscú.

b) También ilustra la manera en que el general Prats intentó frenar esa prisa por abalanzarse a recibir el abrazo del oso del Kremlin, logrando que Estados Unidos aumentara el monto de su ayuda militar. Sin embargo, en ningún momento mencionó que Chile no aceptaría una cantidad importante de armamento ruso. Es posible concluir que, al procurarse una pequeña cantidad de equipamiento bélico estadounidense, él intentaba legitimar la idea generalizada en círculos occidentales de que Allende era “neutral”. Al respecto resulta interesante señalar que un agente soviético clave informó a los norteamericanos, en marzo de 1973, que Moscú no había acogido la petición de Allende (algo de lo que Washington estaba al tanto desde hacía meses); él intentó retratar a Allende como una persona “neutral”. El agente de la KGB instó a un influyente funcionario estadounidense a ver a Allende como alguien que trataba de “reprimir los elementos anarquistas y extremistas de su coalición”. Según él, Moscú le había aconsejado al Presidente chileno que negociara en términos realistas con Estados Unidos, y que, en el frente interno, evitara que sectores de la “pequeña burguesía” se distanciaran aún más del Gobierno. En marzo, a su vez, Allende inició conversaciones con el PDC y envió a uno de sus asesores para que se reuniera conmigo y me preguntara si mi fórmula podía modificarse de algún modo para que se pudieran reanudar las conversaciones con el Gobierno estadounidense; asimismo, estableció contactos directos con el Departamento de Estado en Washington.

Prats, por la vía de presentarse regularmente ante Davis como un obstáculo para las ofertas militares soviéticas, tal vez haya tenido en cuenta, al manejarse, su respaldo a Allende, su deseo de contener a los generales y oficiales que expresaban su oposición o recelo frente a cualquier alianza con los rusos y cubanos, y su profundo deseo de mantener la paz interna en Chile, o tal vez se haya dejado manipular hasta el punto de actuar como agente de Allende para conseguir armas soviéticas y lograr el control político de las Fuerzas Armadas. El hecho de que Allende careciera de esos poderes había motivado las críticas de Castro, quien durante su visita a Chile en noviembre de 1971 le advirtió a su anfitrión que la revolución en Chile sería extremadamente vulnerable mientras no lograra crear un ejército “revolucionario” como el suyo en Cuba. Habría sido una actitud característica de Allende utilizar a Prats para agenciarse una partida mínima de armas estadounidenses, y así avanzar hacia las metas estratégicas trazadas por su ídolo cubano.

c) Según lo que señala el embajador Davis en su libro sobre Chile, da la impresión que él se fío de la palabra de Prats, actitud que bien pudo haber sido la correcta. Cuando se refiere a Allende, lo hace en un tono que denota benevolencia y comprensión. Pese a lo anterior, convendría tener presente que Henry Kissinger, cuando era Secretario de Estado, no tardó en recompensar a Davis por sus servicios prestados en Santiago nombrándolo Director General del Servicio Diplomático y Consular inmediatamente después del golpe de Estado. Kissinger jamás habría permitido que alguien considerado como un incauto a las órdenes de Allende ocupara un cargo tan influyente en el escalafón del servicio exterior. Cualquiera que conozca toda la carrera de Davis podría considerar, como una guía más fidedigna para comprender las remembranzas del embajador, el ánimo imperante en la opinión pública estadounidense entre 1975 y 1980.

d) Los autores del Informe sobre las actividades de la CIA en Chile, que la Comisión Senatorial presidida por el senador Church emitió el 12 de noviembre de 1975, disponían de datos factuales que se incluyen en la anterior cronología. El que pese a contar con esa información ellos optaran por ahondar en temas que mueven a confusión, relativos a Allende en particular, al gobierno de la UP y a las actividades estadounidenses, debió haber despertado hace mucho tiempo dudas en los científicos políticos, historiadores y periodistas. El que esto no haya ocurrido, salvo por algunos reparos mínimos y en gran parte acallados, explica mis propios esfuerzos por romper este hermético silencio.

e) Una interesante línea de indagación que podrían profundizar los estudiosos del período de la UP se refiere a si acaso meses antes del derrocamiento de Allende el Partido Comunista adoptó otras medidas para mejorar su posición estratégica a largo plazo, aparte de las actividades políticas encubiertas destinadas a incitar a otros dirigentes a respaldar un golpe. La historia del comunismo en otras regiones del mundo nos enseña que el partido también procuraría eliminar a sus competidores en el ala izquierda —el MIR, el MAPU y los sectores de extrema izquierda del Partido Socialista— en medio del clima de agitación y represión que suele originarse tras un golpe militar. De hecho, la Junta de Gobierno primero dirigió su ira contenida hacia esos objetivos. Con todo, el hecho de que el líder comunista Luis Corvalán permaneciera en Chile y fuera recluido en un campo de internación no puede aceptarse como prueba para refutar la tesis de que el PC pretendía instigar un golpe de Estado, ya que él, al igual que sus patrocinadores, obedecía la regla básica según la cual en tales circunstancias el líder debe mantenerse junto a sus tropas. Por lo demás, Corvalán sabía que el Kremlin nunca abandonaba a sus agentes clave y recurría a la diplomacia para pactar alguna fórmula de canje que permitiera liberarlos.

APÉNDICE N° 2

SOBRE LAS ACTIVIDADES DE LA CIA EN CHILE ENTRE 1969 Y 1976

El error cometido por la CIA se originó en la matriz utilizada por los encuestadores chilenos que había contratado. Ellos habían basado sus cálculos en el censo de 1960, ignorando de ese modo los enormes cambios sufridos por el registro electoral como consecuencia de la promulgación de leyes que permitían votar a ciudadanos de 18 años, y que instaban a una gran cantidad de votantes femeninos y de zonas rurales a ejercer sus derechos.

Otro motivo que contribuyó a este resultado fue la estrecha relación que sostuvo el jefe de estación de la CIA, Henry Hecksher, con Marcos Chamudes, en quien tenía una profunda confianza. Chamudes era un ex jerarca del Partido Comunista chileno quien, como suele ocurrir, había evolucionado hasta convertirse en un acérrimo enemigo del comunismo. Durante el período en que Dungan ocupó el cargo de embajador, la CIA fue

autorizada para financiar una publicación quincenal, el *PEC* (*Política, Economía, Cultura*), editada por Chamudes. Sin embargo, hacia 1968, amén de incluir en sus páginas artículos antisoviéticos, Chamudes había adoptado un tono tan ruidosamente contrario a las políticas de Frei que provocó una sensación de aguda incomodidad. ¿Cómo era posible que Estados Unidos —cuando aún se encontraba en trámite la asignación de cientos de millones de dólares destinados a Chile por los programas de la Administración Kennedy-Johnson— se identificara de manera tan evidente —en los círculos políticos santiaguinos había que ser ciego para no advertir la huella de la CIA en el *PEC*— con una publicación cada vez más empeñada en socavar la imagen de un líder y de su partido, ambos dedicados a promover la democracia, la libertad y la justicia social? De modo que le ordené a Hecksher que suspendiera el financiamiento y logré que la decisión prosperara en Washington pese a las indignadas objeciones de Hecksher. Antes de expirar definitivamente, el *PEC* logró subsistir por algunos meses gracias a contribuciones del sector privado chileno.

Aun así, Chamudes no sólo mantuvo su amistad con Hecksher, sino que además lo asesoró en materias tales como el diseño de la campaña de propaganda anti-UP, a base de afiches, auspiciada por la CIA en 1970 con el objeto de derrotar a Allende. En una estrategia muy similar a la que pudo apreciarse en Italia en 1948 o a la que la Agencia había utilizado en Chile en 1964, los trillados carteles sobre el “Terror Rojo” mostraban tanques del Ejército Rojo entrando a Santiago. Cuando observé sorprendido estas imágenes tan burdas que motivaron mi desaprobación, Hecksher replicó que sus asesores en este país sabían mejor que los extranjeros lo que interpelaba a los chilenos.

Pese a nuestras abiertas discrepancias, Hecksher sabía muy bien que yo sentía un gran respeto por su capacidad profesional, la que le permitía entregar valiosas percepciones de las actividades, políticas y estrategias de los comunistas, sus aliados y patrocinadores. Hasta mediados de 1970 la mayoría del tiempo y los esfuerzos de la CIA se destinaron a asuntos relacionados con la URSS, en particular el intento por “cambiar de bando” a un miembro representante del bloque oriental.

También se puede atribuir a Hecksher el mérito de advertir a la CIA —sin mi conocimiento— que la arriesgada maniobra de Nixon para frustrar el ascenso de Allende al poder no era oportuna y probablemente iba a fracasar. Con todo, este llamado de alerta no disuadió al entonces director de la CIA, Richard Helms, quien sabía que la Agencia había sido creada por el Congreso con el fin de otorgar a un presidente electo un arma adicional en materia de política exterior; él aceptó sin vacilar “el bastón de mariscal”, según sus propias palabras.

Hecksher también había sostenido durante la primera mitad de 1970 que mi política electoral de no intervención sería interpretada en amplios sectores de la opinión pública chilena como muestra de “indiferencia” frente al destino de su democracia, y como una falta de preocupación ante una victoria de Allende. Mientras sus propias encuestas y las opiniones de la sección política de nuestra embajada reflejaran una alta probabilidad de que Alessandri ganaría la elección, su tesis irrefutable, y que a su vez reflejaba con gran exactitud la postura del Secretario Rogers y de la Oficina para Latinoamérica, no logró alterar mi opinión. Yo seguí limitando la función de la embajada y la mía propia a informar sobre aspectos relativos a las campañas, incluido el daño que un triunfo de Allende podría significar para Estados Unidos y para la democracia.

Recién a mediados de 1970, cuando observé a un Alessandri físicamente impedido en la televisión, cuando comprobé que su equipo de campaña sostenía posiciones retrógradas y su mensaje carecía de atractivo, cuando confirmé que la campaña del candidato de la DC estaba tomando un rumbo desastroso, cuando me enteré de que la UP proyectaba adueñarse de todas las palancas del poder tanto económico como financiero, adopté un tono de mayor inquietud e inicié una búsqueda de alternativas. La frugalidad, la rectitud y la repetición de experiencias pasadas no bastaban para que Alessandri alcanzara la presidencia.

No obstante, para gran desaliento de Hecksher y los empresarios norteamericanos, nunca se levantaron las medidas que vedaban la entrega de recursos estadounidenses a un candidato. Yo envié un cable a Washington diciendo que la candidatura de Alessandri era financiada por “peces gordos” chilenos y que disponía de recursos más que suficientes, saliendo así al paso de una insistente campaña fomentada también allá para descalificar mi postura. Agregué que un compromiso estadounidense con la candidatura de Alessandri supondría realizar un esfuerzo continuo para hacer perdurar su gobierno una vez que asumiera el poder, y para socorrer a las empresas norteamericanas que en 1964 participaron en operaciones conjuntas de financiamiento encubierto. Puesto que el Congreso estadounidense nunca habría aceptado sin más ni más asumir la función sustentadora que requeriría un gobierno de Alessandri, y puesto que de ningún modo podía dar su apoyo a las políticas que éste tenía pensado aplicar, las presiones en favor de otorgar recursos no tenían ninguna posibilidad de éxito. Incluso el presidente Eisenhower, miembro del Partido Republicano, le había impuesto como condición a Alessandri aplicar un programa de reforma agraria a cambio de la entrega de fondos de ayuda para los damnificados del terremoto ocurrido a principios de los años sesenta, medida que no

dejó de mortificar a Alessandri, según escuché en tres conversaciones a lo largo de varios años.

Irónicamente, después del triunfo de Allende por mayoría relativa, tanto Henry Kissinger como el entonces director de la CIA, William Colby, ofrecieron a todo el mundo la excusa de que si se hubieran canalizado fondos estadounidenses a la campaña de Alessandri, éste hubiera ganado. En mi única entrevista con Colby (a mediados de 1974), su propio funcionario encargado de la oficina de Chile y el reemplazante de Hecksher, Ray Warren, le señalaron sin ambages que lo anterior era absolutamente falso. Kissinger se valió de ese pretexto para criticar a Rogers en particular, y al Departamento de Estado en general, y de ese modo encubrir su propia complicidad en la “aventura” emprendida por Nixon.

Cabe hacer hincapié en el papel que desempeñaron Colby y Rogers con relación a “Chile”. Al asumir como nuevo director de la CIA en 1974, Colby escogió la vía más conocida, aunque peligrosa, que siguen aquellos funcionarios que ascienden por primera vez a un máximo cargo ejecutivo, sea el de Presidente de los Estados Unidos o de una empresa; él no tardó en aprovecharse de un acontecimiento de interés pasajero para utilizarlo en beneficio propio y de su entidad. En una sesión de información secreta que sostuvo con el presidente de una comisión de la Cámara de Representantes, reclamó para su agencia el mérito de haber derrocado a Allende. La afirmación o la insinuación de una “desestabilización” instigada por la CIA era muy riesgosa para un hombre que, pese a haber demostrado coraje y aptitudes administrativas durante su carrera, nunca había trabajado en Sudamérica, conocía muy poco o tal vez nada de las complejidades de la realidad chilena, y carecía de la sensatez de su predecesor.

Alguien previno al círculo de allegados a los Kennedy sobre lo que Colby había supuesto era un chisme inofensivo, divulgado a un interlocutor inocuo y ansioso por experimentar la sensación —tan disfrutada en Washington— de ser una “persona bien informada”. Así pues, el congresista Michael Harrington (no el conocido sociólogo) de Massachusetts, joven aliado de la familia reinante en ese estado, invocó las normas del Congreso para exigir un acceso igualitario a los pormenores de la sesión secreta en que participó Colby. Tan pronto como se enteró de su contenido telefoneó a Jerry Levinson, asesor legislativo del senador Church, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, le confió su secreto y le pidió que se lo diera a conocer a Hersh, del *The New York Times*, y a Larry Stern, del *Washington Post*. Levinson no tardó en cumplir de buena gana con el encargo. De este modo nació “Chile”.

Tanto Levinson como Harrington violaron de manera impune las estrictas leyes que rigen la seguridad nacional, guiándose exactamente por las mismas motivaciones de “topos” como Maclean o Burgess, o de Alger Hiss. Ellos invocaron una verdad superior o un mayor grado de moralidad para justificar su inobservancia de las normas aplicables a cualquier otro ciudadano estadounidense. Idéntico argumento utilizó Graham Greene para elogiar la traición de Maclean, y la enorme mayoría de los académicos y periodistas estadounidenses aplaudieron, de hecho, la decisión de Levinson y Harrington de hacer caso omiso de la ley.

En el caso de Levinson, según lo escuché de sus propios labios, ciertas consideraciones partidistas pulverizaron cualquier posible vacilación en ignorar las normas de seguridad aprobadas por el Congreso norteamericano, que pagaba su sueldo de funcionario público en ese entonces y también después. Cuando trabajó en la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), Levinson respaldó las operaciones de la CIA en Chile (1963-1964), al igual que la complicidad de la Agencia en el derrocamiento del gobierno brasileño poco más tarde. Gracias al apoyo tal vez explícito, y con certeza implícito, de los principales senadores demócratas, se transformó en una persona intocable, al extremo de reconocer abiertamente su vivo deseo de destituir a Kissinger.

Colby cooperó con la Comisión del Senado entre 1974 y 1975 para salvar su puesto. Cientos de agentes veteranos fueron despedidos, precio que tuvieron que pagar por las faltas de su director, quien luego de jubilarse se transformó en un destacado militante demócrata. En lo que a mí respecta, sin embargo, cuando en 1972 Chile despertó por primera vez cierto grado de interés comparativamente menor en el Congreso estadounidense —a raíz de la investigación sobre la ITT—, Colby me escribió para recordarme que aún podía invocarse el “privilegio ejecutivo”, un paraguas protector que el Secretario Rogers también me instó a abrir. Su asesor jurídico en el Departamento de Estado fue incluso más lejos al pedirme que negara estar al tanto de las relaciones de la ITT con la CIA, un vínculo claramente establecido en las operaciones efectuadas entre 1963 y 1964.

Todavía ignorante de la verdadera situación entre 1972 y 1973, todavía dispuesto a declarar bajo juramento que Estados Unidos *no* había intentado impedir que Allende se instalara en La Moneda, y todavía convencido —aunque no lo decía públicamente— de haber disuadido a Washington de emprender cualquier operación riesgosa, negué de manera tajante estar informado. De hecho, yo había preparado una declaración de desmentido para que se diera a conocer cuando las revelaciones contenidas en los diarios de la ITT salieran por primera vez a la luz; había sido

aprobada para su publicación por la Oficina del Departamento de Estado para Latinoamérica. Resulta interesante mencionar que fue vetada sin explicación por el Secretario Rogers, con la advertencia de que mi intención declarada de divulgarla de todas maneras conduciría a mi inmediata destitución del cargo que ocupaba en ese entonces (asesor especial del director de la OPIC). Con cinco bocas que alimentar y sin reservas de efectivo, tuve que echar pie atrás y de inmediato comencé a buscar otro empleo en el área privada.

Así y todo, el incidente anterior revela con claridad que en 1972 el Secretario Rogers estaba sin duda al tanto de las operaciones de Nixon en 1970, de la complicidad de la ITT y tal vez de mucho más. Pese a haber ejercido antes como Procurador General, él optó por no compartir conmigo lo que sabía, en el mejor de los casos su complicidad de silencio, y a lo menos sobre los sucesos por cuya negación yo corría el riesgo de ser acusado de perjurio o de cosas peores. A decir verdad, Levinson se apresuró a formular una y otra vez esos cargos en sus conversaciones con Hersh y otros periodistas; sus comentarios llegaron a la primera página de una edición de 1974 del *The New York Times*, en un artículo firmado por Hersh que revelaba detalles sobre las actividades de la CIA en Chile. Las dudas respecto de si otros funcionarios del Departamento de Estado sabían tanto como Rogers me llevaron a iniciar una línea de indagación personal que condujo a un callejón sin salida; todos los miembros de ese organismo que fueron confrontados, incluido el embajador Davis en 1974, aseguraron no conocer ningún dato sobre el particular. El hecho de cerrar filas en una organización jerárquica constituye un fenómeno de sobra conocido.

De modo que aquellos secretos que entre 1972 y 1973 me pareció inadecuado divulgar personalmente —las disputas internas, las preguntas y las respuestas entre Washington y la embajada, al igual que los programas aprobados de actividades de la CIA, todos muy modestos y absolutamente legales, normales y comunes— contrastaron con las verdades sobre las órdenes secretas impartidas por Nixon a la CIA, que representantes de la Comisión del Senado me revelaron por primera vez bajo juramento, a mediados de 1974, en mi hogar.

Colby y Rogers bien podrían haber desempeñado un papel similar tras bambalinas en la campaña de difamación en mi contra que se inició a fines de 1975, después de que desafié a la Comisión del Senado en un intento suicida por sacar a la superficie toda la verdad respecto de Allende, la UP y la función que me cupo. En esa época el senador Church, el embajador Dungan y muchas otras personalidades declararon a un reportero, quien me mostró sus apuntes y me hizo escuchar sus cintas, que yo

había sufrido un colapso nervioso, que estaba sometido a tratamiento psiquiátrico, y otras invenciones similares dignas de McCarthy. El *Washington Post* publicó —sin esforzarse en lo más mínimo por comprobar la absoluta falsedad de lo afirmado— que una de mis hijas había salido con uno de los implicados (Townley) en el asesinato de Orlando Letelier. Escuché una cinta en la que se oía la voz del representante administrativo de un senador miembro de la Comisión investigadora ofreciéndole al periodista, como soborno, el acceso exclusivo a secretos de la Comisión si se desistía de continuar investigando mis protestas.

Una serie de amenazas telefónicas anónimas y los insultos proferidos por desconocidos en el pueblito donde residíamos, pronto acabaron por atormentarnos, lo cual no era de extrañar. La mayoría de nuestros amigos por largo tiempo, casi todos los colegas de varios años en la embajada y en el Departamento de Estado, y la mayor parte de los hombres y mujeres con quienes había entablado una relación que iba más allá del simple compañerismo tras casi veinte años en la profesión del periodismo, suspendieron todo tipo de contacto; los pocos conocidos que no nos abandonaron merecieron nuestro mayor aprecio.

Desprovisto de medios personales y de un patrocinio para seguir librando una batalla perdida, a la postre me vi obligado a ceder ante la necesidad de mantener a una fiel esposa y a cuatro hijos, apartándome en lo sucesivo completamente y por voluntad propia de Washington, de la administración pública, de los políticos y de la mayor parte de la vida social en los Estados Unidos.

APÉNDICE N° 3

SOBRE EL GOBIERNO DE EDUARDO FREI M., EL CARDENAL RAÚL SILVA H. Y LA ISLA DE PASCUA

En Santiago, organizaciones eclesíásticas nacionales y extranjeras coordinaron sus esfuerzos de recaudación de fondos en Europa con la CIA y la Casa Blanca; los montos reunidos por medio de esta operación conjunta, provenientes de organizaciones demócratacristianas como la Adenauer Stiftung de Alemania y de monarcas como el Rey de Bélgica, forman parte de las “decenas de millones” a que yo aludí públicamente como la cantidad recolectada por la administración Kennedy para financiar la operación realizada en Chile entre 1963 y 1964. El total podría considerarse como una suma alzada porque el Presidente decidió otorgar el completo respaldo del

gobierno estadounidense a la campaña de Frei, porque la Casa Blanca coordinaba todos los gastos y porque los aportes provenientes del Viejo Mundo obedecían en su mayor parte a una decisión adoptada en la Oficina Oval. De modo similar, las contribuciones en efectivo de empresas norteamericanas eran el resultado de esfuerzos gubernamentales, al igual que los recursos entregados por la AFL-CIO, la Iglesia y diversas organizaciones de caridad, cuyos funcionarios trabajaban en conjunto con la CIA y bajo la dirección general de un comité encabezado por Robert F. Kennedy y Ralph Dungan en la Casa Blanca. Dicho sea de paso, la mayor parte de ellos eran católicos.

Esta coincidencia del Estado con la Iglesia, esta confluencia de fondos públicos y dinero de procedencia eclesiástica dio origen a un programa común que me causó gran inquietud. Como persona criada y educada por gente que suscribía las ideas de la Ilustración, y como conocedor de los nefastos resultados de esa fusión de intereses, por ejemplo en Croacia, Eslovaquia y en otras regiones de Europa, tal situación me chocó, porque a mi juicio se oponía a los fundamentos de la historia y al sistema jurídico norteamericanos. Así pues, me convertí en el primer embajador estadounidense que después de llegar al país no realizó una visita de cortesía al cardenal [Raúl Silva]. En cambio, me atuve a la estrategia de entablar relaciones Estado-Estado presentándome ante el nuncio papal, y calculé que esa omisión deliberada transmitiría a la clase política dirigente local, sin ningún alboroto público, la conveniente señal de “separación”.

El cardenal y yo nos reunimos en privado sólo dos veces, una cuando él acudió a protestar airadamente por el hecho de que los paquetes de alimentos de Catholic Relief provenientes de Estados Unidos estaban siendo repartidos a “las personas equivocadas”. Cuando el prelado comprobó que la distribución no era ilegal, le señalé que lo más aconsejable era remitir el problema a la jerarquía católica norteamericana, y no a la Casa Blanca. El segundo encuentro, una invitación a cenar para que me entrevistara con un acaudalado ciudadano chileno de tendencia conservadora, resultó ser tan insatisfactorio para mí como para el invitado del cardenal.

La embajada y también yo restringimos nuestras visitas a miembros del gobierno demócratacristiano. Con Frei me reuní a solas en contadas oportunidades, tal vez una o dos veces al año como promedio, y frecuentemente por invitación suya. Opté, en cambio, por enviarle libros sobre temas de importancia, todos los cuales fueron leídos y comentados, y sirvieron para cimentar una sana relación. De igual modo, aparte de las negociaciones en torno al cobre, los contactos con los ministros también se ciñeron a asuntos apolíticos y bilaterales como parte de un esfuerzo por convencer a

los chilenos de que debían responsabilizarse de la política de su país. Finalmente, por motivo alguno se abordó jamás a congresistas o a senadores con fines de *lobby*.

Frei me dio la impresión de ser una persona excepcionalmente respetable e inteligente, en quien la mayoría de sus conciudadanos veían reflejados sus mejores sentimientos; él gozaba como nadie del aprecio y del respeto de su pueblo. Nuestra primera conversación tuvo lugar en 1967, durante un viaje en avión con destino a La Serena para inaugurar el observatorio chileno-estadounidense situado en la cima del cerro Tololo. Sorprendí al Presidente cuando le señalé que a muchos les costaba distinguir entre el comunitarismo de su partido y el socialismo, ya que al parecer su gobierno estaba aplicando políticas que suponían una intromisión cada vez mayor del Estado en el área privada, ya fuera en la agricultura, la industria o las finanzas.

El sector rural, que necesitaba incentivos para la inversión y el desarrollo de la industria ligera, se enmarcaba en cambio dentro de un sistema análogo al que prevalecía en África, donde los agricultores sometidos al control de precios subvencionaban a los habitantes de las zonas urbanas. Como resultado de lo anterior, un creciente número de personas en condiciones de extrema pobreza pasaban a engrosar las poblaciones callampas alrededor de las ciudades mientras que el gobierno encaminaba sus esfuerzos hacia la aplicación de programas de reforma cuasicolectivos en áreas rurales. Con respecto al sector industrial, en vez de fomentar el desarrollo de la empresa privada, el Ejecutivo ejercía un control progresivo o bien recurría a la fijación de aranceles, a concesión de licencias y a otros medios artificiales para entorpecer el comercio y la inversión. No existía un mercado hipotecario para adquirir viviendas —en ese entonces muy escasas—, y el PDC se oponía a la creación de un mercado de valores.

Poco después, en un discurso público, el Presidente atacó al socialismo y previno contra el riesgo de caer en sus redes. Esta única incursión en una crítica al gobierno de Frei, planteada a un chileno, salió a relucir de manera inesperada y tardía en un cable enviado en 1970 por un par de emisarios de la ITT que visitaron Chile. Ellos aseguraron a sus superiores en Nueva York que esas palabras, pronunciadas hacía tres años, correspondían a una conversación reciente, y el cable siguió su curso hasta ser usado más adelante como prueba en investigaciones senatoriales y publicado como un documento histórico. Resulta imposible adivinar si ellos interpretaron o no en forma errónea la información que probablemente les hizo llegar una fuente de la CIA.

El PDC, por su parte, no vaciló en plantear los problemas más delicados de un modo franco y directo a una embajada en la que veían un interlocutor con el cual tanto Frei como sus principales ministros se mantenían en buenos términos, estuviera o no Nixon en el poder. Al respecto cabe citar un episodio memorable: en una indagación de carácter muy reservado se había descubierto que la gran mayoría de los habitantes de la Isla de Pascua prefería que en ella permaneciera el pequeño destacamento de soldados de la Fuerza Aérea estadounidense y no los 2.000 chilenos destinados a esta diminuta posesión distante unos 3.800 kilómetros del territorio continental. Esta revelación no fue una novedad para nosotros, ya que el alcalde nativo de Rapa Nui había intentado con anterioridad presentar una solicitud para que la isla se transformara en un territorio bajo administración fiduciaria de los Estados Unidos. Yo lo había disuadido en un tono firme, pero cortés, de que tratara de imponerme su propuesta, y confié en que el asunto se desvanecería gradualmente.

Sin embargo, cuando Allende fue elegido el problema de la isla volvió a irrumpir creando una situación incómoda. Descubrimos que Dungan había conseguido por medio de artimañas que se firmara con Chile el acuerdo necesario de Condición Jurídica de las Fuerzas Militares, el cual en otros lugares del mundo protegía a los miembros de las Fuerzas Armadas estadounidenses estacionados en el extranjero de cualquier acción entablada por la justicia local. La tardía revelación de este secreto logró convencer a la Fuerza Aérea norteamericana. Ésta acabó por admitir el argumento que yo había estado sosteniendo hacía tres años, de que los avances tecnológicos habían eliminado la justificación aducida por el Pentágono para emplear el largo campo de aterrizaje que habíamos construido en la isla y que compartíamos con la Fuerza Aérea chilena: la supervisión de pruebas nucleares en el Pacífico. Tres monitores instalados en tierra firme podrían realizar la misma tarea a un costo más bajo, en contraste con una medida políticamente delicada y legalmente vulnerable como era destacar pilotos que requerían costosos vuelos de aprovisionamiento, y quienes usaban las mercaderías importadas para mantener, alimentar y en ocasiones seducir a varios de los 1.200 habitantes de la isla.

Aun así, cuando volé a Rapa Nui para dar a conocer la decisión de retirar a los restantes 50 pilotos de los 120 originales que había encontrado en 1967, mi anuncio fue censurado por el mismo alcalde y por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés, entre otros. Valdés alegó que se trataba de una “medida tendenciosa” —declaración que provenía de un hombre que procuraba congraciarse con Allende, quien en esa época había ganado las elecciones presidenciales sobre la base de una plataforma antiimperialista. Como una forma de desquitarme por sus numerosos e

indebidos esfuerzos destinados a empañar y explotar una relación con los Estados Unidos que había beneficiado enormemente a Chile, no asistí, pese a la indignada protesta del Departamento de Estado, a la despedida que le ofreció el cuerpo diplomático. Yo estaba seguro que la mayoría de los norteamericanos habrían aprobado esta conducta sin reservas si hubieran estado informados del historial de Valdés durante los períodos presidenciales consecutivos de tres mandatarios estadounidenses.

Otra medida adoptada por el embajador Dungan que afectó nuestra relación con la Fuerza Aérea chilena tuvo que ver con el hecho de que por medio de un computador en el Pentágono se descubrió que un piloto de raza negra había sido destinado a Chile. Los funcionarios civiles del Departamento de Defensa me enviaron un cable confidencial para excusarse por el “error” explicando que contravenía un acuerdo que el representante de las administraciones Kennedy y Johnson había concertado de manera informal. Yo respondí que el piloto negro debía seguir destacado en Chile y que nuestro agregado aéreo notificaría a sus homólogos chilenos de que en lo sucesivo no se respetaría ningún acuerdo de ese tipo. Y así ocurrió.

Esta revelación sobre los Kennedy me dolió particularmente después de la experiencia que había vivido en Etiopía. En 1963 el Departamento de Estado, al igual que en ocasiones anteriores, se había abstenido de enviar a Etiopía ciudadanos estadounidenses de raza negra argumentando que el pasado mayormente semítico de la etnia gobernante de los Amharas de Haile Selassie había transformado a Etiopía en un país racista. Yo me rebelé contratando como mi asistente no sólo a un funcionario negro de la Oficina de Presupuesto, sino que además a otros tres les asigné funciones de gestión en la embajada, donde ocuparon importantes cargos no administrativos.

(La UP, lo mismo que el FRAP, tenían fuentes en Europa Oriental y Occidental. Un ejemplo de la manera en que funcionaba el sistema es la visita a Berlín Oriental que efectuaron los codirigentes del Partido Radical, senadores Bossay y Baltra. Poco después de recibir fondos allá se integraron a la coalición que nominó a Allende como candidato para las elecciones de 1970. Los socialistas también recibían ayuda de Alemania Oriental y de otras capitales de países satélites soviéticos, aunque no es posible calcular el monto, ya que nadie en Occidente estaba enterado de la totalidad del flujo hacia los diversos partidos. Archivos soviéticos divulgados no hace mucho dan a conocer las sorprendentes cantidades que Moscú donaba a partidos comunistas de Europa Occidental y de Estados Unidos. El Partido Comunista chileno, como era el más importante y el mejor dirigido de Latinoamérica, aparte del cubano, es probable que haya recibido una cuota considerable antes y después de la elección de Allende. Aun así, no estoy en condiciones de ofrecer ninguna estimación.)

APÉNDICE N° 4

SOBRE LAS NEGOCIACIONES SOSTENIDAS EN 1971
CON EL GOBIERNO DE SALVADOR ALLENDE

Mi esposa confrontó a un avergonzado embajador Jova, quien se hospedaba en nuestra casa, y di cuenta de sus actos por carta a un Departamento de Estado impúdico. La intrusión de Jova ocurrió en la misma época en que se ponían en marcha importantes negociaciones con la Unidad Popular y se iniciaban las consultas para decidir sobre la primera serie de nacionalizaciones. Pero esto no logró impedir el avance de este proceso. Gracias a mi colaboración o asesoría, unas veinte empresas estadounidenses recibieron una indemnización satisfactoria por sus bienes.

Las tres grandes firmas que contaban con un seguro del gobierno estadounidense —la Anaconda, la Kennecott y la ITT— sólo podían recibir ayuda, estimé, si las negociaciones bilaterales permitían establecer un creciente nivel de confianza mutua. De modo que el plan consistía en empezar con las empresas menos importantes, exigiendo no más de US\$ 15 millones en indemnizaciones, para luego negociar el monto correspondiente a las próximas dos dentro de un margen de 20 a 50 millones, y a continuación ocuparse de las tres últimas.

En marzo de 1971 la UP no sólo había corrido la voz por sus medios de difusión de que no deseaba verme partir, sino que, además, parecía que faltaba muy poco para salvar el último escollo que impedía que el *modus vivendi* entre nuestros países se convirtiera en realidad. Las negociaciones secretas que sostuve con el socialista Carlos Matus se basaron en el éxito obtenido con la fórmula ya aceptada para la firma Bethlehem Steel. Habíamos logrado acordar una vía para resolver el problema de la compleja inversión de Cerro Copper Company en una nueva mina, la que estaba a punto de entrar en funcionamiento con recursos también asegurados por la OPIC.

Si el gobierno de Allende no podía soportar que Cerro Copper recibiera un trato justo, entonces estaría enviando una clara señal de que sólo discriminaba en contra de Estados Unidos y, lo que es más importante, de que las leyes chilenas ya no podían resguardar ninguna propiedad privada, incluidas las que pertenecían a las compañías europeas que en ese entonces estaban siendo favorecidas y que esperaban sacar provecho del éxodo de las empresas norteamericanas.

Allende captó la trascendencia de la decisión sobre Cerro Copper, lo mismo que su embajador en Washington, Orlando Letelier, quien logró crear una poderosa plataforma de apoyo en nuestra capital, no obstante

haber perdido credibilidad en el Departamento de Estado porque reiteradas veces no cumplió compromisos contraídos o formuló promesas engañosas. En su calidad de Secretario Adjunto interino o suplente, el embajador Crimmins le había reprochado a Letelier su inaceptable duplicidad, en especial por la manera en que éste había “involucrado” al Departamento en una negociación de créditos con el Eximbank, en la cual se aprovechó de la confianza del Departamento para culpar más tarde a los Estados Unidos, con la consiguiente publicidad. Letelier aseguró en numerosas oportunidades que el gobierno de Allende indemnizaría a la Anaconda y la Kennecott cuando, en realidad, había prosperado la determinación en contrario, es decir, de no pagar suma alguna.

Así pues, cuando Allende me telefoneó para anunciarme que el acuerdo sobre Cerro Copper se firmaría en una ceremonia televisada a la cual deseaba que yo asistiera, el Departamento de Estado y *The New York Times* (no así la embajada) se apresuraron a concluir que el asunto estaba cerrado. En una llamada telefónica que me hizo por una línea abierta e intervenida, Crimmins exclamó: “¡Lo lograste de nuevo, otro milagro!”, aludiendo a las negociaciones sostenidas en 1969 para resolver el problema del cobre que, según me confesó, ni él ni ningún otro funcionario del servicio exterior que él conociera hubiese sido capaz de concebir o de llevar a cabo.

El día programado para la firma, *The New York Times* publicó en su primera edición una crónica muy fiel a los hechos escrita por su corresponsal en Santiago, Juan de Onís. El contenido de este artículo fue ignorado y contradicho tres años más tarde por Seymour Hersh y sus editores, cuando indebidamente se apresuraron a publicar declaraciones no comprobadas —cortesía de Michael Harrington, congresista infractor de la ley— que les hizo llegar Jerry Levinson. (Además, también debería haberse cuestionado el hecho de que *The New York Times* hubiera encargado un reportaje sobre el tema a De Onís, por cuanto estaba casado con una chilena cuyas propiedades estuvieron bajo la atenta mirada de la Unidad Popular durante ese período; esta recusación, al parecer, no es aplicable al *The New York Times*, como tiempo más tarde me lo permitieron comprobar otros incidentes.)

Como yo había prevenido a Crimmins sobre la posibilidad de que Allende no firmara, no nos causó tanta sorpresa su llamada telefónica para cancelar, sólo quince minutos antes de su inicio, la ceremonia a la cual ya me había excusado de asistir, cuando me llamó por primera vez, aduciendo que sería mejor para ambas partes, tal como en 1969, dar la impresión de que las negociaciones se habían efectuado con la empresa. “Tengo un pequeño problema en mi gallinero”, me dijo Allende, añadiendo que el acuerdo se firmaría dentro de poco.

Señalé a Washington que nuestro hincapié durante 1969 y 1970 en el hecho de que Allende había logrado ser candidato del Partido Socialista sólo concediendo derecho de veto al senador Carlos Altamirano, militante de extrema izquierda, se había convertido en una maldición autocumplida. La candidatura de Allende, que contaba con el respaldo del Partido Comunista, ni siquiera había logrado reunir una mayoría en el comité central del Partido Socialista, el propio partido de Allende. El PC calculaba que, como abanderado de la UP, Allende sería capaz de apaciguar a importantes sectores de la burguesía infundiéndoles una sensación de autocumplencia, y que después seguiría su curso el proceso de autodestrucción gradual de la oposición burguesa en Chile. El PDC, los radicales e incluso los conservadores podrían ser fragmentados cuando se aplicaran armas tales como las interpretaciones legales de la Constitución, y cuando entraran en juego la corrupción, las ambiciones o los temores individuales y el chantaje. Yo antes había visto una situación muy similar en Hungría, donde el líder comunista, Matyas Rakosi, aplicó con éxito el mismo programa entre 1946 y 1949.

En este caso, el senador Altamirano, junto con el MIR —movimiento juvenil y ultrarrevolucionario liderado por un sobrino de Allende—, el MAPU y la Izquierda Cristiana se interpusieron como una barrera que dificultaría la aplicación de la estrategia apoyada por Moscú.

El fracaso de los intentos por llegar a un acuerdo con Cerro Copper en ese entonces (la empresa apeló a otros métodos cuestionables para conseguir un acuerdo con Allende el año siguiente al de mi partida de Chile) me impulsó a proponerle a Allende una extraordinaria oferta final a mediados de 1971. De nuevo tuve que entenderme primero con Matus, quien, tal vez más que ningún otro miembro del equipo de Allende, vislumbraba el sombrío futuro que le aguardaba a Chile si prescindía de un *modus vivendi* con la fuente de capital y tecnología más importante del mundo. Aun cuando durante su gestión como ministro, entre 1972 y 1973, actuó como un funcionario estridente dedicado por entero a destruir todo vestigio de poder burgués, Matus apoyó sin reservas la idea que le expuse a grandes rasgos en junio, y que constituyó la base de la propuesta de Brady sobre los bonos formulada en los años ochenta:

- Si el gobierno chileno emitiera bonos a, digamos, 15 años, con cupones semestrales por un monto no inferior al seguro garantizado por el contribuyente estadounidense para las nuevas inversiones de la empresa durante los años posteriores a la administración Kennedy, entonces yo me comprometería a devengar el tipo de interés más bajo posible en los Esta-

dos Unidos (el del Export-Import Bank), y la garantía del tesoro norteamericano para los valores emitidos por el régimen de Allende, que de lo contrario carecerían de todo valor.

Si bien yo puse de manifiesto que actuaba por mi propia cuenta, confiaba en que Washington me daría su respaldo. A decir verdad, yo ya había aclarado este punto en una conversación informal que sostuve durante un almuerzo en dicha ciudad con Salzman, presidente de la OPIC. Y subrayé que las gestiones con relación a Bethlehem Steel y Cerro Copper también se debían a mi iniciativa, y que la primera se opuso terminantemente a la propuesta, pero que al final se había llegado a una solución satisfactoria para ambas compañías, que recibió la aprobación de los Estados Unidos.

Advertí que las tres empresas seguramente se negarían a aceptar sumas demasiado inferiores al valor de mercado de sus bienes, pero predije que “de todos modos recurrirían a la banca”. Porque la absoluta confianza y seguridad que les inspiraban a los Estados Unidos los bonos chilenos convencerían a cualquier banco norteamericano para hacer efectivos de inmediato todos los valores con un pequeño descuento. En consecuencia, las firmas recibirían utilidades imprevistas al contado, en lugar de esperar por muchos años para enterarse de la suerte corrida por sus bienes confiscados y sus demandas de indemnización. Fue así como, en definitiva, respaldaron este procedimiento una vez que ya estaba en marcha, y la OPIC las mantuvo informadas sobre los pormenores.

Como le manifesté a Allende tiempo más tarde, Chile podría tener su socialismo sin penurias. Le aclaré que tendría acceso al capital, a la tecnología y a los mercados sin la amenaza de represalias por parte de las empresas o de un implacable y duro Presidente Nixon.

Mis negociaciones con Matus no llegaron a buen puerto. Por una parte, la izquierda obstaculizó las iniciativas de Allende y de sus colaboradores y, por otra, el mandatario se dejó deslumbrar por la aparente prosperidad de sus primeros seis meses en el poder. Lo mismo le ocurrió a la manada de economistas complacientes del Partido Laborista británico (Lord Balogh, por cierto) y de otras instituciones estadounidenses y occidentales que se reunieron una tarde en mi casa y sólo preveían un futuro auspicioso para Allende. El hecho de que Letelier consiguiera que un cabildeiro [*lobbyist*] del prestigio del embajador Sol Linowitz abogara en favor de la causa de Allende también fue un factor muy importante que contribuyó a que el Presidente se engañara a sí mismo. El ambicioso Linowitz tenía un enorme ascendiente al interior del Partido Demócrata, colectividad a la

que había prestado una amplia colaboración, en particular a su futuro candidato presidencial, Walter Mondale. Cuando viajó a Santiago durante el gobierno de Frei —a quien él también admiraba sin percatarse, al parecer, de la inmensa brecha que existía entre ambos mandatarios chilenos—, me pidió que lo acompañara a dos visitas que le interesaba realizar en particular: a Gabriel Valdés, a donde tuvo que ir solo, y al padre Roger Vekemans, jesuita belga que trabajaba en el Centro Belarmino —fue la única oportunidad que estuve en esa institución—, donde sólo encontramos a otro miembro de la congregación en la puerta, quien nos pidió firmar el registro antes de irnos. Es probable que el hecho de no saber una palabra de español, sumado a su aparente desconocimiento de los denodados esfuerzos que realizaron los demócratas por detener a Allende en 1964, y a su ignorancia en materia de marxismo-leninismo, hayan transformado a Linowitz en fácil presa del atractivo combinado que ejercían Letelier, Valdés y Galo Plaza.

El senador Altamirano se dio cuenta de por qué mi propuesta planteaba una buena solución para los Estados Unidos. Si Allende accedía a avenirse con el “imperialismo y el capitalismo”, la extrema izquierda, los así llamados maoístas, se verían forzados a renunciar a la UP y dejar el camino libre para que sus enemigos ideológicos, los comunistas, hicieran un trato con un ala de los demócratacristianos. Yo estimé que, en tal caso, a Allende le resultaría cada vez más difícil hacer frente a la vez a la tormenta que se avecinaba, causada por la lluvia de oferta monetaria, y a la ausencia de inversiones externas de consideración en un país con una inclinación tan marcada hacia la izquierda.

El gobierno de la UP sería probablemente un gran fracaso, pero representaría una amenaza mucho menos activa para la estabilidad de los países vecinos. En 1971 miles de izquierdistas de toda Latinoamérica habían acudido en masa a Chile por considerar que esta nación era una zona de estacionamiento de tropas donde podían trazar planes y recibir fondos para sus programas revolucionarios. La mayoría de ellos mantenían lazos con Cuba y dirigirían su atención hacia los grupos liderados por Altamirano y no hacia un gobierno que habría entablado negociaciones con los odiados “yanquis” y el despreciable PDC. En el mejor de los casos, el proyectado eje La Habana-Santiago enfrentaría una etapa de turbulencia.

Matus se sintió tan alarmado ante el inminente rechazo de la propuesta, que me llamó desde una cabina telefónica ocultando su identidad para advertirme que “todo se habrá acabado entre nosotros y usted si no logra que cambien de opinión”. Fuera del soborno, a lo cual yo no iba a prestarme, no se me ocurría qué otra alternativa podía tener él en mente, ya

que fue incapaz de ofrecer alguna opción. Nunca volvimos a entrevistarnos porque yo no deseaba comprometerlo.

Cuando por fin Allende declaró en una sombría reunión en La Moneda “Gracias, pero no gracias”, manifesté que lo lamentaba y volví a advertir que mi Presidente no tomaría la decisión a la ligera. Añadí que mi misión había concluido, de lo cual notifiqué además al Departamento de Estado, apresurándome a aclarar que mi permanencia en Chile ya no tenía ninguna justificación. El embajador Davis, cuya frustración y molestia, cuando no su ira y resentimiento, habían aumentado cada vez más a lo largo de los diez meses de dilación desde su nombramiento, se dirigió raudamente a Santiago el día después de mi partida, el 12 de octubre de 1971, a cuatro años de mi llegada el Día de la Raza, el mismo día feriado en que regresé a Estados Unidos por primera vez después de 25 años.

La publicación parcial o total de la relación de las negociaciones con el gobierno de Allende no fue autorizada por Hersh, cuya postura se acercaba más a la de Altamirano. Sus superiores en *The New York Times* —sobre todo Abe Rosenthal, quien profesaba un abierto anticomunismo— sólo dieron su consentimiento cuando la divulgación ya no tenía ningún sentido. Y todo por razones que nunca se explicaron ni fueron sometidas al juicio de la opinión pública democrática. En términos de conductas, el episodio del *The New York Times* es del mismo tenor que el del caso Watergate, donde el encubrimiento fue la motivación de lo que el senador demócrata Pat Moynihan consideró un delito menor, pero que dejó al descubierto la metodología y las costumbres de un gobierno. La pregunta reveladora que cabría formular a este respecto es: ¿quién actuó más honorablemente en 1971 en las negociaciones con el gobierno de Allende: la administración Nixon, que secundó mis iniciativas por espacio de casi un año a pesar de su antipatía ideológica, o *The New York Times*, que impidió una revelación oportuna de dichas negociaciones, así como de los novedosos pormenores de los esfuerzos denodados por llegar a algún acuerdo con Allende? El director del *The New York Times*, lo mismo que el mandatario chileno, cedió ante la presión de los sectores de izquierda.

Ésta es, a mi juicio, la verdadera historia moral del caso “Chile”. □

EL EMBAJADOR EDWARD M. KORRY EN EL CEP*

A continuación se transcribe el diálogo que sostuvo el embajador Edward M. Korry con el historiador Joaquín Fernandois y con Arturo Fontaine Talavera, director del CEP, los días 16 y 21 de octubre de 1996 en el Centro de Estudios Públicos. La entrevista versó sobre los acontecimientos y temas expuestos por el embajador Korry en la conferencia ofrecida el 16 de octubre en el CEP, “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos (1963-1975)”, la que también se incluye en esta edición de *Estudios Públicos*.

Aquí el embajador Korry se expande sobre algunos hechos, añade datos y ejemplifica. Sus respuestas nos llevan directamente, por la viveza del lenguaje, al ambiente de la política chilena de fines de los sesenta.

EDWARD M. KORRY. Embajador de Estados Unidos en Chile entre los años 1967 y 1971.

* Las preguntas fueron hechas principalmente por Joaquín Fernandois y Arturo Fontaine Talavera. Algunas otras las formularon participantes que no fue posible identificar en la grabación. Las respuestas del embajador Korry fueron traducidas al castellano por Joaquín Fernandois, quien colaboró a su vez en la edición de la entrevista.

En la sección documentos de esta edición, en “Chile en los archivos de Estados Unidos”, se incluye el Informe de Contingencia, de agosto de 1970, “Fidelismo sin Fidel”, y algunos de los cables que el embajador Korry intercambió con el Departamento de Estado de Estados Unidos en el mes de agosto de 1970.

—*E*mbajador Korry, comenzaremos por plantearnos algunas situaciones de los años sesenta. Usted ha afirmado que la Casa Blanca de los Kennedy habría destinado ingentes sumas de dinero con el fin de asegurar la victoria de Eduardo Frei [Montalva] en las elecciones de 1964 y, posteriormente, la implementación de su programa socioeconómico, que incluía una profunda reforma agraria.

—La primera intervención presidencial norteamericana en Chile se dio de hecho en la época de Eisenhower, después del terremoto devastador que hubo acá [1960]. Eisenhower, bajo la influencia de su hermano —quien estaba muy interesado por los asuntos sociales en América Latina, especialmente por la educación—, dijo que no autorizaría el desembolso de la totalidad de los préstamos prometidos para la reconstrucción del país, o una gran parte de ellos, si el Presidente Jorge Alessandri no aceptaba introducir una reforma agraria. Alessandri se molestó mucho, pero tuvo que acceder porque de lo contrario no habría más dinero.

Yo no sabía nada acerca de esto hasta que Alessandri me lo contó en 1967, la primera vez que me entrevisté con él, poco después de mi llegada a Chile. Alessandri no lo había olvidado. Entonces pregunté a Washington, porque en la embajada no había nadie de esa época y nadie se acordaba, y yo quería saber si era cierto. Era cierto, Alessandri tenía razón.

De modo que fue un gobierno republicano, el de Eisenhower, el primero en impulsar una reforma agraria en Chile. Cuando llegaron los Kennedys a la Casa Blanca, no tuvieron más que acelerarla. Era la consigna que imperaba en todo el mundo, ya sea en África o en Asia. Era, precisamente, una sección del catecismo de los Kennedy.

—*Recuerdo haber leído en un artículo de The New York Times, de 1981, que usted sostenía que las cifras de apoyo político a la Democracia Cristiana [DC], hasta 1964, no habían sido tres millones de dólares, como señaló el informe de la Comisión Church¹, de todas maneras una enormidad para la época, sino veinte millones. Usted ha dicho que la Comisión Church trató de proteger a los Kennedy y a la Iglesia Católica. Lo del dinero, ¿es efectivo?*

—Sí, lo es.

—*¿Tenía ese dinero la intención política de ayudar a la Democracia Cristiana?*

¹ En la conversación se alude repetidamente a la “Comisión Church” o “Informe Church”. Ésta fue la comisión del Senado de Estados Unidos, presidida por el senador Frank Church, que investigó operaciones de la CIA tanto en Chile como en otras partes del mundo, consideradas ilegales o ilegítimas. Chile, sin embargo, ocupó un lugar central en sus deliberaciones. Este tipo de investigaciones o “audiencias” son llamadas “*hearings*”. [N. del E.]

—Sí, sí. Cuando se examina la documentación de la AID [Agency for International Development] en lo referente a la ayuda a Chile, se ve que estaba dirigida específicamente a apoyar a la Democracia Cristiana y a Frei en las elecciones de 1964. El dinero de la AID tenía un propósito específico, según las instrucciones dadas por la Casa Blanca. Cuando la gente dice que fue la CIA, bueno, la CIA fue la organización que tenía los contactos y todas esas cosas, pero el dinero provenía de diferentes fuentes gubernamentales. La CIA propiamente tal sólo entregó tres millones de dólares. Sin embargo, por ejemplo, un funcionario del Departamento de Estado estaba entregando dinero en efectivo; la Iglesia estaba entregando dinero en efectivo; la AID entregaba préstamos y donaciones (*grants*); Cáritas obtenía donaciones de la AID... Así, de diferentes contabilidades se concluye que la cifra real estaba en las decenas de millones de dólares.

—Usted mencionó en su conferencia de hoy² que Ralph Dungan y Robert F. Kennedy, entre otros, ayudaron a establecer un vínculo directo entre el Partido Demócrata Cristiano [PDC] chileno y Estados Unidos. ¿Cuándo comenzó ese vínculo? ¿Cuándo empezó a llegar ese dinero al PDC chileno?

—Probablemente a comienzos de 1963, después que el Presidente Kennedy se entrevistó con Eduardo Frei [Montalva]. Fue una entrevista secreta; creo que tuvo lugar en la primavera [boreal] de 1963. Posiblemente fue planeada después de que Schlessinger y Goodwin vinieron a Chile [1962], cuando Goodwin, al mismo tiempo, tuvo el presunto encuentro con el Che Guevara en Argentina.

Como lo dije en la conferencia, muy poca gente entiende o entendió cuán poderoso era Ralph Dungan en la Casa Blanca de los Kennedy. La oficina más poderosa de la Casa Blanca es la “Corner Office”. En esa época, mirarla era algo parecido a mirar a quienes estaban sobre el mausoleo de Lenin en la Unión Soviética: según su posición se podía saber quién subía y quién bajaba en la jerarquía. Durante el gobierno de Eisenhower la ocupó Sherman Adams; en el período de Kennedy la ocupó Ralph Dungan. Sus responsabilidades incluían reclutar a los embajadores y a los directores de la AID, encargarse de las relaciones con la Iglesia Católica, de las relaciones con las autoridades educacionales, con el movimiento sindical, todo lo cual ya estaba bajo su mando cuando trabajaba para el senador John F. Kennedy, antes de que éste llegara a la Casa Blanca.

² Se trata de la conferencia “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos”, que se publica en esta misma edición y que fue presentada por el embajador Korry en el Centro de Estudios Públicos el 16 de octubre de 1996. [N. del E.]

Es importante comprender cuál fue la posición de Ralph Dungan en la Casa Blanca. Próximo a Bobby Kennedy, Dungan era el hombre que se encargaba de los asuntos importantes. Era un miembro de número de lo que se llamaba la “mafia irlandesa”. Se había educado con los jesuitas en St. Jospeh, en Filadelfia, y estaba a cargo de todos los asuntos latinoamericanos. Toda la gente del Departamento de Estado tenía que responder ante él. Era extremadamente inteligente, enérgico y discreto, en el sentido de que ningún diario norteamericano escribió jamás algo acerca de él. Lo hicieron en cambio los diarios chilenos, porque estuvo en la línea de frente de la reforma agraria en Chile cuando fue embajador en Chile.

Y como en 1962 Dungan me reclutó para que asumiera la embajada en Etiopía, debo decir que era muy inteligente. Pero eso no tuvo nada que ver con mi posterior designación como embajador en Chile en 1967. En efecto, de acuerdo con el ofrecimiento que me hizo entonces el Presidente Johnson, se suponía que yo iría a Yugoslavia, pero los miembros de carrera de la diplomacia no lo aceptaron. Entonces fui enviado a Chile. Pero fue un cambio de último momento, Dungan ya había dejado su puesto en Chile.

Cuando llegué a Chile en 1967, todo el mundo atacaba a Dungan, y yo lo defendí por razones de lealtad, aunque cambié sus políticas.

—*Volviendo a las cifras de la Comisión Church, se habrían entregado de tres a cuatro millones de dólares de la época en recursos políticos a Chile entre 1962 y 1964. Los veinte millones de dólares que usted menciona, entonces, ¿son adicionales?*

—Ésa es una “suma global” [en castellano]. Es muy difícil pesquisarlo todo porque provenía de diferentes partes, y yo no puedo hacerlo. De hecho, nadie podría hacerlo sin contar con un gran equipo y muchos recursos. Cuando se entregaba dinero de la AID a organizaciones católicas de asistencia, por ejemplo, había que seguir su pista, cómo fue gastado.

Le puedo decir que uno de los problemas más grandes que tuve cuando llegué a Chile en 1967 fueron las garantías a las empresas norteamericanas, porque en mi opinión ellas eran ilegales o al menos cuestionables. Las garantías se otorgaron de una manera que no debió haberse hecho. En particular en el caso de la Kennecott, cuya garantía de inversión difería abiertamente con lo que después sería la política de la OPIC³. (En esa época no era la OPIC, sino que una oficina de la AID.)

Años después vino a Chile el ejecutivo máximo de la AID, que estaba entonces en el World Bank International Finance Corporation, y le

³ OPIC (Overseas Private Investment Corporation), entidad creada por el gobierno de Estados Unidos para que se hiciera cargo, a partir de enero de 1971, de las garantías de las compañías norteamericanas en el exterior. [N. del E.]

hablé retrospectivamente de la garantía a la Kennecott. Me dijo que la garantía a la Kennecott, de cientos de millones de dólares, fue otorgada después de mucha presión ejercida, en primer lugar, por la Casa Blanca. Aquí no estamos hablando de cuatro millones de dólares. Luego, algunos de los más poderosos senadores norteamericanos, hombres de la más alta moralidad, cuyos nombres no quiero repetir aquí, habían insistido en que se otorgara. Pero la AID sabía que ésta no era una garantía propiamente tal.

Así que cuando usted pregunta cuánto era en total, usted puede alcanzar una cifra de cientos de millones de dólares. Sé que fue una cantidad muy grande, aunque no la puedo precisar con exactitud.

Lo mismo vale para los contactos de la CIA y Veckemans con los demócrata cristianos de Italia, para que éstos enviaran ayuda a Chile. No se puede decir que fue una operación directa de Estados Unidos; pero sí que cuando algo ocurría, finalmente era asumido por el contribuyente norteamericano, porque había que reembolsarle a Italia, quizás no todo, pero algo... Aunque no puedo dar cifras exactas, sí puedo afirmar que se trató de una operación muy grande.

—*¿Puede darnos alguna medida, para tener las proporciones? ¿Era algo inusual en América Latina?*

—Como lo dije en la conferencia, era un intento de repetir la operación de Italia en 1948, cuando fue movilizada la totalidad de la sociedad norteamericana. Al decir la “totalidad”, quiero decir las grandes corporaciones como la ITT, por ejemplo. También los sindicatos norteamericanos fueron movilizados, entregaron dinero y enviaron a sus activistas a Chile... Fue una operación enorme.

—*Sobre los préstamos y créditos de la AID: ya que esos documentos son ahora de conocimiento público, ¿se podrá saber por ellos si el dinero tenía finalidades políticas?*

—Nadie habría dicho: “Vamos a entregar un préstamo para la elecciones...” Habría sido muy estúpido. Pero en los lineamientos generales de por qué se estaba dando dinero a Chile, quedaba muy en claro que el propósito era tanto político como socioeconómico y de desarrollo. Eso sí se decía específicamente.

—*¿Estamos hablando de los veinte millones destinados a apoyar a la Democracia Cristiana?*

—Correcto.

—*Tres millones de dólares fueron gastados directamente por la CIA.*

—Sobre tres millones, casi cuatro.

—*¿Sabe usted qué proporción de ese dinero fue gastada, propiamente tal, en la campaña política de las elecciones de 1964?*

—No puedo decirle, porque no tuve nada que ver con eso... En todo caso, las cantidades que se decidieron estaban pensadas para obtener una mayoría absoluta, como algo opuesto a una mayoría relativa. Porque el objetivo declarado del pueblo de los Estados Unidos era tener un gobierno “exclusivo”, como en Italia, para poder implementar el resto del programa de manera inteligente. Habría resultado muy difícil desarrollar el resto del programa y al mismo tiempo administrar una coalición. Mucho más fácil era tratar con un solo partido... No olvide que todo el mundo en la Casa Blanca era católico romano. Dungan y Robert F. Kennedy trataban con gente que compartía su misma religión, porque eran los contactos más fáciles y confiables, y también por otras razones. Personas como Dungan y Bobby Kennedy, cuando hacen cosas como éstas, las hacen con gran celo y convicción.

—*El dinero distribuido ¿fue efectivamente a donde se suponía que debía ir?*

—Como no estaba aquí en 1964, no puedo responder a su pregunta. Pero me parece que la mayor parte del dinero fue a parar a donde se suponía que tenía que ir.

Cuando hablamos de veinte millones, quiero estar seguro de que usted entiende que esa cifra es el mínimo que debe haber sido empleado en efectivo, es decir para bienes fungibles como alimentos, por ejemplo. Usted recordará que había paquetes de alimentos de Estados Unidos que eran muy visibles; había una gran cantidad de ellos, y la Iglesia los distribuía.

Entre paréntesis, la única vez que el cardenal [Silva Henríquez] vino a verme durante mis primeros tres años en Chile fue con ocasión de las elecciones [parlamentarias] de 1969, para quejarse de que una parte de la ayuda de Cáritas y del Catholic Relief no estaba llegando a la gente que debía recibirla. Le señalé: “Si usted tiene alguna queja debe dirigirse a la Iglesia en Estados Unidos. Son fondos de la AID y eso está en su territorio, no en el mío”. Estoy contestando su pregunta de una manera muy indirecta, pero fue la única que vez que me sucedió algo así. Él [el cardenal Silva Henríquez] debe haber tenido algún antecedente de que gente de sus simpatías recibía dinero; pero esta vez debió haber llegado a otros. Es la única conclusión a la que puedo llegar. Yo no sabía nada de lo que pasaba y tampoco quería saber nada.

—*Cuando usted menciona a organizaciones de Iglesia dentro de ese programa de ayuda a la Democracia Cristiana, ¿de qué tipo eran?*

—No hay que olvidar que el padre Veckemans vino a Chile en 1958. Ha sido uno de los más grandes organizadores de los tiempos modernos. Tenía contactos estupendos con la corte del rey Balduino de Bélgica y

con otros líderes europeos. Tenía excelentes contactos con la jerarquía de la Iglesia Católica norteamericana. Y bueno, como ya lo he dicho, también estaba Dungan...

—*¿Qué pasó después con el padre Veckemans? Entiendo que abandonó el país inmediatamente después de las elecciones de 1970.*

—Sólo lo vi en 1967 —durante el primer o segundo mes que llegué a Chile— y en mis contactos con el gobierno chileno pregunté cuál era el *status* de las relaciones con el padre Veckemans; concluí que esas relaciones estaban tensas porque él se había excedido en sus atribuciones. Decidí entonces que era alguien a quien no quería conocer. Nunca conocí a ninguno de los miembros del Centro Belarmino, excepto cuando alguien me presentaba a uno de ellos en una recepción y me decía “le presento a tal o cual”, y debo haber estrechado sus manos. La única vez que fui al Centro Belarmino fue cuando vino a Chile el embajador Sol Linowitz en 1970. Me dijo que quería entrevistarse con dos personas y que lo llevara. Uno era el padre Veckemans y el otro Gabriel Valdés. Entonces lo llevé al Centro Belarmino y preguntamos por el padre Veckemans, pero no estaba. Antes de abandonar el lugar nos insistieron en que firmáramos el libro [de visitas] y luego nos fuimos. De modo que mi firma está en el libro, pero no vi a nadie excepto al hombre que estaba tras el escritorio de la recepción.

Inmediatamente después de las elecciones [1970], el padre Veckemans me llamó y dijo que tenía que verme. Vino a mi casa y me dijo que su vida corría peligro, que quería dejar el país junto a su empleada y el marido de ésta, y que yo los tenía que sacar. Le dije: “Pero seguramente usted conoce a gente en la CIA”. Me respondió que ellos no harían nada por él. Me indigné. Me parecía que si mi país usaba a alguien, se debía hacer responsable por él. Llamé al jefe de estación de la CIA y le dije: “Esto es indignante; si usted usó a este hombre en 1963 ó 1964, o cuando sea que haya sido, y aunque usted no es el que lo hizo entonces y yo no soy el mismo embajador, tenemos que sacarlo...” Conseguimos que el gobierno de Colombia les diera visas y al día siguiente salieron los tres por avión.

—*¿Por qué estaba en peligro su vida?*

—No sé si su vida estaba en peligro. Todo lo que sé es lo que él me dijo, no pregunté nada, aunque me lo imaginó. Cuando se es embajador puede perderse gran cantidad de tiempo y de esfuerzo si uno se ve envuelto en los detalles. En momentos como ése, cuando todo el mundo estaba trastornado y todos venían a verme, el asunto era tomar decisiones y dejar a otros, como los historiadores... [que explicaran lo demás].

—*Volviendo a los fondos que llegaban a Chile en la década de 1960 para fines políticos, ¿cómo se canalizaba la ayuda proveniente de Alemania Occidental?*

—Los alemanes lo hacían por medio de una fundación, de modo que era algo abierto, legal. El dinero venía de la Iglesia en Alemania.

—*¿Tiene usted alguna información específica acerca de la cantidad de dinero que venía de los países comunistas?*

—Grandes cantidades. Alemania Oriental era una fuente importante, en particular para el Partido Radical. Baltra y Bossay iban allí a buscar recursos.

Otra vía tradicional era dar contratos de trabajo a gente conectada abierta u ocultamente con el Partido Comunista o el Partido Socialista. El Partido Comunista tenía varios negocios, y por medio de ellos se podía contratar trabajos. Era una forma muy legal para ingresar dinero.

—*Antes de que usted llegara a Chile, ¿todo el dinero proveniente de Estados Unidos iba a la Democracia Cristiana y nada a la derecha?*

—No, no diría eso. Por ejemplo, cuando llegué, ordené terminar la ayuda a la revista *PEC*. El editor, [Marcos] Chamúdez, nunca me lo perdonó. Le cortamos el financiamiento porque esa publicación —comenzada con el apoyo de la CIA— había llegado a ser tan antifreísta y antigobierno que resultaba ridículo que Estados Unidos tratara de ayudar a Frei y, a la vez, financiara a alguien que se oponía frenéticamente al PDC. Por eso dije: olvídense de él, no quiero que siga este absurdo. Ahora, sabiendo que esto había ocurrido, me imagino que hubo otros casos.

A mi llegada también descubrí que había una especie de plan de pensiones, a raíz de lo que había sucedido en 1963 y 1964, para algunos políticos que no eran demócratas cristianos, aunque había algunos de éstos comprendidos en el plan. Recibían un pago mensual de la CIA. Traté de eliminar el plan y lo hice con todos, salvo con uno o dos... Pero en respuesta a su pregunta, sí, había otros que no eran demócrata cristianos.

—*¿Cómo es posible que Estados Unidos se haya identificado con un programa de transformación intensa en Chile, que comprendía políticas como la reforma agraria, algo que jamás se habría intentado en su propio país? Esto, por supuesto, era parte de la búsqueda de un “modelo” en América Latina. Eisenhower por un momento creyó encontrarlo en la administración de [Jorge] Alessandri; después la Casa Blanca de los Kennedy y de Johnson lo encuentran en Eduardo Frei Montalava...*

—Estando ya acá en 1967, en una primera fase del análisis de la posición de Estados Unidos en Chile, nos vimos forzados a concluir que la totalidad de la política agrícola de la administración Frei —no la reforma agraria— se estaba llevando a cabo en forma equivocada. No creíamos en la política de fijación de precios del trigo, por ejemplo. Si me perdonan la

comparación, era el mismo problema que había en África, donde los habitantes de las ciudades eran subsidiados a costa de la población rural y de la productividad total del país. Como los precios se mantenían oficialmente bajos, la gente en las ciudades estaba feliz y no había, por lo tanto, un incentivo efectivo para incrementar la producción agrícola.

Durante la inauguración de un centro astronómico en el cerro Tololo tuve la oportunidad de preguntarle directamente al Presidente Frei qué pensaba de [Jacques] Chonchol. Estoy seguro de que él me respondió de manera honesta: me dijo que pensaba que era un cristiano puro e inocente, que no tenía ningún tipo de ideas extrañas. Le señalé al Presidente que Jacques Chonchol me parecía un recién llegado al partido; le dije que Chonchol y los miembros de la directiva de la Democracia Cristiana, Julio Silva Solar, el senador Gumucio y otros con los que yo había tenido conversaciones privadas, sostenían ideas que me habían parecido muy similares, en su designio final, a las que yo había escuchado en los países socialistas.

Ahora, si se examinan los hechos de esa época, se verá que Frei pronunció después un discurso, en algún lugar del sur de Chile, en el que decía que el socialismo no era lo que quería la Democracia Cristiana, sino el comunitarismo. Pienso que nos estaba respondiendo a mí y a otros de la embajada que sentíamos que se seguía un curso erróneo en la política agraria. Por otro lado, debo decir que pensábamos que el gobierno de Frei estaba alcanzando éxitos espectaculares en educación; de hecho, aún hoy se perciben en Chile los frutos de esas inversiones en educación. Pero en materia agrícola sabíamos que no había manera de influir, no había nada que pudiéramos hacer debido al *establishment* político del gobierno de la Democracia Cristiana.

Le podríamos haber planteado el asunto al Presidente Frei, le podríamos haber explicado nuestras preocupaciones, haberle dicho que nosotros estábamos pagando por todo eso. Pero no lo hicimos; nunca lo presionamos para cambiar nada. Porque si uno decide que un país debe tener mayor libertad para tomar sus decisiones, no se puede insistir en que éste mantenga el camino que uno quisiera. Para ello fueron elegidos. Ellos debían decidir cómo hacerlo; si no lo hacían bien, tendrían que pagar el precio de no ser electos. Ésa es la forma cómo funciona la democracia.

...También recuerdo que tuve una discusión muy interesante con el senador Gumucio y el diputado Julio Silva Solar el primer mes que estuve aquí; estaban interesados en el asunto del cobre. Me plantearon: “Suponga que nacionalicemos el cobre”. Respondí: “Mientras se pague el precio real y en plazo adecuado, ustedes pueden nacionalizar lo que quieran en Chile;

ése es su derecho soberano". Ellos contestaron: "Bueno, no debería haber ningún problema". Añadió: "Sí, habría un problema, a mi juicio, y ése sería que ustedes quisieran imponer su voluntad a Estados Unidos". "Oh no", dijeron, "nunca. No somos así de estúpidos y arrogantes". (Pero lo hicieron.) Y estaban muy contentos de que yo hubiera adoptado esa posición... Éstos eran dirigentes del Partido Demócrata Cristiano que después se pasaron a la Unidad Popular.

En cuanto a [Radomiro] Tomic, me asombraba. Aunque ya falleció, yo diría que era un "desorientado" [en castellano]. En Washington, antes de que yo viniera a Chile, me dijo, no una sino muchas veces, que él era el único hombre que podría llevar a acabo la conciliación entre Estados Unidos, la Unión Soviética y el Tercer Mundo: el mundo comunitario. Me pareció que no había nada que hacer, absolutamente nada que hacer. Dicho sea de paso, fue Frei quien describió a Tomic como un "desorientado" durante la campaña presidencial de 1970, como señalé en la conferencia.

Cerca de un año antes de las elecciones de 1970 le pregunté al Presidente Frei qué pensaba acerca de esta situación. Fue una de las pocas veces que le hice una pregunta política acerca de la vida interna del Partido Demócrata Cristiano, ya que no era asunto mío. Me contestó que estaba extremadamente preocupado por su sucesor.

—*Lo que usted dice, embajador, refuerza la impresión de que la embajada de Estados Unidos era más impotente de lo que uno pensaría, a pesar de que, a la vez, era una llave para llegar a toda la sociedad. Se ha comentado que su antecesor, Ralph Dungan, le entregó el nombre de "15 chilenos influyentes" por medio de los cuales usted podría canalizar fondos.*

—Eso no lo puedo asegurar. En cuanto a la primera parte de su pregunta, si la CIA hubiese sido tan poderosa, ¿piensan ustedes que habríamos permitido que un "desorientado" [en castellano] fuera el candidato de un partido en el cual los Kennedy habían invertido tanto dinero?

—*¿Cómo se explica, entonces, la denuncia de intervención de la CIA que contiene el informe de la Comisión Church?*

—Se trata de la manera tonta en que mi país abordó todo este asunto por razones muy complejas y sofisticadas que no tienen nada que ver con ustedes, con la CIA, con Chile o conmigo, sino con un problema real de Estados Unidos: las desgracias nacionales, como Vietnam y Watergate, de las que algunos políticos norteamericanos eran responsables y por las que deberían dar cuenta. Chile fue simplemente un medio por el cual ellos resolvieron problemas importantes en Estados Unidos, montando un gran espectáculo.

Y ésa fue mi reacción al comienzo. No se trataba de que yo estuviese presionado o herido. Yo me levanté —es cosa de examinar los documentos— en defensa de Chile. Me parecía que esto [el veredicto de la Comisión Church] era una prueba viviente de que cuando los elefantes pisotean el pasto, es el hombre humilde el afectado, es el animal pequeño el afectado, y estos elefantes continúan hoy pisoteándose unos a otros. Ya sean republicanos o demócratas, estos elefantes no tienen consideración por nadie. Ellos creían, y aún creen, que el centro del universo, como solían pensar los chinos, está en Washington DC. Miren, Estados Unidos tiene dos pequeñas conexiones con el mundo externo: Nueva York y Cambridge (Massachusetts), que repentinamente despiertan cada año y se dicen a sí mismos: “Cada vez vota menos gente, las encuestas muestran que la opinión acerca de los políticos, de los periodistas, empeora día a día, y hay gran disparidad en lo que los norteamericanos piensan del gobierno federal. Y ésta [las operaciones encubiertas de la CIA en Chile] es una de esas pequeñas contribuciones al abismo que existe entre el pueblo norteamericano y su gobierno”.

—*A raíz de la reunión de ministros de relaciones exteriores de América Latina en Viña del Mar en 1969, cuyo objetivo era mostrar una posición unida ante la nueva administración Nixon, se le encargó al canciller Gabriel Valdés efectuar la presentación en la Casa Blanca. Se dice que Nixon quedó furioso con los planteamientos de Valdés y que le pidió a Kissinger que le dijera al embajador de Chile que todo lo que pasaba al sur de los Pirineos no tenía mayor importancia para el mundo. ¿Qué hay de eso?*

—[En castellano] Es más o menos la verdad.

—*Quisiera insistir acerca de la reacción de Nixon y de Kissinger ante la presentación de Valdés, que se suponía era una posición común de América Latina ante la nueva administración en Washington.*

—No es ningún secreto que Gabriel Valdés me disgustaba intensamente. ¿Por qué? Primero, mientras yo aguardaba partir a Chile, Valdés dio una entrevista a *Le Monde* alabando el neutralismo y diciendo que Chile se debería mover en esa dirección. Dungan había intentado presionar una y otra vez a Frei para que hiciera algo con respecto a Gabriel Valdés. Segundo, todo lo que Valdés le decía a Dungan que iba a hacer con respecto a China, a China comunista, era siempre lo contrario de lo que después hacía. Había muchos ejemplos como éstos.

Así como Nixon tachó a Frei como posible visita a la Casa Blanca, para indicar la nueva política que Estados Unidos seguiría en Chile, en mi primera semana, al hacer mi turno de visitas obligadas, taché dos nombres.

Uno fue Gabriel Valdés, nunca le hice una visita formal. Y, segundo, taché el nombre del arzobispo de Santiago, el cardenal [Raúl Silva Henríquez]. ¿Por qué? Porque pensaba que en una base de Estado-Estado mis relaciones debían ser con el nuncio apostólico, y que una visita formal al cardenal indicaría que las relaciones partido-partido tendrían prioridad. Así procedí.

Hice todas estas cosas para dar una señal callada —sin usar a la prensa— de que había un cambio de estilo y de dirección. Si la gente captó el mensaje o no, nunca lo supe; pero al menos ésa era la intención. No se trataba de algo personal sino táctico. Teníamos muy pocos contactos de gobierno a gobierno. Yo gozaba mucho mis contactos con los ministros, en un nivel tanto profesional como personal, pero no los veía muy seguido, a menos que fuera en una situación explicable, como en las negociaciones entre la Anaconda y el gobierno chileno en 1969.

—¿Y eso es válido también para el Presidente Frei?

—“Igualmente” [en castellano]. Fue un gran amigo. Una vez vino a mi casa y en otra oportunidad fui a la casa de alguien y él estaba como invitado. Fueron las dos únicas veces que comimos juntos. Viajé con él al cerro Tololo, como señalé antes. Lo veía dos o tres veces al año. Naturalmente, estuvimos juntos en recepciones y eventos de tipo oficial a los que iban los embajadores.

Había una buena relación, una cálida relación personal. La forma como normalmente operaba consistía en que yo le mandaba cada dos o tres meses un libro de historia que yo había leído y que me había gustado, y que creía que también le iba a gustar, y le añadía una nota. Le gustaron todos. Así establecimos una relación. No hay que olvidar que en todo el mundo la gente se hace de buenos amigos simplemente al intercambiar este tipo de cosas. Uno no necesita verlos ni hablar con ellos, pero un libro transmite un buen mensaje.

—*Usted ha dicho que la “nacionalización pactada” del cobre en 1969 fue un éxito. La impresión que hay, al estudiar el asunto, es que las compañías se vieron obligadas a concurrir en el acuerdo, porque a su vez el gobierno chileno estaba políticamente obligado a efectuar una nacionalización.*

—No. No. Lo explicaré desde sus orígenes. A comienzos de 1968 me entrevisté con el ejecutivo máximo de la Anaconda en Chile, Richard Sims. Esto era poco después de que se había firmado finalmente un acuerdo —el cual se había negociado años antes [“chilenización”, de 1965]— y se iba a invertir en la expansión de Chuquicamata y otras minas. Le expresé que llevaba sólo cuatro meses en Chile, pero que creía que el acuerdo que se acababa de firmar no tenía valor. Le dije: “Nunca se cumplirá, nunca se

pagaré nada de lo estipulado; mi consejo es que usted le ofrezca al gobierno chileno el 51%, en lo que yo llamaría una lenta vuelta a la llave". Pensó que yo estaba totalmente "desorientado" [en castellano], pero obtuve su promesa de que lo discutiría con la Anaconda en Nueva York.

Ahora reconozco, como Raúl Sáez lo criticó amargamente en 1969, que al actuar así yo había sacrificado principios esenciales tales como creer en el contrato pactado y creer en la superioridad de la empresa privada sobre la empresa estatal. La crítica era por lo demás justificada. Pero había que pensar en otros problemas, como los de una situación política terrible y unas Fuerzas Armadas que no podían conseguir el equipamiento que necesitaban debido al bajo precio que había tenido el cobre entre 1964 y 1967, como también debido a la política expresa de Dungan de que Chile disminuyera su gasto militar y se centrara en las metas sociales y económicas. Por consiguiente, en mi opinión, la única posibilidad estaba en un nuevo acuerdo en torno al cobre, lo que, por lo demás, yo consideraba inevitable. Cuando la guerra de Vietnam motivó un alza en el precio del cobre y el Congreso comenzó a decir que había que "nacionalizar ahora", etc., el gobierno chileno sólo hizo lo que cualquier gobierno podía hacer, intentar satisfacer lo que parecía ser una demanda justa con los recursos naturales propios.

Sims volvió después de varias visitas a Estados Unidos. Conversé mucho con él. En una conversación con el Presidente Frei aproveché la oportunidad para decirle: "Bueno, será muy difícil evitar la nacionalización y prefiero anticipar los problemas. ¿Por qué no tratamos, usted trata, de anticiparlos?" Las negociaciones del gobierno del Presidente Frei y las compañías del cobre —la Anaconda en primer lugar— comenzaron varios meses después. En efecto, se iniciaron cuando el Congreso chileno exigió que se llegara a un nuevo acuerdo sobre el cobre, cuando la guerra en Vietnam había hecho subir el precio del cobre y a medida que se acercaban las elecciones. No presionamos de ninguna manera. Fue el gobierno chileno el que presionó a la Anaconda con el apoyo de *todos* los partidos políticos chilenos de entonces. Lo que nosotros hicimos fue ayudar en las negociaciones entre la Anaconda y el gobierno. De hecho, había llegado un punto en que la Anaconda comenzó a insultar a los negociadores chilenos, al gobierno de Chile y a todo el mundo, no sólo en forma privada sino también públicamente. Y viceversa. Entonces pensé que alguien debía intervenir y tratar de salvar la situación antes de que fuesen expulsados de aquí.

Dicho sea de paso, las compañías eran asesoradas por chilenos que les decían que había que asumir una posición dura. Por esto, nunca fueron

forzadas por nadie. Ellas mismas llegaron a la conclusión de que negociar con el gobierno chileno—y para ello hicieron un análisis regresivo— les permitiría alcanzar una posición mucho mejor que la que obtendrían si tuvieran que encarar una nacionalización inevitable.

Así, desde el punto de vista de las compañías, se trataba de una medicina amarga: sacrificar ganancias extraordinarias que se debían a la guerra de Vietnam. Pero era aceptable. Las compañías estaban muy satisfechas con el acuerdo de 1969⁴. Después, cuando fueron nacionalizadas por Allende y la Unidad Popular, sencillamente cobraron los seguros al gobierno norteamericano. Yo fui el único testigo por parte del gobierno de Estados Unidos. El gobierno norteamericano fue defendido por un abogado joven que manejaba el primer caso de su carrera. Los abogados de la Anaconda eran todos líderes del Partido Demócrata, tres de los más importantes demócratas de Washington, entre ellos Strauss, que llegó a ser jefe de gabinete (*chef de cabinet*) del Presidente Carter, y Gerald Smith. Y el gobierno norteamericano perdió.

—¿Cuál fue el cambio principal que usted llevó a cabo al transformar las relaciones de Estado-partido en Estado-Estado?

—Mejor dicho, les puse fin a las relaciones partido-partido, porque ése era el tipo de relación que había antes de que yo llegara. Por eso es que después embromé al senador Church diciéndole que si él había votado para proporcionar millones y millones de dólares del dinero público norteamericano a Chile a través de los años, ¿cómo podía enojarse y decir que no sabía nada de lo que sucedía? Era ridículo. Ésta era la razón por la que él no quería que yo diera mi testimonio en la Comisión del Senado norteamericano, que él presidía, sobre las operaciones encubiertas de la CIA en Chile.

...A propósito, desearía señalar algo interesante acerca de la manera de operar de la Comisión Church. La primera vez que se me menciona en el Informe Church es cuando se dice que el Comité 303 —más adelante llamado el Comité 40⁵— tomó la decisión, en septiembre de 1967, de dar dinero a Chile para un asunto. En septiembre de 1967 yo no estaba siquiera en Chile, no había escuchado nunca hablar del Comité 303, no sabía que existía. En septiembre yo estaba en Etiopía. Llegué aquí el 12 de octubre de

⁴ Se refiere a la “nacionalización pactada”, mediante la cual el gobierno chileno compró el 51% de las dos subsidiarias de la Anaconda, entre ellas la famosa Chuquicamata, en pagarés de largo plazo, con un acuerdo para el resto. Este convenio fue criticado por la izquierda, la que, una vez en el poder, procedería a la nacionalización de 1971. [N. del E.]

⁵ Entidad del Poder Ejecutivo del gobierno norteamericano, dependiente del gabinete, encargada de revisar las propuestas de las principales operaciones encubiertas. Anteriormente se había llamado Comité 303. [N. del E.]

1967. Pero si usted lee el Informe Church, verá que ahí se dice que yo fui responsable de una acción que fue decidida por la comunidad de inteligencia en relación con Chile. Pero yo nunca había escuchado nada acerca del Comité 303.

—*Durante los últimos años de 1960 el financiamiento norteamericano a los actores políticos chilenos fue menor que en 1962-1964, pero existió de todas maneras para las elecciones parlamentarias de 1969. Usted sabía eso.*

—Una de las grandes mentiras que contiene el Informe de la Comisión Church, para cualquiera que lo examine, es que da por sinónimos la asignación y el gasto de recursos. Cualquiera que entienda cómo funciona un parlamento democrático en cualquier parte del mundo sabe que la asignación es el comienzo de un proceso; la aprobación del gasto en otro comité es el final de proceso. Eso, al menos, lo sabe cualquier norteamericano que se interesa algo por la política. El Informe de la Comisión Church dice que se autorizaron 350.000 dólares para las elecciones de 1969. Pero ¿cómo fue que se gastaron menos de 200.000 dólares? Yo mandé a un funcionario joven de la embajada a negociar con la CIA, en Washington, una lista nueva, porque la CIA estaba rehaciendo la lista para incluir una nueva serie de gastos. De manera que finalmente se actuó con un tercio de los 350.000, con un tercio de los gastos.

¿Por qué procedimos así en la embajada? Porque si no lo hubiéramos hecho, el Congreso, en manos de los demócratas, habría estado sobre mí en dos segundos, acusándome de revertir la política de los Kennedy. Así, reduciendo una parte, hicimos el daño mínimo. Pero nuestra acción no estuvo dirigida contra ningún partido en particular. De los 350 mil dólares, 50 mil se gastaron en diversos candidatos y 100 mil fueron gastados por la CIA en una campaña anticomunista.

El dinero fue a diferentes partidos, no a muchos, y si tuvo algún efecto nunca lo sabremos. Algunos candidatos a los que apoyamos fueron electos; algunos a quienes nos oponíamos no fueron electos. El total empleado fue mínimo, porque con 50 mil dólares repartidos entre unas cuantas personas, el efecto no puede ser muy grande, incluso en un país como éste. Es más, ningún candidato supo que lo obtenía. Fue repartido a través de todo tipo de personas.

—*Hoy día, hace 27 años, ocurrió el “Tacnazo”, la manifestación militar del general Viaux⁶. Desde días antes se veía venir algo. ¿Siguió usted de cerca los acontecimientos?*

⁶ Como la entrevista se efectuó en 1996, se habla de 27 años atrás. [N. del E.]

—No. No le dábamos mucha atención a estos asuntos; me pareció algo de poca dimensión. Sospechábamos que el Partido Socialista tenía algo que ver con la intranquilidad; teníamos evidencia de que trataban de provocar inquietud entre los militares. Pero habría que preguntarles a Henry Hecksher y al coronel Wimert, que sabían más al respecto. Pero no podíamos prestarle más atención a este asunto, como si fuera una cosa importante.

—¿Están vivos Hecksher y Wimert?

—Hecksher está muerto. No sé lo que ha sido de Wimert. Usted sabrá que Wimert vino para acá a ver a Pinochet; también vino durante los años de Allende, me parece. Era muy cercano al general Vernon Walters, aunque no se trataba de una persona intelectual ni políticamente sensible. Walters, que en un momento llegó a ser, en la práctica, director de la CIA, fue embajador en Alemania, y por hablar once idiomas fue el traductor de Eisenhower, de Nixon, de todo el mundo. Creo que el general Walters ha estado en Chile...

—*Por medio del Informe de la Comisión Church sabemos, al menos, lo que gastaron para las elecciones de 1970 los cubanos: 350 mil dólares. Y otra cantidad habrían proporcionado los soviéticos...*

—No lo sé. Los soviéticos, tal como nosotros, tenían muchas maneras de hacerlo. No eran estúpidos.

—*En cuanto a la elección presidencial de 1970, se sabe que el Departamento de Estado no quería intervenir porque no le tenía simpatía a Alessandri. Por otra parte, según el Informe de la Comisión Church, la CIA, por decisión del Comité 40 que asesoraba a la Casa Blanca y al cual pertenecía Kissinger, decidió mandar fondos a Chile, 425 mil dólares. Pero estos recursos estaban destinados a efectuar meramente una campaña antimarxista, y no en favor de Alessandri. Usted, embajador, pensaba que esta candidatura podía perder. Además, usted veía la campaña anticomunista como algo muy torpe. ¿Qué hay de eso?*

—En 1970 el gasto total de la CIA fue de 125 mil dólares, de los cuales 90 mil fueron para propaganda, muy mala propaganda, y 35 mil dólares para provocar divisiones al interior de la Unidad Popular. Esto significa que había gente dentro de la Unidad Popular que sólo lo era formalmente, pero que de hecho no eran sus partidarios. Debo decirles que esto no es poco común en el mundo.

—¿*Nos puede decir algo más acerca de esto?*

—Puedo señalarle, para que entienda el problema, que cuando dejé Etiopía sugerí a la CIA que ciertos etíopes serían muy útiles “a largo plazo” [en castellano]. No teníamos interés en que pasara nada dentro del gobierno

etíope en los cinco años que estuve allí. Pero uno nunca sabe lo que puede suceder en esa parte del mundo, porque los rusos la querían. Eso era en 1966/1967. Años después, la mejor información que Estados Unidos tenía sobre Corea del Norte venía de Etiopía. Y años después, cuando los soviéticos se tomaron Etiopía, uno de sus generales de mayor jerarquía en la fuerza aérea fue nuestra mejor fuente de información acerca de lo que hacían en Etiopía los cubanos y los soviéticos. Ahora está muerto; lo mataron, pero alcanzó a sacar a su familia.

Esas cosas toman mucho tiempo. Los rusos las hacían, nosotros las hacíamos. Era parte del juego que se desarrollaba. Gente como ésta puede permanecer oculta por diez, doce, quince, veinte años, no se sabe. Los soviéticos tenían muchos de ellos en los Estados Unidos.

Volviendo a su pregunta sobre la candidatura de Alessandri: en 1970 hablé dos o tres veces con Jorge Alessandri. Vino a mi casa sin anunciar su visita. Fue detenido en la puerta por un carabinero, el único que había delante de la entrada, que anunció que abajo había alguien llamado Jorge Alessandri que quería hablar conmigo. Subió y me dijo que presentaría su candidatura a presidente, yo le agradecí que me lo contara antes de anunciarlo en público. No me pidió nada. Conversamos un rato y luego se fue.

Después de hablar dos veces con él, después de entrevistarme con su equipo de campaña, después de leer el programa económico que él había aprobado, concluí que Estados Unidos haría una locura si apoyaba esta campaña, porque no representaba nada para el futuro. Todo miraba hacia el pasado. No tenía ninguna duda de que Alessandri no entendía la naturaleza de la Unidad Popular ni cuál era su intención. Él pensaba que se trataba de algo similar a los viejos tiempos y que podía encararse como siempre se había hecho. Yo pensaba que no era así, que éste no era el mismo caso.

Todo esto es muy arrogante de mi parte. Pero yo sólo les estoy contando cuál era el trabajo por el que a mí se me pagaba. A mí no se me pagaba para que me preocupara de Chile. A mí se me pagaba para que me preocupara de los intereses de Estados Unidos.

Hay otra cosa. Despaché un cable a Kissinger y a Nixon, después que un gran número de empresarios [norteamericanos] nos pidieron que apoyáramos a Alessandri. No olviden que allá arriba había una administración republicana, y estos empresarios que venían a verme la representaban en cierto modo. Envié un cable a Washington, que puede ser considerado como una defensa de la democracia, en el que sostuve que no debíamos ayudar a gente que tenía mucho dinero y que no necesitaba dinero norteamericano, porque la candidatura de Alessandri estaba apoyada por gente

que tenía vastos recursos que podían emplear en las cantidades que quisieran. Dije, en el cable, que el propósito real de lo que se me estaba pidiendo era comprometer a Estados Unidos con un gobierno, y comprometerlo por tanto a mantener ese gobierno con vida durante seis años.

Nadie podía asumir ese tipo de compromiso, porque en Washington no tendríamos ninguna intención de cumplirlo. Se trataría de una falsa promesa con una finalidad falsa, lo que nadie podía, inteligentemente, apoyar. Recibí una gran cantidad de denuestos de parte de las empresas norteamericanas por ese cable, porque obtuvieron copias del mismo apenas lo envié. No hacía ninguna diferencia cuán secretos eran los mensajes, a ellos inmediatamente se les informaba, al igual como —debo añadir— Dungan le contaba de inmediato al embajador Santa María sobre mis cables. ¡Imagínense!

De modo que es absurda la idea de que tendríamos un potencial para cambiar las cosas. Mi interés como embajador norteamericano era proteger a los ciudadanos de los Estados Unidos y a su propiedad lo mejor posible, conforme al sistema jurídico de los Estados Unidos. Ésa era mi prioridad y para lo que el contribuyente norteamericano me pagaba. El contribuyente no me pagaba para apoyar los intereses políticos de nadie en los Estados Unidos.

—Una de las cosas que nos sorprendía de la campaña presidencial de 1970 era la torpeza de la propaganda anticomunista, y usted lo ha confirmado. Por otro lado, evidentemente era una operación muy importante para la CIA.

—Bien. En general, los embajadores deben ser informados de las operaciones que está realizando la agencia, en este caso, de la propaganda. Llamé al encargado [Henry Heckshner] y le dije: “Mire, vi esto mismo cuando estuve como periodista en Italia en 1948. ¿Usted cree que el tiempo se ha detenido? ¡Esto no puede ser!” Él contestó que era aconsejado por las mejores cabezas en Chile, todos chilenos, que pensaban que era lo más efectivo. Mandé un mensaje a Washington en que decía que la propaganda era espantosa; pero él [Heckshner] insistió, señalándome que no era su idea, sino que seguía lo que le aconsejaban los chilenos. Le repliqué que tenía la corazonada de que podía ser alguno de los chilenos a los que les había dicho “no hay más dinero”. Pero uno nunca llega a esos detalles, porque siempre hay la posibilidad de que un embajador sea secuestrado, como sucedió en Brasil mientras yo estaba aquí. Por eso jamás pregunté nada, y se supone que uno nunca lo hace.

—¿Les señaló usted estas cosas a la gente de la campaña de Alessandri? ¿Qué opinaban ellos? ¿Cómo veían ellos hasta antes del 4 de

septiembre de 1970 la fortaleza o debilidad de la campaña de Alessandri? ¿Qué esperaban de usted?

—Dije, dos semanas antes de la elección, que nunca había visto en ninguna parte una campaña tan espantosa como ésta. Opinaba que la gente de la CIA que había ayudado a crear la “campaña del terror” debía ser alejada de inmediato por no entender a Chile ni a los chilenos. Se lo dije a la CIA. Era el tipo de cosas que había visto en Italia en 1948 y que habían resultado exitosas, pero que no se podían copiar sin más en el Chile de 1970. Quiero decir, el mundo gira continuamente, la gente no permanece en una inercia sin fin. Era estúpido, y lo dije; y eso no me hizo muy popular. De todas maneras, me sorprendió la cantidad de votos que obtuvo Alessandri.

Yo estaba consciente del enorme atractivo que tenía en el país la figura paternal de Alessandri. Y a pesar del odio que había hacia los demócratas cristianos, predijimos que Tomic lograría el 27% de los votos, que fue aproximadamente lo que obtuvo. Yo estaba atónito por la exactitud de la predicción. Había un gran odio entre, por un lado, los nacionales-liberales, a los que habría que agregar algunos “radicales”, y por otro lado los demócratas cristianos. Esto fue algo que entendí el primer mes que estuve acá, lo que me produjo una gran desazón y me llevó a la conclusión de que no podía haber una dinastía demócrata cristiana. Teníamos, entonces, un gran problema debido a los compromisos de los Kennedy con el partido [Demócrata Cristiano]. No iba a funcionar; teníamos un problema terrible.

...Dicho sea de paso, a los embajadores norteamericanos se les pagaba —no sé si continúa siendo así, era así entonces— para que otras preocupaciones no llegasen a desviar la atención del Presidente de Estados Unidos de los asuntos de Rusia, de Europa, de Asia, del Medio Oriente y de los asuntos de política interna. Todo el resto no debía perturbar al presidente o a sus consejeros, a menos que se tratara de algo sumamente importante. No era posible que sucediera lo que me preguntaba el Presidente Frei: “¿Cómo manejan todo este asunto? El Presidente de Estados Unidos tiene demasiadas cosas que hacer, ¿cómo las hace?” Le respondí: “No las hace”.

—Entonces, ¿ni Alessandri ni Tomic obtuvieron dinero de Estados Unidos en la campaña de 1970?

—Ni un centavo.

—*¿Todo el dinero era para el anticomunismo?*

—Para la “campaña del terror”.

—Alessandri no obtuvo dinero del gobierno norteamericano, pero sí lo recibió de sectores privados norteamericanos...

—Es cierto, recibió dinero de compañías como la ITT, por ejemplo...

Ahora, el asunto era bastante complicado en este caso. Algunas cosas, en verdad, son más apropiadas para John Le Carré que para un embajador de Estados Unidos. A comienzos de 1968 supe que un joven y ambicioso norteamericano, cuyo nombre era Peter Jones, estaba aquí como empleado de la Grace, para vender los activos que tenía la compañía en Chile.

Posteriormente Jones fue trasladado a la ITT en Argentina en 1970. Entonces recibí una carta de él en la que me sugería que cierto hombre que había estado envuelto en 1964 con empresarios chilenos debería volver —según sus palabras— para que [me] “ayudara en la situación de 1970”. Dije que no, que no lo quería. Después supe que llegó este latinoamericano con conexiones con la CIA. No quiso verme.

Después vinieron dos representantes de la ITT, Barellez y Hendrix, que estaban recomendados por nuestro Departamento de Estado. Uno de ellos había trabajado conmigo en la agencia de noticias AP, al otro no lo conocía, aunque quizás me lo haya topado alguna vez. Les dije: “Este hombre de ustedes en Buenos Aires [Peter Jones] está tratando de intervenir en las elecciones. No lo quiero”. Yo no sabía que Barellez y Hendrix querían que Jones fuera alejado de la compañía. Enviaron un mensaje a su compañía señalando que yo había sido informado acerca de Jones. Éste me escribió, pidiendo que “quemara la carta”. Dije que ellos ya lo habían hecho, pero la guardé. Llamé a los hombres de la ITT y les dije: “No los quiero ver más en esta embajada, porque no puedo confiar en ustedes como seres humanos normales. Cuando les hablé sobre esto, les dije que no informaran a la compañía. No quiero arruinar la carrera de nadie. Sólo pretendía que Jones no estuviera aquí, y quería que ustedes se lo dijeran”.

Por eso, cuando ustedes leen los cables de la ITT, verán que al comienzo eran muy favorables hacia mí. Pero luego llegarían a decir cosas muy terribles, y aquí le explico el motivo: los eché de la embajada y di instrucciones a todo el mundo de que no quería tener nada más que ver con ellos. De modo que no se trataba de un asunto de alta política gubernamental, sino de Peter Jones, que era muy conocido en círculos empresariales chilenos.

—Se dice que todo el problema antes y después del 4 de septiembre de 1970 se habría debido a que Washington no lo escuchó a usted. Era la campaña de Track II, la idea de incentivar a oficiales de las Fuerzas Armadas para que impidieran, por vías semiconstitucionales o inconstitucionales, la asunción de Allende al poder. Fue llevada a cabo por Henry Hecksher, el jefe de la CIA en Santiago, quien también habría distribuido el dinero de la campaña. ¿Hablaba usted de esto con el Presidente Nixon?

Usted ha sostenido después que Track II se hizo a sus espaldas —como lo ha repetido hace poco rato—, lo que sugiere que fue una instrucción de Richard Nixon.

—Nixon estaba seguro de que yo iría donde el Presidente Frei, le sacudiría el brazo y le diría: “Usted debe mandar a los militares, o tiene que hacer algo con Jorge Alessandri y arreglar este proceso [constitucional] complicado”. No me preocupé de si pensaba que yo lo haría o no; de hecho, por medio de los cables lo reforcé en la creencia de que lo haría. Cuando descubrió que no lo había hecho se puso furioso, y ya el juego estaba muy avanzado. El asunto era que yo había dicho repetidamente que el Presidente Frei era el único responsable. Nadie más.

Cuando los militares, los generales, por medio del agregado militar, coronel Wimert, me enviaron un mensaje oral, preguntándome qué es lo que yo haría después del triunfo de Allende, que les dijera algo, yo les respondí con un solo párrafo escrito, con instrucciones a Wimert de que se los leyera y no se los dejara. Dije: “Nosotros, como ustedes, creemos en la democracia, y por ello creemos que ustedes deben seguir a su líder constitucional”.

En Washington descubrieron lo que había sucedido, porque Wimert, como agregado militar, trabajaba muy de cerca con la CIA, y se los contó, lo que era muy natural. La CIA se dio cuenta de que yo no iba a hacer lo que les había dicho que haría, y hubo una explosión. Cuando Henry Hecksher comenzó a gritarme lo detuve en seco y le dije: “Tiene 24 horas ya sea para entender que yo lo mando a usted, o para dejar el país”. Como yo había echado al jefe de estación de la CIA en Etiopía, él sabía de lo que yo era capaz.

Lo que hizo entonces fue ocultarme las cosas, pero al hacerlo despertó mis sospechas, porque yo sabía que no me estaban contando las cosas que debía saber. Entonces le informé al gobierno de Frei que Arturo Marshall y otros del movimiento Patria y Libertad estaban complotando contra la vida de Allende. Lo supe también por chilenos que estaban vinculados con empresas norteamericanas y cuyos hijos estaban en Patria y Libertad. Entonces les dije a todos: “Les diré a las empresas norteamericanas que ustedes están comprometidos en esto; que están dejando que sus hijos hagan esto, así que deben abandonar inmediatamente este asunto”.

Yo estaba muy preocupado de que se fuera a atentar contra la vida de Allende. Me preocupaba proteger a Estados Unidos de las repercusiones que podía acarrear. ¿A quién se culparía? ¿Piensan ustedes que el gran Partido Comunista de Corvalán culparía a un chileno por este acto?

—¿Usted no conversó con el Presidente Frei en septiembre u octubre de 1970 sobre Track I, sobre la idea de elegir a Alessandri en el Congreso Pleno, para que después éste renunciara y hubiera una nueva elección a dos bandas?

—No, no.

—Porque todos los informes de la Comisión Church coinciden en que hubo conversaciones entre la embajada de Estados Unidos y el Presidente Frei...

—No hubo ni una sola palabra.

—¿Es falso, entonces?

—La única vez que el Presidente Frei se refirió a la elección fue en su casa de descanso en Viña del Mar. Repentinamente recibí una llamada telefónica de su parte, diciéndome que quería tener una reunión con John Richardson, Secretario de Estado Adjunto para asuntos educacionales y culturales, que asistiría a una reunión de la OEA, o un tipo de evento como éste, en Valparaíso. Llegué después que los dos ya llevaban reunidos unos 15 minutos. Tomé apuntes de toda la reunión. Entonces fue cuando el Presidente Frei le pidió al señor Richardson, que volvía a Washington: “¿Puede usted transmitir un mensaje personal al Presidente Nixon?” Richardson dijo que sí, que lo podía hacer. Y vino el mensaje: “Las probabilidades son de cincuenta a uno de que la presidencia de Allende significará en Chile un gobierno como el que hay en Cuba”. Yo estaba traduciendo, créanme o no, para el señor Richardson, e intervine al instante: “¿Usted, por medio de este mensaje, está solicitando a Estados Unidos algún tipo de acción?” Porque era como hacer señales con una bandera roja.

Y escribí en mi cable a Washington que el Presidente Frei, al enviar este mensaje, quería que nosotros tomáramos esa decisión, y que yo estaba ciento por ciento en contra de ello. Por eso le pregunté al Presidente Frei, y así lo puse en el cable: “¿Quiere usted que Estados Unidos haga algo específico?” Respondió: “No, nada, excepto propaganda”. Mandé el cable a Washington resumiendo toda la conversación, dirigiéndolo a Nixon, a Kissinger y a todos los demás. Así fueron las cosas. Entonces la Casa Blanca y Kissinger decidieron usar a la CIA y proseguir con una intriga de tipo caribeña.

—Una vez que ganó Allende la elección, entonces, usted pensaba que la persona responsable de tomar las decisiones debía ser el Presidente Frei, y que Estados Unidos debía hacerlo responsable a él...

—Correcto.

—Usted mencionó recién que también tenía contacto con los militares.

—Contactos no precisamente. Como les dije, el agregado militar, el coronel Wimert, me vino a ver para decirme que algunos militares chilenos, en su condición de defensores de la democracia, querían preguntarme cuál era el mensaje que Estados Unidos les enviaba. Schlaudeman y yo redactamos un párrafo muy cuidadosamente, en el cual se decía que nosotros éramos decididos defensores de la democracia, y añadíamos que los militares profesionales debían seguir y obedecer a su líder constitucional.

Hubo otra cosa interesante, el famoso “no les daremos nada” (“*nuts and bolts*”). Un ministro chileno, actuando con plena autoridad del Presidente Frei, vino a discutir la situación conmigo. Me dijo que quería poder decirles a los militares que no obtendrían ni un tornillo si Allende era electo. Quería que yo le confirmara de que así sería, para poder decírselo a ellos. Le respondí: “Sí, porque yo pienso que no habrá ni un tornillo”. Así fue como pasó.

—¿Dijo usted en esa época [septiembre de 1970] que los militares chilenos eran incapaces de dar un golpe?

—Dije que eran...

—...soldaditos de juguete.

—Correcto. Estaba tratando de persuadir a la Casa Blanca de Nixon de que no se dejara envolver en este asunto... Y uno se desespera por encontrar el tipo de argumento adecuado para disuadir a alguien de autoinfligirse una herida estúpida.

—¿Escuchó el rumor, que no fue más que eso, pero que se repetía insistentemente, de que el Presidente Frei quería ser derrocado para, de ese modo, poder reelegirse más adelante?

—Escuché ese rumor. Pero no existe ninguna base para afirmarlo. Por supuesto, él nunca me lo insinué.

—En esos días [septiembre de 1970] usted estaba de acuerdo con el jefe de la estación de la CIA en Santiago [Hecksher], porque él informaba a Washington que era imposible organizar un golpe.

—Correcto... Me parece que en la época de las investigaciones de la Comisión Church, en todo caso después de la caída de Allende —no recuerdo la fecha exacta—, fui a la CIA para obtener información sobre lo que realmente había pasado en Chile, porque yo podría haber jurado que había detenido los intentos de golpe. Fui entonces a la oficina de Colby, al que nunca había visto antes, y quien sólo me había escrito una carta en la época de las investigaciones del Congreso de Estados Unidos acerca de la ITT [1972-1973], en la que decía que yo me encontraba bajo *executive privilege* y que no tenía, por lo tanto, que testificar. Cuando entré a la oficina, Colby estaba con el reemplazante de Hecksher, Ray Warren. Colby

me dijo entonces lo que ya Kissinger me había dicho, “que si hubiéramos gastado el dinero en Alessandri, esto no habría sucedido”. Respondí que “eso era absurdo, porque Alessandri tenía mucho dinero disponible y que ése no había sido el problema”. Warren añadió: “El embajador tiene razón; no tuvo nada que ver con dinero”.

Así se formó este mito, con Kissinger y Colby, de que todo esto se debía a que el Departamento de Estado había bloqueado el dinero para la campaña de Alessandri, un mito que tuvo mucha fuerza en niveles altos del gobierno [norteamericano]. Pero la verdad es que no tuvo nada que ver con dinero. La razón era, y en esto Hecksher concordaba completamente conmigo, que no había posibilidad de que los militares chilenos intervinieran, a menos que sobreviniera un grave quiebre del orden en Chile, o una grave crisis nacional, o que Frei le dijera a Schneider, “¡Hágalo!” Todo esto, lo decía yo constantemente, era muy improbable. Frei quería que nosotros asumiéramos la responsabilidad, y yo le habría respondido: “No, gracias. No asumo la responsabilidad por su país”.

—*¿Tiene usted todavía la impresión de que Frei quería que la embajada tomara la iniciativa?*

—Bueno, si usted es el presidente y manda llamar a Viña del Mar a un visitante como el Secretario de Estado Adjunto, y le dice: “Quiero enviarle un mensaje personal al Presidente de los Estados Unidos”, y el Presidente es Nixon, y el mensaje es que “hay probabilidades de cincuenta a uno de que Chile va a ser otra Cuba”, ¿cuál piensa usted que es el propósito del mensaje? Por esto yo repliqué de inmediato: “¿Está usted pidiendo que Estados Unidos emprenda alguna acción específica?” Después de una larga pausa, respondió: “No, nada excepto propaganda”.

Yo quería escribir en el cable que él decía “no”, ya que este cable iría al Pentágono, a la CIA, a la Casa Blanca, al Departamento de Estado y a muchos más; porque quería dejar testimonio en los archivos que él quería —como lo dije en otro cable— que nosotros hiciéramos el trabajo sucio. Ésa fue la expresión que usé.

—*¿Qué quiere usted decir con esto? Porque en esos días la idea era elegir a Alessandri en el Congreso y que después renunciara, por lo que se tendría que convocar a otras elecciones en las que Frei, se suponía, sería electo.*

—Correcto. Y yo dije: “No tengo problema con eso. Si los chilenos quieren hacerlo, está bien, estupendo”. Yo estaba por esa solución si así lo decidían los chilenos. Nosotros no lo haríamos. No quería que norteamericanos pagaran con sus vidas o con daños a su propiedad como resultado de que algo sucediera aquí. Porque si algo pasaba, ya sea lo de Schneider o cualquier otra cosa, se nos acusaría a nosotros.

—¿Qué tipo de trabajo sucio cree usted que se hubiera propuesto alguien?

—Exactamente el tipo de cosas —aunque no específicamente las mismas acciones— a las que la Casa Blanca de Nixon estaba acostumbrada.

—¿Usted piensa que era el tipo de cosas que Frei quería que se hicieran?

—No lo sé. Pero él no quería responsabilizarse de nada que llegase a pasar. Quería que otros se hicieran cargo del problema.

—Cuando Kissinger tenía la impresión de que se debería haber gastado más dinero en la campaña de Alessandri, ¿quería también decir que Tomic debió haber recibido dinero?

—No, no. Como ya lo dije, en la primera semana en la Casa Blanca Nixon tachó el nombre del Presidente Frei como visita oficial a Washington para ese año. Específicamente se le dijo al Secretario de Estado y al Secretario de Estado Adjunto que a la administración Nixon no le gustaban ni la Democracia Cristiana ni el Presidente Frei. Me encontré con esta noticia en una carta privada que me envió el funcionario del Departamento de Estado responsable de los asuntos chilenos y de otras partes, donde me decía que “esto ha sucedido, y usted debe estar consciente”. Me pidió quemar la carta.

—En los meses de septiembre y octubre de 1970, ¿le dijo algo a usted el canciller Gabriel Valdés, le hizo alguna alusión?

—Tal como lo informé en un cable oficial de 1970, él me había comentado en forma disgustada que Estados Unidos (“usted”) no estaba dando apoyo financiero a la Democracia Cristiana para la campaña presidencial.

—Quisiera referirme ahora a un punto que siempre se menciona cuando se habla de las relaciones entre Chile y Estados Unidos en la época de Allende. Es el financiamiento a la oposición en la época de la Unidad Popular. Todas las fuentes coinciden en que el Comité 40 aprobó alrededor de seis y medio millones de dólares. Los primeros recursos se recibieron a fines de 1970. Usted alcanzó a estar como ocho o nueve meses en la embajada, cuando el programa comenzó a financiar a diarios y radios de la oposición, a los partidos de oposición y a algunos gremios, por medio de los partidos. Y se mantuvo la ayuda a las Fuerzas Armadas, lo que fue una señal de que Estados Unidos no quería romper con los militares.

—En cuanto a los militares, no estaban en mi propuesta. Pero todos los demás, sí. Propuse, más bien urgí, apoyar todas las posibilidades que

contribuyeran a mantener con vida a la oposición durante el período de la Unidad Popular. Se trataba de ayudar a la radio, a la prensa —la televisión estaba de todos modos en las manos de Allende— y de apoyo político, de modo que pudiesen sobrevivir estos años. El Comité 40 siguió esta pauta.

—*¿Cómo se decidió el reparto del dinero? ¿Usted conversaba con los chilenos sobre cuánto necesitaban, o era algo conducido independientemente por la CIA?*

—Una decisión como ésta se toma enteramente en Washington. No tuve ninguna participación. Se suponía que yo dejaría el cargo en noviembre o diciembre de 1970 y mi sucesor —el embajador Davis— ya estaba seleccionado, por lo que en ningún caso habría sido consultado yo.

Sin embargo, me quedé un año más. Si se me mantuvo aquí hasta octubre de 1971, se debió a que el Departamento de Estado consideró que la negociación con la Cerro Corporation era un milagro⁷. Recuerdo que el Subsecretario de Estado subrogante me llamó por teléfono a mediados de 1971, por línea abierta (de modo que fue escuchado por la mitad de los comunistas y socialistas). “Ed —me dijo—, has hecho otro milagro, te felicito”. Respondí: “Por Dios, ésta es una línea abierta y no se ha firmado nada”. El Presidente Allende me había invitado a la firma del acuerdo, pero yo le dije que era un asunto “entre él y las compañías del cobre” (a pesar de que él me daba el mérito de la negociación). Luego, 15 minutos antes de la ceremonia, dijo que había tenido que cancelar la ceremonia por un pequeño problema en su “gallinero”. Informé entonces a Washington que el “gallo” era Altamirano.

En fin, me quedé un año más para sorpresa de mi sucesor, que estaba esperando venir. Y para sorpresa del Secretario de Estado, Rogers, que había decidido que yo era un hombre de Kissinger. Rogers mandó entonces a un embajador, John Jova, a inspeccionar. Éste recorrió Santiago en el invierno de 1970 diciendo que “el embajador va a ser echado, no le hago caso a lo que le diga”. La gente me llamaba y me preguntaba: “¿Usted sabe lo que está pasando?” ¡Y él estaba alojando en mi casa! No le dije nada. Pero mi esposa, que es muy irlandesa, lo confrontó y le lanzó todo. Yo estaba muy molesto con mi esposa por haber sido tan poco diplomática con él. Hova, sin embargo, le mandó un centenar de rosas al día siguiente.

Por esto, en todo caso, nadie me hubiera consultado acerca del dinero. Nadie. Pero yo sabía a quiénes había recomendado, aunque no las cantidades específicas. Pero no había que ser un genio para entender de qué

⁷ Era la única empresa cuprífera nacionalizada que, de acuerdo con la reforma constitucional, no tenía “rentabilidades excesivas” y que en 1971 recibió 18 millones de dólares en indemnización. [N. del E.]

se trataba todo esto: las sumas más grandes irían obviamente al diario más grande. Era un asunto vital, y estoy contento porque fue un buen programa.

—¿Tuvo reuniones periódicas con la gente del principal diario de Chile?

—No. Mis reuniones con cualquiera de *El Mercurio*, de cualquier nivel, eran muy raras.

—*En relación con el documento que usted nos entregó, “Fidelismo sin Fidel”, de agosto de 1970, se ve muy claro que usted se daba cuenta de lo débil que sería una oposición a un gobierno de Allende, y la estrategia que se debería seguir.*

—Una y otra vez le envié ese informe a Davis... En un comienzo me había resistido a despacharlo, debido a la atmósfera política en Washington. Me había dado cuenta, después de una visita que hice a Washington, de que mis cables eran compartidos con la embajada de Chile y con la oposición más violenta a la embajada de Chile. La clasificación con que se despachaban los documentos no hacía ninguna diferencia. Todos comentaban en Washington: “¿Sabe lo que [Korry] está diciendo...?” Por eso traté de retener ese informe lo más posible, ya que sabía los problemas que iban a suscitarse.

—*De los aproximadamente seis millones de dólares destinados por Estados Unidos para financiar a la oposición a Allende, un millón y medio fueron para El Mercurio; el resto se dividió entre los partidos políticos y los gremios, entre ellos los camioneros, que estaban en huelga. ¿Puede decirnos algo más? ¿Cuándo comenzó esta ayuda?*

—Cuando yo estaba aquí el dinero no iba a los camioneros. Le recuerdo lo que le dije: un embajador no quiere conocer los detalles. Además yo estaba en el primer lugar de la lista para ser asesinado; Edmundo Pérez Zujovic estaba en el segundo lugar. En América Latina los embajadores norteamericanos eran secuestrados con frecuencia. Por ello, lo último que yo quería saber eran los detalles de cada asunto.

Todo lo que hice fue insistir en que se debía mantener funcionando a *El Mercurio*, sin saber lo que costaría. Gente más entendida que yo tendría que tomar la decisión. Tenía que haber estaciones de radio, tenía que darse apoyo a los partidos políticos. Ésa fue toda mi intervención. No seguí el asunto ni nunca pregunté nada. No se me ocurrió.

—*La izquierda ha interpretado todo eso como una acción de desestabilización para provocar un golpe de Estado. Dicho sea de paso, ésta habría sido una política análoga a la que el gobierno norteamericano siguió en los años ochenta al financiar a la oposición democrática al gobierno militar.*

—No se trataba de eso. Hasta 1974, jamás escuché hablar de “desestabilización”. Bajo juramento, Harry Schlaudeman también dijo no haber oído la palabra .

Esta política estaba pensada para mantener con vida a un núcleo democrático, para que los chilenos tuviesen una oportunidad de escoger, como lo redacté en mi informe de contingencia “Fidelismo sin Fidel”⁸. No hicimos nada que no hubiésemos anticipado; con pequeños cambios aquí o allá, el nombre del juego era mantener viva a la democracia. Ahora, si alguien quiere decir que mantener con vida a una oposición democrática es desestabilización, que lo diga. Si insistían en que Allende era un demócrata, entonces, ¿por qué no permitir que existiera una oposición democrática?

Lo importante era qué estaba haciendo Allende para eliminar a la oposición democrática.

—*La palabra “desestabilización” fue usada por el representante Harrington en las audiencias de la Comisión Church...*

—¿Harrington? Pero Harrington era muy próximo a la familia Kennedy en Massachusetts.

—*Hay ciertos indicios en el Informe de la Comisión Church de que usted vio la posibilidad de llegar a un acuerdo con Allende...*

—Así como en 1968-1969 yo creía que el cobre era una vía muy importante para resolver nuestros problemas, para dar a Chile más independencia, para cambiar las relaciones, para proporcionarles a las Fuerzas Armadas el crédito que no podrían obtener de los Estados Unidos, del mismo modo yo creía que era posible llegar a un *modus vivendi* con Allende mediante el cobre. Lo que finalmente le ofrecí, después que no se había logrado firmar un acuerdo, fue elevar el grado de la propuesta. Cuando se los conté a los embajadores de Europa Occidental en una reunión, todos, excepto uno, dijeron “no la puede rechazar, la va aceptar”. El único que no participó de esa opinión fue el embajador francés, uno de los mejores diplomáticos de Francia, muy próximo a De Gaulle.

—*¿Por qué mantuvo Estados Unidos conversaciones con el gobierno de Allende, a pesar de la general animosidad que había?*

—Cuando uno está en una situación como ésa, la única alternativa es mantener las conversaciones como si el tiempo se hubiera detenido. Es lo mismo que pasa en cualquier tipo de negociaciones cuando se llega a una *impasse*. De joven yo había estado en ese tipo de situaciones. Si se está en una posición débil, uno no quiere cometer un suicidio y tampoco se quiere rendir. Se mantienen las conversaciones, y eso fue lo que hice entonces.

⁸ Véase el documento en “Chile en los archivos de Estados Unidos”, *supra*. [N. del E.]

—Embajador, me gustaría que nos expresara francamente sus opiniones acerca de nuestro sistema político. Hemos afirmado siempre, quizás con cierta soberbia, que nuestros políticos no eran tan corruptos como en otras partes. ¿Cómo lo vio usted en la época en que estuvo aquí? ¿Iba a manos corruptas el dinero que el gobierno norteamericano entregaba?

—El sistema político norteamericano tampoco ha estado exento de eso, no más que otros países. Por eso hay que aclarar: ¿comparado con qué? Es como el asunto de su esposa, ¿comparada con quién?⁹ Usted sabe, una cosa es el asunto mirado desde un punto de vista utópico. En términos de las realidades prácticas, la respuesta es no. Usted debe entender que aquí estaban comprometidos profundos sentimientos ideológicos, y fondos para apoyar a esos profundos sentimientos ideológicos, ya sea anticomunistas o “comunitaristas” [en castellano] u otros. En el interior de la mente de un político eso no es un soborno, no es corrupción; se trata de una contribución a una causa justa.

—Me refiero a si el dinero iba a sus bolsillos.

—Estoy haciendo una distinción. Los peores casos de corrupción ocurrieron durante el gobierno de Allende, cuando se pagaron grandes cantidades a intermediarios de todo tipo. La mayoría de éstos no eran ni socialistas ni comunistas, sino que gente de la derecha y del centro que tomaron grandes sumas de dinero para poder sobornar y organizar la “salida” [en castellano] de ciertas empresas que fueron nacionalizadas, y que lograron irse de Chile con su dinero.

Ahora bien, yo estaba consciente de eso, como otros lo estaban aquí. No era algo que yo hubiera aconsejado a las compañías norteamericanas, pero eran cosas que sucedían. Lo hacían generalmente por medio de abogados chilenos. No supe de ningún caso concreto de una empresa norteamericana. Por el contrario, cuando negociaba todas esas nacionalizaciones, antes de la “Gran Minería” [en castellano], las empresas norteamericanas eran muy puritanas en este tipo de cosas. Bethlehem, yo diría que por motivos ideológicos, al principio no quiso aceptar un trato con Allende. Prefirieron obtener el dinero del gobierno de Estados Unidos, del contribuyente, como seguro, antes que aceptarlo dentro de un acuerdo. Tuve que llamarlos repetidamente para convencerlos, hasta que al final aceptaron el dinero del gobierno de Allende. Les expliqué que para ellos era mejor recibir el dinero del gobierno [de Allende] antes que del contribuyente [norteamericano].

En lugares como Liberia, o donde estuvieran, en Asia, en todo el mundo, si hacían un trato con Allende aparecería más aceptable. Pero si

⁹ Aludiendo a un conocido chiste en Estados Unidos en el que se pregunta: “¿Cómo está tu señora?”, y el marido responde “¿Comparada con quién?” [N. del E.]

recibían el dinero de parte del gobierno de Estados Unidos, el Congreso o la gente dirían que estaba mal que el contribuyente tuviera que pagar. Por eso, desde su punto de vista, les decía, era más conveniente el dinero de Allende que el nuestro.

—*Éstos eran los años del gobierno militar argentino. ¿Vio usted algunos roces entre los gobiernos de Argentina y de Chile? ¿Se alarmó, pensaba que eran importantes?*

—El gobierno argentino en 1970 y 1971, como los otros gobiernos latinoamericanos, estaba muy alarmado con la presidencia de Allende. Sabían que esto podía llegar a ser un punto focal a lo largo de toda América Latina para que algunos intentaran hacer lo que el Che Guevara había comenzado, y completarlo, y que Argentina iba a ser un lugar, que Brasil podía ser otro. Creo que el Ministro de Relaciones Exteriores de Allende trató de arreglar este asunto, como una de sus primeras medidas al asumir su cargo. Trató de convencerlos de que Chile no representaba ninguna amenaza, que no se iba a fomentar ninguna actividad revolucionaria ni a interferir en sus países.

—*Volviendo a las negociaciones con Allende, podría decirnos algo más...*

—Allende trató de revivir las negociaciones con las compañías. Elaboré una propuesta, según la cual si el gobierno chileno pagaba la indemnización, el gobierno norteamericano respaldaría los bonos chilenos. Esto permitiría a las compañías presentarlos como pagarés al Tesoro en Estados Unidos, el que los aceptaría y los suscribiría, de modo que el gobierno norteamericano asumiría la deuda. La Anaconda y la Kennecott podrían salir con sus documentos y venderlos a un banco, con descuento, y obtener dinero contante y sonante. Así, estas compañías saldrían del escenario, y nosotros no tendríamos que pagar el seguro. La deuda de Allende sería con el gobierno de Estados Unidos, no con la Anaconda u otra compañía privada.

La manera específica de hacerlo era pagar con bonos chilenos —que no tenían valor—, a 15 y 20 años, al interés más bajo posible, esto es, el más bajo de Estados Unidos, que es el del Export-Import Bank. Como dije, entonces conseguiría que la Secretaría del Tesoro diera todo su apoyo y crédito a estos documentos carentes de valor. Éstos serían dados por la compañía al Manhattan o a cualquier otro banco, bajo la garantía de un descuento de tres o cuatro por ciento, y recibirían toda la cantidad en efectivo. Tendrían así un buen trato. Allende debería pagarnos cada seis meses al interés más bajo posible y el gobierno norteamericano asumiría la deuda. Sería como los bonos Brady.

Todo esto lo hice sin la autorización de Estados Unidos. Una vez que propuse esta solución, logré el apoyo de Estados Unidos. Se lo dije a Almeyda y a Allende, de modo que no les mentía, sino que fui claro al señalar que la negociación era de mi responsabilidad.

—*Dentro de la Unidad Popular, ¿apoyó alguien esta idea?*

—Sí, pero está[n] todavía vivo[s], por lo que no puedo decir más. Lo que les puedo decir es que un ministro socialista me llamó por teléfono desde una cabina pública, identificándose de una manera que supe quién era. Me dijo que si yo no lograba este acuerdo, se malograría toda la relación entre las dos partes, lo que sería muy malo para ambas. “¿Qué está sugiriendo?” le pregunté, “¿qué quiere que haga?” No sabía, sólo insistía en que yo hiciera algo. Pero ¿qué podía hacer?

—*¿Por qué razón, en su opinión, rechazó Allende el acuerdo sobre el cobre?*

—Hay tres razones. Una de ellas era Altamirano, el MAPU, etc. En segundo lugar, de acuerdo con el título del documento de agosto de 1970 (“Fidelismo sin Fidel”), Allende no sería un dictador con el poder suficiente como para decir “¡háganlo!” y las cosas se harían. Pero había una tercera razón, la más importante: Allende no entendía el problema. Desde el punto de vista de la economía moderna, era un analfabeto. Lo digo con mucha seriedad; no bromeo. Me di cuenta de que no entendía el uso moderno de la palabra “capital”; no entendía cuando yo trataba de referirme al “acceso al capital”... Había dos, tres, cinco generaciones de diferencia entre mi lenguaje y el suyo. Así, al explicarle el acceso a la tecnología, el acceso al capital, el acceso a los mercados, él no tenía dónde apoyarse. Es más, estaba seguro de que había descubierto la piedra mágica y, en su opinión, Chile gozaba en 1971 de una gran prosperidad. No podía entender de qué le estaba hablando. No podía imaginarse que la situación de 1971 se debía simplemente a la impresión de billetes. Allende no tenía idea de que esta prosperidad era falsa, de que los agricultores estaban descapitalizando el campo lo más rápido que podían —cuando le traté de explicar esto, ¡hum!—, ... y así otras cosas. Y por eso había estas tres razones.

Si usted lee mi testimonio, que fue puesto a disposición del público años después por el Subcomité de Asuntos Latinoamericanos de la Cámara de Representantes, dije que en Chile “no hay violaciones de los derechos humanos, no hay violaciones de los derechos civiles, pero hay un gran problema: la oferta de dinero (*money supply*) se ha incrementado en un ciento por ciento”.

Ustedes tienen que entender también cuál era el grado de alfabetismo económico del Congreso norteamericano: nadie preguntó algo al res-

pecto, y había unos veinticinco representantes en la sala. En 1971 no sabían lo que era la oferta de dinero —los premios Nobel en economía recién comenzaron a otorgarse a fines de los sesenta. Antes la economía no tenía reconocimiento. La economía no era un tema del agrado de los congresistas y si alguien hablaba de la oferta de dinero, ninguno entendía de qué se trataba. De todas maneras, al Congreso le gusta crear dinero. Querían saber sobre el “Enterprise”, sobre la ITT o sobre cualquier otra cosa, pero no sobre la oferta de dinero.

Entre paréntesis, debo decir que yo le había informado al embajador Basov, de la URSS, de la propuesta de acuerdo que le había hecho a Allende. Se lo expliqué cuidadosamente. Basov era un *apparatchik*, pero de importancia y muy competente. Le había explicado las ventajas que el acuerdo tendría tanto para Chile como para la Unión Soviética, porque no tendrían que gastar dinero.

Fue muy estúpido de parte de Allende, en cierto sentido, rechazar lo que constituía una fórmula extraordinaria de evitar un confrontación con Estados Unidos, que era lo mismo que los soviéticos le aconsejaban que hiciera. Los soviéticos no querían financiar una segunda Cuba. Querían que Chile fuera otra Cuba, pero de manera lenta, para no asumir los costos de mantenerla con vida. Le dijeron a Allende que “se entendiera con Estados Unidos”. Por muchas razones, los soviéticos decidieron en enero de 1973 que Allende estaba acabado, que era un fracaso.

—¿Qué habría pasado si Allende hubiera aceptado su proposición?

—Pienso que hubiera terminado la “Unidad” [en castellano], aunque podría haber seguido siendo “Popular” [en castellano]. Durante mi estadía en Chile pude confirmar que los soviéticos y los comunistas chilenos querían que Allende firmara [el acuerdo], ya que los primeros no querían incurrir en otro gasto enorme como en Cuba.

...Era un juego complicado, porque los soviéticos querían persuadir a los militares chilenos de aceptar un crédito militar de Estados Unidos para la compra de armamento. Hubo un período muy interesante durante el cual el general Prats iba a la embajada y decía: “Me están forzando a tomarlo [el crédito] de la URSS; mejor dénmelo ustedes”. Luego volvía donde los militares y les decía: “Estoy consiguiendo el crédito de parte de Estados Unidos”. Así se ejecutaba el juego. Un minuto. Revisaré mis apuntes. En agosto de 1971 Pickering va a Moscú, y con el apoyo de Allende les ofrece a las Fuerzas Armadas chilenas un crédito de 50 millones de dólares en material militar. Pickering urge al Ejército a aceptarlo, pero Prats se opone...

Ahora, lo más interesante es que a fines de 1972 el Partido Comunista de la Unión Soviética llegó a la conclusión de que esta causa iba por camino equivocado. Allende sabía antes de su viaje a Moscú (porque se lo había informado alguien que había ido a Moscú a preparar su visita) que no le darían más dinero. Déjenme revisar mis notas... Aquí tengo la cronología: Corvalán visita Moscú siguiendo las huellas del líder del Partido Socialista, Carlos Altamirano, quien fue acompañado por un miembro de la “directiva” [en castellano] del comunismo chileno. Cada uno de ellos se entrevista con Brezhnev y con Kosygin. Corvalán se entrevista con Kirilenko, a quien entonces se le consideraba en el puesto número dos de la jerarquía soviética, y con el que Corvalán había tratado durante muchos años. Allende fue a Moscú en diciembre, se entrevistó con Brezhnev y con todos los demás, y solicitó 500 millones de dólares. ¡Quinientos millones de dólares! Derechamente le dijeron que debía hacer las paces con el mundo capitalista.

Después que Allende regresó de Moscú —y estando yo de vuelta en Estados Unidos—, tuve una visita privada de alguien enviado por Allende, con la esperanza de revivir el acuerdo propuesto en 1971. El enviado de Allende me escuchó, pero no sé lo que hizo después. Más tarde, hacia mayo o junio de 1973 vino a verme nuevamente la misma persona, y llamé a Harry Schlaudeman, que entonces era Secretario de Estado Adjunto. Le dije: “Esto ha pasado, y a menos que tenga alguna idea diferente específica, usted debe negociar este asunto”. En ese momento comenzaron las negociaciones secretas entre la Unidad Popular y el gobierno de los Estados Unidos. También entre Allende y la Democracia Cristiana. Ésa es la historia.

—¿Diría usted que la política norteamericana consistía en alcanzar un acuerdo?

—Presumo que sí. Pienso que Harry Schlaudeman habría tratado de llegar a un acuerdo entre el imperialismo y la Unidad Popular. Habría sido el fin de la Unidad Popular, y se habría producido un realineamiento de los partidos, con fracciones de la Democracia Cristiana y fracciones de los socialistas. Sólo el Partido Comunista habría conservado su disciplina.

Probablemente la gente en Chile habría dado la bienvenida a algo como esto, porque se aproximaba una colisión. Les habría gustado a las Fuerzas Armadas, lo mismo que a Estados Unidos, aunque hubiera tenido un costo. Probablemente también habría habido algo de ayuda de Estados Unidos para que Chile se recuperase. Allende habría tenido que pagar un alto precio, porque habría tenido que desdecirse a sí mismo en muchas cosas, incluyendo lo del imperialismo, de Cuba, etc. No hay que olvidar

que Allende consideraba a Castro como su hermano mayor y modelo, por lo que trataría de no decepcionarlo.

Por lo tanto, era difícil que eso sucediera. Pero con seguridad era lo que quería el gobierno de Estados Unidos y lo que quería yo. Les he contado las cosas exactamente, paso a paso, con honestidad, fue él quien dijo que no.

...Alguien como Schlaudeman, un diplomático de categoría, podía entender extraordinariamente bien todo el juego. Quiero decir, las dos partes estaban bien representadas, y sabían que no era posible que Allende se saliera con la suya. Quizás Davis¹⁰ haya creído que era posible, pero no Schlaudemann y, por supuesto, no Kissinger. Porque estos dos veían lo fundamental. Cuando la vida de un hombre ha tenido un perfil determinado, no se puede esperar que haga una cosa así y siga siendo el mismo. Antes se mataría, y eso fue lo que hizo Allende.

—*Me asalta una duda. Para llegar a ese acuerdo Allende habría requerido de una enmienda constitucional, por el problema de las "rentabilidades excesivas" que habían sido fijadas en la nacionalización de 1971. Esto no les habría gustado a sus partidarios, y la oposición no habría querido hacerle las cosas fáciles.*

—Correcto.

—*Jorge Edwards ha dicho que Neruda era partidario de llegar a un acuerdo.*

—Estoy seguro de que así fue. A mi esposa le tocó tratar con Neruda. Le escribía encantadoras dedicatorias de sus libros. Era un hombre querible como ser humano; políticamente es otra cosa. Era muy razonable como intermediario.

—*Leyendo la prensa de la época, se ve que Frei era considerado por los diarios de izquierda, especialmente por la prensa del Partido Comunista, como el hombre de Washington en Chile. Se repetía lo mismo una y otra vez como parte de una campaña sistemática, sobre el dinero de la ITT, etc. Frei tuvo que pronunciar un discurso para defenderse. Sin embargo, usted sostiene que no era mirado amistosamente por Kissinger y Nixon.*

—Ése era Nixon. No tiene nada que ver con Kissinger. Éste se comportaba delante de Nixon como lo hubiera hecho un burócrata prusiano delante del káiser Guillermo II. Prácticamente golpeaba sus tacones, "¡Sí, señor!" Esto era asunto de Nixon.

—*Lo que trato de saber es si Frei seguía siendo considerado como una persona importante en Washington, y si es verdad que él estaba direc-*

¹⁰ Nathaniel Davis, embajador de Estados Unidos en Chile entre 1971 y 1973. Escribió sus memorias, *The Last two Years of Salvador Allende* (Ithaca, 1985). [N. del E.]

tamente vinculado con la política de Estados Unidos en los años de Allende.

—Los demócratas... No se debe olvidar que teníamos un Congreso demócrata, y este partido tenía una alta estima por Frei. Si usted hablaba con Hubert Humphrey, él le comentaba lo mucho que le gustaba Frei. Los Kennedy lo conocían. Todo el mundo alrededor de Lyndon Johnson y muchos senadores conocían a Frei, por lo que a cada paso, automáticamente, se le preguntaría su opinión.

—*¿Supo usted si hubo contacto entre los militares chilenos y el gobierno norteamericano antes del golpe, ya sea la CIA u otras agencias? ¿Esperaba un golpe la Casa Blanca; estaba informada acerca del golpe? ¿Por qué UNITAS ocurrió al mismo tiempo que el golpe?*¹¹

—No sé nada más que usted. Lo diré de la manera siguiente, aunque probablemente usted sepa más que yo, lo único que puedo decir es que el embajador Davis no habría actuado de la manera en que lo hacía si él hubiera sabido lo que iba a pasar, porque se desplazaba solo en medio de la ciudad. Si hubiera esperado un golpe, no lo hubiera hecho.

Pero todo el mundo esperaba que pasara algo, todo el mundo contenía el aliento en espera de algo. Pienso que Washington estaba seguro de que algo iba a pasar en algún momento.

—*El hecho de que las operaciones UNITAS ocurrieran al mismo tiempo, ¿qué significa?*

—Nada.

—*A mediados de 1973, en la Casa Blanca se sabía cómo estaba la situación en Chile y que los militares estaban organizando un levantamiento.*

—También sabían que los chinos y los soviéticos habían desechado el caso a comienzos de 1973. Era el fin, era sólo cosa de esperararlo. Allende mismo había cortado los lazos con Estados Unidos, con la mayoría de la Democracia Cristiana, con una pequeña parte del Partido Radical y con toda la oposición conservadora. Ahora dependía completamente de la Unión Soviética, pero ésta observaba cuidadosamente lo que iba a Cuba, y no podía llegar todo para acá. ¿Qué podía hacer? Las alternativas eran: hacer la paz con el mundo capitalista, como Moscú aconsejaba, o hacer la paz con la Democracia Cristiana y formar una “concertación” [en castellano].

¹¹ Las operaciones UNITAS se realizaban anualmente entre las armadas de Chile y un escuadrón naval de Estados Unidos. Estaban a punto de realizarse el 11 de septiembre de 1973, y los buques norteamericanos se encontraban cerca de las costas chilenas. Algunas interpretaciones críticas de la política de Estados Unidos las han puesto como prueba de una colusión de Washington con las Fuerzas Armadas chilenas. [N. del E.]

Éstas eran posibilidades teóricas. ¿Cómo podía Salvador Allende, si se ve por un momento su vida, decidir repentinamente a esas alturas hacer las paces con el imperialismo y con el mundo capitalista? Ya para entonces les había dicho a otros miembros de su gobierno, en una reunión formal, meses antes del golpe, que prefería morir luchando antes que ceder ante alguien.

—¿Tenía usted alguna idea acerca de lo que el Partido Comunista pensaba hacer en el último tiempo del gobierno de Allende?

—Nosotros sabíamos que los expertos soviéticos en asuntos cupríferos habían dicho a Moscú que Chuquicamata era una empresa norteamericana extraordinaria, y que se debería enviar técnicos de Chuquicamata a Rusia para ayudarlos. Al mismo tiempo emitieron un informe público afirmando que se trataba de una empresa horrenda y otras cosas por el estilo. Durante el tiempo en que estuve aquí, debo decir que teníamos excelente información acerca del Partido Comunista. Era información estupenda.

En cuanto a los últimos años de la Unidad Popular, solamente tengo una teoría. Para cualquiera que conozca la historia del marxismo-leninismo y del Partido Comunista de la URSS, era lógico que una vez que decidieron que el gobierno había “fracasado” y que Allende no tenía esperanza, llegarán a una conclusión realista. No me sorprendería que hubieran hecho algo para provocar un golpe militar, según la teoría de que si las cosas se presionan en un sentido, es más fácil volver. Es una táctica normal muy básica. Esto en primer lugar.

En segundo lugar, ya sea provocando un golpe o después de experimentar un golpe militar que ellos no provocaron, usarían la oportunidad para desembarazarse de los “izquierdistas” [en castellano] de la Unidad Popular que, a su juicio, eran responsables del fracaso. Apostaría a que sucedió una de estas dos cosas, aunque no puedo estar completamente seguro. Pienso, por ejemplo, que un estudio de lo que pasó en los seis meses antes y seis meses después del “golpe de Estado” [en castellano] daría una base para llegar a conclusiones tentativas. Ciertamente, el hecho de que Corvalán hubiese permanecido en el país sería absolutamente esencial para esta teoría. Para que el partido pueda sobrevivir como una fuerza al golpe, el líder debe permanecer junto a la tropa. Lo que me gustaría saber es a dónde fueron los otros y cuándo. No lo sé, es sólo una teoría. Diría, ¿quién pagó el precio después del golpe? Estoy seguro que fue el MIR o el MAPU u otro de la extrema izquierda, la gente que era más molesta. Yo sabía que lo habían hecho en otras partes, lo había presenciado.

—*Usted se ha mostrado crítico de la Comisión Church...*

—Fue deshonesto. Como dije en la conferencia, Chile simplemente fue algo para arrojar como “basura”, para deshacerse de todas las cosas sobre las que los políticos no quieren rendir cuentas: Vietnam, Watergate, Nixon.

Es la conclusión a la que he llegado. Si usted me dijera, “pruébelo”, no le podría aportar los detalles porque todo fue hecho por teléfono o en conversaciones privadas. Pero hubo un acuerdo con el director de la CIA, William Colby, quien inició todo esto por accidente. Él quería que cierto congresista afirmara que la CIA era algo grande y que le debían dar recursos. Entonces dijo que tenía a su crédito el golpe en Chile. Insinuó que eso era mérito suyo, sin pensar que sus palabras irían más allá de este hombre que era responsable de obtener dinero para la CIA. Así fue como comenzó. Después de eso, se convirtió en un naufragio en el cual cada uno trataba de salvar su pellejo.

Estuve con el Presidente Frei en el Hotel Waldorf-Astoria en Nueva York, hacia 1974/1975. Me llamó y me pidió que lo fuera a ver. Le pregunté: “¿Ha visto a Dungan?” Me respondió: “¿Ralph? Lo único que le interesa es salvar su pellejo, como todos los demás”. Eso es lo que me dijo Frei.

—*¿Dijo algo acerca del gobierno militar?*

—Me preguntó una cosa, y yo me equivoqué. Me preguntó si pensaba que los militares estarían en el poder por mucho tiempo. Le dije que no, porque no tenían una vocación por el poder político. Es la manera como lo dije, ya que usé la palabra en el sentido francés de *vocation*.

—*¿Y cuál fue la reacción de Frei? ¿Se acuerda?*

—Sí, me dijo que no estaba seguro de si eso era correcto. Son las dos cosas que me acuerdo de la reunión; no había nada que yo le pudiera decir a él. Le dije que estaba avergonzado por lo que sucedía en Washington, que esto era un asunto de la CIA y que a mí me molestaba mucho, que era indignante lo que le hacían a Chile.

Lo otro acerca de la Comisión Church es que toda la gente de la mayor jerarquía que era responsable por el informe acerca de la CIA en Chile [Informe de la Comisión Church], todos tenían alguna conexión con la CIA.

—*¿Por qué no se comentó o publicó algo de esto?*

—Porque se trataba de acuerdos *sub rosa*, de tipo contractual. Un año después del término del trabajo de la Comisión Church, el consejero legal de la Comisión que investigaba el caso de Chile, F. A. O. Schwartz, un estupendo abogado que se encontraba ahora en una de las mejores

oficinas legales de los Estados Unidos, la misma de Cyrus Vance¹², y a quien se le había contratado como asesor legal, dio un discurso en la Asociación de Abogados de Nueva York. El presidente de la Asociación era Cyrus Vance, y alguien me contó que se iba a hablar acerca del triunfo de la Comisión Church, así que fui. Eran todos abogados de Nueva York, cerca de ochenta o noventa personas. Fue una información de *The New York Times*. Llamé al *Times* y pregunté si querían un periodista.

Schwartz pronunció un discurso sobre cómo la Comisión Church había contribuido a elevar el nivel de moralidad en los Estados Unidos, en asuntos de asesinatos, de derechos civiles. Fue un buen discurso, razonable, sin detalles sobre Chile; más que nada trató otros aspectos, el FBI, la CIA, etc., mezclándolos con problemas sociales. Después hubo preguntas, y cuando terminaron me levanté —yo estaba atrás— y dije si podía hacer una pregunta. Yo no difería en nada de lo que él había dicho esa tarde, pero quería saber si él defendía mi exclusión de los *hearings*¹³. La persona a cargo de la reunión quizo llamarme al orden, pero él se levantó y dijo: “Embajador Korry, nosotros nos equivocamos. Usted debió ser convocado como testigo”.

Luego, al salir, me dijo: “Usted debe entender, no se trató de algo *ad hominem*”. Es decir, que no era algo personal en contra de mí y que yo no debía estar molesto. Al bajar las escaleras con él —lo conocía, ya que había estado en África— le dije, pero “¿se da cuenta del daño que le ha hecho a un país como Chile, a la historia y también a usted mismo, al haber sido parte de esto?” “Ah, pero todo este asunto..., usted tiene que comprender que ellos [los miembros de la Comisión] no tenían a Chile en mente; no tenía nada que ver con Chile. Nada. Usted sabe... Usted fue aplastado cuando los elefantes en Washington se enloquecieron y se estrellaban unos con otros”... Es triste, es difícil de explicar.

—*Desgraciadamente se nos ha ido el tiempo. Quedan muchas preguntas en nuestra mente. Agradecemos al embajador Korry por su colaboración que nos facilitará entender algo más este período álgido de nuestra historia. Muchas gracias.* □

¹² Cyrus Vance, Secretario de Estado en la presidencia de Jimmy Carter, entre 1977 y 1980, y que renunció a raíz del fallido intento de rescatar a los diplomáticos norteamericanos que estaban rehenes en Teherán. [N. del E.]

¹³ Véase nota 1. [N. del E.]

ALGUNOS ASPECTOS DE LA AYUDA FINANCIERA DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA URSS AL COMUNISMO CHILENO DURANTE LA GUERRA FRÍA*

Olga Uliánova y Eugenia Fediakova

En este trabajo se entregan antecedentes, hasta ahora desconocidos, sobre la ayuda financiera prestada por el Partido Comunista de la URSS (PCUS) a su homólogo chileno entre los años 1950 y 1973. En la investigación, las autoras lograron acceder a documentos reservados que revelan la existencia de “un vínculo orgánico y permanente” en materia financiera entre el Partido Comunista de Chile y el PC soviético. Aun cuando en el período examinado el PC chileno era una entidad con estructuras estables y contaba con una indiscutida base social propia y autónoma, esta ayuda económica permitía asegurar el funcionamiento orgánico y a largo plazo (pagar sueldos, arriendos, etc.) de una colectividad basada en cuadros de “revolucionarios profesionales”. Esta colaboración directa y regular al PC chileno, señalan las autoras, fue un factor de la política interna chilena: aseguraba la articulación y funcionamiento de una máquina partidis-

OLGA ULIÁNOVA. Ph. D. en Historia por la Universidad Lomonosov de Moscú. Investigadora del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago.

EUGENIA FEDIAKOVA. Ph. D. en Ciencias Políticas por el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de Rusia, Moscú. Investigadora del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago.

* El presente trabajo constituye un avance de investigación de los proyectos “Chile durante la guerra fría: Relaciones entre la Unión Soviética y los actores políticos chilenos (1953-1973)”, encargado por el CEP, y “Comintern e izquierda chilena: Impacto de un proyecto global en una cultura política nacional (1922-1953)”, patrocinado por FONDECYT.

ta y, al mismo tiempo, fomentaba en los militantes un sentido de pertenencia al movimiento global.

Las investigadoras, a su vez, pudieron acceder a algunas de las partes de los diarios de los embajadores soviéticos en Chile durante el período de la Unidad Popular, y fotocopiar informes sobre la situación chilena elaborados por politólogos soviéticos. Este material documental no sólo da cuenta de cuáles eran los interlocutores de la izquierda chilena con la URSS, sino también de las expectativas y percepciones de la izquierda chilena en relación con la URSS, y viceversa. Estos documentos, junto con fotocopias que acreditan los aportes en divisas de la URSS al Partido Comunista de Chile (firmados por L. Brezhnev, B. Ponomarev, M. Suslov, y otros miembros de la dirección soviética), se incluyen en “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*, en esta edición de *Estudios Públicos*.

El factor externo en los conflictos políticos nacionales durante el siglo XX

Ya pasaron algunos años desde que concluyera el llamado siglo XX corto, bautizado así por el historiador ruso Yuri Afanasiev y su conocido colega británico E. Hobsbawm. Ese período, comprendido entre la primera guerra mundial y la revolución rusa, por un lado, y el derrumbe de la Unión Soviética y su sistema de “socialismo real” por el otro, se vio a sí mismo como la lucha entre el comunismo y el capitalismo, donde la razón de ser de cada uno de los bandos se definía en términos de la contraposición con el otro a partir de determinados presupuestos ideológicos. Esta dicotomía ideológica, percibida por ambos bandos como la expresión sublime de la lucha entre el bien y el mal, atravesó tanto los procesos políticos internos de la mayor parte de los Estados del globo como el ordenamiento del sistema internacional. Como nunca antes en la historia, los procesos políticos internos, incluso en los países periféricos alejados de los escenarios de la toma de decisiones con implicancia global, se vieron estrechamente relacionados con la contienda ideológica a nivel internacional. Mesianismos y proselitismos políticos al margen de las fronteras nacionales, internacionales políticas de diversos colores y con distintos grados de cohesión, prácticas de apoyo a correligionarios políticos e ideológicos desde los centros de bloques ideológicos tanto a nivel mundial como regional, todo esto forma parte inalienable de la historia de la evolución del sistema mundial a lo largo de este turbulento siglo XX.

Chile no fue una excepción en este sentido. Tal vez en mayor grado que en los países vecinos, las expresiones políticas más relevantes de la historia chilena de este siglo guardaron relación con las principales corrien-

tes intelectuales de origen europeo en pugna a nivel mundial a lo largo del siglo. Los actores políticos y la sociedad civil chilena de la época de post-guerra partían del reconocimiento implícito o explícito de la importancia de los procesos políticos internos en cuanto escenario de la guerra fría.

En forma de presencia real y en el imaginario de la sociedad chilena, las fuerzas internacionales en pugna —el factor externo— tuvieron su importancia en la evolución política de Chile durante este siglo. En distintos momentos sus diversas expresiones han sido objeto de investigación política y/o estudio periodístico e historiográfico, partiendo con las audiencias del Congreso Norteamericano en los 70 sobre las operaciones encubiertas en Chile¹, hasta las recientes publicaciones de las pesquisas en los archivos norteamericanos y alemanes por una revista chilena². Uno de los temas más controvertidos y que concitó siempre mayor interés y especulaciones en este campo fue la ayuda financiera y material directa recibida por diversos actores políticos chilenos. Las publicaciones mencionadas, junto con apreciaciones de algunos actores relevantes después del cierre del período histórico en cuestión, han permitido formarse una idea acerca de las dimensiones reales, dinámica y estructura de la ayuda norteamericana a los actores políticos chilenos. Sin embargo, faltaba información fidedigna de la homóloga presencia soviética, cuya existencia era un secreto a voces, pero cuyas formas y dimensiones permanecían ignoradas y, por lo tanto, sometidas a profundas conjeturas. La reciente apertura de los archivos soviéticos ha hecho posible dilucidar en parte este controvertido tema.

Archivos de la ex URSS

Los documentos utilizados en este artículo provienen del Centro de Conservación y Estudio de los Documentos de Historia Contemporánea (siglas rusas RTsJIDNI) y del Centro de Conservación de la Documentación Contemporánea (TsJSD) que forman parte del sistema de archivos de la Federación Rusia. El primero de los recién nombrados es el ex archivo del Instituto del Marxismo-Leninismo del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (CC del PCUS) y guarda la documentación correspondiente al período que va desde la aparición de los primeros grupos socialistas en Rusia a mediados del siglo XIX hasta la muerte de Stalin en 1953. A este archivo fueron entregados para su conservación los archi-

¹ Informe de la Comisión del Congreso de EE UU (conocida como Comisión Church) que investigó las operaciones encubiertas de inteligencia norteamericana en Chile, *Covert Action in Chile* (Washington, D.C.: US Government Printing Office, 18 de diciembre de 1975).

² Revista *Qué Pasa*, suplementos 1997-1998.

vos de la Internacional Comunista (Comintern) tras su disolución en 1943. El segundo es el ex archivo de la documentación corriente del Comité Central del PC soviético, ubicado geográficamente en uno de los edificios que pertenecían al complejo del Comité Central. Éste reúne los documentos de la historia política soviética que reflejan la actividad diaria del CC del partido, así como los que se elevaban hacia este órgano directivo soviético por otras instituciones del país en el período 1953-1991.

Ambos archivos permanecieron absolutamente secretos e inaccesibles a los investigadores nacionales y extranjeros hasta principios de los años 90. En el ambiente de caos y vacío de poder originado por la crisis terminal de la URSS en la segunda mitad del año 1991 y comienzos de 1992, todos los archivos soviéticos fueron abiertos, momento aprovechado por investigadores y periodistas que sacaron las primeras publicaciones de gran impacto basadas en estos archivos.

Sin embargo, ya a fines de 1992, a medida que se institucionalizaba el nuevo gobierno de la Federación Rusa, la actividad archivística fue sometida a una regulación más estricta mediante disposiciones legales específicas y, guardando lealtad a las tradiciones burocráticas del país, disposiciones fácticas. La nueva ley de archivos estatales estableció un período de 30 años de reserva, después de los cuales todos los documentos pasan a ser públicos. No obstante, diversas instituciones, en primer lugar las relacionadas con la actividad exterior del país, reclamaron el derecho de aplicar la legislación a su criterio, argumentando intereses nacionales de Rusia. Es así que la mayoría de los documentos relacionados con la actividad del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS, del Departamento Internacional del Comité Central del Partido Comunista de la URSS y otros similares, fueron nuevamente “cerrados” para los investigadores.

Esta situación planteó un problema de credibilidad para las publicaciones que se basan en la apertura de 1991-1992. La renovada inaccesibilidad de los documentos utilizados permite tanto cuestionar su veracidad a los detractores, como eventualmente atentar contra la verdad histórica a ciertos escritores poco escrupulosos.

Éstas son las condiciones en las que tuvimos que comenzar nuestro trabajo por encargo del Centro de Estudios Públicos. Por un lado, revisamos detalladamente todos los documentos “abiertos” relacionados con los vínculos entre el PCUS (Partido Comunista de la URSS) y la izquierda chilena a lo largo de todo el “siglo XX corto”, rebuscando en el ex archivo del Instituto del Marxismo-Leninismo (RTsJIDNI) los documentos relacionados con el tema del presente artículo, entre numerosos papeles de diverso carácter referentes al período 1922-1953. Por otra parte, el núcleo central

de la base documental de este trabajo está constituido por los documentos pertenecientes a la colección 89 del ex archivo del CC (Comité Central) del PC soviético (TsJSD). Esta colección, formada por documentos provenientes de diversos fondos de conservación, fue compilada en 1992 para ser presentada en el proceso en contra del PCUS en la Corte Constitucional de la Federación Rusa. Una vez concluido el proceso, los documentos quedaron abiertos para los investigadores. Sin embargo, el resto de los archivos de la historia contemporánea rusa fue cerrado nuevamente. Como resultado de tres estadías de investigación en Moscú en el transcurso de 1997 y 1998, se logró, no obstante, acceder en forma excepcional a algunos documentos que dan cuenta de importantes elementos de las relaciones entre la izquierda chilena y la URSS, algunos de esos documentos se incluyen en “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*. Los fragmentos documentados de una historia aún secreta fueron complementados con entrevistas a los protagonistas soviéticos que accedieron a compartir sus recuerdos.

Política exterior soviética: Entre intereses del Estado e intereses de la Revolución

Para comprender la lógica de la ayuda soviética a los actores políticos chilenos y su lugar en la política exterior soviética es necesario tomar en consideración ciertos antecedentes.

En primer lugar, hay que destacar que desde el momento mismo de la Revolución de Octubre en 1917 y hasta los últimos días de la Unión Soviética a fines de 1991, la política exterior soviética se caracterizó por una ambigüedad proveniente de la combinación de consideraciones pragmáticas e ideológicas. Por un lado, se trataba de un Estado territorial, heredero del Imperio Ruso, que como tal debía construir sus relaciones internacionales con otros Estados territoriales existentes, independientemente de sus regímenes políticos y económicos; esta política en el lenguaje ideológico soviético se denominó de “co-existencia pacífica” y su peso real en la determinación del comportamiento internacional de la URSS fue creciendo constantemente a lo largo de su historia. Pero, por otro lado, la Unión Soviética no puede ser concebida al margen de su autopercepción mesiánica como “el primer Estado socialista en la Tierra”, “baluarte del socialismo” que se suponía iba a ser seguido por todos los pueblos del planeta. En el momento de la toma del poder, los bolcheviques percibieron su propia revolución como el preámbulo de la revolución europea y mundial, y si bien posteriormente fue aceptado el hecho de que otras naciones no seguirían inmediatamente a Rusia, el fomento de la “revolución mundial” fue planteado como uno de los objetivos prioritarios de la política

internacional soviética. Para su realización se crea en 1919 la Internacional Comunista (Comintern), destinada a crear, “educar” y apoyar a los partidos comunistas en todo el mundo en pro de la “revolución mundial”. La contradicción entre ambas orientaciones de la política internacional soviética no tardó en manifestarse. Por un lado, como Estado con sus intereses nacionales, la URSS aspiraba al establecimiento y desarrollo de las relaciones diplomáticas y comerciales con los gobiernos de los países “capitalistas”. Por otro lado, en pro de la revolución mundial, se fomentaban y se apoyaban las fuerza políticas que apostaban al derrocamiento, inicialmente siempre armado, de estos gobiernos.

Si bien la segunda de las líneas mencionadas comenzó a debilitarse con el tiempo, especialmente después de la disolución de la Internacional Comunista en 1943, las relaciones “prioritarias” y “especiales” del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) con los “partidos hermanos”, al margen de las relaciones interestatales, siguieron existiendo hasta la desaparición de la Unión Soviética. Cabe destacar que, a partir de mediados de los años 50 (tras el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, PCUS, donde se plantea la posibilidad de “transición al socialismo por la vía pacífica”), estas relaciones con los actores políticos subnacionales, en el caso de existir relaciones diplomáticas bilaterales de por medio, prioritariamente apoyan su acción dentro de los sistemas políticos existentes. Cuando no había relaciones diplomáticas con un país y el régimen político de éste era calificado de “dictadura” (con variables apellidos, desde “oligárquica” a “fascista”), las políticas soviéticas (tal vez con cierta añoranza cuasirromántica de los mitos fundacionales de la Revolución de Octubre) centraban su apoyo en las fuerzas políticas que propiciaban el derrocamiento del régimen en cuestión.

Acerca de las directrices, dinámica y prioridades de las relaciones interestatales formales de la Unión Soviética con diversos países del mundo existe una amplia bibliografía (más o menos cargada ideológicamente, y con mayor o menor consideración de la compleja relación entre las mencionadas dos líneas de la presencia internacional soviética). Nos centraremos en adelante en la segunda de ellas, es decir, en las relaciones de la URSS con los actores no-estatales dentro de los sistemas políticos nacionales de los países no-socialistas, y sobre todo en el mecanismo de su funcionamiento, aplicado al caso de las relaciones chileno-soviéticas.

Las relaciones entre el PCUS y los partidos comunistas extranjeros que formaban parte del llamado movimiento comunista durante el período analizado (los años 1950-1970) comprendían una dimensión político-ideológica que partía del hecho del reconocimiento implícito de objetivos finales comunes y del reconocimiento, por parte del partido hermano en cues-

ción, del liderazgo de la URSS y de su Partido Comunista y, por lo tanto, del apoyo que debía prestar a sus políticas ante la opinión pública nacional e internacional y la consideración que debía otorgar a la “experiencia” y “opiniones” soviéticas en la elaboración de su propia línea política. A su vez, la opinión del “partido hermano” era considerada en la formación de la imagen-país de la URSS, tanto para fines internos de la Unión Soviética como del movimiento comunista internacional, y también, hasta cierto punto, en la elaboración de las políticas soviéticas hacia ese país.

Por otro lado, esta unidad política e ideológica se apoyaba en un múltiple y eficiente apoyo material y financiero que entregaba el Partido Comunista de la Unión Soviética a los “partidos hermanos”. Este apoyo incluía tanto los aportes monetarios en divisa convertible (pese a sufrir la URSS una escasez constante de ella), como diversas políticas de cooperación cultural (divulgación de periódicos, revistas, libros, folletos, películas, exposiciones de fotos, etc., que publicitaban no tanto a la URSS como nación, sino al comunismo como idea y al “socialismo real” como experiencia) que se confundían con la labor de propaganda de los mencionados partidos, así como diversos sistemas de estímulos a los militantes y “amigos” de los partidos (viajes a la URSS en diversos programas de intercambio, vacaciones, tratamientos médicos, becas de estudios, etc.)

De esta ayuda material y financiera, sólo los aportes en efectivo y una parte de las invitaciones y becas provenían oficial y directamente desde el Comité Central del PCUS. El resto era administrado formalmente por sindicatos, organizaciones de jóvenes, mujeres, artistas, escritores, por institutos culturales, asociaciones de amistad, etc., siendo sus destinatarios los organismos homólogos vinculados con los partidos favorecidos. Recién en la época de Gorbachov estos organismos soviéticos comienzan a establecer sus contactos internacionales al margen de los “partidos hermanos”; antes de ello, incluso las invitaciones a personalidades públicas extranjeras se hacían exclusivamente con el consentimiento o por recomendación de los PC de sus países.

Dado que los costos de gran parte de esta cooperación se calculaban en rublos y en precios artificiales soviéticos (incluyendo viajes en aviones soviéticos, estadías en la URSS, producción de material propagandístico en las empresas soviéticas, regalos de equipamiento, etc.), es difícil expresar su valor en unidades de medición internacionales.

Uno de los pocos casos donde se puede operar con cifras exactas, por consiguiente, es la ayuda financiera directa. Esta forma de relaciones entre el PCUS y los partidos comunistas se remonta a la época de la fundación de la Internacional Comunista (Comintern) y durante su existencia se realizaba por sus canales.

El “oro de Moscú” en América Latina en la época de Comintern

Las experiencias más antiguas de la Internacional Comunista en América Latina datan del año 1918 y están relacionadas con la figura de M. Borodin (Gruzenberg). Se trata de uno de los fundadores del PC mexicano, un judío ruso que emigró a Estados Unidos en los años previos a 1917 y que fue enviado por la dirección bolchevique con una cierta cantidad de objetos de oro y piedras preciosas (supuestamente, de la familia Romanov) a fundar los primeros grupos comunistas en Estados Unidos (y de paso los funda en México)³. En los años 20, la ayuda financiera de Comintern llegaba hacia América del Sur, entre otras vías, por intermedio de “Yuzhamtorg”, empresa del comercio exterior soviético con sede en Montevideo, a cargo de I. Krivitski⁴. Las empresas de A. Hammer en Estados Unidos fueron uno de los canales para el traspaso de fondos al PC norteamericano y, a través de éste, a muchos partidos comunistas del hemisferio occidental.

Las primeras menciones de los aportes monetarios de Comintern a Chile se refieren a fines de los años 20 (gobierno de Ibáñez) y primera mitad de los años 30, siendo destinados a financiar la reorganización del PC y de la FOCh, edición de documentos, mantención de imprentas y de funcionarios del partido⁵. Los envíos no son regulares, sino destinados a objetivos específicos y por lo general relacionados con la presencia en el país de los agentes de Comintern. Los informes financieros semanales y bisemanales enviados por el Buró Sudamericano a Moscú a principios de los años 30 hablan de unos US\$ 400 a 500 destinados a Chile en ciertas ocasiones (las cifras de “ayudas” a los PC argentino y brasileño, considerados por Comintern como los PC más importantes en la región, por lo general triplican estas sumas). Para nuestro estudio actual, sin embargo, es importante destacar el surgimiento de un estilo, de una tradición en las vinculaciones internacionales de un actor político chileno⁶.

³ *International Newletters of History on Communism, Stalinism and Komintern*, N° 5-6, Colonia, 1995, p. 63.

⁴ G. Besedovski, *K termidoru [Hacia el termidor]* (1997), pp. 159-160.

⁵ Estos temas se analizan más detalladamente en el proyecto de investigación de Olga Uliánova y Alfredo Riquelme, “Komintern e izquierda chilena: Impacto de un proyecto global de una cultura política nacional”, financiado por FONDECYT (Eugenia Fediakova participa en este proyecto como colaboradora).

⁶ Cabe destacar que en el momento de las crisis y rupturas en el PC chileno (a fines de los años 20 y principios de los 30) el Buró Sudamericano de la Internacional condiciona el suministro de la ayuda material a que se ponga fin a las rencillas y se defina la unidad interna del partido, asegurando, de hecho, con la ayuda de sus enviados, la unidad de varios grupos comunistas como base del partido “bolchevizado”, receptor de la ayuda de la Internacional, y excluyendo para siempre otros grupos considerados disidentes. (RTsJIDNI, fondo 495).

Por otra parte, el Partido Comunista chileno, uno de los partidos comunistas más antiguos de la región y uno de los más fuertes en el mundo no-socialista, en esa época no es visto por Comintern como un “aliado estratégico”. Más bien se podría hablar de una falta de interés real y de una subestimación del PC chileno por parte de la Internacional Comunista. Chile, en los documentos de Comintern, es un país que se menciona al final de las listas, entre otros, de manera casi ritual. El historiador venezolano M. Caballero, estudioso del tema “Comintern y América Latina” habla de “Chile, hijo malquerido de la Internacional”. Nuestras últimas pesquisas sobre la base de documentos de archivo confirman su hipótesis respecto de esta época. Y, sin embargo, llegan aportes de Comintern a Chile, y dentro de la escala de la política nacional y en las manos de un actor político arraigado en ciertas particularidades de la cultura política chilena, llegan a ser relevantes (al margen de cualquier plan específico protagónico de la Internacional).

En 1943 la Internacional Comunista deja de existir. Los últimos contactos que tiene el PC chileno con esta organización datan de abril de 1941 (dos meses antes de la invasión alemana a la URSS). Desconocemos el mecanismo de contactos del PC chileno con la URSS durante la guerra, es aún un tema por investigar. Los cables de las agencias noticiosas soviéticas en español son recibidos y publicados en el diario *El Siglo*⁷. Sin embargo, se sabe actualmente de la presencia en esos años de agentes soviéticos en Argentina que, entre otras actividades, logran realizar acciones de sabotaje en contra de los barcos cargados con trigo para Alemania que parten de Buenos Aires y estallan en plena mar. Estas acciones de los agentes soviéticos se desarrollan, no obstante, al margen de las estructuras comunistas locales.

Tras la disolución de Comintern, algunas de sus funciones, entre ellas los vínculos operativos con los PC extranjeros, información internacional y otras, son traspasadas al CC del PCUS. Se crea un departamento de Información Internacional, cuyo jefe real es el búlgaro G. Dimitrov. El departamento “técnico” de Comintern que se encargaba de pasaportes (falsos cuando sea necesario), elementos afines y el traslado clandestino de los militantes comunistas hacia y desde Moscú, es traspasado también al Comité Central, aunque subordinado a la KGB. A partir de las reformas de

⁷ La agencia noticiosa de Comintern (y luego del Estado soviético), “Supress”, es dirigida durante la guerra por el periodista comunista austriaco F. Glaubauf, que figura formalmente como corresponsal acreditado en Moscú del diario chileno *El Siglo*. En los años 30 había estado en Chile como enviado de la Internacional. (Entrevistas con I. Joroshaveva, hija de F. Glaubauf, Moscú, agosto de 1997.)

Jruschov será la única unidad de la KGB que trabajará en el seno del Comité Central del PCUS. Incluso la persona que dirigió este departamento hasta agosto de 1991 ya antes había cumplido en Comintern las mismas funciones⁸.

La ayuda al comunismo internacional se institucionaliza

Pero no todo fue continuidad en las relaciones de la URSS con el movimiento comunista internacional. En la medida en que el fomento de la “revolución mundial” comienza a pasar al segundo plano de la política exterior soviética, si bien los “partidos hermanos” en los países capitalistas siguen siendo un factor de gran importancia en ella, las relaciones con el movimiento comunista internacional adquieren cada vez más un carácter de rutina institucionalizada. Junto con los “emisarios de la Internacional” y las purgas dirigidas desde Moscú, quedan en el pasado los aportes extraordinarios destinados a los partidos comunistas para fines específicos (por lo general determinados como “el combate último y decisivo”, en texto ruso de “La Internacional”), aprobados cada vez en forma específica por los órganos directivos de Comintern o del Partido Comunista soviético.

En vez de ello, para el apoyo financiero a los partidos comunistas de los “países capitalistas” se crea a partir de 1948 el llamado “Fondo Internacional Sindical para la Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda” (al que llamaremos, de ahora en adelante, Fondo o Fondo Internacional), con sede inicial en Bucarest, que comienza anualmente entregar determinadas sumas en divisa convertible a los partidos comunistas. Supuestamente, el dinero provenía de todo el “campo socialista” y la ayuda se realizaba en su nombre. Sin embargo, gran parte del presupuesto anual del Fondo provenía del PCUS y, en menor grado, hasta fines de los 50, del PC chino.

En cuanto a los PC de los países socialistas europeos, sus aportes eran menores, abundando, por lo demás, sus cartas explicativas por la no entrega del aporte comprometido a raíz de uno u otro problema interno, lo que pone de manifiesto su poco interés en “pagar el tributo revolucionario” y de participar en lo que ellos consideraban políticas globales de interés soviético. El estilo de las relaciones del PCUS con los partidos comunistas gobernantes en Europa Oriental se manifiesta en el hecho de que los montos de los aportes de cada partido donante eran establecidos por el CC del

⁸ Entrevista con A. Sosnovski, Moscú, agosto de 1997.

PCUS y “propuestos” a los partidos involucrados. Sólo en relación con el PC chino existen menciones de la necesidad de “discutir” los montos propuestos a través del embajador soviético en Pekín. La repartición del dinero, a su vez, también es propuesta por el CC del PCUS sobre la base de las peticiones de los partidos y de acuerdo al criterio soviético.

Para dar un solo ejemplo del mecanismo burocrático de la toma de decisiones en el Comité Central del PCUS nos detendremos en los documentos referentes al año 1962, para el cual disponemos del paquete completo de documentos que incluía una propuesta de formulación del fondo y una propuesta de su distribución, formulada por el Departamento Internacional del CC del PCUS y elevada al Secretariado del CC, junto con el proyecto de resolución a aprobar y cartas de partidos extranjeros que piden considerar especialmente su situación, todos ellos, por razones de sumo secreto o tradición establecida, presentados en forma manuscrita a puño y letra del Secretario del CC encargado de los asuntos internacionales.

En 1962 el Fondo Internacional alcanzó la suma de 11.795.000 dólares, de los cuales 9.445.000 fueron aportados por el PCUS, mientras que el Partido Obrero Unificado polaco, el PC checoslovaco, el Partido Obrero rumano y el Partido Socialista Obrero húngaro aportaron cada uno 400.000 dólares, el PC búlgaro 350.000 y el Partido Socialista Unificado de Alemania 200.000. Los aportes de los países de Europa del Este se establecen de acuerdo a la evaluación de su situación económica y de la estabilidad de sus regímenes políticos internos. Así, la cuota menor de Bulgaria se explica por su status de país agrario, en vías de industrialización. En cuanto a Alemania Oriental, su menor cotización ese año se debe probablemente a problemas de carácter político interno vividos en 1962, lo que suponía necesidad de mayores recursos del Partido Socialista Unificado de Alemania para fines internos.

Destaca especialmente (al igual que en los documentos de algunos años anteriores y posteriores) que el PC chino no hiciera su *aporte*, que debería haber alcanzado la suma de 2.500.000 dólares⁹. Se trata del período en que las relaciones entre la URSS y China Popular ya habían empeorado considerablemente, pero la ruptura abierta aún no se producía, por lo tanto el PC chino seguía siendo considerado miembro del movimiento comunista internacional, con todos los deberes y obligaciones.

El dinero en 1962 fue distribuido entre 66 partidos y organizaciones. Para el año siguiente, 1963, se proponía un Fondo de 14.651.000 dólares, aportando el PCUS 9.600.000 y aumentando los aportes de los PC de

⁹ TsJSD., F89, O38, D5, p. 1.

Europa Oriental desde 400.000 a 500.000 dólares. Este ritmo de crecimiento del Fondo de año en año es característico para la era Jruschov y los primeros años de la era Brezhnev. La solicitud de recursos para el año siguiente siempre se acompañaba de una rendición de cuentas del año anterior, donde el incremento del número de destinatarios servía de argumento para pedir que se aumentara el presupuesto general del Fondo.

El aporte del PCUS provenía de una cuenta especial reservada del CC en el Banco Estatal de la URSS, para lo cual en la resolución del Comité Central respecto de la formulación del Fondo Internacional para cada año siguiente se indicaba a la Dirección del Banco Estatal entregar la suma comprometida a B. Ponomarev, secretario del CC y jefe del Departamento Internacional del CC.

Pasemos ahora a los documentos que reflejan la repartición de fondos recaudados. De acuerdo al informe sobre la distribución de los fondos en 1962, entre los beneficiarios en el primer lugar se destacan los PC de Italia y Francia con 5.200.000 y 1.500.000 de dólares, respectivamente. Podemos señalar que estos influyentes partidos comunistas europeos encabezan las listas de beneficiarios a lo largo de la historia del Fondo Internacional con sumas muy superiores a las asignadas a cualquier otro partido. De hecho, a estos dos partidos les solía corresponder aproximadamente el 40% de toda la “ayuda” entregada por el PCUS al movimiento comunista internacional, lo que indica claramente las prioridades de la política soviética dentro de ese movimiento. Es sintomático que la tendencia no se revierte siquiera en el período de agudos conflictos ideológicos entre el PCUS y estos partidos en torno al tema de eurocomunismo.

En 1962, los siguientes beneficiarios son los PC de Austria y Estados Unidos, con 400.000 dólares cada uno. Chile, que había aparecido en la lista a mediados de los años 50, ocupa esta vez el lugar 14 en ella, recibiendo el PC chileno 150.000 dólares del Fondo en 1962¹⁰.

Para el año siguiente, 1963, el PC de Chile pide un aumento considerable de la ayuda del PCUS. El documento que llega a la reunión del Secretariado del CC del PCUS no explicita las razones, pero podemos suponer que eso guarda relación con la campaña electoral que debía tener lugar en 1964. De los 150.000 obtenidos en 1962, el PC chileno pide 500.000 dólares para 1963. El CC del PCUS resuelve aumentar la ayuda a este partido, pero sólo hasta 200.000 dólares¹¹.

¹⁰ *Ibidem*, p. 4.

¹¹ *Ibidem*, F89, 038, D5, p. 12.

La proporción entre solicitud de aumento de ayuda y el aumento realmente otorgado es característico para esta esfera de las relaciones entre el PCUS y los partidos comunistas beneficiarios del Fondo. Refleja las expectativas de los partidos comunistas acerca del potencial económico de la URSS, de sus posibilidades y disposición de invertir en este tipo de ayuda, así como la habilidad de las directivas comunistas nacionales, en este caso de la criolla, para el manejo de asignación de recursos en la deficitaria economía de la URSS, donde contaban la fuerza de presión del solicitante y la vieja sabiduría oriental de que para obtener un camello de dos jorobas hay que pedir uno de tres.

Por otra parte, el hecho de que el Departamento Internacional del CC elevara esta solicitud del PC chileno a la reunión del Secretariado del Comité Central implica tanto que estaba de acuerdo con la necesidad de este aumento y, por lo tanto, que estaba en conocimiento de la coyuntura política chilena de 1963, como también ciertas expectativas frente a ella (aunque no necesariamente una apuesta al triunfo de los “amigos”), como a su vez el aprovechamiento de esta argumentación en la competencia por los recursos frente a otras reparticiones del Comité Central, encargados de otras esferas de la política soviética.

Crónica de una ayuda orgánica y constante al Partido Comunista de Chile

Entregaremos a continuación una sinopsis del funcionamiento del mecanismo de ayuda material de la URSS a los partidos comunistas extranjeros, visto desde una perspectiva latinoamericana y chilena, y de los aportes recibidos por el PC chileno en los años anteriores a 1974, expresados en dólares de cada año¹². Los montos que el Fondo entregó al PC de Chile entre 1955 y 1973 (para los años en que pudimos acceder a la información), junto al equivalente de esas sumas en dólares de 1997, aparecen en el Cuadro N° 1. El Cuadro N° 2, por otro lado, muestra los montos totales que distribuyó el Fondo a los partidos comunistas y organizaciones afines del

¹² Llama la atención la forma de los documentos. En la época de Comintern, cada asignación de recursos se fundamentaba de manera distinta a partir de situaciones concretas (cada una de las cuales, supuestamente, acercaba el día de la revolución mundial), por lo que es difícil que haya dos documentos semejantes. Sin embargo, en el período analizado nos encontramos con documentos absolutamente idénticos en la forma, primero copiados escrupulosamente a mano, y luego con los valores (siempre distintos, sí) ingresados en un formulario. La reiteración de la forma estaba llamada a destacar la continuidad y “estabilidad” política, el concepto clave del discurso político privado de la era Brezhnev. Mientras tanto, los valores cambiantes reflejan los vaivenes reales de los intereses políticos soviéticos.

movimiento comunista internacional entre 1952 y 1973, así como el tamaño de la participación del Partido Comunista soviético en el Fondo.

En cuanto a la magnitud de la ayuda destinada por el Fondo es necesario hacer una aclaración. En nuestras conversaciones con los protagonistas del quehacer político internacional soviético de esos años hemos escuchado reiteradamente apreciaciones acerca de la “pobreza” y casi “mezquindad” de la ayuda soviética a los partidos comunistas del mundo. Ésa también fue nuestra primera percepción al tomar en nuestras manos los documentos que contenían las cifras. Sin embargo, la sola conversión de los valores de la década de los 60 en actuales, cambia enormemente el panorama (véase Cuadro N° 1). A partir de esa conversión, tanto el presupuesto general de la ayuda soviética al movimiento comunista internacional como las dietas de los partidos adquieren otro significado cuantitativo.

Por otra parte, no hay que olvidar las diferencias objetivas en el valor de las divisas internacionales y su capacidad de compra en los países europeos industrializados y en América Latina, aun mayores en esa época que ahora. Si bien las cifras mencionadas dejan en claro las prioridades soviéticas (mezclándose aquí sus intereses de gran potencia y de líder del movimiento comunista internacional), las diferencias de la “capacidad operativa” de estos aportes podrían significar que con 100.000 dólares el PC en Chile podía hacer mucho más, por ejemplo, que su homólogo austríaco o norteamericano con 400.000.

Sería lógico suponer que estas circunstancias se tomaban en consideración en el proceso de formulación de la lista de beneficiarios de la ayuda soviética. Sin embargo, llama la atención el hecho de que nunca fueron mencionadas en los documentos escritos de la época ni en las conversaciones recientes que sostuvimos con los protagonistas de los hechos. Por consiguiente, da la impresión que en la asignación de recursos sólo primaba la percepción soviética del valor de las divisas, es decir, la de un país enorme, acostumbrado operar y pensar (incluso en el caos actual de sus herederos) en categorías con muchos ceros, pero a la vez siempre carente de circulante internacional.

Volvemos ahora a los documentos.

1950: Se crea el Fondo Internacional Sindical de Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda, adjunto al Consejo de Sindicatos de Rumania. Se establecen como sus “constituyentes” y donantes los partidos comunistas gobernantes de los países socialistas (tanto europeos como de Asia), pudiendo ser sus beneficiarios distintas organizaciones “obreras” de

CUADRO N° 1: AYUDA ENTREGADA POR EL PARTIDO COMUNISTA DE LA URSS
AL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE*
(en dólares)

Año	Monto asignado al PC de Chile	Equivalencia del monto en dólares de 1997**	N° que ocupa Chile en la lista del Fondo
1955 ¹	5.000	30.585	
1956 ²	—	—	—
1957 ³	20.000	114.351	
1958	20.000	111.820	
1959	—	—	—
1960	50.000	271.017	
1961	100.000	536.185	
1962	150.000	795.691	14
1963	200.000	1.046.031	17
1964 ⁴	(?)	(?)	(?)
1965	275.000	1.399.022	10
1966	300.000	1.480.721	9
1967 ⁵	(300.000)	(1.445.882)	(?)
1968 ⁵	(300.000)	(1.386.090)	(?)
1969 ⁵	(300.000)	(1.312.100)	(?)
1970	400.000	1.655.219	4/6
1971 ⁴	(?)	(?)	(?)
1972 ⁴	(?)	(?)	(?)
1973	645.000	2.102.666	5

*Se trata de la ayuda en divisa convertible entregada al Partido Comunista de Chile por el Fondo Internacional Sindical para la Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda. Este Fondo fue creado en 1948 y gran parte de su presupuesto anual provenía del Partido Comunista de la Unión Soviética. No se incluyen aquí ayudas entregadas por otras vías distintas al Fondo. (Véase “Chile en los archivos de la URSS”, A, *supra*.)

** Actualizado por IPC norteamericano.

¹ Primera mención de un país de América Latina en la lista.

² Chile no figura en la lista como destinatario.

³ Primera mención de Chile como destinatario “planificado”.

⁴ No se pudo acceder a los documentos para ese año.

⁵ Cifra estimada. Para este año no se pudo acceder a los documentos relativos a los destinatarios del Fondo, pero sí a los documentos sobre constitución del Fondo. Debido al carácter rutinario que adquirió el Fondo en esa época, y puesto que los montos totales del Fondo se mantuvieron, cabe suponer que las cuotas a los destinatarios también se mantuvieron, a lo menos, en rangos similares a los del año 1966.

⁶ El número 4 corresponde al lugar de Chile en la lista de beneficiarios; el número 6, al valor relativo al monto recibido. (Véase “Chile en los archivos de la URSS”, A, N° A-3 *supra*.)

Fuente: documentos del archivo TsJSD, Centro de Conservación de la Documentación Actual, Moscú, que contiene los documentos del ex archivo del Comité Central del Partido Comunista de la URSS.

los “países capitalistas”, según sus necesidades. La sede de la nueva organización se fija en Bucarest (Rumania). El documento fundacional del Fondo es una Resolución del CC del PCUS, a pesar de su supuesto carácter internacional¹³.

1951: El control sobre la actividad del Fondo lo realiza personalmente Stalin¹⁴, a cuyo nombre se elevan los informes sobre el primer año del funcionamiento de la organización. Los receptores de gran parte de la ayuda son los comunistas de Italia y Francia.

1952: La suma total recaudada alcanza 2.500.000 dólares, de los cuales el PCUS aporta 850.000. El férreo control estaliniano sobre Europa oriental asegura la repartición relativamente proporcional de la carga del Fondo entre los donantes. El volumen del aporte de China Popular permite hablar de una dirección bicéfala del movimiento comunista internacional de la época. En una carta al embajador soviético Roshin en Pekín se señala que debe acordarse el aporte chino con Mao. También en una carta al “camarada Stalin” se justifican los destinos de la ayuda: en primer lugar, los PC europeos, especialmente el PC italiano y sus sucursales regionales (Trieste, etc.), además de Israel, India, Japón¹⁵.

1953: El monto total propuesto fue de 3.425.000 dólares, de los cuales la URSS aportó 1.300.000 y China 1.000.000 dólares. Se adjunta un memorándum de Suslov, secretario de ideología del CC del PCUS, informando que el aporte del PCUS se gastó plenamente en la ayuda a los PC de Italia y Francia¹⁶. Entre los destinatarios no hay ni un solo PC de América Latina¹⁷. Los informes del cumplimiento emitidos un año después señalan que los recursos no alcanzaron y que el PCUS tuvo que agregar 1.200.000 llegando su aporte total a 2.500.000 dólares¹⁸. Los beneficiarios se concentran en Europa y Asia, siendo el único PC americano favorecido el de EE UU.

1954: Nuevamente el aumento del volumen total del fondo es considerable. Se propone un monto 5.000.000 dólares. Tal vez por la proporción del aumento de los aportes, o tal vez por tratarse del primer año sin Stalin y el comienzo del “deshielo”, se habla de la necesidad de acordarlo con los PC donantes¹⁹. Es la única vez que aparece una observación de este tipo en todos los documentos disponibles. Este mismo año se menciona la decisión

¹³ TsJSD, F89, O38, D22-23.

¹⁴ Ibidem, F89, O38, D24.

¹⁵ Ibidem, F89, O38, D 26.

¹⁶ Ibidem, F89, O38, D15.

¹⁷ Ibidem, F89, O38, D16.

¹⁸ Ibidem, F89, O38, D18.

¹⁹ Ibidem, F89, O38, D18.

de entregar los dineros del Fondo, para su conservación, al Banco Estatal de la URSS²⁰.

1955: Se conserva el presupuesto general de 5.000.000 de dólares para todos los partidos comunistas del mundo capitalista en su conjunto, de los cuales 2.900.000 aporta el PCUS y 1.000.000 el PC chino. Se institucionaliza la nueva proporción entre los aportes soviéticos y los del resto de los países socialistas. De nuevo encontramos una carta al embajador soviético en China: acordar el aporte de ese país. Entre los destinatarios iniciales se nombran los PC europeos, India, Irán, Israel²¹. Sin embargo, en el informe del cumplimiento del presupuesto, realizado a fines del año, aparecen nuevos destinatarios, entre ellos, por primera vez, el PC chileno que recibe 5.000 dólares, que no habían sido planificados en forma regular²², sino que representaron una respuesta del momento, de parte del PCUS, a una solicitud formulada por los comunistas chilenos. Es la primera mención de un PC latinoamericano entre los destinatarios.

Luis Corvalán cuenta en sus memorias, en el capítulo titulado “El dinero del partido”, que la solicitud de apoyo financiero fue formulada por el entonces Secretario General del PC chileno, Galo González, a su llegada a Moscú, donde también se encontraba Luis Corvalán. La respuesta soviética fue inmediata y el mismo Galo González se trajo los dineros entregados, que según el propio Corvalán “no era tan poco en ese tiempo”, “bien acondicionados al forro de su chaqueta”²³. Lo que no se dice en estas memorias es que un par de años después, el PC chileno comenzaría a recibir aportes anuales y regulares de Moscú, financiados por el Fondo.

1956: Por primera vez aparece otro PC latinoamericano entre los destinatarios: el PC uruguayo con una ayuda de 20.000 dólares²⁴. Chile está ausente este año. No obstante, sabemos de la participación de la delegación chilena, encabezada por Luis Corvalán, en el famoso XX Congreso del PCUS celebrado ese año, donde fue planteada la posibilidad de la vía pacífica de la revolución socialista. Ese mismo año, a dos meses del regreso de la delegación chilena de Moscú, por primera vez se menciona en Chile la posibilidad de alcanzar el socialismo por la vía pacífica²⁵.

1957: El presupuesto total asignado al Fondo es de 5.500.000 de dólares, de los cuales el PCUS aporta 3.150.000. Por primera vez se men-

²⁰ Ibidem, F89, O38, D20.

²¹ Ibidem, F89, O38, D28.

²² Ibidem, F89, O38, D33.

²³ Luis Corvalán, *De lo vivido y lo peleado. Memorias* (1997), p. 108.

²⁴ TsJSD, F89, O38, D19.

²⁵ Luis Corvalán, *op. cit.*, p. 60.

CUADRO N° 2: FONDO INTERNACIONAL SINDICAL PARA LA AYUDA A LAS ORGANIZACIONES OBRERAS DE IZQUIERDA*
(en dólares)

Año	Monto destinado al PC de Chile	Lugar de Chile en la lista del Fondo	Total aprobado del Fondo	Total rendido del Fondo	Aporte del PCUS aprobado	Aporte del PCUS rendido	N° de beneficiarios del Fondo
1952	-	-	2.500.000	-	850.000	-	-
1953 ¹	-	-	3.425.000	4.700.000	1.300.000	2.500.000	-
1954 ²	-	-	5.000.000	-	-	-	-
1955	5.000	-	5.000.000	-	2.900.000	-	-
1956	-	-	5.500.000	-	3.000.000	-	-
1957	20.000	-	5.500.000	6.140.000	3.150.000	3.700.000	-
1958	20.000	-	6.800.000	7.128.000	-	3.900.000	-
1959	-	-	9.000.000	-	4.750.000	-	-
1960	50.000	-	9.050.000	-	4.750.000	-	-
1961	100.000	-	10.500.000	-	5.500.000	-	-
1962 ³	150.000	14	11.050.000	11.795.000	6.200.000	9.450.000	66
1963 ⁴	200.000	17	14.650.000	15.550.000	9.600.000	13.200.000	-
1964 ⁵	(?)	-	-	15.750.000	-	13.200.000	-
1965 ⁶	275.000	10	15.750.000	15.721.660	13.200.000	-	72
1966 ⁷	300.000	9	15.750.000	-	13.200.000	-	69
1967 ⁷	(300.000)	-	-	-	14.000.000	-	-
1968 ⁷	(300.000)	-	16.550.000	-	14.000.000	-	-
1969	(300.000)	-	16.550.000	-	14.000.000	-	-
1970 ⁸	400.000	4(6) ⁹	16.550.000	-	14.000.000	-	34
1971 ⁵	(?)	-	16.550.000	-	14.000.000	-	-
1972 ⁵	(?)	-	16.550.000	-	14.000.000	-	-
1973	645.000	-	-	16.550.000	14.000.000	-	-

(continúa)

(continuación Cuadro N° 2)

* Este Fondo fue creado en 1948 para ayudar a los partidos y organizaciones del movimiento comunista internacional. Gran parte de su presupuesto anual proviene del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y, en menor grado, hasta fines de la década 1950, de China Popular. Véanse documentos en "Chile en la URSS", A, *supra*.

¹ En la lista de los beneficiarios no figura ningún país latinoamericano.

² Se resuelve conservar el dinero del Fondo en el Banco Estatal de la URSS.

³ La diferencia entre el aporte del PCUS aprobado y rendido corresponde a que el PC chino no hizo su aporte de 2.500.000 dólares, cubiertos finalmente por la URSS.

⁴ Se anota que el PC chino no hizo su aporte de 2.500.000 dólares.

⁵ No se pudo acceder a documentos sobre destinatarios del Fondo para ese año.

⁶ En la planificación para el año 1965 el PC chino no se menciona.

⁷ Cifra estimada. Para este año no se pudo acceder a los documentos relativos a los destinatarios del Fondo, pero sí a los documentos sobre constitución del Fondo. Debido al carácter ruinoso que adquirió el Fondo en esa época, y puesto que los montos totales del Fondo se mantuvieron, cabe suponer que las cuotas a los destinatarios también se mantuvieron, a lo menos, en rangos similares a los del año 1966.

⁸ El número 4 corresponde al lugar de Chile en la lista de beneficiarios, el número 6 al valor relativo del monto recibido.

Fuente: Documentos del archivo Ts/SDD (Centro de Conservación de la Documentación Actual), Moscú, que contiene los documentos del ex archivo del Comité Central del Partido Comunista Soviético.

cionan las dificultades para asegurar la participación china en el Fondo²⁶, señal del empeoramiento de las relaciones entre los dos imperios del “socialismo real” después del inicio de la campaña de desestalinización en la URSS. El informe posterior da cuenta de que los gastos reales fueron de 6.140.000²⁷. Este mismo año aparecen varios PC latinoamericanos entre los destinatarios, aunque con aportes menores: México, Argentina, Chile. Esto puede ser interpretado como el inicio de la consideración de América Latina en la política exterior de la URSS a nivel de actores no-estatales. Coincide a su vez con la activación de las relaciones soviético-latinoamericanas a nivel de relaciones interestatales, de acuerdo a otros documentos disponibles y entrevistas a veteranos del servicio exterior soviético.

El PC chileno recibe este año 20.000 dólares²⁸. Podemos destacar que es la primera mención del PC chileno como destinatario “planificado” de los aportes del PCUS en el período de postguerra. Seguramente se debe al restablecimiento de la comunicación directa y regular a nivel de las direcciones de partidos, producto de las múltiples visitas de los dirigentes comunistas chilenos a la URSS en la primera mitad de los años 50, invitado principalmente por los sindicatos soviéticos, y de la participación de la delegación del PC chileno en el XX congreso del PCUS en 1956. Por otra parte, se trata de un año preelectoral en Chile y, simultáneamente, del año en que el PC chileno está a punto de recuperar su legalidad.

1958: El PC chileno recibe 20.000 dólares del presupuesto total del Fondo de 7.128.000 (de los cuales 3.900.000 había aportado el PCUS)²⁹. Las donaciones a otros partidos latinoamericanos son de la misma proporción. Los destinatarios mayoritarios, que reciben más de la mitad de todos los recursos recaudados, son como siempre los PC de Francia e Italia.

1959: El presupuesto total del Fondo aumenta nuevamente y alcanza 9.000.000 de dólares, de los cuales el PCUS aporta 4.750.000³⁰. La participación soviética, si bien es importante, aún no es la única decisiva y es contrapesada por la participación china en el Fondo. Chile no está entre los destinatarios de este año³¹.

1960: El PC chileno recibe 50.000 dólares, aumentando considerablemente su cuota, tal vez en recompensa por la falta de aporte el año anterior³². El total repartido es de 9.050.000 dólares, de los cuales el PCUS aporta 4.750.000³³.

²⁶ Ibidem, F89, O38, D19.

²⁷ Ibidem, F89, O38, D 29.

²⁸ Ibidem, F89, O38, D29.

²⁹ Ibidem, F89, O38, D1.

³⁰ Ibidem, F89, O38, D 34.

³¹ Ibidem, F89, O38, D2.

³² Ibidem, F89, O38, D3.

³³ Ibidem, F89, O38, D36.

1961: El PC chileno recibe 100.000 dólares³⁴, dos veces más que el año anterior, mientras que el total del Fondo aumenta sólo un poco más de 10%, llegando a 10.500.000 de dólares, con un aporte del PCUS de 5.500.000³⁵.

1962: Como señalamos en la sección anterior, el PC chileno recibe 150.000 dólares de un Fondo total de 11.795.000 dólares, de los cuales 9.450.000 son aportados por la URSS, y ocupa el lugar 14 en la lista de beneficiarios³⁶.

1963: El PC chileno recibe 200.000 dólares. Pero a pesar del aumento de su cuota en 33%, baja al lugar 17 de la lista de beneficiarios. El Fondo general crece mientras tanto en un 31% y alcanza 15.500.000 dólares. El primer lugar entre los destinatarios lo ocupa el PC de Italia con 5.000.000, el segundo es el PC de Francia con 1.500.000 y el tercero es el PC de Indonesia con 1.000.000 de dólares³⁷.

1964: Para este año (el último año de Jruschov) no se dispone de información. Los documentos correspondientes a este año por alguna razón no han sido “abiertos”. En un principio podemos suponer que dada la prevalencia del factor de continuidad en la actividad del Fondo, su total podría evaluarse entre 15.500.000 y 15.750.000 dólares, mientras que la cuota destinada a Chile se estimaría entre 200.000 y 275.000 dólares.

Podemos destacar que los primeros años de la década de 1960 (la segunda mitad de la era Jruschov) muestran los mayores ritmos históricos de crecimiento de la ayuda financiera destinada al movimiento comunista internacional. El hecho puede ser interpretado como señal de renovadas expectativas revolucionarias de la dirección soviética y de su máximo líder en esa época, producto de la Revolución Cubana y del mayor acercamiento histórico entre los movimientos nacionalistas independentistas y los comunistas en muchos países asiáticos y africanos.

A su vez, indudablemente, la Revolución Cubana actúa como catalizador de las relaciones soviético-latinoamericanas, incluso en el nivel interpartidista, no obstante las diferencias entre Cuba y la URSS en su apreciación de las perspectivas de la “revolución latinoamericana”. Precisamente estas diferencias y la aparición de “competencia” en el campo de la izquierda latinoamericana, representada por los movimientos inspirados en Cuba y apoyados por ella, hacen, al parecer, que el CC del PCUS preste más atención y apoyo a sus fieles aliados en el continente.

³⁴ *Ibidem*, F89, O38, D4.

³⁵ *Ibidem*, F89, O38, D37.

³⁶ *Ibidem*, F89, O38, D5.

³⁷ *Ibidem*, F89, O38, D6.

1965: El PC chileno recibe 275.000 dólares, ascendiendo al número 10 de la lista. Esta vez el aumento no está vinculado a coyunturas políticas específicas y representa más bien el aumento del peso del PC chileno en el movimiento comunista internacional, desde el punto de vista de Moscú. El monto total del Fondo crece apenas, llegando a 15.750.000 de dólares³⁸.

1966: Lenta y paulatinamente, el PC chileno mejora sus posiciones relativas ante los ojos del PCUS: obtiene ya 300.000 dólares subiendo un escalón más en la lista para llegar a ocupar ahora el lugar 9 (véase copia del documento original en “Chile en los archivos de la URSS”, 1-2, *supra*). El monto total del Fondo se mantiene congelado, en comparación con el año anterior, en 15.750.000 de dólares³⁹. Es la primera señal del advenimiento de la era Brezhnev en las relaciones con el movimiento comunista internacional. Los voluntarismos y expectativas de la era Jruschov quedan atrás. El procedimiento de ayuda a los “partidos hermanos” adquiere cada vez más un carácter ritualista y rutinario.

1967-1969: Para estos tres años desconocemos los aportes recibidos por el PC chileno. Los documentos que reflejan la repartición de fondos en esos años no fueron abiertos a los investigadores. Tal vez fueron considerados innecesarios y repetitivos por los conservadores del archivo, puesto que el interés principal de los encargados de la apertura del archivo era proporcionar a los investigadores y, en primer lugar, al tribunal que en 1993 juzgó en Rusia al Partido Comunista de la Unión Soviética, documentos que reflejaran diversos aspectos de su actividad. Desde esta perspectiva, las oscilaciones en la repartición de los recursos no resultaba tan importante como los preponderantes montos aportados al Fondo por el PCUS.

Mientras tanto, por los documentos disponibles, sabemos que el patrimonio total del Fondo alcanzó la suma de 16.500.000 dólares en 1968 y de 16.550.000 en 1969⁴⁰. El aporte del PCUS no varió en los tres años (1967, 1968 y 1969), siendo constantemente de 14.000.000⁴¹. En estos años, cabe señalar, había dificultades cada vez mayores de asegurar la participación de “socios menores”. Una muestra elocuente de ello es la desaparición a partir de 1969 de la mención del “Consejo de Sindicatos Rumanos” en el Fondo⁴².

La ayuda recibida por el PC chileno en estos años, por consiguiente, sólo puede ser estimada a partir de la dinámica del comportamiento del

³⁸ *Ibidem*, F89, O38, D8.

³⁹ *Ibidem*, F89, O38, D9.

⁴⁰ *Ibidem*, F89, O38, D10.

⁴¹ *Ibidem*, F89, O38, D17.

⁴² *Ibidem*, F89, O38, D11.

Fondo en su conjunto, y del aumento registrado entre la cuota recibida en 1996 (300.000 dólares) y 1970 (400.000 dólares), año en que pasa a ocupar el lugar 6 en la lista de beneficiarios.

1970: El PC chileno recibe este año 400.000 dólares, suma récord hasta el momento (véase documento original en “Chile en los archivos de la URSS”, 1-3, *supra*). Un detalle llama la atención cuando uno observa las hojas manuscritas de resolución de repartición de ayuda para este año: si bien la suma aprobada para el PC chileno lo sitúa en el lugar 6 de la lista, gráficamente aparece en el puesto 4 de ella. Es la única vez en la existencia del Fondo (de acuerdo a los documentos disponibles) que se producen inversiones de orden de esta naturaleza en un procedimiento tan altamente ritualizado⁴³.

Tomando en consideración que errores involuntarios en estos documentos revisados por decenas de personas simplemente se excluían de las posibilidades, nos quedan dos hipótesis para explicar esta situación. Puede ser que la situación de Chile fuese discutida en la mencionada reunión del secretariado del Comité Central del PCUS en el cuarto lugar, por la importancia que se atribuía a las perspectivas del PC de este país frente a las elecciones de 1970, no obstante la ayuda financiera era considerada en los términos arriba señalados, tomando en cuenta el tamaño del país y su situación tercermundista (los tres PC que lo anteceden en la lista son europeos). Pero es más probable, a nuestro juicio, que la suma inicialmente propuesta por el Departamento Internacional del PCUS para Chile realmente situaba al PC de este país en el cuarto lugar de los beneficiarios de la ayuda material del PCUS, situación que habría sido revertida en el último momento, tal vez en la misma reunión del secretariado.

A su vez, cabe mencionar aquí que Luis Corvalán dice en sus memorias que, por sugerencia de Allende, el PC chileno solicitó a través de O. Millas 100.000 dólares para la campaña presidencial. “La respuesta —señala el ex Secretario General del PC chileno—, que fue negativa, nos pareció tan terrible e impresentable ante nuestro candidato que decidimos recurrir a nuestras propias reservas para entregarle 100 mil dólares... a nombre de los comunistas soviéticos”⁴⁴. No deja de ser interesante que el PC chileno esté en condiciones de aportar de golpe 100 mil dólares de “nuestras propias reservas” para la campaña de Allende. Por otro lado, esas palabras reflejan que Allende y el PC esperaban esa donación. De lo contrario la negativa no habría sido percibida como “tan terrible e impresentable”. A su vez, dentro de la lógica soviética, tal procedimiento aparece

⁴³ *Ibidem*, F89, O38, D12.

⁴⁴ Luis Corvalán, *op. cit.*, p. 108.

absolutamente justificado, ya que, como hemos visto, el aporte al PC chileno ese año aumenta precisamente en 100.000 dólares, entregado todo de partido a partido “para los fines que estime conveniente,” y el traspaso de una determinada suma al candidato perteneciente al otro partido de izquierda aparece como una decisión del PC criollo, a partir de su evaluación de la situación política en el país y de sus relaciones con sus aliados. Por otro lado, el PCUS no financiaba explícitamente campañas, ni aceptaba destinatarios distintos a los orgánicamente establecidos.

1971-1972: Nuevamente la información es incompleta, faltan los datos de la repartición de recursos del Fondo en 1971 y 1972, por lo que sólo se puede hablar de recursos obtenidos por el PC chileno al principio y al final del período. Ignoramos, entonces, los montos recibidos por el PC durante los dos primeros años del gobierno de la Unidad Popular. Sabemos, en cambio, que el aporte recibido en 1973 fue de 645.000 dólares, por lo que podría estimarse que los aportes de 1971 y 1972 podrían haber sido entre 400.000 y 645.000 dólares. Por otro lado, el monto total del Fondo en esos años se mantiene en el mismo nivel de los años anteriores: 16.500.000 dólares⁴⁵, de los cuales el PCUS sigue aportando 14.000.000⁴⁶.

1973: El PC chileno recibe 645.000 dólares (véase documento original en “Chile en los archivos de la URSS”, 1-4, *supra*), siendo el quinto beneficiario de Fondo por el monto de la ayuda recibida, inmediatamente después de los PC de Italia, Francia, EE UU y Finlandia, países de clara prioridad política soviética, al margen del peso propio de sus PC en los últimos dos casos⁴⁷. El aporte recibido demuestra la creciente importancia del lejano y pequeño país latinoamericano para la política ideológica soviética. El aumento de la ayuda al PC chileno durante el tercer año del gobierno de Salvador Allende es tanto más notorio si tomamos en consideración el estancamiento de los volúmenes totales destinados a la ayuda al movimiento comunista internacional en la era Brezhnev.

Entre los documentos de este año, por último, cabe mencionar el Protocolo de la sesión del Secretariado del Comité Central del PCUS, del 13 de noviembre de 1973, sobre la creación del Buró del Partido Comunista de Chile en Moscú —asignación de instalaciones, gastos de mantención y salarios— y creación y financiamiento del Comité de Solidaridad con los demócratas chilenos (véase documento en “Chile en los archivos de la URSS”, 1-5, *supra*).

⁴³ TsJSD, F89, O38, D13.

⁴⁴ *Ibidem*, F89, O38, D38.

⁴⁵ *Ibidem*, F89, O38, D39-40.

El ocaso del coloso

Para los años posteriores no hay documentos acerca de la distribución de los recursos asignados. Los montos expresados en dólares casi no cambian, mientras que el valor real del dólar en estos años decae paulatinamente. El distanciamiento gradual de los países de Europa Oriental de estas políticas del “hermano mayor” se traduce en aumento, también gradual y durante mucho tiempo casi invisible, del aporte soviético.

Entre el año 1974 y 1976 el Fondo total asciende a 18.400.000 de dólares⁴⁸, mientras que el aporte del PCUS sube a 15.000.000⁴⁹. El número de destinatarios mientras tanto crece. Si en 1970 hubo 34, en 1976 ya son 82⁵⁰.

Tras un leve aumento en 1977, los volúmenes del Fondo no cambian hasta 1979⁵¹: el presupuesto total asciende a 18.700.000 dólares, mientras que el aporte del PCUS se mantiene en 15.000.000⁵². Se intensifican los intentos de los partidos de Europa Oriental para poner fin a su participación en el Fondo. El año 1978, por ejemplo, Ceaushesku informa que el PC de Rumania, antiguo “prestador de bandera” del Fondo, no podría realizar su aporte, el que finalmente fue cubierto por el PCUS⁵³.

Producto de la misma reticencia de los países socialistas europeos, no se logra mantener después el presupuesto total del Fondo alcanzado en 1980 (19.000.000 de dólares)⁵⁴. En los años posteriores, 1981-1985, el total descende a 18.350.000 dólares⁵⁵, mientras que el aporte del PCUS se mantiene en el nivel de 15.500.000 de dólares⁵⁶.

Al principio del gobierno de Gorbachov, nuevamente, como en los tiempos de Jruschov, se observa un aumento considerable de los montos totales asignados a la ayuda al movimiento comunista internacional, coincidente con el discurso inicial gorbacheviano reivindicando las raíces de la revolución rusa e intentando reconquistar el movimiento comunista interna-

⁴⁸ Ibidem, F89, O38, D41.

⁴⁹ Ibidem, F89, O38, D40.

⁵⁰ Ibidem, F89, O38, D42-43.

⁵¹ Ibidem, F89, O38, D45.

⁵² Ibidem, F89, O38, D43.

⁵³ Ibidem, F89, O38, D44.

⁵⁴ Ibidem, F89, O38, D46.

⁵⁵ Ibidem, F89, O38, D48-51.

⁵⁶ Ibidem, F89, O38, D47.

cional⁵⁷. Luego viene una baja brusca en esta ayuda, acompañada de su cuestionamiento público, tanto en los marcos de una reorientación de la política exterior de la URSS y la redefinición de su lugar en el mundo, como reforzada por campañas populistas de corte nacionalista que reclaman recortar los gastos externos del país. En esos mismos años la crisis del “sistema socialista” determina el traslado de todo el peso del sistema de la manutención material del movimiento comunista internacional a la URSS.

Así, en 1986 el presupuesto total del Fondo aumenta por última vez, llegando a 20.350.000 dólares, mientras que la participación soviética sube a 17.000.000⁵⁸.

En 1987 se observa una leve baja en el total del Fondo, mientras que la participación soviética sube aún más, a 17.500.000 dólares. Al aprobar el presupuesto para este año el Secretariado del CC del PCUS decide mantener dicho Fondo para 1987, y luego “traspasarlo a otros canales”⁵⁹.

Recordemos que 1987 es el año clave de las reformas de Gorbachov: se toma la decisión sobre la salida de Afganistán, se obtienen importantes logros en la política del desarme nuclear, las relaciones interestatales con los países occidentales alcanzan niveles inéditos, a la vez que la dirección de la URSS adquiere una visión más clara acerca de las profundidades de la crisis que vive el país, paralelamente a la aparición en la prensa, despertada por la *glasnost*, de un cuestionamiento de la mantención de los amigos ideológicos en el extranjero en perjuicio de la solución de los problemas sociales al interior del país.

Para 1988, el PCUS asigna 13.500.000 “rublos en divisa extranjera”⁶⁰ (desaparece la medición en dólares). Se propone “discutir con los partidos participantes” sus posibilidades de aporte. Dentro del CC del PCUS, Dobrynin, Secretario del CC y encargado de problemas internacio-

⁵⁷ De acuerdo a Anatoly Cherniaev, asesor de Gorbachov en temas internacionales, en 1986, después de una reunión del “movimiento comunista internacional” en Moscú, de carácter absolutamente ritualista, y por otro lado, luego de los contactos de Gorbachov (ya en 1984) con la dirección del PC italiano en los funerales del secretario general del Partido Comunista italiano, E. Berlinguer, se produjo este notable diálogo entre Gorbachov y Vadim Zagladin, miembro del Comité Central del PCUS y uno de sus colaboradores más cercanos:

Gorbachov: ¿Y qué haremos, Vadim? ¿Vamos a clausurar el movimiento comunista o seguiremos con él?

Zagladin: Mejor sería “seguir”.

Gorbachov: De acuerdo. Pero para eso tenemos que tener nuestro proyecto en el movimiento comunista. El PCUS hace mucho que no lo tiene...

(A. Cherniaev, *Sheft let f Gorbachovim [Seis años con Gorbachov]*, 1993, p. 20.)

⁵⁸ TsJSD, F89, O38, D52.

⁵⁹ Ibídem, F89, O38, D53.

⁶⁰ Su curso oficial en los años ochenta era aproximadamente de 0,6 rublo-divisa por 1 dólar.

nales, insiste en continuar con las prácticas de ayuda establecidas, como queda establecido en un informe firmado por él y adjunto a la propuesta de la formulación del fondo para el año siguiente⁶¹. En la práctica, a partir de ese año el dinero proviene solamente del PC soviético.

1989: El PCUS asigna a la “ayuda a partidos y movimientos” 13.500.000 millones de “rublos en divisa”. El jefe del departamento internacional, Falin, argumenta la necesidad de continuar con esta ayuda, aludiendo que se trata de una práctica de larga duración, que los partidos “hermanos” están acostumbrados y no podrán sobrevivir si esta ayuda se corta bruscamente⁶².

1990: Para este año, último en la historia de estas prácticas, el PCUS asigna 22.000.000 de dólares a la ayuda a los partidos y movimientos. La decisión se toma a partir de las explicaciones y argumentos que plantea el Departamento Internacional del partido⁶³.

Los cambios que experimenta el sistema político soviético en esos años ayudan a poner fin a la eterna dualidad de la política exterior soviética. En la misma dirección actúa la “nueva mentalidad política” de Gorbachov, en la cual se apoyaba su doctrina de la política exterior y acelerado acercamiento político con los antiguos adversarios. Por otra parte, la creciente oposición no-comunista esgrimía la consigna de los “gastos internacionales secretos” del PCUS, presentándolos como una de las causas de la crisis económica en el país. La conciencia mesiánica que a partir de la autopercepción de gran potencia implícitamente aprobaba diversas políticas de ayuda económica a terceros, cede su lugar a un cuestionamiento de la autoatribución de los destinos del mundo y excesiva preocupación por ellos en perjuicio, como se suponía, de los problemas sociales del país. En 1990 se acaba no sólo la ayuda financiera a los partidos comunistas, sino también el apoyo a los regímenes de “orientación socialista” en el tercer mundo y, menos relevante desde el punto de vista económico, pero significativo para el caso chileno, se pone fin a la mantención de las estructuras comunistas extranjeras en el exilio, en el territorio de la URSS.

**“... encomendar el traspaso de fondos al
Comité de Seguridad del Estado...”**

Finalmente, unas palabras sobre las formas de transferencia de las cuotas descritas más arriba a los partidos comunistas beneficiarios. En el

⁶¹ TsJSD, F89, O38, D54.

⁶² Ibidem, F89, O38, D55.

⁶³ Ibidem, F89, O38, D56.

caso de los principales destinatarios de la ayuda del PC soviético —los partidos comunistas italiano, francés y de otros países europeos—, se creaban empresas privadas en los países destinatarios, de propiedad de los partidos, pero a nombre de empresarios militantes o simpatizantes de confianza, que realizaban exportaciones de bienes o servicios a la URSS u operaciones multilaterales más complejas con su participación. Como resultado de estas operaciones, ingresaban a sus cuentas los fondos indicados, con muy pocas posibilidades de que los órganos controladores nacionales pudieran discriminar entre ganancias comerciales y donaciones políticas.

Otra vía de llegada de la ayuda acordada a sus destinatarios, la predominante en toda la historia de las relaciones entre el PC soviético y sus homólogos latinoamericanos, era la entrega de dinero en efectivo. Ésta la entregaban los residentes de la inteligencia exterior soviética (KGB) a las personas indicadas por los PC locales. No es casual que las resoluciones anuales del Secretariado del CC del PCUS acerca de las asignaciones de ayuda a los “partidos hermanos” terminaran invariablemente con la frase: “El traspaso de recursos se encomienda al Comité de Seguridad del Estado de la URSS. Encargado el compañero... (seguía el nombre del jefe de la KGB en curso: Andropov, Chebrikov, Kriuchkov)”⁶⁴.

El general de la KGB en retiro N. Leonov, residente en varios países latinoamericanos y luego encargado del departamento analítico de la KGB y finalmente jefe de la Inteligencia Exterior soviética, señala en sus memorias que esta función no era del agrado de los oficiales de la KGB, no porque estuvieran en desacuerdo con la práctica de ayuda a los PC del mundo, sino porque consideraban que esto les distraía de sus tareas directas (entendidas, al parecer, como aquellas que, en defensa y preservación de los intereses estatales de la URSS, estaban orientadas a contrarrestar la acción de sus “colegas” norteamericanos, y para las cuales los PC locales, al parecer, eran considerados poco importantes) y por el peligro que estas funciones implicaban dado el bajo nivel de equipos de seguridad y contra-inteligencia de los partidos, y la consiguiente posibilidad que el agente fracasara en su misión⁶⁵.

Hay que destacar que a partir del año 1989, y con mayor fuerza en los años 1990-1991, el PCUS realiza una campaña para invertir sus recursos en el extranjero, a través de las “firmas amigas” pertenecientes a los partidos comunistas o a militantes de esa tendencia en diversos países. Ésta

⁶⁴ Ibidem, F89, O38, DD 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56.

⁶⁵ N. Leonov, *Lijoletie [Tiempos difíciles]* (1995), p. 96.

vez se trata de un intento de salvaguardar los bienes del propio PCUS de las eventuales expropiaciones, las que efectivamente tuvieron lugar tras agosto de 1991.

Otras formas de ayuda

No hemos analizado en estas páginas otras formas de apoyo financiero a los partidos comunistas extranjeros practicadas por el PCUS. Reiteramos que el déficit constante de divisas convertibles en la Unión Soviética, junto con la ausencia casi completa de la noción de costos en la economía doméstica, hacía que los organismos soviéticos encargados de las políticas de cooperación (realizadas principalmente a través de la red del movimiento comunista internacional) trataran de desviar las solicitudes de ayuda a aquellas modalidades que excluyeran gastos en divisa, procurando que se tradujeran, en lo posible, en suministros de bienes de fabricación soviética o en servicios (médicos, educacionales, editoriales, incluso turísticos) prestados en el territorio de la URSS. La ausencia de sistemas de cálculo compatibles hace imposible su evaluación monetaria exacta, sin embargo, intentaremos a continuación realizar una mera enumeración de los más habituales ítems de la “ayuda no monetaria” para facilitar al lector algún tipo de análisis comparado, tomando en cuenta el canon de suministros y/o servicios ofrecidos.

Así, los viajes a la URSS por invitaciones oficiales de distintos organismos soviéticos (acordados con el “partido hermano”), con régimen “todo incluido”, podrían haber llegado, de acuerdo a nuestras estimaciones, hasta diez al año a fines de los cincuenta y principios de los sesenta, y hasta unas decenas a fines de los sesenta y principios de los setenta⁶⁶. Las becas para educación superior comienzan a otorgarse desde los principios de los sesenta (no necesariamente a militantes del PC chileno, pero con el consentimiento del partido) en cantidad de unas 50 promedio por año para carreras de 5 a 7 años de duración, y en 1970-1973 cerca de 80 a 100 por año para las carreras técnicas cortas⁶⁷. Los viajes con fines de “descanso y tratamiento médico” se reservaban para los dirigentes de partido de primer nivel y no superaban 3 a 5 personas por año⁶⁸. A su vez, los institutos culturales

⁶⁶ Incluían pasajes, alojamiento, alimentación, transporte oficial, servicios de intérpretes, viajes dentro del país, etc., con duración de 1 a 4 semanas generalmente.

⁶⁷ Incluían pasajes, costo de estudio, residencia estudiantil, atención médica, vacaciones dentro de la URSS, además de un “estipendio” equivalente al sueldo del profesional principiante soviético.

⁶⁸ Incluían pasajes, estadía, tratamiento médico completo en las instituciones reservadas para la alta nomenclatura soviética, vacaciones en las “casas de descanso” o “dachas” reservadas para el mismo estrato de la sociedad soviética.

ofrecían cursos gratis de ruso, ballet, música, etc., junto con charlas sobre la “realidad soviética”, ciclos de cine, exposiciones, distribución de publicaciones gratuitas en español.

En general, se trataba de un espectro de políticas de cooperación llamadas a crear y/o fortalecer la “imagen-país”, en cuanto conjunto de las culturas que formaban parte de la Unión Soviética, que se confundían y se entremezclaban con la imagen del “socialismo real”, es decir, con la materialización del ideal social por el cual estaban luchando los aliados políticos nacionales.

A esto habría que agregar ciertas formas específicas de ayuda ideológico-organizativa a los partidos hermanos, llamadas a la vez a asegurar la unidad ideológica del movimiento. En primer lugar, se trata de los cursos de cuadros, generalmente de corta duración (3, 6 meses o 10 meses), organizados para los militantes adultos, juveniles y sindicales por la Escuela Internacional “Lenin” (Escuela del Partido, Instituto de Ciencias Sociales adjunto al CC del PCUS), Escuela del Komsomol, Escuela Sindical (Escuela superior del Movimiento Sindical). En estos cursos intensivos, impartidos en Moscú en los más diversos idiomas del mundo, se inculcaban a los militantes de diversas edades y formaciones, los fundamentos del marxismo en su interpretación soviética, junto con ciertos principios y hábitos de trabajo organizacional elaborados por el movimiento comunista y de manera uniforme, por lo general, para todos los PC del mundo. Cabe destacar que desde mediados de los años 50 estos cursos expresamente excluían la preparación militar, centrándose exclusivamente en el adoctrinamiento político. Desconocemos el número exacto de chilenos que pasaron por estos cursos en el período estudiado, pero incluso estimando que se trataba de 3 a 10 personas por promoción, el número total no es despreciable.

Otro canal de “ayuda” soviética y, a la vez, para la mantención de la unidad del movimiento, lo constituían los textos procedentes de la URSS, distribuidos y administrados en Chile por el PC. Cabe destacar que la cultura comunista del siglo XX fue una cultura enraizada en el verbo. Los textos teóricos y la literatura del “realismo socialista” recibían tratamiento digno de sagradas escrituras y vida de los santos. Los militantes comunistas, sin distinción de clase, era buenos lectores, pero para la mayoría de ellos el mundo de las letras estaba representado exclusivamente por los textos mencionados. Como recuerdan los militantes de aquellos años, casi la totalidad de los textos utilizados en la “formación de cuadros” comunistas dentro del país correspondía a autores soviéticos, editados tanto en la URSS como en Chile.

Esta forma de ayuda se materializaba a través de la distribución gratuita y regalos de textos por diversos organismos soviéticos de cooperación cultural (que podían ser distribuidos luego en forma gratuita o pagada entre militantes y simpatizantes) y vía convenios, aparentemente comerciales, entre empresas soviéticas estatales para la exportación de libros, revistas y afines, y las editoriales y librerías de los PC locales, tanto para la venta como para la reimpresión de las publicaciones soviéticas en el país (véase documento en “Chile en los archivos de la URSS”, 1-1, *supra*, donde se mencionan préstamos en dólares para fines de propaganda comercial). Lo mismo sucedía con los cables informativos soviéticos que se traspasaban a las agencias noticiosas de los PC con derecho a su posterior distribución comercial. Los documentos disponibles también confirman la existencia de esta práctica en el caso de Chile.

En la misma línea de ayuda, las primeras oficinas de la agencia de prensa soviética “Novosti” (APN) en varios países latinoamericanos, entre ellos, en Chile, eran administradas en los años 60 por periodistas recomendados por los PC locales. Así, la primera agencia de APN en Chile en los años 60 estaba a cargo de un periodista del PC⁶⁹. La imposibilidad de separar la promoción de la imagen-país de la URSS y la propaganda de las ideas comunistas permite interpretar esta actividad como ayuda soviética al PC local y, a la vez, simplemente como una labor remunerada de ciudadanos chilenos para una agencia noticiosa extranjera.

Desde la perspectiva soviética, esas iniciativas conjuntas (a las que se podría agregar la organización de giras de artistas soviéticos y del muy incipiente turismo a la URSS por las empresas pertenecientes a militantes de izquierda), en el caso de los países latinoamericanos, tenían principalmente para la URSS un objetivo ideológico y político, es decir, promover la imagen de la URSS y, en menor grado, dar apoyo a los “amigos”, y nunca, prácticamente, se pretendía obtener ganancias en términos económicos.

El análisis realizado en estas páginas intenta definir las formas, los procedimientos y destinatarios de la ayuda política soviética en el período estudiado. Si bien esta ayuda del Fondo Internacional constituía el núcleo de la vinculación de los actores políticos chilenos con el campo socialista liderado por la URSS en esa etapa de la guerra fría, no abarca de manera excluyente todo el fenómeno. Quedan por indagar las políticas semejantes aplicadas en forma autónoma por otros países socialistas, especialmente por la RDA y Cuba.

⁶⁹ Entrevistas con K. Jachaturov, Moscú, febrero y agosto de 1998.

Según el ex vicepresidente de APN, K. Jachaturov, el presupuesto total de la representación de la agencia en un país latinoamericano de características similares a Chile, a cargo de un periodista local, ascendía en los años sesenta a 40 mil dólares anuales.

El interés de Cuba por los acontecimientos chilenos era considerablemente mayor que el de la principal potencia de su bloque, aunque la precaria situación económica y financiera de la isla excluía la posibilidad de apoyo financiero en divisa, semejante al brindado por la URSS. Las publicaciones existentes al respecto señalan los cursos formativos y el suministro de armas como las principales formas de apoyo cubano al movimiento revolucionario del continente, siendo sus principales contrapartes grupos y partidos nacidos a la luz del ejemplo de la revolución cubana, partidarios de la vía armada de la revolución.

Por otra parte, el gran apoyo prestado por la dirección de la RDA a la izquierda chilena después de 1973 permite suponer algún grado de acercamiento en el período previo, más aún cuando en los temas de “cooperación ideológica” Alemania del Este tradicionalmente tuvo una mayor participación que otros países socialistas europeos.

Un caso más complejo constituye la eventual “ayuda política” de los gobiernos de Yugoslavia, Corea del Norte y China, que no participan en los años 60 y principios de los 70 en las redes analizadas del movimiento comunista internacional “pro moscovita”. Antes de su retirada del Fondo Internacional, producto del conflicto generalizado chino-soviético, China fue el segundo “socio mayoritario” de la organización, cuyos aportes no se designaban “a dedo” desde Moscú, sino que se discutían entre las dirigencias de ambos países.

A fines de los años 50 y comienzos de los 60, como consta en las memorias de Luis Corvalán, el PC chileno recibía aportes esporádicos extraordinarios de China. Corvalán menciona (sin indicar el año) la solicitud de una rotativa para el diario *El Siglo*, respondida por la dirección china no en especie, sino en divisa. Los 50 mil dólares para los comunistas chilenos fueron retirados de un banco europeo y traídos al país por Pablo Neruda⁷⁰. Se puede afirmar que a partir del empeoramiento sustancial de las relaciones y abierta enemistad entre la URSS y China, se hace absolutamente imposible que un mismo actor político reciba ayuda de ambos países al mismo tiempo. Hasta el momento no hemos encontrado manifestaciones explícitas de la preocupación de la parte soviética por el supuesto acercamiento de algún actor chileno con China Popular.

En cuanto a las políticas de “ayuda internacional política” de Corea del Norte y de Yugoslavia, éstas siempre se desarrollaron de manera absolutamente autónoma, dirigidas principalmente a organizaciones menos ortodoxas de la izquierda internacional. Su presencia en el proceso político chileno está aún por analizarse.

⁷⁰ Luis Corvalán, *op. cit.*, p. 109.

A su vez, entre los beneficiarios de la ayuda internacional del campo socialista en Chile hemos visto sólo el caso del PC, que aparece como el único receptor de los aportes soviéticos. Ningún otro partido chileno aparece antes de 1973 en la lista de beneficiarios del Fondo Internacional, situación que se revertiría posteriormente, con la incorporación en ella del Partido Socialista chileno (de su fracción almeydista después de la división) y en la segunda mitad de los setenta, del MAPU OC. Mientras tanto, el tema de fuentes, formas y procedimiento del eventual apoyo externo al financiamiento del Partido Socialista y otras corrientes de la izquierda chilena queda abierto.

Comentarios finales

Los documentos archivísticos que hemos analizado demuestran la existencia de un vínculo orgánico, permanente y regular entre el PC chileno y el PC soviético desde mediados de los años 50 hasta el fin del período analizado, cuyo núcleo estaba representado por los aportes financieros, regulares y de libre disposición. La ayuda más significativa fue proporcionada al PC chileno a principios de los años 70, cuando este partido llegó a ocupar la cuarta y sexta posición entre los beneficiarios de la ayuda partidista soviética. Esta ayuda constante y creciente a lo largo de los años 60 y principios de los 70 ha sido un factor de importancia en la política interna chilena. La sola consideración del valor real que tenían en su momento las sumas aportadas por diversos actores internacionales a sus aliados en Chile modifican sustancialmente la percepción de su eventual impacto (véase Cuadro N° 1).

Sin embargo, de ningún modo queremos insinuar que los comunistas chilenos hubiesen sido una especie de mercenarios a sueldo de Moscú. El comunismo, en cuanto la religión laica del siglo XX que llenara los vacíos dejados por las seudosecularizaciones de las sociedades con importante componentes de mentalidad tradicional, pudo desarrollar niveles de mística (incluyendo el espíritu de sacrificio y martirio) comparables con las etapas fundacionales de las grandes religiones.

El espíritu de servicio a la causa por encima de todo y de austeridad constituían la base de la cosmovisión desarrollada por sus fieles, cuyas manifestaciones más conocidas en el caso chileno eran los diputados y senadores que entregaban sus sueldos parlamentarios al partido, los ministros y congresales de origen obrero que seguían viviendo en poblaciones populares, etc. Este mística y veneración del Partido explican la existencia de importantes fuentes de financiamiento internas: desde las cuotas de mo-

destos militantes hasta aportes de destacados profesionales e incluso empresarios, atraídos por el mítico propósito de construir el reino de Dios en la Tierra.

Aun cuando el comunismo chileno contaba en esa etapa de la historia del siglo XX con una indiscutida base social propia y autónoma, esta ayuda soviética, aparentemente modesta, contribuía a la mejor articulación y funcionamiento de su máquina partidista. Asimismo, si bien el carácter rutinario y regular de la ayuda que hemos intentado ilustrar en estas páginas puede ser interpretado desde la perspectiva de análisis de política soviética como formalismo e indiferencia de la dirección brezhneviana hacia el “movimiento comunista internacional”, aseguraba el funcionamiento orgánico, constante y a largo plazo de un partido político con determinado arraigo histórico en la sociedad. El PC chileno era un partido basado en estructuras estables, en cuadros de “revolucionarios profesionales”.

“Esto se les daba para pagar los sueldos”, señaló conversando con nosotras uno de aquellos que habían entregado “las platas del PCUS, en maletines, a los amigos”. Desconocemos el mecanismo de distribución efectiva de esta ayuda al interior del PC chileno, pero en la percepción de los funcionarios soviéticos del nivel medio estaba destinada a apoyar las actividades diarias del partido: pagar sueldos a sus funcionarios, arriendos de locales, apoyar imprentas y publicaciones, organizar eventos; en otras palabras: a tener una presencia político-partidista más relevante. A la vez, aparte de sus efectos prácticos cotidianos, esta ayuda fomentaba entre los militantes la percepción mítica de pertinencia al movimiento global, a la vez que en la práctica amarraba más al PC criollo a las políticas de su “hermano mayor”.

El informe elaborado en la embajada soviética en Santiago en octubre de 1970, en el que se analizan las posibilidades de que Allende fuera confirmado presidente por el Congreso, es de especial interés. Aquí se examina la situación interna de la Democracia Cristiana (PDC), y se insinúa la posibilidad de una alianza con la DC o, al menos, con sectores de ella. Se busca “aislar [...] al ala derechista del PDC” (véase “Chile en los archivos de la URSS”, 2-1, *supra*). A su vez, el informe preparado en el Instituto de América Latina de la Academia de las Ciencias de la URSS, a mediados de 1972, presenta un cuadro suficientemente realista de la situación política chilena (véase “Chile en los archivos de la URSS”, 2-9, *supra*).

El análisis completo y detallado del conjunto de estas fuentes trasciende los marcos de este artículo y será presentado en otra oportunidad.

Sin embargo, queremos hacer notar, como una especie de *leit motiv* de esta relación, la divergencia, trágica para la izquierda chilena, entre el pragmatismo soviético y las expectativas de sus “socios” chilenos respecto de la importancia que ellos tenían para la URSS y del compromiso soviético con el proceso chileno, especialmente en términos económicos. Un ejemplo claro de estas diferencias de apreciación se refleja en el informe de 1972 recién mencionado (2-9), donde se concluye:

[E]l plan de desarrollo del comercio soviético-chileno propuesto por la parte chilena implica que la Unión Soviética tendría que aceptar condiciones que jamás se han contemplado en las relaciones de la URSS con los países en vías de desarrollo. Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes partidas de productos de primera necesidad, y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de un crédito a largo plazo. A su vez, se supone que la Unión Soviética tendría que importar productos, de los cuales no tiene mayor necesidad, y pagarlos de inmediato en moneda firme [...]. (“Chile en los archivos de la URSS”, 2-9, *supra*.)

Estas expectativas de la izquierda chilena se basaban en su admiración por la URSS y en la devoción cuasirreligiosa que le profesaban ciertos sectores, especialmente la “cultura PC”, así como en su lectura literal de los principios ideológicos del “internacionalismo proletario” declarado por la URSS. Todo esto se mezclaba de manera sutil y compleja con el sueño de obtener una varita mágica externa para resolver los problemas internos (o sea, traspasar parte de la responsabilidad al otro)⁷¹, sueño alimentado por la cercanía y/o coincidencia del PC local con su “hermano mayor” en sus apreciaciones sobre la situación chilena, lo que favorecía un ambiente de confianza especial en las relaciones partido (PC chileno)-Estado soviético⁷².

Las percepciones y el comportamiento soviéticos reflejaban la correlación de factores ideológicos y de *real politik* de su política exterior, y también, en medida importante, la lógica de la contraposición bipolar de la era de la guerra fría.

⁷¹ Así, según el informe de la delegación soviética que asistió al traspaso del mando a Salvador Allende, Luis Corvalán reprochaba a la parte soviética no haber creído en el triunfo de la UP y no tener proposiciones para la futura colaboración económica y política.

⁷² Esto se refleja en el tono de las entrevistas de los embajadores soviéticos en Santiago con los dirigentes comunistas chilenos, en las que se evaluaban las otras fuerzas nacionales —tanto rivales como aliadas—, la situación del país y al interior de la Unidad Popular, el peso del PC dentro de la coalición, las relaciones de la izquierda chilena con otros polos de la izquierda internacional, Cuba en particular, etc.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Besedovski, G. *K termidoru [Hacia el termidor]*. Moscú: Sovremennik, 1997, pp. 159-160.
- Cherniaev, A. *Sheft let f Gorbachovim [Seis años con Gorbachov]*. Moscú, 1993.
- Corvalán, Luis. *De lo vivido y lo peleado. Memorias*. Santiago: LOM Ediciones, 1997.
- Senado de los Estados Unidos. *Covert Action in Chile*. Washington, D.C.: US Government Printing Office, 18 de diciembre de 1975.
- Internacional Comunista, Buró Sudamericano. Documentos conservados en el Centro de Conservación y Estudio de los Documentos de Historia Contemporánea (RTsJIDNI), fondo 495.
- International Newletters of History on Communism, Stalinism and Komintern*, N° 5-6, Colonia, 1995.
- Leonov, N. *Lijoletie [Tiempos difíciles]*. Moscú, 1995.
- Partido Comunista de la Unión Soviética, Comité Central. Documentos del Centro de Conservación de la Documentación Contemporánea (TsJSD). □

¿PEÓN O ACTOR?
CHILE EN LA GUERRA FRÍA
(1962-1973)

Joaquín Fernandois

En estas páginas Joaquín Fernandois plantea que la documentación presentada en esta edición de *Estudios Públicos* —la conferencia y la entrevista ofrecidas por el embajador Edward M. Korry, el trabajo de las historiadoras Olga Uliánova y Eugenia Fediakova, así como los documentos anexos— tiene que ser comprendida en el contexto de las tensiones ideológicas del siglo XX de las que Chile fue testigo y parte. El país ha sido extraordinariamente sensible al desarrollo de la política mundial. Su vida política reflejó simultaneidad con la evolución de los acontecimientos mundiales. Esto explica, señala Fernandois, que en la polarización de los años sesenta y comienzos de los setenta, norteamericanos y soviéticos se multiplicaran en sus esfuerzos por promover en Chile políticas que estuvieran acordes con la lectura que hacían de sus propios intereses. Pero los actores chilenos no eran meros peones; estaban convencidos de que en esos términos —“socialismo”, “libertad”, “mundo libre”, “antiimperialismo”— se jugaban sus propios intereses. El embajador Korry fue testigo de esta interrelación, desde el enamoramiento de la administración Kennedy con la posibilidad de un gobierno “reformista” en los años sesenta, pasando por el financiamiento vago y estéril a una

JOAQUÍN FERNANDOIS, Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Estudios Públicos, 72 (primavera 1998).

campaña anticomunista en 1970, hasta su propia recomendación de apoyar a las fuerzas de oposición al gobierno de la Unidad Popular. Por otro lado, los soviéticos financiaron al Partido Comunista y veían con gran simpatía a la Unidad Popular. A su vez, ofrecieron tentadores créditos al Ejército chileno con la idea de “peruanizarlo” a mediano plazo. Pero no estaban dispuestos a ayudar a la “experiencia chilena” con un subsidio semejante al entregado a Cuba. A pesar de ello, sus admiradores criollos tenían a Moscú como el paradigma regulador de la política chilena.

El impresionante testimonio que presenta *Estudios Públicos* en esta edición —las revelaciones del embajador Edward M. Korry y la investigación de las historiadoras Olga Uliánova y Eugenia Fediakova— no proviene de un deseo de proporcionar un “evento”. Se trata de dar la posibilidad de pensar la historia del Chile moderno como parte de un todo mayor, al cual los chilenos se han adherido en gran medida por un impulso que les es propio. Tanto la fuente norteamericana como la soviética dan cuenta de una sociedad que les irrita y les fascina, ante la cual no se está seguro ni de comprenderla del todo, ni de poder configurar su desarrollo cotidiano de manera significativa. Por otro lado, en Chile creemos tener una idea acerca de “lo que pasó”; o bien queremos olvidar esos años para cimentar el presente. Como sea, esta historia está con nosotros y nos sigue constituyendo, aun dentro de las circunstancias tan diferentes de este fin de siglo.

Chile y el mundo

Apenas se miran las relaciones que Chile ha tenido con el “mundo” y la política mundial, se piensa en vínculos en la forma de líneas telefónicas, como cables que comunican al país con los “otros países”, ya sean nuestros vecinos o las grandes potencias. En realidad, no sin razón, si se le preguntara al público culto quién es nuestra contraparte internacional, pensará en los “grandes” como los sujetos del escenario internacional. En todo caso, según esta idea, Chile aparece como una isla con vínculos comunicacionales con el mundo y que se relaciona con éste mediante una serie de estímulos que van y vienen. No pocos países del mundo deben tener a su vez esa imagen de sí mismos. En esta imagen, la diplomacia, la estrategia y, a veces, las relaciones comerciales aparecen como las formas de encarar esas comunicaciones.

En ocasiones esta percepción está complementada o empujueñecida por otra: la de que este país no sería más que un reflejo de fuerzas globales y, en primer lugar, de las grandes potencias. El “imperialismo”, de signo a gusto de cada cual, sería el verdadero actor internacional. Y aquí no se tiene en mente sólo a las fuerzas del Estado. Es decir, no sólo el gobierno de turno debería inclinarse ante los dictados “externos”, sino que diversas fuerzas en el país, ya sea algunos partidos políticos, la “oligarquía” o el Partido Comunista, también obedecerían a intereses esencialmente “foráneos”. El sentido de la independencia estaría, entonces, en romper estos lazos. Muchas veces la política nacional fue legitimada recurriendo a estas imágenes. En otras palabras, a lo largo del siglo tanto izquierda como derecha, y su correlato, el centro, han recurrido a la fácil imagen del “antiimperialismo” para promover sus persuasiones.

Lo que pocas veces se ha reflexionado es que, al menos desde nuestra emancipación, y con mayor fuerza desde hace un siglo, países como los nuestros fueron parte de una sociedad mundial que crece inacabablemente, aunque las fronteras entre las sociedades no llegan a borrarse ni, probablemente, jamás se borrarán. Esto sucede porque Chile pertenece a un *sistema internacional*, un conjunto interrelacionado de actores cuyos intereses y gravitación no pueden ignorarse sin grave peligro para el país. Aun hoy día, después de la Guerra Fría, vivimos al interior de una cadena de fuerzas denominada “sistema de Estados”. A lo largo del siglo, esto era todavía más cierto. La situación no se presenta como un callejón sin salida, pero los diferentes responsables han tenido opciones claramente restringidas.

Nuestra integración al mundo, en efecto, no ocurre sólo mediante relaciones Estado a Estado, sino que también de otra manera, más sutil, pero no menos real. Hemos construido la imagen de nosotros mismos a partir de una sociedad donde la voluntad política, la voluntad de Estado como espacio público, ha sido un ingrediente básico de la vida colectiva y de la inspiración de individuos y grupos. Esto crea un campo de fuerzas que no es fácilmente manipulable por la voluntad de los grandes, en caso que éstos quisiesen hacer de titiriteros. Pero también las fuerzas y las personas que han sido líderes fueron educadas en el torbellino de la *política mundial*, es decir, sus percepciones de “lo que se debe hacer” se formaron en las fuentes de la cultura moderna. Fuimos fundados por esa parte de Europa que no inventó la modernidad, pero también, al igual que la Península Ibérica en los siglos XVIII y XIX, miramos hacia la Europa moderna y —desde la Segunda Guerra Mundial— hacia Estados Unidos, como las sociedades que nos deben servir de inspiración para forjar nuestra propia

identidad. En el escenario de la post-Guerra Fría esto no es muy diferente. También, aunque es Occidente la civilización que alumbra lo moderno, en muchos de sus rasgos se trata de técnicas y modos de organización perfectamente traslapables a otras culturas. Esto ha sucedido de manera aparentemente incesante hasta nuestros días.

Sólo quien añore un mundo autorreferente, aislado y, desde luego, desconocido, podrá encontrar que este hecho constituya una fuente de enajenación. No pocas veces en la historia de la modernidad se ha querido escapar a este torbellino. Más todavía, en la política moderna la posición ante lo inescapable o promisorio de la modernidad ha sido un punto de fuga esencial. Chile, naturalmente, no puede pretender ser un espacio intocado por esta realidad. Las guerras napoleónicas y el lenguaje entonces empleado fueron las causas más remotas de la formación apresurada de los Estados hispanoamericanos y de nuestro país. Esto ha dejado una marca hasta el presente.

Más todavía, como dice Arturo Fontaine en el prólogo a estos documentos que presenta *Estudios Públicos*, la política chilena y su remolino de ideas ha tenido un carácter más universal o más global que la de otros países latinoamericanos, en especial más que la de los grandes: México, Brasil, Argentina. Por una parte, en el siglo XX la política chilena ha mantenido una asombrosa analogía, al menos formal, con el desarrollo de la cultura política europea. Por otro lado, en estos últimos treinta años las grandes figuras de la política y del Estado en Chile pasaron a ser imágenes de valor continental y hasta mundial, ya sea como modelo, como utopía o como antiutopía. Esto empieza algo tímidamente con Eduardo Frei Montalva; después se catapultó al estrellato con Salvador Allende, y tiene su *bête noire* en Augusto Pinochet. Todavía, en los años noventa, con algo de convencionalismo, Chile evoca la idea del “modelo”. Estas figuras hacen que Chile sea conocido e inteligible en el mundo, al menos inteligible según las categorías del receptor.

Más allá de las grandes figuras, las diversas persuasiones que se han desarrollado en el país han estado directamente influidas y hasta modeladas por ideas e ideologías de alcance global. En alguna manera, expresándolo ciertamente con exageración, el comunismo-anticomunismo —una gran polaridad del siglo— en Chile ha sido más antiguo que el comunismo. Existía potencialmente, como marxismo/antimarxismo, desde la “huelga de la carne” en 1905. Luis Emilio Recabarren fundó al antecesor del comunismo, el Partido Obrero Socialista, en 1912. Y en las elecciones de 1920 ya se esgrimió la posibilidad de que se repitiera la revolución bolchevique (o “maximalista”, como se decía entonces) en la costa del Pacífico sur. En los

años treinta, el elenco político chileno, de izquierda a derecha, repetía con casi total exactitud las tendencias políticas europeas.

De los años cuarenta a los ochenta, el país se encontró en el ojo del huracán de la Guerra Fría. Escasamente se debió a la importancia estratégica de Chile. El cobre ha sido importante, pero en caso de emergencia las potencias occidentales no se iban a poner de rodillas por no comprarlo en Chile. Los cuatro mil kilómetros de costa no podían significar mucho como valor geopolítico; lejos de los grandes teatros de operación, no es en el peso económico, territorial o militar donde se encontraba la significación internacional del país. En cambio, la imagen política del país sí tenía una gran irradiación en el continente. Con la espectacularidad de la elección de Allende esta realidad se multiplicó y se expandió, especialmente hacia Europa Occidental y hasta en Estados Unidos. Además, aunque la historia de Chile no permite afirmar que ha tenido como estructura inalterable un orden republicano democrático, desde la “crisis ideológica mundial”, en la antesala de la Segunda Guerra Mundial, hasta comienzos de los años setenta, hubo en este país un orden político efectivamente democrático.

Esto era importante para los chilenos y para los otros. Para nosotros era un motivo de sonrisa de tonalidad arrogante el mirar por encima del hombre a nuestros vecinos trasandinos y hacer sátira de sus “planteos”, la serie interminable de golpes y contragolpes militares que, junto al populismo, frustraron el desarrollo de la sociedad más moderna de la región. “Chile es diferente” es lo que escuchó la generación nuestra. En cierta manera era un artículo de fe desde comienzos de los años cuarenta. Para Estados Unidos, desde los años de la guerra, era importante mantener con vida a la “única democracia existente”, como repetidamente informaban sus responsables hacia América Latina. Por cierto, había otras razones generales, de pugna mundial, que justificaban esta acción norteamericana. Se trataba de la gran confrontación de Estados y de creencias o ideologías que sentó las bases de la Guerra Fría. El destino de Chile, o de Taiwan, de Somalia, o de Granada, por más diversas que fueran sus historias y sus propios conflictos, tenían un peso específico en la lucha global. La elección de un “proyecto socialista”, es decir, marxista, ponía de relieve la superioridad de un sistema sobre el otro en la pugna de las imágenes. Era un poderoso mensaje para aquellas zonas de inestabilidad, es decir, la gran mayoría de los países en donde no se había consolidado ni el “modelo occidental” (democracia y economía tendencialmente de mercado), ni el sistema marxista o totalitario.

Pero en Chile no había una ocupación extranjera ni una guerra civil. Eran las propias fuerzas políticas chilenas las que constituyeron polos de

atracción que emulaban, en lo ideológico, al gran marco de la confrontación global. El Chile político, como el Chile cultural por lo demás, desarrolló su identidad en sincronía y analogía casi instantáneas con las fuerzas que definían la política mundial. Incluso, la idea de representar una posición diferente al mero polo comunismo/anticomunismo era una respuesta a este desenvolvimiento global. El antimarxismo, sentimiento que inundaba de manera cambiante a una parte de la cultura política chilena, muestra los mismos tipos de argumentos que sus contrapartes en casi todo el mundo. Asimismo, desde los años treinta se había instalado una subcultura marxista en la política chilena, que tenía enormes ramificaciones regionales, gremiales y muchas veces familiares. El Partido Comunista (PC) constituyó un caso extraordinario de creación de un grupo disciplinado, movido en gran parte de su existencia por un impulso que se podría llamar “milenarismo político”, con su paradigma en la URSS. Esto fue parte de un sentimiento universal, pero con particular fuerza en el país. El PC sabía, además, extraer una notable capacidad de sacrificio y renunciamiento de sus miembros, algo extraño en Chile salvo en ciertas órdenes o grupos religiosos.

Las fuerzas chilenas y sus cambiantes relaciones con Washington

No hacía falta recurrir a la historia de Estados Unidos como gran potencia regional para entender que muchos actores en Chile, si se sentían amenazados, iban a recurrir a Washington como fuente de asistencia. Los norteamericanos tenían, además, un presencia en la política chilena que antecedió a 1940, cuando la Segunda Guerra Mundial hizo que se originara aquello que con su porciúnculo de exageración el embajador Korry denomina “relaciones incestuosas” entre chilenos y norteamericanos. La importancia de la comunidad de percepciones se nos hace más patente si recordamos que, en 1971, el sector empresarial chileno no movió un dedo ni expresó ningún lamento público por la expropiación de la Gran Minería del cobre.

Los comunistas no podían experimentar ninguna sensación de cometer un acto incorrecto por orientar su política de acuerdo con la inspiración soviética, incluso contra toda razón y oportunidad, como cuando apoyaron la intervención en Checoslovaquia en 1968. El concepto de “patria del proletariado”, que era la URSS, imagen global en el comunismo en los años treinta, estaba todavía muy viva en el comunismo chileno hasta bien avanzados los años setenta. Esa patria era un estado de naturaleza reencon-

trada, donde no habría contradicción entre grupos ni entre naciones. ¿Por qué el “movimiento obrero” de Chile no reconocería que ahí estaban también sus intereses? ¿No era muy natural que todos los esfuerzos de los “sectores populares” debían dirigirse entonces contra el imperialismo?

Debe anotarse, dicho sea de paso, que en nuestro Chile, con las desmemorias de siempre —no tan únicas en el planeta—, *todas* las fuerzas políticas han mostrado en un momento o en otro, alternativamente, un ánimo pro y antinorteamericano. No era para menos, por el poderoso influjo que la sociedad creadora de lo moderno y del Estado-nación más poderoso del siglo ha arrojado sobre América Latina. Se ha dicho que la relación es de amor-odio, y parece que esta idea es certera. Alternativamente, así ha sucedido en el caso chileno. Los comunistas fueron pro norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, y por lo tanto alentaron la intervención de Washington. La izquierda volvería a hacerlo después de 1973. La derecha, aunque coincidiendo básicamente con la *Weltanschauung* económica y organizacional, en varias ocasiones ha destacado un “antiimperialismo” político, pero con una lógica que se deja ver: la de defender su modo de vida y sus sentimientos hacia el mundo moderno. La cultura política norteamericana le era casi tan extraña como lo era para la izquierda marxista.

La verdad es que a pesar de la interrelación política y económica, el conocimiento que había en el Chile de ese entonces acerca de Estados Unidos era muy escaso. La clase pensante chilena, en lo relacionado con la cultura política norteamericana, estaba abotargada por su aislamiento de país insular y su participación en el solipsismo latinoamericano; lo estaba por los prejuicios y los juicios ideológicos. En este sentido, los golpes a partir de 1973 enseñaron mucho a moros y cristianos, aunque el trasfondo de fascinación y rechazo por el *American way of life*, en sus variados aspectos, va a ser una mirada quizás permanente.

La idea que vendría a la mente, entonces, es que en vista de esta capacidad de penetración y aleación de Washington con sus “socios”, tanto mayor sería su capacidad de influir sobre los acontecimientos en Chile. Creemos, sin embargo, que la realidad era exactamente la contraria. El material que tenemos en este número de *Estudios Públicos* es un argumento adicional para ser escéptico ante la teoría del “agente”. Es cierto que es bastante grande la capacidad de influir que tiene una gran potencia como Estados Unidos y que es mayor cuando las categorías de civilización son relativamente convergentes, como en el caso presente, aun sin esos presuntos “socios”. Instituciones similares implican intereses similares cuando se encara a una coalición de intereses y visiones antagónicas. Y las grandes potencias, una constante de la historia, por el mero hecho de existir tienen

garantizada una cuota considerable de influencia unilateral. Las grandes potencias no desaparecerán en un mundo globalizado; lo vemos a diario en el escenario mundial. Pero estos “socios” chilenos no son marionetas; son parte de la historia de una sociedad pequeña pero provista de su propia dinámica. Poseen sus propias motivaciones y “distorsionan” todo mensaje, “orden” o impulso proveniente del Hermano Mayor. El socio mayor depende también de las necesidades y percepciones del socio menor. Salvo que el socio menor lo agrede directamente, Washington tiene que conllevar la coexistencia con esta región, incluyendo a estos países lejanos y hasta cierto punto incomprensibles para él.

De todas maneras, en diversas circunstancias Estados Unidos ha considerado necesario hacer llegar su mano no sólo para influir en las decisiones de política exterior de Chile, lo que sería natural, sino que ha intervenido como actor de la política interna, a la que miraba como parte de sus propios intereses. Pero aquí viene lo interesante. También todas las posiciones políticas en Chile, desde los treinta hasta los ochenta, en un momento u otro —por supuesto, no podía ser sincronizado— alentaron y/o favorecieron conscientemente la intervención de Washington. Desde mediados de los setenta tenemos documentada una parte de esta relación para la década anterior, hasta 1973; otra, de otra fuente, se revela en este número de *Estudios Públicos*. Menos presente en la atención pública de los chilenos está el hecho de que desde la Segunda Guerra Mundial existía esta relación con Estados Unidos, y probablemente con la URSS.

Desde la derecha y el centro se contaba con una ayuda intermitente de Washington. Esto se tiene claro con el material proporcionado por los *Hearings* de la Comisión Church. En esos documentos se aludía al *probable* financiamiento de parte de la URSS. Pero también hay que añadir la voluntad política de incorporar a Washington como actor indirecto en el escenario político interno. Los comunistas, con su estrategia política a partir de la madrugada del 22 de junio de 1941 (sí, esta pedantería es necesaria; en esas horas se cambiaron titulares y algunas calificaciones), favorecían a toda costa una presencia norteamericana que no podía estar muy lejos del financiamiento de las “fuerzas antifascistas”. Después de 1973, la política de muchas fuerzas de izquierda y de centro alentaron una intervención de Washington en contra del gobierno militar. En los ochenta ya se tenían canales políticos y se usaba algo más *chic* como la National Endowment for Democracy. De más está decir que dichas fuerzas usaron los vínculos con Cuba, la URSS y otros para promover políticas en contra del gobierno militar, aunque parte de esa izquierda se retira de esta estrategia en los ochenta.

Esta situación, ¿testimonia un país “penetrado”, satelizado, entregado, sustraído de voluntad propia? No nos parece en lo más mínimo. Como se insiste poco después, los mismos documentos aquí presentados constituyen elocuente prueba del sentimiento de impotencia de los norteamericanos por no poder influir en el desenlace del país austral, a pesar de los recursos y las esperanzas colocados en sus políticas. Las fuerzas chilenas, el país mismo, son una parte de la política mundial, en gran medida por la sensibilidad de nuestra cultura política ante los acontecimientos globales. Precisamente, sin los cambios intelectuales y políticos ocurridos en el mundo en los años setenta y ochenta, no se explica la convergencia que se dio a fines de esta última década, ni el consenso nada de extraño de los noventa, por frágil que sea como toda criatura de la historia.

Todo esto prueba sencillamente que las fuerzas chilenas identificaban sus intereses no sólo con las estrategias de política exterior de alguna gran potencia —¿algo raro en esto en la historia universal?—, sino con la dinámica y las opciones políticas de su sociedad. Prueba que eran parte de una sociedad civil internacional que ha sido un poderoso motor del encuentro entre sociedades a lo largo del siglo, lo que se ha incrementado cuantitativamente en la década de los noventa. Prueba que la realidad que pueda haber en las palabras como democracia, socialismo, liberación, comunismo, dictadura, desarrollo... era una referencia del lenguaje de nuestra política. Que no haya sido sano para nuestro sistema político que esta coincidencia se expresara en un flujo de recursos, quizás es un elemento a considerarse. En todo caso, era insano que durante el “Estado de compromiso” fuera un artículo de fe que el sistema internacional o una potencia le debía a Chile una suerte de subsidio. Eso creó un mercado de ilusiones que hipotecó gravemente a la política chilena. Lo mismo se podría decir de los “dineros de la CIA” o del “oro de Moscú”.

Una somera lectura a la nueva documentación que revela *Estudios Públicos* no hace más que reforzar esta impresión. Nuevamente, es la “relación incestuosa” a la que se refiere el embajador Korry; sospecho que lo mismo se podría decir del Partido Comunista chileno y la URSS.

Los años sesenta en Chile presenciaron una creciente ebullición. La polarización política se incrementó notablemente. La insatisfacción con el “sistema” era patente, aunque no se puede desconocer la fuerza del sentimiento conservador, o al menos antirrevolucionario, representado, si se quiere, por las figuras emblemáticas de Eduardo Frei Montalva y de Jorge Alessandri. Esto creó un campo de fuerzas que parecía temible o excitante, pero de difícil manipulación. En esa década Chile fue la esperanza de fuerzas contradictorias. La Revolución Cubana provocó un activismo enor-

me de parte de Washington, inusitado desde los días del “Buen Vecino” de Franklin D. Roosevelt. Activismo que se encarnaba en la *young America* de John F. Kennedy. Su discurso de inauguración, el 20 de enero de 1961, fue un epitome del lenguaje del último momento de creencia ingenua en que el “sueño americano” podía lograrlo “todo”.

En nuestro continente esto se expresó en la Alianza para el Progreso, que operaría modernizadamente en los pueblos todavía atenazados por fuerzas retardatarias. El embajador Korry demuestra muy claramente cómo éste era el mapa mental con el que los hombres de la Casa Blanca miraron al Chile de los sesenta. En su escándalo, el embajador quizás olvida que una parte de las fuerzas políticas chilenas, especialmente la Democracia Cristiana, había sido educada mirando al reformismo norteamericano representado en Franklin D. Roosevelt; también tenía que mirar a John F. Kennedy como fuente de inspiración. Además, hasta mediados de la década de 1960 tuvieron el genio para seducir al *staff* de la Casa Blanca. Después hubo un enfriamiento, producto del cambio de prioridades en los años de Johnson y de la visión del nuevo equipo de Nixon. Es aquí donde el 4 de septiembre de 1970 cae como un terremoto. Washington adopta un tono público de prescindencia, para apoyar con discreción un acto semi-constitucional o un golpe de Estado con el objeto de impedir la subida de Allende al poder. A partir del 3 de noviembre siguiente, después de la tragedia Schneider, la Casa Blanca adopta la política, natural, de ir progresivamente retirando la ayuda a Chile; paralelamente apoyará con recursos financieros a la oposición política en Chile, que fue cada día encontrando menos fuentes de financiamiento por el progresivo control sobre la economía ejercido por el gobierno de la Unidad Popular¹.

El estrellato de Chile y los años de hierro

Pero toda esta situación, algo vislumbrada en esos años, pero sin ningún tipo de detalles, saltó a las primeras páginas con las noticias acerca del informe evacuado por la Comisión Church en 1974 y 1975. Esto fue parte de la atmósfera de Watergate y post-Vietnam, que puso en la picota al *establishment* norteamericano y que expresaba el profundo malestar y desengaño, con su cuota de histeria, de la sociedad norteamericana. Junto al material que emergía de los *Hearings* de la ITT, esto constituyó un caso

¹ Todo este desarrollo está tratado en mi libro *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (1985).

sensacional de revelación acerca de motivaciones y políticas adoptadas sigilosamente por Washington. Aunque parte de su carácter fuera previsible para cualquier estudioso de la política mundial, los detalles surtieron gran efecto, sobre todo por las simpatías generales que despertó Allende después de su muerte. Claramente, sobre este tema, Washington estuvo a la defensiva hasta fines de los setenta, y después también. Junto con los *Pentagon Papers* (revelaciones acerca del origen de la intervención en Vietnam), los *Hearings* sobre Chile constituyen un caso asombroso de cómo una gran potencia puede exponer sus motivaciones y sus políticas de manera pública, en medio de un gran sentimiento de culpa y de denuncia por la falta de moralidad del gobierno. Que esto haya sido así es harina de otro costal; pero no cabe ninguna duda que “el caso chileno” constituyó un momento de la crisis norteamericana.

Esto significó un nuevo estrellato para el caso de Chile. Además de la espectacularidad del Chile de la Unidad Popular, y del Chile de la “antiutopía” del gobierno militar, se añadió ahora el papel pasivo, pero de cierto protagonismo, que desempeñó en la crisis política norteamericana de los setenta. Esto culmina, en los medios de comunicación de masas, con la referencia a Chile en el debate presidencial televisado de septiembre de 1976 entre el retador Jimmy Carter y el Presidente Gerald Ford. El demócrata le enrostra a Ford la situación de Chile como producto de las políticas de la Casa Blanca.

Para aquilatar la importancia de los documentos que se presentan en este número hay que acotar este vasto problema. Fruto de estos hechos se produjo una fijación en las interpretaciones de la caída de la Unidad Popular, es decir, de las causas del 11 de septiembre. Que “la CIA desestabilizó a Allende”, como explicación final, pasó a ser un supuesto de la conversación acerca de Chile. El “acoso” norteamericano parecía ser la principal fuente de la crisis que llevó a la caída de Allende. Los militares, en último término, habrían actuado movidos por los hilos manipulados desde Washington. Según esta interpretación, en el origen de estas políticas estaban tanto obsesiones irracionales anticomunistas, que confundían toda reforma social con influencia comunista, como intereses económicos que se dañarían con políticas más acordes con los intereses nacionales, que serían las que habría promovido la Unidad Popular. Las emociones que concitó esta imagen se pueden ver en la película *Missing*, que en los años ochenta capturó la emoción de gran cantidad de público y que juega en torno a la idea de la manipulación norteamericana.

Es cierto que en el Chile de la década de los noventa esa interpretación de los hechos ya casi no existe. Pero en los setenta y ochenta configu-

ró gran parte de las emociones con que el mundo miró a Chile². Que la CIA había dirigido la conspiración contra Allende, eso no se ponía en duda; que el 11 de septiembre fue tramado con los norteamericanos, tampoco se ponía en tela de juicio; que el gobierno militar a partir de 1975 empezó a tener serios roces con Washington, eso era algo que no se tenía en cuenta en la explicación; como tampoco se tenía en cuenta el hecho de que si había sido tan fácil para Estados Unidos derrocar a Allende, ¿por qué no obtuvo nada con los grandes recursos invertidos en los años sesenta, ni impidió el acceso al poder de la Unidad Popular después de las elecciones?

Éstas son las preguntas que ha formulado otra historiografía, otra “chilenología”, y que hoy día, con una mirada más analítica aunque con menos respuestas “prácticas”, tiende a predominar. Mas, por cierto, este tema no es una estrella del foro público³. En Chile o en Estados Unidos, los sesenta y los setenta constituyen lisa y llanamente “el pasado”. En nuestro país *todos* tienden un manto del olvido, aunque ocasionalmente le llamen “memoria”. Quizás ha llegado el momento de ejercitarla acompañada de una mirada inquisitiva, aun cuando sin aportar respuestas apresuradas. Al tratarse de los vínculos con Estados Unidos, tenemos un hecho monumentalmente nuevo. Junto con el fin de la Guerra Fría, las relaciones de Estados Unidos con Chile pasaron a una nueva categoría. El elemento ideológico —¿qué tipo de sociedad se deseaba y organizaba en el país austral?— dejó de ser una pregunta apremiante para Washington. Los chilenos, por su parte, con las cicatrices de los setenta y ochenta, abandonaron —por ahora— la mentalidad del “subsidio”, como había sido su costumbre a lo largo del siglo, y se han adaptado a un mundo cambiante no sólo en lo político.

² Entre la multitud de obras y artículos, se puede hacer un muestrario con Germán Marín, *Una historia fantástica y calculada: La CIA en el país de los chilenos* (1976); Seymour Hersh (conocido publicista y reportero del *The New York Times*), *The Price of Power. Kissinger in the Nixon White House* (1983); James Petras y Morris Morley, *The United States and Chile. Imperialism and the Overthrow of the Allende Government* (1976). En torno a *Missing*, está la obra de Thomas Hauser, *The Execution of Charles Horman* (1983). En los años noventa, Joan Garcés, que desempeñó una todavía no estudiada influencia en la acción política de Allende, vuelve con una interpretación en este estilo, *Soberanos e intervinidos. Chile, la Guerra Fría y después* (1995). No he tenido la oportunidad de leer una interpretación que está en esta línea, Poul Jensen, *The Garrote: U.S. Policy towards Chile* (1988).

³ En mi libro citado en la nota 2 aparecen más datos, así como otras visiones. En esta década es interesante la apreciación general que hace Paul E. Sigmund en *The United States and Democracy in Chile* (1992), aunque no destaca el alto grado de involucramiento de la Casa Blanca de los Kennedy en Chile. También, en el contexto de las relaciones entre Chile y Estados Unidos, William F. Sater, *Chile and the United States: Empires in Conflict* (1990).

Es en este contexto que aparecen tan interesantes las expresiones del embajador Edward Korry, así como patéticamente distantes las minutas de las conversaciones de los soviéticos con los chilenos, aunque con una racionalidad específica.

El aporte del embajador Korry

La exposición y la entrevista al embajador Korry muestran un hombre con el sello de una personalidad propia. Su mero estilo denota una formación de alto nivel, capaz de comprender con lenguaje sofisticado una realidad política compleja. Como no era diplomático de carrera, se permite tener opiniones categóricas acerca de hombres y situaciones, aunque no pocas de ellas nos parezcan algo arbitrarias. Por momentos entrega opiniones a diestra y siniestra. Su riqueza de lenguaje es capaz de transmitirnos atmósferas que los documentos oficiales generalmente ocultan. Su trayectoria lo anunciaba como un caso especial.

No se trataba de un enviado común. En el siglo, quizás sólo se pueda comparar con la importancia del embajador Claude Bowers (1939-1953). Aunque no tenía el acceso de éste a la Casa Blanca, estaba muy por encima de ser un enviado más a un país problemático, pero, en general, de escasa importancia para Washington. Su carrera era especial. Una educación en una universidad elite de la costa Este. El desempeño profesional del periodismo de gran nivel, con capacidad intelectual para entender la evolución de las ideas del siglo. Presenció los acontecimientos avasalladores en Europa Oriental después de 1945, así como el caso particular de Yugoslavia.

Hombre de los Kennedy, esto lo conducirá a las vías diplomáticas. El testimonio que aquí aparece, es posible especular, se originó en una relación de entusiasmo que en algún momento se quebró. No sabemos exactamente cuándo ni el porqué. Pero sus denuncias de fines de los setenta, que aquí amplía con mayor precisión, dejan ver una antigua querella que viene de antes de su llegada a Chile en octubre de 1967.

Antes de eso está su experiencia en Etiopía, que le sería muy rica en el plano personal y para su país. Planifica una política para África que ha recibido su plena justificación en los años noventa, cuando ya está archidesmitificado el "socialismo africano". Recibe la atención de Lyndon Johnson y del Secretario de Estado, Dean Rusk. Más premonitorio para el futuro tormentoso, lo visita Richard Nixon, cuando muchos ya lo consideraban un cadáver político. Pero el futuro presidente lo conservará en su

retina. Años después, le tocará observar impotente cómo la tragedia se cernirá sobre el Cuerno de África y sobre su propia política de entonces. En su conferencia, y en las notas a pie de página de la misma, el embajador Korry hace un paralelismo muy atinado entre la significación de Chile y Etiopía en la política mundial de los setenta. En el país africano sucedió la historia al revés, como parte de la Guerra Fría, a lo que siguió un millón de muertos. En los setenta era *chic* hablar sobre el carácter reaccionario del derrocado emperador y sobre la necesidad de los cambios. Esto ocultó un programa de “despotismo asiático” que escasamente provocó la indignación de quienes promovían los derechos humanos. África siguió pagando el “pecado” de ser África, como lo hace desde hace siglos.

Fue la actitud que se tuvo ante Chile, aunque aquí las cartas sean las contrarias. El embajador arribó al Pacífico sur cuando este país ya no estaba en las prioridades de Washington. En los años anteriores, en Washington se había escogido a Chile como “modelo”, en irónico contraste con los años noventa, cuando ha sido Chile el que principalmente se ha presentado a sí mismo como modelo. En ese entonces aparecía como la respuesta a la revolución castrista. La documentación que aquí se presenta no hace justicia al hecho de que Washington buscaba y se jugaba por varios “modelos”. Uno de ellos fue la Costa Rica de José Figueres. Pero no entusiasmaba mucho en el hemisferio. La otra carta era la Venezuela de Rómulo Betancourt, que se encontraba políticamente en gran precariedad. Pero allí, en general, para lo que se podía esperar, desde el punto de vista de Washington, la historia terminó bien; en cierta manera también para los venezolanos.

El tercer “modelo” fue Chile. En primer lugar, en este sentido, algo se entrevió con Jorge Alessandri en la época de Eisenhower; pero ambas partes resultaron desengañadas. Mayor escepticismo hubo después en las relaciones entre el Paleta (Jorge Alessandri) y John F. Kennedy y su gente. El embajador Korry aporta aquí más material en este tema. La idea general ya la teníamos, incluso acerca del enamoramiento de la administración Kennedy con Chile, o la ingente cantidad de fondos empleados para ayudar a organizaciones no gubernamentales, como aquellos, asombrosamente altos, destinados para la campaña de 1964. Korry entrega detalles acerca del círculo que rodeaba a Kennedy y decidía la política hacia América Latina, en especial el caso de Ralph Dungan; aparece claro el papel relevante de la Iglesia Católica norteamericana. Acerca de estos años, Korry se refiere al acceso fácil que tenían los líderes de la Democracia Cristiana a la Casa Blanca. Esto había comenzado antes, pero se multiplicaría a partir de

1960-1962⁴. También habría que anotar el acceso al mundo social que diversos chilenos, generalmente de centro-izquierda, tenían en Washington, sobre todo a través de la CEPAL y otras organizaciones multilaterales. El embajador señala:

Mi única gran sorpresa al llegar a este país fue descubrir que los chilenos tenían un acceso mucho más influyente que yo a la Casa Blanca, a las agencias de mi gobierno, a las grandes corporaciones, a los cabilderos (*lobbyists*) mejor situados, a políticos, académicos y editores clave. (E. M. Korry, “Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU”, *infra*.)

En su conjunto, opacarían en lo político los vínculos que tradicionalmente habían tenido líderes económicos o políticos chilenos, como los dueños de *El Mercurio*, por ejemplo. En todo esto se ve un activismo chileno tan decidido como el que muestran los norteamericanos, aunque el peso de cada uno, desde luego, sea muy diferente.

Lo que el embajador Korry nos muestra en su conferencia es el grado de voluntarismo que tenían los norteamericanos. Creían hallarse ante un nuevo caso de “Reconstrucción”, es decir, la política de “reeducación” que surgió después de la derrota de los confederados en 1865. Lo mismo se produjo a raíz de la ocupación de Alemania y Japón a partir de 1945. Como señalé, John F. Kennedy y su mundo representan la última noción ingenua, *encantada*, de que un impulso modernizador que apoyase la versión chilena (o venezolana...) de la cultura política norteamericana llevaría a un sostenido proceso de modernización y democratización en el sur. Se trata de la traducción política de las ideas de W. W. Rostow en su conocido libro (“Manifiesto no comunista”) *Las etapas del crecimiento económico* (1960). Según Korry, para la administración Kennedy:

El objetivo de este esfuerzo a escala realmente internacional era establecer una dinastía política de modo que Chile se convirtiera en un país lo suficientemente estable y confiable como para que valiera la pena una inversión estadounidense económica y social de US\$ 1.250 millones; así Chile encarnaría en los ámbitos político y social los ideales progresistas de sus mecenas norteamericanos. (E. M. Korry, “Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU”, *infra*.)

Johnson saludó calurosamente el triunfo de Frei en 1964, y la ayuda se siguió proporcionando generosamente. Pero hacia 1967 las cosas habían

⁴ Entrevista con Robert Phillips, 9 de enero de 1991, quien estuvo a cargo del Chilean Desk en el Departamento de Estado entre 1959 y 1961.

cambiado. En su recuento, Korry les da importancia a temas personales, sobresaliendo el rechazo que el nacionalismo retórico de Gabriel Valdés habría provocado en Washington. No estamos seguros que así haya sido, aunque después, en 1969, Nixon sí se molestó con Valdés. Quizás se trató del agobio que Vietnam y otros temas ejercían sobre la Casa Blanca lo que llevó a un cambio de prioridades. Esos enamoramientos norteamericanos nunca duran demasiado. Si no, que lo digan los chinos y los kurdos en nuestra época.

Ahora, lo cierto es que el Korry que llegó a Chile venía predispuesto contra la política de unión tan íntima entre el proyecto de Washington y el gobierno chileno y la Casa Blanca. Korry impuso su estilo de una manera que para el estudioso de las relaciones internacionales es extraña, mostrando una antipatía tal al canciller chileno, que ni siquiera pidió una entrevista con él. Aunque muestra un gran aprecio por Frei, como prácticamente todos los norteamericanos de entonces y de ahora, su testimonio está cruzado por la hostilidad a muchos líderes demócrata cristianos, lo que parece duplicar su desengaño con los demócratas de John F. Kennedy. Entrega detalles valiosos acerca de la “nacionalización pactada” del cobre en 1969, uno de los momentos cumbres de su acción política.

El embajador no apreciaba mayormente la candidatura de Alessandri. Y en su relato confirma que el gobierno norteamericano no le pasó ayuda directa a Alessandri, ni a Tomic, al parecer, aunque intereses norteamericanos en Chile sí que lo hicieron con el primero. En esto corrige acertadamente a Kissinger, en el sentido de que la candidatura de Alessandri no se perdió por un problema de dinero. El embajador proporciona además un documento sensacional, aunque no sensacionalista. Se trata del Informe de Contingencia, que Korry ha titulado “Fidelismo sin Fidel”, donde se establece el carácter de la Unidad Popular y la dinámica que seguiría si triunfaba en las elecciones de 1970:

En este informe se parte del supuesto de que Salvador Allende será el próximo presidente de Chile. [...] Las fuerzas políticas que Allende llevará a la Moneda pueden ser vistas en su conjunto como representantes de lo que cabría denominar “fidelismo sin Fidel”. En esencia, la Unidad Popular representa el mismo tipo de incómoda alianza entre nacionalistas revolucionarios y comunistas ortodoxos que Castro ha establecido en Cuba. Sin embargo, existen dos diferencias fundamentales: Allende, político transaccional por naturaleza, no es Fidel; y al Partido Comunista chileno, el socio dominante en la coalición de Allende, le cabe un papel político incomparablemente más activo que el que alguna vez desempeñó el PSP en su relación con Castro. Pese a estos factores creemos que la analogía anterior resulta útil al momento de trazar el curso que supuestamen-

te seguirá el gobierno de la Unidad Popular. Con las mismas variables fundamentales y análogos compromisos ideológicos en juego, prevemos una repetición de la experiencia cubana, al menos en términos programáticos, si no en lo referente al estilo revolucionario. (Informe de Contingencia, agosto de 1970, en “Chile en los archivos de EE UU”, *supra*.)

Por añadidura, el embajador pronostica, según sus recuerdos, el triunfo de Allende. Aconseja, entonces, la política que Washington debe seguir ¡que es la que efectivamente siguió la administración Nixon después de los coqueteos con Track I y Track II! Estos —Track I y Track II— fueron los intentos de provocar por medios constitucionales (pero abusivos) una nueva elección en la que Frei se pudiera presentar como candidato (I), y de provocar un golpe militar que “llamara a nuevas elecciones” (II).

En referencia a la situación en octubre de 1970, el embajador Korrry señala:

Por añadidura, las Fuerzas Armadas se habían comprometido irremisiblemente a no intervenir en el proceso político, aspecto que yo había planteado de manera enfática a Kissinger esa mañana, lo mismo que en reiterados cables. Cualquier intento por cambiar el punto de vista de los militares explotaría en la cara de Estados Unidos, ocasionando un enorme daño a los intereses norteamericanos y al propio Nixon, advertí. (E. M. Korrry, “Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU”, *infra*.)

Que Track I y Track II se hubieran podido producir es una conjetura. Lo que interesa aquí son dos cosas. Primero, que todo plan se estrelló contra el hecho de que los líderes chilenos, empezando por Frei, por apabullado que se sintiera, no querían tomar iniciativa alguna. Segundo, que el propio embajador se opuso a toda intervención norteamericana, pero que Nixon y Kissinger pasaron por sobre él y se entendieron directamente con Henry Hecksher, el jefe de la CIA en Santiago. Costará creer que el embajador no captaba lo que debía hacer un jefe de la CIA bajo un Presidente como Nixon que sintió el resultado de las elecciones como una bofetada. Además, muchos chilenos, incluso de gobierno, pedían una “señal” de la embajada.

Pero tiene lógica la relación entre el Informe de Contingencia y la política seguida por la Casa Blanca a partir de noviembre de 1970. La Unidad Popular intentaría, como de hecho lo intentó, construir un sistema “socialista”, y, como parte de su lucha política, les sustraería el oxígeno financiero a los medios de prensa y a los partidos de oposición. Para impedir esto se gastaron casi 7 millones de dólares que se canalizaron a través de la CIA. En esa época, y en una economía como la chilena, en un

momento además de altísima inflación, como lo fue durante la Unidad Popular, con mercado negro y algunas otras variables, significa que deflactar el dólar (para estimar su “valor real” en ese entonces), no exprese todo su potencial y no sirva para entender la importancia de estos recursos. Lo mismo vale, aunque en menor medida, para años anteriores y para el apoyo soviético al Partido Comunista.

La política que aconsejaba el Informe de Contingencia para Estados Unidos consistía en mantener mínimas relaciones con Chile y dejar que Chile escogiera el tipo de relaciones que deseara. Después vendría la respuesta norteamericana. Me parece que, aun sin estar comprometido Estados Unidos con la planificación del 11 de septiembre, que tenía una lógica interna demasiado patente, los norteamericanos mandaron un “mensaje” a los oficiales chilenos de que los apoyarían en el gobierno si derrocaban a Allende.

Hay otro aspecto que recibe más detalle en el testimonio del embajador Korry. Se trata de la oferta de negociación que el embajador le hiciera a Allende en torno a la nacionalización del cobre. Hubo alusiones de esto en los *Hearings*, pero aquí aparece con detalles. Allende no estaba en principio en contra de llegar a un acuerdo con las compañías norteamericanas, ya que se pagaría en la práctica un precio muy bajo, pero chocaba contra el dogma de que “el imperialismo era culpable” y, por consiguiente, se topaba con el ala izquierda de la Unidad Popular, encabezada por Altamirano, que se opuso al acuerdo. Esto tiene coherencia con la política de apoyar a las fuerzas de oposición, ya que la Casa Blanca no deseaba focalizar su política hacia Santiago en un tema de “nacionalización”. En la atmósfera de los setenta era Allende quien cosechaba aplausos por este punto. Nixon tuvo que prestarle atención sólo porque poderosas corporaciones hicieron sentir su presión ante Washington. En este sentido, la política de Nixon y Kissinger tenía motivaciones estratégico-ideológicas. No se originaba en una defensa simple de “intereses capitalistas”, aunque no podía ignorarlos. De ahí que era bienvenida esta mediación de Korry, que muchos chilenos cercanos a Allende también favorecían.

La documentación que acompaña la conferencia de Edward M. Korry —notas a pie de página y apéndices— abunda en una multitud de facetas que son importantes para entender el Chile de entonces, como los intentos soviéticos de tener influencia militar. Me parece que el embajador exagera al sostener que los comunistas, al ver que el gobierno estaba fracasado hacia comienzos de 1973, se sentirían cómodos con un derrocamiento de Allende; según Korry, ésta sería la oportunidad de los comunistas para deshacerse de sus rivales de izquierda. Ciertamente que esto ha pasado en otras partes, pero es altamente improbable que todo haya sido planificado tan racionalmente.

El aporte de Korry es el colofón a una campaña que el embajador efectuó en su época. Primero calló en aras de lo que consideraba un deber público. Después sintió que fue abandonado por Nixon y su gente, tomado como chivo expiatorio por el *The New York Times* y usado por la Comisión Church. Cuando quiso explicar el contexto de su actuación, ya Korry estaba satanizado por la política y por la prensa norteamericana. Los *Hearings* (audiencias) de la Comisión Church, dirigidos por los demócratas, habrían querido ocultar que en el origen de la intervención norteamericana estuvo la política de Kennedy, especialmente de Robert, de apoyar a Frei. Proteger a Kennedy y a Frei era el objetivo de Church; proteger a Frei era también la intención de la Casa Blanca de Nixon y Ford, ya que a mediados de los setenta todavía lo seguían considerando la mejor alternativa en Chile. Al respecto el embajador Korry afirma:

Pensar, como más de alguien lo ha hecho, que Washington me castigó con una suerte de excomunión debido a mis opiniones sobre Allende y Chile, es igualmente erróneo. El crimen imperdonable que cometí fue no tomar partido por ninguno de los bandos políticos en Washington, hacer caso omiso de la primera advertencia del equipo del senador Church en 1973: “Ayúdenos a liquidar a Kissinger y Nixon o lo liquidaremos a usted”. Como alguien absolutamente convencido desde comienzos de 1971 hasta mediados de 1974 de que había frustrado cualquier aventura, como alguien que en 1971 había escuchado testimonios muy convincentes de que en realidad había salvado a Estados Unidos y a Nixon de un desastre, ¿por qué iría a actuar en contra de aquellos que habían hecho caso de mis advertencias y apreciaciones? (E. M. Korry, “Los EE UU en Chile y Chile en los EE UU”, *infra*.)

Se podrá disentir de estas interpretaciones, poderosamente sugeridas o confirmadas por el testimonio del embajador Korry. En cambio, lo que sí ellas entregan es que la “relación incestuosa”, como la llama Korry —o, como sería preferible denominarla, la interrelación entre chilenos y norteamericanos (o soviéticos)—, era parte de una dinámica interna de la sociedad política chilena. Desde el punto de vista norteamericano, la importancia de Chile radicaba en el “valor de demostración” que tenía su sistema político para la región e, incluso, para Europa Occidental. Todo esto podrá disgustar, pero refleja el verdadero tipo de importancia que Chile ha tenido en el sistema interamericano. Todavía, a fines de los noventa, “Chile como modelo”, en un contexto muy diferente, tiene algo de este valor.

Miradas así las cosas, lo sorprendente, y que estos documentos y el testimonio confirman y aumentan, es la frustración e incapacidad norteamericana por influir en los acontecimientos en Chile si es que no actúa de

consuno con actores que lean su interés de una manera convergente con los norteamericanos. No es improbable que en la época de la crisis ideológica mundial se hubieran producido muchas de estas situaciones. Era la manera como un país sensible al acontecer mundial imita o se apropia, copia o aprende, como parte del desarrollo de su propia identidad, el desarrollo de una historia mundial con la que mantiene un cordón umbilical desde sus orígenes.

La Unión Soviética, el Partido Comunista y la Unidad Popular

Quienes hemos estudiado estos años y estos temas siempre añorábamos la posibilidad de poder comparar la relativamente rica información producida por la sociedad norteamericana con aquella que debía estar almacenada en los archivos soviéticos. Había un claro desequilibrio de información. Se hablaba mucho acerca de la CIA, pero la KGB estaba más en la penumbra. Muchos que estudiábamos estos problemas esperábamos el día en que estas fuentes estuvieran accesibles. ¿Cuándo será?, nos preguntábamos, seguros de que sería el día en que ya estaríamos muertos. De improvisto, los mismos ex soviéticos comenzaron entusiastamente, y algo anárquicamente también, a abrir a borbotones las fuentes de su material. Esto se ha enfriado en la segunda mitad de la década, pero de todas maneras ha permitido confirmar o modificar muchas hipótesis.

En el caso chileno, el material que se presenta en esta edición de *Estudios Públicos* hubiera creado otrora una sensación análoga a la que originó el Informe Church en su momento. Además, sería prudente decir que también hubo recursos proporcionados por otros canales distintos al de la fuente (Fondo Internacional) investigada en el trabajo de O. Uliánova y E. Fediakova. Como las historiadoras rusas lo plantean en otra parte de esta publicación, esto era parte “normal”, en cierta manera legítima, del entramado de la política mundial durante la Guerra Fría. Pero los soviéticos tenían escasa influencia en el curso de los acontecimientos en Chile, y es probable que su grado de persuasión sobre los comunistas, en políticas concretas, no fuera alto. El asunto era más bien al revés. Los comunistas criollos desarrollaron un alto grado de fidelidad a Moscú, y la fijación en el modelo soviético y en el marxismo ortodoxo operó como un pesado lastre en el juego político nacional.

Los comunistas, aunque flexibles y diestros en el juego político interno mientras habían sido oposición, una vez en el poder no tenían una

estrategia plausible para una “transición al socialismo”. Por otra parte, ocasionalmente reconocían la necesidad de negociar. En medio de estas contradicciones llegó el 11 de septiembre. Pero lo que aquí interesa es el paralelismo con los recursos que Estados Unidos envió a los actores chilenos. Al igual que “los gringos”, los soviéticos no crearon de la nada al comunismo criollo. Lo apoyaron, claro está. Esto ayuda a comprender el poderoso aparato desarrollado por el partido a lo largo del país, y el sustento humilde, pero decoroso y mínimo, que le permitía mantener a sus militantes. Por cierto, el comunismo también reunía recursos al interior del país, y no había dependencia unilateral de Moscú. Pero los soviéticos debían de cuidar a quienes todavía creían a machamartillo en ellos.

Cuando se trata de conocer las motivaciones tras las decisiones, no se puede comparar la cantidad y calidad del material soviético del que se dispone para análisis con la riqueza que ofrecen los *Hearning* y los documentos norteamericanos que se presentan en esta edición. ¿A qué se debe? Aparte del hecho de que todavía falta mucho papel que desempolvar, se podría decir que la URSS no seguía la política interventora de los norteamericanos. Los informes de los embajadores soviéticos acerca de sus conversaciones, por ejemplo, con Luis Corvalán y con Volodia Teitelboim, se asemejan a informes burocráticos o a notas para una investigación.

Aunque esta posibilidad “inocente” está contradicha por la información todavía fragmentaria acerca del financiamiento del Partido Comunista, existe otro elemento. Los documentos internos soviéticos —en diversos ámbitos, ya se han abierto miles de ellos— tenían un lenguaje convencional, estilizado, pedante, extremadamente burocrático. El escribiente tenía que usar todos los símbolos y referencias de un lenguaje escolástico hasta lo inverosímil, y hacer calzar todos los hechos con una dirección ideológica muy cuidada. Así y todo, en el juego dialéctico este sistema semántico tenía su lógica y sus fortalezas.

Los informes que poseemos pueden ser leídos desdeologizadamente, y muchos podríamos coincidir con su apreciación de algunos aspectos, al menos, de la evolución política durante la Unidad Popular. Se puede aquilatar que los soviéticos, a tenor de esta documentación, eran previsiblemente partidarios de la estrategia de los comunistas, a quienes ven como amigos confiables, tal cual los norteamericanos miraban a diversos actores en esos años, a Frei especialmente. La diferencia es que aquí la *entente* está basada en una común participación en una paradigma ideológico del siglo XX. Cabe consignar aquí lo que dice un informe de la embajada soviética en Santiago, del 13 de octubre de 1970:

Si en vísperas de las elecciones el bloque izquierdista realizaba una estrategia autónoma de lucha por el poder, y no aceptaba efectivamente una amplia colaboración política con el PDC, después de las elecciones la etapa de transición exigió que esta línea fuera revisada. La invitación formulada al PDC a colaborar políticamente con el bloque de izquierda llegó a ser el eslabón central de la lucha por garantizar el traspaso del poder estatal a las manos del bloque de la Unidad Popular. El papel decisivo del Partido Comunista de Chile garantizó el cambio en la línea estratégica de los partidos políticos de izquierda. (Informe de la embajada de la URSS, 13 de octubre de 1970, en “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*.)

Las historiadoras rusas explican el contexto de este material. Aquí sólo queda por destacar que reflejan la mirada soviética a Chile. Era una mirada desde lontananza, no demasiado comprometida. Los soviéticos sólo mostraron real interés en proporcionar recursos al Partido Comunista y en ofrecer al Ejército tentadores créditos con la idea de “peruanizarlo” a mediano plazo. Aunque felices de crearles un problema a los norteamericanos, no estaban dispuestos a arriesgar un choque frontal con éstos, ni menos a entrar en la obligación de subsidiar a la economía chilena como lo hacían con la cubana. En el párrafo que se cita a continuación se hace claramente la distinción: Chile es un país amigo “en vías de desarrollo”; no es “socialista”, por lo que no existen obligaciones incondicionales:

De esta manera, el plan de desarrollo del comercio soviético-chileno propuesto por la parte chilena implica que la Unión Soviética tendría que aceptar condiciones que jamás se han contemplado en las relaciones de la URSS con los países en vías de desarrollo. Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes partidas de productos de primera necesidad, y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de un crédito a largo plazo. A su vez, se supone que la Unión Soviética tendría que importar productos, de los cuales no tiene mayor necesidad, pagarlos de inmediato en moneda firme [...]. (Informe del Instituto de América Latina, Academia de Ciencias de la URSS, *ca.* julio 1972, en “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*.)

Además, la información recopilada trasunta desconfianza por la sabiduría de las medidas económicas concretas de la Unidad Popular, aunque se aprueben su estrategia y sus fines. En este sentido, Allende bebería su trago amargo en Moscú en diciembre de 1972.

Esto nos lleva al comienzo. El comunismo fue un actor chileno, así como también eran chilenos aquellos que sostenían sus esfuerzos políticos

con recursos canalizados a través de la CIA. Sus elecciones fueron básicamente producto de la historia chilena, a la que le era y le es inherente un alto grado de identificación con fuerzas globales. La responsabilidad, por la que comienza toda emancipación posible, recae siempre en escoger el modo deseable de orden social con sus contradicciones, insuficiencias y esperanzas. Sólo entonces se puede esperar que el mundo sea filtrado de acuerdo con las posibilidades del país.

BIBLIOGRAFÍA

- "Chile en los archivos de Estados Unidos (1970). Documentos del embajador de EE UU en Chile (1967-1971), E. M. Korry". *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- "Chile en los archivos de la URSS (1953-1973): Documentos del Comité Central del PCUS y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS". *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- Fernandois, Joaquín. *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985.
- Fontaine Talavera, Arturo. "Estados Unidos y la Unión Soviética en Chile". *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- Garcés, Joan. *Soberanos e intervenidos. Chile, la Guerra Fría y después*. Santiago: Ediciones BAT, 1995.
- Congreso de los Estados Unidos. Senado. *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report*. Washington DC.: US Government Printing Office, 1975.
- Hauser, Thomas. *The Execution of Charles Horman*. Nueva York: Simon and Schuster, 1983.
- Hersh, Seymour. *The Price of Power. Kissinger in the Nixon White House*. Nueva York: Simon and Schuster, 1983.
- Jensen, Poul. *The Garrote: U.S. Policy towards Chile*. Aarhus, Dinamarca: Aarhus University Press, 1988.
- Korry, Edward M. "Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos". *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- ; Fernandois, Joaquín; Fontaine Talavera, Arturo. "El embajador E. M. Korry en el CEP". *Estudios Públicos*, 72 (1998).
- Marín, Germán. *Una historia fantástica y calculada: La CIA en el país de los chilenos*. México: 1976.
- Petras, James; Morley, Morris. *The United States and Chile. Imperialism and the Overthrow of the Allende Government*. Londres: 1976.
- Sater, William F. *Chile and the United States: Empires in Conflict*. Athens, Londres: The University of Georgia Press, 1990.
- Sigmund, Paul E. *The United States and Democracy in Chile*. Londres, Baltimore: A Twentieth Century Fund Book. The Johns Hopkins University Press, 1992.
- Uliánova, Olga; Fediakova, Eugenia. "Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría". *Estudios Públicos*, 72 (1998). □

MALESTAR EN LA SOCIEDAD CHILENA: ¿DE QUÉ, EXACTAMENTE, ESTAMOS HABLANDO?

José Joaquín Brunner

Frente al diagnóstico enunciado recientemente por intelectuales y dirigentes identificados con la Concertación de Partidos por la Democracia en el sentido de que existiría en la sociedad chilena un difundido y generalizado malestar, este artículo procura rebatir dicho diagnóstico y ofrece una explicación alternativa sobre el estado de la opinión pública nacional. En particular, se muestra que la interpretación de los resultados de la elección parlamentaria del 11 de diciembre pasado efectuada por la *intelligentsia* concertacionista fue equivocada y que, en vez de existir el difundido malestar postulado por aquélla, lo que existe es una disyunción entre las altas expectativas creadas por la modernización y la desigual y sólo parcial satisfacción de las demandas generadas por dicho proceso. Asimismo, se rebaten los cuatro argumentos presentados por los sostenedores de la tesis del malestar para justificar su diagnóstico, mostrándose que ni las desigualdades sociales existentes, ni las políticas gubernamentales, ni una supuesta frustración con la transición democrática ni una sobrecarga de incertidumbres subjetivas pueden

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER. Realizó estudios de sociología de la educación en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Oxford. Ex Secretario General de Gobierno (1994-1998). Ha sido profesor e investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y es autor de numerosas publicaciones en los campos de la sociología, la educación y la cultura. Entre estas últimas cabe mencionar *El caso de la sociología en Chile: Formación de una disciplina* (1988); *El espejo trizado: Ensayos sobre cultura y políticas culturales* (1989); *Educación superior en América Latina: Cambios y desafíos* (1990), *Globalización cultural y posmodernidad* (1998).

alegarse en favor de dicha tesis. Por último, se sugiere que el discurso de los malestares frente al desarrollo, la modernización y la modernidad se funda en una visión ideológicamente neoconservadora que, de sorpresa, se ha introducido en algunos círculos del pensamiento progresista chileno.

Un curioso descubrimiento

En círculos político-intelectuales de la Concertación existe la imagen de que la sociedad chilena no es feliz ni ha recuperado la alegría. Por el contrario, se sostiene que una gran mayoría de la población vive a disgusto, manifiesta inseguridad, no percibe un real progreso, es presa de temores y malestares y experimenta un sordo desasosiego con su posición presente y una intensa incertidumbre respecto del futuro. En suma, como se ha dicho recientemente: “un difuso malestar recorre Chile”¹. Desde esta perspectiva, la sociedad chilena aparece envuelta en miedos. “Una sociedad en que todavía buena parte de ella le teme a la competencia, a la que aterroriza ser medida en su productividad, que no sabe bien cómo hacerse cargo de la previsión personal de los infortunios, que piensa que flexibilidad laboral es sólo inseguridad; en tal sociedad la demanda a la democracia es que la proteja ante los riesgos que existen, o que cree que existen o podrían existir. Que la proteja frente a la velocidad de los cambios que producen asincronías entre las exigencias de los mismos y la capacidad de adaptarse a ellos y asumirlos. Que la proteja frente a poderes económicos que le parecen —lo sean o no— cada vez más fuertes, y ante los cuales se percibe subjetivamente débil”².

Uno se pregunta si alguna vez las sociedades fueron distintas; si no aparecen en todas las épocas —bajo diferentes formas— miedos e inseguridades. Más al punto todavía, uno se pregunta cómo hemos venido a descubrir ahora, recién, que la modernidad capitalista es un sistema de desajustes y asincronías, de cambios y riesgos, de amenazas e incertidumbres, de inseguridades y desprotecciones. Y que todos esos síntomas se agudizan, precisamente, en épocas de acelerada modernización y desarrollo de las sociedades.

¿Necesita alguien ser recordado, acaso, de que la mejor reflexión social de los últimos ciento cincuenta años se halla recorrida, justamente,

¹ PNUD, *Desarrollo humano en Chile-1998. Las paradojas de la modernización* (1998).

² Guillermo Campero, “Más allá del individualismo: la buena sociedad” (1997), pp. 414-415. Debo apresurarme a decir que dicho párrafo no es representativo del enfoque de G. Campero, cuyo artículo ofrece un cuadro matizado y realista de los estados de ánimo en la sociedad chilena.

por el tema común de los efectos insegurizantes de la modernización? En efecto, si algo caracteriza a la modernidad es que con ella el cambio subjetivo y en las condiciones materiales de vida se acelera de una manera nunca antes conocida. La fugaz belleza de la vida moderna de que habla Baudelaire reside allí: en lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente. Incluso, los más renombrados pensadores sociales muestran al capitalismo moderno —con su combinación de técnicas y mercados, de apetitos y conocimientos— como una gran máquina destructivo-creativa de materiales, valores y formas de vida. ¿Quién no recuerda a Schumpeter que concebía al capitalismo como un método de transformación racional de la sociedad que no se detiene ante nada, que no puede permanecer estacionario y que arrastra tras de sí cambios en el orden social, las instituciones y los valores? Por su parte, Ralf Dahrendorf, uno de los más lúcidos exponentes del pensamiento liberal contemporáneo, postula que en vez del ideal moderno de una sociedad de ciudadanos autónomos lo que hemos estado creando es una sociedad de seres humanos atemorizados o agresivos. La ley y el orden se habrían erosionado hasta las raíces. En la actualidad, dice, “Anomia es [...] una situación en la que tanto la efectividad social de las normas cuanto su moralidad cultural tienden a cero”³. A su vez A. Giddens, el más leído e influyente de la actual generación de sociólogos británicos, sostiene que la modernidad de fines del siglo XX tiene dos caras. Una muestra la incomparable capacidad que tienen las sociedades desarrolladas para generar nuevas oportunidades; la otra, la cara sombría, exhibe los aspectos destructivos del capitalismo: la erosión de las tradiciones, el peligro nuclear, la devastación del medio ambiente, la falta de seguridad y el exceso de riesgos manufacturados por la propia sociedad⁴.

En suma, la modernización —mientras más avanza— se revela como una empresa ambigua que por un lado libera las energías humanas al multiplicar las posibilidades de ser, hacer y conocer al mismo tiempo que, por el otro, crea un medio ambiente social que “amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. [...] Es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia”⁵.

El diagnóstico del malestar

A pesar de tan ilustres antecedentes sobre el malestar en la cultura moderna, localmente hemos despertado recién a un diagnóstico de esa na-

³ Ralf Dahrendorf, *Ley y orden* (1994), p. 42.

⁴ Véase Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity* (1990).

⁵ Marshall Berman, *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (1995), p. 1.

turalidad. Pero, claro, una cosa es el discurso reflexivo general sobre la modernidad y otra, muy distinta, el análisis de una sociedad concreta. No se puede bajar del cielo a la tierra de golpe, a riesgo de romperse uno las alas. ¿Cómo entonces hemos llegado aquí, en Chile 1998, a descubrir que vivimos en medio de un “difuso malestar”? Los argumentos explicativos que se traen a colación son de diverso orden. Pero todos tienen un trasfondo común: buscan incidir en el debate político del día y marcar los rumbos del futuro. De allí la importancia de proceder con el mayor rigor posible frente a este tópico.

En el nivel de la argumentación política, se sostiene (hasta hoy) que la alta abstención y el subido número de votos nulos y blancos registrados en la pasada elección parlamentaria reflejarían un cuadro de generalizado descontento. Para la Concertación, ése fue el *shock* del malestar. En el nivel de la argumentación sobre el estado de ánimo de la población se esgrimen variados resultados de encuestas de opinión pública que demostrarían el malestar que recorre a la sociedad chilena. Así como el camino se prueba andando, el malestar se prueba con sondeos. Por último, en el nivel de la argumentación explicativa se alega que las causas del malestar se hallarían: (i) en un modelo de desarrollo que multiplica las desigualdades; (ii) en políticas de sesgo neoliberal que favorecen una mercantilización de los bienes públicos esenciales; (iii) en la frustración provocada por los límites del proceso de transición hacia la democracia y (iv) en los avances de una cultura de la modernidad que fomentaría el individualismo, la desconfianza, el consumismo y la pérdida de los valores nobles.

Acoger sin más este diagnóstico y los argumentos que lo justifican es considerado por ahora “políticamente correcto”. Declararse intelectualmente insatisfecho con él y con su soporte probatorio y explicativo constituye, por el contrario, una señal de “autocomplacencia”. Dicho en otras palabras: hoy para ser crítico hay que no serlo respecto del diagnóstico y la argumentación de los críticos. Para no ser autocomplaciente hay que ser complaciente con la tesis del malestar. ¿Y qué pasaría si ésta fuese equivocada?

Observaciones preliminares: ¿es tanto el malestar?

Antes de abordar el análisis uno por uno de los argumentos del malestar conviene hacer algunas observaciones preliminares.

Primero que todo, llama poderosamente la atención que el diagnóstico del malestar generalizado no se haga cargo, de entrada, del hecho que las señales provenientes de la sociedad son tanto más ambiguas de lo que dicho diagnóstico admite. Así, por ejemplo, no hay signos demostrativos de

ningún tipo de descontento generalizado; más bien, la sociedad chilena muestra, durante los últimos ocho años, bajos grados de conflictividad social, una temperatura ideológico-cultural fría o moderada, una fuerte propensión a mantener sus equilibrios básicos, un clima de dedicación casi obsesivo al trabajo y un escaso espíritu de protesta. Quizá por eso se habla de un “malestar difuso” que, coloquialmente, viene a decir que es espacioso, dilatado pero, al mismo tiempo, de contornos poco precisos y ambiguo en su presencia.

También debiera llamar a reflexión el hecho de que el diagnóstico del malestar generalizado coexista con el período de mayor crecimiento del país en casi todos los ámbitos y con un mejoramiento —ciertamente desigual pero generalizado a su vez— en las condiciones de vida de la gente. Luego, los malestares que existan tendrían en cualquier caso que ser de un tipo especial, pues no obedecen al estancamiento, a la recesión, a la crisis, al elevado desempleo, a la contracción de oportunidades, al deterioro en las condiciones de vida, a un empeoramiento sostenido de la economía, la sociedad o la cultura.

Oponer felicidad y alegría como paradigmas respecto de los cuales medir el estado de la sociedad cierra el paso, efectivamente, a toda auto-complacencia pero, simultáneamente, conduce el análisis a un terreno extramundano. Pues siempre es cierto, como dice el famoso pasaje del *Calígula* de Camus, que “los hombres mueren y no son felices”. La muerte es una inseguridad revestida de certeza; en cambio, la felicidad, en ese sentido poético-metafísico de la palabra, no puede ser garantizada por la sociedad, menos aún por el Estado o un Gobierno. En cuanto a la alegría, en un sentido existencial fuerte, no hay quien pueda saber en qué medida existe en la sociedad ni cuál es su distribución per cápita. Pero parece razonable pensar que, en un plano menos exigente, la promesa concertacionista de ella sí se cumplió con el arribo de la democracia: llegó la libertad y desapareció el crimen político, la tortura, los allanamientos masivos, la persecución arbitraria...

En un sentido más práctico todavía —casi de sentido común— es posible entrever incluso que la gente no asume el malestar con que se le pretende identificar. En efecto, si de sondeos se trata, una proporción significativa se declara actualmente satisfecha con su vida y, más encima, feliz. Así, resulta que quienes “en general, considerando todos los aspectos de su vida” se sienten muy satisfechos o satisfechos suman un 59%, contra un 17% que se siente muy insatisfecho o insatisfecho (23% indiferente, ni bien ni mal). Entre los distintos grupos de edad, son los jóvenes de 18 a 24 años

quienes en mayor proporción se hallan razonablemente contentos (68%)⁶. Asimismo, en este nivel puramente declarativo —de sondeos, no de psicoanálisis—, la gente se declara normalmente feliz, según muestra la encuesta DESUC-COPESA de mayo de 1997. Allí, un 71% reconoce estar muy feliz o bastante feliz, cifra un poco más alta que la obtenida por la misma encuesta en la medición de abril de 1995. Por último, una encuesta ADIMARC del año 1997 revela que mientras un 21% de las personas declara que su ingreso familiar le alcanza bien y puede ahorrar y un 52% que le alcanza justo, en cambio un 24% manifiesta que no le alcanza y tiene dificultades y un 3% declara que sufre grandes penurias⁷.

Alguien podría retrucar que la gente se ha vuelto autocomplaciente o tiene una “falsa conciencia” de su propia situación. De allí nacería la necesidad de una *intelligentsia* lúcida que le revele al pueblo su “difuso malestar”. Mas este argumento, clásicamente lukacsiano, hace rato que perdió su encanto y que dejó de mostrarse operativo. De modo que en ese terreno —el de la conciencia social y el análisis de los estados de ánimo de la población— las cosas no siempre resultan ser como predicen nuestros esquemas de análisis y, de habitual, terminan siendo más complicadas de lo que estamos dispuestos a admitir. Me temo que a la tesis del malestar le ocurre algo semejante.

La argumentación política sobre el malestar

Hasta ahora, el argumento político más socorrido para demostrar la existencia de un difundido malestar en la sociedad chilena sostiene que la alta abstención (no inscritos e inscritos que no votan) y el subido número de votos nulos y blancos registrados en la pasada elección parlamentaria reflejarían, precisamente, ese cuadro de descontento generalizado. Incluso, se habló en su momento de un “voto crítico y de protesta”⁸. Curiosamente, esa línea de interpretación fue instalada no por la Oposición, como podía esperarse, sino por círculos político-intelectuales de la Concertación. En efecto, si uno hace un análisis de la prensa durante los 7 días siguientes al

⁶ Encuesta CEP-PNUD sobre Seguridad Humana. Véase CEP, *Documento de Trabajo* (abril 1998).

⁷ Roberto Méndez, “Tendencias de los consumidores, estrategia competitiva, calidad de servicio” (mayo 1997).

⁸ Un buen resumen de esta lectura crítica se encuentra en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998).

11 de diciembre, verá que del total de opiniones registradas sobre el llamado voto crítico, un 48% de ellas pertenece a voceros de la Concertación, un 26% a voceros de la Oposición, un 3% a voceros de la izquierda extra-parlamentaria, un 9% a voceros del Gobierno y un 14% a otros actores. El análisis de las opiniones expresadas por los voceros de la Concertación muestra, a su vez, que un 61% de ellas atribuye la responsabilidad del incremento del voto nulo, blanco y la abstención al Gobierno, un 22% a la propia Concertación y un 17% al sistema político en general. ¡Así nació, como discurso político, la tesis del malestar!

Pero, ¿en qué se fundaba dicha interpretación? Inicialmente, sólo en indicios anecdóticos, en intuiciones, en pre-juicios sobre lo que “debía” estar sucediendo a nivel de la sociedad. Y, adicionalmente, en la resonancia que esa lectura de los resultados tenía con la crítica al modelo de desarrollo y a las políticas del Gobierno. Era, por tanto, una interpretación cómoda, conveniente. En efecto, si había un alto número de abstinentes y de votos nulos se debía a que la gente había querido dar una señal de protesta. Si la gente había protestado, se debía al malestar reinante en la sociedad. Si había ese malestar, se debía a que el modelo de desarrollo del país en vez de mitigar las desigualdades las profundizaba y a la frustración con las políticas del Gobierno que en vez de hacerse cargo del malestar lo mantenían por sus fallas, especialmente en los frentes de la salud, de los jóvenes, de la tercera edad y en el terreno de la transición democrática.

En cambio, ahora sabemos que las causas del no-voto y del voto nulo y blanco poco o nada tienen que ver con ese diagnóstico del malestar generalizado. Resumamos brevemente las conclusiones de los estudios realizados con posterioridad a las elecciones del 11 de diciembre sobre la no-votación, los votos nulos y blancos.

1. Los no-votantes (no inscritos más inscritos pero que se abstuvieron de votar) llegaron en diciembre de 1997 a un 27,2% del total de personas con derecho a voto. ¿Primera vez en la historia que sucedía esto? No. La cifra de no-votantes de 1997 es más baja que aquella que prevalecía en Chile hasta 1973 y similar a la obtenida en la elección municipal de 1996, que fue de un 27,3%. Este porcentaje de no-votantes es inferior al de más de 100 países de entre 171 cuya participación electoral ha sido comparada a nivel internacional. El guarismo chileno de no-votantes sobre el total de población en edad de votar nos ubica en el mismo rango de participación electoral de países como Alemania, Gran Bretaña, Finlandia, Irlanda y bastante por encima de Canadá, Francia, Japón, México y Venezuela, para citar sólo algunos. Durante el período 1945-1996, nuestro promedio de

participantes en las elecciones, medidos sobre el total de la población en edad de votar, fue de 43,1%, colocándose Chile durante ese período en el lugar 150 entre 171 países⁹. En suma, no había motivos en diciembre pasado para sobrereaccionar de la manera como se hizo.

2. Los no-votantes de diciembre se caracterizan por ser jóvenes (un 80% de ellos tiene entre 18 y 34 años; un 58% es menor de 24 años). En cambio, dicho grupo posee la misma distribución por sexo y estrato socio-económico que el universo de los votantes. No se trató, por tanto, de un rechazo popular a participar en las elecciones sino, específicamente, de un rechazo juvenil. Difícilmente, por lo tanto, el no-voto pudo deberse a una especial preocupación por las pensiones y la situación de la tercera edad. Tampoco se trató de un no-voto originado en personas con una posición política determinada. Por el contrario, los no-votantes muestran el mismo perfil de posiciones políticas de los votantes. No era por consiguiente un voto de izquierda o de Concertación descontenta.

3. El grupo de no-votantes tenía, además, la misma percepción que el de votantes en relación a la situación económica del país, a la aprobación/desaprobación de la gestión del Gobierno y a la evaluación de él. En particular, considera, igual que el universo de los votantes, que pobreza, salud, delincuencia y empleo son los problemas prioritarios que debe solucionar el Gobierno, con algo más de énfasis en pobreza y algo menos en salud y delincuencia. La mala atención de salud no pudo en consecuencia ser un motivo específico de la no-votación, máxime tratándose mayoritariamente de jóvenes.

4. Consultados un par de semanas después de las elecciones, los no-votantes estimaron en un 43,9% que el país está progresando, contra un 37,4% entre los votantes. No estamos pues frente a un grupo necesariamente desafecto por exclusión o que tenga una visión particularmente negativa o pesimista del país.

5. En suma, los no-votantes de diciembre son jóvenes, levemente más optimistas que los votantes, ponen menos énfasis que éstos en la necesidad de atender los problemas de salud y delincuencia pero algo más en pobreza y tienen la misma evaluación que los votantes respecto del Gobierno del Presidente Frei, al que ambos califican con la misma nota y aprueban/desaprueban en porcentajes similares¹⁰. Como señala un estudio independiente, “está claro [...] que este grupo que no concurrió a votar no

⁹ IDEA, *Voter Turnout from 1945 to 1997: A Global Report* (1997).

¹⁰ Para las cifras contenidas en los numerales anteriores, véase CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998, CEP, *Puntos de Referencia* (abril de 1998).

lo hizo para castigar a la Concertación o al Gobierno...”¹¹. No fue el difuso malestar, entonces, el que inhibió a los que dejaron de votar.

6. ¿Por qué, entonces, la gente no se inscribe en los registros electorales y de esa manera se excluye de votar? Según una encuesta del CEP, un 31% por considerar que la política no se hace cargo de los problemas reales de la gente, un 29% porque no le interesa la política y un 14% porque tiene la sensación de que su voto no cambiará las cosas¹². En breve, la política carece de significación existencial para un amplio sector y esto lo lleva a no participar en las elecciones. Lo anterior aparece confirmado por la experiencia internacional comparada¹³.

7. ¿Y qué pasó con los que sí concurrieron a votar pero anularon su voto o votaron en blanco? Procedieron de esa forma, según propia declaración, en primer lugar por estimar que los políticos no se hacen cargo de los problemas de la gente, en segundo lugar por no tener interés en la política sino en otras cosas y en tercer lugar porque no les gustaba ninguno de los candidatos¹⁴.

8. Sólo una baja proporción de los votantes nulos y blancos ofrece como razón de su voto negativo el desencanto con el Gobierno o el haber querido protestar contra el sistema¹⁵. El descontento de una fracción del electorado no alcanza, sin embargo, para originar la tesis del malestar generalizado.

9. En adición a todo lo dicho, un estudio de correlación de los votos nulos y blancos con variables socioeconómicas de todas las comunas del país concluye que no resulta posible establecer correlaciones estadísticamente significativas entre variables de desocupación, acceso público a la salud y niveles de ingreso de la población y voto nulo y blanco. Dicho en otras palabras: en comunas con alta desocupación, bajo nivel de ingresos y uso preferente del sistema público de salud no se aprecia un incremento del supuesto voto crítico o de protesta¹⁶. La lectura post 11 de diciembre equivocó también en este punto la interpretación.

¹¹ Carla Lehmann, “La voz de los que no votaron” (abril de 1998), p. 7.

¹² Sobre la base de CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. Citado en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998), p. 15.

¹³ Véase a este respecto, Eugenio Guzmán y Paulina Villagrán, “Elecciones parlamentarias 1997. Una segunda lectura” (febrero 1998), p. 11.

¹⁴ Sobre la base de CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. Citado en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998), p. 15.

¹⁵ CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. En CEP, *Puntos de Referencia* (abril de 1998).

¹⁶ SECC, “Análisis de votación nula. Elecciones parlamentarias 1997” (enero de 1998).

10. Por el contrario, se ha demostrado que existe una correlación relativamente importante entre el porcentaje de aumento de votos nulos 1993-1997 y la caída de las votaciones de la Concertación y la Oposición, al nivel de 0,62 y 0,61 para cada bloque respectivamente. Luego, los votos nulos no son de distanciamiento respecto de la Concertación solamente, sino de la política y candidatos de ambos bloques por igual¹⁷.

11. Buscando por otro lado, resulta difícil imaginar —como sí se ha sostenido en círculos dirigentes de la Concertación— que el voto nulo o blanco, o el acto de no votar, hayan podido estar motivados por un sentimiento de frustración con la transición democrática¹⁸. En efecto, en ninguno de los estudios conocidos ni en las numerosas encuestas disponibles, las personas mencionan —entre los problemas que más les preocupan— los “enclaves autoritarios”. Una mayoría los desaprueba, sin duda, pero su mantención o supresión no se halla en el centro más inmediato de las preocupaciones ciudadanas.

12. En cambio, a la luz de los datos y análisis disponibles no resulta extraño, ni puede sorprender, que el no-voto y la votación nula respondan a un sentimiento de distancia respecto de la política-tal-como-se-practica, de los partidos y los parlamentarios. En efecto, hay abundante información proveniente de estudios cuantitativos y cualitativos que muestra lo siguiente: que una amplia mayoría de la gente no se interesa por la política, no participa en actividades relacionadas con la política, evalúa negativamente a los partidos y el desempeño de los parlamentarios y otorga un bajo grado de importancia y credibilidad a los partidos y el Parlamento¹⁹. El anterior cuadro de percepciones y opiniones se acentúa entre los jóvenes.

13. Por último, dicho todo lo anterior, conviene despejar un argumento según el cual la no-participación electoral tendría que ver con el hecho de que Chile es un caso excepcionalmente negativo en cuanto a ideología democrática o cultura cívica de su población. El siguiente cuadro comparativo desmiente ese aserto (las cifras representan porcentajes).

¹⁷ Eugenio Guzmán y Paulina Villagrán, *op. cit.*, p. 14.

¹⁸ El argumento se encuentra bien resumido en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998), p. 10, punto 1.2.

¹⁹ Véase, por ejemplo, la serie Estudios Nacionales de Opinión Pública del CEP, las publicaciones periódicas del Barómetro del CERC y los Estudios de Opinión Pública de DESUC-COPESA. Sobre evaluación de los parlamentarios y el Parlamento, véase, en especial, DESUC-COPESA, *Estudio de Opinión Pública* (noviembre de 1997).

Variable	Chile	Sudamérica y México
Satisfacción con la democracia	37	36
Quedan por hacer cosas para que haya democracia	83	80
Confianza en las FFAA	21	23
Confianza en la Presidencia de la República	61	37
Confianza en el Congreso Nacional	54	33
Confianza en el Poder Judicial	42	34
Confianza en los partidos políticos	35	26
Democracia puede funcionar sin partidos	28	32
Sentimiento de proximidad con los partidos	16	14
Situación política es estable	78	63
Interés en la política	27	30
La política no importa	42	37

Fuente: Corporación de Estudios de Opinión Pública Latinoamericana, *Latinbarómetro 1997*.

En suma, la lectura política inicial que dio vuelo al diagnóstico de los malestares en la sociedad chilena —consistente en interpretar el no-voto y la votación nula como una manifestación de descontento y/o protesta contra el modelo de desarrollo y las políticas de Gobierno— no se sostiene en pie. Es, sencillamente, una lectura errada. La interpretación anexa, de que dicho voto negativo responde a un sentimiento de frustración democrática es implausible y contrario a los elementos de análisis disponibles. Por último, la idea de que en Chile existiría un sentimiento democrático excepcionalmente débil —que llevaría a inhibir la participación político-electoral— no se sustenta en los datos comparativos existentes.

Luego, si se desea defender el diagnóstico del malestar debe hacerse de manera independiente de la equivocada lectura de resultados electorales que le dio origen a fines del año pasado.

Del malestar a la realidad

Para sustentar dicho diagnóstico —una vez desahuciada la lectura del voto negativo del 11 de diciembre— suele recurrirse a una argumentación indirecta, de segundo nivel, referida al “estado de ánimo” de la población. A tal efecto se esgrimen sondeos de opinión que demostrarían la existencia de ese malestar difuso. Aquí se mostrará, por el contrario, que

esa lectura de los estudios de opinión existentes es parcial al menos y, probablemente, equivocada además²⁰.

De entrada, tuvimos ya la oportunidad de ver que la gente se declara razonablemente satisfecha y feliz con su estado actual, considerando todos los aspectos de su vida. Lo anterior no significa nada más que en la sociedad parece existir un grado razonable de reconocimiento de que las cosas no están ni tan mal ni son tan alarmantes como haría suponer el diagnóstico del malestar generalizado. Lleva a pensar, además, de que en la sociedad prevalece una percepción bastante más matizada de las cosas, como de hecho sucede y se muestra a continuación.

1. Las personas que evalúan su situación personal actual como peor que la de sus padres representan sólo un 18% de la población. Un 55% estima estar en mejor situación. Por su parte, los que creen que sus hijos estarán peor en el futuro son apenas un 7%, contra un 74% que estima que sus hijos estarán mejor. En otras palabras, las personas tienen la sensación de que existe progreso intergeneracional y confían en que éste continuará²¹. En lo más básico, entonces, existe un cuadro de moderada satisfacción y fuertes expectativas.

2. En cuanto a su situación económica personal, evalúan que les fue mal durante 1997 un 22% de las personas, mientras un 61% estima que al año siguiente le iría mejor, contra sólo un 6% que piensa le iría peor. ¿Hay algo llamativo en este cuadro si se considera que en Chile un 25% de la población vive en condiciones de pobreza y hay una amplia masa asalariada cuyo ingreso familiar apenas les alcanza para vivir con un mínimo de comodidad? En este caso, más que malestar (un 78% considera que económicamente les fue bien o regular durante 1997) lo que hay es la constatación de una realidad económicamente estrecha, combinada con altas expectativas inmediatas y de mediano plazo²².

3. En la percepción más general, el cuadro que emerge de los estudios de opinión pública es complejo y puede representarse por una tabla de doble entrada, que combina la visión sobre la economía del país con la evaluación de la propia situación de las personas²³.

²⁰ Aunque no resulte satisfactorio basar el análisis social exclusivamente en muestreos de opinión —es más, constituye una práctica que limita y puede distorsionar cualquiera investigación sociológica—, me veo obligado aquí a ofrecer una interpretación de esa naturaleza para poder contrastarla con aquella otra (la del malestar) que descansa íntegramente en ese tipo de análisis.

²¹ Cruz & Souza, *Representaciones de la sociedad chilena 1997*. Las cifras usadas en los siguientes numerales hasta el final provienen de esta misma encuesta, que se realizó en noviembre de 1997 en el Gran Santiago. Cuando se usan cifras de otra fuente, así se indica.

²² Es probable que en los próximos meses, como efecto del ajuste de la economía para hacer frente a la crisis asiática, la gente sienta una mayor presión, sus expectativas caigan y su evaluación se vuelva más negativa.

²³ Empleo aquí las cifras de Cruz & Souza, *Representaciones de la sociedad chilena 1997*.

		Evaluación de la situación personal	
		Bien	Mal
Evaluación de la economía chilena	Bien	30,4	26,4
	Mal	10,9	27,5

4. En tal contexto de percepciones entrecruzadas, resulta entonces que un 40% de la población se declara satisfecho con su situación económica personal, independientemente de cómo califique la situación económica del país, y un 60% poco satisfecho, de los cuales sin embargo la mitad piensa que la economía del país está bien.

5. En seguida, al trasladar el foco desde la economía a la sociedad, vemos que la gente percibe a ésta como desigual, clasista, volcada al trabajo, conservadora, religiosa y desarrollada tecnológicamente²⁴. Además, la percibe como una sociedad semidesarrollada, semidemocrática, semimoderna, más o menos tolerante pero donde una mayoría siente que no puede decir libremente lo que piensa²⁵.

6. A su turno, ¿qué le preocupa a la gente? En mención espontánea, en primer lugar la pobreza, luego el empleo y el trabajo, en seguida los salarios y la delincuencia, los sueldos, la salud, la educación, la drogadicción y la vivienda. Frente a una lista de opciones, las respuestas son similares. En orden decreciente: pobreza, salud, drogadicción, delincuencia, salarios, desempleo, educación, corrupción, contaminación, justicia, vivienda, inflación y endeudamiento.

7. En el terreno de las condiciones de vida, las preocupaciones más intensas en orden de importancia son: pasar más tiempo con la familia, cuidar más la salud, brindar a la familia todas las comodidades que se merece, ser asaltado en la calle y la seguridad en el trabajo.

8. A partir del conjunto de elementos entregados en los numerales anteriores, ¿puede sostenerse como primera imagen o interpretación de la

²⁴ Dos de cada tres personas, o más, están de acuerdo con los atributos mencionados. Cruz & Souza, *op. cit.*

²⁵ Alrededor de la mitad está de acuerdo, la otra en desacuerdo.

sociedad que las opiniones prevalecientes apuntan a un diagnóstico de difundido malestar? Parece exagerado arribar a esa conclusión. Más bien, sería una grosera simplificación. Lo que hay, en cambio, es un cuadro matizado y complejo de percepciones y opiniones, con reconocimiento de progresos que se corresponden con los indicadores objetivos de mejoría en las condiciones de vida de las personas²⁶; altas expectativas de mediano y corto plazo; nítida identificación de desigualdades y señalamiento claro y concordante de problemas prioritarios, los cuales tienen que ver, principalmente, con acceso a servicios esenciales y con las condiciones de vida en la esfera privada.

Desconfianza en las oportunidades

La percepción respecto del desigual acceso y calidad de los servicios esenciales está seguramente en la base de una difundida desconfianza en las oportunidades, la cual coexiste con las altas expectativas de corto y mediano plazo. Esta asimetría es típica de países en rápido proceso de modernización.

1. En efecto, el crecimiento rápido pero socialmente desigual hace pensar a la gente que la pobreza, en vez de disminuir, aumentará. De hecho, un 67% estima que la brecha entre ricos y pobres se está agrandando de manera que en 20 años habrá más pobreza que ahora, contra sólo un 27% que estima que el rápido crecimiento de la economía permitirá que ya, en 20 años, no haya pobres entre nosotros. En consecuencia, la gente tiene expectativas altas pero desconfía del futuro puesto que mide a éste con la vara de su experiencia presente y, en cambio, las expectativas mezclan deseos y realidad, anhelos y posibilidad.

2. La mitad de la población considera como “muy desigual” el acceso a los servicios esenciales (un 49% en el caso de la salud, un 47% en la justicia, un 43% en la educación²⁷). Según sabemos por múltiples estudios sectoriales, las personas desconfían de que se esté avanzando lo suficiente como para cambiar esa situación de acceso. Con todo, sólo una minoría teme que en el futuro disminuirá la calidad de la salud (12%) o de la educación (7%).

²⁶ Sobre el mejoramiento de las condiciones de vida de la gente, véase Ministerio Secretaría General de la Presidencia, *Más oportunidades para la gente. Las transformaciones del período 1990-1997 para el Chile del 2000* (1998).

²⁷ DESUC-COPESA, *Estudio de Opinión Pública*, 5 (mayo de 1997).

3. Adicionalmente, las personas aspiran a ponerse a la altura de ciertas exigencias familiares, como dedicar más tiempo y ofrecer mayores posibilidades y comodidades a su grupo familiar, aspiración que probablemente explica parte importante del factor endeudamiento de las personas. Este último, que desde el punto de vista de la tesis del malestar es mirado como una trampa del consumismo y un motivo generador de angustia e inseguridad, tiene como contracara expectativas de mejoramiento familiar y la decisión de invertir en el futuro. De hecho, el número de deudores del sistema financiero ha aumentado de 1.560.000 en 1990 a 4.491.000 en 1997²⁸.

¿Cómo interpretar entonces esta desconfianza en las oportunidades? Sugiero la siguiente hipótesis de trabajo. La gente desea seguir mejorando sus condiciones de vida —y de su familia— pero más rápido. Quiere “más de lo mismo” pero en un menor tiempo, de manera de, así, satisfacer sus expectativas. Está dispuesta a trabajar duro, incluso a endeudarse. Pero, al mismo tiempo, desconfía —por su propia experiencia de las desigualdades— de que el crecimiento vaya a beneficiarlos directa y oportunamente y brindarles acceso a los servicios esenciales que debe proporcionar la sociedad.

Inseguridad de orden

Junto a esa desconfianza, la gente siente, en una dimensión específica de su vida, un alto grado de inseguridad. Pero tal inseguridad tiene poco que ver con sentimientos de malestar. Se trata, lisa y llanamente, del temor a ser asaltado o robado, uno de los más antiguos miedos de la humanidad, aumentado ahora por las características de la vida urbana y por la alta exposición de hechos delictuales a través de la televisión²⁹. Incluso habiendo disminuido la tasa declarada de victimización durante los últimos años, según se establece en un reciente estudio del CEP, igual la gente siente que puede ser objeto de delitos y tiene poca o ninguna confianza en que los culpables serán condenados en un tiempo razonable³⁰.

Pero, ¡cuidado! Este sentimiento de vulnerabilidad, más que alimentar un sordo malestar, lo que hace es intensificar la demanda por ley y orden. El 88% de las personas estima que con “mano dura” se acabaría el problema de la delincuencia, un 76% está de acuerdo con la pena de muerte en caso de delitos atroces y un 83% estima que nunca se debería indultar a los que venden drogas.

²⁸ Revista *Estrategia*, 9 de junio 1998.

²⁹ Véase José Joaquín Brunner, “Política de los medios y medios de la política: entre el miedo y la sospecha” (octubre 1997).

³⁰ CEP, *Estudio Nacional de Opinión Pública* N° 6 (junio-julio de 1997).

Dilemas valóricos

Con la evolución de las costumbres y los comportamientos que trae consigo la modernización de la sociedad, la gente enfrenta diversos conflictos y dilemas valóricos. Nada indica, sin embargo, que a este propósito exista en nuestra sociedad un generalizado malestar moral o cultural. ¿Qué se percibe, por el contrario?

1. Que empieza a producirse la típica diferenciación de percepciones y actitudes que la modernidad trae consigo. En efecto, los valores del grupo más joven, de 18 a 24 años de edad, se separan de los valores de las personas de 55 años o más; en algunos casos hombres y mujeres difieren netamente entre sí en cuanto a sus valoraciones y algo semejante tiende a ocurrir con los valores de los grupos socioeconómicos bajo y alto.

2. Así, por ejemplo, mientras un 67% de los jóvenes asiste habitualmente a centros comerciales, sólo un 25% de los mayores de edad dice hacerlo. Declaran creer mucho en los milagros un 70% por ciento de las mujeres, pero sólo un 54% de los hombres; un 73% de los más viejos contra un 46% de los jóvenes; un 70% en el estrato bajo frente a menos de la mitad en el estrato alto. Que los jóvenes vivan en pareja sin casarse es algo con que están “muy” o “algo” de acuerdo un 87% de los propios jóvenes, pero sólo un 48% de los adultos mayores de 55 años. Los programas de televisión en los cuales se entrevista a prostitutas y homosexuales son considerados aceptables por un 58% del estrato alto, el doble de quienes opinan así en el caso del estrato bajo; el grado de aceptación de dichos programas entre los jóvenes es casi tres veces el de los mayores de 55 años y es mayor también entre los hombres que las mujeres.

3. Así como hay diferenciación de valores hay también, en algunos aspectos, una creciente homogeneidad en el sentido propio de una cultura más abierta y pluralista. Por ejemplo, un 83% acepta la educación sexual en la enseñanza básica, un 80% la distribución de anticonceptivos en los hospitales públicos, un 76% el aborto cuando la vida de la madre está en peligro, un 61% la legalización del divorcio, un 60% que una mujer casada decida no tener hijos para dedicar más tiempo a su carrera y un 52% se declara muy de acuerdo con el enunciado de que “no hay formas buenas y malas de vivir, todas son aceptables si no se daña a los demás”.

4. La misma homogeneidad, pero en sentido contrario —del rechazo—, se observa frente a ciertas cuestiones que claramente contravienen el mínimo común ético de la gente. Por ejemplo, un 92% de la población considera que no se debe permitir el aborto por libre elección, un 88% considera inaceptable la transmisión televisiva de películas con desnudos

en horarios de audiencia infantil, un 76% está de acuerdo en que se debe imponer la pena de muerte al violador de una niña de 12 años.

5. De cualquier forma, la evolución moral en curso parece ser gradual más que abrupta e inclusiva más que excluyente. Sólo una minoría —un 15%— piensa que la sociedad chilena posee valores “muy sólidos” y apenas un 5% cree, en el extremo opuesto, que ellos son “nada” de sólidos. Entre medio, el restante 80% de la población estima, casi por mitades iguales, que o bien son “bastante” sólidos o son “poco” sólidos, respectivamente. Esa mayoría —y no cualquiera de los dos extremos— constituye la corriente ética principal de nuestra sociedad. Esa mayoría del medio —que va de “bastante” a “poco” sólidos— evalúa diversos asuntos con un inconfundible gesto ambiguo³¹.

6. A ambos extremos de la corriente ética principal se ubican, en cambio, los dos polos minoritarios que esgrimen principios morales excluyentes. Para ponerlo gráficamente: aquel 7% de la población compuesto por quienes estiman que “se debe permitir el aborto si la mujer no desea tener más hijos” a un lado y, al otro, aquel 8% que se declara en absoluto desacuerdo con el enunciado “si los padres se llevan mal, es mejor para los hijos que los padres se divorcien a que sigan juntos”³².

En conclusión, más que un malestar cultural lo que hay es movimiento en el plano de los valores. A la luz de los antecedentes presentados, puede decirse que en el Chile contemporáneo la mayoría está tratando de adaptarse culturalmente —desde distintas posiciones sociales y visiones de mundo— a los desafíos propios de la modernidad. La existencia de esa corriente central moderada y en evolución gradual explica seguramente que, en cuanto a posiciones valóricas, cuatro de cada diez personas se definan a sí mismas en la actualidad como conservadoras, dos como liberales y cuatro como “ni conservadores ni liberales”³³. (Sólo al pasar llamo la atención al hecho de que la gente se define casi sin excepción en ese espectro de valores, en tanto que más de la mitad de la población se abstiene de hacerlo en el espectro político-ideológico de derecha a izquierda.)

La argumentación sobre las causas del supuesto malestar

Llegamos así a la última parte de este análisis, donde nos hacemos cargo de las explicaciones que se alegan para justificar el diagnóstico del malestar generalizado en la sociedad chilena. Revisemos brevemente los cuatro argumentos que se ofrecen para ver dónde fallan.

³¹ Cruz & Souza Consultores, *op. cit.*

³² Cruz & Souza Consultores, *op. cit.*

³³ Cruz & Souza Consultores, *op. cit.*

Desigualdades crecientes

Se alega que el malestar sería generado por un modelo de desarrollo que multiplica las desigualdades. Que la gente posea una aguda percepción de las desigualdades no significa, sin embargo, que ellas estén aumentando. Más bien, todo indica que las desigualdades están disminuyendo en general. En efecto, entre 1990 y el año 2000, la esperanza promedio de vida de los chilenos habrá aumentado en 4 años, la mortalidad infantil se habrá reducido a la mitad, los alumnos que asisten a escuelas subvencionadas recibirán una subvención tres veces superior, el rendimiento de las escuelas más pobres se habrá incrementado en 30%, la economía habrá generado un millón de nuevos empleos, los salarios reales se habrán incrementado en un 40%, la pobreza se habrá reducido a la tercera parte, la red vial y urbana será tres veces más densa y el consumo privado habrá aumentado en alrededor de un 60%. Todos esos son indicadores de mayor igualdad y mayores oportunidades. Lo único que en este contexto no habrá mejorado durante la década será la distribución del ingreso monetario de los hogares, la cual sin empeorar se habrá mantenido estacionaria sin embargo. Pero la diferencia de ingresos totales entre los quintiles más rico y más pobre de hogares, una vez computados los gastos del Estado en las familias, será por lo menos la mitad de que lo sería sin ese gasto social focalizado del Estado.

Frente a tales antecedentes resulta infundado pensar —y, en el mejor de los casos, exagerado sugerir— que el malestar difundido en la sociedad podría deberse a un incremento de las desigualdades sociales. A lo más, se podría postular que es provocado por una disminución no suficientemente rápida de las desigualdades (especialmente en el plano de las oportunidades de acceso y tratamiento en el caso de servicios esenciales) o, como hacen algunos, por la ausencia de políticas tributarias más fuertemente redistributivas³⁴.

Políticas neoliberales

El alegato de que los gobiernos de la Concertación han impulsado políticas que alimentan el malestar al desatender las funciones públicas en favor del mercado es insostenible. En efecto, durante la presente década el gasto social se habrá duplicado, en salud y educación se invertirá el año 2000 tres veces más que el año 1990, los municipios dispondrán de cuatro

³⁴ Sin embargo, la eficacia de tales políticas basadas en medidas impositivas es dudosa. Véase Eduardo Aninat, "Addressing Equity Issues in Policymaking: Principles and Lessons from the Chilean Experience" (1998), (borrador preliminar).

veces más recursos para atender necesidades cotidianas de la gente, el gasto del Estado en infraestructura física habrá aumentado más de 2,5 veces, en obras de regadío se invertirá 8 veces más, se alcanzará una cobertura de 100% en agua potable y alcantarillado urbanos y de 100% de agua potable en las zonas rurales concentradas, 4.500 localidades apartadas habrán accedido en estos años a la telefonía, el gasto en previsión habrá aumentado en más de un 60% real y el Estado habrá ampliado significativamente sus funciones de crédito y fomento a la mediana, pequeña y microempresa, junto con reforzar sus funciones de seguridad ciudadana y las relaciones del país con el exterior. No es efectivo, por tanto, que durante la década haya aumentado la mercantilización de la sociedad —o la monetarización de los riesgos— ni es sostenible que el Estado se haya retraído y dado paso a políticas de corte neoliberal.

Por el contrario, allí donde los privados intervienen en la producción o gestión de bienes públicos, en general la gente expresa satisfacción y/o confianza en dichos mecanismos mixtos, como en el caso de la educación privada subvencionada o de la incorporación de capitales privados vía concesiones a la construcción de obras viales. No sucede lo mismo en el caso de la salud. Un 71% opina que las clínicas privadas hacen poco o nada por solucionar los problemas de la gente.

En suma, resulta insostenible el argumento de que el malestar generalizado tiene que ver con la aplicación de políticas de corte neoliberal. En el mejor de los casos, el argumento tendría que ser que la gente espera más del Estado bajo el supuesto de que su acción llevará a superar más rápido la desconfianza en las oportunidades, a disminuir la brecha de desigualdades, a aminorar la inseguridad de orden, etc.

Frustración democrática

Ya vimos que este fenómeno, en cuanto dice relación con la existencia de enclaves autoritarios, no afecta de manera decisiva el estado de ánimo de la opinión pública ni hace que la gente se vuelva contra el Estado o el Gobierno. Adicionalmente, vimos que la adhesión democrática en Chile es semejante a la de los demás países de América Latina y que sus tasas de participación electoral han sido más altas en esta década que nunca antes y satisfactorias a nivel comparativo internacional.

Lo que sí existe, en cambio, pero seguramente no al punto de provocar específicos malestares, es un generalizado desinterés por los temas que la dirigencia política debate en los medios de comunicación y un bajo grado de identificación de la gente con el sector político. La gente evalúa

negativamente a los partidos (74% piensa que hacen nada o poco por resolver los problemas de la gente) y a los ministros (61%); cree que todos los dirigentes políticos dicen lo mismo (82%) y opina que los jóvenes se interesan más por la música que por la política (95%). Hay una distancia real, en consecuencia, entre la política y la gente, pero no se ve cómo esto conecta con una tesis sobre el malestar.

Incertidumbres subjetivas

Es una antigua tesis conservadora (hoy neoconservadora) que las contradicciones del capitalismo moderno son la fuente de variados malestares en la cultura³⁵. El reciente Informe sobre Desarrollo Humano en Chile, titulado *Las paradojas de la modernización*, acoge parcialmente esa tesis. Se sostiene allí que “la cara oscura del desarrollo chileno consiste [...] en un conjunto de hechos, objetivos y subjetivos, que producen inseguridad e incertidumbre. Estas situaciones, expresadas de modo difuso en el malestar existente, parecen ser el producto de un desajuste entre la modernización y la subjetividad”³⁶. O, como se dice en otras partes, un desajuste entre los sistemas funcionales y la integración social.

Quienes sostienen esta tesis usualmente ponen bajo un mismo paraguas —el de los malestares— un conjunto heterogéneo de situaciones, tales como la desconfianza en las oportunidades, las inseguridades de orden, las frustraciones democráticas, la insatisfacción relativa de expectativas, etc. Hemos visto que de esa forma el análisis termina descubriendo malestares allí donde no los hay o hay otras cosas³⁷. Ya mostramos más arriba, asimis-

³⁵ He desarrollado esta idea más extensamente en un reciente trabajo, “Apuntes sobre el malestar frente a la modernidad: ¿Transfiguración neo-conservadora del pensamiento progresista?”, que se halla disponible en www.chile2000.cl

³⁶ PNUD, *op. cit.*, p. 222.

³⁷ Es de suyo discutible un análisis de la sociedad —máxime aún de su subjetividad— basado solamente en el registro de opiniones entregadas por sondeos y grupos focales. De hecho, a partir de la misma encuesta empleada por los autores de *Las paradojas de la modernización*, un estudio del CEP arriba a conclusiones diferentes. Señala que “a pesar de que objetivamente la población se encuentra bastante cubierta por mecanismos de seguridad tales como acceso a redes de sociabilidad, sistemas de previsión, sistemas de salud, niveles de información, bajas tasas de delincuencia, tasa de empleo creciente, la percepción sobre la seguridad real (*sic*) que entregan estos mecanismos es baja. Es decir, la población de alguna forma tiene dudas respecto de la efectividad de estos mecanismos como capaces de reducir la inseguridad o lo que es lo mismo como verdaderos mecanismos de seguridad”. (CEP, *Estudio Nacional de Opinión Pública* N° 6, *op. cit.*, p. 87) Agrega asimismo el estudio del CEP que a medida que crece el nivel educacional de las personas aumenta su grado de confianza en los mecanismos de seguridad en las áreas de sociabilidad, previsión, salud y trabajo y que, en cambio, en el área de la seguridad ciudadana el estrato socioeconómico alto es inseguro respecto de los delitos de robo mientras que en el grupo socioeconómico bajo la mayor inseguridad se concentra en los delitos de agresión sexual y de violencia, del tipo venganzas y acciones de pandillas. Dicho en otras palabras, se muestra allí que en una sociedad altamente estratificada, la distribución de los bienes es similarmente desigual a la distribución de los males y los riesgos, lo cual no parece precisamente un descubrimiento de primera magnitud.

mo, que en Chile resulta infundado hablar de una cultura tensionada por graves conflictos de valor o de una subjetividad desgarrada por la modernización. Lo que existe, en cambio, es un gradual proceso de evolución y adaptación de la moral y los valores a las nuevas condiciones de la vida urbana, relativamente secularizada y con mayor autonomía de las personas.

Conclusión 1: la confusión del malestar

Revisada la tesis del malestar difuso que existiría en la sociedad chilena se arriba a las siguientes conclusiones.

1. El factor desencadenante de dicha tesis fue una equivocada lectura de los resultados electorales del 11 de diciembre pasado. Un error de interpretación política permitió acoger y dar vuelo a un diagnóstico que parecía concordar con esa lectura equivocada.

2. Los datos extraídos de sondeos de opinión pública y usados para justificar el diagnóstico del malestar constituyen, en el mejor de los casos, una base empíricamente débil y han sido sometidos, además, a una lectura esquemática y circular (“porque hay malestar los datos muestran que hay malestar”).

3. Las explicaciones que atribuyen las causas del malestar a factores tales como crecientes desigualdades, políticas neoliberales, frustración democrática y crisis de subjetividad no resultan convincentes; no se hallan avaladas por los análisis disponibles ni cuentan con suficiente apoyo empírico.

4. El propio concepto de “malestar” es usado de forma difusa, abarcando bajo un mismo término-continente una variedad de contenidos distintos, tales como desconfianza en las oportunidades, inseguridades de orden, distanciamiento de la política, incertidumbres subjetivas, etc.

5. Además, dicho concepto es empleado confusamente en dos niveles por completo distintos. Uno es el nivel de lo que suele llamarse el “malestar de época” (o propio de la modernidad); un concepto macro que proviene del análisis cultural³⁸. El otro es el nivel del “malestar empírico”, que busca reflejar situaciones micro (de grupos o individuos), pero que se extrapola a la sociedad, sin que se cuente con una teoría para ello (como la de la anomia, o las disonancias cognitivas, o la revolución de las expectativas, o la alienación, etc.) ni con datos que sustenten esa proyección.

6. El malestar empírico pretende ser contrastado además, políticamente, con nociones tan complejas como el de felicidad humana, casi al

³⁸ A este respecto, véase José Joaquín Brunner, *Globalización cultural y posmodernidad* (1998), especialmente Partes I y II.

nivel en que Freud sitúa su clásico ensayo sobre *El malestar en la cultura*. A esta altura, la confusión se vuelve total: se hace un alegato político basado en un concepto confuso, sin una teoría que lo valide ni respaldo suficiente en resultados de investigación. Resultaría más lógico, si se desea progresar en el análisis de la subjetividad en la sociedad chilena, y centrar dicho análisis en la noción de inseguridad, elegir el camino más directo (y que cuenta con una larga tradición conceptual tras de sí), cual es partir de los conceptos de cambio y crecimiento.

7. Por último, a mayor abundamiento, cabe agregar que los datos comparables a nivel internacional muestran que el estado de la opinión pública chilena no difiere de ninguna manera particular —más bien tiende a reflejar un menor “negativismo”— en todos los asuntos relacionados con desconfianza en las oportunidades, inseguridades de orden y condiciones de sociabilidad, según se resume en el siguiente cuadro.

Variable	Chile	Sudamérica y México
Pobreza ha aumentado mucho	34	71
Más pobres que hace cinco años	36	76
Distribución del ingreso es muy injusta	34	33
Calidad salud ha disminuido en últimos 12 meses	23	32
Calidad educación ha disminuido en últimos 12 meses	16	30
Calidad vivienda ha disminuido en últimos 12 meses	32	39
Delincuencia ha aumentado	65	81
Ha sido víctima de un delito últimos 12 meses	32	40
Drogadicción ha aumentado mucho últimos 12 meses	73	79
Corrupción ha aumentado mucho últimos 12 meses	62	81
Nada protegido por leyes laborales del país	23	32
Muy preocupado por la estabilidad laboral	27	38
Se puede confiar en la mayoría de las personas	18	20

Fuente: Corporación de Estudios de Opinión Pública Latinoamericana, *Latinbarómetro 1997*

Conclusión 2: el malestar como ausencia de certeza

De cualquier forma, interesa ver dónde se asienta el diagnóstico del “malestar difuso” cuando se lo mira desde el lado de la subjetividad de las personas. Si uno se atiene al Informe sobre *Las paradojas de la modernización*, el malestar de la sociedad “adopta en la percepción de la gente la forma de inseguridad” (p.103). Sus componentes principales serían la inseguridad ciudadana, la inseguridad socio-económica-laboral y la inseguridad sicosocial (vida urbana, contaminación, droga). Estas tres inseguridades corresponderían a tres temores básicos: temor al otro, temor a la exclusión social y temor al sinsentido, cuyas contracaras positivas serían la confianza en los demás, el sentido de pertenencia y las certidumbres que ordenan el mundo de la vida cotidiana. Luego, el modelo subyacente —el paradigma ideal de seguridad— es exactamente aquel proclamado por la ideología neoconservadora: integración moral que da lugar a las confianzas, comunitarismo de las pertenencias y valores fuertes que orienten con certidumbre la vida³⁹.

El diagnóstico del malestar difuso parece desprenderse directamente de esa teoría, en función de la cual —igual como la noche hace ver pardos todos los gatos— cualquier síntoma de desajuste en la sociedad (¡y las sociedades son sistemas de desajustes!) debe (¡normativamente!) ser entendido como un malestar de inseguridad. ¿Qué postula, en efecto, esa teoría? Según el Informe del PNUD, postula que “la certeza y la seguridad tienen en la construcción del orden social” un “carácter activo y fundacional” (p. 57). Así, por ejemplo, esta teoría razona que “las personas requieren de certezas y seguridades para desarrollarse”, que “la necesidad de certezas y seguridades tienen un fundamento antropológico”, que “el hombre debe crear certezas como condición de su existencia”, que “la sociabilidad es la base sobre la que se sustentan las certezas y las seguridades” y que la sociabilidad debe entenderse como “el despliegue de vínculos cotidianos entre los individuos que se sustentan en un mutuo reconocimiento como participantes de una comunidad de saberes, identidades e intereses”.

Se trata pues de una teoría funcionalista-normativa del orden social y de una antropología hobbesiana que poco tienen que ver con las sociedades modernas y con una visión del orden humano como esencialmente abierto, incierto y desprovisto de garantías fundacionales. Para una teoría basada en las certezas, sin duda, el mundo moderno se revela lleno de fallas de seguridad y la modernización le plantea un reto casi insoluble. Como

³⁹ Véase José Joaquín Brunner, “Apuntes sobre el malestar...”, *op. cit.*

dice el Informe del PNUD, la “modernización de la vida social [...] crea nuevas y mayores oportunidades al mismo tiempo que crecen la inseguridad y la incertidumbre” (p. 210). Efectivamente, el mercado y la democracia son, por definición, sistemas de incertidumbres, electivos, cambiantes, competitivos, plagados de asincronías, de cambios y desigualdades. Con razón uno se ve llevado a preguntarse, como hace Mircea Eliade en un hermoso libro, si acaso la democracia y el mercado ofrecen soluciones válidas “para que el hombre moderno pueda soportar la presión, cada vez más poderosa, de la historia contemporánea”⁴⁰; presión que esos mismos dispositivos crean.

Frente a esa pregunta radical se postula una visión que reclama la necesidad de un orden basado en certezas y capaz de “asegurar” la vida material y subjetiva de las personas. Más bien, llama la atención que esa reivindicación (neoconservadora) aparezca formulada desde el lado “progresista” de la dirigencia político-intelectual del país. ¡La confusión es un signo de los tiempos! Aparece como si la Concertación, luego de hacerse cargo del desarrollo y la modernización de la sociedad chilena, hubiera abierto su propia Caja de Pandora de la cual han escapado todos los miedos y malestares de la modernidad quedando adentro, solamente, la esperanza de poder restituir un orden de certezas comunitarias, seguridades públicas y valores capaces de refundar una subjetividad colectiva integrada.

La pregunta es ¿hacia dónde conduce político-intelectualmente la aceptación de ese diagnóstico del difuso malestar de las inseguridades?

1. A descubrir inseguridades y malestares por todos lados, crecientes y multiformes, y a la necesidad (artificial) de hacerse cargo de ellos buscando frenar o reducir los avances en la modernización de la sociedad, que serían los causantes de dichos desasosiegos.

2. A elaborar un concepto de Estado-asegurador/protector, hijo del Estado benefactor y del paternalismo social, que estaría forzado a hacerse cargo de esferas cada vez mayores de inseguridad humana y de desajustes de malestar.

3. A asumir una posición neoconservadora en materias culturales y de orientación ético-intelectual de la sociedad, frenando con ello los incipientes gérmenes de mayor autonomía de la sociedad civil y de un ordenamiento más liberal en materias ético-culturales; pluralista (en el sentido fuerte en que usa este término Isaiah Berlin), que significa todo lo contrario —a fin de cuentas— que el orden de una comunidad de certezas.

⁴⁰ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno* (1997), p. 130.

4. A proponerse tareas tan ilusorias como imposibles, del estilo de devolver a la sociedad sus alegrías y a las personas la felicidad, pretensiones fuera del alcance de cualquier programa político a fines del siglo XX.

5. A “subjetivizar” el análisis político-social, levantando a las encuestas, los grupos focales y el contacto directo con la gente en fuentes casi exclusivas del conocimiento de la sociedad. Las falencias de esta suerte de neopopulismo sociológico han sido ampliamente demostradas y no vale la pena insistir aquí en sus límites⁴¹.

6. A colocar a los sostenedores de la tesis del malestar difuso en una posición argumentalmente inobjetable. En efecto, cada vez que se cuestione su análisis o se les haga ver inconsistencias en la argumentación empleada, falta de pertinencia de la misma, confusión teórica en su fundamentación, parcialidad en el manejo de los datos, etc., podrán responder, con sorna: “Vengo llegando del reino de Calígula y he comprobado que la modernidad no hace feliz a la gente. La gente siente un difuso malestar”. ¡Así sea!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aninat, Eduardo. “Adressing Equity Issues in Policymaking: Principles and Lessons from the Chilean Experience”. Washington, DC: FMI, junio 1998 (borrador preliminar).
- Berman, Marshall. *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Editorial Siglo XXI, 1995.
- Brunner, José Joaquín. “Política de los medios y medios de la política: Entre el miedo y la sospecha”. *Diálogos de la Comunicación*, N° 47, Lima, octubre 1997.
- . *Globalización cultural y posmodernidad*. Fondo de Cultura Económica, 1998.
- . “Apuntes sobre el malestar frente a la modernidad: ¿Transfiguración neo-conservadora del pensamiento progresista?”. www.chile2000.cl
- Campero, Guillermo. “Más allá del individualismo: La buena sociedad”. En R. Cortázar y J. Vial (eds.), *Construyendo opciones*. Santiago: Cieplan/Dolmen Ediciones, 1997.
- CEP-PNUD. Encuesta CEP-PNUD sobre Seguridad Humana. En CEP, *Documento de Trabajo* N° 279, abril 1998.
- CEP. Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. En CEP, *Puntos de Referencia*, N° 197, abril de 1998.
- . *Estudio Nacional de Opinión Pública* N° 6, junio-julio de 1997.
- CERC. Barómetro, publicaciones periódicas. Santiago.
- Corporación de Estudios de Opinión Pública. *Latinbarómetro 1997*.
- Cruz y Souza Consultores. *Representaciones de la sociedad chilena 1997*. Santiago.
- Dahrendorf, Ralf. *Ley y orden*. Madrid: Editorial Cívitas, 1994.
- DESUC-COPESA. *Estudio de Opinión Pública* N° 5, mayo de 1997.

⁴¹ Pierre Bourdieu, entre otros, ha demostrado suficientemente las debilidades del pensamiento social construido sobre la base de elevar los sondeos a la categoría de expresiones de lo real.

- . *Estudio de Opinión Pública* N° 6, noviembre de 1997.
- Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Barcelona: Altaya, 1997.
- Estrategia*, 9 de junio 1998.
- Giddens, Anthony. *The Consequences of Modernity*. Stanford University Press, 1990.
- Guzmán, Eugenio; y Villagrán, Paulina. “Elecciones parlamentarias 1997. Una segunda lectura”. En ILD, Serie *Informe Político* N° 50, febrero 1998.
- IDEA. *Voter Turnout from 1945 to 1997: A Global Report*. Estocolmo: IDEA, 1997.
- Lehmann, Carla. “La voz de los que no votaron”. En CEP, *Puntos de Referencia*, N° 197, abril de 1998.
- Méndez, Roberto. “Tendencias de los consumidores, estrategia competitiva, calidad de servicio”, mayo 1997, Santiago.
- Ministerio Secretaría General de la Presidencia. *Más oportunidades para la gente. Las transformaciones del período 1990-1997 para el Chile del 2000*. Santiago: 1998.
- PAL. *Bitácora Legislativa*, Año VIII, N° 249, marzo 1998.
- PNUD. *Desarrollo humano en Chile-1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago, Chile: PNUD, 1998.
- SECC. “Análisis de votación nula. Elecciones parlamentarias 1997”. SECC, enero de 1998.

¿ES SOSTENIBLE NUESTRO DÉFICIT DE CUENTA CORRIENTE?*

Juan Andrés Fontaine

El objetivo del presente trabajo es estudiar la sustentabilidad de la cuenta corriente de modo de evaluar el curso de la economía chilena. La proyección de nuestro devenir económico —señala el autor— lleva a la conclusión que para mantener un déficit de cuenta corriente sustentable, el ahorro nacional debe elevarse desde el 21% registrado en 1996-1997 a 22% o 29%, según se aspire a un crecimiento del PIB de 6% o 7%, respectivamente. Estos incrementos en la tasa de ahorro implican caídas importantes en la tasa de crecimiento del consumo a 5,7% o 4,5%, según sea el escenario.

Se concluye que estamos desviándonos de la senda de equilibrio, donde la actual trayectoria de gasto, producto y precios relativos conduce a una acumulación de pasivos internacionales y que deja a la economía chilena con una vulnerabilidad superior a la adecuada.

JUAN ANDRÉS FONTAINE, M.A. en Economía, Universidad de Chicago. Licenciado en Economía e Ingeniero Comercial, Universidad Católica de Chile. Ha sido profesor en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Chile, y profesor visitante en la Universidad de California, Los Ángeles. Ex Director de Estudios del Banco Central de Chile (1984-1990). Consultor internacional e investigador asociado del Centro de Estudios Públicos.

* Texto de la presentación en seminario efectuado el 7 de mayo de 1998 en el Centro de Estudios Públicos.

De pronto, la interrogante acerca de la sustentabilidad de nuestras cuentas externas comienza a perturbar la confianza con que mirábamos el futuro económico chileno. En verdad, si la respuesta a la pregunta que hoy nos reúne es negativa, el curso macroeconómico que llevamos sería puesto en tela de juicio. Adelantándome a la conclusión de esta nota, mi opinión es que efectivamente estamos en presencia de una desviación respecto de la senda de equilibrio que, aunque todavía moderada, nos exige corregir el rumbo.

Como la interrogante se refiere a un tema que compromete la evolución macroeconómica en su totalidad, comienzo mi presentación con un breve repaso de los rasgos sobresalientes de nuestra trayectoria reciente. Luego, discuto a pinceladas gruesas los escenarios que podrían caracterizar el devenir de nuestra economía en los próximos años y sus respectivos requerimientos de financiamiento externo. Escojo aquel sobre el cual parece prudente basar el análisis. Propongo entonces un criterio para evaluar la sustentabilidad del correspondiente déficit de cuenta corriente (DCC). Termino reseñando las recomendaciones de política macroeconómica que fluyen de tal evaluación bajo el escenario previsto.

1. Vistazo retrospectivo

La buena noticia que trajo la revisión de las cuentas nacionales recientemente publicada por el Banco Central es que hemos crecido más de lo que creíamos (a un ritmo promedio del orden de 7,6% anual en los últimos doce años)¹. La mala noticia es que dicho crecimiento tiene bases menos sólidas de lo que pensábamos. Específicamente, el debilitamiento del ahorro interno ha traído consigo una progresiva dependencia del ahorro externo, esto es, de una cuenta corriente deficitaria cuya sustentabilidad es la duda que discutimos hoy.

El Cuadro N° 1 presenta un resumen de las fuentes de nuestro crecimiento económico durante los últimos doce años². Sobresalen los siguientes aspectos de esa trayectoria:

- Hemos mantenido un crecimiento en el Producto Interno Bruto (PIB) de 7,6% al año, más o menos inalterado en los tres cuatrienios

¹ Banco Central de Chile, *Anuario de Cuentas Nacionales* (1998).

² El análisis de fuentes de crecimiento procura separar la contribución al crecimiento de las variaciones en la cantidad y calidad de los distintos factores productivos. Aplicaciones recientes de esta metodología pueden encontrarse en P. Rojas, E. López y S. Jiménez, "Determinación del crecimiento y estimación del producto potencial en Chile: El rol del comercio" (1997), y en J. Roldós, "Potential Output Growth in Emerging Markets: The Case of Chile" (1996). La versión presentada en el Cuadro N° 1 se basa en un trabajo no publicado del autor, disponible directamente.

CUADRO Nº 1: FUENTES DE CRECIMIENTO

	1986-1989	1990-1993 (Promedios anuales)	1994-1997
<i>Crecimiento del PIB</i>	7,5	7,7	7,6
<i>Contribución de factores</i>	4,1	4,2	4,0
Contribución del capital	2,0	2,7	3,2
Rentabilidad del capital (% anual)	20,0	20,0	21,2
Inversión fija (% del PIB)	20,0	22,0	24,3
Depreciación (% del PIB)	10,0	9,7	9,0
Capital/Producto	2,7	2,5	2,3
Contribución del trabajo	2,1	1,6	0,7
Participación del trabajo (%)	0,5	0,5	0,5
Crecimiento de la ocupación (% anual)	4,7	3,2	1,5
<i>Productividad total de factores</i>	3,4	3,4	3,6
Crecimiento producto nacional bruto	8,8	8,5	7,1

en los que dividimos el período (aunque los promedios cuatrianuales ocultan oscilaciones cíclicas de consideración). Nótese, sin embargo, que el ritmo de expansión del Producto Nacional Bruto (PNB), que excluye las utilidades de la inversión extranjera y otros pagos a factores del exterior, lleva una tendencia algo declinante, consecuencia de la preponderancia que ha tomado esa forma de financiamiento externo.

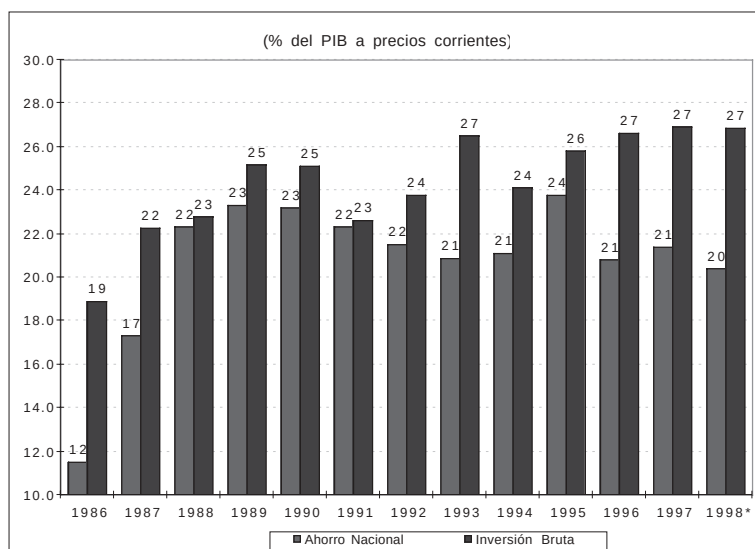
- La principal fuente de crecimiento ha sido el alza de la *productividad total de los factores* (PTF) o ganancia de eficiencia global de la economía, la cual aporta 3,5 puntos porcentuales al crecimiento económico. Este hecho se ha observado también en otras economías de crecimiento rápido³. La PTF engloba factores tan disímiles como la absorción del cambio tecnológico, la elevación de las calificaciones y capacitación de la mano de obra y la mejoría en la asignación de los recursos. Tras reformas estructurales tan vastas y profundas como las experimentadas por la economía chilena, es habitual atribuir a este último factor el grueso de la tendencia observada en la PTF.
- Aunque la inversión ha ido en aumento, y ello ha redundado en una pronunciada recuperación de la dotación de capital por trabajador,

³ El rol de la PTF en el despegue económico ha sido enfatizado por Arnold Harberger, "Reflections on Economic Growth in Asia and the Pacific" (1996).

luego de su bajón en los setenta, ella no ha alcanzado tasas sobresalientes a nivel internacional. Nótese que el cuadro está construido en base a los precios relativos corrientes de los bienes de capital, los cuales son considerablemente inferiores a los precios de 1986, año base de las cuentas nacionales, que suele utilizarse para medir el esfuerzo de inversión. Dicho procedimiento arrojaría una tasa de inversión fija de 30% en 1994-1997. En mi opinión, tal medición es incorrecta porque ignora que son los precios relativos corrientes los que mejor miden la productividad actual del capital⁴. Nótese también que la rentabilidad bruta del capital, que ha sido derivada de las cuentas nacionales, resulta sorprendentemente alta, aún después de descontar depreciación e impuestos. Es posible que ello refleje la rentabilidad alta, pero pasajera, asociada a la explotación de un stock de recursos naturales.

La imagen que deja este cuadro es el de una economía extraordinariamente productiva, de gran dinamismo empresarial. Situación que si hubiera sido acompañada de un esfuerzo mayor de inversión, habría redundado en un desarrollo económico aún más veloz, igualando quizás los récords alcanzados por los tigres asiáticos en sus buenos tiempos.

GRÁFICO N° 1: AHORRO E INVERSIÓN



⁴ El punto ha sido planteado por Harberger (1996).

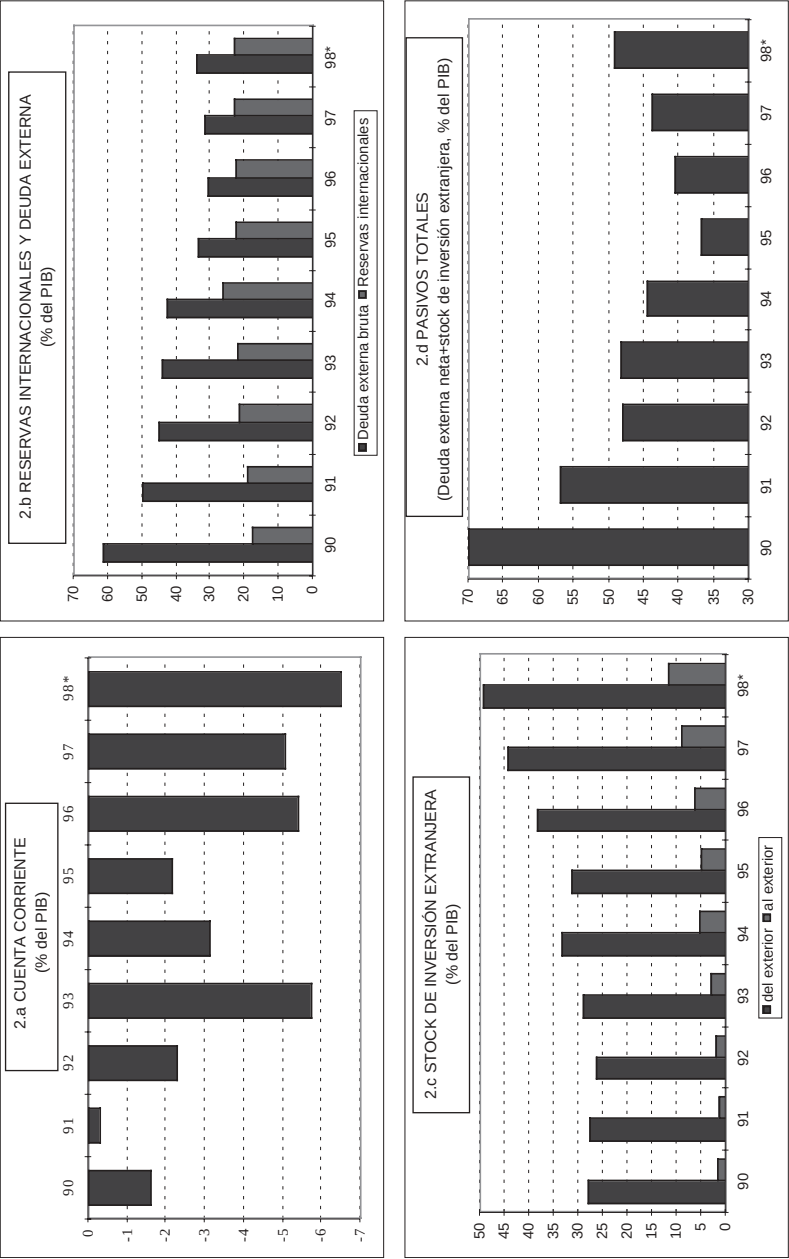
El Gráfico N° 1 explica por qué no hemos llegado tan lejos. Nuestro ahorro nacional creció fuertemente en la segunda mitad de los ochenta. Desde entonces se ha estancado, y lleva a contar de 1995 una tendencia levemente declinante. Por cierto, la contrapartida de esta evolución ha sido el crecimiento del consumo: mientras en 1986-1989 el consumo aumentaba a un ritmo de 6,4% al año (algo inferior al del producto), en 1990-1993 sube a 7,4% y en 1994-1997 al 8%, tasa superior esta última a la del crecimiento del producto. La tasa de ahorro se incrementa cuando los países logran establecer una brecha entre el aumento del ingreso y aquel del consumo. Nosotros no hemos podido hacerlo. Particularmente inquietante es que ello ocurre pese a nuestros eficaces mecanismos de ahorro forzoso, los cuales han mantenido un alto nivel de ahorro fiscal (que pasa desde 3,7% en 1986-1989 a 4,5% en 1994-1997) y de ahorro previsional (del orden de 4% en 1995-1996⁵). La falencia está, por tanto, en el ahorro privado voluntario, aquel que resulta de las decisiones autónomas de los hogares y las empresas, a la luz de los estímulos que reciben y las expectativas que se forjan. La debilidad de nuestro esfuerzo de ahorro habla mal de nuestra vocación para el crecimiento.

Los Gráficos N° 2 (2.a, 2.b, 2.c y 2.d) muestran las implicancias del comportamiento del ahorro sobre nuestra posición financiera internacional. Muestran también cómo la dependencia del ahorro externo se ha traducido en crecientes déficits de cuenta corriente (Gráfico N° 2.a), los cuales ya en 1996 superaron el límite de 4% del PIB, al que prudentemente aspiraba el Banco Central. Cabe destacar que tanto ese año como el pasado exhibieron precios que pueden ser considerados normales en las exportaciones (en particular el cobre, que promedió algo más de US\$ 1 por libra en ambos años). Hay que aclarar además que estos déficits ahora reflejan, como en rigor corresponde hacerlo, el total de las utilidades ganadas por los inversionistas extranjeros en Chile, las cuales son hoy de gran significación.

La preocupación por el déficit de cuenta corriente se refiere en verdad a la posible acumulación de un exceso de pasivos internacionales. El Gráfico N° 2.b muestra que el endeudamiento externo bruto descendió entre 1990 y 1995, y desde entonces lleva una muy leve tendencia al alza. En tanto, las reservas internacionales del Banco Central se han elevado considerablemente, de lo que se desprende que nuestro endeudamiento externo *neto* es hoy extraordinariamente moderado. De más está decir que en

⁵ Para una presentación de las tendencias del ahorro privado voluntario y no voluntario, véase Comisión Nacional de Ahorro, "Hacia un mayor ahorro privado en Chile" (1998). Véase también D. Hachette, "Ahorro privado en Chile" (1998).

GRÁFICO Nº 2: INDICADORES DE SOLVENCIA (% PIB)



* Proyección.

esto descansa la confianza que despierta nuestra economía y que se ha reflejado en nuestra promoción a categoría de “investment grade” por parte de los calificadores de riesgos financieros internacionales.

Pero ello no cuenta la historia completa. El Gráfico N° 2.c muestra la evolución de otro tipo de pasivo internacional, la inversión extranjera acumulada. No hay cifras actualizadas del valor del stock de la inversión extranjera, de manera que hemos construido una aproximación a partir de los *flujos* conocidos y tasas estimadas de rentabilidad. La inversión extranjera acumulada en el país ha subido extraordinariamente y a 1997 superaba el 40% del PIB. La inversión chilena en el exterior, en tanto, también crece, pero sus dimensiones son todavía menores. La afluencia de inversión extranjera es un hecho muy positivo, un voto de confianza internacional, que se explica por las buenas perspectivas de nuestra economía y la favorable coyuntura del mercado de capitales mundial. Hay, sin embargo, razones para pensar que la inversión extranjera ha sido sobreestimada por los encajes al crédito externo, lo cual le daría a ésta un cariz menos positivo.

Como pasivo internacional, la inversión extranjera es más segura que la deuda externa: su rendimiento está asociado a la marcha de la economía y su exigibilidad puede ser amortiguada por fluctuaciones en el precio de los activos y el tipo de cambio. Estas ventajas dieron origen a un conjunto de estímulos regulatorios y tributarios (DL 600, Capítulo XIX, etc.) en momentos en que el endeudamiento externo era alto y escasa la afluencia de inversión extranjera⁶. Pero es necesario tomar en cuenta que la inversión extranjera es un pasivo más caro que la deuda: la creciente divergencia que —comentábamos más arriba— se aprecia entre el PIB y el PNB refleja el uso cada vez más intenso de esta forma “cara” de financiamiento externo. Privilegiar la inversión extranjera por sobre el endeudamiento era razonable unos años atrás, cuando la primera era insignificante y la segunda muy elevada. Hoy que los papeles se han invertido, puede resultar excesivamente costoso. No se trata, por cierto, de detener la inversión extranjera (tan conveniente como fuente de capacidad empresarial y tecnológica), sino de eliminar la ventaja artificial que le confieren los encajes y otros controles a los capitales.

La conclusión la presenta el Gráfico N° 2.d. Se trata de un indicador ácido de solvencia externa, que suma la deuda exterior neta a la inversión extranjera neta. Dicha suma, conviene advertir, trata de igual forma a la deuda y a la inversión externas, lo cual puede no ser apropiado por las

⁶ Acerca de la conveniencia de transformar la deuda en inversión extranjera durante los ochenta, véase J. A. Fontaine, “Los mecanismos de conversión de la deuda en Chile” (1988).

razones antedichas. En cualquier caso, los pasivos internacionales netos, así definidos, se redujeron como porcentaje del PIB entre 1990 y 1995. Nótese que este período coincide con nuestro ascenso a la categoría de “investment grade”, vía continuas reclasificaciones de riesgos. Desde entonces hemos empezado a desandar camino. La evolución de este indicador es el espejo financiero de la trayectoria del déficit de cuenta corriente.

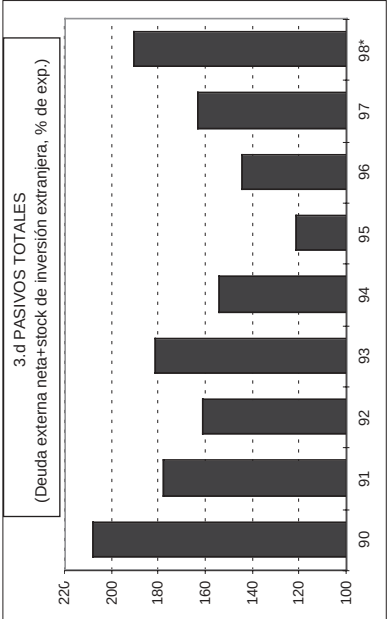
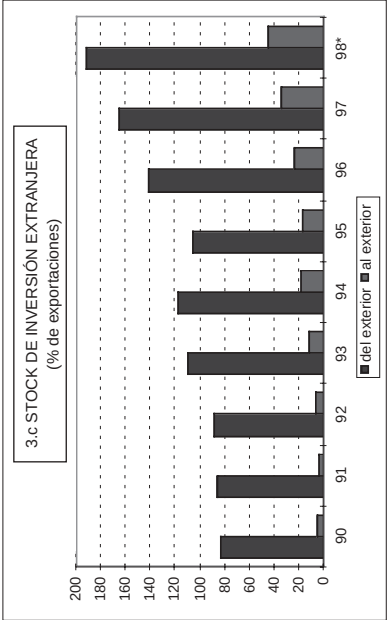
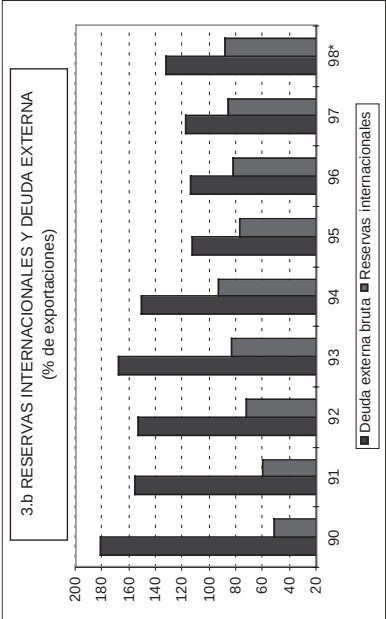
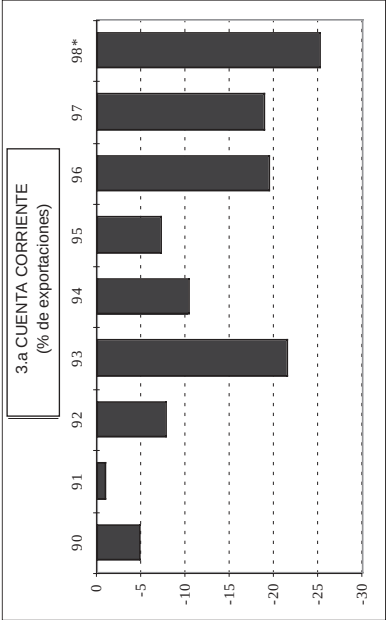
Un último comentario antes de proseguir: los indicadores de solvencia presentados son cuocientes cuyo denominador es el PIB. Pero la medición del PIB en dólares no es independiente del tipo de cambio. Una alternativa que tiene mucho sentido es medir los déficits de cuenta corriente y los pasivos internacionales en relación a las exportaciones de bienes y servicios. Eso hacemos en el Gráfico N° 3. Éste confirma y refuerza las conclusiones de su antecesor: desde una posición extraordinariamente solvente, la economía chilena se ha ido desplazando hacia una de mayor riesgo.

2. Oteando el horizonte

Pero el tema que nos reúne es de carácter prospectivo. Se trata de averiguar si la trayectoria del gasto y del producto que llevamos, y la estructura de precios relativos que les está asociada, nos conducen a DCC y pasivos internacionales de excesivo tamaño. Ello exige que nos detengamos brevemente a considerar la posible evolución del entorno económico mundial, las tendencias probables del crecimiento del PIB, los correspondientes requerimientos de inversión y la evolución previsible para el ahorro interno en ausencia de cambios en el curso de la orientación de la política económica.

La preocupación por el DCC chileno irrumpió con la crisis asiática. Dicho fenómeno rebajó los precios de nuestras exportaciones —el cobre, en particular— y puso en duda la mantención del voluminoso caudal de capitales que había estado fluyendo hacia el país y la región. Pero sería un error circunscribir la preocupación a esa sola circunstancia. En verdad, cabe esperar que la economía mundial, al cabo de algún tiempo, retome un ritmo normal de crecimiento, los precios de los productos primarios se recuperen y se reanime el interés por invertir en las economías emergentes mejor conducidas. Más allá del traspie asiático, la economía mundial está sana. Quizá la principal preocupación es sobre la capacidad de Estados Unidos para mantener su dinamismo sin un rebrote inflacionario o bien aterrizar hacia una trayectoria más moderada, evitando un *crash* bursátil.

GRÁFICOS N° 3: INDICADORES DE SOLVENCIA (% EXPORTACIONES)



* Proyección.

Me parece razonable situar la discusión sobre la base que EEUU no repetirá su brillante desempeño reciente, pero tampoco irá al despeñadero.

Visto desde Chile, esto significa que habrá probablemente uno o dos años con un clima mundial adverso, antes de retornar a la normalidad. El cobre se ha visto afectado por un gran incremento de la oferta (protagonizado, entre otros, por Chile) y el simultáneo debilitamiento de la demanda, a consecuencia de la crisis asiática. Cabe esperar entonces que el precio del cobre se mantenga deprimido mientras se absorbe el exceso de producción resultante. Una vez efectuado ese ajuste, el precio habrá de retornar a un nivel que cubra los costos medios de largo plazo de los productores marginales. Pese a la entrada de nuevos yacimientos y la aplicación de nuevas tecnologías, es probable que ese nivel se sitúe en torno a US\$ 1 por libra, algo inferior al promedio de los últimos diez años (US\$ 1,20 en moneda de 1998). Creo, por tanto, que lo más útil es situar la discusión sobre el futuro de nuestras cuentas externas bajo el supuesto que la actual coyuntura adversa, aunque puede todavía prolongarse, es pasajera. Nuestra buena posición de liquidez (de la que hablamos en el Cuadro N° 2) nos permite enfrentar con calma la tormenta.

Terminada la crisis asiática, ¿qué tan serio puede aparecer nuestro déficit de cuenta corriente? Para responder a esa pregunta debemos visualizar el futuro crecimiento económico, las correspondientes necesidades de inversión y disponibilidades de ahorro interno. En el Cuadro N° 2 caracterizamos (o caricaturizamos) dos escenarios alternativos para 1998-2005, determinados por dos posibles ritmos de crecimiento del PIB, de 7,0 y 6,0% promedio anual. Para simplificar mantenemos inalterados todos los factores que determinan el crecimiento, a excepción de la inversión fija, la cual es derivada residualmente. Para ambos escenarios suponemos que las ganancias de PTF se reducen respecto de lo observado en los últimos doce años. Se trata de un supuesto crucial, cuya consecuencia es elevar los requerimientos de inversión. Me parece prudente basar el análisis sobre ese supuesto, por cuanto es conocido que el ritmo de reformas estructurales, capaces de impulsar la productividad, ha decaído notablemente en los últimos años. Por cierto, si esta hipótesis se probara pesimista, nos sería posible alcanzar con el mismo esfuerzo mejores resultados de crecimiento.

El mensaje del Cuadro N° 2 es que mantener un crecimiento semejante al que hemos experimentado es extremadamente difícil. Bajo los supuestos indicados, el escenario A, que contempla ya una moderación del crecimiento a 7%, exige una inversión fija de 31% del PIB. Si el ahorro nacional mantiene el promedio de los últimos cuatro años —de 22%— la captación de ahorro externo debería saltar al 11%, cifra a todas luces

CUADRO N° 2: FUENTES DE CRECIMIENTO PROYECTADAS

	1994-1997	1998-2005 ^p (Promedios anuales)	1998-2005 ^p
		Escenario A	Escenario B
<i>Crecimiento del PIB</i>	7,6	7,0	6,0
<i>Contribución de factores</i>	4,0	4,5	3,5
Contribución del capital	2,7	3,7	2,7
Rentabilidad del capital (% anual)	21,2	17,5	17,5
Inversión fija (% del PIB)	24,3	31,0	24,5
Depreciación (% del PIB)	9,0	10,0	9,1
Capital/Producto	2,3	2,5	2,3
Contribución del trabajo	0,7	0,8	0,8
Participación del trabajo (%)	0,5	0,6	0,6
Crecimiento de la ocupación (% anual)	1,5	1,5	1,5
<i>Productividad total de factores</i>	3,6	2,5	2,5

insostenible. Sólo sería viable financiar ese esfuerzo de inversión con un drástico aumento del ahorro, a tasas del orden de 29%.

El escenario B es más factible. El crecimiento previsto de 6% en el PIB es —bajo los supuestos indicados— compatible con una inversión fija semejante a la de los últimos años, equivalente a 24,5% del PIB. Si el ahorro nacional recupera el promedio de 22% exhibido en los últimos cuatro años, el ahorro externo necesario sería de 4%, coincidente con el objetivo que se ha propuesto el Banco Central. Pero nótese que el ahorro nacional en 1996-1997, bajo términos de intercambio que podríamos calificar de normales, había descendido a 21% y por tanto el requerimiento de ahorro externo elevado a 5%.

La conclusión es que, bajo los supuestos indicados y con los reparos que merece una metodología tan simplificada, el ahorro nacional debe elevarse desde el 21% registrado en 1996-1997 a 22% o 29%, según se aspire a un crecimiento de 6% o 7%, respectivamente. Hay que destacar que esos incrementos implican un importante cambio de ritmo en el consumo. Como dijimos, el consumo ha venido creciendo al 8,2% anual en los últimos cuatro años. Nuestro escenario A exige recortar dicha tasa a 4,5%, el escenario B, a 5,7%. Tal como se aprecia en el Cuadro N° 3, en ambos casos es un importante quiebre de tendencia, con consecuencias relevantes para la política fiscal y las decisiones privadas de inversión y endeudamiento.

CUADRO N° 3: ESCENARIOS POSIBLES: AHORRO Y ENDEUDAMIENTO

Variables	1994-1997	1998-2005	
		Esc. A	Esc. B
Déficit de cuenta corriente (% PIB)	3,8	4,0	4,0
Crecimiento consumo	8,2	4,5	5,7
Ahorro nacional (% PIB)	21,8	29,0	22,0
Crecimiento producto	7,6	7,0	6,0

3. Sobre déficits sostenibles y endeudamiento externo tolerable

Es sostenible aquel déficit de cuenta corriente (DCC) que conduce a un nivel tolerable de pasivos internacionales⁷. Esto supone que, aunque el país ofrezca muy atractivas oportunidades de inversión, el mercado mundial de capitales actúa con ciertos criterios de diversificación internacional, que se traducen en limitaciones a la exposición de los inversionistas a los riesgos de los países individuales. El enfoque tiene sentido mientras las fronteras mantengan una significación jurídica, imponiendo riesgos ya sea cambiarios, de convertibilidad o de transferencia.

Por cierto, qué constituye un nivel aceptable de endeudamiento externo está abierto a considerable discusión. De partida, cabe destacar que el nivel debe ser relativo al tamaño de la economía (PIB) o quizás a sus exportaciones, lo cual exige considerar las correspondientes perspectivas de crecimiento. Una economía dinámica, como la chilena, es capaz de sostener un volumen mayor de pasivos. En seguida, la evaluación debe hacerse con referencia a la categoría de riesgo, en la cual el país está situado. Chile se ha labrado una posición de “investment grade”, lo cual se traduce en una apreciable rebaja de su costo de capital. Mantener esa posición exige autoimponerse una limitación a la acumulación de pasivos internacionales más estricta que la observada en países de riesgos más elevados. Atención debe ponerse también a la exposición a shocks externos. Por su particular configuración productiva (dependiente de unos pocos productos primarios) y el peso de la historia, Chile parece todavía muy propenso a los altibajos de los términos de intercambio y crisis de confianza. Esto también

⁷ S. Edwards, *Crisis and Reform in Latin America: From Despair to Hope* (1995). Véase apéndice 9-b, p. 314.

llama a la prudencia. Finalmente, cabe considerar la calidad del endeudamiento externo (estructura de plazos, carácter público o privado, grado de exigibilidad de los pasivos). En esta materia, Chile aparece comparativamente muy fuerte, tema sobre el que volveremos más adelante.

Dadas las complejidades de la determinación del nivel tolerable de endeudamiento, propongo la siguiente metodología: evalúese un determinado DCC, para un determinado ritmo de crecimiento del producto (o de las exportaciones), según la tasa de endeudamiento relativa al producto (o las exportaciones), a la cual la economía converge de mantenerse indefinidamente en esa trayectoria. Llamemos a esa tasa, de deuda permanente (TDP)⁸. En consecuencia, es sostenible un DCC que, dadas las proyecciones de crecimiento del producto a largo plazo (o de las exportaciones), conduce a una TDP compatible con la categoría de riesgos en la que se aspira a estar. El Cuadro N° 4 aplica esta metodología a un conjunto de economías emergentes. Se aprecia allí, por ejemplo, cómo la crisis tailandesa, que gatilló el colapso asiático, puede atribuirse al brusco aumento experimentado por su TDP en 1996, una vez que se percibió que el crecimiento se debilitaba y por tanto su ritmo de endeudamiento se tornaba excesivo. Ello deterioró la solvencia, elevó el riesgo y desató el correspondiente ajuste de portafolio entre los acreedores e inversionistas.

⁸ Sea K_t el cociente de pasivos externos a producto en el período t y C_{t+1} el cociente del DCC a producto en el periodo $t+1$. Como el DCC corresponde exactamente a la acumulación de pasivos internacionales, puede demostrarse que el cociente de endeudamiento evoluciona según la trayectoria descrita por:

$$K_{t+1} = \frac{K_t}{1 + g_{t+1}} + C_{t+1}$$

donde g_{t+1} corresponde al crecimiento del producto nominal entre t y $t+1$.

La TDP es la solución de la ecuación en diferencia anterior para un cociente de DCC constante ($C_t = C_{t+1} = C^*$) y una tasa de crecimiento constante ($g_t = g_{t+1} = g^*$). Entonces:

$$TDP = K^* = \frac{C^* (1 + g^*)}{g^*}$$

Nótese que la TDP responde a la pregunta de cuál es el cociente de endeudamiento al que converge la economía para un DCC constante en relación al producto cuya respuesta es, aproximadamente, equivalente al cociente entre el DCC/PIB y la tasa de crecimiento del PIB.

Nótese que g corresponde al crecimiento del PIB nominal en dólares corrientes (o la moneda en que se expresa la deuda externa y el DCC). En condiciones de inflación internacional y tipo de cambio real constante g es mayor que el crecimiento *real* del PIB.

CUADRO N° 4: TASA DE ENDEUDAMIENTO PERMANENTE
(como % del PIB)

	1991-1995			1996			1997		
	g	DCC	DP	g	DCC	DP	g	DCC	DP
México	1,0	5,2	135	5,2	0,6	9	7,0	1,9	23
Perú	5,5	5,5	70	2,6	5,9	134	7,4	5,2	61
Colombia	4,5	2,2	32	2,1	5,5	140	3,2	5,0	101
Chile	8,7	2,6	25	7,4	5,4	63	7,1	5,0	60
Argentina	6,0	2,0	24	4,3	1,3	22	8,3	3,0	32
Brasil	3,1	0,6	10	2,8	3,1	68	3,0	4,2	88
Filipinas	2,2	3,9	79	5,7	4,7	66	5,1	4,1	62
Tailandia	9,0	6,5	61	6,7	7,9	99	0,5	3,5	144
Malasia	8,7	6,0	57	8,6	5,1	53	8,0	7,4	81
Indonesia	7,1	2,5	27	7,8	3,9	44	7,0	5,0	61
Corea	7,5	1,3	14	7,1	4,7	56	5,5	1,9	27

g: tasa de crecimiento del producto.

DCC: déficit de cuenta corriente como porcentaje del producto.

DP: tasa de endeudamiento a la cual converge la economía en el largo plazo; considera inflación externa de 2,0 para 1996 y 1997.

Tras la metodología propuesta subyace el concepto que, al margen de las fluctuaciones de términos de intercambio, las economías deben aspirar a una trayectoria estable en su DCC, a fin de evitar las costosas alteraciones del patrón de gastos (inversión, ahorro) y precios claves (TCR, tasas de interés) que están comúnmente asociadas a las variaciones del DCC. Por ejemplo, una economía que se encuentra en una situación de endeudamiento externo relativamente bajo (como la chilena de 1995) debería calibrar sus políticas hacia la obtención de un DCC compatible con una TDP más alta. La consecuencia sería un DCC estable y una acumulación gradual de pasivos internacionales hasta su estabilización a la referida tasa. Al contrario, una política que procurase avanzar más rápido debería dar un giro fuertemente expansivo de modo de alcanzar transitoriamente un DCC más alto que el sostenible a largo plazo. El inconveniente de esta opción es que exige un duro ajuste posterior en la estructura de gastos y precios relativos.

CUADRO N° 5: TASA DE ENDEUDAMIENTO PERMANENTE
(como % de las exportaciones)

	1991-1995			1996			1997		
	Δ Exp.	DCC	DP	Δ Exp.	DCC	DP	Δ Exp.	DCC	DP
Perú	11,0	42,7	431	5,5	41,4	795	14,5	38,2	301
Argentina	11,1	22,9	230	13,6	22,0	184	5,9	31,2	560
México	14,3	24,5	196	20,7	1,7	10	15,0	5,8	44
Colombia	7,8	9,9	137	4,1	27,6	701	9,5	32,2	371
Brasil	8,2	6,3	84	2,7	38,5	1.464	11,0	48,7	491
Chile	13,9	8,7	71	-4,3	17,4	∞	10,0	18,1	199
Tailandia	19,5	14,2	87	-2,0	18,2	∞	4,2	4,1	102
Indonesia	12,1	8,7	81	4,9	13,4	287	7,4	8,0	116
Filipinas	16,3	9,9	70	17,7	9,1	60	22,7	9,1	49
Malasia	20,1	6,2	37	7,1	5,3	80	0,9	4,5	500
Corea	14,3	4,0	32	4,1	13,5	343	7,2	5,0	75

Δ : tasa de crecimiento de exportaciones.

DCC: déficit de cuenta corriente como porcentaje de las exportaciones.

DP: tasa de endeudamiento a la cual converge la economía en el largo plazo.

¿Cómo juzgar nuestra situación de DCC a luz de la metodología propuesta? En los últimos ocho años el DCC ha representado 3,1% del PIB y el crecimiento nominal del PIB en dólares ha sido de 13,7% al año. Nótese que éste no sólo obedece al crecimiento del PIB real (de 7,6% anual en el período) y a la inflación internacional (de aproximadamente 3% anual) sino a la fuerte apreciación real del peso. De haberse mantenido, esos parámetros conducían a un volumen de pasivos externos de aproximadamente 25% del PIB. Esta tasa es moderada a nivel internacional y justifica la confianza que ha despertado la economía nacional entre los inversionistas.

En los últimos dos años, sin embargo, el DCC ha representado algo más de 5% del PIB. En el presente, se proyecta un DCC de 6,5%, influido por un precio del cobre anormalmente bajo. Las tendencias que se derivan de la sección anterior, permiten anticipar un DCC del orden de 5,5% del PIB una vez formalizada esa situación. En un escenario más probable de crecimiento —cercano al 6% anual por los próximos cuatro años— y ya terminada la era de la apreciación continua del peso, el crecimiento del

producto en dólares corrientes es difícil que supere el 8% anual. Bajo estas circunstancias, la TDP ascendería a 74%, nivel que parece más bien alto. Nótese que si el DCC se ajustara al 4% del PIB, repetidamente señalado como criterio por parte del Banco Central, la TDP sería de 54%, moderada a nivel internacional y semejante a la que mantenemos hoy (véase Gráfico N° 2).

La conclusión a la que arribo es que la actual trayectoria de gasto, producto y precios relativos conduce a una acumulación de pasivos internacionales que, aunque en ningún caso alarmante, deja a la economía chilena con una vulnerabilidad superior a la adecuada. En mi opinión, es prudente recalibrar las políticas macroeconómicas hacia un DCC menos abultado. Antes de proseguir, debo, sin embargo, reparar en las siguientes observaciones que merecen la conclusión enunciada.

- La conclusión es condicional a la expectativa de crecimiento planteada. Si la economía chilena retomara el dinamismo de los últimos doce años podría sostener un DCC mayor. Ello ilustra una vez más la importancia de reanudar las reformas estructurales e impulsar las ganancias de productividad.
- La calidad de nuestro endeudamiento es excepcional. El sector público es acreedor neto externo (reservas internacionales superiores a su deuda externa) y la deuda del sector privado está mayoritariamente radicada en grandes empresas e inversionistas extranjeros. El endeudamiento externo de nuestro sector bancario es mínimo, lo que nos distingue significativamente de casos como el de Corea o Tailandia. Todo esto conforma un convincente conjunto de atenuantes. Pero el enfoque aquí sugerido es prospectivo. La pregunta entonces es acaso podrá el DCC seguir indefinidamente financiándose de manera tan sana. Si la respuesta es negativa, lo que nuestro análisis sugiere es que de seguir el curso presente, eventualmente la economía chilena acumulará un endeudamiento excesivo y de calidad menos tranquilizadora. Específicamente, en situaciones de desconfianza, los plazos de la deuda suelen acortarse drásticamente y las obligaciones privadas recibir garantía estatal⁹.
- Como señalamos en la Sección 1, la inversión extranjera neta representa hoy aproximadamente el 80% de los pasivos externos netos del país. Se trata de un tipo de obligación cuyo servicio es flexible y

⁹ La lección que nos dejó la crisis de 1982-1983 es que, mientras existan fronteras económicas, es peligroso confiar mucho en la distinción entre deuda externa privada y pública. En condiciones de crisis, los acreedores externos suelen obtener garantía estatal, a cambio de reprogramar sus créditos y evitar ajustes socialmente intolerables.

su exigibilidad limitada por el valor de liquidación de las inversiones. Más de alguien ha sugerido descontar del DCC aquella parte que se financia con inversión extranjera, considerando que ésta es simplemente no homologable con la deuda. Hoy es común oír ese tipo de razonamiento respecto de los países que están recibiendo un alto flujo de inversión extranjera (Brasil, Colombia, Chile, Perú). Para nuestro caso, mis contraargumentos son los siguientes: (a) la inversión extranjera es más segura que la deuda, pero también más cara y por tanto conduce a la larga a un DCC mayor; (b) la gran afluencia de inversión extranjera a Chile está asociada a dos factores extraordinarios: un auge minero, ya en probable declinación, y el estímulo artificial introducido por los encajes; (c) aun si Chile continuara recibiendo gran afluencia de inversión extranjera, cabe considerar que el flujo inverso —la inversión chilena en el exterior— debe adquirir un volumen cada vez mayor, conforme las carteras de inversiones de los residentes adquieren una composición más balanceada internacionalmente. Por las razones expuestas, creo conviene aplicar nuestra metodología de la TDP, bajo el supuesto que eventualmente la totalidad del financiamiento del DCC puede llegar a ser deuda ordinaria.

4. ¿Qué hacer entonces con el déficit?

Mi opinión es que, incluso superados los coletazos de la crisis asiática y restablecidos los precios normales para nuestras exportaciones, nos encaminamos hacia un DCC superior al deseable. Conviene introducir desde ya ciertas correcciones al rumbo macroeconómico. Someramente, el programa ha de incluir las siguientes medidas:

a) *Giro restrictivo fiscal*. El gasto público primario ha crecido a un ritmo anual de 6,8% en los últimos ocho años. Para 1998 se espera un crecimiento del orden de 7%. Esta trayectoria no es compatible con el objetivo de moderar el DCC. Si por razones políticas es poco lo que puede hacerse en esta materia, entonces cabe considerar la opción de alzar impuestos poco distorsionadores (combustibles, por ejemplo).

b) *Promoción del ahorro*. La corrección del DCC exige elevar el ahorro nacional, particularmente el del sector privado. La comisión formada al efecto ha propuesto, entre otras medidas, la rebaja a 35% de la tasa marginal máxima de impuestos a la renta personales, la elevación del tope máximo imponible de UF 60 a UF 90 y la extensión del ahorro previsional

obligatorio a los trabajadores independientes. Desechó lo que en mi opinión sería la medida más fructífera: la rebaja del impuesto de primera categoría. En cualquier caso, urge tomar medidas como las propuestas, u otras. Dado que ellas pueden tener impacto fiscal, es prudente introducirlas en forma gradual.

c) *Rebaja arancelaria*. El tema lleva demasiado tiempo en la agenda y ha sido repetidamente propuesto por consideraciones de estrategia diplomática (NAFTA) y política (sucesivas elecciones). La rebaja permitiría reforzar la competitividad de las exportaciones, que es la contraparte del mejoramiento del DCC. Nuevamente, sería prudente introducir esta rebaja en forma gradual.

d) *Política monetaria restrictiva*. La reducción del DCC exige mantener el gasto agregado con un crecimiento inferior al del producto. El giro fiscal propuesto ayuda, pero probablemente no evita la mantención de tasas de interés relativamente elevadas, aunque posiblemente inferiores a las actuales. Ello implica mantener un ritmo reducido de crecimiento en los agregados monetarios, cuyo comportamiento exige más atención que la que hoy le presta el Banco Central.

e) *Nueva política cambiaria*. La política cambiaria actual es seriamente perturbadora. El Banco Central mantiene un sistema de bandas construidas para una inflación externa de 2,4% anual, en circunstancias que hoy existe deflación, con una canasta que en absoluto representa los mercados relevantes a nuestro comercio y que sugiere una continua apreciación real de 2% al año. En el intertanto, el Banco Central suele efectuar intervenciones cambiarias para administrar un cambio cuasifijo compatible con su meta de inflación. Sólo en Agustinas 1180 se encuentran economistas suficientemente valerosos como para defender un arreglo tan peculiar. Urge una reforma radical. Mi opinión preferida es la flotación libre del tipo de cambio, unido a una regla que limite estrictamente la intervención del Banco Central en el mercado cambiario. Del análisis aquí presentado, deduzco que el tipo de cambio real debería flotar hacia una posición de largo plazo algo superior a la actual. Pero debo agregar que algo que agrava la inquietud actual sobre el DCC es la proclividad mostrada por el Banco Central a detener el alza del tipo de cambio, que es la manera más natural de restablecer el equilibrio. Quizás bajo un tipo de cambio auténticamente flotante, el mercado sería más tolerante frente a un DCC alto.

f) *Apertura financiera*. Terminó agregando la necesidad de retomar el camino de la apertura financiera, porque más de alguien puede concluir que mis aprensiones sobre el DCC y el endeudamiento externo validan los controles de capitales (por ejemplo, el encaje de 30% a los créditos externos). El DCC y la acumulación de pasivos internacionales son resultado del

comportamiento del gasto en relación al producto (o brecha entre inversión y ahorro), el cual no se afecta por los controles de capital. La función de éstos es desviar el ingreso de capitales hacia plazos más largos e incentivar artificialmente la inversión extranjera. Ello crea una falsa sensación de seguridad. Como se probó en enero, cuando el mercado pierde la confianza sólo un tratamiento de shock monetario es capaz de evitar una corrida, por estrictos que sean los controles de capitales. Adicionalmente, es posible que los controles hayan facilitado la implementación de una política de revaluación gradual del peso, cuyo efecto sobre el gasto habría sido perniciosamente expansivo. Bajo un esquema de flotación libre del tipo de cambio, es posible combinar la dosis necesaria de restricción monetaria, a fin de mantener el DCC en un rango sostenible, con la apertura financiera completa.

Post Scriptum: A siete semanas de realizada esta presentación, el Gobierno y el Banco Central introdujeron ajustes en su política macroeconómica. Los cambios reconocen que la dimensión alcanzada por el déficit de cuenta corriente es un problema y avanzan en la dirección aquí sugerida en materia fiscal, monetaria y cambiaria. Incluyen también una conveniente reducción del encaje sobre los créditos externos, desde el 30% al 10%. Aunque de signo correcto, queda la duda de si las medidas —adoptadas con notorio retraso y con ciertas fallas— son de la intensidad adecuada. Adicionalmente, la tarea más importante, cual es la de definir un régimen cambiario con la flexibilidad necesaria para adaptarse a las variables circunstancias de la economía global, ha sido propuesta una vez más.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Banco Central de Chile. *Anuario de Cuentas Nacionales*, febrero de 1998.
- Comisión Nacional de Ahorro. “Hacia un mayor ahorro privado en Chile”, *mimeo*, marzo de 1998.
- Edwards, S. *Crisis and Reform in Latin America: From Despair to Hope*. Oxford University Press, 1995.
- Fontaine, J. A. “Los mecanismos de conversión de la deuda en Chile”. *Estudios Públicos* N° 30 (otoño 1988).
- Hachette, D. “Ahorro privado en Chile”. *Cuadernos de Economía* N° 108, año 35 (abril de 1998).
- Harberger, Arnold. “Reflections on Economic Growth in Asia and the Pacific”. UCLA, *mimeo*, agosto de 1996.
- Rojas, P.; López, E.; y Jiménez, S. “Determinación del crecimiento y estimación del producto potencial en Chile: El rol del comercio”. *Documento de Trabajo*, Banco Central de Chile, octubre de 1997.
- Roldós, J. “Potential Output Growth in Emerging Markets: The Case of Chile”. Fondo Monetario Internacional, *mimeo*, 1996. □

DÉFICIT DE LA CUENTA CORRIENTE ¿ESTAMOS FRENTE A UN PROBLEMA?*

José De Gregorio

De acuerdo a estimaciones recientes, el déficit en la cuenta corriente en Chile se situará durante 1998 entre un 6,5 y un 7% del PIB. En este artículo se discuten los riesgos que esta situación puede provocar. Se define lo que es el déficit en la cuenta corriente, qué tipo de desequilibrios puede representar y qué acciones se podrían tomar si se considera que esta situación se debe corregir. Se concluye que aunque elevado, el actual déficit en la cuenta corriente no representa una amenaza inmediata, y que una moderación en el ritmo de crecimiento del gasto así como una depreciación del tipo de cambio real deberían tender a ajustarlo a niveles más bajos.

En el último tiempo, y tal vez después de la crisis mexicana de 1994, existe un amplio reconocimiento entre economistas que un déficit en la cuenta corriente elevado puede ser un problema. El subsecretario del Tesoro de los Estados Unidos y destacado académico, Larry Summers,

JOSÉ DE GREGORIO. Profesor Asociado, Centro de Economía Aplicada, Departamento de Ingeniería Industrial, Universidad de Chile. El autor es Ingeniero Civil Industrial y Magister en Ingeniería Económica de la Universidad de Chile. Doctor en Economía del Massachusetts Institute of Technology (MIT). Fue Coordinador de Políticas Económicas del Ministerio de Hacienda, economista en el Departamento de Investigaciones del FMI e investigador de CIEPLAN. Es además consultor internacional.

* Presentación en el Centro de Estudios Públicos el 7 de mayo de 1998.

escribió en *The Economist* poco después de la crisis mexicana que un déficit en cuenta corriente superior a un 5% del PIB debería ser considerado como problemático.

Esto no es nuevo en Chile si recordamos que desde varios años antes de la crisis mexicana las autoridades económicas han considerado que un déficit superior a 4 o 5% es en cierta medida excesivo. Por supuesto hay quienes consideran que la magnitud del déficit es completamente irrelevante. Una visión en esta línea es la llamada doctrina de Lawson, quien argumentó que cualquier déficit que no fuera causado por un déficit del sector público, es decir que sea privado, no puede representar un problema ya que los agentes económicos que incurren en el déficit y quienes lo financian lo hacen voluntariamente. Esta es una explicación típica de altas autoridades de la administración mexicana cuando se les manifestaba cierta preocupación por el déficit en la cuenta corriente de México en 1993-1994. También era una respuesta muy socorrida en Chile previo a la crisis de 1982. La experiencia de años recientes muestra la fragilidad de la doctrina de Lawson.

En este documento se analiza el actual elevado déficit en la cuenta corriente. Para ello primero se revisa brevemente qué es el déficit en la cuenta corriente, para luego discutir por qué puede representar un problema. Después se examina la actual experiencia chilena a la luz de alguna evidencia internacional, para finalmente discutir las opciones de política disponibles para corregir, si es que es necesario, el déficit en la cuenta corriente.

1. El déficit en la cuenta corriente: definiciones básicas

La definición más tradicional y que es la base de todas las mediciones es la que podríamos llamar la *definición de las cuentas externas*. Ella define el déficit en la cuenta corriente (DCC) como la diferencia entre importaciones de bienes y servicios (M) más los servicios financieros (F) y las exportaciones de bienes y servicios (X). Esto es¹:

$$DCC = M + F - X, \quad (1)$$

¹ En la contabilidad externa se separa el comercio de bienes del comercio de servicios, pero aquí no se hace dicha diferencia, además habría que agregar las transferencias unilaterales, pero en la mayoría de los países del mundo son insignificantes. $M-X$ corresponde al déficit en la balanza comercial.

Por lo tanto, un déficit en la cuenta corriente ocurre cuando se importa y paga en servicios financieros más de lo que se exporta. Esta definición sirve para entender el rol del tipo de cambio y la competitividad sobre el déficit en la cuenta corriente. Un tipo de cambio real depreciado contribuye a reducir el déficit en la cuenta corriente en la medida que estimula las exportaciones y desestimula las importaciones al abaratar los productos nacionales respecto de los del resto del mundo.

Usando la contabilidad nacional se puede señalar que, en términos gruesos, el PIB es igual al PNB (un concepto más parecido al ingreso nacional y que lo llamaré de esa forma) menos el pago de servicios financieros. La idea es que no todo lo que se produce es ingreso nacional, ya que parte del factor capital es de propiedad extranjera y lo que gana dicho factor por producir localmente es F .² Si además consideramos que el PIB es igual al gasto doméstico³ más las exportaciones —es decir lo que los extranjeros gastan en bienes nacionales—, menos las importaciones para descontar el gasto de los residentes que no recae en bienes nacionales ($\text{PIB} = A + X - M$), llegamos a la segunda definición del déficit en la cuenta corriente que es medirlo como *exceso de gasto*. Esto es:

$$DCC = A - \text{PIB} - F = A - \text{PNB}. \quad (2)$$

Por consiguiente, un déficit en la cuenta corriente representa un exceso de gasto (A) de la economía sobre su ingreso (PNB). Esto es sin duda congruente con la definición (1), ya que si un país tiene más importaciones y pago de servicios financieros que exportaciones, es porque está gastando más de lo que tiene de ingresos. Esta definición muestra claramente por qué es importante reducir el gasto para disminuir el déficit en la cuenta corriente. Sin embargo, una reducción del gasto puede ir aparejada de una disminución en la producción, con lo cual el ingreso también se reduce y, por lo tanto, puede no afectarse al déficit en la cuenta corriente. En general, con todo, es más razonable pensar que en economías cerca de la plena utilización de los factores, como es el caso de Chile en los últimos 10 años, el efecto sobre el ingreso, aunque existente, es de menor magnitud que los efectos sobre el gasto.

² Para mayores detalles sobre la contabilidad nacional y la contabilidad externa, véase José De Gregorio (1998).

³ Al gasto doméstico se le llama simplemente gasto, y es denotado con la letra A . Corresponde a lo que los residentes gastan en bienes y servicios ya sea nacionales como extranjeros.

Prosiguiendo con las identidades de cuentas nacionales, se puede llegar a definir el déficit en la cuenta corriente como *ahorro externo*. La inversión tiene que ser igual al ahorro, pero si una economía gasta más que sus ingresos quiere decir que invierte (I) más de lo que es su ahorro nacional (S), y el resto del ahorro para financiar la inversión tiene que ser ahorro externo:

$$DCC = I - S. \quad (3)$$

Esto significa que parte de los ahorros del resto del mundo, o sea parte del ingreso que no gastan, es ahorrado en el país. Dos aspectos son importantes de resaltar con esta definición. El primero es que un aumento del ahorro nacional, en la medida que la inversión se mantenga, ayuda a reducir el déficit en la cuenta corriente. La otra alternativa es reducir la inversión. La conclusión es similar a la obtenida de (2), es decir, para reducir el déficit hay que reducir el gasto, ya sea directamente vía inversión o vía consumo (privado y/o público), con lo cual aumenta el ahorro.

La segunda implicancia de (3) es que un déficit puede resultar por dos razones. Una es porque se invierte más, y dado el ahorro nacional, se requerirá de mayor ahorro externo. Sin duda si éste es el motivo del déficit, uno estaría más “tranquilo” por su nivel. La otra razón es que el ahorro caiga. Como mostraré con alguna evidencia más adelante, éste puede ser un caso más preocupante, ya que el ahorro externo puede estar siendo destinado para financiar inversión que antes se hacía con ahorro doméstico, pero que se ha reducido producto de un aumento del gasto. Entonces el ahorro externo implícitamente está financiando mayor consumo doméstico.

El exceso de gasto o insuficiencia de ahorro nacional puede deberse tanto a un déficit del sector privado como a un déficit del sector público. Este último caso es el que en la literatura se llama el problema del “twin deficit”, expresión acuñada a raíz del aumento del déficit fiscal y del déficit en la cuenta corriente en los años de Reagan en los Estados Unidos.

Por último, un exceso de gasto debe ser financiado y algo debe ocurrir con la posición neta de activos de un país. Un exceso de gasto significa un aumento de los pasivos de la economía y por eso también se identifica el déficit con un aumento en la deuda neta del país:

$$DCC = \text{“endeudamiento” neto del país} \quad (4)$$

La expresión deuda aquí debe ser interpretada ampliamente, ya que la inversión extranjera representa un aumento de pasivos externos aunque

no en la forma de deuda sino que como *equity*. La forma del endeudamiento también tendrá implicancias sobre lo peligroso que puede ser un determinado déficit, especialmente por la vulnerabilidad que tiene la economía.

2. ¿Por qué un elevado déficit puede ser un problema?

La noción de que un déficit elevado puede ser peligroso obedece a las mismas razones por la que puede ser delicada la situación de una familia que está gastando más de lo que tiene de ingresos.

En primer lugar puede haber un problema de *sostenibilidad* del déficit en la cuenta corriente. Esto es, una economía que está muy endeudada puede, en determinadas circunstancias, ser incapaz de pagar sus deudas y, por lo tanto, ser considerada insolvente. Por supuesto, los países no quiebran; pero pueden necesitar de ajustes muy costosos para recuperar su solvencia.

Por ejemplo, consideremos una economía que tiene por un período prolongado un déficit de 5% del PIB, que es financiable con el crecimiento de sus exportaciones. Supongamos ahora que repentinamente el precio de sus exportaciones se reduce a la mitad. Esta economía probablemente no podrá mantener ese déficit y algo tendrá que hacer para pagar sus deudas. Esto a su vez implica muchas veces que el acreedor también tiene que compartir parte de los costos para retornar dicha economía a una situación de solvencia.

En segundo lugar, la economía puede enfrentar mayores problemas de *liquidez* cuando tiene un déficit de cuenta corriente elevado. Lo que suele ocurrir es que a un país con un déficit elevado se le pueden agotar las fuentes de financiamiento, y por lo tanto no podrá seguir sosteniendo su déficit, al menos mientras el problema de liquidez persista. En consecuencia, puede verse también en la necesidad de recurrir a ajustes costosos para compensar por la falta de liquidez. Estos problemas se pueden ver agravados en economías con deuda externa elevada, ya que no sólo se requiere de recursos externos para financiar el déficit en la cuenta corriente sino que además se requieren para servir la deuda.

En ambas situaciones las economías deben ajustarse y dichos ajustes siempre tienen algún costo. En algún momento las economías tendrán que revertir su déficit en la cuenta corriente y para ello deberán tomar algunas acciones. Los mecanismos de ajuste más usuales, y que podemos interpretar a partir de las definiciones presentadas en el punto anterior, son una reducción del gasto, más que el producto, y una reorientación del gasto

hacia bienes nacionales en vez de bienes extranjeros. Esta reorientación se puede entender con ayuda de las definiciones anteriores. Para un nivel dado de gasto *A*, se debería gastar más en bienes nacionales, es decir, reducir las importaciones con un aumento de demanda de bienes domésticos; esto inducirá una mayor producción de bienes nacionales con lo cual el producto y el ingreso aumentan. Por lo tanto, la reorientación del gasto es equivalente a aumentar el producto, en particular en el sector de bienes transables, lo que puede no ser fácil en una economía con un alto nivel de ocupación.

Asimismo, podemos pensar que la economía produce dos tipos de bienes: transables y no transables. El déficit en la cuenta corriente correspondería al exceso de gasto en bienes transables con respecto a la producción de bienes transables, ajustada por el pago de servicios financieros. En el sector no transable, por definición, el gasto y el producto deben ser iguales ya que no se puede consumir más o menos que la producción, debido a que el déficit o superávit no puede ser compensado comprando o vendiendo al extranjero, respectivamente. El ajuste de la economía debe ocurrir mediante el traslado de recursos del sector no transable hacia los transables para que la producción de transables aumente. Para esto se necesita que baje el gasto en general, así se reducirá el gasto en transables y no transables, y por lo tanto la producción de este último sector podrá bajar liberando recursos para la producción de transables. Este mecanismo de ajuste se logra esencialmente a través de un cambio en precios relativos entre sectores, esto es, una depreciación del tipo de cambio real y una reducción del gasto.

3. ¿Es preocupante la situación actual en Chile?

En Chile, a raíz de la fuerte caída del precio del cobre y de la crisis en los países de Asia, el déficit en la cuenta corriente para este año se situará cerca del 7% del PIB, después de dos años de déficit por sobre el 5%. En el Cuadro N° 1 se presenta la evolución del déficit en la cuenta corriente en un grupo de países de América Latina y de Asia. Mirando a los promedios para los 90 se ve que en Chile el déficit es en torno al promedio. De hecho, el promedio para todos los países en todos los años es 3,5% del PIB. Sin embargo, al mirar más en detalle, se ve que en la actualidad Chile, Colombia y Perú son países que han tenido persistentemente déficits en la cuenta corriente superiores a 5%, y Chile será el de mayor déficit en 1998. No obstante, se debe recordar que Chile es el país más afectado por la situación internacional debido a la elevada participación del cobre en sus exportaciones y al elevado volumen de comercio con los países de Asia.

CUADRO Nº 1: DÉFICIT EN LA CUENTA CORRIENTE PAÍSES SELECCIONADOS
(% PIB)

	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	1990-1997
Argentina	3,3	-0,2	-2,8	-3,1	-3,7	-1,5	-1,9	-3,8	-4,3	-1,7
Brasil	-0,9	-0,4	1,6	-0,1	-0,3	-2,5	-3,3	-4,2	-3,8	-1,3
Chile	-1,9	-0,3	-2,3	-5,6	-3,0	-2,0	-5,8	-5,5	-6,7	-3,3
Colombia	1,6	5,3	1,8	-4,0	-4,7	-5,4	-5,6	-5,9	-5,1	-2,1
México	-2,8	-4,7	-6,7	-5,8	-7,0	-0,5	-0,8	-1,8	-2,5	-3,8
Perú	-3,3	-3,0	-4,8	-5,2	-5,3	-7,3	-5,8	-5,2	-5,8	-5,0
Indonesia	-2,8	-3,4	-2,2	-1,5	-1,7	-3,3	-3,3	-2,6	1,9	-2,6
Corea	-0,9	-3,0	-1,5	0,1	-1,2	-2,0	-4,9	-2,0	5,5	-1,9
Malasia	-2,1	-8,8	-3,8	-4,8	-6,3	-10,0	-4,9	-4,8	-0,5	-5,7
Filipinas	-6,1	-2,3	-1,6	-5,5	-4,6	-4,4	-4,7	-5,4	-3,2	-4,3
Tailandia	-8,3	-7,7	-5,6	-5,0	-5,6	-7,9	-7,9	-2,2	3,9	-6,3

Fuente: IMF World Economic Outlook y fuentes nacionales, Proyecciones a mayo de 1998.

Ahora bien, uno se puede preguntar si necesariamente las crisis recientes han sido causadas por déficits elevados en la cuenta corriente. En el caso de México, claramente el déficit en la cuenta corriente era elevado en los tres años previos a su crisis. El caso de Asia es menos categórico. Efectivamente Tailandia tenía un déficit en la cuenta corriente elevado y creciente. Malasia, por su parte, ya estaba en un proceso de ajuste. Sin embargo, Corea e Indonesia no enfrentaban un déficit en el rango preocupante. Es interesante el caso de Indonesia por cuanto ha sido uno de los países más afectados con la crisis y el que ha visto, partiendo de un déficit muy bajo, una de las mayores depreciaciones de su moneda.

Al comparar la situación de Chile con Colombia y Perú, lo que claramente hace que la situación de Chile sea menos preocupante es que el efecto sobre sus exportaciones ha sido mayor y, por lo tanto, tiene una “excusa” para un aumento temporal del déficit.

No basta con mirar el nivel del déficit en la cuenta corriente para determinar si una economía es vulnerable o no. El ejemplo de Indonesia es interesante porque muestra cómo puede haber crisis cambiarias sin un déficit preocupante. Pero al mismo tiempo entre los países con déficits elevados no todos son vulnerables. Por ello es importante comparar su situación económica con otros indicadores adicionales. En el Cuadro N° 2 se presenta un resumen de indicadores para una serie de experiencias de déficits en la cuenta corriente elevados, de acuerdo a los casos discutidos en Milesi-Ferretti y Razin (1996), agregando los datos de Chile 1996-1998⁴. Las experiencias son bastante variadas, pero es interesante destacar algunos elementos importantes.

Los casos de Australia y Malasia⁵ son de países que tuvieron déficits elevados sin cambios drásticos de política económica. En los casos de Irlanda, Israel y Corea del Sur hubo cambios más bruscos para revertir la situación, mientras que Chile a principios de los 80 y México en 1994 fueron casos donde el elevado déficit en la cuenta corriente, y otras distorsiones en la economía, terminaron con crisis cambiarias y económicas importantes.

La comparación con Chile en 1982 es interesante. La realidad actual y la de esa época son los dos casos más importantes donde se puede apreciar que el déficit en la cuenta corriente no fue causado por un problema fiscal. Cosa similar se puede decir de México en 1994. En cambio, Irlanda e Israel son casos donde claramente el déficit en la cuenta corriente

⁴ Gian-Maria Milesi-Ferretti y Assaf Razin, “Current-Account Sustainability”, (1996).

⁵ Malasia tuvo también un déficit promedio de 8,2% del PIB entre 1979 y 1984.

CUADRO Nº 2: EXPERIENCIAS DE ELEVADOS DÉFICITS EN LA CUENTA CORRIENTE*

	Australia 1981-1994	Chile 1979-1981	Irlanda 1979-1986	Israel 1982-1984	Malasia 1991-1994	México 1991-1994	Corea 1977-1982	Chile 1996-1998
Cuenta corriente	-4,9	-9,1	-8,5	-7,0	-5,7	-6,1	-5,4	-6,0
Ahorro nacional	18,3	7,4	16,0	15,0	30,0	15,7	25,6	21,0
Inversion	23,2	17,0	24,5	22,0	35,7	22,4	31,0	26,9
Exportaciones	17,0	19,7	52,4	38,0	82,4	12,7	32,5	37,3
Balance fiscal	-2,2	2,1	-11,8	-13,0	-1,5	0,4	-2,8	2,0
Tasa de crecimiento (%)	3,0	7,2	2,8	2,0	8,4	2,6	5,8	6,4
Tipo de cambio real (ind.)	107,1	81,2	98,8	100,8	119,8	87,8	96,5	112,0
Pago de intereses	2,1	5,5	3,7	4,0	2,0	2,2	5,6	1,4
Deuda externa bruta	36,0	48,2	50,0	46,0	35,1	35,5	50,0	34,0

Fuente: Milesi-Ferretti y Razin (1996), Banco Central de Chile y estimaciones propias.

* Todas las variables se expresan como % del PIB, excepto crecimiento que es % de crecimiento anual y el tipo de cambio real que es un índice con base 1970-1995=100.

fue el resultado de un “twin deficit”: en las finanzas públicas y en el sector externo. En Chile a principios de los 80 se puede afirmar que el déficit en la cuenta corriente fue el resultado de una bajísima tasa de ahorro privado y, en consecuencia, el ahorro externo no financió inversión adicional sino que financió un aumento del consumo y una caída del ahorro. Este caso muestra que no es irrelevante un déficit del sector privado y también puede generar problemas. En la actualidad el problema es muy distinto porque las tasas de ahorro son elevadas, igualmente la tasa de inversión y por lo tanto la situación es de mucho menor vulnerabilidad.

Es difícil determinar cuál es un tipo de cambio real de equilibrio en ciertas circunstancias. Por ello, en el Cuadro N° 2 se presenta el tipo de cambio real promedio en cada episodio comparando en base (igual a 100) al promedio del período 1970-1995. En este caso también se observa que el grado de apreciación era muy superior a principios de los 80 en Chile y México en el “Tequila”, que en la actualidad en Chile. Esto no significa que el tipo de cambio esté en su nivel de equilibrio ni que haya algún grado de desalineamiento, pero al menos no es exageradamente elevado como el de otras experiencias.

Por lo tanto, se puede concluir que la situación en Chile no es crítica. Hay una elevada tasa de ahorro e inversión, hay suficientes reservas para cubrir una fuerte reducción en los flujos de capitales —a no ser que se gasten defendiendo el tipo de cambio—, el nivel de endeudamiento externo es bajo y la situación fiscal es sólida. Con el deterioro actual de los términos de intercambio deberíamos empezar a observar a partir de 1999 una reversión desde niveles cercanos al 7%. En consecuencia, será clave lo que ocurra en los dos años próximos para evaluar si efectivamente la economía enfrenta un problema de un déficit persistente. Por ahora es una variable que hay que seguir con atención, pero un déficit en la cuenta corriente de 7% no es alarmante en las actuales circunstancias.

4. ¿Qué se debe hacer?

Como se señaló anteriormente, se requiere de una reducción del gasto y un aumento de la producción en el sector de bienes transables para reducir el déficit en la cuenta corriente. Los mecanismos para un ajuste de este tipo son esencialmente dos:

1. Política macroeconómica restrictiva: tanto la política monetaria como fiscal contribuyen a la contención del gasto, la primera a través de tasas de interés altas, y la segunda a través de aumento de impuestos y/o recortes de gasto.

2. Depreciación del tipo de cambio: para esto, dependiendo del régimen cambiario, las autoridades deberían permitir una depreciación. Por supuesto, como se discute más adelante, puede haber presiones inflacionarias indeseadas. Además esta política puede entrar en conflicto con una política monetaria contractiva que tiende a apreciar el tipo de cambio.

Sin embargo, antes de proponer medidas, uno debería preguntarse por qué la autoridad debería actuar. En especial en un caso como el de Chile donde la caída de los términos de intercambio es una de las principales razones para el aumento del déficit en la cuenta corriente. Uno podría esperar que si no hay intervención de la autoridad, el tipo de cambio se debería empezar a depreciar en términos reales y el gasto se debería empezar a frenar, ya que el país es más pobre, sin necesidad que la autoridad intervenga.

Lo que debiera ser claro es que es necesario que haya algún ajuste fiscal —aunque a mi juicio está lejos de ser una razón relevante para el aumento del gasto agregado o del déficit en la cuenta corriente—, ya que el fisco es más pobre debido a que una de sus importantes fuentes de ingreso ha mermado. Al igual que el resto de los agentes privados que deben ajustar su gasto cuando sus ingresos caen, también lo debe hacer el fisco. No es necesario que el ajuste sea uno a uno con la caída de los ingresos, ya que parte de ella se puede revertir o el ajuste del gasto se debe ir haciendo gradualmente. Sin embargo, hay que ajustar.

Es importante destacar que normalmente se argumenta que hay que ajustar el gasto fiscal para enfrentar cualquier problema. Así, cuando se quiere ayudar a que el tipo de cambio se deprecie, se argumenta que hay que reducir el gasto; cuando se desea que el tipo de cambio no se deprecie mucho (como está ocurriendo en 1998) también hay que ajustar el gasto, lo mismo que cuando la inflación sube, etc. Con estas propuestas la opinión pública puede llegar a dudar de los analistas porque dan argumentos muy complicados y a veces contradictorios. En este caso, sin embargo, hay una razón clara para hacer un ajuste fiscal y que cualquiera podrá entender sin la necesidad de complicadas explicaciones técnicas, y es simplemente que los ingresos son menores y, por lo tanto, si se desea mantener una situación fiscal equilibrada en la actualidad y en el futuro, será necesario hacer un ajuste. La oportunidad macro y la magnitud del ajuste es discutible, pero hay que ajustar.

Con respecto a la política monetaria, ésta debería contribuir a acelerar la respuesta del gasto privado, en la medida que exista la percepción que el gasto se está ajustando muy lento. Ésa es la razón, a mi juicio, para

que haya una política monetaria activa de estabilización. De hecho, si las decisiones privadas están bien tomadas, no habría razones para que la política monetaria actúe. Uno se podría preguntar por qué hay que decirle a la gente cuánto puede gastar, si ellos lo saben mejor que nadie. La razón para afectar el gasto a través de política monetaria es que hay un problema de coordinación. Si todos los agentes económicos saben que tendrán que hacer un ajuste de gasto, pero todos deciden individualmente postergarlo, en el agregado el gasto puede terminar ajustándose más lento de lo requerido y de ahí que una política monetaria restrictiva puede contribuir a dicho ajuste.

El principal problema con una política monetaria restrictiva es que actúa en contra de permitir una depreciación del tipo de cambio. La experiencia de enero claramente lo confirma. Si bien una política de tasas altas ayuda a moderar el gasto, puede tener el efecto contraproducente de también reducir el ingreso y, por lo tanto, el déficit en la cuenta corriente puede no ceder, ya que la caída del gasto puede ir acompañada de una caída del ingreso. Más aún, este efecto se puede amplificar al fortalecerse la moneda nacional tras un alza de tasas.

Permitir una depreciación del tipo de cambio es una respuesta razonable, pero no exenta de riesgos. El principal riesgo es que sea puramente inflacionaria, es decir, que todo lo que se gane en términos de depreciación nominal sea compensado con mayor inflación y, en definitiva, el tipo de cambio real no varíe. Ésta es siempre la inquietud de los banqueros centrales, quienes muchas veces no se resisten a las apreciaciones del tipo de cambio, pero sí a las depreciaciones.

Más allá de comentar la actual coyuntura y qué debe ocurrir con el tipo de cambio, sólo me referiré al impacto inflacionario de una depreciación. La experiencia chilena de mediados de los 80 es un ejemplo claro en el cual hubo una depreciación del tipo de cambio y la inflación no la anuló. La razón es muy simple y es que el tipo de cambio estaba desalineado y era necesario un ajuste de precios relativos. Lo que ha ocurrido este año también confirma que no siempre las devaluaciones son inflacionarias, en especial cuando hay razones para que el tipo de cambio real se deprecie. El tipo de cambio en los últimos meses se ha depreciado más allá de lo que se esperaba el año pasado y no ha pasado nada significativo en materia inflacionaria. Es cierto que la inflación internacional relevante para Chile ha sido negativa, lo que ayuda a evitar la inflación producida por el tipo de cambio. Pero eso es una excusa al hecho de fondo, que es que no ha habido inflación como muchos pronosticaron a principios de año. Incluso hubo quienes plantearon que había que revisar la meta de inflación, porque con la depreciación de los primeros meses la meta no era alcanzable.

Las cifras de los últimos meses son muy reveladoras. Entre abril de 1996 y 1997 el tipo de cambio nominal (respecto del dólar) subió un 2,2%, la inflación doméstica fue 6,1% y la inflación internacional relevante fue de -3,9%. Un año después, entre abril de 1997 y 1998, el tipo de cambio subió mucho más, un 8,7%, la inflación doméstica fue menor, 5,4%, y la inflación internacional similar, -2,9%. Lo que esto demuestra es que no hay una relación única entre inflación y tipo de cambio, ya que incluso la inflación fue menor en un período de mayor devaluación. Y esta diferencia no se puede explicar basados en la inflación internacional. Lo que ocurre es que si se requiere un cambio en precios relativos, en particular una depreciación del tipo de cambio real, el aumento del tipo de cambio no se transmitirá enteramente a inflación. Algún traspaso de devaluación a inflación ocurrirá, pero será limitado. El argumento que una depreciación se traduce enteramente en inflación fue el mismo que se usó para defender el tipo de cambio fijo en Chile a principios de los ochenta. Fue el mismo argumento que usaron varios países europeos antes de la crisis del sistema monetario europeo en 1992. En ambos casos la realidad mostró lo contrario: no todo es inflación, e incluso en el caso europeo las monedas se depreciaron fuertemente y la inflación no varió prácticamente nada⁶.

Para ilustrar con evidencia más reciente este punto, los Gráficos N^{os}. 1 y 2 muestran lo ocurrido en Australia y Nueva Zelandia en el último tiempo, a partir de 1997. Ambas economías están muy ligadas a las economías de Asia, y sus tipos de cambio se han depreciado fuertemente respecto del dólar. En el caso de Nueva Zelandia, ellos no intervienen en el mercado cambiario y tienen un tipo de cambio completamente flexible. Como los gráficos lo revelan, en ambos países, a pesar de la fuerte depreciación de sus monedas, la inflación no ha subido, e incluso ha estado bajando en Australia.

Con esta evidencia no quiero argumentar que permitir un fuerte aumento del tipo de cambio es irrelevante para la inflación y que ése sea el camino que deba seguirse. Con estos ejemplos pretendo sólo compensar a aquellos que argumentan que hay que defender el tipo de cambio a como dé lugar, ya que de otra forma habrá sólo más inflación. Esa prescripción es altamente riesgosa, infundada, y la literatura reciente ha mostrado que puede conducir a mayores problemas que los que se pretende resolver: el tipo de cambio termina cediendo de todos modos, pero después de que las economías se han frenado bruscamente.

⁶ Más antecedentes sobre estas y otras experiencias se pueden encontrar en Eduardo Borenstein y José De Gregorio, "Inflation and devaluation after currency crisis" (1998).

GRÁFICO N° 1: INFLACIÓN Y DEVALUACIÓN EN AUSTRALIA
(% de cambio en 12 meses, 1997-1998)

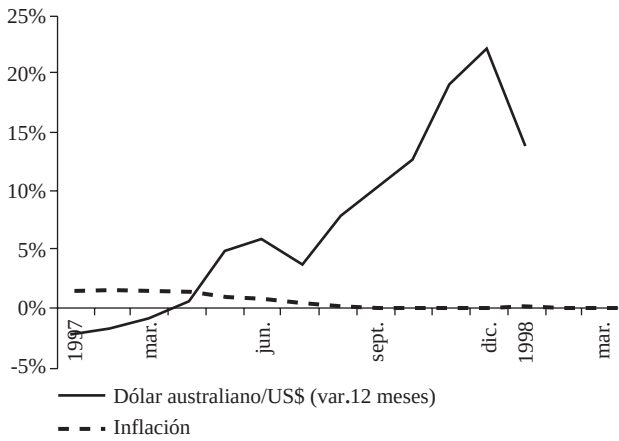
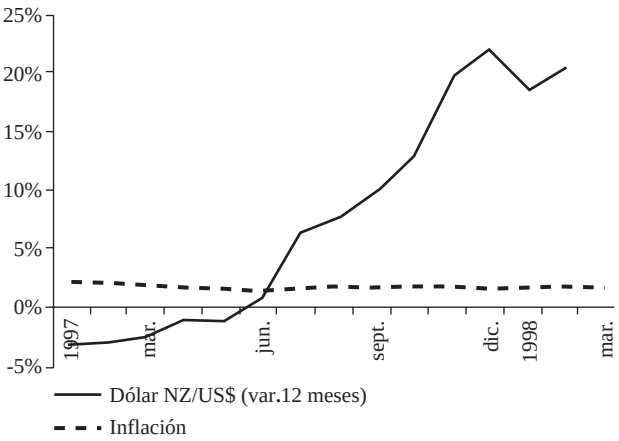


GRÁFICO N° 2: INFLACIÓN Y DEVALUACIÓN EN NUEVA ZELANDIA
(% de cambio en 12 meses, 1997-1998)



Es importante mantener cierto grado de flexibilidad y reconocer que los cambios en la situación externa requieren de respuestas de políticas realistas y que reconozcan los ajustes que se deben producir. Ésa es la mejor forma de no transformar una situación de elevado déficit en la cuenta corriente en una situación insostenible que termina con costosos ajustes.

Postscriptum: Estas notas están basadas en una presentación a principios de mayo de 1998 en el Centro de Estudios Públicos. A fines de junio se vivió una segunda ronda de tensiones cambiarias después de la ocurrida en enero. El Ministerio de Hacienda y el Banco Central anunciaron un conjunto de medidas para estabilizar la situación y, prácticamente, todo el mes de julio fue un período de alta inestabilidad en los mercados financieros, tanto en tasas de interés como tipo de cambio. Sin duda que el ajuste fiscal en la dirección de mantener una situación austera y mantener el superávit fiscal, y el hecho de haber permitido un tipo de cambio más depreciado, demuestran realismo por parte de las autoridades. Sin embargo, no hay evidencia de que los fundamentos de la situación macroeconómica hayan cambiado, por lo cual tampoco es obvio que no seguiremos con una situación de cierto cuidado. La evolución del déficit en la cuenta corriente será una de las variables importantes por observar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Borenzstein, Eduardo; y De Gregorio, José (1998). "Inflation and Devaluation after Currency Crisis". Mimeo, FMI y Universidad de Chile.
- De Gregorio, José (1998). "Macroeconomía". Apuntes de clases, capítulo 1, <http://www.dii.uchile.cl/~in41b>.
- Milesi-Ferretti, Gian-Maria y Assaf Razin (1996). "Current-Account Sustainability". *Princeton Studies in International Finance*, 81. 

**COMENTARIOS AL INFORME DE
LA COMISIÓN DEL AHORRO**
HACIA UN MAYOR AHORRO PRIVADO EN CHILE*

Dominique Hachette

El Gobierno, preocupado por mantener una tasa alta de crecimiento de la economía chilena, condicionado a una mayor inversión y a un mayor ahorro nacional, creó una Comisión Nacional de Ahorro que presentó sus conclusiones en marzo de 1998. En este comentario al informe de la Comisión, se argumenta que, desde la perspectiva de la búsqueda de medidas para asegurar un crecimiento alto, las responsabilidades que le fueron entregadas han sido incompletas y que su papel fue tergiversado desde su creación. Se considera que sus proposiciones en el ámbito financiero van en la dirección correcta, aunque aparecen algo tibias, que algunas proposiciones generarán nuevas distorsiones y que el calibrar el impacto efectivo de todas ellas sobre el ahorro es casi imposible. Se echa de menos recomendaciones adicionales en ámbitos no estudiados y se concluye que este informe representa una oportunidad excelente para una discusión seria preparatoria a una reforma tributaria significativa y moderna.

DOMINIQUE HACHETTE A. DE LA FR. Ingeniero Comercial, Universidad de Chile. Ph. D. en Economía, Universidad de Chicago. Profesor del Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica.

* El autor agradece los comentarios de Andrés Bianchi, Jorge Cauas, Rolf Lüders, Salvador Valdés-Prieto y Rodrigo Vergara pero sigue responsable de los errores remanentes.

1. Introducción

El Gobierno constituyó una Comisión Nacional de Ahorro (CNA de ahora en adelante) el 13 de octubre de 1997, después que el Ministro de Hacienda formulara ante el Congreso Nacional un conjunto de propuestas para fortalecer al ahorro nacional, en las áreas del incentivo al ahorro de las personas y de la dinamización del ahorro previsional. El resultado del trabajo de la CNA fue presentado en marzo de 1998 y es el motivo central de este comentario. El resultado es interesante por las proposiciones presentadas; pero lo es aún más por hacer surgir más interrogantes básicas que merecen mayor atención. Por lo tanto, es un trabajo útil para iniciar una discusión más profunda y ordenada entre los diferentes estamentos de la sociedad.

Como el trabajo de la CNA se insertó dentro de ciertos términos de referencia (al menos implícitos), se discutirán éstos en la sección siguiente. Se argumentará que (i) desde la perspectiva de la búsqueda de medidas para asegurar un crecimiento alto de la economía chilena, las responsabilidades entregadas a la CNA fueron incompletas; otros determinantes importantes del crecimiento fueron dejados de lado en los términos de referencia de la Comisión desaprovechando una oportunidad única para iniciar un debate acabado sobre ello; y que (ii) el papel de la CNA fue tergiversado desde su creación por las propias autoridades que la crearon dejando a sus miembros en una situación falsa y sus recomendaciones sobrepasadas. En la Sección 3 analizaré las proposiciones concretas para presentar en la última sección algunas conclusiones de carácter general.

2. El marco dentro del cual se inserta el trabajo de la Comisión del Ahorro

Un objetivo anunciado del Gobierno ha sido asegurar un crecimiento “alto” (8%) del producto en el futuro. Partiendo del supuesto que el nivel del ahorro actual es insuficiente para asegurar la mantención de una tasa alta de crecimiento, concluyó que éste debía aumentar. Para preparar medidas idóneas en ese sentido, el Gobierno propuso la creación de una comisión que recomendara medidas para incentivar “un mayor ahorro privado” condicionado a una neutralidad fiscal de la propuesta y a mantener la equidad distributiva ligada a la estructura impositiva. En este contexto, caben distintas reflexiones iniciales.

La primera reflexión dice relación con crecimiento y ahorro e inversión. En términos generales, el crecimiento de la economía requiere inver-

sión, la cual necesita financiarse con ahorro. Si bien es siempre cierto que la contrapartida de la inversión es el ahorro, no se puede desprender de esto que la relación dinámica entre ellos sea perfecta y unidireccional. El ahorro es una condición necesaria para la inversión, pero no es condición suficiente porque un número creciente de decisiones de ahorro e inversión son independientes con la profundización del mercado de capitales. La relación incierta entre ahorro nacional e inversión nacional se da especialmente en presencia de ahorro externo. Con mercados de capitales relativamente abiertos al resto del mundo como el nuestro, la inversión puede tener un comportamiento dispar con el ahorro nacional. Además, el aumento del ahorro nacional no asegura un aumento equiparado de la inversión en ese contexto; se ajusta el ahorro externo¹. Aún más, la inversión puede aumentar en presencia de una reducción del ahorro nacional (Chile a fines de los setenta y principios de los ochenta), aunque ello tiene límites intertemporales.

La necesidad de ahorro para financiar la inversión no equivale a concluir que la segunda esté necesariamente condicionada por el primero. Expresada esta idea en forma extrema y simple, no se puede descartar la posibilidad de que si hay buenos proyectos de inversión, habrá ahorro. En otras palabras, es posible que una parte del ahorro, al menos, sea endógena. En esta perspectiva, lo importante para asegurar un nivel suficiente de inversión que potencie un crecimiento de 8% o superior es, por lo tanto, preocuparse de los determinantes de la inversión, además de aquellos del ahorro. Las oportunidades de inversión resumen esos determinantes. Ellos están influenciados principalmente por (i) la mayor apertura externa que incentiva la competencia y la mayor absorción de tecnología, así como abre nuevas fuentes de interrelaciones industriales y comerciales entre sectores productivos, (ii) la privatización de empresas públicas, que abre nuevos espacios al ahorro privado sin desplazar con ello las posibilidades de ahorro e inversión pública, (iii) la profundización permanente del mercado de capital, (iv) la confianza de los agentes inversores derivada de una estabilidad macroeconómica celosamente guardada, de una justicia imparcial, moderna y expedita de regulaciones eficientes y no onerosas, de mercados de factores productivos (laboral y capital) flexibles y eficientes, y de un marco eficaz de creación de nuevos proyectos.

¹ Es cierto que un saldo alto de la cuenta corriente puede inducir una reacción sesgada hacia la incitación del ahorro nacional. Sin embargo, las autoridades reconocen implícitamente esta endogeneidad (*Exposición de la Hacienda Pública*, 1997, p. 63, nota 1). Pero olvidan asociar esta relación al aumento significativo del ahorro externo sin contraparte de la misma importancia en el crecimiento de las inversiones.

Es más, sin extremar el punto anterior, y basándonos en estudios profundos y competentes hechos en distintos países², no se puede defender hoy día el supuesto de relación única y causal que va desde el ahorro a la inversión. El ahorro termina siendo uno, pero sólo uno de los determinantes de la inversión, factor más inmediatamente relacionado con el crecimiento. Desafortunadamente, el corto plazo dado a la CNA para responder a la petición oficial y los términos de referencia establecidos para la CNA erradicaron el análisis de estos otros determinantes, al comisionarla a analizar sólo factores que pudieran afectar el ahorro privado, dejando trunco el análisis y las proposiciones para fortalecer la inversión.

Una segunda reflexión va hacia el supuesto gubernamental de que la inversión actual es insuficiente para mantener una tasa “alta” de crecimiento. La experiencia chilena tiende a desmentir ese supuesto. El crecimiento depende no sólo de inversiones “tangibles” (capital no humano) reflejadas en la medición tradicional de la inversión, sino también y crecientemente del gasto en educación (que asimismo es inversión pero en capital humano, y que no está incluida como tal en nuestras estimaciones nacionales de inversión) y de otras consideraciones, indicadas anteriormente, y que representan el marco en el cual se desenvuelve la inversión (apertura comercial, profundización del mercado de capitales). Información reciente indica que el trabajo (cantidad y calidad) explica casi dos tercios de la tasa de crecimiento per cápita de Chile entre 1961 y 1996, mientras que la profundización de distintas aperturas explicaba el 25% del mismo crecimiento durante el período 1986-1996³. Además, el “destino” del ahorro es también importante. Intervenciones consideradas como incentivos a dirigir el ahorro hacia tales y cuales inversiones pueden ser más pertinencias que la ausencia de incentivos al ahorro. Finalmente, los errores de medición de la inversión, a pesar del esfuerzo reciente del Banco Central para reducirlos, obscurecen aún más las relaciones entre ella y el crecimiento potencial de la economía chilena. Su subestimación, que implica además una subestimación del ahorro privado, limita aún más la validez de la justificación por aumentar inversión y ahorro sobre todo en forma distorsionadora.

Cabe una tercera reflexión si se supone que el ahorro nacional, financiamiento principal de la inversión, no sólo está constituido por ahorro privado sino también por ahorro público. Los dos son interdependientes.

² Entre otros, Carroll y Weil, “Savings and Growth: A Reinterpretation” (1994); A. Giovannini, “Savings and the Real Rate of Interest in LDCs” (1985), T. Jappelli y M. Pagano, “Savings, Growth and Liquidity Constraints” (1994), p. 109.

³ P. Rojas, E. López y S. Jiménez, “Determinantes del crecimiento y estimación del producto potencial en Chile: El rol del comercio internacional” (1997).

Las decisiones de ahorro del sector público pueden recaer sobre las del sector privado (sean hogares, sean empresas). Este punto ha sido extensamente discutido por los economistas⁴ y es reconocido por la CNA. Sin embargo, aunque no exista un consenso absoluto en el tipo y grado de interrelaciones que van del uno (el ahorro público) al otro (el ahorro privado), ellos existen. Por ejemplo, un peso más de ahorro público podría no desplazar plenamente un peso de ahorro privado, y así podría tener un impacto positivo sobre el ahorro nacional. O bien, el mayor ahorro de gobierno puede ser generado de manera tal que afecte el ahorro privado. Esa interdependencia entre los dos tipos de ahorro debería llevar a que las autoridades entreguen a la CNA una batería de medidas retenidas para aumentar el ahorro público, o bien a que le entreguen a la CNA la responsabilidad de hacer proposiciones al respecto. Desafortunadamente, no se dio ninguna de las dos. A pesar del reconocimiento explícito de esas interrelaciones por parte de la Comisión, quedó trunco el análisis completo del financiamiento de la inversión (no el de la Comisión de Ahorro “Privado”). O sea, los términos de referencia fueron demasiado focalizados.

Una cuarta reflexión inicial dice relación con el rol del Gobierno para “fomentar el ahorro (o la inversión) o una alta tasa de crecimiento”. En una economía de mercado inserta dentro de un marco democrático, si bien el individuo elige autoridades para resolver problemas, prevalece el mercado y la soberanía y libertad del consumidor para tomar decisiones que afectan su presente y porvenir en lo económico. Sólo la presencia de externalidades, miopía y distorsiones justifican la intervención de las autoridades para corregir los resultados del mercado. ¿Se puede decir que estas justificaciones sean pertinentes en Chile ahora? No parece ser el caso a la luz de la experiencia de fuerte crecimiento de la tasa de ahorro privado voluntario entre 1985 y 1997⁵ y las crecientes tasas de inversión desde 1985, con la excepción de las distorsiones en contra del ahorro. Pero ellas han sido creadas y mantenidas por distintos gobiernos, por lo tanto, si se justifica la intervención gubernamental no es para seguir manteniéndolas o para transformarlas sino para hacerlas desaparecer. Ellas serán analizadas brevemente en la sección siguiente. Podría argumentarse que sí hubo externalidades positivas. Pero ellas van desde la inversión al crecimiento y de éste al ahorro. Por lo tanto, en el mejor de los casos, es la inversión la que merece la primera atención y no el ahorro.

⁴ Por ejemplo, V. Corbo y K. Schmidt-Hebbel, “Public Policies and Savings in Developing Countries” (1991); y K. Schmidt-Hebbel y L. Servén, “Saving across the World, Puzzles and Policies” (1997).

⁵ Sin embargo, el ahorro privado voluntario muestra una tendencia decreciente (como % del PIB) desde 1990.

Además, la CNA nació con una responsabilidad ambigua: mientras ella deliberaba, las autoridades hacían declaraciones y recomendaciones sobre proposiciones para aumentar el ahorro privado; esas proposiciones estaban, en el mejor de los casos, siendo analizadas cuidadosamente por la CNA que no había dado aún su veredicto. Por ejemplo, personeros del Ministerio de Hacienda estaban ya recomendando eliminar incentivos tributarios considerados en el artículo 57 bis de la Ley de la Renta, y aumentar el tope de las cotizaciones al sistema previsional de 60 UF a 90 UF, cuando estaba claro que uno de los aspectos más importantes a discutir dentro del seno de la CNA iba a ser el previsional. O sea, las autoridades estaban reduciendo significativamente *de facto* el papel asesor asignado a dicha CNA, dando la impresión además que ya tenían su opinión formada sobre lo que convenía hacer al respecto.

Aún más, se suponía que la creación de la CNA estaba relacionada con el interés demostrado por las autoridades para efectuar una reforma tributaria durante 1998, uno de cuyos aspectos (no el único) iba a ser el fortalecimiento del ahorro. El trabajo de la primera iba a servir de insumo para la segunda; algo razonable y loable. Sin embargo, se desinfló por alguna razón la idea de presentar una reforma tributaria al Congreso (¿o ya faltaba en el momento de la creación de la CNA la real intención por parte de las autoridades?) dejando en el aire el esfuerzo hecho por la CNA.

Sin embargo, personeros de Gobierno no parecen haber abandonado la esperanza de, al menos, “aumentar los impuestos para saldar deudas pendientes, injusticias y desigualdades sociales” (J. Villarzú, *La Tercera*, 2/6/1998). Dejando de lado la idea de que ese afán fuera populista, no parece compatible con la idea de “aumentar el ahorro” para invertir más. La compatibilidad entre estos dos objetivos es dudosa. Redistribución, ahorro y eficiencia no se consiguen simultáneamente con la misma herramienta. Ésta es una dura lección que Chile ha aprendido. Como ejemplo, se puede dar el reajuste reciente del salario mínimo que puede tener algún impacto social positivo (aunque dudoso), pero, ciertamente, ni favorece el ahorro ni la asignación eficiente de recursos (ni tampoco la inversión). Y si se consigue con la misma herramienta, se ha mostrado que el camino va desde la inversión, al crecimiento y a la redistribución, y no al revés.

3. Las recomendaciones de la Comisión

A pesar de lo anterior, la CNA hizo un esfuerzo encomiable que resultó en un conjunto de recomendaciones que se resumen a continuación,

para comentarlas en general y algunas más en particular. Las posibles referencias críticas no están dirigidas obviamente a las personas que la conformaron, sino más bien a las ideas presentadas que, por lo demás, no reflejan necesariamente un acuerdo pleno de la totalidad de sus miembros, además de estar condicionadas a las restricciones analizadas en la sección anterior. No se puede descartar que el resultado presentado no refleje fielmente el pensamiento de ninguno de los miembros de la CNA, y que más bien es el resultado de sabias y pacientes transacciones intelectuales, y políticas también, dada la heterogénea composición ideológica de la CNA. En este mismo tenor, tampoco se puede perder de vista que las proposiciones analizadas sólo presentan la punta del iceberg del trabajo de la CNA y no reflejan necesariamente la riqueza de las discusiones ocurridas en su seno. Finalmente, las proposiciones están condicionadas por restricciones adicionales relacionadas con la neutralidad fiscal y consideraciones redistributivas. Estas últimas han probablemente temperado la agresividad de las medidas requeridas para realmente fomentar el ahorro privado “personal”.

Esta sección incluirá una presentación esquemática de las proposiciones de la CNA, seguida por una pauta útil para la discusión de las propuestas la que cerrará dicha sección.

A. Las proposiciones

El trabajo de la CNA resultó en propuestas específicas y otros temas considerados que se resumen a continuación. Las medidas propuestas son:

(i) Ámbito tributario

- modificación de los incentivos tributarios al ahorro de las personas naturales (disminución de tasa marginal máxima de 45% a 35%, eliminación de franquicias establecidas en las letras del artículo 57 bis y creación de un nuevo incentivo tributario al ahorro personal invertido en una gama más amplia de instrumentos financieros que el 57 bis; éste consistiría en aplicar sobre ese ahorro sólo el 50% la tasa marginal a la cual está afecta el contribuyente) y se fija un monto máximo de 100 UTA a los retornos que pueden acogerse a la franquicia;
- modificación al art. 14 de la Ley de la Renta en lo referente a retiro de utilidades para reinversión;
- modificación a la tributación a las ganancias de capital al permitir declarar pérdidas de capital que den derecho a una deducción tribu-

taria y dar la opción a los contribuyentes afectos a tasas marginales inferiores a 15% entre pagar el impuesto específico a las ganancias de capital o integrar la renta por ganancias de capital no habituales;

- modificación del crédito tributario por la compra de activos fijos nuevos establecido en el Art. 33 bis de la Ley del Impuesto a la Renta permitiendo el diferimento del crédito considerado en el artículo y aumentando el tope de 500 a 750 UTM al año.

(ii) *Ámbito fiscal*

- establece un subsidio equivalente al 30% del monto ahorrado por los estratos de ingresos bajos y medios con un tope de UF 1 al mes si se cumple cierta condicionalidad (de permanencia, destino, residencia y uso);
- establece un subsidio al ahorro para la educación superior.

(iii) *Ámbito previsional*

- aumento del límite imponible para cotizaciones obligatorias para pensión de vejez desde 60 UF a 90 UF;
- extensión de la obligación de cotizar en fondos de pensiones a los trabajadores independientes; excluye la obligatoriedad de la cotización de salud.

(iv) *Ámbito educativo*

- promoción al ahorro en la enseñanza básica; en la enseñanza media; en los centros laborales y en los hogares.

La Comisión abordó otros temas que no se materializaron en propuestas específicas pero que le merecieron una determinada opinión. Entre ellos están:

- la diferenciación del tratamiento tributario de utilidades retenidas y utilidades distribuidas rebajando la tasa aplicada a las primeras;
- un proyecto de ley que modifica los requisitos para acceder a la jubilación anticipada;
- un aumento de la tasa de cotización obligatoria para fondo de pensiones;
- la flexibilización de las normas que regulan el pago de intereses sobre las cuentas corrientes y los depósitos y captaciones a la vista a menos de 30 días;

- la flexibilización de las normas que restringen el otorgamiento de beneficios distintos a intereses y reajustes en la captación de depósitos;
- sobreendeudamiento y ahorro.

Estos temas no serán objeto de comentarios, con la excepción del primero, por no haber sido seguidos por proposiciones específicas.

B. Una pauta para el análisis de las proposiciones: Definiciones y principios

Puede ser interesante recalcar aquí una explicación de lo que se entiende por ahorro para calibrar mejor las recomendaciones de la Comisión y el tema general. Ahorro es no consumo hoy de una parte del ingreso disponible para alcanzar un mayor consumo mañana. El ahorro de la empresa son los dividendos no redistribuidos a los hogares, lo que equivale a quitarle (voluntaria o involuntariamente) ingreso disponible a la familia, dueña de la empresa, la cual, por tanto, no puede gastar en consumo hoy⁶. El ahorro público es también no consumo de gobierno. Estos ahorros liberan recursos destinados a la producción para el consumo, para dedicarlos eventualmente a la inversión que potencia un aumento de la capacidad de consumo de mañana. El ahorro privado es el más importante en magnitud, y en éste, lo es el de las empresas.

Por lo tanto, en ausencia de externalidades y distorsiones, cualquier incentivo/impuesto al ahorro tergiversa las decisiones libres óptimas de los agentes económicos y reduce el bienestar del agente. Esto es válido también para los incentivos al ahorro. El impuesto al ingreso actual, tanto en sus aspectos generales como en su progresividad, representa un impuesto hoy sobre el consumo de hoy y el de mañana, o sea sobre el ahorro. Además, es un impuesto progresivo sobre el ahorro en la medida en que la proporción del ahorro aumenta con el ingreso (supuesto de la CNA). En esta óptica, el impuesto menos distorsionador sería aquél sobre el consumo. El IVA chileno es un paso dado en esa dirección. Sería deseable continuar en esa última (como lo nota la CNA). Sin embargo, en su ausencia, lo deseable es tener un sistema tributario basado en el ingreso con tasas más parejas, para reducir distorsiones, elusión, evasión y altos costos de administración, y para asegurar una mayor equidad horizontal y vertical y una

⁶ Pero la familia puede endeudarse contra el mayor valor de su empresa, y aún consumir más.

verdadera progresividad. Como lo reconoce la CNA, el sistema actual no es ni equitativo, ni eficiente, y es suficientemente complejo como para atraer evasión, elusión, altos costos de control. Por añadidura, debido a lo anterior, la sociedad gasta recursos en “buscar rentas” (eludir o evadir y controlar); recursos que tienen uso alternativo que podría beneficiar directamente a los consumidores.

Además, la distorsión anotada atenta contra la soberanía del consumidor que consiste, entre otros, en elegir libremente la proporción del ingreso que el agente estima pertinente ahorrar para consumir mañana y, por tanto, contraviene principios básicos de libertad, especialmente dentro de una democracia. Si bien la sociedad está dispuesta a ceder una parte de dichas libertades en beneficio propio y ajeno, el costo marginal de su supresión es creciente. Externalidades y distorsiones ciertamente justifican la intervención correspondiente. O sea, si bien el problema no es todo o nada, al menos debe buscarse la minimización de los costos de la obtención de recursos tributarios. Lo deseable es encontrar soluciones más eficientes que las actuales. Las externalidades y distorsiones fueron discutidas en la sección anterior. Sin embargo, es importante agregar que nuestro sistema tributario se caracteriza por distorsiones generadas por los distintos impuestos al ingreso y por otras que se establecieron posteriormente (a modo de parches) para “compensar” las anteriores (entre otras razones) con las consecuencias consabidas en términos de falta de transparencia del sistema en cuanto a eficiencia, equidad y también impacto fiscal. De todas maneras, en general, se puede decir que el ahorro personal tiende a ser castigado por el impuesto al ingreso (el conjunto de normas establecidas en la Ley de la Renta), que además tergiversa la selección del tipo (destino) de ahorro.

C. Análisis de las proposiciones

¿En qué medida las recomendaciones de la Comisión fueron coherentes con los principios generales anotados?

Las consideraciones generales presentadas por la CNA (Sección III del Informe) son importantes, necesarias y bien presentadas. Son coherentes con los principios anotados en B, arriba. Llamam también la atención sobre las relaciones de sustitución (o efectos desplazamiento) que pueden tener distintas medidas entre sí y con el ahorro público⁷. Esto es particular-

⁷ Lo que falta destacar es que la sustitución de ahorro privado por ahorro público no se mide sólo por efectos directos contables (indicados por la CNA), sino también por una reacción racional de los afectados en su afán de maximizar su trayectoria intertemporal de bienestar, aunque no dudo de que esta consideración haya estado presente en las discusiones.

mente importante porque existe la tendencia a juzgar la bondad o limitaciones de cualquier medida de política económica en función de su efecto aparente directo o inmediato. Sin embargo, y en esa óptica, podría haber sido conveniente subrayar con mayor agresividad el punto ya descrito. También es especialmente importante el énfasis puesto en la conveniencia de normas legales claras y transparentes para asegurar eficiencia y equidad (un ejemplo de lo contrario es el Art. 57 bis B).

Consecuente con los términos de referencia (Sección II), la CNA estuvo permanentemente pendiente (¿demasiado?) de los aspectos de equidad y de neutralidad fiscal. Las propuestas van en la dirección de reducir la importancia y número de distorsiones, aunque no se intenta (al menos no se recalca en el Informe Final) profundizar en la dirección del impuesto al gasto; más bien se tiende a perfeccionar el impuesto actual al ingreso y se agregan incentivos nuevos. Dicho de otro modo, una lectura del Informe podría ser que en vez de reducir o eliminar los obstáculos al ahorro, se ha querido más bien estimularlo dentro del marco básico de los obstáculos existentes (con cambios marginales). Además, la búsqueda de la mayor eficiencia del sistema puede tener costos (alternativos) en términos de menor equidad o no neutralidad fiscal. Prevalece la sensación, después de una lectura completa del documento, que se ha deseado hacer cambios sin ningún costo.

A mi parecer, algunas propuestas van en la dirección correcta, ciertos supuestos de trabajo utilizados son discutibles, algunas propuestas son distorsionadoras y se echan de menos recomendaciones en campos atinentes al ahorro privado. A continuación, se explicitarán estas afirmaciones.

1. Propuestas adecuadas

La CNA reconoce que el impuesto al ingreso es uno al ahorro y las dificultades de alcanzar rápidamente un impuesto al gasto. Por ello, recomiendan reducir la tasa marginal máxima de 45% a 35% y la tributación de los retornos del ahorro a una tasa equivalente al 50% de la tasa marginal del impuesto global complementario (véase punto A de esta sección), proposiciones que van en la dirección correcta.

También habría ido en la misma dirección la proposición rechazada de la diferenciación del tratamiento tributario de utilidades retenidas y utilidades distribuidas. Sin embargo, la justificación de esta sugerencia no es clara a primera vista. En un sistema en que el impuesto a la empresa es un verdadero anticipo a aquel que pagará el individuo, la diferenciación puede no justificarse. Además, podría generarse autoinversión o un exceso inefi-

ciente. En un sistema distinto, más cercano al nuestro, su justificación reside en representar una compensación simple por otras distorsiones que no son corregidas en lo esencial con las propuestas anotadas arriba en el párrafo. Su rechazo parece derivar de consideraciones más bien redistributivas, o de costo fiscal, o de otra índole desconocida que por razones de impacto (o falta de impacto) sobre el ahorro.

El reemplazo de las franquicias consideradas en las letras A y B del Art. 57 bis de la Ley de la Renta por un nuevo incentivo tributario al ahorro personal en una vasta gama de instrumentos financieros (quedan gravados con una tasa equivalente al 50% de la tasa marginal pertinente al respectivo contribuyente) y la modificación a la tributación de las ganancias de capital por la enajenación de acciones de sociedades anónimas abiertas por parte de personas naturales van en la dirección correcta por intentar reducir distorsiones (relacionadas con el destino del ahorro consiguiente que se amplía con la propuesta y con el grado de subsidio que no sólo tendía a aumentar a través del tiempo), sino, también, porque las franquicias del Art. 57 bis están reñidas con la equidad, puesto que el subsidio implícito aumenta con el nivel de ingreso⁸. Sin embargo, el efecto neto del cambio propuesto es discutible puesto que el Art. 57 bis compensa, aunque sólo parcialmente, los efectos negativos del impuesto al ingreso sobre el ahorro.

Los costos de la progresividad relacionada con los beneficios del Art. 57 bis están muy bien analizados y calibrados. Por ello, llama poderosamente la atención la “tibieza” de la proposición de reducción de la tasa marginal (se propone bajar la tasa máxima a sólo 35%), en comparación con la firmeza para recomendar la eliminación de los beneficios considerados en el Art. 57 bis mencionado. Es cierto que la tasa marginal efectiva máxima aplicable a los ingresos provenientes del ahorro caería *de facto* a 17,5% con la proposición, pero sujeta a la condición de invertir sólo en ciertos instrumentos financieros. Ello representa un adelanto importante con respecto a la situación actual, pero sigue discriminando otros destinos para el ahorro en la medida en que no tengan el mismo tratamiento (tierras, negocios comerciales, etc.). La “tibieza” consiste en no haber aprovechado para combinar la eliminación del Art. 57 bis, sin reemplazo, con el establecimiento de una tasa única, por ejemplo, de 15%.

Además, debe reconocerse que aun la eliminación de la tasa marginal de 35% afectaría sólo a un muy pequeño número de contribuyentes

⁸ El Art. 57 bis: a) distorsiona la asignación del riesgo al agregar un incentivo tributario cierto al retorno de algunas acciones; b) distorsiona la cartera de ahorro en favor de acciones de primera emisión; y c) distorsiona la cartera entre acciones de primera emisión, ya que si el inversionista desea cambiar la composición de su cartera queda por un año sin incentivo tributario.

actuales (15.000) (argumento aducido por la Comisión para la eliminación del Art. 57 bis, pero no para justificar una reducción más drástica de las tasas marginales⁹). Esta “tibieza” es especialmente curiosa en la medida en que la propia Comisión reconoce el escaso impacto redistributivo de la tasa marginal máxima (p. 26). ¡Claro que no se cuestiona el impacto redistributivo de las otras tasas! ¿Por qué no proponer rebajas superiores para que las recomendaciones fueran más coherentes con el discurso de la Comisión y la experiencia internacional? Falta transparencia respecto de las razones que explican esta brecha. También es probable que el impacto de esta rebaja de la tasa marginal más alta, en sí, sea muy bajo si no nulo porque no desaparece lo esencial de la discriminación contra el ahorro en la forma del impuesto sobre el ingreso. De allí la necesidad de compensarlo con otra distorsión en reemplazo del Art. 57 bis.

Además, ¿por qué fijar un monto máximo de 100 UTA para los beneficios de la rebaja del 50% de la tasa marginal aplicable a los retornos del ahorro aunque no sea limitante? Nuevamente aparecen reacciones derivadas de la percepción de distorsiones en el resto del sistema tributario que se enfocan con un parche.

Sin embargo, en la medida en que se aplique el *paquete* indicado, mejoraría la equidad horizontal y la eficiencia del sistema tributario.

2. Supuestos discutibles

Algunos supuestos subyacentes en el trabajo de la CNA son discutibles.

(i) El primero es que los estratos de ingresos bajos y medios no ahorran (o ahorran poco). No hay que confundir valores absolutos con relativos; y aunque ahorren menos relativamente que el estrato de ingresos altos, su ahorro no es despreciable. La evidencia es contraria al supuesto, siendo la más importante la construcción de casas nuevas que una generación deja a otra. ¿La Comisión supone que la compra de esas casas resulta sólo de decisiones de los estratos de altos ingresos o bien, alternativamente, cae en la tautología de definir estos últimos estratos como el universo que compra casas nuevas? Esta confusión tiene consecuencias serias: por ejemplo, la propuesta de incentivar el ahorro de estratos de ingresos medios y bajos, que, por lo demás, recibió un voto de minoría perfectamente com-

⁹ La Comisión considera excesivo el beneficio del Art. 57 bis (p. 18) sin siquiera discutir el carácter igualmente excesivo, pero con signo contrario, del costo impuesto por el impuesto a la renta sobre el ahorro. A fin de evitar una visión unilateral del problema, habría sido interesante que la Comisión hubiese utilizado la aritmética para ilustrar este punto.

prensible. La justificación de ese incentivo es doblemente inadecuado: (a) por basarse en un supuesto discutible y (b) por enfocar incorrectamente el problema. Efectivamente, la CNA argumenta que el subsidio se justifica porque no se le puede dar incentivos tributarios, ya que su efecto sería despreciable al no pagar impuesto al ingreso; si esto es así, al menos su ahorro no se ve castigado por los impuestos al ingreso. Entonces, ¿por qué darle un incentivo creando una distorsión? Además, ¿cuál debería ser el límite de los tramos pertinentes? En los casos de los tramos superiores del ingreso, la justificación del incentivo sería el de compensar el castigo representado por el impuesto al ingreso. Amén de la probable sustitución que suscitará ese incentivo entre el mayor ahorro en cuentas ofrecidas por “intermediarios financieros registrados” y otra forma de ahorro, libretas de ahorro, etc. y la cuenta de educación propuesta por esta Comisión¹⁰.

(ii) El supuesto que el mayor ahorro se transforma en mayor crecimiento. Este supuesto, ya comentado en la Sección 2, y en cierta medida intrínseco a la creación de la CNA, es más diluido en el informe comentado aquí.

(iii) El supuesto que un sistema progresivo es redistributivo. Éste es uno de los supuestos más sensibles y más discutibles también. Más sensible, por estar relacionado muy íntimamente con una inercia internacional y una semántica ideológica; y más discutible a la luz de sus costos en términos de eficiencia, la experiencia y de su revisión más reciente. La preferencia creciente es redistribuir vía gastos para evitar, o reducir, los costos de ineficiencia de la progresividad. Si bien la cosa no es blanco o negro, existe un gran margen de maniobra (ciertamente limitado por consideraciones políticas) para simplificar y aumentar la eficiencia del sistema con consecuencias positivas sobre el ahorro. Se presenta un esbozo de propuesta alternativa en la parte 4 de esta sección. ¿Por qué mantener tasas marginales de 35% en el global complementario si se argumenta tangencialmente que la marginal aplicable sobre ingresos provenientes del ahorro fue *de facto* bajada a 17,5%, ¿acaso esto no implica que se mantienen otras tasas marginales distintas de este máximo? Además, no es correcto decir que ha bajado la tasa marginal a 17,5%. Ello sólo ello ocurre cuando el ahorro está destinado a un vector de oportunidades, el cual no cubre la totalidad de las oportunidades posibles (por ejemplo, la educación primaria y secundaria).

(iv) El supuesto implícito de que la multiplicación de mecanismos específicos (la mayoría de los propuestos por la Comisión) puede aumentar

¹⁰ No se puede descartar que este subsidio (y tal vez también el de educación) haya sido el resultado de “una transacción intelectual y política” por la baja en la tasa marginal.

el ahorro. Lo deseable, tanto por razones de eficiencia, equidad horizontal y manejo administrativo, es un sistema impositivo (subsidios incluidos) parejo con un impuesto al ingreso relativamente bajo, digamos 15% (si ése debe existir por otros motivos), sin excepciones sectoriales, ni personales (salvo por un ingreso piso), ni institucionales, ni por el carácter jurídico-económico de la empresa (nacional o extranjera, sociedad anónima, de personas, etc.). La experiencia chilena y de otros países hace pensar que la multiplicación de mecanismos privados en el mercado de capitales representan mejores instrumentos de incentivos al ahorro que las intervenciones fiscales, con la excepción de la eliminación de las distorsiones existentes. Ello implicaría eliminar otros subsidios existentes en el sistema (agricultura, transportes, etc.).

3. Nuevas distorsiones

Algunas recomendaciones valiosas son, desafortunadamente, acompañadas por nuevas distorsiones.

El incentivo al ahorro para la educación superior y el aumento del límite imponible de las cotizaciones obligatorias para pensión de vejez son los candidatos más obvios para quedar en la categoría de generar nuevas distorsiones. También lo es el subsidio al ahorro de los estratos de ingresos bajos y medios analizado en el punto 2 anterior. La preocupación por la educación es loable pero por qué debería subsidiarse el ahorro a la educación superior cuyas consecuencias son plenamente internalizadas por cada graduado; además, su impacto neto sobre el ahorro es dudoso. Las consideraciones redistributivas implícitas en esta propuesta tienen poca justificación a diferencia de la educación primaria y secundaria que no fueron contempladas para proposiciones similares¹¹. Si se trata de complementar el crédito universitario sin aumentar los recursos “públicos”, sería un mecanismo atendible, aunque la creación de un nuevo subsidio no va en la dirección de la simplificación deseable del sistema tributario. Mejor sería permitir que el mercado de capitales siga multiplicando instrumentos y posibilidades de financiamiento para esos efectos, aun con el apoyo del gobierno, como lo sugiere por lo demás la CNA.

La proposición de aumentar el tope de la cotización previsional de 60 UF a 90 UF tiene inconvenientes aún más serios. Se basa en el supuesto no sustentado de que el ahorro obligatorio es adicional al ahorro privado voluntario (al menos parcialmente). Obliga sólo a aquellos para quienes

¹¹ No todos los costos de la educación primaria y secundaria están cubiertos por la llamada educación gratuita (el costo alternativo, por ejemplo).

existen ya instrumentos alternativos de ahorro con bajos costos de transacción. Obliga además al individuo a ceder ahorro a instituciones (AFP) e instrumentos en desmedro de otros, y, por ello, se agrega una nueva distorsión de carácter económico y otra a la libertad individual. Es cierto que la sustitución entre el ahorro voluntario y el obligatorio puede no ser perfecta. Por tanto, un peso más de ahorro forzado generaría, digamos, 20 centavos de ahorro privado total adicional. Este impacto, marginal, debe sin embargo cotejarse con las otras limitaciones anotadas. Por ejemplo, la justificación basada en el supuesto de crecimiento de los ingresos reales no tiene asidero: apenas un 8% de los cotizantes potenciales caería dentro de esa obligación. Además, esta obligación parte del supuesto que el individuo es incapaz de elegir racionalmente entre instrumentos alternativos de ahorro a pesar de existir información creciente al respecto. Y, como lo hace notar uno de los miembros de la CNA en un voto de minoría, “ningún sistema previsional tiene por objeto proteger de su propia imprevisión al 8% de los trabajadores de mayor ingreso del país”. Además, la misma persona recalca dos serios inconvenientes al crecimiento del ahorro obligatorio: las comisiones excesivas de la industria de las AFP y su gran concentración (o poder de influencia en las grandes empresas). Si las autoridades de Hacienda están conscientes de la necesidad de aumentar las alternativas disponibles en el mercado de capitales (*Exposición de la Hacienda Pública*, 1997), ¿por qué imponer decisiones de ahorro? Ello tiene un costo no monetario que la CNA no tomado en cuenta.

Finalmente, cabe un comentario de carácter general aplicable no sólo al trabajo de la CNA sino también a las estimaciones de impacto monetario de alteraciones de subsidios e impuestos (rebaja arancelaria o de otra índole como las presentadas en este informe). Las recomendaciones tendrán un impacto desconocido (la misma CNA reconoce la fragilidad empírica de las estimaciones cuantitativas y cualitativas asignadas a los efectos esperados de cada medida propuesta)¹² (i) porque las estimaciones de los efectos de algunas medidas que merecieron estimaciones empíricas dependen fuertemente del marco dentro del cual se hacen; por tanto, debe calificarse cuidadosamente la experiencia ajena y darle mayor peso a la nuestra; (ii) porque la CNA basó sus estimaciones cuantitativas en supuestos que son discutidos en la profesión y sobre los cuales existen estimaciones empíricas contradictorias; (iii) porque, en definitiva, como muy bien lo establece la CNA (p.13), los incentivos tributarios que favorecen el ahorro privado voluntario pueden tener como contrapartida una reducción del ahorro público y, más en general, porque no se pueden descartar los efectos

¹² La estimación de las elasticidades ahorro-impuestos da cualquier cosa.

desplazamientos o de sustitución de cada medida propuesta. En ese sentido, es probable que mientras mayor sea la simplicidad del sistema tributario, también mayor es su transparencia estadística.

A pesar de la cuidadosa presentación del Informe, faltó un mayor espíritu crítico respecto a la calidad de la información, lo cual limita seriamente las estimaciones de ahorro privado voluntario, obtenido por diferencias (reflexiones sobre ellas, sí, pero que no subrayan lo suficiente los enormes vacíos existentes en la medición de la inversión, punto de partida de las diferencias). Tanto ahorro externo, público y aun previsional adolecen también de problemas de medición; el Banco Central está efectuando valientes esfuerzos para mejorar esta situación.

4. Recomendaciones que faltan

Los estudiosos del ahorro demuestran que el ahorro privado está influenciado por un gran número de factores, los cuales están poco representados en las recomendaciones: ahorro externo, ahorro público, gasto público, oportunidades de inversión y/o reformas estructurales, restricción de liquidez. La falta de discusión de estas otras variables (probablemente por razones ajenas a la propia CNA; de nuevo un problema con los términos de referencia) limita significativamente el alcance del Informe, el cual parece partir del supuesto práctico que sólo las consideraciones de impuestos y subsidios son determinantes en el comportamiento del ahorro privado y solo del ahorro personal.

Para concluir esta sección, y a modo de ejemplo, la aplicación de los criterios discutidos anteriormente podría sugerir una reforma (“mixta”) que incentivara el ahorro privado voluntario sin recurrir a artificios complicados, poco transparentes y distorsionadores que contenga, en ausencia de un verdadero impuesto al gasto más amplio que el IVA actual, una sola tasa para el impuesto al ingreso (primera y segunda categoría y global complementario) de un máximo aproximado de 15% como alternativa al impuesto al gasto (algo más complejo) con un tramo exento amplio, la eliminación de los beneficios tributarios del Art. 57 bis de la Ley del Impuesto a la Renta, la eliminación del impuesto a las herencias (otro tributo sobre el ahorro y además eludido), la mantención del IVA en 18% (no desincentiva el ahorro), y un arancel parejo no superior al 5%. Este conjunto debería formar la columna vertebral del sistema tributario¹³. Éste debería ir acompañado de un aumento en la eficiencia redistributiva del gasto.

¹³ Véase también B. Fontaine y R. Vergara, “Una reforma tributaria para el crecimiento” (1997).

Además, la respuesta al deseo de favorecer el ahorro va también en la dirección de hacer más eficiente y completar el mercado de capital, más que fomentar artificialmente el primero¹⁴. Habría sido interesante recibir sugerencias de la CNA al respecto.

La proposición anterior forma un bloque inseparable. Así también, las proposiciones hechas por la CNA en el ámbito tributario deberían ser aprobadas sólo en bloque. Su separabilidad, en el momento de las decisiones (como está ocurriendo ahora), sólo agregaría más distorsiones, debilitando notoriamente su eventual impacto en el ahorro privado. Las demás proposiciones o son marginales o son inadecuadas.

4. Conclusiones

A raíz del análisis del interesante trabajo de la Comisión Nacional de Ahorro, se han examinado aquí sucintamente algunos de los aspectos más destacados del ahorro privado, pero dentro de un contexto más amplio que el de la Comisión. Se ha argumentado que ésta trabajó dentro de una camisa de fuerza en base a términos de referencia demasiado limitados para ser de gran utilidad a un gobierno que, además, parecía tener poco interés en hacer una verdadera reforma que incentivara el ahorro.

Como conclusión quedan varias inquietudes ciertamente no resueltas por la Comisión ni por el Gobierno. ¿Debería el Gobierno crear incentivos artificiales y distorsionadores aunque el propósito fuera elevar la tasa de crecimiento, de ahorro, de inversión? ¿No va esto, acaso, no sólo en contra de la eficiencia sino también de la soberanía del consumidor? Puede un gobierno pretender perseguir varios objetivos simultáneos (eficiencia, ahorro y redistribución) con un solo instrumento? Es imposible conseguir mayor ahorro, mayor eficiencia y mayor redistribución simultáneamente y, aún menos, con un solo instrumento: los impuestos.

Incluso en el supuesto de que el Gobierno esté en su derecho de preocuparse por la base de sustentación del crecimiento, la inversión, es importante recordar, que no lo explica todo, y el ahorro nacional lo explica aún menos; también habría que preocuparse del ahorro externo, que ha sido púdicamente dejado fuera del análisis de la Comisión. ¿Es acaso negativo el aumento de la inversión financiada totalmente por ahorro externo en forma de inversión directa? ¿Es el ahorro externo, fluctuante entre 2% y 6,5% entre 1990 y 1997, inadecuado, o podría Chile prescindir totalmente

¹⁴ Al respecto, la presentación de la Comisión es más cuidadosa que las autoridades que la crearon, pero su explicación peca de incompleta.

de este tipo de ahorro en el futuro? ¿Cuál sería el porcentaje “óptimo”? Es cierto que puede parecer preocupante una cifra de 6,5%, pero ¿es ello parte intrínseca de una tendencia o sólo resultado de ciertas circunstancias pasajeras? ¿Por qué no hay diagnóstico sobre la caída en el ahorro voluntario aparente desde 1990? No debe ser por el sistema tributario.

La eficiencia y la simpleza de un sistema tributario no están reñidas. El resultado del Informe de la Comisión es más bien mixto desde este punto de vista. Se simplifican algunos instrumentos, pero se agregan otros distorsionadores y de alto costo administrativo y bajo rendimiento (educación, ahorro de ingresos medios y bajos). Sin embargo, las propuestas básicas (en el ámbito tributario) de la CNA forman un conjunto inseparable que debería ser considerado seriamente porque van en la dirección correcta. En esa perspectiva, preocupa la falta de coherencia de las distintas iniciativas tributarias que están circulando en este momento con las proposiciones básicas señaladas de la CNA, y cuyo valor no sólo reside en las proposiciones específicas sino también en su inseparabilidad.

Curiosamente, parece insistirse a menudo sobre las consideraciones redistributivas del sistema tributario y la conveniencia de que las medidas analizadas no sean regresivas; o sea, que los aspectos redistributivos están en el trasfondo (y los sesgos correspondientes de los miembros o algunos miembros de la Comisión); sin embargo, no se discuten los impactos que una redistribución efectiva de ingresos (en la dirección de reducir las diferencias) tendría sobre el ahorro; vuelve en forma creciente a mostrarse una relación negativa probable entre los dos (aunque algunos autores tienen algunas dudas al respecto); pero no se puede descartar ello a la luz de las mismas preferencias o supuesto implícito del trabajo de la Comisión, que insiste que los estratos de ingreso bajo y medio no ahorran en Chile.

Sería muy útil aprovechar la gran ventaja del Informe de la CNA: presentar un conjunto de medidas concretas en beneficio del ahorro privado. Éste ofrece una instancia cierta de discusión seria que nos debería llevar a una reforma tributaria significativa y moderna. La discusión debería dar énfasis también al marco de la inversión, y a las interrelaciones entre ahorro privado, público y externo, y otras determinantes del ahorro privado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Carroll; Weil (1994). “Savings and Growth: A Reinterpretation”. *Carnegie-Rochester Conference Series on Public Policy*, 40 (junio).
- Corbo, V.; y Schmidt-Hebbel, K. (1991). “Public Policies and Savings in Developing Countries”. *Journal of Development Economics*, 36, 1.

Exposición de la Hacienda Pública, 1997.

Fontaine, B.; y Vergara, R. (1997). "Una reforma tributaria para el crecimiento". *Estudios Públicos*, 67 (invierno).

Giovannini, A. (1985). "Savings and the Real Rate of Interest in LDCs". *Journal of Development Economics*, 18 (2-3).

Jappelli, T.; y Pagano, M. (1994). "Savings, Growth and Liquidity Constraints". *Quarterly Journal of Economics*.

Rojas, P.; López, E.; y Jiménez, S. (1997). "Determinantes del crecimiento y estimación del producto potencial en Chile: El rol del comercio internacional". En F. Morandé y R. Vergara (eds.), *Análisis empírico del crecimiento en Chile*, CEP e ILADES/ Georgetown.

Schmidt-Hebbel, K.; y Servén, L. (1997). "Saving Across the World: Puzzles and Policies". World Bank Discussion Paper N° 354.

Villarrú, J. *La Tercera*, 2 de junio de 1998. ☐

EL SISTEMA DE GENERACIÓN DE NORMAS DE CALIDAD AMBIENTAL Y DE EMISIÓN

Gabriel del Fávero y Ricardo Katz

En 1994 se publicó la Ley N° 19.300, sobre Bases Generales del Medio Ambiente, la cual, entre otros aspectos, definió el mecanismo de generación de normas de calidad ambiental (primarias y secundarias) y normas de emisión.

Este trabajo presenta los aspectos más relevantes del sistema de generación de normas (de calidad ambiental y de emisión) y el estado en que se encuentran a la fecha los programas de generación de estas normas en Chile. También se analizan los objetivos de la política ambiental del Gobierno, en el contexto de las prioridades normativas.

A juicio de los autores, el sistema definido por la Ley 19.300 representó un enorme avance en relación con la manera en que se normaba en el país, pues se pasó de un sistema discrecional que no consideraba la participación ciudadana y tampoco los costos y beneficios, a uno que sí los toma en consideración de modo muy relevante. De

GABRIEL DEL FÁVERO. Abogado. Licenciado en Derecho, Universidad Católica de Chile. Estudios de posgrado en Filosofía del Derecho, Universidad de Roma. Secretario Ejecutivo de la Comisión de Medio Ambiente del Centro de Estudios Públicos. Coeditor del libro *Medio ambiente en desarrollo* (CEP, 1993).

RICARDO KATZ. Ingeniero Civil, Universidad de Chile. Master en Ciencias en Administración Ambiental, University of Texas. Coordinador de la Comisión de Medio Ambiente del Centro de Estudios Públicos. Coeditor del libro *Medio ambiente en desarrollo* (CEP, 1993).

la misma forma, el sistema actual incluye un mecanismo de coordinación interinstitucional entre las agencias gubernativas involucradas en la labor regulatoria, que permita reflejar una política ambiental coherente y evitar duplicidades y sobreposición de competencias normativas y fiscalizadoras.

En el trabajo se analizan los programas de generación de normas de los años 1996, 1997 y 1998, y se presenta el estado en que se encuentra cada una de esas normas. Para conocer los lineamientos temáticos y prioridades de los distintos servicios públicos, se consignan las iniciativas normativas planteadas por éstos, y que no fueron acogidas por el Consejo de Ministros de CONAMA. Por último, se presentan conclusiones relativas al rol de la CONAMA, plazos, y otros aspectos relacionados con el desarrollo del proceso normativo desde la promulgación del reglamento de la Ley 19.300 (1994) hasta la fecha.

1. Introducción

El día 9 de marzo de 1994 fue publicada en el *Diario Oficial* la Ley N° 19.300, sobre Bases Generales del Medio Ambiente, que el Congreso Nacional aprobara durante enero del mismo año. La ley inició su tramitación en el Senado, por iniciativa del Presidente de la República, en septiembre de 1992. En la actualidad se encuentra vigente en su totalidad y en plena aplicación.

Este cuerpo legal no pretendió cubrir todas las materias que dicen relación con el medio ambiente, pues se requieren leyes especiales para regular aquellas áreas que presentan particulares complejidades (piénsese en una ley de permisos de emisión transables, ley de suelos, ley forestal, etc.). Como señala su nombre, se trata de una ley de "bases generales", que abordó lo más fundamental en materia de gestión ambiental pública, iniciando así un proceso ordenador de la normativa ambiental del país.

De hecho la ley establece diversos instrumentos de gestión ambiental, entre éstos, el Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA) de los proyectos de inversión públicos y privados, y el mecanismo de generación de normas de calidad ambiental (primarias y secundarias), normas de emisión, planes de manejo para recursos naturales renovables, planes de prevención para las zonas declaradas latentes y planes de descontaminación para las zonas declaradas saturadas.

Tomando la perspectiva de la gestión ambiental pública, el objetivo de este trabajo es presentar los aspectos más relevantes del sistema de

generación de normas (de calidad ambiental y de emisión), dado que, a nuestro juicio, es uno de los cambios más significativos que se han generado en el tema de la regulación legal ambiental. Las normas de calidad ambiental y de emisión son reglas que deben ser respetadas por todos aquellos que desarrollan actividades económicas, derecho garantizado por la Constitución Política, y a la vez constituyen uno de los principales mecanismos con los cuales se materializa la política ambiental del país. Por ende, en este trabajo se comenzará por sintetizar cuál es la política ambiental definida por el Gobierno, lo que permitirá visualizar con mayor claridad la importancia que revisten estos instrumentos de gestión ambiental y las finalidades que persiguen.

Al respecto resulta ilustrativo señalar qué tan importante es el efecto que pueden producir las normas de calidad ambiental y de emisión en la salud de las personas, en las actividades productivas y en el derecho de propiedad, por nombrar los más relevantes derechos constitucionales envueltos en esta temática. Algunos juristas han sostenido, no sin fundamento, que tales normas, en sus lineamientos esenciales, debieran ser materia de ley, es decir, debieran someterse al debate y tramitación propia de una ley estableciendo un procedimiento para generar las normas e indicando específicamente los derechos constitucionales que podrían ser afectados y cómo pueden ser restringidos. De esta forma, se respetaría lo dispuesto en el inciso segundo del artículo 19 N° 8 de la Carta Fundamental¹. Con todo, el legislador optó por una solución intermedia, según se examinará, estableciendo en la ley un “procedimiento” para generar las normas de calidad ambiental y de emisión, pero sin indicar qué derechos pueden ser limitados, ni los niveles de riesgo para la salud humana o para otros componentes del medio ambiente asociados a las normas.

No obstante lo anterior, ello representa un enorme avance respecto de la situación existente con anterioridad a la vigencia de la Ley N° 19.300, pues diversas autoridades administrativas, utilizando facultades legales genéricas, simplemente procedían a regular la calidad ambiental basadas en sus intuiciones, sus preocupaciones o sus inquietudes. Por lo tanto no había un mecanismo que garantizara un espacio de discusión de las normas de calidad ambiental, ni de los objetivos de protección que debieran perseguir, ni de los niveles de riesgo asociados, ni de prioridades, ni de los costos y beneficios sociales involucrados, etc. Tampoco existía un mecanismo de coordinación interinstitucional entre las agencias gubernativas que efectuaban dicha labor regulatoria, que reflejara una clara política ambiental, con

¹ Véase M. de los Ángeles Pérez, “Normas de calidad ambiental. Algunas consideraciones constitucionales y legales” (1993), pp. 121 y siguientes.

propósitos coherentes entre sí, y evitara duplicidades y sobreposición de competencias normativas y fiscalizadoras.

De manera que la Ley N° 19.300 representa un cambio substancial en esta área, que está produciendo efectos positivos en la forma en que se desarrolla esta actividad reguladora en la actualidad. Hoy en día, la autoridad establece un calendario anticipado de los aspectos que serán objeto de regulación futura, con prioridades, y genera, con adecuada anticipación, información útil para todos los interesados.

Por las consideraciones antedichas, el presente trabajo también incluye una descripción de la forma en que se ha estado utilizando el mecanismo de generación de normas previsto en la Ley N° 19.300, así como de los aspectos substantivos que ya ha regulado y los que pretende abordar en el futuro próximo, con particular énfasis en los programas priorizados de normas, elaborados por la Comisión Nacional del Medio Ambiente (CONAMA), destinados a organizar el trabajo regulatorio en esta materia en forma coherente con los objetivos explicitados por la política gubernamental sobre medio ambiente y desarrollo sustentable.

2. Objetivos de la política ambiental del Gobierno

El objetivo general de la política ambiental² del Gobierno, enunciada formalmente en el mes de enero de 1998, es promover la conciencia ambiental del proceso de desarrollo, con miras a mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, garantizando un medio ambiente libre de contaminación, la protección del medio ambiente, la preservación de la naturaleza y la conservación del patrimonio ambiental. Estos objetivos comprenden, en realidad, todo el espectro de problemas que pueden y deben ser abordados por una política ambiental de nivel nacional.

Para lograr dicho objetivo general se establecieron los siguientes objetivos específicos:

- a) Recuperar y mejorar la calidad ambiental;
- b) prevenir el deterioro ambiental;
- c) fomentar la protección del patrimonio ambiental y el uso sustentable de los recursos naturales;
- d) introducir consideraciones ambientales en el sector productivo;
- e) incorporar a la ciudadanía en la gestión ambiental;

² Véase “Una política ambiental para el desarrollo sustentable”, CONAMA, aprobada por el Consejo Directivo de Ministros de CONAMA en la sesión del 9 de enero de 1998.

f) fortalecer la institucionalidad ambiental a nivel nacional y regional, y

g) perfeccionar la legislación ambiental y desarrollar nuevos instrumentos de gestión.

Además, el documento en comentario indica las líneas de acción que permitirán lograr los objetivos ambientales e instrumentales de la mencionada política ambiental, en lo que tiene que ver con la prevención, recuperación y mejoramiento de la calidad ambiental y del fomento del uso sustentable de los recursos naturales.

Así, las líneas de acción enunciadas para mejorar la calidad ambiental son las siguientes:

i) Descontaminación atmosférica y recuperación de niveles aceptables de calidad de aire;

ii) descontaminación y recuperación de la calidad de los recursos hídricos para diferentes usos;

iii) establecimiento de políticas y perfeccionamiento de normas de manejo de residuos sólidos domiciliarios e industriales, y

iv) diseño de políticas ambientales específicas (política de control de la contaminación acústica, manejo seguro de las sustancias químicas).

Por su parte, las líneas de acción para cumplir con el objetivo de prevenir el daño ambiental son:

i) Evaluación del impacto ambiental de proyectos de inversión;

ii) promoción de la incorporación de la dimensión ambiental desde el diseño de los proyectos y actividades hasta su etapa de ejecución;

iii) incorporación de la dimensión ambiental en el diseño de las políticas públicas;

iv) educación ambiental;

v) desarrollo del programa de dictación de normas de calidad ambiental y de emisión, y

vi) apoyo a la investigación científica y tecnológica.

Lo más relevante del documento en comentario es que explicitó por primera vez una política ambiental, la cual con anterioridad sólo podía colegirse del mensaje presidencial que acompañó el proyecto de ley que posteriormente se convirtió en la Ley N° 19.300, sobre Bases del Medio Ambiente.

Es deseable que la política ambiental se integre con las políticas nacionales y se mantenga en el tiempo, de manera que sus objetivos gene-

rales puedan lograrse, sin perjuicio de los cambios que deban introducirse atendida la naturaleza eminentemente dinámica del tema ambiental, de los avances tecnológicos, de los cambios socioeconómicos de la sociedad, de la mayor o menor disponibilidad de recursos financieros y de la escasez relativa de recursos “ambientales”.

Adicionalmente, la política ambiental enunciada parece adecuadamente inspirada en cuatro conceptos rectores indispensables: el respeto al derecho de propiedad, la libertad económica, la protección del ambiente y un papel decisivo del Estado en la generación de las regulaciones correspondientes³.

3. Los instrumentos de definición de la calidad ambiental

Las definiciones legales⁴ resultan indispensables en cuerpos normativos que regulan materias altamente especializadas y complejas, como es precisamente el caso del medio ambiente. Por eso el legislador incluyó diversas definiciones en la Ley N° 19.300, dando así el marco conceptual adecuado para precisar y armonizar las garantías constitucionales implicadas en este tema de vastas proyecciones y efectos.

Desde este punto de vista, la importancia de las normas de emisión y las de calidad ambiental está relacionada con la definición legal de “contaminación” que contiene la Ley N° 19.300. En dicha ley se establece que constituye “contaminación” la “presencia en el ambiente de sustancias, elementos, energía o combinación de ellos, en concentraciones o concentraciones y permanencia superiores o inferiores, según corresponda, a las establecidas en la legislación vigente”.

La expresión “legislación vigente” alude, en este caso en particular, a las normas de calidad ambiental y de emisión, y también incluye a los planes de prevención y de descontaminación, en la medida en que éstos contienen estándares que deben ser respetados con el objetivo precisamente de descontaminar el ambiente o de prevenir una situación de contaminación a través del pleno respeto de las normas de calidad existentes.

Como se puede apreciar, para los efectos legales, si no existe norma no existe “contaminación”. Por lo tanto, las normas mencionadas definen un espacio de utilización legítima del medio ambiente. Ese espacio es el

³ Véase R. Katz, G. del Fávero y L. Sierralta, “Bases conceptuales y marco de referencia para la elaboración de políticas ambientales en América Latina” (1995), pp. 184-185.

⁴ *Ibídem*, pp. 178 y siguientes.

que queda por debajo de lo que la normativa permite, y contaminación sólo existirá en la medida en que se infrinja una norma preestablecida que establezca límites precisos de calidad o de emisión a algún componente del medio ambiente. Lo anterior permite distinguir entre el uso y la alteración legítimos del medio ambiente y su uso y alteración ilegítimos, constituyendo sólo este último caso “contaminación” del medio ambiente.

Por lo tanto, es la existencia de normas de calidad ambiental y de emisión lo que nos permite diferenciar entre una mera alteración del medio ambiente y la conducta consistente en “contaminar” (o en usar indebidamente) el medio ambiente causando externalidades negativas a terceros sin compensación.

Consecuentemente, tales normas también son indispensables para precisar lo que debe entenderse por “contaminante” y por “medio ambiente libre de contaminación”, expresión esta última contenida en la Constitución Política.

En este sentido, “alteración” del medio ambiente no constituye *per se* “contaminación”. Alteración viene a ser un fenómeno físico, químico o biológico medible en términos absolutos o reales. En cambio contaminación implica calificar una alteración ambiental desde un punto de vista político y social eminentemente variable, según sean las situaciones culturales, éticas, filosóficas, económicas y otras.

De ahí que lo que se entienda por “contaminación”, en tanto uso ilegítimo del medio ambiente, deba imperiosamente ser definido jurídicamente. Lo que deba ser calificado como contaminación será aquello que se presente como una alteración grave y relevante del medio ambiente que pueda implicar un daño que, en general, se presenta en forma difusa y dispersa y que puede afectar a la población en general. Por ello será considerado digno de regulación jurídica.

Para tales propósitos, la propia ley contempla el mecanismo de las normas de calidad ambiental, que determina precisamente el nivel de calidad que queremos para nuestro ambiente.

Resumiendo, lo que se considere jurídicamente contaminante debe ser el resultado de una convención o acuerdo social, que se exprese en las normas, pues en el mundo real todo contamina de un modo u otro, ya que no existe una condición natural única y en estado de “pureza”. De acuerdo con lo anterior, medio ambiente libre de contaminación sería el que presenta una calidad ambiental equivalente o mejor que la establecida por las normas de calidad ambiental.

En este mismo sentido, “contaminante” sería toda sustancia cuya concentración durante un lapso de tiempo dado supere las normas de cali-

dad ambiental. Si tales concentraciones y duraciones no alcanzan a superar esas normas, la substancia no es contaminante, aunque altere la composición, propiedades o comportamientos naturales de los componentes del medio ambiente. Dado que esto último ocurre siempre en la naturaleza, sólo a partir de un determinado nivel será materia de preocupación del ordenamiento jurídico.

En forma coherente con lo expresado anteriormente, la Ley N° 19.300 presume la responsabilidad por “daño ambiental” de quienes estén a cargo de una fuente emisora que infrinja las normas de calidad ambiental, o de emisión, o los planes de prevención o de descontaminación, o las normas de protección, conservación o preservación ambientales establecidas en las leyes.

Los instrumentos con los cuales se definen los objetivos de calidad ambiental de un país son precisamente las normas de calidad ambiental, las que pueden ser primarias, si se refieren a la salud humana, o secundarias, si se refieren a otros componentes del medio ambiente como la flora, fauna, etcétera.

La Ley N° 19.300, sobre Bases del Medio Ambiente, no dice cómo establecer el nivel de riesgo para la salud humana o para los otros componentes del medio ambiente cuando se sobrepasen las normas.

Lo anterior constituye una omisión importante, pues siempre que se establezca un estándar ambiental se estará predeterminando un nivel de riesgo asociado. El desarrollo de toda actividad humana conlleva un grado de riesgo o peligrosidad, el que puede ser aceptable o inaceptable. La ley no determinó que el nivel de riesgo implícito en las normas de calidad ambiental y de emisión debe ser tal que no constituya un riesgo inadmisible (y tampoco dio regla alguna acerca de lo que debe entenderse por “inadmisible” en estas situaciones) para la salud humana o para los demás componentes del medio ambiente. Esto incluso podría considerarse inconstitucional⁵.

Si la ley hubiese indicado al menos lo expuesto anteriormente, habría dado una clara orientación, con consecuencias importantes, tanto para la forma en que la autoridad encargada de elaborar dichas normas debe ejercer semejante atribución, como para la forma de entender las garantías constitucionales que posee la ciudadanía, con vistas al derecho que le asiste para hacer presente sus observaciones a las proposiciones pertinentes.

⁵ Ver nota 1.

Para concluir, entonces, se puede afirmar que las normas de calidad ambiental primarias, destinadas a proteger la salud humana, y las secundarias, cuyo objetivo es proteger otros componentes ambientales, distintos a la salud humana, definen los objetivos o metas de calidad ambiental que la sociedad desea conseguir y mantener. No puede existir una política de gestión ambiental pública seria y eficaz si no se han definido, en forma previa, los objetivos que se pretenden lograr, y éstos, en concreto, se definen por medio de las normas de calidad ambiental. De ahí la importancia que revisten estos instrumentos para la política ambiental de un país.

4. Las normas de calidad ambiental y de emisión

4.1. Las normas de calidad ambiental

La Ley N° 19.300 define las normas primarias de calidad ambiental (NPCA) como aquellas que establecen los valores de las concentraciones de elementos o energía o sus combinaciones cuya presencia o carencia en el ambiente pueda constituir un riesgo para la vida o salud de la población, definiendo además los niveles que originan situaciones de emergencia.

Estas normas se establecen, siguiendo el proceso nomogenético establecido en la citada ley y que más adelante se describe, mediante decreto supremo del Ministro Secretario General de la Presidencia y del Ministro de Salud, y son de aplicación general en todo el territorio del país.

A su vez, la ley define normas secundarias de calidad ambiental (NSCA), como aquellas que establecen los valores de las concentraciones de elementos o energía o sus combinaciones cuya presencia o carencia en el ambiente pueda constituir un riesgo para la protección o conservación del medio ambiente, o la preservación de la naturaleza.

Estas normas son territoriales y también pueden abarcar todo el país o una parte de él. Además, deben ser elaboradas siguiendo también el mismo procedimiento nomogenético aludido, para culminar en un decreto supremo del Ministro Secretario General de la Presidencia y del ministro sectorial que corresponda.

El nivel de riesgo admisible implícito en las normas de calidad ambiental y en las de emisión (que se describen en el acápite siguiente de este capítulo), y que debería ser definido al más alto nivel político, según se indicó, queda entregado entonces al procedimiento estipulado en la ley, el cual por lo menos considera mecanismos de consulta a la ciudadanía, la que podría opinar en las instancias pertinentes.

4.2. Las normas de emisión

Las normas de emisión determinan la cantidad máxima permitida para un contaminante, medida en el efluente de la fuente emisora de un residuo gaseoso, sólido o líquido.

La Ley N° 19.300 establece que tales normas deben dictarse mediante decreto supremo (de algún ministerio sectorial, según la materia de que trate), y ser aplicables en un territorio o zona geográfica específico, es decir, sólo serán válidas en el área que la misma norma señale, y además deben responder a las características ambientales propias del área en que se aplicarán. Cuando no corresponden a un ministerio determinado, deben ser dictadas mediante decreto supremo del Ministerio Secretaría General de la Presidencia.

También en este caso se debe respetar el procedimiento de génesis normativa establecido en la propia ley y ulteriormente regulado por un reglamento especial.

Las normas de emisión son uno de los instrumentos regulatorios más utilizados para el control de la contaminación, en particular para la contaminación hídrica y atmosférica, y en menor medida para evitar la contaminación de suelos.

La circunstancia de que las normas de emisión puedan ser de carácter zonal es de suma importancia, pues provee un mecanismo que puede ser utilizado para favorecer eventuales descentralizaciones, tomando como base las densidades de emisiones y condiciones de asimilación del medio ambiente, las que son naturalmente diferentes en las distintas regiones del país. En este caso, entonces, existe la posibilidad de que las normas de emisión no sean iguales en todo el territorio nacional, al contrario de lo que sucede con las normas primarias de calidad ambiental.

Consecuentemente, para establecer una norma de emisión se deben tomar en cuenta las diferentes capacidades del medio ambiente para funcionar como receptor de emisiones atmosféricas, efluentes y residuos sólidos, sin menoscabo de su calidad. De esta manera se puede proteger el medio ambiente al mínimo costo, lo que permite lograr el óptimo social en el uso de los recursos del país.

A la CONAMA corresponde la proposición, coordinación y aprobación de las normas de emisión, para lo cual debe sujetarse a las etapas mencionadas en el acápite siguiente de este capítulo, y que son las mismas que rigen para las normas de calidad ambiental. La importancia de esta atribución entregada a la CONAMA está en que constituye una herramienta que le permite hacerse cargo en forma efectiva y concreta de la política

ambiental nacional y de los objetivos generales y específicos que ésta contenga.

De este modo, la materialización de medidas de control tales como las normas de emisión de vehículos (fuentes móviles) o de industrias (fuentes fijas), regulación de residuos industriales líquidos y otras, ya no serán responsabilidad sólo del ministerio sectorial correspondiente, con los consiguientes males asociados en términos de descoordinación, superposición de competencias y regulaciones.

4.3. El procedimiento básico

El gran cambio que presenta la ley con respecto a la legislación y procedimientos aplicados con anterioridad a su entrada en vigencia, sea para generar normas de calidad ambiental o de emisión, que aunque no se denominaran así correspondían conceptualmente a éstas, puede resumirse en los siguientes aspectos:

- Las normas deben definir los niveles en los cuales la gestión ambiental normal da lugar a una gestión de emergencia y, por lo tanto, determinan el momento en que las acciones por aplicarse deben ser diferentes (más severas) de las establecidas, evitando así que la autoridad actúe (o no actúe) en forma precipitada o inconsulta o cediendo a presiones de grupos de interés.
- Las normas deben ser promulgadas por decreto supremo, como culminación de un procedimiento preestablecido, dotado de publicidad y transparencia, en contraste con la forma en que se procedía con anterioridad a la Ley N° 19.300, cuando incluso estas normas eran establecidas mediante resoluciones administrativas que ni siquiera se publicaban en el *Diario Oficial* (por ej. la Resolución N° 1.215, del Ministerio de Salud, de 1978, que establece las concentraciones máximas permisibles de varios contaminantes).
- Dado que los objetivos de calidad ambiental no responden solamente a parámetros técnicos, es necesario ponderar estos parámetros según variables políticas, las que obviamente incluyen los aspectos económicos, éticos, morales y sociales.
- Como las normas de calidad ambiental no son aprobadas mediante ley, las consideraciones de orden político, según lo expresado en el acápite anterior, deben hacerse presentes en las instancias previstas por la ley, esto es, durante el procedimiento que termina con la dictación de los decretos supremos pertinentes.
- Existe un procedimiento obligatorio para la aprobación de las normas que considera a lo menos las siguientes etapas básicas:

- a) Análisis técnicos y económicos (costo/beneficio).
- b) Desarrollo de estudios científicos.
- c) Consultas a organismos competentes, públicos y privados.
- d) Análisis de observaciones formuladas.
- e) Adecuada publicidad.

Las etapas recién mencionadas pretenden generar un marco objetivo de discusión de las normas en proyecto, generando información relevante para emitir opiniones, tales como el sustento científico que avala la necesidad de normar, el análisis costo/beneficio, el riesgo implícito en la regulación propuesta, los plazos para lograr el cumplimiento de la calidad ambiental deseada, etc.

Complementariamente, la ley establece que la coordinación del proceso de generación de normas y la determinación de los programas y plazos de cumplimiento de las mismas corresponderán a la Comisión Nacional del Medio Ambiente (CONAMA).

Es interesante destacar que estos programas y plazos por definir por la CONAMA llevan la marca del gradualismo que impera en la ley y, a la vez, el concepto de que la determinación de la rapidez para lograr los objetivos de calidad ambiental, es una decisión de efectos más amplios que la que le corresponde a un organismo únicamente sectorial y técnico. Por ello es que la ley determina que el reglamento debe fijar los plazos y formalidades requeridas para generar una NCA, así como los criterios para revisar las NCA vigentes, sean primarias o secundarias.

De este modo, la Ley N° 19.300 se hizo cargo de la situación preexistente, en el sentido de que no había un mecanismo que garantizara un espacio de discusión de las normas de calidad ambiental, ni de los objetivos de protección que debieran perseguir, ni de los niveles de riesgo asociados, ni de prioridades, ni de los costos sociales involucrados, así como de la inexistencia de un mecanismo de coordinación intersectorial entre los diversos organismos con competencia para regular estas materias.

5. Reglamento de generación de normas de calidad ambiental y emisión

5.1. Generalidades

Este reglamento (Decreto Supremo N° 93, de 1995, del Ministerio Secretaría General de la Presidencia) regula la operación en detalle de las disposiciones contenidas en la Ley N° 19.300, sobre Bases del Medio

Ambiente (artículos 32 y 40), que establecen las etapas básicas indicadas en el acápite 4.3. del capítulo anterior, y constituye en definitiva el procedimiento completo de generación de normas de calidad ambiental (NCA) y de emisión (NE).

El procedimiento definido por el reglamento en comentario para la dictación de NCA y de NE comprende las siguientes etapas generales, dentro de las cuales se articula el detalle procesal de cada una de ellas:

- a) Formulación del anteproyecto de norma, sea NCA o NE;
- b) consulta del anteproyecto de normas, y
- c) elaboración del proyecto definitivo de normas.

Para coordinar el proceso de generación de normas, el Consejo Directivo de la CONAMA está asesorado por un comité interministerial, que se constituye especialmente para la dictación de una determinada norma o grupo de normas afines. Este comité está formado por representantes de los ministerios competentes y con atribuciones normativas.

La tramitación del proceso de dictación de normas da origen a un expediente de libre acceso para el público interesado. Adicionalmente, la CONAMA mantiene una tabla también pública en que da cuenta de la materia y estado en que se encuentran los expedientes de las diferentes normas en elaboración, los plazos del proceso y las gestiones pendientes.

Uno de los aspectos más relevantes del reglamento es que asigna al director ejecutivo de la CONAMA la responsabilidad de proponer al consejo directivo un programa de normas de calidad ambiental y de emisión que serán elaboradas y consagradas en el futuro, en base a las prioridades ambientales del país. Este programa se estructura por períodos anuales y se publica en el mes de marzo de cada año en el *Diario Oficial*.

Toda norma, sea NCA o NE, además de señalar las concentraciones o límites máximos o mínimos permitidos, deberá indicar el plazo para su entrada en vigencia y los organismos públicos con competencia para fiscalizar su cumplimiento.

Asimismo, se deberán señalar las metodologías de medición y control de la norma, lo que reviste particular importancia para determinar las situaciones de infracción de un modo objetivo y homogéneo a lo largo del país.

5.2. Consideraciones especiales en la elaboración de NCA y NE

Respecto de las normas primarias de calidad ambiental (NPCA), en su elaboración se deberán considerar, a lo menos, los siguientes aspectos:

- a) La gravedad y la frecuencia del daño y de los efectos adversos observados;
- b) la cantidad de población expuesta;
- c) la localización, abundancia, persistencia y origen del contaminante en el ambiente, y
- d) la transformación ambiental o alteraciones metabólicas secundarias del contaminante.

El cumplimiento de las NPCA deberá verificarse mediante mediciones en asentamientos humanos (por ejemplo en una ciudad o pueblo, para el caso de una norma atmosférica de calidad primaria) o en los medios cuyo uso previsto afecte directa o indirectamente la salud de la población (como puede ser una fuente de agua potable).

A su vez, en la elaboración de las normas secundarias de calidad ambiental (NSCA), deberán considerarse, a lo menos, las siguientes situaciones o realidades:

- a) La alteración significativa del patrón de distribución geográfica de una especie de flora o fauna, o de un determinado tipo de ecosistema nacional, especialmente de aquellos que sean únicos, escasos o representativos, que ponga en peligro su permanencia, capacidad de regeneración, evolución y desarrollo;
- b) la alteración significativa en la abundancia poblacional de una especie, subespecie de flora o fauna, o de un determinado tipo de comunidad o ecosistema, que ponga en peligro su existencia en el medio ambiente;
- c) la alteración de los componentes ambientales que son materia de utilización por poblaciones locales, en especial plantas, animales, suelos y aguas, y
- d) la degradación significativa de monumentos nacionales, sitios con valor antropológico, arqueológico, histórico y, en general, los pertenecientes al patrimonio cultural.

Por su parte, la elaboración de las normas de emisión requiere de estudios que aborden las siguientes materias:

- a) La concentración ambiental o distribución del contaminante en el área de aplicación de la norma, su metodología de medición y los resultados encontrados;
- b) la relación entre las emisiones del contaminante y la calidad ambiental;
- c) la capacidad de dilución y de autodepuración del medio receptor involucrado;

- d) los efectos que produce el contaminante sobre la salud de las personas, la flora o la fauna u otros elementos del medio ambiente como, por ejemplo, áreas silvestres protegidas y monumentos, y
- e) las tecnologías aplicables a cada caso y un análisis de la factibilidad técnica y económica de su implementación.

Por otra parte, toda norma de emisión debe regular los siguientes aspectos:

- i) Los objetivos de protección ambiental y resultados esperados;
- ii) el ámbito territorial de aplicación;
- iii) los tipos de fuentes reguladas, y
- iv) los plazos y niveles programados para su cumplimiento.

Cabe recordar que la recuperación de la calidad ambiental de un país requiere, como primera acción concreta, de una definición de los niveles máximos permitidos de contaminación para diversos contaminantes, es decir, se necesita de la fijación de normas y estándares que se constituirán en las metas de calidad objetivo de la gestión ambiental y, en particular, en el objetivo de la política de control de la contaminación.

Si bien nuestro país cuenta con un reducido cuerpo de normas ambientales vigentes, hay un número no despreciable de normas en proceso de tramitación y/o elaboración. Sin embargo, para la recuperación o descontaminación integral de nuestro ambiente se requiere un trabajo efectivo, en que se establezcan las normas en función de los problemas más urgentes de contaminación existentes en la actualidad.

6. Programa de generación de normas de la CONAMA

Como se expresó con anterioridad, la CONAMA debe coordinar la generación de las normas de calidad ambiental y de emisión, estableciendo para tal propósito un programa priorizado de dictación de normas primarias y secundarias de calidad ambiental y normas de emisión. Dicho programa debe ser revisado anualmente, para establecer nuevas prioridades normativas en el marco de una consulta a los órganos competentes de la administración del Estado, las que se han de proponer al consejo directivo en marzo de cada año.

Para el año 1998, además de contar con el programa priorizado anual, se ha incorporado un programa trienal de dictación de normas. Este último tiene como objetivo abordar normas que son necesarias para el país en un mediano plazo o bien anunciar aquellas respecto de las cuales aún no se cuenta con estudios suficientes como para que sean abordadas en un

programa anual. Por otra parte, también se proyectan acciones tendientes a involucrar a la ciudadanía en la gestión ambiental mediante la consolidación de mecanismos de participación en reuniones con las diferentes instituciones, el fortalecimiento del rol de los Consejos Consultivos Regionales de Medio Ambiente y la revitalización de la educación ambiental.

De acuerdo con los objetivos generales y específicos de la política ambiental del Gobierno, mencionados en la sección 2 de este trabajo, se pretende desarrollar líneas de acción que permitirán, al Gobierno, materializar los objetivos de la política ambiental, en materia de prevención, recuperación y mejoramiento de la calidad ambiental y del fomento del uso sustentable de los recursos naturales. Dentro de estas líneas de acción se inscribe el desarrollo del programa de dictación de normas de calidad ambiental y de emisión.

Cabe destacar que, por primera vez, la CONAMA ha explicitado los criterios de priorización que permitieron la configuración del Programa Anual para el año 1998. Estos criterios son:

- Normas imprescindibles para la implementación de planes de descontaminación y prevención en aquellos lugares en donde se ha detectado deterioro ambiental (por ejemplo, contaminación hídrica en Talcahuano y San Vicente).
- Normas requeridas para prevenir que se agraven problemas de contaminación en desarrollo (contaminación atmosférica en la Región Metropolitana).
- Normas necesarias para favorecer un manejo ambiental integral de largo plazo.
- Revisión de las normas actualmente vigentes.

Con respecto al último criterio señalado, existe un mandato de la Ley N° 19.300, sobre Bases del Medio Ambiente, según el cual hay un plazo perentorio de cinco años desde la promulgación del reglamento correspondiente para revisar los cuerpos legales vigentes.

A continuación se analizan los programas de dictación de normas en desarrollo, y el estado de los mismos. Para catalogar el estado en que se encuentra cada una de las normas, se utilizará el siguiente esquema que resume las distintas etapas del proceso:

- a) Etapa de preparación (dado el tiempo que se requiere para acopiar información científica, económica y técnica, no tiene plazo, por eso esta etapa se cumple en forma previa al inicio del proceso⁶, el que sí está sujeto a plazos legales).

⁶ Hay normas, tales como la del arsénico, para la cual los estudios preparatorios han demandado más de tres años.

- b) Formulación del anteproyecto (150 días ampliables por una sola vez).
- c) Consulta del anteproyecto (60 días para someterlo a comentarios).
- d) Elaboración del proyecto definitivo (45 días).
- e) Aprobación por el Consejo de Ministros y firma del Presidente de la República.
- f) Toma de Razón por la Contraloría General de la República.
- g) Publicación en el *Diario Oficial*.

Como se puede observar, el proceso es más complejo y puede tomar mayor tiempo que el estipulado en el reglamento debido a las etapas no reguladas con plazos específicos.

6.1. Primer programa (1996)

Este programa, propuesto en marzo de 1996, hacía mención a estas normas, las que se encuentran en el siguiente estado:

- 6.1.1. Norma de emisión para la regulación de contaminantes asociados a las descargas de residuos industriales líquidos a sistemas de alcantarillado. Esta norma se encuentra aprobada y dictada mediante Decreto Supremo N° 609, de 7 de mayo de 1998, del Ministerio de Obras Públicas, y publicada en el *Diario Oficial* del día 20 de julio de 1998.
- 6.1.2. Norma de emisión para la regulación de contaminantes asociados a las descargas de residuos líquidos a aguas superficiales. Proyecto definitivo listo, pero esta norma no ha sido aún aprobada por el Consejo de Ministros.
- 6.1.3. Norma primaria de calidad ambiental para arsénico en el aire, que posteriormente cambió a norma de emisión de arsénico. Proyecto definitivo listo, pero esta norma no ha sido aún aprobada por el Consejo de Ministros.
- 6.1.4. Revisión de la norma para la regulación de la contaminación acústica contenida en el Decreto Supremo 286, de 1984, del Ministerio de Salud. Esta norma quedó derogada el 16 de julio de 1998, fecha en que entró en vigencia la nueva Norma de Emisión de Ruidos de Fuentes Fijas, establecida por Decreto Supremo N° 146, de 1997, del Ministerio Secretaría General de la Presidencia, que lleva además la firma del Ministro de Salud, publicado en el *Diario Oficial* del día 17 de abril de 1998.

- 6.1.5. Norma para la regulación de la contaminación lumínica, en II, III y IV Región. El anteproyecto de esta norma ya fue aprobado por Resolución Exenta N° 293 del Director Ejecutivo de la Comisión Nacional del Medio Ambiente, de fecha 16 de abril de 1998, publicada en el *Diario Oficial* del día 2 de mayo de 1998, fecha a partir de la cual el anteproyecto de norma queda sometido a consulta, iniciándose así formalmente su proceso de aprobación.

En consecuencia, al mes de agosto de 1998 han entrado en vigencia dos de las normas contenidas en el primer programa.

6.2. Segundo programa (1997)

Este programa, propuesto en el mes de enero de 1997, incluyó estas normas, las que se encuentran en la siguiente situación:

- 6.2.1. Norma de calidad primaria para plomo en el aire. En etapa de preparación.

- 6.2.2. Normas para el control de olores:

- i) Normas de emisión para compuestos odoríferos asociados a la fabricación de pulpa sulfatada, y
- ii) normas de compuestos odoríferos asociados a la industria pesquera.

Con fecha 20 de mayo de 1998 se publicó en el *Diario Oficial* la Resolución Exenta N° 414, del Director Ejecutivo de la Comisión Nacional del Medio Ambiente, que dio inicio formalmente a la elaboración del anteproyecto de esta norma.

- 6.2.3. Revisión del Decreto Supremo N° 4, de 1992, del Ministerio de Agricultura, que “Establece normas de calidad del aire para material particulado sedimentable en la cuenca del río Huasco, III Región”. En etapa de preparación.

- 6.2.4. Revisión de la norma de calidad primaria para material particulado PM10 (valores que definen situaciones de emergencia). Esta norma fue dictada mediante Decreto Supremo N° 59, del Ministerio Secretaría General de la Presidencia, que además lleva la firma del Ministro de Salud, de fecha 16 de marzo de 1998, publicado en el *Diario Oficial* del día 25 de mayo de 1998.

- 6.2.5. Norma de calidad para proteger usos en aguas continentales. En etapa de preparación.

En resumen, del primer y segundo programa de normas se han aprobado tres regulaciones, la de contaminación acústica⁷, la de MP10 y la de emisión para la regulación de contaminantes asociados a las descargas de residuos industriales líquidos a sistemas de alcantarillado, habiendo algunas en todo caso que están próximas a ser promulgadas. De estas últimas destacan las normas de RILES a cursos y cuerpos de agua⁸, y la de arsénico, donde se propone un tratamiento de regulación de emisiones caso a caso para las distintas fuentes emisoras reguladas (fundiciones de cobre)⁹.

La norma de calidad ambiental primaria para MP10 amerita especial atención, ya que debido a la relevancia política y pública que rodea a la situación de contaminación atmosférica de Santiago, contempla la entrega de importantes instrumentos de gestión ambiental a la autoridad. Las características principales de esta norma son:

- La norma propuesta es de alcance nacional, tanto en lo relativo a niveles de calidad ambiental como a la declaración de niveles de emergencia, por lo que regirá en todas las áreas pobladas del país, y en los planes de descontaminación existentes y futuros (áreas del país donde a la fecha se está iniciando el proceso de monitoreo de calidad del aire). Esto implica que los futuros planes de descontaminación serán homogéneos entre sí.
- La inclusión de un sistema de pronóstico para la gestión de episodios críticos de contaminación por PM10 (material particulado respirable). Este sistema permite incluir el concepto de prevención y por lo tanto reaccionar antes de que se generen efectos en salud.
- La modificación de las condiciones de superación de la norma de material particulado respirable PM10, en el sentido de que las declaraciones de excedencia de estas normas no debieran estar asociadas a la primera superación que se obtenga del valor diario, sino que al percentil 98. Esto quiere decir que para efectos de que se genere una superación “legal” de la norma, se requiere más de un evento (el que puede producirse debido a condiciones meteorológicas extraordina-

⁷ Una de las características principales de esta norma es que la hace aplicable en zonas rurales, situación que no era cubierta por el antiguo D. S. 286, de 1984, del Ministerio de Salud.

⁸ En esta última destaca el tratamiento diferenciado que se otorga a los ríos, los lagos y al mar, y en el caso del mar la diferencia (menores exigencias) se presenta en los casos en que se vierte fuera de la zona de protección del litoral (300 metros desde la línea de playa).

⁹ Ésta partió como una norma de calidad ambiental, pero durante el período de estudio cambió a norma de emisión por fuente regulada. Entre otros aspectos, esta norma discrimina entre actividades existentes y actividades nuevas, y no regula efectos acumulativos de múltiples fuentes.

rias y por lo tanto no representar la situación normal de un área determinada. Obviamente esta situación no ameritaría implementar medidas de control permanentes).

6.3. Tercer programa (1998)

El tercer programa de normas propuesto durante el año en curso incluye las siguientes regulaciones. Todas ellas se encuentran en etapa de preparación:

6.3.1. Normas para la implementación del Plan de Descontaminación de la Región Metropolitana:

- i) Normas de emisión para NO_x , COV y CO para fuentes estacionarias en la industria de cemento, vidrio, acero, calderas y turbinas;
- ii) normas de emisión para NO_x para revisión técnica de vehículos con convertidor catalítico, y
- iii) normas de emisión para motocicletas.

6.3.2. Revisión de normas:¹⁰

- i) Revisión de normas de emisión de material particulado (Decreto Supremo N° 4, de 1992, Decreto Supremo N° 1.583, de 1992, y Decreto Supremo N° 1.905, de 1993, todos del Ministerio de Salud);
- ii) revisión de norma primaria de anhídrido sulfuroso (Resolución 1.215, de 1978, del Ministerio de Salud, y Decreto Supremo N° 185, de 1991, del Ministerio de Minería);
- iii) revisión de norma primaria de partículas totales en suspensión (Resolución 1.215, de 1978, del Ministerio de Salud);
- iv) revisión de norma primaria de monóxido de carbono (Resolución 1.215, de 1978, del Ministerio de Salud);
- v) revisión de norma primaria de oxidantes fotoquímicos expresados como ozono (Resolución 1.215, de 1978, del Ministerio de Salud);
- vi) revisión de norma primaria de dióxido de nitrógeno (Resolución 1.215, de 1978, del Ministerio de Salud), y
- vii) revisión de normas de emisión de monóxido de carbono, hidrocarburos totales, óxidos de nitrógeno y material particulado para buses con motores diésel y vehículos pesados (Decreto Supremo N° 82, de 1993, del Ministerio de Transportes y Telecomunicaciones).

¹⁰ La revisión de las normas indicadas en los numerandos 6.3.2.i) a 6.3.2.vii) se insertan en el contexto del Plan de Descontaminación de la Región Metropolitana.

6.3.3. Norma secundaria para aguas marinas de la VIII Región del Bío Bío.

6.3.4. Norma de emisión para material particulado para la Cuenca del río Huasco:

Con fecha 26 de junio de 1998 el Consejo Directivo de la Comisión Nacional del Medio Ambiente acordó iniciar la dictación de esta norma y ordenó su inclusión inmediata en el Tercer Programa Priorizado de Normas, según aviso publicado en el *Diario Oficial* del día 11 de agosto de 1998. Con fecha 20 de agosto de 1998 se publicó en el *Diario Oficial* la Resolución Exenta N° 883, del Director Ejecutivo de la Comisión Nacional del Medio Ambiente, que dio inicio formalmente a la elaboración del anteproyecto de esta norma.

Durante el proceso de discusión del tercer programa de normas se presentaron una serie de iniciativas, que si bien no fueron acogidas, son interesantes de discutir, ya que muestran los “intereses” de los distintos proponentes (básicamente, en esta oportunidad, de los distintos servicios públicos).

Las normas que fueron propuestas son:

Tema propuesto para norma	Institución solicitante	Comentarios
1. Calidad primaria para plomo.	Ministerio de Minería	Pareciera haber influencia del tema de almacenamiento de Pb en el norte de Chile. Resulta curiosa esta propuesta, ya que la norma está en preparación desde 1987, impulsada por el M. de Salud.
2. Calidad primaria de material particulado fino, PM2.5.	Ministerio de Salud	La literatura internacional indica que los efectos en salud son generados por la fracción fina del material particulado. La EPA promulgó norma recién en 1987.
3. Norma de emisión para incineradores.	Ministerio de Salud	Los incineradores de basura están prohibidos desde hace más de 20 años en la Región Metropolitana. Se subentiende que serían incineradores industriales y que lo que debería normarse son las emisiones tóxicas, ya que la norma no está inserta en un plan de descontaminación.

(Continúa)

Tema propuesto para norma	Institución solicitante	Comentarios
4. Norma de emisión para particulado en calderas y calefactores a leña.	CONAMA IX Región	Norma que debería insertarse en un eventual plan de descontaminación.
5. Regulación para polvo fugitivo por explotación y procesamiento de áridos.	Ministerio de Obras Públicas	Norma que debería ser técnica más que de emisión.
6. Regulación para material particulado y gases generados por plantas de hormigón y asfalto.	Ministerio de Obras Públicas	Norma de emisión. Necesaria para evitar efectos locales de acuerdo con lo que se observa en los costados de los caminos.
7. Regulación para emisiones de hidrocarburos.	CONAMA, VIII Región	Norma de emisión. Es curioso que CONAMA proponga esta norma fuera del contexto de un plan de descontaminación y para compuestos sin norma de calidad ambiental.
8. Normas para MPS y metales pesados (Cu, As y Mo).	SAG	Esta norma aparece como un esfuerzo para transformar la norma que afecta el valle del Huasco a nivel nacional. No es consistente la no inclusión del hierro, ya que este elemento se encuentra regulado localmente en la III Región.
9. Calidad ambiental primaria para aguas subterráneas.	Dirección Regional de Riego, VIII Región	Importante para proteger a la población. Posteriormente permitiría regular las emisiones a las napas.
10. Calidad ambiental primaria para aguas	Ministerio de Obras Públicas y DGA	<i>Muy importante.</i> Es muy extraño que las normas de emisión hayan precedido a las normas de calidad ambiental.
11. Calidad ambiental secundaria para aguas marinas, Región de Aysén.	CONAMA, XI Región	Muy interesante que las regiones quieran gestionar sus recursos ambientales.
12. Norma de calidad ambiental secundaria para uso de masas de agua superficiales en acuicultura.	Subsecretaría de Pesca	Importante para comenzar a definir eventuales derechos de uso de los recursos.
13. Caudal ecológico.	CONAMA, VII y VIII Región y otros	Muy importante para definir eventuales derechos de uso de los recursos. Esta tarea debe ser abordada a nivel nacional con énfasis regionales.

(Continúa)

Tema propuesto para norma	Institución solicitante	Comentarios
14. Revisión NCh 1333 y 409.	SISS y Ministerio de Obras Públicas	Imprescindible la revisión y generación de normas de calidad ambiental en forma previa a la definición de normas de emisión.
15. Parámetros para regular vertidos a rellenos sanitarios.	Servicios de Salud Bío Bío, Concepción, Ñuble y Talcahuano	Norma técnica, que debería insertarse en un reglamento de tipo nacional.
16. Regulación para vertido de pesticidas.	SERNAPESCA, SAG, SEREMI de Salud, todos de la VIII Región	No queda claro si se refiere al vertido “accidental” o a una norma de emisión (las normas de RILES ya consideran estos parámetros).
17. Normativa de emisión de ondas electromagnéticas.	Departamento de EIA, CONAMA	Obviamente refleja una necesidad específica para evaluar eventuales efectos. Nuevamente es notorio que sería una norma no inserta en una calidad ambiental objetiva.
18. Normativa de ruidos para construcción, infraestructura vial u otra obra civil.	Ministerio de Obras Públicas	Normativa necesaria que entrará en vigencia próximamente, pero que podría insertarse sin problemas en la normativa existente del Ministerio de Salud, y si se considera un enfoque de gestión integrado en vez de sectorial por actividades.

7. Conclusiones

Es importante e imprescindible el papel de la CONAMA como coordinadora del proceso de generación de normas de calidad ambiental y de emisión, ya que de otro modo se produciría gran cantidad de duplicidades e incoherencia en los enfoques normativos de las distintas entidades con facultades reguladoras, como era común antes de la promulgación de la Ley N° 19.300, al margen de la coherencia que estas necesidades normativas deben guardar con la política ambiental gubernamental.

Se han propuesto normas de emisión sin referencia a normas de calidad ambiental y se están estudiando algunas no insertas en un contexto

de calidad ambiental objetiva o de un plan de prevención o descontaminación específico, lo que hace muy difícil poder generar normas de emisión que conduzcan a una gestión ambiental con sentido.

Esta situación fue detectada durante la discusión de la ley, en el sentido de que las instituciones estatales tienden a utilizar las normas de emisión fuera del contexto en que resultan verdaderamente útiles y eficaces, aplicándolas como un instrumento regulatorio en sí, sin vinculaciones con la calidad ambiental circundante, lo que constituye un error. Es más, durante la discusión de la ley se propuso que no fuera posible dictar normas de emisión sin contar previamente con normas de calidad ambiental sobre la materia, de manera que las normas de emisión solamente fueran utilizables dentro de un plan de prevención o descontaminación, pero la moción no fue aceptada.

Sin embargo, cabe rescatar que este proceso normativo no sería conocido por los futuros sujetos de la normativa, de no existir un procedimiento consagrado legalmente que obliga a la autoridad a dar una adecuada publicidad a las proposiciones normativas que van a ser elaboradas, generando así un proceso más transparente para la ciudadanía en general.

Esto permite una difusión oportuna a los sujetos normados, quienes de ese modo se informarán de las futuras directrices en materia ambiental, a fin de que puedan hacer valer sus derechos en las instancias correspondientes. Para ello basta recordar la importancia que el tema reviste para la salud de las personas y para las actividades productivas, aspectos ambos que están directamente implicados por las regulaciones provenientes de las normas de calidad ambiental y de emisión.

Obviamente el proceso de proposición de normas es un catálogo de las situaciones que cada institución o región percibe como un problema serio desde su perspectiva. Además, sin la existencia de normas de calidad ambiental y de emisión, el sistema de evaluación de impacto ambiental, también consagrado en la Ley N° 19.300, no podrá operar con la eficiencia y transparencia que tan importante instrumento de gestión ambiental requiere.

Por otra parte, se percibe que actualmente no hay capacidad para abordar el estudio de estas normas de manera seria. Faltan muchos recursos, humanos y financieros, en la CONAMA, y más aún en los servicios públicos sectoriales, para abordar el proceso normativo con informaciones y fundamentos adecuados e idoneidad profesional.

Quizás sería razonable proceder a formalizar un programa de normas de “emergencia”, que permitiera suplir parcialmente las deficiencias existentes. Estas normas estarían vigentes por un período determinado,

equivalente al plazo necesario para dictarlas de acuerdo al procedimiento preestablecido. Esto, naturalmente, requiere de cambios normativos, tanto en la Ley N° 19.300 como en el reglamento específico que regula esta materia.

Con todo, puede señalarse que el país avanza en la generación de una normativa ambiental cada vez más ajustada a sus necesidades y, en todo caso, con procedimientos que consienten la participación activa de todos los que tengan interés en hacer valer sus puntos de vista.

El sistema de generación de normas de calidad ambiental y de emisión contempla una instancia participativa, que es inherente al tema ambiental en general, y que la sociedad chilena debe acostumbrarse a ejercerla, a fin de lograr el mayor bienestar posible en la calidad de vida. En definitiva, ése es el objetivo último de la política ambiental del país, y las normas de que se trata constituyen uno de los instrumentos más eficaces e importantes para lograrlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CONAMA. "Una política ambiental para el desarrollo sustentable". Documento aprobado por el Consejo Directivo de Ministros de CONAMA en la sesión del 9 de enero de 1998.
- Katz, Ricardo; Del Fávero, Gabriel (editores). *Medio ambiente en desarrollo*. Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1993.
- , Del Fávero, Gabriel; y Sierralta, Leonel. "Bases conceptuales y marco de referencia para la elaboración de políticas ambientales en América Latina". *Estudios Públicos*, 57 (verano de 1995).
- Pérez, M. de los Ángeles. "Normas de calidad ambiental. Algunas consideraciones constitucionales y legales". En Katz y Del Fávero, *Medio ambiente en desarrollo*. Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1993. □

STEPHEN HAWKING: LA NECESIDAD DE ENTENDER EL UNIVERSO

Ricardo Baeza

El 28 de agosto de 1997, Stephen Hawking dictó una memorable conferencia en Santiago sobre la estructura del universo. El presente artículo explica algunas de las ideas básicas contenidas en esa exposición.

1. **E**l 28 de agosto de 1997 se reunieron en Santiago más de cuatro mil personas para escuchar hablar al físico teórico inglés Stephen Hawking sobre la estructura del universo. Sin duda este evento causó un impacto importante en la vida cultural chilena, y a su vez dejó de manifiesto la necesidad de llenar un vacío de grandes proporciones en nuestra vida intelectual. Es probable que las ideas presentadas por Hawking a un público tan heterogéneo no hayan sido comprendidas en su totalidad, pero sí es claro que las personas que allí se reunieron en verdad querían entenderlas.

Por esta razón, tratar de explicar algunas de las ideas expuestas por Hawking resulta sin duda interesante.

A continuación expondremos, desde el punto de vista de un no experto, lo que creemos son las ideas más básicas necesarias para que el lector no experto entienda el contenido de la conferencia de Hawking.

RICARDO BAEZA R. Doctor en Matemáticas, Universidad de Saarbrücken. Habilitación, Universidad de Saarbrücken. Miembro de número de la Academia Chilena de las Ciencias. Profesor Titular de la Universidad de Chile.

2. A comienzos del siglo 20 fueron desarrolladas dos teorías que modificaron por completo la visión del universo conformada durante los siglos anteriores y que se basaba en las ideas de Galileo, Kepler, Newton y otros. Una de estas teorías cambió el concepto del macroespacio-tiempo y fue desarrollada esencialmente por Albert Einstein, quien la llamó teoría general de la relatividad. La otra teoría, llamada mecánica cuántica, iniciada por Max Plank, A. Einstein, N. Bohr y otros, y desarrollada por Heisenberg, Schrödinger y Dirac, cambió los conceptos del microespacio-tiempo.

La teoría general de la relatividad estudia la estructura del espacio-tiempo a grandes escalas y se aplica fundamentalmente en cosmología. En esta teoría se postula que la geometría del espacio-tiempo está determinada por la materia y energía existentes en el universo. La ecuación

$$\text{Geometría} = \text{materia} - \text{energía}$$

es la base de esta teoría y sintetiza dicha idea.

Por otro lado, la mecánica cuántica trata problemas físicos a muy pequeña escala, es decir a nivel de moléculas y átomos. A diferencia de la teoría de la relatividad, que es una teoría clásica en el sentido de que los objetos están determinados por coordenadas, la mecánica cuántica no permite predecir ninguna observación en forma definitiva, sino sólo afirmar que puede ocurrir un número de diferentes sucesos y el grado de probabilidad de cada uno de ellos. Uno de los principios más básicos de la mecánica cuántica, y que la hace diferir de una teoría clásica, es el principio de incertidumbre de Heisenberg. Este principio afirma que es imposible medir simultáneamente la posición y la velocidad de una partícula. De este modo, hay siempre un factor de incertidumbre (es decir, una probabilidad) en cada suceso, lo cual afecta en forma esencial el comportamiento de la materia a pequeñas escalas. Es interesante notar que siendo Einstein uno de los precursores de la física cuántica, estas ideas le eran adversas. Podríamos decir que su posición se resume en su famosa frase: Dios no juega a los dados. Pero como lo hace notar Hawking, al parecer, Dios sí es un gran jugador (Hawking, 1988).

3. En 1887, los físicos Albert A. Michelson (1852-1931) y E. W. Morley desarrollaron un experimento fundamental que tuvo profundas consecuencias en las bases de la física al demostrar que la velocidad de la luz es la misma si se la mide en la dirección de la órbita de la tierra que si se la mide en una dirección perpendicular a esta órbita. Este resultado, que fue confirmado con gran exactitud en 1964, demostró el principio fundamental

de la relatividad, que afirma que la velocidad de la luz es la misma para todo observador que se mueve con respecto a otro con velocidad constante. El valor numérico de esta constante universal es $c = 300.000$ km/seg. Este principio está en contradicción con los principios básicos de la mecánica desarrollada por Newton, en la que el tiempo es una variable absoluta. Una consecuencia, por lo tanto, del experimento de Michelson-Morley es que hay que abandonar el concepto de tiempo absoluto en favor del que afirma que la velocidad de la luz es una constante absoluta. Basándose en este principio, Albert Einstein escribe en 1905 su primer trabajo sobre la teoría de la relatividad, a la que llamó teoría de relatividad especial, que explica el movimiento de objetos en el espacio-tiempo, pero sin involucrar la geometría del espacio-tiempo que está afectada por la presencia de objetos masivos. Es decir, la teoría especial de la relatividad no toma en cuenta los efectos gravitacionales. El intento de reformular la teoría de la gravitación de Newton dentro de los principios básicos de la relatividad especial condujo finalmente, en 1915, a una de las mayores revoluciones de la noción de espacio-tiempo: la teoría general de la relatividad.

Durante diez años (a partir de 1905) Einstein y otros físicos, como por ejemplo Abraham y Nordström, trataron de desarrollar una teoría relativista de la gravitación. Uno de los pasos fundamentales lo dio Einstein en 1907 cuando introdujo el principio de equivalencia de gravitación e inercia —aunque esto no fue suficiente para encontrar las ecuaciones del campo gravitacional—, el cual le sirvió, en 1911, para calcular la desviación de la luz bajo el campo de gravitaciones del sol, pero su resultado fue exactamente la mitad del valor correcto que se obtiene al usar las ecuaciones de la gravitación de la relatividad general. A partir de 1913, la colaboración con el matemático M. Grossman permitió a Einstein concebir el campo gravitacional como el tensor métrico de un cierto espacio riemanniano (este concepto lo describiremos un poco más adelante), y después de varios intentos, en el año 1915, al fin, presentó dos trabajos en los anales de la Academia de Ciencias de Prusia con las ecuaciones generales de la gravitación (Pais, 1982). Clásicamente, la gravedad era pensada como una fuerza que ejercían los cuerpos entre sí para atraerse. La idea básica en esta nueva teoría fue pensar que la gravedad estaba determinada por la geometría del espacio-tiempo, la cual a su vez estaba determinada por la materia y energía existentes en el espacio. Así, la gravedad resultaba ser una distorsión del espacio-tiempo causada por la materia y energía contenidas en él. Esta idea se expresa en la ecuación

$$\text{Geometría} = \text{Gravitación}.$$

Es notable el hecho de que ya en 1850 un matemático alemán, Bernhard Riemann (1826-1866), había formulado esta ecuación, estableciendo que la

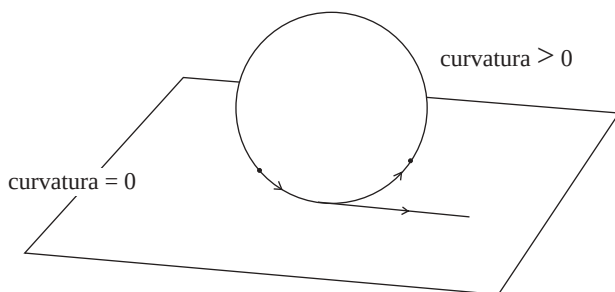
$$\text{Energía-materia} \implies \text{curvatura del espacio-tiempo}.$$

Esta idea es tal vez una de las más revolucionarias en la historia de la ciencia. De ella se desprenden las ecuaciones que determinan la dinámica de las galaxias, predicen la existencia de hoyos negros y del Big-Bang (gran explosión), el cual se interpreta como el origen del universo.

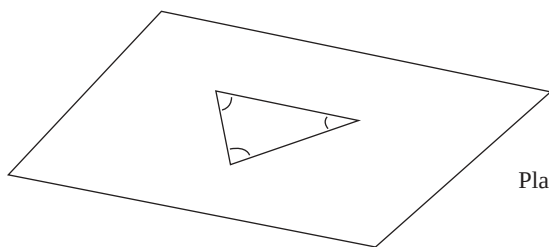
Volveremos más adelante sobre este tema.

Riemann dio un paso trascendental, rompiendo con más de 250 años de dominio de las ideas de Newton, al proponer que la noción de fuerza (y gravedad) es consecuencia de la geometría del espacio. Es la curvatura del espacio la que nos fuerza a movernos de cierta manera.

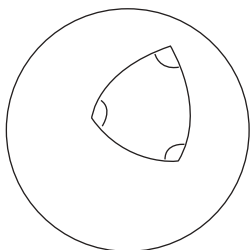
Pensemos en un ser que vive sobre una esfera. Riemann se dio cuenta de que tal ser pensaría que su mundo es totalmente plano, pues su cuerpo también estaría curvado y, por lo tanto, no vería que la esfera es curva (como lo haríamos nosotros si observamos desde afuera de la esfera). Si este ser tratara de escapar de la esfera, por ejemplo a lo largo de una recta tangente, entonces experimentaría una “fuerza” que lo obligaría a permanecer sobre dicha esfera. Esta “fuerza” que lo obliga a permanecer sobre la esfera es precisamente consecuencia de la curvatura de ella.



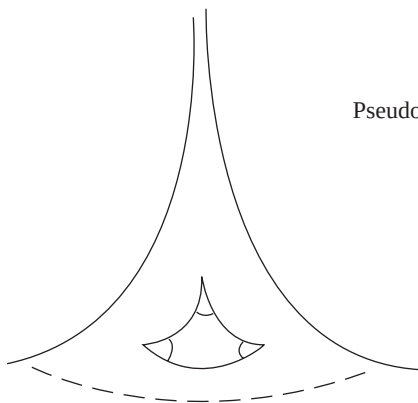
La curvatura de un objeto geométrico es un número que mide cuán curvo es este objeto. Por ejemplo, un plano tiene curvatura 0, una esfera de radio $r > 0$ tiene curvatura $1/r$ y la curvatura de una pseudoesfera es -1 :



Plano, curvatura = 0



Esfera de radio r , curvatura $= \frac{1}{r} > 0$



Pseudoesfera, curvatura < 0

La geometría de estos tres objetos es completamente diferente. Sobre un plano, la suma de los ángulos interiores de un triángulo es siempre 180° y las rectas paralelas nunca se cortan. Sobre una esfera, la suma de los ángulos interiores de un triángulo es siempre mayor que 180° y las líneas paralelas se cortan. Sobre una pseudoesfera, la suma de los ángulos internos es siempre menor que 180° .

La idea de Riemann era poder estudiar todos estos casos dentro de un concepto general de espacio. Por ejemplo, sobre una superficie se puede asociar a todo punto una colección de tres números g_{11} , $g_{12} = g_{21}$, g_{22} , llamados “tensor métrico”, los cuales definen la manera de medir distancias sobre la superficie y a su vez describen completamente la manera de curvarse de esta superficie. El tensor métrico (g_{11} , g_{12} , g_{22}) es lo que un físico llamaría un campo. Un campo es una colección de números definidos en cada punto del espacio, los cuales describen un objeto físico, como por ejemplo una fuerza que se ejerce sobre cada punto. El campo eléctrico o el campo magnético son también ejemplos de este concepto. La idea de Riemann fue introducir una colección de números asociados a cada punto del espacio, los cuales describen la forma como se curva el espacio. Este campo (tensor métrico) determina la geometría del espacio, su curvatura, y por lo tanto, en el caso del espacio-tiempo, la “fuerza” que el espacio ejerce sobre los objetos que se mueven en él. En resumen, este campo es simplemente lo que llamamos campo gravitacional. Sin duda Riemann reconoció la significancia de esta idea, pero no logró descubrir las condiciones o restricciones que deben satisfacer los componentes g_{ij} (en este caso i, j recorren los números 1, 2, 3, 4 y por lo tanto hay 10 componentes) para describir la geometría del espacio-tiempo. En efecto, estas restricciones fueron encontradas por Einstein en 1915 y son lo que llamamos las ecuaciones de la gravitación.

Es curioso el hecho de que cinco días antes que Einstein presentara a la Academia de Prusia su trabajo fundamental que contenía estas ecuaciones, David Hilbert, uno de los matemáticos más distinguidos de esa época, expuso a la Academia de Göttingen un corto trabajo sobre fundamentación de la física matemática, en el cual, basándose en principios muy generales (principios variacionales), deduce las mismas ecuaciones de la gravitación. Recomendamos el excelente libro de Abraham Pais (1982) para informarse sobre esta controversia.

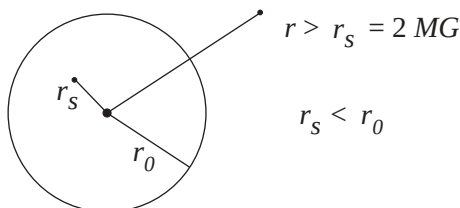
De esta manera, fuera de crear el marco matemático adecuado para desarrollar parte de la física del siglo veinte, es decir, para introducir los espacios geométricos que hoy llamamos espacios riemannianos, también interpretó el concepto de gravedad como un campo definido

sobre estos espacios, el cual determina cuán curvo es el espacio. Este campo se llama el tensor métrico.

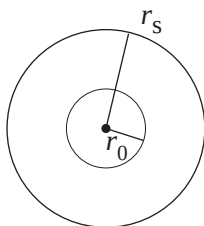
4. La primera solución explícita de las ecuaciones de la gravitación de Einstein no se dejó esperar y fue encontrada por el físico matemático alemán K. Schwarzschild (1873-1916) en 1916, casi dos meses después que Einstein las publicara. Es interesante destacar las circunstancias difíciles bajo las cuales Schwarzschild desarrolló su trabajo: durante la primavera y el verano de 1915 sirvió en el ejército alemán en el frente ruso. En ese período contrajo una enfermedad mortal y murió el 11 de marzo de 1916, poco antes que apareciera su trabajo con la solución a las ecuaciones de Einstein. Fue durante su enfermedad, mientras permanecía en el hospital, que Schwarzschild escribió sus dos trabajos sobre relatividad. La solución presentada por él considera el caso del campo gravitacional que desarrolla un cuerpo con simetría esférica. Ya esta solución presenta una de las características fundamentales de la teoría de la relatividad general, la cual consiste en predecir la existencia de singularidades, es decir, regiones del espacio donde la teoría deja de ser válida. Al final de este artículo trataremos de explicar mejor esta noción, pero por el momento nos conformaremos con decir que las soluciones de las ecuaciones de la gravitación no están definidas en ciertas regiones o puntos del espacio, o también que predicen que la curvatura del espacio se hace infinita en ciertos puntos. Matemáticamente, la solución de Schwarzschild, que representa el campo gravitacional determinado por un objeto con simetría esférica, afirma que la métrica del espacio-tiempo es

$$g_{11} = -\left(1 - \frac{2MG}{r}\right), \quad g_{22} = \left(1 - \frac{2MG}{r}\right)^{-1},$$

etc., donde M es la masa del cuerpo, r la distancia al centro de él y G una constante universal. De inmediato vemos que estas fórmulas no están definidas en $r = 0$, así como tampoco en $r = 2MG$. Este último valor $r_s = 2MG$ se llama radio de Schwarzschild y es, en general, mucho menor que el radio r_0 del objeto que produce el campo gravitacional,



De modo que en general el problema de si están o no las expresiones g_{11} , g_{22} bien definidas es irrelevante, pues siempre se calculan para $r > 2MG$. El caso $r = 0$ ó $r < 2MG$ fue desechado por Einstein argumentando que no era físicamente relevante y que la solución de Schwarzschild es válida sólo para $r > 2MG$. De esta manera, Einstein y otros físicos de la época perdieron la oportunidad de reconocer (teóricamente) el primer hoyo negro. Si suponemos que el objeto de masa M tiene radio $r_0 < 2MG$



entonces la situación dentro de la región $r < 2MG$ es completamente distinta a la región $r > 2MG$. Los sucesos que ocurren dentro de $r < 2MG$ están completamente incomunicados con el exterior $r > 2MG$. En particular, todo rayo de luz que se emita dentro de la región $r < 2MG$ no puede cruzar el límite de $r = 2MG$ y permanece dentro de ella. Es por eso que esta región no se puede ver desde el exterior y recibe el nombre de hoyo negro. Es curioso el hecho de que la idea de que existan hoyos negros es bastante antigua. En 1783 un profesor de Cambridge, John Mitchell, publicó un artículo en el *Philosophical Transaction of the Royal Society*, donde afirma que una estrella con una masa suficientemente grande y un radio pequeño generaría alrededor de ella un campo gravitacional tal, que la luz que ella emita no podría escapar de este campo y sería absorbida de nuevo, de modo que desde lejos esta estrella no se podría ver y sería por lo tanto un hoyo negro. Pocos años después, en 1798, Laplace publicó una demostración matemática de esta afirmación (ver Apéndice de Hawking-Ellis, 1973). Obviamente, los argumentos usados por Laplace se basan en la mecánica de Newton, que, como hemos mencionado, está reñida con uno de los principios básicos de la relatividad, a saber, que la velocidad de la luz es una constante absoluta. Sin embargo, es notable que en ambas teorías la noción de hoyo negro tiene sentido. Pero la gran diferencia es que la teoría de la relatividad implica la existencia de ellos! Así, tenemos dos maneras de considerar un hoyo negro. Por un lado, tal como lo hicieron Mitchell y Laplace, la fuerza de atracción que ejerce una estrella muy masiva sobre un rayo de luz que emite es tan grande que lo obliga a doblarse y lo hace girar en torno a ella o a volverse hacia ella. Por otro lado, usando los principios

de la relatividad general, se deduce que la geometría alrededor de una estrella masiva es tal que el espacio se curva, de manera que todas las posibles trayectorias dentro de esta región quedan en ella, y así esta parte del espacio se “desconecta” del resto del espacio.

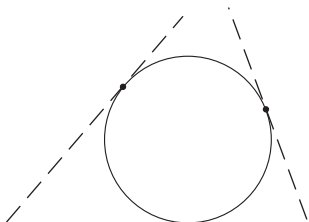
¿Cómo puede formarse una estrella con estas características?

En 1939 el físico norteamericano Robert Oppenheimer (junto con H. Snyder) publicó un trabajo con el título “On continued gravitational attraction” (Oppenheimer, 1939), donde ya en el resumen se anuncia: “Cuando todas las fuentes de energía termonuclear se acaban, una estrella suficientemente masiva colapsa. Entonces empieza una contracción de ella que continuará indefinidamente”. En realidad, este trabajo es el comienzo de la era de los hoyos negros, aunque ese nombre les fue asignado muy posteriormente por el físico John A. Wheeler. Una estrella se mantiene estable cuando hay un balance de dos tipos de fuerzas: una, la gravedad, trata de comprimir la estrella debido a la atracción entre las partículas que la componen, y la otra, la fusión nuclear, trata de hacer explotar la estrella liberando grandes cantidades de energía. Pero si, tal como lo afirma Oppenheimer, la energía nuclear de una estrella se agota y la estrella queda formada sólo de neutrones, entonces la fuerza gravitacional entre las partículas que la componen es de tal magnitud que ella se comprime cada vez más. Si su radio se hace cada vez más pequeño y resulta ser menor que $2MG$, donde M es la masa de la estrella, entonces se ha producido un hoyo negro (Kaku, 1994).

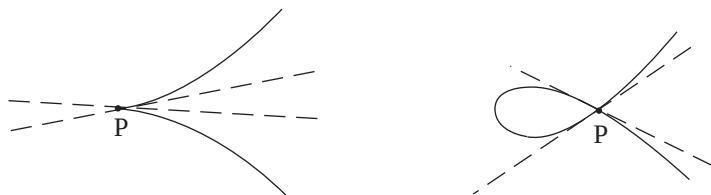
5. La solución de Schwarzschild comentada anteriormente nos muestra un ejemplo de lo que llamamos una singularidad del espacio-tiempo. La palabra “singularidad” es, para un matemático, en general, sinónimo de que los conceptos que se están tratando dejan de estar bien definidos, ya sea porque aparecen expresiones que toman valores infinitos, como es el caso de

$$1 - \frac{2MG}{r} \quad \text{para } r = 0,$$

o porque algún objeto que tenía un comportamiento regular deja de pronto de tenerlo. Por ejemplo, pensemos en la noción de tangente a una curva. La siguiente curva (círculo) tiene una tangente bien definida en todas partes



y en este caso diremos que un círculo es una curva no singular. Sin embargo, si consideramos las siguientes curvas:



vemos que ellas no tienen *una* tangente bien definida en el punto P . Es por esta razón que se dice que son singulares (en el punto P). Los físicos también han extendido la noción de singularidad para expresar situaciones donde una teoría física deja de ser válida. En general las soluciones de las ecuaciones de la gravitación que se obtienen suponiendo algún grado de simetría del espacio siempre conducen, tal como lo muestra la solución de Schwarzschild, a una singularidad. Hasta los años sesenta muchos físicos teóricos creían que la existencia de singularidades era una consecuencia de las hipótesis de simetría que se imponían al espacio-tiempo con el fin de obtener soluciones exactas. Sin embargo, los espectaculares resultados a que llegaron en los años siguientes Roger Penrose y S. Hawking condujeron a dejar de lado esta creencia. En esencia, esos resultados afirman que bajo hipótesis muy generales sobre el espacio, como por ejemplo que haya suficiente materia en él, *toda* solución de las ecuaciones de la gravitación necesariamente implica la existencia de singularidades. Sin embargo, aquí el término singularidad es mucho más sutil y tiene un sentido más amplio que no implica, por ejemplo, que en el espacio-tiempo, en alguna región, la curvatura sea infinita. Por singularidad entendemos aquí el hecho de que en el espacio-tiempo existe una trayectoria (historia de un suceso) que necesariamente tiene un comienzo o un fin (o ambos) en tiempo finito. La existencia de estas trayectorias se obtiene, tal como lo mencionamos, bajo hipótesis muy generales sobre el espacio-tiempo, y la demostración se basa en resultados profundos de geometría y topología diferencial. El físico S. Chandrasekhar arribó a un resultado, que fue uno de los antecedentes de los teoremas sobre singularidades, con el cual demostró que, bajo hipótesis

un poco más restringidas que las de Penrose-Hawking, toda geodésica (historia de un suceso) en un espacio-tiempo donde se cumplen las ecuaciones de Einstein tiene un comienzo en tiempo finito. Este comienzo se puede interpretar como la existencia del Big-Bang (gran explosión). La idea del Big-Bang ya se había originado cuando, en los inicios de la teoría de la relatividad, se pudo demostrar experimentalmente que las estrellas se separan unas de otras a velocidades fantásticas. Se puede verificar este aserto midiendo la distorsión de la luz emitida por las estrellas, llamada desviación al rojo, pues la luz emitida por una estrella que se aleja de nosotros tiende a moverse hacia longitudes de onda más largas, es decir hacia el rojo de su espectro. Esto se llama efecto Doppler y fue anunciado en 1929 por el astrónomo Edwin Hubble. Otra evidencia de la existencia del Big-Bang, y tal vez la más importante, es el eco cósmico de la gran explosión, que se traduce en una permanente radiación en microondas que se puede medir en todas partes. La idea de que el eco del Big-Bang debería estar presente en todo el universo después de billones de años de la gran explosión fue enunciada, en base a cálculos teóricos, por el físico G. Gamow y su colaborador R. Alpher en el año 1948. Su predicción de que este eco debería notarse como una radiación (en forma de fotones) a una temperatura levemente superior sobre el cero absoluto no fue tomada en serio en esa época.

Hasta 1964 no se hicieron intentos para medir esta radiación. Fue entonces cuando los físicos Robert Dicke y J. Peebles (en Princeton) empezaron a repensar las antiguas ideas de Gamow y sus colaboradores. En forma simultánea, y por casualidad, A. A. Penzias y R. W. Wilson (ambos de los Laboratorios Bell) descubrieron con su detector de microondas una misteriosa radiación en microondas que estaba presente en todas partes y en forma constante. Al principio pensaron que se trataba de interferencias causadas, por ejemplo, por depósitos hechos por pájaros. Pero después de desarmar la antena y limpiarla, el ruido permaneció intacto. Al informarse de que Dicke y Peebles estaban realizando experimentos para medir la supuesta radiación cósmica de fondo predicha por Gamow, Wilson y Penzias se percataron de la importancia del descubrimiento que habían hecho. Se cuenta que habrían dicho: “O hemos visto un montón ... de pájaros o la creación del universo”. Las mediciones de Penzias y Wilson coinciden casi exactamente con lo predicho por Gamow y corresponden a la radiación de un cuerpo negro de alrededor $3\text{ }^{\circ}\text{K}$ ($0\text{ }^{\circ}\text{K} = -273\text{ }^{\circ}\text{C}$). Recientes mediciones hechas con el satélite COBE (Cosmic Background Explorer) han confirmado ampliamente este resultado. De este modo, el Big-Bang es la singularidad más espectacular predicha por la teoría de la relatividad. Recomendamos al lector el espectacular libro de S. Weinberg (1988) para informarse más sobre el comienzo del universo.

Uno de los problemas fundamentales que se presentan para la teoría general de la relatividad es que alrededor de una singularidad las leyes de esta teoría dejan de ser válidas. A escalas muy pequeñas, alrededor de 10^{-33} cm, son otras las leyes que entran en juego y así uno de los problemas más excitantes de la física teórica en la actualidad es poder unificar la teoría de la gravitación con la mecánica cuántica. Este objetivo está todavía lejos de ser alcanzado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hawking, S. W.; Ellis, G. F. R. (1973). *The Large Scale Structure of Space-Time*. Cambridge University Press.
- (1988). *A Brief History of Time*. Nueva York: Bantam Books.
- (1993). *Black Holes and Baby Universes and Other Essays*. Bantam Books.
- Kaku, M. (1994). *Hyperspace*. Andior Books, Doubleday.
- Oppenheimer, I. R.; Snyder, H. (1939). "On Continued Gravitational Contraction". *Phys. Rev.*, 56, pp. 455-459.
- Pais, A. (1982). *Subtle Is the Lord: The Science and the Life of Albert Einstein*. Oxford University Press.
- Weinberg, S. (1988). *The First Three Minutes: A Modern View of the Origin of the Universe*. Nueva York: Basic Books. □

Mario Vargas Llosa: *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*

(México: Fondo de Cultura Económica, 1996)

MARIO VARGAS LLOSA:
LA UTOPIÍA ARCAICA. JOSÉ MARÍA ARGUEDAS
Y LAS FICCIONES DEL INDIGENISMO

Carlos Cousiño Valdés

El enorme talento narrativo de Mario Vargas Llosa le permite conseguir en *La utopía arcaica* un logro al alcance de pocos: hacer entretenido un libro sobre José María Arguedas y el indigenismo peruano. Lo que sí no puede, ya que los milagros están reservados a los santos y no a los escritores, es darle altura intelectual al indigenismo. Pero tampoco es ese el propósito del libro. Su aproximación al tema es original y atractiva: ver el mundo andino como materia prima generadora de ficciones literarias e ideológicas. Es una perspectiva entusiasmante que bien podría extenderse a todo el continente iberoamericano. Todas aquellas elucubraciones que se inician con aquélla del “buen salvaje” hasta culminar en las desenfrenadas fantasías de nuestros pintorescos hibridistas y posmodernistas, muestran que la cantera ficcional de América Latina está lejos de haberse agotado.

La utopía arcaica está construida mediante el entrelazamiento de tres grandes temas: la biografía de José María Arguedas, el análisis de su obra literaria y la historia intelectual del indigenismo peruano. En todos

CARLOS COUSIÑO VALDÉS. Sociólogo, Universidad Católica de Chile. Doctor en Sociología, Universidad de Erlangen-Nuremberg. Ex director del Instituto de Sociología de la Universidad Católica. Profesor del Instituto de Sociología y de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Chile. Autor, en otras publicaciones, de *Die Verwaisung Lateinamerikas* (Fink Verlag München, 1984); *Razón y ofrenda* (Cuadernos Instituto de Sociología, 1990) y *Politización y monetarización en América Latina*, en colaboración con Eduardo Valenzuela (Cuadernos Instituto de Sociología, 1994).

Estudios Públicos, 72 (primavera 1998).

estos ejes hay un proceso de degradación, de decaimiento. Arguedas es presa de profundas depresiones que lo llevan a terminar con su vida de un tiro. Su obra literaria también va perdiendo calidad y, si su obra final conserva algún valor, éste parece que le viene dado en buena parte por el sangriento eco del balazo que puso fin a su vida. También la corriente intelectual del indigenismo va perdiendo fuerza en virtud de su cada vez más patente incapacidad para dar cuenta, aunque no sea sino mínimamente, de la realidad social del Perú.

Pero vamos por partes. El gran tema es el mundo andino y su capacidad para generar ficciones literarias e ideológicas. En términos literarios, la preocupación de Vargas Llosa se centra en Arguedas y en breves menciones a la obra de Ciro Alegría. En términos ideológicos, el libro tiene un alcance más vasto, al punto que cubre buena parte de la reflexión intelectual sobre el Perú durante el siglo XX, excluyéndose tan sólo un análisis de la tradición hispanista (aunque se la menciona) como así también la obra del historiador Pablo Macera. Ambas exclusiones quizás justificadas por ser más cercanas al Perú costeño.

El mundo andino que explora Vargas Llosa tiene algunas características objetivamente especiales, que nuestro autor olvida resaltar debidamente. Primero que nada es un mundo geográficamente aislado o, más moderadamente, un lugar de difícil acceso. Esto se tradujo en una menor presencia de los aparatos de administración estatal. Por otra parte, la sierra fue un mundo social donde la gravitante institución de la hacienda tuvo menor vigencia que en la costa peruana. Ello determinó algo de medular importancia: fue una zona donde la figura del patrón estuvo relativamente ausente. Esta ausencia de Estado y de patrón permitió que se desplegara en el mundo andino un sistema de explotación basado en la injusticia y la arbitrariedad, que queda bien ilustrado en lo que fue la figura del “gamonal”. Mencionemos también que es un mundo más pobre, basado en una economía de comunidades indígenas situadas en el borde mismo de la autosubsistencia. Por último, y en virtud de todos estos factores, se trata de un mundo donde se preservó de manera más permanente la cultura indígena. Pero aquí es necesario aclarar inmediatamente que esa cultura indígena preservada tiene ya la forma de una cultura evangelizada. Este punto, que Vargas Llosa olvida destacar (¡vaya olvido!), es precisamente el que explica que el indigenismo no sea sino una ideología vacía.

El indigenista *par excellence* es el historiador peruano Luis Valcárcel. Desde *Tempestad en los Andes* hasta *Ruta cultural del Perú*, este autor establece el marco de un indigenismo cultural y racial, que se contrapone a aquél de otros autores, como Mariátegui, que formulan un indigenismo de

matriz más social sirviéndose de la teoría marxista de las clases. Para Valcárcel no hay clases sino razas, no hay diferencias sociales sino culturales. Éste es el modelo puro del indigenismo “utópico y arcaico”. Es utópico en tanto el mundo inca reconstruido por Valcárcel sólo existe en su imaginación. Es en este sentido un buen ejemplo de esas ficciones ideológicas que Vargas Llosa persigue exponer. Refiriéndose a Valcárcel, escribe Vargas Llosa:

¿Por qué era feliz la sociedad inca prehispánica? Porque en ella el Estado benévolo tomaba a su cargo la satisfacción de las necesidades de todos los súbditos, quienes, dóciles y diligentes, se plegaban a los designios planificadores del poder centralizador y filantrópico, paternalista y tolerante, que actuaba guiado sólo por el bienestar de la comunidad. Ésta era étnicamente homogénea —el destabilizante factor racial de la mezcla que produjo a los mestizos “turbulentos, tornátiles, sin escrúpulos”, aún no había tenido lugar— y de naturaleza gregaria. No existía el individuo sino el grupo y no era el espíritu mercantil el que orientaba el trabajo sino principios altruistas y religiosos, de servicio a la comunidad. Como no existía la propiedad privada, sólo la comunal y estatal, el Incario estuvo exento de la inevitable lacra que acompaña a aquella institución cuando la riqueza deja de ser social y se convierte en patrimonio de los individuos: la explotación del hombre por el hombre. Por eso entre los incas no hubo amos ni esclavos, ni rentistas ni parásitos sociales: todos trabajaban y del trabajo colectivo resultaba el bien común (p. 170).

Esta imagen de una sociedad homogénea, piadosa, justa, laboriosa e igualitaria, podría generar la idea de un paraíso asexual. Otro indigenista, Castro Pozo, tomó las medidas para sexualizar este edén, haciéndolo eso sí un tanto promiscuo y, por ende, no del todo atractivo:

No existía aún la familia monogámica, y, en tal estado de correlación sexual, este instinto no engendraba la pasión de los celos, y una mujer era la hermana y hembra de todos los hermanos del clan, así como los varones eran los hermanos y maridos de todas y cada una de sus hermanas (citado por Vargas Llosa, p. 125).

Con toda razón Vargas Llosa califica esto como mítico y utópico. Ese no fue, ni de cerca, el mundo inca. Nuestro autor lo hace ver con sobrada evidencia:

Esta descripción de aquel paraíso perdido no es histórica, pese a que quien escribe sea un historiador (Valcárcel): es ideológica y mítica.

Para hacerla posible, ha sido necesaria una cirugía que eliminara de aquella sociedad perfecta todo lo que podía afearla o atentar contra su perfección: los sacrificios humanos, por ejemplo, práctica generalizada desde mucho antes del Incario y que durante éste dio origen a rituales como el de la capacocha, en que se inmolaba a gran número de niños procedentes de todo el imperio, sobre lo que Valcárcel no dice palabra. Tampoco menciona las abrumadoras evidencias de los pueblos sojuzgados por los incas que, precisamente porque se sentían oprimidos, se apresuraron a servir a los conquistadores españoles contra sus opresores, como ocurrió con los huancas y los chancas de la región central andina, ni las feroces guerras intestinas como la que tenía lugar, por razones de sucesión dinástica, en el momento mismo de la llegada de Francisco Pizarro y su hueste a las playas de Tumbes, y que, como comprueban los primeros españoles que cruzan los Andes y llegan al Cusco, había sembrado literalmente el Tahuantinsuyo de cadáveres. Tampoco se refiere a los muy eficaces pero crueles métodos de control de población que servían al poder para prevenir la rebeldía, como el de los mitimaes, trasplantes masivos de poblaciones a regiones apartadas, donde se sentían desambientadas y eran por lo tanto más fáciles de manejar (p. 171).

Este falseamiento de la historia por el indigenismo le otorga su rasgo utópico. Esta utopía es a su vez arcaica, ya que busca perpetuar una “sociedad cerrada”, “tribal”, enteramente clausurada a los valores que pone en marcha el mundo moderno.

Esta obra de ficción utópica no es nada despreciable, y, por mucho que algunos de nuestros historiadores latinoamericanos se hayan empecinado en proporcionarnos obras de alucinante imaginación (cuando no nos hunden en un mar de datos archivísticos sin perspectiva), es difícil creer que esta construcción no tenga filiación conocida. La paradoja que hace notar Vargas Llosa es que, precisamente, esta utopía indigenista es profundamente occidental. Que sus orígenes se encuentran en “la tradición utópica clásica y renacentista de la que se nutrió el Inca Garcilaso de la Vega” (p. 171), inspirador reconocido de esta utopía andina.

Ahora bien, un aspecto que olvida Vargas Llosa es que una ficción utópica no es capaz de fundar un proyecto ideológico de transformación de la sociedad al menos que se pueda mostrar una cierta vigencia del mundo prehispánico, por distinto que éste haya sido del constructo utópico, en el Perú del siglo XX, es decir, en la sociedad que se busca transformar. Es aquí cuando la ficción debe aliarse con la “ciencia social” y el escritor abanderizarse. De sobra está decir que éste ha sido el momento crítico de los grandes escritores latinoamericanos, aquel en el cual se ha puesto generalmente en evidencia el marcado contraste entre la genialidad literaria y la

tosquedad ideológica. Arguedas no es una excepción a este patrón. El literato aparece como sociólogo, rol este que lo llevará incluso a dirigir un instituto universitario de Sociología.

La ideologización de la utopía indigenista se realiza en dos movimientos. El primero consiste en vincular el comunitarismo, ya descrito de la ensoñación incaica, con el socialismo moderno, cuando no directamente con el marxismo. Audaz maniobra que establece una comunidad de intereses entre los miembros de una sociedad arcaica y aquéllos de la más moderna de las clases sociales: el proletariado nacido de la revolución industrial. El segundo paso consiste en demostrar que los valores y la cultura del mundo andino prehispánico están aún presentes en el Perú del siglo XX. Este segundo paso se realiza de la mano del examen de un mito y de una rebelión: del mito de Inkari y de la rebelión del Taqui Ongoy. De lo que se trata aquí es de demostrar que el mundo cultural andino prehispánico está vivo. No es cosa de decidir si el Incario fue un paraíso o un infierno, tan sólo es cuestión de evidenciar que ese mundo cultural no fue destruido por la evangelización. De por sí es ya interesante el hecho de que esto deba ser demostrado. Ello indica, al menos, que no se trata de algo evidente por sí mismo. Veamos cuáles son los vehículos de esta demostración. Primero el mito de Inkari:

Inkari es un híbrido de la palabra quechua inca y la española rey, y el mito, en la versión más extendida, se refiere a él como a un dios primero, y a veces segundo o derivado o instrumento de un supremo dios, capaz de detener al sol y a los vientos, fundador de cuanto existe —y sobre todo del Cusco, para lo cual lanzó una barreta de oro desde la cumbre de una montaña— que fue apresado por el rey español, martirizado y decapitado. Su cabeza fue llevada a la antigua capital del Incario. Pero ella no ha desaparecido. Está viva, enterrada, y, discretamente, a partir de ese cráneo el cuerpo de Inkari se va reconstituyendo dentro de la tierra. Cuando su ser entero se haya rehecho, Inkari volverá al mundo y tendrá lugar el juicio final [...]. El mito de Inkari ilustra este arraigo de la fe religiosa en el mundo concreto de lo social y de la historia: el trauma de la Conquista y la destrucción del Incario se personifican en la mutilación física y desmembramiento del dios creador, y el rencor y la amargura del pueblo sometido se proyectan en la esperanza de su secreta reconstitución y en la profecía del retorno a la tierra del dios derrotado para hacer justicia y redimir a los oprimidos (p. 162).

Dejando de lado los eventuales elementos de sincretismo religioso que aquí puedan evidenciarse, me interesa destacar un par de aspectos. Primero la idea de un “Perú profundo” que, como todo lo profundo, su-

puestamente expresa mejor la verdad y la realidad. En el mito de Inkarrí se encierra la idea de que el mundo inca está aún presente en la cultura andina, y que esa presencia es tan fuerte que se expresa como un proyecto de liberación social y cultural respecto del mundo hispánico-católico.

Cómo no ver aquí, en este dios enterrado en las profundidades, cuyo mito Arguedas fue de los primeros en recoger y analizar, una directa referencia al título de la mejor obra de Arguedas: *Los ríos profundos*. Para que la ideología indigenista tenga alguna plausibilidad hay que hurgar en las profundidades. Y esas profundidades son aquellas que se encuentran bajo un mundo andino cristianizado. Bastará con demostrar que aquella inmersión de la cultura real hacia las profundidades es consecuencia de la brutal opresión política y cultural ejercida por el mundo hispánico y católico, para que todo esté preparado para una revolución andina que suprima las iniquidades y devuelva a sus habitantes su identidad cultural. Para ello sirve el análisis de la rebelión del Taqui Ongoy. Pero antes de pasar a ella consideremos un factor importante. Las versiones del mito de Inkarrí deben ser previamente desnaturalizadas para poder servir ideológicamente de ellas. Este mito es de naturaleza claramente milenarista: él no contempla una posibilidad histórica sino enteramente transhistórica. El juicio no inaugura una fase histórica, sino que es un “juicio final”. Notemos, pues, que este mismo mito expresa claramente la idea de que la reconstitución de la cultura andina prehispánica no es posible en la historia.

Volvamos al movimiento del Taqui Ongoy. Se trata aquí de una rebelión indígena que se inicia en Ayacucho hacia 1560 y se extiende hasta Lima, Cusco y Arequipa, prolongándose por unos cuarenta años.

Se trata de un verdadero levantamiento religioso —la rebelión de las “huacas”— contra el Dios y las creencias de los conquistadores, un retorno al culto prehispánico. Las huacas (recintos o dioses indígenas) han resucitado y van a destruir los templos y a los santos cristianos que las habían invadido y deshecho [...]. Los seguidores del Taqui Ongoy buscaban los restos de los santuarios indígenas derribados por los misioneros y, una vez hallados, hacían en ellos los mismos sacrificios que antaño (pp. 247-248).

El movimiento del Taqui Ongoy fue reprimido con severidad, incluyendo penas de reclusión y azotes a los que se agregaba la humillación de la trasquilación. Para los fines de la ideología indigenista este movimiento, de carácter religioso, acontecido más de dos siglos atrás, permitía levantar la esperanza de una cultura indígena viva pero sumergida a raíz de la represión.

Con Vargas Llosa podemos coincidir en que los rasgos utópicos y arcaicos de la ficción indigenista provienen del Inca Garcilaso y se actualizan en Valcárcel y sus seguidores. Sin embargo, para que el indigenismo se transforme en ideología es necesario que éste desentierre una cultura supuestamente viva, apresada en la forma de una cultura andina evangelizada. En esto consiste la ceguera, la perversión incluso, del indigenismo: en atribuirle a su sujeto histórico características que no le corresponden o, mejor dicho, en olvidar que los sujetos son históricos y que trescientos años de evangelización no pasan en vano.

La operación llevada a cabo por el indigenismo y reconocible en la obra de Arguedas es simple: identificar a la Iglesia con un aparato de dominación sin reconocerle presencia cultural. La Iglesia, los curas, aparecen del lado del gamonal, del explotador, siendo incluso peores que ellos. “Ni el gamonal que explota al indio, ni el soldado que lo reprime, son tan duramente retratados en *Los ríos profundos* como el cura que inculca la resignación a las víctimas y combate la rebeldía con dogmas” (p. 190). Habrá que esperar al P. Gustavo Gutiérrez y su Teología de la Liberación para que esta imagen de la Iglesia y de los curas se transforme, esta vez en su contrario.

El mundo andino de Arguedas

Matizando en parte las tesis radicales de un indigenismo valcarceliano, Arguedas aparece fundamentalmente como un preservador. Lo que busca mantener son las virtudes que él encuentra en la cultura indígena que le tocó vivir y conocer cabalmente. Su utopía no es el mundo indígena prehispánico, sino una construcción ficcional a partir del mundo serrano existente. En esto reside precisamente uno de los grandes valores de la obra literaria de Arguedas para Vargas Llosa: “La originalidad de Arguedas consistió en que, al tiempo que parecía describir la sierra peruana, realizaba una superchería audaz: inventaba una sierra propia” (p. 87). Pero aquí aparece nuevamente, en una versión modificada, el problema del indigenismo: mientras éste eleva a proyecto histórico la realización de una utopía salida de las fantasías de un grupo de intelectuales, Arguedas aparece como un conservador que busca perpetuar un mundo originado en su creatividad literaria.

La sierra arguediana aparece como un mundo en blanco y negro; sin mayores matices. De partida se perfila como lo bueno en contraposición al mundo de la costa. Pero su bondad se reduce al elemento indio. Todo el resto de las razas que la componen, en especial el blanco o mestizo, el

gamonal, aparecen como la culminación del mal. La pureza del indio, desde la sexual hasta la ecológica, se contrapone a la corrupción del resto. Corrupción o depravación que también va desde la sexualidad hasta la relación con el mundo natural, pasando obviamente por la crueldad en el trato con las personas. Los valores indígenas son arcaicos: colectivismo, “conciencia colectiva”, y se oponen a aquellos modernos (individualismo, mercado, industria, comercio) de donde provienen todos los males.

Este mundo de opuestos es poblado por Arguedas de un vasto número de personajes que se comunican en una lengua nacida también de las transformaciones creativas que el autor introduce en el castellano y el quechua.

Desde la lengua hasta la realidad social, todo ha sido cambiado por Arguedas para “inventar” su propia sierra. Y ello es precisamente lo que Vargas Llosa más aprecia de su obra, especialmente de *Yawar Fiesta* y de *Los ríos profundos*.

Mi supuesto es que entre realidad y ficción hay la incompatibilidad que separa la verdad de la mentira (y la complicidad que las enlaza, ya que la una no puede existir sin la otra), que una novela nace como rechazo de un modelo real y que su ambición es alcanzar la soberanía, una vida autónoma distinta de la que parece inspirarla y que finge describir. Para mí, lo genuino de una ficción no es lo que la aproxima sino lo que la aparta de lo vivido, la vida sustitutoria que ella inventa, aquel sueño, mito, fantasía o fábula que su poder de persuasión y su magia verbal hacen pasar por realidad (p. 127).

La sierra de Arguedas es un mundo de iniquidades sociales que se expresan privilegiadamente en la figura del gamonal. Éste es, básicamente, un explotador que se sirve del escaso producto del trabajo indígena para comercializarlo en su favor. Es un personaje violento y arbitrario. Un ser que carece de toda legitimidad en el ejercicio de su poder. En este sentido su figura contrasta con aquella del patrón hacendal, el que si bien profitaba del trabajo de otros, gozaba, sin embargo de legitimidad. El mismo Arguedas, tan poco amigo de los matices, es capaz de hacer esta diferencia: entre el patrón, católico y tradicionalista, preocupado por la pureza de “sus” indios ya que de ello depende su salvación, y aquellos que “no son señores, sino gamonales, vampiros que succionan a sus indios” (p. 256).

La diferencia no es intrascendente. Es probablemente la diferencia social más significativa entre la sierra, mundo de gamonales, y la costa, marcada por la hacienda y el señorío patronal. Y lo es en tanto el mundo de la costa generó un principio de legitimidad de la dominación del que careció completamente el mundo serrano. Ciertamente es que la oligarquía hacendal

peruana no fue republicana, no hizo la independencia y, en tal sentido, le quedó vedado al Perú el camino de dotar a su Estado independiente de una legitimidad importada del orden hacendal, como fue el caso en Chile. Pero, por ello mismo, al seguir un camino serrano le ha resultado difícil construir un principio de legitimidad político, ya que el mundo andino no podía proporcionárselo. Las dificultades que ha mostrado el Perú para escapar de las redes del populismo político ilustran esta debilidad del principio de legitimidad que repercute en una débil vigencia del Estado nacional.

Salvo en un sentido administrativo y simbólico —es decir, el más precario que cabe—, “lo peruano” no existe. Sólo existen los peruanos, abanico de razas, culturas, lenguas, niveles de vida, usos y costumbres, más distintos que parecidos entre sí, cuyo denominador común se reduce, en la mayoría de los casos, a vivir en un mismo territorio y sometidos a una misma autoridad. Pero tampoco esto último es del todo cierto, pues ni siquiera las leyes a que en teoría la sociedad entera está sujeta rigen para todos los ciudadanos de la misma manera ni los problemas se comparten de modo que podría considerarse semejante, equitativo o aun aproximado. Hay peruanos que no han salido de la Edad de Piedra y otros que están ya en el siglo XXI. Grandes sectores de la sociedad no pueden comunicarse entre sí, no sólo por razones lingüísticas —aunque también por éstas—, sino porque unos viven aún inmersos en una cultura mágico-religiosa y otros en la revolución informática. Para millones de indios de los Andes y varios miles de la Amazonia, la autoridad asentada en Lima es simbólica, no real, pues viven confinados en un mundo tradicional, al que las instituciones políticas, judiciales y económicas del país moderno casi no llegan, o, peor aún, llegan deformadas, sólo para perjudicarlos. Y entre las distintas comunidades las influencias e intercambios son lentos, pues los frenan y filtran los prejuicios raciales y sociales y los abismos culturales y económicos. Un indio, un negro y un blanco viven tan separados como un rico y un pobre, un campesino y un industrial, un poblador de barriadas y un habitante de un barrio residencial, a tal punto que cabe preguntarse si realmente pertenecen a un mismo país o son ciudadanos de países distintos entreverados en el artificio de una nación (pp. 210-211).

El indigenismo en buena manera cooperó a generar esta realidad peruana, no sólo por su incapacidad de dotar a su proyecto de un principio de legitimidad real, es decir, histórica y no ideológicamente fundado. Lo hizo también por su contraposición maniquea de la sierra y la costa, basada en una supuesta divergencia cultural que ciertamente no es tan profunda como el indigenismo quiso presentarla. ¿Qué proyecto nacional puede resistir la contraposición entre bien y mal que Arguedas y otros encarnan en

la sierra y la costa? Y ciertamente, lo hizo en virtud de su utopismo arcaico y su consecuente clausura a la incorporación de elementos modernizantes. El mismo Arguedas desprecia el dinero, la industria y el comercio. En su última novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, es decir la sierra y la costa, retrata la industria pesquera de Chimbote, la cual amasa fortunas haciendo harina no sólo al pescado sino también a los trabajadores, para proponer la huida al mundo andino como alternativa pobre pero digna. De la industria, del comercio y del dinero prefiere escapar hacia la pobreza que intentar civilizar esos engranajes para mejorar la condición de vida de todos los peruanos.

Para finalizar, un breve comentario. A lo largo de todo el libro se deja percibir un aire común: el Perú aparece como una sociedad desgarrada, compuesta de piezas que se contraponen como en un rompecabezas de imanes. El mismo Vargas Llosa pinta el cuadro de una sociedad religiosamente diferenciada, amalgamada social y económicamente por la informalidad y productora de una cultura que semeja un engendro de trucha y loro, la cultura chicha, que él celebra por su creatividad y capacidad adaptativa. Cuesta imaginarse que una sociedad así pueda perpetuarse por un siglo. Más aún que lo haga sin atravesar por crueles convulsiones sociales. La experiencia histórica indica que tales contraposiciones sociales y culturales desembocan en grandes conflictos, cuando no en sangrientos holocaustos. Es válido, por ende, preguntarse si efectivamente existe tal desgarramiento social y tal mezcolanza cultural en el Perú. Ciertamente es que el aparato administrativo padece de ciertas deficiencias. Pero no es menos cierto que las sociedades latinoamericanas se han constituido sobre formas de sociabilidad y no sobre formas institucionales. El Estado ha sido una figura tradicionalmente irrelevante en las sociedades latinoamericanas. En muchos casos, incluso hasta el día de hoy, es incapaz de cumplir con dos de sus atributos esenciales: monopolizar el uso de la violencia y cobrar los impuestos. De más está decir que tampoco asume la función contemporánea de dotar de bienestar a los grupos desposeídos.

Las sociedades latinoamericanas tampoco se caracterizan por fuertes patrones de asociatividad, como los detectados tempranamente por Tocqueville en Estados Unidos. La “sociedad civil” latinoamericana no muestra una potencia asociativa basada en intereses comunes tales como aquellos que se despliegan desde el plano comercial hasta los acuerdos de barrio para organizar el reparto de escolares, pasando por los rotarios, los leones y las asociaciones caritativas tan típicamente norteamericanas. Lo propiamente latinoamericano son, más bien, las redes de sociabilidad. Ellas se despliegan básicamente sobre el fundamento de la lealtad, y descansan

sobre el potencial vinculante de la copresencialidad y no del interés. Su principio articulador básico no es el contrato, sino la reciprocidad y, en tal sentido, descansan no sobre el cálculo sino sobre el don y el gasto. Lo que mantiene unidas nuestras sociedades no es la potencia vinculante de una legislación positiva que emana del Estado, ni la red de asociaciones basadas en intereses comunes que surge de la capacidad autorganizadora de la sociedad civil, sino el circuito de reciprocidades que funda vínculos de lealtad personal a partir de un principio experiencial basado en la gratuidad. No es por ello de extrañarse que la forma política predominante en nuestro continente sea el populismo: basado tradicionalmente en la lealtad que genera el gasto público. Las consecuencias de ello son conocidas: el modelo clásico del populismo sumió a nuestras sociedades en crisis hiperinflacionarias (Perón, Allende, Alan García); la actual sumerge a las sociedades de legitimidad populista en fuertes crisis de liderazgo (Fujimori, Menem) como corolario de la traición al principio populista del gasto.

Es evidente que tales principios de articulación social no surgen de la mente de un creativo sino que hunden sus raíces en un profundo suelo cultural. El principio estatal emana del Leviatán, del poder absoluto que es capaz de garantizar la paz en un mundo de guerras fratricidas generadas por la diferenciación religiosa de Occidente durante el siglo XVI. La asociatividad se funda en la lógica del puritanismo, hostil a toda presencia institucional de la Iglesia, en el marco de una sociedad como la estadounidense que se funda desde cero: sin Estado. La sociabilidad tiene su fundamento en el catolicismo, en una religión que declara que todo bien proviene de un Dios personal, amoroso y presente en la historia, que obliga a reciprocitar de alguna forma la magnitud del don recibido. El catolicismo no es religión de austeridad sino de gasto, y de ello dan soberbio ejemplo las civilizaciones que inspiró y aquellas que aún inspira. Pero ese gasto y derroche, a diferencia del consumismo proveniente del proceso histórico de degradación del puritanismo, es fuente de vinculación social. El gasto vincula. A Dios, a la Virgen y a los Santos bajo la forma del favor recibido. Al amigo a través de la comensalidad que obliga a reciprocitar. Al padre o a la madre por la vida y bienes gratuitamente recibidos. El consumo, por el contrario, aísla, construye identidades particulares y narcisistas. Quién puede dudarlo: el *mall* no es un recinto festivo ni vinculante.

El Perú es una de las sociedades más católicas de Latinoamérica. Su escasa población amazónica, donde el pentecostalismo ha penetrado, vive aislada. Su elite ilustrada, fuente, como en todas partes del mundo, de agnosticismo, es pequeña. Lo que queda entre medio, es decir, la enorme mayoría, es católica. Las grandes ideologías peruanas comparten aquel

error clásico de toda ideología: su incapacidad de percibir la realidad. Los indigenistas quisieron borrar el catolicismo para reclamar la viabilidad de un socialismo con raíces andinas prehispánicas. Vargas Llosa levanta el cuadro negro del Perú actual sobre el supuesto de una informalidad social y una diferenciación religioso-cultural mal amalgamada en una cultura chicha. Ni lo uno ni lo otro es convincente. El Estado latinoamericano eficiente no existe (ni siquiera en Chile). La asociatividad es débil, aunque quizás la informalidad peruana sea una excepción relativa. Nuestra fortaleza es la sociabilidad, es decir, nuestra capacidad de reconocernos deudores recíprocos en el contexto de una débil institucionalidad y una débil asociatividad. A lo largo del libro busqué, sin encontrarla, aquella mirada que contrapusiese la inopia de la ideología a la potencia de la sociabilidad. Encontré más bien una mirada que oponía a la utopía arcaica las esperanzas en un proyecto moderno de institucionalidad. □

Mario Vargas Llosa: *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*

(México: Fondo de Cultura Económica, 1996)

LAS ALEGORÍAS DE UNA TURBACIÓN*

Roberto Hozven

La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo (1996), de Mario Vargas Llosa, es un ensayo actual en el sentido de que, aunque uno no coincida con todo lo que él escribe, no se puede dejar de seguir el movimiento, el ritmo sincopado de su inteligencia siempre alerta, sospechosa de sus preferencias, que nos hace ir pensando con ella y compartiendo sus vaivenes. Su ensayo responde a dos propósitos mayores; seguiré este orden en mi comentario.

El primer propósito de su ensayo es reflexionar sobre la obra y las circunstancias vitales de José María Arguedas (1911-1969), “buen”¹ escritor peruano a quien Vargas Llosa estudia como un emblema de las contradicciones y problemas artísticos, históricos e ideológicos de la cultura de

ROBERTO HOZVEN. Profesor Titular del Departamento de Literatura, Universidad Católica de Chile. Autor de *El estructuralismo literario francés* (Universidad de Chile, 1979); *Octavio Paz, viajero del presente* (El Colegio Nacional de México, 1994) y editor de *Otras voces: Poesía y prosa de Octavio Paz* (Riverside: University of California Press, 1996).

* Estudio realizado dentro del marco del proyecto de investigación N° 1980789 de Fondecyt.

¹ Para el Perú, Vargas Llosa reserva el epíteto de “gran” escritor —con justicia, me parece— para el Inca Garcilaso de la Vega y César Vallejo. Aunque una sorpresa persiste, ¿cómo se explica el interés de escribir tres centenares y medio de páginas sobre un “buen” y no un “gran” escritor? Como veremos más adelante, no sólo la grandeza justifica 359 páginas, también la calidad de “turbador” que pueda tener un buen escritor.

los Andes y del escritor latinoamericano. Escritor emblemático de la realidad andina, en particular, y de la latinoamericana, en general, por su experiencia íntima de las dos tradiciones culturales y lingüísticas del mundo andino: la quechua y la criolla, la serrana y la costeña. Este doble arraigo a dos de las varias tradiciones culturales que conforman el Perú y el mundo latinoamericano, paradójicamente, lo convierten en un desarraigado: “caso privilegiado y patético” que hace que sus obras sean “siempre interesantes y a veces turbadoras” (p. 9, toda atribución de página(s) sin especificar, en adelante, corresponden a *La utopía arcaica*).

Situación privilegiada, por un lado, porque Arguedas *vivió* dos tradiciones culturales que otros escritores indigenistas (Ciro Alegría, por ejemplo) sólo *imaginaron* desde su mundo esencialmente urbano y letrado. Arguedas defiende los usos y costumbres del pasado indígena quechua desde una experiencia y vivencias compartidas en común con los indios familiares que habitaron ese pasado con él, que protegieron y nutrieron emocional y culturalmente al niño blanco que él fue, pero huérfano de madre desde los tres años, serrano y tan desamparado como los mismos indios que se apiadaron de él². Se podría afirmar que Arguedas sin ser mestizo, como el Inca Garcilaso antes de él, reivindica al mundo quechua, y con él a todo el indigenismo, desde el sabor entrañado de la leche materna³, de cuyo espesor emocional y cultural no se puede prescindir para una visión integrada y autóctona de la realidad peruana. Situación patética la de Arguedas, por otro lado, porque el mundo andino, como el de cualquier otra cultura popular, nunca se integró en condiciones de igualdad con el mundo blanco y las tradiciones culturales criollas de proveniencia occidental. Por el contrario —como sabemos—, la tradición quechua fue culturalmente marginalizada, económicamente explotada y socialmente despreciada por su contraparte occidentalizada. Esto produjo una sociedad y un país escindidos que “todavía ahora, a las puertas del siglo XXI”, Vargas Llosa traduce por la expresiva imagen de un “archipiélago de etnias y culturas

² “Él había nacido en los Andes, y, pese a ser hijo de un abogado de clase media, debido al desamor de su madrastra convivió por largos períodos con indios sirvientes, peones y comuneros, y de niño fue, hasta los ocho años según su testimonio, por la lengua que hablaba, las cosas que sentía y su manera de ver el mundo, uno de aquéllos” (pp. 28-29).

³ “[Yo] protesto decir llanamente la relación que mamé en la leche...” —escribe el Inca Garcilaso de la Vega para autorizar la veracidad de su narración de los hechos históricos y míticos del Incario. Hechos que los otros cronistas (Pedro Cieza de León, padre José de Acosta, Francisco López de Gómara, entre otros) sólo habrían alcanzado de oídas. Relatos de segunda mano de los que no pudieron discernir los “fingimientos” porque no se enteraron de ellos “en las mantillas ni en la leche, como yo”. Cf. *Inca Garcilaso de la Vega, Comentarios reales*, Tomo I. Prólogo, edición y cronología de Aurelio Miró Quesada (1976), pp. 46 y 250.

separadas por prejuicios, ignorancias y estereotipos no por aberrantes y estúpidos menos disociadores” (p. 166). Dentro de este contexto desvalorizado, se entiende como algo más que una paronomasia la afirmación de Vargas Llosa de que el triple arraigo de Arguedas al mundo quechua (como hombre maternalizado, como narrador indigenista y como etnógrafo “autor de investigaciones de larga proyección en los estudios andinos”) resulte en un desarraigo. Es el desarraigo que produce la diaria experiencia del doble estándar sufrido por el objeto amado: reverenciado en los estrados públicos, en los salones de honor y en los púlpitos, la tradición quechua es, simultánea y diariamente, desdeñada y profanada en las calles, en las costumbres y en las alturas de los Andes. El indigenismo de Arguedas, entonces, no es la nostalgia sentimental de la barbarie, de la Edad de Oro o de un modo de vida que un letrado urbano y cosmopolita alega para los indígenas considerando indeseable para él mismo cualquier otro orden que no sea el capitalista, consumista y moderno. El indigenismo de Arguedas es auténtico y no hipócrita; no es el victimismo de quienes “ocupan el lugar de la víctima para usufructuar de la superioridad moral que corresponde a los auténticos portavoces de los vencidos”⁴. Arguedas, el escritor, está entonces en una situación privilegiada para transponer alegóricamente estructuras de pensamiento y del imaginario, núcleos de significación mítica, formas de relación con la vida y con los hombres propias del mundo quechua en el castellano literario culto. Este arraigo conflictivo en los dos mundos peruanos, el de los dominantes y el de los dominados, característico de los miembros de la *intelligentzia*, es el que hace de él un escritor emblemático de la realidad andina y latinoamericana.

Pero, además, desde el punto de vista de su recepción literaria, Arguedas es también un escritor emblemático por la lectura documentalista que la crítica literaria ideológica hiciera de su obra. Enfoque que fue estimulado y avalado —otra paradoja— por las actitudes y declaraciones paraliterarias, de carácter ideológico y político, con que el mismo Arguedas caucionara su obra. Su obra, de modo mayoritario, fue leída e interpretada por la crítica latinoamericana desde una perspectiva histórico-social, ceñida por parámetros predominantemente económicos, políticos y sociales, tales como: división social y económica del Perú en dos mundos: “blanco” y “no blanco” (el indígena quechua, el negro, el oriental, el cholo), oposición entre las zonas costa/sierra, explotación inicua del indígena en la sierra, sociedad traspasada por la violencia institucionalizada ejercida por el gobierno, el gamonal y la iglesia, caudillismo, falta de integración social, etc.

⁴ Fernando Escalante G., “Los salvajes de Lahontan” (1998), p. 58.

A esta perspectiva excluyente habría que recordarle el olvido observado por Luiz Costa Lima: que la cultura, aunque esté ciertamente articulada por la razón político-económica, tiene problemáticas constituidas por trazas no descodificables por aquella razón⁵. Vargas Llosa se va a encargar de mostrarnos, y demostrarnos, los dos errores más frecuentes en que incurre esta lectura causalista de la obra de Arguedas. Primero, esta lectura privilegia las similitudes del mundo ficticio con el mundo de la realidad extraliteraria, lo que implica necesariamente asumir una perspectiva homogénea, la cual no ve ni puede dar cuenta de las indeterminaciones y tensiones no políticas o históricas que, predominantemente, enmarcan el mundo ficticio de Arguedas. Es decir, esta lectura no ve la diferencia específica del indigenismo de Arguedas en relación a los otros. Segundo, al no ver la especificidad estética, mítica y religiosa del mundo andino, ficticio, relatado por Arguedas (especificidades tan fundamentales como las del mundo andino real), esta lectura causalista tampoco da cuenta de las contradicciones, por un lado, entre las creencias artísticas y existenciales profundas de Arguedas (presentes en su obra) y, por otro lado, las razones ideológicas y políticas con las que no pudo interpretar ni conciliar esas creencias profundas. Contradicción básica —nos dice Vargas Llosa— de la que emerge la obra narrativa de Arguedas. En suma, cuando la crítica ideológica elige estudiar la obra de Arguedas como un “reflejo” social *sine qua non*, se queda sin herramientas conceptuales para ver, gozar e interpretar las originalidades de su mundo narrativo que no se encuentran en el mundo andino y que constituyen la especificidad de su mundo indigenista. En otras palabras, esta crítica documental no entiende las “infidelidades” de Arguedas al modelo que su obra supuestamente *imitó*. Contra esta lectura documentalista, Vargas Llosa sostiene a todo lo largo de su ensayo que la *verdad* de la narrativa de Arguedas —si hay una— se sostiene en su aptitud para construir algo distinto del modelo que la inspira; su verdad se asemeja más al de un *desquite* frente al mundo horrible y los demonios obsesivos que atormentaron a Arguedas. La verdad de su ficción es, así, *antidocumental*. Su descripción exhaustiva está entre las mejores páginas de este libro.

Pero, hay más: dentro del mismo contexto inicial, Vargas Llosa especificaba que las obras de Arguedas, “siempre interesantes”, “a veces [son] turbadoras”. Este adjetivo introduce una valoración íntima, casi confesional, subrayada por el contexto anterior al que también refiere. Vargas Llosa acaba de nombrar los escritores más importantes para él: Flaubert,

⁵ Cf. Luiz Costa Lima, “O Pai e o Trickster (Indivíduo e cultura nos campos metropolitano e marginal)” (1997), p. 252.

Faulkner y el Sartre de su juventud; ninguno peruano. Y, sin embargo, Arguedas le es tan “entrañable” como esos autores de cabecera —y no sus “grandes” coterráneos como el Inca Garcilaso o César Vallejo. ¿Cuáles son los atributos de la turbación como para que emulen, en el interés de Vargas Llosa, los méritos literarios incontestables de Flaubert, Faulkner y Sartre?

Para comenzar, recordemos que “turbador” forma un campo semántico con “conmover”, “sorpresa”, “desasosiego” y “consternación”. Además, el diccionario de la RAE especifica que “turbar” es “alterar o conmover el curso natural de una cosa”. ¿Cómo se comunican estas significaciones con la obra y la persona de Arguedas? ¿En cuál de estos sentidos él mismo o su obra son turbadoras? La primera turbación de que acusa recibo Vargas Llosa es —creo— frente a la moralidad de su quehacer de escritor, la que se afirma a contrapelo de sus más caras motivaciones ideológicas. Arguedas asume narrativamente, con valentía y sin rehuirlo, el conflicto íntimo que le crea su visión conservadora, casi ecológica del mundo andino, contrapuesta al proyecto político que los comunistas, socialistas y progresistas tenían para ese mundo y que él, de alguna manera, también compartía. En efecto, Arguedas no puede conciliar, por una parte, su interés profundo en conservar el sistema de supervivencia que le ha permitido al indígena, en situaciones muy adversas, mantener una continuidad con el pasado (de lengua, costumbres y ritos) con, por otra parte, las exigencias de los sectores progresistas (ideólogos apristas, socialistas y comunistas) para quienes

la única manera de salvar al indio es liberarlo de su mundo arcaico, de sus supersticiones junto con sus explotadores (p. 31).

Racionalmente progresista y modernizador en sus proyectos ideológicos conscientes, Arguedas, narrativamente, en cambio, sigue fabulando un mundo arcaico, sagrado y mágico-religioso como el único mundo auténtico para los indígenas de los Andes. Arguedas está desgarrado así, existencial y literariamente, por su imposible elección entre modernización o utopía arcaica, entre corrección política y mímica revolucionaria o su fidelidad estética y moral a la conservación mágico-religiosa del Incario. Mientras el hombre Arguedas aprueba en parte las tesis racionalistas, modernizadoras y occidentalizantes del marxismo frente al problema indio; el narrador Arguedas, en cambio, hace aparecer a los

ideólogos mestizos como obnubilados y ciegos frente al problema andino, víctimas de una mistificación intelectual que les impide entender este asunto de manera cabal (p. 145).

Lo que no perciben los ideólogos es la función cultural socializadora, compensadora y de supervivencia que “la voz del pasado” cumple para la idiosincrasia indígena. “Voz del pasado” que actúa a través de los usos y costumbres, ceremonias, ritos y leyendas de una sociedad no secularizada que se rige por una concepción mágico-religiosa de la vida. Esta sociedad arcaica, que fue capaz de transformar las instituciones alienígenas españolas y criollas, es la que Arguedas ve amenazada de desaparición bajo el impacto de la modernización, sea ésta socialista o capitalista.

La segunda turbación de Vargas Llosa está más cerca de una “consternación” íntima que la del “desasosiego” o la “conmoción” causada por el desgarró existencial y literario de Arguedas. La consternación íntima de Vargas Llosa tiene que ver —creo— con la nostalgia de la conciliación (imposible) entre socialismo y capitalismo, entre los ideales de igualdad social y los no menores de libertad individual. La impotencia —para un hombre tan preocupado por los asuntos de la plaza pública que llegó a relegar su oficio mayor, el de escritor, por el de una esforzada y desinteresada actividad pública—, la impotencia de alguien que no forjó una tercera alternativa, democrática y políticamente viable, frente al terrorismo revolucionario o al terrorismo de Estado. Impotencia perturbada que se conecta también con la certidumbre presente ante una ignorancia anterior: la de haber sido, “políticamente hablando, un niño”, por no haber sabido

“que quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia”, ya no puede pretender “que en su actividad lo bueno sólo produzca el bien y lo malo el mal, sino que frecuentemente sucede lo contrario”⁶.

Conocemos la elección de Vargas Llosa, fue menos la de él o la nuestra que la que nos impuso la historia con el autodesmoronamiento del bloque socialista. Turbación, consternación son emociones que tienen mucho que ver con otro sentimiento más raigal: el de una *vergüenza antigua* que también se puede manifestar como una *vergüenza ajena* ante el ridículo incurrido por otro, su *alter ego*. La vergüenza antigua —creo— se comunica, por un lado, con el fracasado propósito de haber intentado construir una alternativa política e ideológica viables —ya que no solución— para la desesperada situación económica, política y social del Perú en los 90. Por otro lado, aunque dentro del mismo espectro ideológico emocional, la vergüenza antigua también puede ser despertada por el recuerdo de otras experiencias que le demuestran, hoy día, la fragilidad de los objetos de su ardor

⁶ Cita de Max Weber que Vargas Llosa pone como epígrafe a las memorias de su fracasada campaña presidencial de 1990. Cf. *El pez en el agua* (1993), p. 7.

revolucionario pasado y, por ende, su decepción actual ante sus ingenuidades juveniles. En su libro de memorias ya citado, Vargas Llosa testimonia una experiencia emocional ilustrativa de una turbación superada⁷.

Todo ocurre a raíz de un típico triángulo amoroso entre correligionarios y amigos en una célula del Partido Comunista: Lea, Félix y Mario, entonces joven estudiante de literatura. Lo menos típico son los esfuerzos sublimes por los que el joven literato deniega su enamoramiento de Lea: el sentimentalismo burgués, emoción antirrevolucionaria y “su más persistente tara de clase”, tenía que ser expurgado mediante todos los arsenales de la casuística pseudomarxista. Sin embargo, una tarde, turbadamente, Lea le confidencia a Mario que Félix —el iniciador ideológico y político de ambos— se le había declarado wertherianamente la noche anterior. La confesión triza su identificación con la sublimidad ideológica partidista exponiéndolo al ridículo de “ese vacío con cosquillas de los burgueses despechados” (*El pez en el agua*, pp. 247-248). Como sabemos, de lo sublime (de sus creencias marxistas militadas emocionalmente) al ridículo (de haber denegado su sentimiento en nombre de una ideología repudiada emocionalmente por su mismo maestro ideológico) no hay más que un paso: la turbación, vergüenza insoslayable *ante la ruptura de una idealidad*, desautorizada, con la que ya no es posible, en buena fe, seguir identificándose. La turbación, vergüenza propia o ajena, resulta de la ruptura de una identificación con un ideal esforzada y largamente acariciado, pero que un día, por efectos del azar o de la historia, se vino irremediabilmente al suelo, y en forma patética. Fue lo que le ocurrió a Vargas Llosa con las creencias políticas tan fervorosa, ingenua y vitalmente asumidas por Arguedas, creencias que antes también lo habían encendido a él pero de las que pronto se desengañó al advertir sus acciones reprobables. En *La utopía arcaica* hay varios ejemplos de estas creencias sublimes degradadas en patéticas por los indesmentibles acontecimientos históricos.

El ejemplo más importante, y reiterado por Vargas Llosa, es el espectáculo del buen escritor que fue Arguedas embridando su vocación y sacrificando su talento literario a un proyecto y ejercicio de la literatura hoy obsoletos, en buena parte del mundo: el concepto y práctica de la literatura comprometida. La literatura al servicio de la tarea social y del proyecto político de turno. Tuvo su auge en el siglo 19, el siglo historicista por excelencia, y al que el escritor y el crítico literario contribuyeron con lo

⁷ Superada porque —se sabe— la cura de la turbación o de la vergüenza es la ambición, máxime cuando ésta es lograda. Es el caso de este “gran” escritor (y no “bueno”) quien, además, en su momento, representó los ideales cívicos y políticos de un tercio de los peruanos en su contención por la primera magistratura de su país.

suyo en la forja, vivencia y legitimación ideológicas del concepto de nación y de sociedad nacional. Comprensión de la literatura bajo una idea de servicio en el sentido político, porque de lo que se trataba era de *construir una sociedad*. Ése fue el programa, el común denominador, que controló la concepción y práctica de la ficción, por igual, desde el neoclasicismo al modernismo pasando por los románticos y realistas hispanoamericanos. Andrés Bello, José Mármol, Domingo Faustino Sarmiento, Alberto Blest Gana, Victorino Lastarria, José María Gutiérrez e, incluso, José Enrique Rodó con su espiritualismo esteticista. Todos ellos, en más o en menos, asumieron y escribieron dentro del marco programático de una visión ancilar de la literatura. Habrá que esperar hasta las vanguardias para asistir a un cambio parcial, a una liberación relativa del canon esencialista, positivista y panfletario de la literatura. Digo “cambio parcial” y “liberación relativa” porque conocemos los dos *tempos* que adoptó nuestro vanguardismo: por una parte, el cosmopolita, imaginativo y metafísico de Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges y José Gorostiza y, por otra, la corriente de protesta social, con arraigo en la expresión americana, capitaneada por Pablo Neruda, César Vallejo y Nicolás Guillén. Es decir, el modelo historiográfico positivista que en Latinoamérica subordina el quehacer literario a la actuación política no se agota en el siglo 19, continúa hasta hoy día. Algunos de sus síntomas son la ordenación cronológica del fenómeno literario, entendido como documento de una época, nación, individuo o ambiente; el primado de la observación de lo autóctono: la tierra, sus hombres y sus costumbres; una concepción transitiva de la ficción: su función es testimoniar y documentar la realidad existente, con desdén de los sentidos provenientes del mismo proceso de constitución del lenguaje —en cuanto el lenguaje literario no está plenamente constituido antes de cristalizar en ficción. Recordemos la observación de Alfonso Reyes: están los escritores que piensan *antes* de escribir (los menos interesantes) y están los que se dan cuenta de lo que piensan *sólo después* de escribir (los más interesantes). Hoy día, después de los dos *tempos* de la vanguardia, del telurismo literario, del realismo socialista con sus “reflejos” y de la literatura comprometida (predominantes entre los años 40 y 70, época de Arguedas), esta tendencia arcaica y simplista de la literatura subsiste hoy bajo la máscara del documentalismo⁸, de la crítica marxista y feminista y, a veces, aunque de un

⁸ “Superstición” es la palabra con que Octavio Paz desmitifica “la idolatría que profesamos a las cosas” porque ¿qué es un documento “si no un cadáver, hasta que lo revive un historiador”? “El documento es nada y nada significa mientras no lo interpretamos”. Es decir, es una contradicción en los términos querer substanciar *significados* con la presunta fuerza del *referente* “documento vivo”. (Le dice a Manuel Ulacia en “Poesía, pintura, música, etc. Conversación con Octavio Paz”. Entrevista (1989), p. 616.

modo enriquecido, bajo el alero amplio y diversificado de los estudios culturales.

Volviendo a Arguedas. Arguedas el hombre, en su ansiedad de justicia, en su horror visceral por las exacciones y abusos de los derechos humanos de todo tipo de que era objeto el indígena en la sierra —y de los que él mismo fue víctima en su infancia y luego testigo como etnógrafo— se puso el traje de plomo de la literatura comprometida. Traje de plomo que desgarrar internamente su obra entre lo que la ideología progresista lo obligaba a decir, la contingencia socioeconómica, y el superábito de significaciones mágico-religiosas con que Arguedas, el escritor, traiciona (es decir enriquece) esa realidad circunscrita fantaseando una sociedad mítica por medio de la cual el creador “protesta contra las insuficiencias de la vida”. El traje de plomo desgarrar a Arguedas, de modo retorcido, porque no se trata tanto de no poder decir, sino de tener que decir lo que los celadores de la corrección política quieren escuchar, “à contrecœur” de sus creencias más añoradas, las míticas, que son las que alimentan íntimamente su ficción.

Ahora bien, el segundo propósito que Vargas Llosa pretende cumplir con *La utopía arcaica* es, precisamente, intervenir en este debate de la ficcionalidad y de la realidad. Escribe: el otro propósito es

analizar, a partir de la obra de Arguedas, en sus méritos y desméritos, lo que hay de realidad y de ficción en la literatura e ideología indigenistas (p. 10).

Los múltiples desgarros de Arguedas y de su obra⁹ Vargas Llosa los retoma y reflexiona a la luz del estatuto actual del discurso literario en su relación con el referente, y los modos por los que el primero convierte al segundo en ficción. Revisemos el cumplimiento de este segundo propósito de Vargas Llosa examinando, uno: lo que él entiende por literatura; dos: las diferencias correspondientes entre discurso literario e ideológico; tres: los núcleos ficcionales de Arguedas que Vargas Llosa nos propone y, cuatro: la estrategia alegórica por la que Vargas Llosa descifra en la ficción de Arguedas su realidad libidinal, histórica y social tanto como la del Perú y, por extensión, la latinoamericana.

⁹ A saber: corrección política o libre práctica ficcional, racionalidad progresista o total adhesión al indigenismo arcaico, “el intelectual convencido de que la lucha por la justicia y la modernidad era necesaria” frente a “el hombre [y el narrador] aferrado a un mundo campesino, impregnado de ritos, cantos y costumbres tradicionales, que había conseguido, pese a la injusticia, hacer sobrevivir el pasado prehistórico” (p. 306).

Uno. Vargas Llosa tiene un concepto de literatura eminentemente *moderno*: es lo que conocemos de la realidad *después* de la experiencia de Baudelaire, Rimbaud y Apollinaire. La literatura tiene que ver con los poderes de la noche, con “los fondos turbios, prohibidos, de la experiencia individual más que de una voluntad social profiláctica” (p. 23); sobre todo, con la capacidad del escritor para convocar *críticamente* esos poderes en el lenguaje de nuestro tiempo, revelándonos así la complejidad del presente y de nosotros mismos. Aparición súbita de una verdad oculta y enterrada pero viva, en los distintos tiempos y espacios de un aquí y ahora determinados: el de la ciudad moderna. Al revelar nuestra otredad, nuestra *extrañeza radical de ser*, la literatura cumple una función crítica y, por ende,

el servicio que presta no consiste en contribuir a la propagación de la fe y el catecismo religioso o político sino, más bien, *en socavar las bases mismas sobre las que se asienta toda fe y en poner a prueba [...] todo conocimiento racionalista del mundo* [yo subrayo]. En otras palabras, *ella es una contradicción viviente, sistemática, inevitable de lo existente* (Vargas Llosa subraya, p. 23).

En consecuencia, la “verdad” de la literatura —para Vargas Llosa— consiste en construir una realidad distinta del modelo que la inspira. La literatura es así un arte divergente, resistente ante cualquier embridamiento ideológico, oportunista, por parte de los poderes constituidos. Sin embargo, por otra parte, esta “insumisión congénita” de la literatura la ha hecho particularmente apta, en Latinoamérica, para servir de “único vehículo de exposición pública” de los enormes abusos desde los comienzos de la vida republicana, puesto que los regímenes dictatoriales silenciaban la prensa y cerraban las universidades (p. 18).

Este poder de la literatura moderna y del escritor: dice la verdad individual y social, reproduce la realidad reprimida, produce cambios históricos, ha reforzado en Latinoamérica la función ancilar de la literatura y el compromiso social del escritor que examináramos antes. En consecuencia, la situación de la obra literaria moderna, en Latinoamérica, se torna más compleja que en otras latitudes: por una parte, “ella es una contradicción viviente”, una refutación de los poderes ideológicos en curso; pero, por otra parte, inflamada por su altruismo se torna también entre nosotros fundamentalista, partidista de una ideología sobre otra, comprometiendo así su efectividad crítica.

Dos. La diferencia fundamental entre el discurso ideológico y el literario —tal como la plantea Vargas Llosa en la obra y conducta pública de Arguedas— podría sintetizarse, en términos psicoanalíticos, a partir de

la actitud de ambos discursos con respecto al fenómeno de la transferencia. El discurso ideológico es consubstancialmente transferencial; podría ser definido como el discurso que ajusta constantemente lo que dice a la imagen que de él se forjan los otros. Ocurre cuando Arguedas *escribe para* sus críticos celadores de la corrección política. Es un discurso que busca el reconocimiento porque necesita ser aprobado para existir. Por ejemplo, la desazón —Vargas Llosa escribe “desesperación desgarradora”— que invadió a Arguedas cuando su novela *Todas las sangres* fue desautorizada por sociólogos y críticos de izquierda con motivo de una mesa redonda sobre ella¹⁰. El discurso literario, en cambio, prescinde de la transferencia. Sin culpas y sin celadores, se abanica —como se dice familiarmente— con el problema de si complace o no y de a quien pueda o no gustarle. El discurso literario substituye la transferencia a la persona, a la verdad o falsedad de lo dicho (es decir, a la adecuación o no con un referente externo a él), por una relación obsesa con un estilo, con la lengua en que escribe, ya que lo fundamental para él es insertarse originariamente en la tradición literaria a que pertenece. El desafío es crear un modo de decir original que afirme su diferencia, su singularidad, dentro de la tradición en que se formó y en relación a la cual se define por los cambios que introduzca en ella. Se podría afirmar que la divisa definitoria del discurso literario es la de “escribir contra” los estereotipos histórica y socialmente predominantes. Y no procede de esta manera porque lo inspire únicamente el aristocrático placer de desagradar, sino por su necesidad interna, consubstancial al discurso literario moderno, de crear una fabulación inédita forjada en el intersticio, en la disyunción del ver y del pensar cotidianos¹¹, para así “poner en crisis” (étimo de “criticar”) la verdad socialmente establecida. En este sentido, el discurso literario —y muchísimo más el de factura moderna o vanguardista— tiene horror de asemejarse al discurso ideológico remedador, en cuanto entiende ese remedo de la realidad cotidiana como una identificación a

¹⁰ La misma noche, después de esta mesa redonda, Arguedas “escribió estas líneas desgarradoras: ‘casi demostrado por dos sabios sociólogos y un economista [...] que mi libro *Todas las sangres* es negativo para el país, no tengo nada que hacer ya en este mundo. Mis fuerzas han declinado creo que irreversiblemente’”. José María Arguedas “¿He vivido en vano?”. Mesa redonda organizada por el Instituto de Estudios Peruanos (1985); citado por Vargas Llosa, p. 263.

¹¹ Esto ocurre así —según Roberto González Echevarría— porque uno de los rasgos marcantes de la literatura hispanoamericana moderna es su intento de desajustar, de despegarse, de los modelos culturales que la ideologizan. Y —agregamos— que la sobredeterminan desde otras áreas privilegiadas de la sociedad: la historia en el siglo 19, la política en el 20 y, ahora, a fines del siglo, la ecología. Cf. Roberto González Echeverría, “The Case of the Speaking Statue: *Ariel* and the Magisterial Rhetoric of the Latinamerican Essay” (1985), p. 8.

lo *ya dicho*, a la cháchara, es decir a un *inconsciente social petrificado*. La cháchara —en términos de Enrique Lihn— es ese lenguaje muerto que,

por no discrepar, se convierte en un mero sistema de señales como el de las abejas, [...] la aberración oral de ese lenguaje que no cuesta nada si se lo hace al dictado de la corriente, pero que tampoco dice nada al repetir lo que los otros dicen por decir¹².

La cháchara se cree espontánea, *natural* y así lleva al discurso ideológico a ese extremo de la ceguera crítica consistente en autonegar su carácter *construido*. Eso explica los incesantes esfuerzos de Argueda, y de los críticos celadores de su corrección política, de fundamentar la razón de ser de su ficción en y por ¡la veracidad de su carácter documental!¹³ Es fácil imaginar el dilema horrible y patético de Arguedas: la imposibilidad narrativa de conciliar las naturalezas antípodas de los discursos ideológico y literario. Otro motivo de rubor, si no de turbación ajena, para Vargas Llosa.

Tres. Según Vargas Llosa, tres son los núcleos ficcionales que sirven de soporte a la narrativa de Arguedas: la negación, la inmólación y la mitologización. El núcleo negativo consiste en la facultad de Arguedas de “convertir la negación que es el origen de una vocación en la afirmación que es su ejercicio” (p. 230). Esta afirmación negativa consiste en el “rechazo del mundo real [para] inventar otro, ficticio”; lo que hace de Arguedas un

deicida discreto que rehace la creación del Creador, Narciso que sólo puede inventar mundos a partir del mundo y hablar de los otros hablando de sí mismo (pp. 230-231).

Los rasgos temáticos de esta “estratagema” de la negatividad son (a) la violencia irrealista, la vesania sistemática de los gamonales, proveniente de sus experiencias traumáticas infantiles más que de la misma realidad andina; (b) la tendencia a la autocompasión, los personajes que se complacen en sufrir para apiadarse de sí mismos en su sufrimiento; (c) la sobreco-

¹² Cf. Enrique Lihn, *El arte de la palabra* (1980), p. 347.

¹³ “Yo comencé a escribir cuando leí las primeras narraciones sobre los indios; los describían de una forma tan falsa escritores a quienes yo respeto [...]. En esos relatos estaba tan desfigurado el indio y tan meloso y tonto el paisaje o tan extraño, que dije: ‘No, yo lo tengo que escribir *tal cual es*, porque yo lo he gozado, yo lo he sufrido’ y escribí esos primeros relatos que se publicaron en el pequeño libro que se llama *Agua*”. Testimonio Arguedas en el Primer encuentro de narradores peruanos, que tuvo lugar en Arequipa en 1965. Cf. *Primer encuentro de narradores peruanos* (1969), pp. 40-41; citado por Vargas Llosa, p. 83.

gedora naturaleza del sexo que, como en la literatura puritana, atrae en su misma repulsión y (d) el carácter ceremonial de los usos y costumbres andinos, donde la singularidad subjetiva se borra en provecho de conjuntos humanos corales que asumen su existencia colectiva como rito y espectáculo. Por otra parte, el carácter negativo de esta primera estrategia ficcional de Arguedas también coincide con los dos rasgos de la literatura moderna, tal como los examinamos antes: su “insumisión ingénita”, que la hacía resistente a cualquier embridamiento ideológico, y su substitución de la transferencia por la creación de un estilo original.

El segundo núcleo ficcional tiene fuentes existenciales y teóricas. Las existenciales se enraigan en la persona severamente traumatizada que fue Arguedas y que Vargas Llosa rescata con pertinencia; las teóricas provienen de las lecturas vanguardistas de Vargas Llosa. La fuente existencial tiene que ver con la práctica de la literatura como inmolación, además alegórica y nacional: el desnudamiento de pasiones y miserias, que hacía Arguedas ante los demás, es también el de una nación escindida y dual. *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, “libro entrecortado y quejoso”, “lisiado y desigual”, publicado como novela póstuma en 1971, rubrica lo que escribe con el suicidio del autor. “El cadáver del autor llena retroactivamente los blancos de la historia” (p. 300). La fuente teórica proviene de la noción de literatura como “tauromaquia”: “aquellos libros donde los autores hacen el sacrificio de su intimidad”. Analogía de escribir con el acto de torear: donde el autor, jugándose entero, se convierte en “resonador de los grandes temas de lo trágico humano”¹⁴. Ahora bien, el mismo Vargas Llosa considera que esta referencia intertextual es futura con respecto a Arguedas; quien, además de la alta improbabilidad de haber leído a Leiris, no concebía para nada su escritura desde una perspectiva “maldita” o “vanguardista”. Bien por el contrario, sabemos que él la pensaba desde los parámetros de la literatura comprometida. Creo que esta referencia intertextual de Vargas Llosa resalta, una vez más, la paradoja constitutiva de la ficción de Arguedas: el bastidor es su biografía y la ideología indigenista (tal cual Arguedas la configura a partir de las tesis de Luis E. Valcárcel y Jorge Basadre); pero, en el momento de escribir sus ficciones, Arguedas lo hace combatiendo y debatiéndose contra la ideología enmarcadora y sustentadora de ese bastidor. Su drama es que para construir su yo indigenista más auténtico, Arguedas tiene que pasar por el lenguaje y la ideología conservadora tanto como progresista o marxista que la degrada y traiciona. Por esto, si bien concibe su ficción dentro del traje de plomo del compromiso social

¹⁴ Michel Leiris, “De la littérature considérée comme une tauromachie” (1946); citado por Vargas Llosa, pp. 300-301.

(el cual ya es una forma de traición de la visión mágico-religiosa del mundo andino), su fidelidad creadora a “la voz del pasado” lo hace encontrar por serendipiti, sin embargo, una de las pistas caras a la vanguardia: la asimilación del artista con la función del chamán, quien, a través de su experiencia inmediata del mal, asegura los márgenes inestables de la salud psíquica del grupo.

El tercer núcleo ficcional de la escritura de Arguedas consiste, por una parte, en su capacidad narrativa para

refundir y transformar en mito una heterogénea materia hecha de recuerdos y desgracias y nostalgias personales, realidades históricas y sociales y abundantes dosis de invención (p. 188).

Por otra parte, en su igual capacidad para trascender el modelo de la vida contingente y transponerla en una escena imaginaria de corte compensatorio (ibídem). Es cierto, Vargas Llosa muestra la importancia que reviste lo sagrado y la dimensión mágico-religiosa en la narrativa indigenista de Arguedas; pero no demuestra la manera cómo el mito activa esas dimensiones. No nos describe el proceso por el que el mito transpone y transforma en el texto la contingencia en compensación imaginaria o en necesidad simbólica. Tampoco identifica las figuras narrativas o retóricas por las que los mitos quechuas hacen significar a los eventos narrados lo contrario de sus contenidos ideológicos de superficie. Nos dice que todo eso ocurre, pero no reconstruye la dinámica narrativa por la que los mitos andinos mitologizan la realidad cotidiana del mundo indígena en los textos de Arguedas. Esta parte de su estudio es insuficiente porque la perspectiva de su análisis no despega del esencialismo que, en otras secciones de su libro, él mismo critica. En términos de Hayden White, Vargas Llosa identifica los contenidos de las formas míticas presentes en la narrativa de Arguedas (es decir sus *temas*)¹⁵, pero no articula las formas argumentativas de esos temas, los tropos superpuestos a la denotación narrativa que configuran otros tantos sentidos “en exceso” a los temas¹⁶.

¹⁵ A saber: hillozoísmo, carácter ceremonial de la vida, actuación coral de las colectividades, carácter sagrado de la música y sus ejecutantes, indistinción de límites entre lo humano y la naturaleza, animificación de los objetos cotidianos, exorcismos y rituales prospectivos, etc.

¹⁶ Hayden White acuña el término *tropología* para estudiar los mecanismos del lenguaje figurado, efectos del movimiento *desviado* de un sentido hacia otro (sentido etimológico de *tropo*). Este vaivén trópico entre sentidos, generador de maneras alternativas de codificar la realidad, produce figuras discursivas que significan *en exceso* al sentido propio de las palabras. Ahora bien, este “exceso figurativo” produce objetividades discursivas y sus correspondientes conciencias culturalmente modelizadoras. Cf. Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo 19* (1973) y *Trópicos del discurso* (1978). Una

Cuatro. Sin resaltarlo pero de modo consistente, por intermedio de un ensayo dialógico que emerge de la dialéctica que se establece entre sus varios puntos de vista, Vargas Llosa nos convence, a lo largo de su estudio, de que al discutir los asuntos privados y sociales de Arguedas, tanto como del estilo y situación de su obra indigenista, *está discutiendo también, a través de ellos, los márgenes inseguros de la psique y de la sociedad peruanas*. En otras palabras, su estudio de la obra y de la persona de Arguedas le descubren ser, de diferentes maneras, alegorías ocultas de la nación y de la colectividad peruanas.

Digo que es un ensayo dialógico porque *La utopía arcaica* se lee desde el entrecruce de varios discursos que se intersectan entre sí. Los enumero según los fui encontrando en su lectura. Uno: el discurso de las motivaciones “entrañables” del mismo Vargas Llosa para realizar este estudio, su “turbación”. Dos: el discurso biográfico sobre Arguedas en las secciones tituladas “Entre el fuego y el amor”; discurso biográfico que retorna bajo el mismo título, como un *leitmotiv*, en seis de las veinte secciones que conforman el libro. Tres: el análisis de los sociolectos indigenistas y crítico-literarios más frecuentes en Latinoamérica. Cuatro: el análisis de los discursos políticos contingentes frecuentados y soslayados por Arguedas. Cinco: el discurso de las disyuntivas ideologizadas en Latinoamérica: americanista/europeísta, nativista/cosmopolita, polémica Arguedas-Cortázar. Seis: el debate entre los distintos discursos históricos y sus formulaciones respectivas sobre la nación. Siete: el análisis filológico y estilístico de las obras más significativas de Arguedas. Ocho: los discursos sociológicos que enmarcan a los análisis económico-políticos del pasado y presente de la sociedad peruana. Nueve: el análisis temático de lo sagrado y de lo mágico-religioso en la narración de Arguedas. Diez: el discurso cultural híbrido, presente en las diez últimas páginas del capítulo con que concluye el libro: “La utopía arcaica y el Perú informal”¹⁷.

Este dialogismo de perspectivas analíticas, por medio de las que Vargas Llosa conversa, discute, polemiza, corrige, concuerda o diverge de

excelente lectura tropológica que no se declara es la que hizo Roberto González Echevarría del *Ariel* de José Enrique Rodó. Véase Roberto González Echevarría, “The Case of the Speaking Statue: *Ariel* and the Magisterial Rethoric of the Latinamerican Essay” (1985). Es el modelo “que le lloraba” a Vargas Llosa para reconstruir el funcionamiento interno de la mitologización de la realidad efectuada por la narrativa de Arguedas. Recordemos que —según Vargas Llosa— la mitologización operada por Arguedas creaba un nivel de sentido suplementario al puramente restrictivo, denotativo, en que lo leían afanosamente sus celadores de corrección política. Vargas Llosa hablaba de “esa aptitud [de la narrativa de Arguedas] para constituir algo distinto del modelo que la inspiraba”, del “desquite redentor” de sus relatos, etc.

¹⁷ Páginas que rubricaría con gusto Néstor García Canclini, autor de *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1992).

la historiografía crítica y literaria en torno a Arguedas y la cultura de su país, cumple un propósito no sólo erudito sino también alegórico. Pone en escena, para el lector, la intrahistoria racional e irracional, reflexiva y emocional, del debate cultural, histórico, ideológico y social en el que Arguedas efectuó sus opciones narrativas turbadoras, es decir, desajustadas con respecto a la conciencia ideológica y social por las que las escogió. Para caracterizar esta diversidad de voces críticas presentes en *La utopía arcaica*, llamaría a este ensayo de Vargas Llosa un libro-repertorio, por el gran apetito de territorios simbólicos que ocupa espacial y temporalmente, alegóricos ellos mismos del registro de voces con que el Perú y Latinoamérica configuran sus identidades¹⁸. Ocupación teórica y analítica, diversificada y necesaria, para dar cuenta de la diversidad de estratos recorridos por la narrativa de Arguedas; ella misma homóloga al “archipiélago de etnias y culturas [...]” que conforman a la sociedad peruana. Estas correlaciones alegóricas que entrelazan el ensayo de Vargas Llosa con la obra de Arguedas, y a ésta con la sociedad peruana, pueden prolongarse e incluir a Arguedas el hombre, a su obra, a la historia peruana y a las condiciones de su escritura. Escribe Vargas Llosa sobre Arguedas el hombre:

Los diarios [escritos por Arguedas] evocan hechos centrales de la vida de Arguedas, temas sobre los que volvió una y otra vez, heridas que nunca cerraron o que se reabrían periódicamente, refractarios, en un individuo, de grandes traumas de la sociedad peruana (p. 308).

Escribe sobre una de sus obras:

El Sexto está estratificado según un sistema clasista [...] que simboliza la compartimentación del país (p. 224).

Escribe sobre la condición del escritor:

El Sexto puede también ser leído como una parábola sobre la condición del escritor, deicida discreto que rehace la creación del Creador, Narciso que sólo puede inventar mundos a partir del mundo y hablar de los otros hablando de sí mismo (p. 231).

De este modo, el procedimiento alegórico se torna predominante en la estrategia analítica de que se sirve Vargas Llosa para representar los

¹⁸ Octavio Paz habla de la “obra-repertorio” para caracterizar ese “prodigioso repertorio de ritmos, formas, colores y sensaciones” que definen el modelo literario de Rubén Darío; el más idóneo para dar cuenta de nuestro “gran apetito de ser” que es América Latina. Este modelo de la torrencialidad latinoamericana Paz lo opone al modelo de los “mundos autosuficientes”, cuya “unidad espiritual [es] perceptible en *Las flores del mal* o en *Hojas en la hierba*”. Cf. Octavio Paz, “El caracol y la sirena” (1991), pp. 21 y 26.

vasos comunicantes invisibles entre las distintas realidades de su objeto de estudio. Vargas Llosa lo sabe y explica su frecuencia de la siguiente manera:

La literatura atestigua así sobre la realidad social y económica, por refracción y por metáfora, registrando las repercusiones de los acontecimientos históricos y de los grandes problemas sociales en un nivel individual y mítico: es la manera de que el testimonio literario sea viviente y no cristalice en ideología, es decir, en esquema muerto (p. 194).

Para Vargas Llosa el procedimiento alegórico es tanto una manera de componer un “testimonio literario viviente”, su ensayo, como una manera de interpretar la realidad a la que él se refiere: el dialogismo de voces de que emerge perturbadoramente la obra narrativa de Arguedas. Luego, en este ensayo, la alegoría funciona, uno, como un procedimiento de construcción discursivo que es, enseguida, adecuado a la manera de ser de una tradición cultural.

Tradición en la que, debido al carácter comprometido de nuestro arte literario,

[e]l reino de la subjetividad se convirtió en América Latina en reino de la objetividad. [Motivo por el que] nuestros profesores de la realidad fueron esos soñadores: los literatos (p. 20).

La rotundidad de esta formulación: de que en América Latina lo subjetivo se convierte en objetivo y de que los profesores de la objetividad (politólogos, sociólogos, etc.), en realidad, son maestros de subjetividad (escritores y poetas), inevitablemente, hace pensar en la “hipótesis globalizante” de Fredric Jameson, el filósofo marxista de la cultura, quien en un conocido artículo (no incluido en la bibliografía de Vargas Llosa), y oído polémicamente en muchos ámbitos, escribe:

Todos los textos del Tercer Mundo son necesariamente alegóricos y de una manera específica: pueden y deben ser leídos como *alegorías nacionales en las que el relato del destino individual, privado, es siempre una alegoría de la agónica situación de la cultura y de la sociedad públicas del Tercer Mundo* (p. 69)¹⁹.

Esto significa que las producciones culturales del Tercer Mundo, las nuestras, no estarían marcadas por ese rasgo determinante de la cultura

¹⁹ Fredric Jameson, “Third World Literature in the Era of Multinational Capitalism” (1986), pp. 65-88.

capitalista, propio de los textos del Primer Mundo, que es “la división radical entre lo privado y lo público, entre lo poético y lo político, entre la sexualidad y el inconsciente, por una parte, y el poder secular, por la otra” (Jameson, *ibídem*). Por el contrario, los textos del Tercer Mundo

incluso aquellos que parecen privados y que han sido cargados con una dinámica absolutamente libidinal, necesariamente asumen una dimensión política bajo la forma de una alegoría nacional (Jameson, *ibídem*).

Por supuesto, si en un sentido el ensayo de Vargas Llosa confirma la “hipótesis globalizante” de Jameson, en cuanto nos demuestra efectivamente que

en su caso y en su obra [la de Arguedas] repercute de manera constante la problemática histórica y cultural de los Andes y la del escritor latinoamericano (p. 9).

En otro sentido, la desmiente del modo más rotundo, especialmente en lo que respecta a las derivaciones políticas o sociológicas de los análisis literarios “comprometidos” o “documentalistas”, los que simplemente no veían la dimensión artística de la narrativa de Arguedas. En todo caso, la conexión establecida entre la paradoja observada por Vargas Llosa (“*el reino de la subjetividad se convirtió en América Latina en el reino de la objetividad*”, p. 20) y la hipótesis globalizante de Jameson (de que el relato privado, en el Tercer Mundo, es siempre una alegoría de la agónica situación de la cultura y de la sociedad nacional) suscita otras lecturas y cuestionamientos posibles.

Sigamos un punteo que debo al texto de Costa Lima ya citado. Si en el Perú, y por extensión en Latinoamérica, los niveles subjetivo y objetivo se hacen porosos, de manera tal que los relatos privados refluyen hacia el ámbito colectivo leyéndose al mismo tiempo como proposiciones públicas, ¿esta retórica dualista, propia de la alegoría, no tendrá algo que ver con la inseguridad que tenemos en Latinoamérica con respecto a las normas sociales colectivas? Nosotros no tenemos confianza en la eficacia de las normas colectivas, porque éstas no han sido internalizadas de modo homogéneo y legal para y por todos, por lo que tampoco han engendrado pautas de conducta diferenciada y confiable. No es lo que ocurre en las sociedades del Primer Mundo, donde la legalidad, la seguridad y la eficacia de las normas colectivas garantizan una sociabilización confiada de los ciudadanos en el funcionamiento homogéneo de sus sociedades. Configuran socie-

dades *estabilizadas*, y la confianza que dan hace posible que cada ciudadano “pueda ser para sí mismo su propio fin”²⁰, puesto que nadie necesita tener un ojo puesto en las normas colectivas para que éstas operen automáticamente. Nosotros, bien por el contrario, habitantes de sociedades *inestabilizadas*, vivimos lo objetivo, lo colectivo, como experiencia inminente del caos, del terremoto que puede ocurrir en cualquier momento. ¿Cómo nos estabilizamos en medio de nuestros temblores agazapados? Acudimos a esas formas de previsión negativa que son la desconfianza sistemática, la vigilancia recíproca en la gregariedad. Porque “el mal de muchos...” es menos consuelo de tontos que la oscura confianza en que el grupo, de alguna manera, por el mismo peso del mal de muchos, habrá de encontrar necesariamente un remedio provisorio. Remedio que mantendrá al mal en estado de pendiente, “espada de Damocles” suspendida sobre nuestra imprevisión, sobre nuestras confianzas excesivas. He aquí uno de los orígenes de nuestra gregariedad; es paranoica como nuestra tendencia familiar a vivir “achoclonados” en el clan.

Ahora bien, ¿qué posible relación pueden tener estas reflexiones porosas, suscitadas por el desvío alegórico de Vargas Llosa y de Jameson, con la totalidad del ensayo *La utopía arcaica*? Se me ocurre una, y con esto concluyo. De frente a los límites indeterminados entre lo subjetivo y lo objetivo, y gracias a ellos, Vargas Llosa reacciona convirtiendo su mismo ensayo en un campo fecundo de diálogos diversos, inesperados y perturbadores que tanto enriquecen su objeto de estudio como lo libran de la voracidad remedadora que entrapa a los espíritus “colonizados”²¹. Desquite intelectual de una razón alegórica tercermundista, propia de áreas culturales inestabilizadas, que “les mueve el piso” a las razones automatizadas de las sociedades estabilizadas y de los críticos tercermundistas desvinculados de la imaginación “turbada” de nuestro continente.

²⁰ Afirmación de Andrée Yanacopoulou a una entrevista de Gordon Sheppard, citada por Luiz Costa Lima, “O Pai e o Trickster” (1997), p. 259.

²¹ Entrampamiento en que sí cayeron, ¡y quedaron!, los críticos que aplicaban con saña los enfoques histórico-sociales y la teoría del “reflejo”. Fueron ellos los que demostraron mayor espíritu “colonizado” —es decir, de servilismo y hábitos de inferioridad mental provenientes de su situación de dominados (Jameson)— y menor imaginación en su estudio de Arguedas. Fenómeno que, a fin de cuentas, no es tan sorprendente cuando uno descubre que “la aplicación de la teoría del reflejo, que algunos acostumbran a asociar inmediatamente con el marxismo, en verdad se entronizó desde el positivismo y el evolucionismo” (Costa Lima, “O Pai e o Trickster”, 1997).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arguedas, José María. En *Primer encuentro de narradores peruanos*. Lima: Casa de la Cultura, 1969.
- . “¿He vivido en vano?” En *mesa redonda* sobre “Todas las sangres”. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1985.
- Costa Lima, Luiz. “O Pai e o Trickster (Individuo e cultura nos campos metropolitano e marginal)”. En Luiz Costa Lima, *Terra ignota. A construção de Os Sertões*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1997.
- Escalante G., Gonzalo. “Los salvajes de Lahontan”. *Vuelta*, 254 (enero de 1998).
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Sudamericana, 1992.
- Garcilazo de la Vega, Inca. *Comentarios reales*, tomo I. Prólogo, edición y cronología de Aurelio Miró Quesada. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1976.
- González Echevarría, Roberto. “The Case of the Speaking Statue: Ariel and the Magisterial Rethoric of the Latinoamerican Essay”. En Roberto González Echevarría, *The Voice of the Masters*. Austin: The University of Texas Press, 1985.
- Jameson, Fredric. “Third World Literature in the Era of Multinational Capitalism”. *Social Text*, 15 (otoño de 1986).
- Leiris, Michel. “De la littérature considérée comme une tauromachie”. En Michel Leiris, *L'âge de l'homme*. París: Gallimard, 1946.
- Lihn, Enrique. *El arte de la palabra*. Barcelona: Pomaire, 1980.
- Paz, Octavio. “Poesía, pintura, música, etc. Conversación con Octavio Paz”. Entrevista de Manuel Ulacia. *Revista Iberoamericana*, 148-149 (julio-diciembre 1989).
- . “El caracol y la sirena”. En Octavio Paz, *Cuadrivio*. Barcelona: Seix Barral, 1991.
- Vargas Llosa, Mario. *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral, 1993.
- . *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- White, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in the 19th. Century*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1973.
- . *Tropics of Discourse*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978.
- Yanacopoulou, Andrée. Entrevistado por Gordon Sheppard. Citado por Luiz Costa Lima, en “O Pai e o Trickster”, *Terra ignota. A construção de Os Sertões*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1997. □

CHILE EN LOS ARCHIVOS DE EE UU (1970)

DOCUMENTOS DEL EMBAJADOR
DE ESTADOS UNIDOS EN CHILE
(1967-1971), E. M. KORRY

Los documentos que se dan a conocer a continuación fueron proporcionados por el embajador Edward M. Korry en su visita al CEP, en octubre de 1996, como material complementario al testimonio de su conferencia y a la entrevista que ofreció en esa oportunidad. Se trata, por un lado, de cables intercambiados en el mes de agosto de 1970 por el embajador Korry (en ese entonces a la cabeza de la misión diplomática de Estados Unidos en Chile) y el Departamento de Estado de EE UU. Por otro lado, se incluye aquí el Informe de Contingencia (que el embajador tituló “Fidelismo sin Fidel”), también de agosto de 1970, que presenta una relación detallada de la situación que cabría esperar si Salvador Allende triunfara en las elecciones presidenciales del 4 de septiembre, y la política que debería seguir el gobierno de Estados Unidos ante esa eventualidad. Las recomendaciones formuladas en este informe son las que después, en su mayor parte, guiarán la política de Estados Unidos en Chile durante el gobierno de la Unidad Popular.

Los cables y el informe agregan, sin duda, valiosos antecedentes a las declaraciones y a los juicios formulados por el embajador Korry tanto en su exposición “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos” como en la entrevista que se incluyen en esta edición de *Estudios Públicos*.

La Dirección

ÍNDICE DE DOCUMENTOS

I. CABLES

- 1-1: Se solicita opinión sobre tres opciones políticas para el gobierno de EE UU si Allende llegara a la presidencia (5 de agosto de 1970) p. 327
- 1-1I: *Documento en inglés.* p. 356
- 1-2: Se solicita opinión sobre cuarta opción política para el gobierno de EE UU si Allende llegara al poder (5 de agosto de 1970) p. 328
- 1-2I: *Documento en inglés.* p. 357
- 1-3: Respuestas de E. M. Korry, embajador de EE UU en Chile, en relación con las opciones para el gobierno de EE UU si Allende llegara a la presidencia (10 y 11 de agosto de 1970) p. 329
- 1-3I: *Documento en inglés.* p. 358

II. INFORME

- 2: Informe de Contingencia (“Fidelismo sin Fidel”) (Agosto de 1970) p. 335
- 2I: *Documento en inglés.* p. 371

1-1: Se solicita opinión sobre tres opciones políticas para el gobierno de EE UU si Allende llegase a la presidencia

De: Departamento de Estado de los EE UU

A: Edward M. Korry, embajador de EE UU en Chile

1970: 5 de agosto

*Cable del Departamento de Estado (conducto normal),
5 de agosto de 1970*

Queremos conocer su opinión sobre las siguientes opciones que estamos desarrollando para el Informe de Contingencia NSSM¹, cuyo proyecto preliminar usted conoció aquí. Por favor, comuníquenos su parecer, a la mayor brevedad posible, sobre cuál de estas opciones serviría mejor a nuestros intereses:

- A) Realizar un esfuerzo concienzudo por alcanzar un *modus vivendi*.
- B) Mantener relaciones en un nivel mínimo.
- C) Tratar de aislar e imponer obstáculos.

¹ [NSSM: Memorándum de Estudio sobre Seguridad Nacional. El Informe de Contingencia, que se reproduce a continuación (en 1.3), es un ejercicio sobre cuál sería la evolución chilena en el supuesto caso que Salvador Allende ganara las elecciones presidenciales en 1970 (N. del E.).]

1-2: Se solicita opinión sobre cuarta opción política para el gobierno de EE UU si Allende llegara al poder

De: Crimmins, Subsecretario Adjunto de EE UU

A: Edward M. Korry, embajador de EE UU en Chile

1970: 5 de agosto

Mensaje enviado por conductos no oficiales por el subsecretario adjunto Crimmins a solicitud de la oficina de Kissinger (5 de agosto de 1970)

“Mientras usted analice las 3 opciones respecto de las elecciones de septiembre, desearíamos que también tuviera en cuenta una cuarta que estamos estudiando por separado con una divulgación muy restringida. Esta opción sería la del derrocamiento o impedir que tome posesión del mando. Quisiéramos conocer su opinión sobre:

- A) La posibilidad de que los militares y fuerzas policiales de Chile adopten medidas por su cuenta para deponer a Allende, y la probabilidad de que los militares sean alentados a asumir el poder por elementos tales como (nombre de un alto dirigente democratacristiano que mantenía una relación particularmente estrecha con Frei y que para Moyers no resulta fundamental).
- B) Qué elementos de la policía militar podrían intentar deponer al gobierno.
- C) Perspectivas de éxito si los militares y las fuerzas policiales procuraran derribar a Allende o impedir que asuma el mando.
- D) Importancia de la actitud de los Estados Unidos para el inicio o el éxito de tal operación.
- E) De acuerdo con los contactos que mantiene con representantes argentinos en Santiago, ¿cómo evalúa usted los deseos e intenciones de Argentina respecto de medidas contrarias al régimen de Allende?”

(Nota de Edward M. Korry: Varios años más tarde se me reveló en Washington que este cable había sido instigado en la Casa Blanca mediante la habitual vía de comunicación no escrita entre Kissinger y el Subsecretario Johnson, de conversación directa. Crimmins esperaba que yo echara por tierra las ideas planteadas en el cuestionario enviado en su nombre, del mismo modo en que yo había “destruido” —citando las palabras empleadas por el Departamento de Estado en abril de ese año— los planes del Consejo de las Américas tendientes a realizar una operación financiera conjunta entre Estados Unidos e importantes empresas para elegir a Alessandri, “tal como en 1963 ...”.)

1-3: Respuestas de Edward M. Korry, embajador de Estados Unidos en Chile, en relación con las opciones para el gobierno de EE UU si Allende llegara a la presidencia

1970: 10 de agosto/11 de agosto

Respuestas a las tres preguntas del cable del 5 de agosto de 1970

A continuación se incluyen mis dos respuestas no expurgadas (de las cuales Henry Kissinger sólo cita en sus memorias la primera frase¹). La primera fue enviada el 10 de agosto de 1970 y la segunda el 11 de agosto de 1990.

Cable del 10 de agosto de 1970

A. El esfuerzo concienzudo por alcanzar un *modus vivendi* es una hipótesis teórica alejada de la realidad. Si bien al principio el gobierno de Allende procuraría actuar con prudencia en el frente interno, para tratar de conservar un marco de constitucionalidad y legalidad, respaldará políticas —como el propio Allende ha declarado— en que el imperialismo norteamericano será tratado como el enemigo público número uno en el hemisferio. Aparte de la nacionalización de las industrias estadounidenses, la eliminación de la influencia de Washington en el país, el reconocimiento de China, Corea del Norte, Alemania Oriental, Vietnam del Norte y del Frente Nacional de Liberación, etc., que de por sí harían prácticamente imposible un *modus vivendi* para Estados Unidos, los profundos cambios estructurales en Chile tal vez exigirían un “enemigo” externo para justificar una revolución vertiginosa. Casi a diario la prensa allendista se concentra en distintos aspectos del “imperialismo” de Estados Unidos en Chile —control de la natalidad, educación, nutrición, en fin, todo lo que se les pueda ocurrir— acusando de espionaje, imperialismo, o de ambas cosas, a funcionarios que trabajan a honorarios y por contrato directo en la AID. Estas “denuncias” específicas (que justificarían los secuestros perpetrados por miristas en caso de una derrota de Allende) no pueden considerarse como una táctica de la campaña, sino que forman parte de una estrategia planificada que se ajusta a los requisitos doctrinarios y a los imperativos revolucionarios del programa de Allende.

¹ [Henry Kissinger, *The White House Years* (Weidenfett and Nicholson, 1979), p. 668 (N. del E.).]

B. De modo que para mí el problema no es si acaso nos trabaremos en una “confrontación”, sino cómo la afrontamos. Sobre todo se requiere aplicar un frío realismo al evaluar nuestra capacidad de influir en los acontecimientos.

C. Doy por sentado que entraremos en una confrontación *de facto* en torno al tema más sensible para los chilenos: el cobre. La nacionalización de las empresas estadounidenses sin un pago efectivo, adecuado u oportuno producirá, cuando menos, una proscripción *de facto* que afectará las importaciones de cobre chileno por parte de empresas estadounidenses. La situación del cobre chileno no es análoga a la de la IPC en Perú, por ejemplo, o incluso al problema de Gulf en Bolivia. La IPC no exportaba petróleo, y este combustible no representa en términos económicos para Perú lo que el cobre significa para Chile o para las compañías norteamericanas afectadas. En lo que respecta a Bolivia, nadie en ese desventurado país toma nada como definitivo. Aun cuando desde el punto de vista legal el gobierno estadounidense no sería necesariamente responsable por prohibir la importación de cobre, esta distinción no sería captada por la mayoría de los chilenos ni, me atrevería a decir, de los latinoamericanos. Esta ofuscación del juicio sobre la responsabilidad en términos públicos podría tener efectos opuestos en distintos segmentos de opinión en Chile, ya que en algunos casos tendería a consolidar el apoyo en favor de Allende, mientras que en otros fomentaría la oposición a su gobierno. Pero la verdad es que la eliminación casi inevitable de toda presencia diplomática estadounidense, salvo una pequeña representación, unida a la proscripción efectiva de las importaciones de cobre, originaría una suerte de confrontación *de facto* que, a mi juicio, constituye el aspecto medular de la alternativa C del cable de referencia: “tratar de aislar e imponer obstáculos”. Este plan de acción podría contemplar una iniciativa política en la OEA o en organismos como el Special Committee on Latin American Coordination (CECLA), donde intentaríamos expulsar o aislar a Allende (quien bien podría aislarse a sí mismo de la OEA); nuestro esfuerzo económico podría incluir el empleo de la influencia de Washington para vetar los préstamos otorgados por la Junta Interamericana de Defensa o el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo. Desde esta posición limitada, estimo que el esfuerzo conjunto que sería necesario realizar con otros países latinoamericanos para imponer una estrategia de confrontación deliberada y pública superaría nuestras capacidades, o bien demandaría un costo tan alto que resultaría inviable. En Latinoamérica hay demasiados adversarios del intervencionismo y, a la vez, demasiadas personas que interpretan las lecciones de la experiencia

con Castro desde una óptica pesimista como para que contemplemos con realismo ese tipo de iniciativas.

E. Ahora bien, si Latinoamérica y el resto del mundo no están en general preparados para respaldar una confrontación pública, hay sin embargo vastos sectores de opinión que se oponen al marxismo-leninismo, a la alianza revolucionaria entre Cuba y Chile, y al aumento del poder soviético directo en esa región. Me cuesta aceptarlo, pero no tenemos otra alternativa que esforzarnos por transitar a lo largo de una incómoda, insatisfactoria e incierta línea divisoria entre estos dos principios latinoamericanos, en gran medida incompatibles, que son el antiintervencionismo y el anticomunismo (para usar una expresión concisa que engloba la frase anterior). Puesto que tendremos una confrontación *de facto*, estimo que el estilo será mucho más importante que el fondo una vez que Allende asuma la presidencia. La manera en que aceptemos las situaciones inevitables, las palabras y los foros que escojamos para dar a conocer nuestro profundo desacuerdo con el curso que tomaría el sistema que aplicará Allende, las sutilezas que empleemos en el diálogo diplomático con otros gobiernos y en otras conversaciones a nivel internacional: este es el tipo de decisiones que, a mi juicio, aplicando un criterio realista, debemos limitarnos a adoptar tan pronto como Allende jure como primer mandatario.

F. Los partidarios de Allende no podrán menos que concluir que si éste asume el poder, entonces Estados Unidos habrá reconocido su incapacidad para frustrar este desenlace. Por cierto, durante las semanas o los meses iniciales Allende afrontará un delicado desafío, en especial en sus relaciones con los militares, por cuanto deberá guardarse de no provocar un alzamiento armado, absteniéndose de purgas imprudentes o de otros excesos revolucionarios. Con seguridad él intentará concentrar sus acciones hostiles en ese reducido número de importantes empresas extranjeras y nacionales que constituyen la base económica de la centro-derecha política; la expropiación de los ricos nunca ha sido una medida impopular, y nunca faltarán las personas medianamente acomodadas que crean que podrán salvar su pellejo a expensas de los peces gordos. Existe un amplio sector de la opinión pública a nivel político y popular que, cuando menos, no se opondría a esa táctica y vería en esas medidas el justificado cumplimiento de la plataforma electoral de Allende. Pasaría cierto tiempo antes de que el Congreso aprobara la nacionalización del cobre y que las compañías norteamericanas impusieran una prohibición *de facto*. Me atrevería a conjeturar que, habiendo considerado a Washington incapaz de impedir que él asumiera el mando, Allende supondrá que en el futuro la Casa Blanca tampoco lograría

imponer a Chile un boicot económico o político que tuviera alguna eficacia. Después de todo, el cobre no es azúcar y el mundo siempre va a necesitarlo; por añadidura, los grandes mercados de Chile se encuentran en Japón y en Europa Occidental, donde, si nos guiamos por nuestra experiencia en Cuba, las presiones disuasivas norteamericanas no tendrían gran repercusión. Allende sabe además que puede crear reservas sólidas para su país simplemente dejando de pagar los préstamos otorgados por Estados Unidos a través de la AID, cuyo monto asciende a unos US\$ 500 millones (en todo caso pienso que éste será el próximo gran objetivo de los nacionalismos latinoamericanos y de los países en vías de desarrollo). Cuando la UP llegue al poder dispondrá de una reserva sin precedente calculada en cerca de US\$ 400 millones, a lo que se agrega una cifra récord de producción de cobre, y grandes esperanzas de que se mantenga la disciplina en el ámbito laboral. Todo este activo forma un enorme colchón de protección para un país capaz de mantener sus mercados de Europa Occidental e incrementar los de Asia, y que además puede esperar que aumente en forma gradual el interés de europeos orientales y chinos por negociar con los chilenos. Todo lo anterior permite afirmar que el Chile de 1970 no es la Cuba de 1959 integrada en el mercado estadounidense; en Chile no se requerirá introducir violentos cambios en las modalidades de intercambio comercial, y asimismo esta nación posee talento humano y capacidades de organización, a lo que se agrega una amplia base de apoyo político a nivel popular: todo esto demuestra la inutilidad de que Washington adopte una actitud abiertamente confrontacional. En la medida en que nos dejáramos llevar por el deseo de demostrar nuestra hostilidad, ello sin duda serviría para que Allende pudiese justificar ante la opinión pública cada sucesiva medida destinada a extirpar la influencia norteamericana. También contribuiría a justificar la necesidad de acelerar la participación de europeos orientales y chinos en Chile.

He llegado a la conclusión de que tan pronto como Allende asumiera el mando no nos quedaría otro recurso que optar por “minimizar el puñetazo”², lo que en términos del cable de referencia [1-1] significa escoger la alternativa B, es decir “mantener relaciones en un nivel mínimo”. Deberíamos estar preparados, sin duda, para sacar provecho de alguna circunstancia imprevista, ya sea que obedeciera a un error de juicio de Allende o a cualquiera de un sinnúmero de abruptas alteraciones del equilibrio mundial que pudiera afectar a Chile.

² [La expresión utilizada en el original es “to roll with the punch”, que en la jerga del boxeo significa “minimizar el efecto de un golpe girando la cabeza en la dirección del impacto” (N. del T.).]

Se nos presentaría un inconveniente especial con Argentina y tal vez con Brasil. En numerosas oportunidades, la más reciente el 7 de agosto, el embajador argentino me ha planteado algunas contingencias. Para ser franco, no me parece que sea capaz de abordar este tema, como queda de manifiesto por su corto alcance y limitada percepción, y por su sugerencia de que el asunto debería ser analizado de manera conjunta y a otro nivel (él dio a entender claramente servicios de seguridad e inteligencia). Su gobierno se encuentra sumamente preocupado, y con toda razón, por las consecuencias que podría tener para Argentina el hecho de que en Chile se instalara un gobierno comprometido con la revolución en Latinoamérica, con una frontera de 1.500 kilómetros que resulta imposible controlar y con una considerable minoría proletaria establecida cerca de la frontera. El embajador se refirió vagamente a medidas conjuntas de carácter político y económico, pero cuando le pregunté qué era con exactitud lo que tenía en mente no fue la discreción sino la falta de ideas y conocimientos lo que limitó sus respuestas. Él quería que yo le indicara cómo proceder.

Es importante que al tratar con un gobierno de Allende apelemos en la medida de lo posible a las opiniones de los países latinoamericanos. Lo más probable es que Argentina y Brasil —y en determinados casos Perú y Bolivia— solicitarán armas a Washington. Y una vez más será el estilo —distintos estilos para cada país— el factor que contará en las relaciones intergubernamentales. Tal vez queramos establecer mecanismos conjuntos de información sobre Chile con Argentina y eventualmente con otras naciones. Perú también revestirá particular importancia, pero como se encuentra fuera de mi territorio no pretendo excederme y me limito a llamar la atención sobre los aspectos más evidentes.

Cable del 11 de agosto de 1970

*REF: 3078 de Santiago
(11 de agosto de 1970)*

Tras releer el cable de referencia [cable del 11 de agosto de 1970] con mi recomendación de “minimizar el puñetazo” y mi énfasis en el estilo, los siguientes detalles adicionales específicos podrían servir para aclarar algunos puntos.

Lo que yo no le recomiendo a los Estados Unidos es permitirse caer en la tentación de formular protestas vociferantes y desesperarse. De igual manera, espero firmemente que no prestaremos atención a aquellos que

podrían sostener que, si nos esforzamos lo suficiente, tarde o temprano llegaríamos a un “acuerdo” o “modus vivendi”. Deberíamos mantener el equilibrio, escuchar todo lo que Allende tenga que decir y luego realizar nuestras propias evaluaciones desapasionadas; por sobre todo, no deberíamos sobornarlo mediante concesiones anticipadas; tampoco sería aconsejable que traspasáramos los límites de la corrección y cayésemos en una hostilidad abierta. No deberíamos permitir que la elección de Allende nos suma en un estado de pánico que nos impulse a adoptar decisiones precipitadas como retirar del país a funcionarios subalternos u otras reacciones extremas de ese tipo; deberíamos proceder a una lenta y gradual disminución de actividades, tal como se sugirió en nuestros primeros comentarios enviados por cable a principios de mes, opinión que de todos modos coincide en gran parte con mi propia visión sobre el camino más adecuado para alcanzar los objetivos estadounidenses en Chile, quienquiera que llegue a la presidencia.

2: Informe de Contingencia (“Fidelismo sin Fidel”)

1970: Agosto

Secreto

Informe de Contingencia¹ *(“Fidelismo sin Fidel”)*

En este informe se parte del supuesto de que Salvador Allende será el próximo presidente de Chile. Ese infausto acontecimiento se da por sentado sólo para los efectos de este ejercicio de contingencia. En este documento no examinamos las perspectivas electorales del candidato de la Unidad Popular, ni sus probabilidades en una estrecha elección cuyo vencedor casi con seguridad deberá ser escogido por el Congreso. Baste advertir al respecto que en las actuales evaluaciones de la embajada el triunfo de Allende es posible, pero no probable.

GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR

Las fuerzas políticas que llevarán a Allende al poder pueden ser vistas, en su conjunto, como representantes de lo que cabría denominar “fidelismo sin Fidel”. En esencia, la Unidad Popular representa el mismo tipo de incómoda alianza entre nacionalistas revolucionarios y comunistas ortodoxos que Castro ha establecido en Cuba. Sin embargo, hay dos diferencias fundamentales: Allende, político transaccional por naturaleza, no es Fidel; y al Partido Comunista chileno, el socio dominante en la coalición de Allende, le cabe un papel político incomparablemente más activo que el que alguna vez desempeñó el PSP en su relación con Castro. No obstante estos factores creemos que la analogía anterior resulta útil al momento de trazar el curso que supuestamente seguirá el gobierno de la Unidad Popular. Con las mismas fuerzas políticas y los mismos compromisos ideológicos en juego, prevemos una repetición de la experiencia cubana, al menos en términos programáticos, si no en lo referente al estilo revolucionario. Allende ha prometido que intentará alcanzar aquí en Chile los objetivos de

¹ [Informe al que se alude en el cable del Departamento de Estado del 5 de agosto de 1970 (véase 1-1), así como en la conferencia y entrevista que dio el embajador E. M. Korry en el Centro de Estudios Públicos en octubre de 1996, *infra*. (N. del E.)]

la revolución cubana, y no vemos motivo para no tomar en serio sus palabras.

Con todo, la Unidad Popular en el poder se verá al principio como una agrupación intrínsecamente inestable de nacionalistas marxistas (el Partido Socialista), comunistas de la línea moscovita, católicos revolucionarios (MAPU) y oportunistas de la izquierda (el Partido Radical y la API de Rafael Tarud). Esta situación permite augurar que habrá una pugna por conseguir cargos y posiciones de influencia; también pueden esperarse controversias públicas entre los socios de la coalición basadas en su comportamiento en el pasado; y es probable que desde un comienzo se advierta claramente una atmósfera de confusión en el proceso gubernamental a medida que Allende intente actuar empleando, en forma directa o indirecta, mecanismos de la alianza tales como el proyectado “comité político” de alto nivel (un grupo para proponer y coordinar iniciativas políticas compuesto por representantes de las organizaciones miembros de la Unidad Popular). Estos sucesos pondrán de relieve la manifiesta debilidad de un gobierno de coalición que no cuenta con un claro mandato popular (suponiendo, como nosotros en este informe, que el 4 de septiembre Allende no obtendrá más que una mayoría relativa), que carece de mayoría en el Congreso, y que afronta un clima de hostilidad en sectores clave y, en variable grado, en las Fuerzas Armadas, el Poder Judicial y la prensa.

No es dable esperar que estas manifestaciones de incoherencia vayan a afectar, sin embargo, la fundamental identidad de propósitos en que se basa la Unidad Popular. Comunistas y socialistas concuerdan plenamente respecto de lo que debe hacerse para traer la “revolución” a Chile, vale decir, aniquilar a la derecha económica y extirpar toda influencia estado-unidense. Sus socios minoritarios no sufren dilemas teóricos que les impidan aceptar cualquiera de estos objetivos, y en todo caso no tienen muchas opciones en esta materia.

Es cierto que existen profundas diferencias en cuanto a la estrategia revolucionaria a largo plazo y a los objetivos ideológicos. (Por ejemplo, los radicales, sin duda, no prevén la implantación del tipo de Estado marxista centralizado que imaginan los comunistas.) Lo que es más importante, los socialistas y comunistas han rivalizado durante años en el movimiento laboral, en las universidades y en grupos juveniles; y en un régimen de la Unidad Popular su antagonismo inevitablemente se extenderá hasta convertirse en una lucha por el poder político y estatal. Sin embargo, esa situación podrá dar escasa tranquilidad a aquellos que esperan preservar la democracia chilena y los vínculos con Estados Unidos.

En efecto, los marxistas deberían encontrar la vía relativamente despejada cuando intenten alcanzar su doble objetivo. En la actualidad, los comunistas y socialistas ejercen una poderosa influencia en los medios de difusión, el movimiento laboral y las instituciones educativas, influencia que dentro de poco sería predominante gracias al poderío y los recursos de que dispone el gobierno. (A nuestro juicio, el grupo Edwards y sus diarios pueden ser destruidos en el corto plazo a través de medidas impositivas y crediticias, incluso aunque Allende no intente expropiar *El Mercurio*, como amenazó en una oportunidad.) Ya existe una mayoría parlamentaria que permite la completa nacionalización de sectores clave de la economía: el cobre, el salitre, la distribución de petróleo, la energía, las comunicaciones y probablemente la banca. Otras actividades privadas estarán a merced de presiones gubernamentales indirectas; Allende no necesitará la venia adicional del Congreso para atacarlas, debido a que el Ejecutivo ya tiene facultades para fijar precios, influir en la distribución del crédito, controlar las importaciones y autorizar competitividad en las importaciones.

Allende ha prometido que su gobierno permitirá que todos los partidos políticos continúen funcionando libremente, pero la posibilidad real de ejercer una oposición sería más ilusoria que real. El *Partido Nacional* [PN] depende de la derecha económica, por lo que la destrucción de esa base permitirá eliminar eficazmente esa colectividad como una fuerza política significativa. El *Partido Radical* [PR], formado por un conjunto de oportunistas de clase media, es particularmente vulnerable a la manipulación a través de la concesión de favores políticos o del uso de sus compañeros de ruta. Como aliado de la Unidad Popular, al PR le puede aguardar con toda probabilidad una suerte similar a la que corrieron los grupos colaboracionistas no marxistas en Europa Oriental después de 1944. Los demócrata-cristianos, que forman la mayor agrupación política del país, tal vez se dividirán como producto de maniobras políticas hábilmente tramadas por los marxistas. Una facción minoritaria de orientación izquierdista ya ha manifestado su voluntad de participar en un gobierno de la Unidad Popular; al interior del PDC existe una base de apoyo bastante amplia en favor de los programas de Allende dirigidos en contra de la derecha económica; y dividir a los principales bandos de este partido, por lo tanto, no resultará muy difícil si se avivan las diferencias ideológicas y programáticas.

Más lejos en el espectro político, el MIR, la juventud del MAPU y otros elementos de la “nueva izquierda” tal vez encontrarán el ritmo y las políticas de un gobierno de Allende demasiado tímidos para su gusto. Estos grupos serán objeto de intensas presiones para que se sometan, y pueden

esperar un trato duro de parte de los comunistas. Este problema bien podría devenir en una fuente de conflictos entre los dos socios principales de la Unidad Popular, dada la simpatía de los socialistas por el modo en que el MIR enfoca la rebelión.

Son las Fuerzas Armadas —según lo admiten con tanta claridad los comunistas— las que representan la única amenaza crítica para la Unidad Popular. Aquí una vez más, sin embargo, Allende dispondrá de herramientas que le permitirán neutralizar cualquier oposición potencial. De conformidad con la tradición chilena, él tiene la facultad de escoger a los comandantes de cada rama, excluyendo a los oficiales más antiguos y antagónicos, quienes en esas circunstancias deben pasar a retiro. Según nuestros pronósticos, a Allende no le resultará difícil encontrar altos oficiales adeptos a su causa, o al menos neutrales que apoyen al presidente constitucional. Mediante sueldos y beneficios generosos, renovación de armamento y de equipos, o simplemente adoptando una actitud de respetuosa atención a las inquietudes castrenses —la cual contrastaría notoriamente con la que prevaleció a lo largo de gran parte del gobierno de Frei—, se podría establecer un clima de lealtad y hasta de adhesión personal. La, por lo general, baja calidad del liderazgo militar, unida a rivalidades de larga data entre las distintas ramas (en especial entre el Ejército y Carabineros) también le facilitarán la tarea a Allende. Creemos que el mismo planteamiento básico será aplicable a Carabineros, pese a que en la actualidad esa institución mantiene una relación hostil con la Unidad Popular. Además, en Carabineros existe una marcada tradición de apego al Poder Ejecutivo y de respaldo a la autoridad constitucional. Por último, teniendo en cuenta el débil y arcaico sistema jurídico chileno las perspectivas de que el Poder Judicial oponga una resistencia eficaz no son auspiciosas.

En suma, el gobierno de la Unidad Popular puede consolidar su poder y llevar a cabo en Chile las primeras etapas de la revolución sin necesidad de apartarse de la legalidad o de violar las normas constitucionales. Se calcula que los objetivos políticos más ambiciosos del programa de la coalición, tales como establecer una “asamblea popular” unicameral que controle el Poder Judicial, originarán una oposición más enérgica, pero de todos modos podrían alcanzarse sin apelar a medidas extremas. La Constitución faculta al primer mandatario para convocar a un plebiscito nacional en caso de que las discusiones entre el Ejecutivo y el Congreso sobre un tema de fondo hayan llegado a un punto muerto. Además, la ley vigente sobre seguridad nacional le confiere al primer mandatario atribuciones casi ilimitadas en caso que decidiera ejercerlas. En consecuencia, los instrumentos para llevar a cabo una revolución incruenta, pero generalizada, están al

alcance de la mano; la manera y la oportunidad en que se usen dependerán de factores como el ritmo y el estilo.

RITMO Y ESTILO DE LA REVOLUCIÓN

Carlos Altamirano ha planteado una tesis básica del socialismo: la verdadera batalla por la revolución sólo se inicia después de la elección de Allende. Altamirano, lo mismo que otros miembros del sector extremo del Partido Socialista, vislumbra una acelerada y espectacular transformación revolucionaria acompañada de lucha de clases y violencia. Por otra parte, los comunistas y sus patrocinadores soviéticos condenan este tipo de “izquierdismo” y abogan en favor de un proceso dilatado y más gradual para sentar sólidas bases con miras al advenimiento del socialismo en el futuro. (Este aspecto queda comprobado con excepcional claridad en el documento A-114 de la embajada en Moscú.) Los intereses del Estado soviético entran en juego. Éstos no se verían favorecidos por acontecimientos que alarmaran o provocaran de manera indebida a los Estados Unidos o al resto de las naciones de Latinoamérica. Tal vez cabría esperar que Allende, político instintivamente inclinado a la cautela, favorezca esta última postura, si tenemos en cuenta —como también debería hacerlo Allende— la amenaza de una intervención militar en caso de una alteración grave del orden público.

De modo que en el futuro percibimos un intenso conflicto al interior de la Unidad Popular en torno al ritmo y al estilo de la revolución, en el que los socialistas y quizás los “mapucistas” presionarán en favor de un cambio acelerado y de medidas extremas, mientras que Allende, los comunistas y los radicales se controlarán. Aun así, creemos que se llegará a un acomodo si Allende es capaz de demostrar que ha progresado en la consolidación del apoyo popular (lo que debería reflejarse en las elecciones municipales de marzo de 1971), al mismo tiempo que se dan pasos inequívocos en contra de la derecha económica y de Estados Unidos.

Con el fin de satisfacer estas necesidades políticas su programa inicial debería incluir medidas para: 1) poner fin a la devaluación, congelar los precios al consumidor e imponer una estricta regulación cambiaria; 2) eliminar la devolución de derechos de exportaciones, reorientar los flujos de crédito y establecer nuevas fuentes de importaciones; 3) solicitar a un Congreso favorablemente dispuesto que ponga término a la distinción legal entre obreros y empleados de oficina, que equipare las asignaciones familiares y reduzca los impuestos a los artículos de primera necesidad;

4) procurar obtener la autorización del Congreso para nacionalizar las empresas cupríferas, de distribución de petróleo y los bancos; 5) poner término al programa bilateral de ayuda estadounidense, reconocer al gobierno de Cuba, de Vietnam del Norte y de otros países, expulsar del país a la Fundación Ford y a la Fundación Rockefeller; y 6) intensificar los programas de vivienda y obras públicas, extender los esfuerzos en materia de educación y de salud pública, y eliminar los reajustes por variación del costo de la vida en los pagos hipotecarios al organismo fiscal de la vivienda. (Para una lista más completa de la gama de opciones propuestas por Allende y la Unidad Popular, véanse los documentos A-212 y A-247 de la embajada.)

Este listado, que en ningún caso es exhaustivo, sugiere la mezcla de demagogia e ideología que a nuestro juicio empleará Allende. El enfoque se adecua al clima político de Chile, gradualista hasta cierto punto, pero efectivo en preparar el camino para las medidas marxistas de mayor alcance que se adoptarán después: por ejemplo, la reforma agraria con granjas estatales según el modelo cubano; la eliminación de la pequeña burguesía mediante la nacionalización progresiva de todo el comercio; el fin de las elecciones directas, libres y periódicas; y la imposición de la disciplina laboral con el respaldo de fuerzas policiales.

Este avance de la revolución a un ritmo gradual obedece a los intereses de los comunistas, quienes por su grado superior de organización y disciplina deberían ser capaces de ejercer un control progresivo sobre la maquinaria estatal, claro que esta vez sin un Fidel que les obstruya el paso. No estamos en condiciones de establecer un cronograma preciso, pero nos parece razonable vaticinar que el proceso avanzará con la rapidez suficiente para otorgarles a los marxistas un férreo control del país antes de las elecciones parlamentarias de 1973, y para excluir la necesidad de celebrar elecciones presidenciales libres en 1976.

ALLENDE Y LOS ESTADOS UNIDOS

Los voceros de la Unidad Popular, incluidos el propio Allende y el comunista Volodia Teitelboim, han negado que su gobierno buscará una confrontación con los Estados Unidos. Subrayan la factibilidad de que ambas naciones sostengan relaciones en un clima de normalidad y corrección siempre y cuando exista un claro respeto por la soberanía chilena. Al mismo tiempo, Allende describe el “imperialismo estadounidense” como el “único enemigo” en Latinoamérica, mientras, como hemos advertido, la

eliminación de la influencia norteamericana en Chile sigue siendo un objetivo fundamental de la Unidad Popular. Al respecto se plantean dos alternativas básicas: 1) en algún momento —tal vez al comienzo— el gobierno de Allende provocará deliberadamente una confrontación con Washington en un afán por concitar un respaldo nacionalista y crear el tipo de psicología del asedio que le ha sido de tanta utilidad a Castro; o 2) Allende procederá con cautela y calma, expresando su voluntad de mantener relaciones normales, pero al mismo tiempo adoptando las medidas contrarias a los intereses estadounidenses con las que se ha comprometido. En cualquiera de estos casos, el objetivo sería achacar a los norteamericanos el mayor grado posible de responsabilidad por el deterioro de las relaciones.

La primera opción puede atraer a Altamirano y a su grupo, en tanto que la segunda parece adaptarse mejor a los designios comunistas y a las inclinaciones del propio Allende. (La identidad de la persona elegida por Allende para ocupar la cartera de Relaciones Exteriores podría indicar cuál fue la alternativa escogida. La designación de un radical de la vieja guardia —como se ha rumoreado— apuntaría a la segunda.) Los aspectos tácticos determinarán el estilo en que se manejarán las relaciones con la Casa Blanca, lo mismo que la oportunidad para dar algunos pasos, pero no se modificarán las intenciones básicamente hostiles de la Unidad Popular.

De cualquier modo, tal como ya hemos señalado, se puede esperar que, al comienzo, Allende adopte algunas decisiones que afecten nuestros intereses, incluidas la nacionalización confiscatoria de los *holdings* privados norteamericanos y el establecimiento de relaciones con Vietnam del Norte, Corea del Norte, China Popular y Alemania Oriental. El siguiente es un resumen de la gama de iniciativas que podría llevar a cabo en otras áreas de interés para los Estados Unidos:

Acuerdos bilaterales

Allende se ha comprometido a denunciar “todos los tratados o acuerdos que limiten nuestra soberanía y, específicamente, los tratados de asistencia recíproca, los pactos de ayuda mutua y otros convenios que Chile haya suscrito con los Estados Unidos”. En nuestra opinión, procederá a anunciar que su gobierno no está obligado a observar disposiciones de los acuerdos económicos y militares vigentes que puede considerar perjudiciales. En algunas circunstancias el próximo paso bien puede ser la denuncia abierta y formal: por ejemplo, el Convenio sobre Garantía a las Inversiones, el Cuerpo de Paz y el Acuerdo Básico sobre Cooperación Técnica y Económica firmado en 1951, cuyos términos han regido muchas de nues-

tras actividades en este país. Por razones que se analizan más adelante, es posible que actúe con mayor lentitud en lo que respecta a los acuerdos sobre defensa mutua y misiones militares, pero es dable esperar que tarde o temprano se rechazarán con gran alarde publicitario todos los vínculos militares con los Estados Unidos.

Préstamos y crédito internacional

En el programa de la Unidad Popular se declara que tanto “la ayuda y los préstamos del exterior condicionados por motivos políticos” como los préstamos que imponen condiciones para el empleo de los fondos que “dañen nuestra soberanía y se contrapongan a los intereses del pueblo, serán rechazados y denunciados por el gobierno”. A nuestro juicio, es probable que Allende traiga a colación préstamos otorgados en el pasado por la AID —en particular los préstamos para programas— e intente sacar provecho político de las condiciones asociadas a ellos. Lo anterior podría traducirse en un esfuerzo para obligarnos a renegociar los plazos, o en una abierta negativa a pagar los intereses y las principales cuotas de algunos préstamos otorgados por la AID. Si bien no resulta fácil predecir cómo se aplicará esa estrategia en términos específicos, estamos ciertos de que en su manejo de aproximadamente US\$ 502 millones (netos) en deuda pendiente de cobro con la AID, Allende no se dejará influir por la posibilidad de que en el futuro Chile necesite recibir asistencia bilateral.

El gobierno de la Unidad Popular requerirá, por cierto, créditos externos y procurará conseguirlos en Europa Occidental y Japón, lo mismo que en el bloque soviético. En este contexto deben tenerse en cuenta los US\$ 307 millones (netos) en préstamos sin reembolsar otorgados por el Eximbank, y no nos parece que se vaya a decidir en un comienzo dejar de pagar o denunciar esta deuda. No obstante, teniendo en cuenta lo que percibimos como una inevitable tendencia hacia el conflicto en varios niveles con los Estados Unidos, no puede haber seguridad de que estas obligaciones permanecerán intactas en el largo plazo.

Inversión privada externa y comercio exterior

Allende y sus economistas consideran la inversión privada externa como una sangría de los recursos naturales del país, por lo que no les molestaría su desaparición, la cual se da casi por segura. Vislumbramos la nacionalización confiscatoria de los más importantes *holdings* estadounidenses, y una presión cada vez mayor, aunque selectiva, sobre el resto de

las inversiones norteamericanas. Dudamos que las empresas estadounidenses vayan a estar muy dispuestas a soportar esta situación por mucho tiempo, en especial porque la regulación cambiaria será, sin duda, extremadamente rígida.

En el programa de la Unidad Popular se destaca la intención de rechazar cualquier tipo de “imposición foránea” sobre el comercio, y de establecer relaciones comerciales “con todos los países del mundo”. Voceros de la coalición han asegurado que el intercambio comercial con el bloque soviético y Europa Occidental aumentará substancialmente. Preveemos un esfuerzo deliberado por alejar al comercio chileno de Estados Unidos. La favorable situación cambiaria de Chile, combinada con una política de eliminación de las inversiones privadas estadounidenses, debería facilitar este cambio de rumbo.

AID y PL-480

No tenemos motivos para dudar de la declarada intención de Allende de eliminar los últimos vestigios de “dependencia”. La ideología y la política interna de la Unidad Popular exigen poner fin cuanto antes a la asistencia bilateral estadounidense, por muy beneficiosa que la continuación de nuestras actividades en Chile pudiera resultar para los programas sociales y de desarrollo de la UP. Por fortuna, la AID tiene pocos compromisos pendientes en Chile, de manera que sería posible que esta entidad finalizara rápidamente y sin demasiadas tensiones sus actividades en este país. Por motivos relacionados con la política local, Allende tal vez vacilará en suspender de inmediato el proyecto de construcción del puerto de San Vicente, aunque con seguridad procurará encontrar una fuente alternativa de financiamiento. No habrá interés por otros préstamos o por la asistencia técnica de Washington, ni tampoco por programas de planificación familiar u otros semejantes. Cualquier esfuerzo tendiente a continuar con las actividades de supervisión y evaluación de la AID se enfrentaría con una inflexible y publicitada resistencia.

Los programas de alimentación escolar y preescolar en el marco del PL-480 Title II podrían representar un problema especial. Sin esta asistencia, desde un comienzo a Allende le resultará sumamente difícil entregar la leche, los almuerzos y los desayunos gratuitos que ha prometido para los niños chilenos. Los programas “de trabajo por alimento” tienen un considerable impacto social en algunas áreas. Allende, por lo tanto, tendrá que

adoptar decisiones muy complicadas en esta área. Es posible que se demore en ejercer presiones para acabar con la ayuda mientras busca otras fuentes de asistencia alimentaria.

Cuerpo de paz

El gobierno de Allende no estará dispuesto a tolerar durante mucho tiempo la presencia de un Cuerpo de Paz en Chile. A este respecto existen dos modos de proceder: 1) denunciar el acuerdo sobre el Cuerpo de Paz y exigir el retiro de los voluntarios; o bien 2) no adoptar ninguna medida oficial, sino permitir que los comunistas (que sienten especial hostilidad hacia el Cuerpo de Paz) y otros grupos recurran al hostigamiento, a las acusaciones de espionaje y otros expedientes por el estilo para obligarnos a sacar del país a los voluntarios. Sea como fuere, no nos parece factible una permanencia prolongada de este organismo.

MilGroup y programas militares

La velocidad con que Allende actúe para suspender todos los vínculos militares con Estados Unidos dependerá una vez más de factores tácticos. Él deberá determinar si su posición respecto de las Fuerzas Armadas es lo suficientemente fuerte como para forzar una ruptura al principio. Según creemos, a pesar de que se efectuará una drástica reorganización en la estructura de mando, habrá inquietud en las Fuerzas Armadas respecto de la intención final del gobierno de la Unidad Popular, de modo que no sería extraño que se abrigara cierto deseo de mantener los lazos con Washington. Aun así, es probable que Allende logre superar este problema en un plazo bastante corto, quizás optando por suprimir los lazos a cambio de otros beneficios para los militares. Asimismo, pronosticamos que se recurrirá al bloque soviético como fuente de pertrechos militares y a Cuba para varios otros tipos de cooperación castrense.

AFTAC

Las actividades del destacamento 509, 517 y 519 se transformarán en un blanco ideal de la Unidad Popular para actividades de propaganda, basadas en acusaciones de espionaje y mantenimiento de bases militares ilegales. Si estas unidades siguen en Chile cuando Allende llegue a La

Moneda, no sería de extrañar que se exija su retiro con muestras de indignación y un amplio despliegue publicitario.

NASA

Debido a su relación con la Universidad de Chile y a la naturaleza de sus actividades, la estación de rastreo cuenta con cierto grado de protección intrínseca. Así y todo, no sería sorprendente que con el tiempo se organizara una campaña de hostigamiento y se le acusara de realizar actividades inadecuadas.

Presencia oficial de los Estados Unidos

En la actualidad trabajan unos 1.000 representantes del gobierno estadounidense en Chile, entre funcionarios oficiales, personal subalterno y voluntarios del Cuerpo de Paz. Una presencia de esta magnitud sería intolerable para un gobierno de Allende. Hoy, las probabilidades de sufrir acciones de hostigamiento son innumerables; si Allende escoge el método gradual, es posible que se ejerza ese tipo de presiones y que no se exijan en forma directa reducciones drásticas.

Ciudadanos estadounidenses en misión no oficial

No prevemos ningún tipo de amenaza a la seguridad física de los ciudadanos estadounidenses, ni siquiera un hostigamiento inducido a nivel oficial. El antinorteamericanismo virulento y personalizado es una actitud muy rara en Chile. Huelga decir, sin embargo, que la mayoría de los norteamericanos que vengan acá no se encontrarán con un país muy agradable para visitar o vivir en él.

ALLENDE Y EL RESTO DEL MUNDO

El programa de la Unidad Popular augura una política exterior basada en un “fuerte sentido latinoamericanista y antiimperialista”, vínculos especiales con pueblos que luchan por “la liberación y la independencia”, un énfasis en las relaciones con pueblos más que con ministerios de relaciones exteriores, el reconocimiento del derecho de rebelión contra el colonialismo y el “neocolonialismo”, las “relaciones, el intercambio y la amis-

tad con los países socialistas”, y la “solidaridad con Cuba”. De modo que la orientación general de la política exterior de Allende parece bastante clara; por lo que se refiere a aspectos específicos ofrecemos las siguientes evaluaciones sumarias:

OEA

El programa insta a denunciar a la OEA como instrumento del imperialismo estadounidense, y a crear una nueva organización “verdaderamente representativa” de los países latinoamericanos. Según hemos advertido, la contemplada “denuncia” no se refiere a medidas específicas y formales para suspender la afiliación de Chile a cualquier organismo que forme parte del sistema interamericano, o renunciar a las obligaciones contraídas por el país dentro del marco de tratados. En consecuencia, queda abierta la puerta para permanecer en la OEA, utilizando la calidad de miembro para fines de propaganda y como medio para fomentar la discordia desde el interior. Suponemos que la decisión táctica a este respecto se adoptará previa consulta con Castro y los soviéticos. En todo caso, está fuera de duda que Allende rechazará “cualquier forma de panamericanismo”, como se consigna en el programa.

Integración latinoamericana

Según nuestra evaluación, Allende adoptará un enfoque más bien cauteloso en esta materia. En la plataforma de la UP se insta a llevar a cabo un proceso de integración sobre la base de economías que se han “liberado de formas imperialistas de dependencia y explotación”. No obstante, se añade la promesa de que el gobierno “mantendrá una política activa de acuerdos bilaterales” en áreas de importancia para el desarrollo del país. Ciertos aspectos del Grupo Andino pueden resultar de interés para el gobierno de Allende (por ejemplo, la integración industrial, ámbito en que Chile cuenta con una ventaja natural), pero en líneas generales vislumbramos políticas económicas y financieras que harán improbable la participación de Chile en iniciativas de integración, salvo en las más modestas. La referencia a los “acuerdos bilaterales” es tal vez un indicio preciso del rumbo que adoptará Allende en sus relaciones económicas con el resto de los estados latinoamericanos.

Cuba

Allende ha dejado en claro que Chile y Cuba formarán un eje nort-sur para liderar la “revolución latinoamericana”. A juzgar por el temperamento y las ambiciones de Fidel, puede generarse un clima de cierta tensión, pero en general prevemos una muy estrecha colaboración. Un elemento clave en el desarrollo a más largo plazo de esta relación será el curso que adopten los vínculos entre la URSS y Cuba. Cualquier nuevo enfriamiento de la atmósfera en esa área podría originar discordias al interior de la Unidad Popular y, dependiendo del grado de influencia de los comunistas en ese momento, problemas con el régimen cubano.

Argentina

La intervención militar desde el lado oriental es y seguirá siendo una inquietante posibilidad para las fuerzas de la UP. Si bien no estamos en condiciones de analizar la manera en que Argentina podría reaccionar frente al establecimiento de un gobierno revolucionario marxista junto a su frontera, a nuestro juicio resulta improbable que este país vaya a hacer uso de la fuerza. Por otra parte, cabe esperar que Allende asuma una actitud prudente y correcta respecto de su vecino más grande. Creemos que él se esforzará al máximo por dar garantías a los argentinos de las intenciones pacíficas y amistosas del gobierno chileno, al tiempo que evitará comunicar cualquier impresión de excesiva cordialidad o familiaridad. Las posibilidades de que surjan problemas graves entre ambos países son, por cierto, ilimitadas.

Perú

Con respecto a Perú, la Unidad Popular adopta la perspectiva *fidelista*, según la cual el gobierno de Velasco Alvarado es “progresista” y exhibe un verdadero potencial revolucionario. Por lo menos un analista marxista ha señalado que el gobierno de Allende procurará entablar relaciones sumamente estrechas con este país. Prevemos que se realizarán intensos esfuerzos para persuadir al régimen peruano de que resulta pertinente establecer un vínculo especial y de que ha llegado el momento de unirse para reconocer al gobierno cubano y rechazar la tutela estadounidense. El objetivo final sería incorporar a Perú en el eje antiimperialista, propósito

que sin duda también está en la mente de Castro. Aun cuando no podemos pronunciarnos sobre las posibilidades de éxito de esa iniciativa, advertimos que los cálculos de Allende al respecto podrían influir poderosamente en el estilo y la velocidad con que se proponga revolucionar la política exterior chilena.

Exportación de la revolución

Es probable que la promesa de la Unidad Popular de apoyar la “lucha de los pueblos por su liberación y por la construcción del socialismo” se manifieste por algún tiempo en las palabras más que en los hechos. Puede esperarse que los comunistas, en particular, pongan freno a la tendencia socialista de comprometer directamente a Chile en la lucha por la “liberación nacional” de otros países. Allende deseará consolidar su propio régimen, tratando de no provocar a Argentina, a los Estados Unidos, o a ambos, mientras no haya alcanzado esa meta. Con todo, Bolivia puede plantear un problema especial. Algunos miembros del Partido Socialista, al igual que los miristas que reciben su apoyo, se encuentran involucrados en el movimiento Ejército de Liberación Nacional (ELN) de ese país y probablemente ejercerán presiones para que Chile les otorgue un apoyo más activo y amplio. Estimamos, sin embargo, que Allende, secundado por los comunistas, procurará moderar este tipo de entusiasmo e intentará mantener, al menos en apariencia, una postura de no intervención en los asuntos bolivianos. (Por lo que respecta a asuntos más de fondo en las relaciones con ese país, consideramos improbable que Allende vaya a realizar algún esfuerzo concreto para solucionar el problema del “acceso al mar”. Pese a que en el programa se menciona el compromiso de resolver las actuales disputas fronterizas de Chile, las restricciones nacionalistas adquirirán aun mayor fuerza bajo el régimen de la Unidad Popular.)

Con este breve análisis no se pretende sugerir que Chile durante el gobierno de Allende no representará una amenaza para la seguridad de sus vecinos latinoamericanos. Es probable que esta nación se transforme en un lugar de asilo, en una zona de estacionamiento y adiestramiento de grupos subversivos de toda Sudamérica.

Unión Soviética

No está claro cuál es la magnitud de la ayuda que el gobierno de la UP espera recibir de parte de la URSS. Allende, sin duda, prevé créditos

(en mejores condiciones que las obtenidas por el gobierno de Frei), un aumento del intercambio comercial, asistencia técnica y tal vez apoyo para proyectos de inversión. Por otra parte, nosotros pensamos que el régimen soviético no está preparado para asumir la pesada carga que supone un programa de ayuda al estilo cubano. La sólida posición de Chile en cuanto a reservas internacionales, junto con sus recursos de cobre, deberían permitir descartar esta última eventualidad. De todas maneras, es posible que los soviéticos se encuentren con una situación en que la Unidad Popular en conjunto —si no el propio Allende— trate de recibir una señal inequívoca de que Moscú prestará apoyo económico. Esto podría generar un clima inicial de desencanto y de fricción, pero nos parece que en el largo plazo el Kremlin aplicará en su debido momento una política de ayuda. También cabe esperar que los soviéticos proporcionen asistencia militar a través de la venta de armas en condiciones ventajosas, lo cual tendría muy buena acogida en las Fuerzas Armadas chilenas, actualmente abrumadas por problemas atribuibles a equipos desmantelados u obsoletos. En todo caso, a nuestro juicio, en el futuro inmediato los soviéticos no impondrán una presencia militar en gran escala, aunque puede que introduzcan en forma gradual una misión de adiestramiento. Tanto Allende como los comunistas y el Kremlin intentarán una vez más proceder con cautela para no provocar una alarma innecesaria, especialmente entre los socialistas, quienes tienden a albergar sospechas respecto de la “otra gran potencia imperialista” del mundo.

China Popular

Lo único que advertimos con relación a este tema es que el maoísmo no es un factor determinante en el escenario chileno y que al interior de la UP se aprecia una notoria ausencia de partidarios del régimen de Pekín. Con el reconocimiento de la China Roja por parte de Chile, los socialistas pueden abrigar la esperanza de establecer un vínculo que permita contrapesar la influencia soviética, pero el PC chileno y Moscú tendrán la sartén por el mango.

Japón y Europa Occidental

Un objetivo primordial de Allende será conservar y fortalecer los actuales mercados para el cobre y otros minerales chilenos. Como ya se señaló, a este respecto podría resultar eficaz un cambio en las importacio-

nes chilenas. La prensa marxista ha dado mucho bombo a las supuestamente óptimas relaciones de Castro con países de Europa Occidental —en particular con Francia— y suponemos que Allende hará hincapié en esos lazos. También es probable que se intente conseguir inversiones participativas de Europa y Japón en la minería y otras áreas.

OBJETIVOS ESTADOUNIDENSES

Como se indica en el CASP [Informe Estratégico y de Análisis por País], no podemos identificar en este país ninguna área de interés vital para la seguridad norteamericana. La caída de Chile en manos del totalitarismo marxista no debería considerarse, por lo tanto, una amenaza para los Estados Unidos desde el punto de vista militar. Al mismo tiempo, la victoria de Allende significará una derrota para Washington, una derrota que pondrá en peligro nuestros intereses históricos en el hemisferio y la “relación especial” que el régimen del Presidente Nixon desea mantener.

Como se pretende aclarar en este documento, dudamos de que en Chile se vaya a echar pie atrás una vez que Allende se instale en La Moneda. Él tendrá la voluntad y los medios para situar con firmeza al país en la órbita socialista y para establecer el eje chileno-cubano según lo prometido. En tales circunstancias, el objetivo principal de la Casa Blanca debería ser, simplemente, limitar el daño en el resto del hemisferio. Lo anterior supone la adopción de medidas para fortalecer el sistema interamericano y nuestras relaciones con sus países miembros. Será tarea de Washington determinar cuáles podrían ser esas iniciativas; sólo cabe advertir que, dada esta nueva situación, tal vez sea necesario subrayar en algunos países la conveniencia de mantener vínculos estrechos con Estados Unidos.

Nuestro objetivo al interior de Chile podría describirse como el fortalecimiento de las agrupaciones residuales que tengan algún tipo de compromiso democrático o antimarxista. El planteamiento en sí parece bastante razonable, pero lo difícil es vislumbrar la manera de traducirlo eficazmente en medidas prácticas. Resulta innegable que esas agrupaciones van a existir, y su fuerza numérica será impresionante; también parece probable que mantendremos contactos con los democratacristianos, los radicales y tal vez con algunos oficiales del Ejército. Con todo, fuera de ejercer una influencia ocasional y marginal, a nuestro juicio no hay otras posibilidades de que la embajada adopte medidas significativas.

No obstante, pensamos que Washington haría bien en conservar cierta presencia norteamericana en Chile, aunque sea mínima, y mantener

relaciones tan normales como le sea posible con el gobierno de Allende. Puede que en algún momento se presente la oportunidad para que la Casa Blanca adopte ciertas medidas, y de cualquier modo la experiencia aconseja que una embajada estadounidense en el lugar de los hechos siempre resulta útil en tales situaciones.

Lo anterior nos conduce a un propósito negativo, pero trascendental. Si logramos evitar que nos asignen el papel de chivo expiatorio como lo hizo Fidel Castro en Cuba, nuestros intereses en Chile y, lo que es mucho más importante, en la totalidad de Latinoamérica se verán enormemente favorecidos. Allende y sus seguidores tratarán de utilizar con fines nacionalistas el argumento de la “amenaza del imperialismo”, manipulando la imagen de Estados Unidos hasta el extremo de hacerla aparecer como una nación que adopta duras represalias y comete una agresión indirecta contra el pueblo chileno. Nuestra política debería orientarse hacia una actitud de no intervención, evitando las confrontaciones siempre que sea posible.

POSICIÓN Y REACCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

Al considerar la naturaleza de la reacción norteamericana descartamos las medidas militares, sean directas o indirectas (a través de Argentina), inminentes o reales. También subrayamos el hecho de que disponemos de una gama extremadamente limitada de otros mecanismos de influencia. Lo anterior es aplicable a la AID —cuya asistencia Allende ni desea ni necesita—, a las sanciones económicas (un embargo estadounidense sólo produciría efectos limitados, al menos en el corto plazo), y a las medidas políticas. Esta relativa impotencia sugiere la necesidad táctica de evitar las reacciones desmedidas, graduar y medir las respuestas frente a actos hostiles a la luz de las circunstancias específicas, y entregar la iniciativa a Allende siempre que sea posible.

Al planificar nuestra reacción frente a la nueva revolución chilena, Washington se verá en la necesidad de mantener un delicado equilibrio. Como una cuestión de espíritu democrático y de solidaridad en Chile y en el hemisferio, conviene que no demos una impresión de indiferencia o de indolente aceptación de esta victoria del totalitarismo. Al mismo tiempo, el clima imperante en Latinoamérica no permitirá, al menos en el corto plazo, ninguna iniciativa que pudiera interpretarse como una actitud intervencionista. (Es poco probable que la fórmula utilizada en el caso cubano —el énfasis en la seguridad colectiva y en la incompatibilidad del comunismo con el sistema interamericano— surta efecto esta vez.) Una vez más, plan-

tear las recomendaciones en estos términos resulta mucho más fácil que traducirlas en acciones concretas.

Con relación a los demás gobiernos del hemisferio sólo podemos recomendar un enfoque en el cual se ponga de relieve nuestra preocupación, nuestra disposición a consultar y colaborar en el espíritu de la política del Presidente, y nuestra correspondiente intención de evitar las medidas unilaterales. Es probable que surja uno que otro problema bastante incómodo, por lo menos, con algunos países —en especial, quizás, con Argentina— que presionarán para que Washington adopte una actitud más enérgica. De todos modos, a este respecto deberíamos tener en cuenta que Allende tratará de encontrar oportunidades para dividir el hemisferio en países que adoptan y no adoptan conductas políticas del tipo “gorila”. Sería recomendable mantener nuestro compromiso con un enfoque verdaderamente colectivo.

Frente al nuevo gobierno chileno deberíamos asumir una actitud franca y directa: esto es, Estados Unidos está preparado para mantener relaciones normales y colaborar en materias que son claramente de mutuo beneficio. Aclararíamos en privado que la naturaleza de la respuesta norteamericana dependerá en gran medida de cómo el gobierno de Allende sea percibido al aplicársele los mismos criterios con que juzgamos el caso cubano: esto es, evitar una presencia militar soviética amenazante y no exportar la revolución. En el supuesto de que cumpla con dichos criterios, entonces estaremos dispuestos a abstenernos de represalias según lo permita nuestra legislación, a analizar las posibilidades de cooperación en materia de comercio y desarrollo si lo desea el gobierno chileno, y, como participantes en instituciones internacionales, a evaluar las solicitudes chilenas de asistencia multilateral según los méritos de cada caso.

Lamentablemente, es difícil que esta actitud razonable vaya a disuadir al gobierno de Allende, por lo que sin duda nos veremos en la necesidad de aplicar diversas formas de represalia. Aparte de lo que con certeza será la imposición de sanciones obligatorias en virtud de nuestra FAA [Ley Federal de Aviación] y otros cuerpos legales, tal vez haya algunas áreas en que las acciones norteamericanas podrían tener un efecto más que incómodo. Según se afirma, el Banco Central mantiene en Estados Unidos un considerable porcentaje de su oro y divisas. (El monto total de sus reservas de oro y depósitos en bancos extranjeros supera los US\$ 400 millones.) Quizás podríamos analizar por anticipado la factibilidad jurídica y práctica de congelar este activo como una forma de prepararse con miras a la eventual expropiación de bienes norteamericanos en Chile, teniendo en cuenta que el gobierno de Allende trasladará cuanto antes sus reservas a otro lugar.

Otros puntos vulnerables que podrían considerarse al momento de planificar respuestas graduadas incluyen las operaciones rentables que efectúa LAN Chile hacia y desde los Estados Unidos, los productos no minerales exportados desde Chile hacia nuestro país (en especial fruta), actividades de transporte marítimo y créditos de bancos comerciales. Cabe hacer notar que en ninguno de estos casos las probabilidades de éxito son muy grandes. En cuanto a las medidas obligatorias, en el Apéndice (A) se analizan las principales dificultades que deberemos afrontar a consecuencia de la legislación vigente.

A continuación se exponen a grandes rasgos otras áreas de respuesta:

PL-480. Podríamos anticiparnos a la asunción de Allende reduciendo o suspendiendo por adelantado nuestros programas de Title II, aunque nos parece una opción poco atractiva por afectar a niños que sufren hambre. Recomendamos que los programas se mantengan en su nivel actual siempre y cuando podamos supervisarlos para impedir abusos, y siempre y cuando Allende declare públicamente su intención de que continúen. Para lograr esto último bastaría plantear el asunto al nuevo gobierno, poniendo de relieve los acuerdos PL-480 con Chile, que aún están en vigor. (A nuestro entender, al menos la aplicación de la Enmienda Hickenlooper no afectaría los programas de las instituciones de beneficencia. Nosotros no contemplaríamos la posibilidad de renovar el acuerdo de asistencia intergubernamental PL-480.)

Asistencia técnica. No deberíamos ofrecer ningún nuevo programa de asistencia técnica, sino comenzar de inmediato a suspender gradualmente lo que estamos haciendo ahora. Esta recomendación se basa en el presentimiento de que las iniciativas estadounidenses en áreas como el control demográfico, el desarrollo urbano, la capacitación laboral entregada por el American Institute for Free Labor Development (AIFLD), la comercialización de alimentos y la promoción de las exportaciones no serán bien acogidas por este gobierno. Aun cuando, según nuestra táctica general, habría que dejarle la iniciativa a Allende, no vemos ninguna utilidad en empeñarnos en continuar con empresas que requieren una gran cantidad de personal y dan pie para situaciones de hostigamiento y confrontación. No sería nuestro ánimo interrumpir ninguno de estos programas de manera aparatosa e intempestiva, con excepción del AIFLD que debería suspenderse a la mayor brevedad posible. Más bien habría que limitarse a reducir poco a poco nuestras actividades, eliminando gradualmente el personal a lo largo de un período que puede ser de seis meses y permitiendo que los programas lleguen a su fin de manera espontánea.

AID. En el Apéndice (B) se describe someramente cuál será nuestra situación crediticia el 4 de noviembre, y se indica que existen pocos problemas en esta área. Con respecto al préstamo para construir el puerto de San Vicente, aconsejamos asumir una actitud pasiva y expectante para ver qué ventajas podríamos conseguir según cuál sea la reacción de Allende. Si por casualidad el gobierno de Frei suscribe un Segundo Préstamo para el Sector Agrícola, entonces habría que adoptar una conducta semejante. De lo contrario retiráramos la propuesta.

Por lo que se refiere a la asistencia multilateral, adoptaríamos la estrategia general ya señalada, pero dejando abierta la posibilidad de respuestas graduadas en esta área. A nuestro juicio, la anunciada promesa de Allende en cuanto a que romperá con el FMI puede afectar el futuro de las actividades del International Bank for Reconstruction and Development (IBRD) en Chile.

Cuerpo de Paz. El 4 de noviembre en Chile habrá alrededor de 100 voluntarios, a ninguno de los cuales les quedará más de un año de servicio en este país. Tan pronto como asuma el gobierno de la UP, recomendamos plantearle en forma directa la siguiente pregunta: ¿desean que los voluntarios permanezcan y completen su período? Si la respuesta es claramente afirmativa, deberían continuar en Chile. No haríamos planes para traer a nuevos voluntarios, salvo que se observe un giro sumamente inusual en los acontecimientos.

MilGroup. No debería adoptarse ninguna medida tendiente a retirar nuestra misión militar o suspender la asistencia y los programas de adiestramiento actualmente en curso, salvo si se aplicaran restricciones legislativas, en cuyo caso solicitaríamos la mayor flexibilidad posible. Nuestro objetivo sería entregar a Allende la iniciativa en un asunto que podría resultarle muy doloroso.

AFTAC [Comando Aéreo Táctico de la Fuerza Aérea Estadounidense]. Como se señaló anteriormente, las actividades especiales de la Fuerza Aérea estadounidense plantean un problema complicado. En nuestra opinión, la prudencia exige retirar del todo los destacamentos, proceso que debería iniciarse tan pronto como se aprecien señales inequívocas de que Allende será el nuevo presidente. La única alternativa que se nos ocurre sería que la Fuerza Aérea de nuestro país emitiera oportunamente un comu-

nicado público en que explique con exactitud qué es y a qué se dedica la AFTAC. Por razones obvias, esta medida serviría para presionar a Allende. Si bien no recomendamos esta maniobra, ella no debería descartarse.

USIS [Servicio de Información de los Estados Unidos]. Una vez más, le entregaremos la iniciativa a Allende y continuaremos normalmente con nuestros programas culturales, de información y de centros binacionales hasta que el gobierno disponga lo contrario. De todos modos, este aspecto de las operaciones norteamericanas en Chile requerirá una cuidadosa planificación de imprevistos para así poder afrontar una situación radicalmente distinta.

CAS. Según entendemos, el CAS cuenta con su propio plan para situaciones imprevistas.

Presencia estadounidense. En cuanto parezca evidente que Allende será elegido tendríamos que aplicar un programa planificado de reducción de personal con el fin de transformar la embajada en un organismo pequeño, compacto y eficiente. Durante este proceso los funcionarios abandonarán el país en forma individual y discreta, y no mediante espectaculares puentes aéreos o maniobras similares. La mayor parte del proceso debería completarse en seis meses. El propósito final sería constituir una misión diplomática aproximadamente comparable, en tamaño y estructura, a la embajada estadounidense en Varsovia. (También sería necesario reproducir aquí la sección consular de Polonia, que es bastante amplia, con miras a lo que, según se espera, será un enorme ajetreo en esa dependencia.) La AID podría tardar algo más en ser desmantelada por etapas, pero creemos que durante el primer año se lograría reducir su planta a dos funcionarios y un asistente administrativo, personal que sería capaz de encargarse de asuntos aún no resueltos.

Suponiendo que se suspendan en forma gradual las actividades de Title II, como parece probable, y se ponga fin a las ventas de equipos militares (aunque desearíamos que esta alternativa se dejara pendiente), para el FY-73 se necesitarán recursos, según nuestros cálculos, por US\$ 5 millones. Lo anterior se basa en la optimista convicción de que los programas de la USIS continuarán según lo planeado y de que se mantendrán las operaciones de la NASA. (Para fines de comparación, véase página 2, Anexo 1 del FY-72CASP, Informe Estratégico y de Análisis por País.)

1-11: Se solicita opinión sobre tres opciones políticas para el gobierno de EE UU si Allende llegase a la presidencia

De: Departamento de Estado de los EE UU

A: Edward M. Korry, embajador de EE UU en Chile

1970: 5 de agosto

Cable from State (Normal Channel) Aug 5, 1970:

We want your views on the following options we are developing for NSM Contingency Paper, draft outline of which you saw here. Please give us your judgment as soon as ~~possible~~ conveniently possible as to which of these options would best serve our interests:

- 1) Make a conscientious effort to work out modus vivendi
- 2) Maintain minimal relations
- 3) Seek to isolate and hamper.

1-2I: Se solicita opinión sobre cuarta opción política para el gobierno de EE UU si Allende llegara al poder

De: Crimmins, Subsecretario Adjunto de EE UU

A: Edward M. Korry, embajador de EE UU en Chile

1970: 5 de agosto

Back-channel message also sent 8/5/70 from Deputy Assistant Secretary Crimmins at request of Kissinger's office:

"As you consider three options in sept 61, we want also to consider a fourth which we are treating separately with a very restricted distribution. This option would be the overthrow or prevention of the inauguration. We would like to have your views on:

---A) prospects that the Chilean military and police would take action on their own to overthrow Allende and the prospects that the military would be encouraged ~~and~~ to take by elements such as (name of high Christian Democrat ~~stockholder~~ who was particularly close associate of Frei and which is not essential for Moyano.)

---B) which elements of military police might try an overthrow.

---C) prospects for success if the military and police tried to overthrow Allende or prevent his inauguration.

---D) importance of U.S. attitude to initiation or success of such an operation;

---E) from your contact with Argentine representatives in Santiago how do you evaluate Argentine desires and intentions regarding anti-Allende actions?"

(Note by HMK for ~~XXXX~~ ^{8/5/70} I was told later in Washington that this cable had been instigated at the White House via the usual Kissinger to Undersecretary Johnson unwritten communication channel of direct conversation. Crimmins expected me to knock down the ideas contained in the questions sent in his name just as I had agreed ---to use the words of the State Dept in April of that year-- "the destruction" of the plans by Council of the Americas to have a joint US-Big Business plan operation to elect Alessandri "as in 1963" ~~(see outland letter)~~

1-3I: Respuestas de Edward M. Korry, embajador de Estados Unidos en Chile, en relación con las opciones para el gobierno de EE UU si Allende llegara a la presidencia

1970: 10 de agosto/11 de agosto

1. Following are my responses to three questions refel:

A. A conscious effort to work out modus vivendi is a theoretical hypothesis without relation to reality. While Allende Govt would move internally with initial prudence to seek to maintain a framework of constitutionality and legality, it would be committed, as Allende has stated, to policies that treated US imperialism as public enemy number one in the hemisphere. Aside from nationalization of US industries, elimination of US influences in country, recognition of China, North Korea, East Germany, North Vietnam

2

and the NLF, etc., which in themselves would make a
modus vivendi a practical impossibility for the US, the
profound changes in the structure of Chile would probably
necessitate an external "enemy" to justify an accelerating
revolution. Almost daily, the Allende press is focussing
on different aspects of US "imperialism" in Chile --
birth control, education, nutrition, you name it --
accusing contractual AID and direct hire employees of
espionage and/or imperialism. These specific "fingerings"
(which would justify kidnappings by Miristas in the event
of an Allende defeat) cannot be considered campaign
tactics: rather they are a part of a considered strategy that
fits doctrinal requisites and revolutionary imperatives
for an Allende Govt.

3

B. Thus for me the issue is not whether we have "confrontation" but how we deal with it. Above all, it requires a cold realism in the evaluation of our ability to influence events.

C. I assume as a given that we shall have a de facto confrontation in that most sensitive of all Chilean issues, copper. The nationalization of the US companies without effective, adequate or prompt payment will produce at the minimum a de facto ban on Chilean copper imports by US companies. The Chilean copper situation is not analgous to, say, the IPC in Peru or even the Bolivian Gulf problem. IPC did not export oil and oil does not represent for Peru in economic terms what copper signifies for Chile or for the affected US companies. As for Bolivia, no one takes anything as definitive in that unhappy land. Although

4

legally, the USG would not necessarily be responsible for prohibiting the import of copper, the distinction will be lost on most Chileans and, I would think, on most Latin Americans. This abdication of responsibility in public terms could have conflicting impact on different Chilean segments of opinion, tending in some instances to consolidate support for Allende while perhaps provoking in others encouragement for opposition to Allende. But the point is that the combination of the almost inevitable elimination of all but a small diplomatic US presence and the effective ban on copper imports will create a

what I understand to be the thrust of Reitel's option C --- "seek to isolate and hamper". Such a policy might envisage a political effort in the OAS or in organisms such as the CECLA where we would seek to expel or isolate Allende (who might as well isolate himself from OAS); our economic effort might include utilizing US weight to veto loans from the IADB or IBRD. From this limited vantage point, I estimate that the effort required with other Latin countries to impose a strategy of deliberate and public confrontation would either be beyond our capacity or at such high cost as not to be practical. There are too many anti-interventionists in Latin America plus too many who read the lessons of the experience with Castro through a discouraging optic to permit us to contemplate with realism that kind

6

E. But if Latin America and world opinion is not generally prepared to endorse public confrontation there is nonetheless a considerable body of opinion that is opposed to Marxist-Leninism, to the revolutionary alliance between Cuba and Chile and to the growth of direct Soviet power in Latin America. We have no choice, I am reluctantly persuaded, but to seek to tread an uncomfortable, unsatisfying and uncertain line between these two largely incompatible Latin lodes of anti-interventionism and anti-Communism (a short-hand term to encompass the foregoing sentence). Since we shall have *de facto* confrontation what I am suggesting is that style will count for much more than substance once Allende is President. The manner in which we accept inevitabilities, the words and the forums by which we choose to make known our fundamental

J

7

disagreement with the nature of the evolving Allende system, the subtleties we employ in diplomatic dialogue with other govts and in other international dialogues --- these are the kinds of decisions to which we are realistically limited in my judgment once Allende is sworn in as President.

F. The Allende forces cannot escape the conclusion that if he is inaugurated that the US has admitted its impotence.

To be sure his first few weeks or months will pose a delicate challenge, particularly with the military whom he must be careful not to arouse to action by imprudent purges or other revolutionary exuberances. He will surely seek to concentrate his actions against that potent yet minuscule number of foreign and domestic companies that form the economic base of the political right of center; soak the rich is never unpopular and there are

J

8

always sufficient numbers of the moderately well-off who believe that their own skins can be saved at the expense of the ~~fat cats~~. There is a very broad base of popular and political opinion that would at the very least be unopposed to such a tactic and who would regard such actions as the justifiable fulfillment of Allende's electoral platform. It would take a certain amount of time for copper nationalization to be passed by the Congress and for the US companies to impose a de facto ban. I would guess that Allende having gauged the US as impotent to prevent his inauguration would assume our further impotence to impose on Chile an economic or political boycott of any effectiveness. Copper is not sugar and the world will need it; moreover the big Chilean markets are in Japan and in Western Europe where, if our

J

9

experience with Cuba is any guide, US dissuasive pressures ^{also} would not count for much. Allende ~~also~~ knows that he can manufacture hard reserves for Chile by simply defaulting on US AID loans that total approx. \$500,000,000 (and that in any case in my view is going to be the next big objective of Latin and LDC nationalism). He will come into office with record reserves of some \$400,000,000, with record copper production and with every hope of maintaining labor discipline. All these assets form a very considerable cushion for a country that can maintain its Western European markets, increase its Asian ones and can expect a growing Eastern European and Chinese interest. All of which is to say that 1970 Chile is not a 1959 Cuba integrated into the US market; Chile would not require wrenching changes in trade patterns and it



10

has the human talents and organizational skills plus a broad popular political base to prove the impotence of US public confrontation. To the extent that we indulged our own desires to display our hostility, it would certainly contribute to the public justification by Allende for each successive action that served to extirpate US influence. It would also help to rationalize the acceleration of Eastern European and Chinese activities in Chile.

2. I conclude that we have no options once Allende is inaugurated but to roll with the punch which in terms of refel signifies option B -- "to maintain minimal relations". We should be prepared, of course, to exploit, the unexpected, be it the consequence of Allende misjudgments or any of a host of abrupt alterations in

the world balance that might affect Chile.

3. We shall have a special problem with Argentina and perhaps with Brazil. The Argentine Amb has repeatedly broached contingencies with me, most recently on Aug. 7. Frankly he is not capable of dealing with this topic as is evident from his lack of range or perception and from his suggestion that the subject should be jointly considered at a different (he clearly implied security-intelligence) level. His govt is very justifiably concerned by the implications for Argentina of a Chile run by a govt committed to revolution in Latin America, with 900 miles of impossible-to-control frontier and with a large Chilean proletariat minority settled close to the border. The Amb talks vaguely of joint political and economic actions but when I asked just what he

J

had in mind, it was not discretion but lack of ideas and of knowledge that limited his responses. He wanted me to tell him.

4. It is important that we bring along as much of Latam opinion as we can in dealing with an Allende govt. Most likely, Argentina and Brazil -- and in certain circumstances Peru and Bolivia -- will want arms from the US. But again it will be style xxx that can count for something, and different styles with different govts.

We may wish to establish some joint Chilean information mechanisms with the Argentines and perhaps others. Peru will also be of particular importance but since that is not my parish I will not go beyond flagging the self-evident.

REF: Santiago's 3078

1. Upon rereading reftel with my recommendation for "rolling with the punch" and my emphasis on style, the following further specifics might serve to clarify.
2. What I recommend the US not ~~do~~ do is to indulge in public outcry and handwringing. Equally, I would hope most strongly that we would not heed those who might argue that if you make enough of an effort, you will eventually arrive at an "understanding" or "modus vivendi". We should keep an even calm keel; we should listen to whatever Allende ~~has~~ as to say and then make our own cool evaluations; we should not above all seek to buy him off by advance concessions; nor should we trespass beyond the limits of correctness into overt hostility. We should not be panicked by his election into precipitous withdrawal of dependents or similar over-reactions; we should proceed with a deliberate winddown of activities as proposed by our first mailed comments earlier this month and which in any case is, in good measure, consistent with my own view of how best to achieve US objectives in Chile whoever becomes President.

2I: Informe de Contingencia ("Fidelismo sin Fidel")

1970: Agosto

Contingency Paper

This paper proceeds from an assumption that Salvador Allende will be the next President of Chile. That unhappy development is contemplated only for the purposes of this contingency exercise. We do not examine here the Popular Unity candidate's electoral prospects or his chances in what will almost surely be a congressional run-off. It is sufficient to note in this regard the Embassy's current assessment that an ultimate Allende victory is possible but not probable.

Government of Popular Unity

The political forces Allende will bring to power can be seen in combination as representing what may be described as Fidelismo without Fidel. Essentially Popular Unity is the same kind of uneasy alliance between revolutionary nationalists and orthodox Communists that Castro has established in Cuba. There are two major differences: Allende, by nature a transactional politician, is no Fidel; and the PCCh, the dominant partner in Allende's coalition, has an incomparably stronger political hand to play than the PSP ever held in its dealings with Castro. Despite these factors, we believe the analogy is useful in plotting the course a Popular Unity Government may be expected to take. With the same basic forces and the same ideological commitments at work, we foresee a repetition of the Cuban experience, at least in programmatic terms if not in the element of revolutionary style. Allende has promised to pursue the goals of the Cuban revolution here in Chile, and we see no reason not to take him at his word.

On the surface, however, Popular Unity in power will appear at first as an inherently unstable grouping of Marxist nationalists (the Socialist Party), Moscow-line Communists, revolutionary Catholics (MAPU) and opportunists of the left (the Radical Party and Rafael Tanco's API). A scramble for positions and influence is predictable; public squabbling among the coalition partners can be expected on the basis of past performance; and considerable confusion in the governmental process will probably be apparent from the outset as Allende attempts to operate with and through such coalition devices as the projected high-level "political committee" (a policy steering and

coordination group made up of representatives of Popular Unity's member organizations). These developments will highlight the apparent weaknesses of a coalition government without a clear popular mandate (presuming, as we do, no more than a plurality for Allende on September 4), lacking a majority in Congress and facing hostility in key sectors, including to varying degrees the military, the judiciary and the press.

These manifestations of incoherence are not likely, however, to affect the fundamental identity of purpose on which Popular Unity rests. The Communists and Socialists are in firm agreement as to what must be done to bring the "revolution" to Chile: i.e., destroy the economic right and extirpate all U.S. influence. Their minor partners have no theoretical problems with either of these goals, and in any case have little choice in the matter.

Serious differences do exist over long-term revolutionary strategy and ideological objectives. (The Radicals, for example, certainly do not foresee the establishment of the kind of centralized Marxist state the Communists have in mind.) More importantly, the Socialists and Communists have for years been contenders in the labor movement, universities and youth groups; and under a Popular Unity regime their rivalry will inevitably extend to a struggle for political and state power. Nevertheless, there will be small comfort to be drawn from such a situation by those who hope for the preservation of Chilean democracy and U.S. ties.

The Marxists should in fact find the going relatively easy as they pursue their twin goals. Communist and Socialist influence in the media, the labor movement, and the educational institutions is presently strong, and with the leverage and resources of government should quickly be converted into predominance. (We assume that the Edwards group and their newspapers can be broken in short order by taxation and credit measures, even if Allende does not attempt the expropriation of El Mercurio he once threatened.) A majority already exists in Congress for complete nationalization of key sectors of the economy: copper, nitrates, petroleum distribution, power, communications and probably banking. Other private interests will be at the mercy of indirect government pressures; Allende will need no additional

—SECRET—

3

Congressional sanction to attack them through the government's existing authority to establish prices, influence credit distribution, control imports and authorize import competition.

Allende has pledged that his government will permit all political parties freely to continue their activities, but the consequent potential for opposition may be more apparent than real. The Partido Nacional depends upon the economic right; the destruction of that base will effectively eliminate the party as a significant political force. The Partido Radical, a collection of middle-class opportunists, is particularly vulnerable to manipulation through patronage and the use of fellow-travelers. As a partner in Popular Unity, the PR in all likelihood can look forward to the same fate that befell non-Marxist collaborationist groups in Eastern Europe after 1944. The Christian Democrats, the country's largest party, can probably be split by skillful Marxist political maneuvering. A minority left-wing faction has already indicated a willingness to participate in a government of Popular Unity; there is fairly wide support in the party for those elements of the Allende programs directed at the economic right; and dividing the major PDC groupings by playing on ideological and programmatic differences should not therefore be too difficult.

Farther out on the political spectrum, MIR, MAPU youth, and other "new left" elements will probably find the pace and policies of an Allende Government too timid for their tastes. These groups will be under heavy pressure to conform and can expect rough handling from the Communists. This problem may well prove a source of conflict between the two principal partners of Popular Unity, given the Socialists' affinity for the MIR approach to rebellion.

It is the Armed Forces, as the Communists so clearly recognize, which represent the only critical threat to Popular Unity. Here again, however, Allende will have the means to neutralize potential opposition. In keeping with Chilean tradition he can select his own service commanders, passing over the more senior and antagonistic officers, who in that circumstance must retire. We anticipate no difficulty in his finding sympathetic or at least neutral commanders to support the

constitutional president. Loyalty and even a personal following can then be established through generous pay and benefits, purchases of new arms and equipment, and a simple attitude of respectful attention to military concerns -- an attitude in marked contrast to that prevailing throughout much of the Frei Administration. The generally poor quality of military leadership, together with long-standing inter-service rivalries (particularly between the Army and the Carabineros) will also facilitate Allende's task. We believe the same basic approach will work with the Carabineros, despite the currently hostile state of relations between that organization and Popular Unity. The Carabineros again have a strong tradition of attachment to the executive power and support for constitutional authority. Finally, Chile's weak and archaic legal system does not offer promising prospects for effective resistance from the judiciary.

In sum, Allende's government of Popular Unity can consolidate power and bring the first stages of the revolution to Chile without departing from legality or violating constitutional norms. The more ambitious political objectives of the coalition's program, such as establishing a unicameral "people's assembly" with control over the judiciary, are calculated to arouse more serious opposition, but can still be reached without resort to extreme measures. The constitution empowers the President to call for a national plebiscite in the circumstances of a congressional-executive impasse on a major issue. In addition, the existing Law of National Security when invoked gives the President almost unlimited powers if he chooses to exercise them. The instruments for making a bloodless but sweeping revolution are thus at hand; considerations of pace and style will determine how and when they are used.

Pace and Style of the Revolution

Carlos Alamirano has stated a fundamental Socialist proposition: the real battle for the revolution only begins after Allende is elected. He and other extremists in the PS envisage a dramatic and rapid

revolutionary transformation, accompanied by class warfare and violence. The Communists and their Soviet supporters, on the other hand, deplore this kind of "leftism" and argue for an extended and more gradual process to build solid foundations for the future advent of socialism. (Embassy Moscow's A-1114 makes this point with exceptional clarity.) Soviet state interests come into play. These would not be served by developments which unduly frightened or provoked the United States and the rest of Latin America. Allende, a politician instinctively inclined toward caution, may be expected to favor this latter view, bearing in mind as he also must the threat of military intervention if public order is seriously disturbed.

We expect, then, sharp conflict within Popular Unity over the pace and style of the revolution, with Socialists and perhaps Mapuistas pressing for speed and radical action, while Allende, the Communists and the Radicals hold back. We believe, however, that an accommodation will be reached if Allende is able to show progress in consolidating popular support (which must be reflected in the March 1971 Municipal elections), while moving unmistakably against the economic right and the U. S.

In meeting these political requirements, his early program will include actions to: (1) end devaluation, freeze consumer prices and establish rigid exchange controls; (2) eliminate export drawback payments, redirect credit flows and establish new sources for imports; (3) petition a sympathetic Congress for an end to the legal distinction between white and blue collar workers, equalize family allowance payments and reduce taxes on necessities; (4) also seek Congressional authority for nationalization of the copper companies, petroleum distributors and banks; (5) terminate bilateral U. S. aid, recognize Cuba, North Vietnam et al. eject the Ford and Rockefeller Foundations; and (6) intensify housing and public works programs, expand educational and public health efforts and eliminate cost of living adjustments in mortgage payments to the government housing authority. (For a more complete list of the range of options which Allende and Popular Unity have put forward see the Embassy's A-212 and A-247.)

SECRET

This by no means inclusive listing suggests the mixture of demagoguery and ideology we believe Allende will employ. The approach is one fitted to Chile's political climate, gradualist to a degree, but also effective in preparing for the more far-reaching Marxist measures that will come later: e. g., agrarian reform with state farms on the Cuban model; elimination of the petite bourgeoisie through the gradual nationalization of all commerce; an end to direct, free and periodic elections; and the imposition of police-backed labor discipline.

This measured revolutionary pace responds to the interests of the Communists, who with their vastly superior organization and discipline should be able to exert increasing control over the machinery of state -- this time with no Fidel to block their way. We are unable to lay out any precise timetable, but believe it reasonable to predict that the process will move quickly enough to give the Marxists firm control of the country prior to the Congressional elections of 1973 and to forestall the necessity for a free presidential election in 1976.

Allende and the U. S.

Spokesmen for Popular Unity, including Allende and Volodia Teitelboim of the PCCh, have denied that their government will seek a confrontation with the U. S. They emphasize the feasibility of normal and correct state-to-state relations as long as there is clear respect for Chile's sovereignty. At the same time, Allende describes "U. S. imperialism" as the "one enemy" in Latin America while, as we have seen, the elimination of U. S. influence from Chile remains a fundamental goal of Popular Unity. There are two basic possibilities: (1) the Allende Government will at some point -- perhaps early on -- deliberately provoke a hostile confrontation with the United States in an attempt to arouse nationalistic support and create the type of siege psychology that has been so useful to Castro; or (2) Allende will move cautiously and quietly, protesting his desire for normal relations, while taking those measures contrary to U. S. interests required by his commitments. In either case the objective would be

to saddle the U. S. with as much of the responsibility as possible for the deterioration in relations.

The first option may appeal to Allamirano and his cohorts, while the second seems better to fit Communist designs and Allende's own inclinations. (The identity of Allende's choice for Foreign Minister may indicate which has been selected. Designation of an old-line Radical -- as has been rumored -- would point toward the second.) Tactical considerations will condition the style with which U. S. relations are conducted as well as the timing of certain moves, but will not alter Popular Unity's basically hostile intentions.

In any case, as we have already indicated, Allende can be expected at the outset to take certain actions affecting our interests, including confiscatory nationalization of private U. S. holdings and the establishment of relations with North Vietnam, North Korea, the CPR and the GPR. The range of moves he may make in other fields of interest to us can be summarized as follows:

Bilateral Agreements

Allende is pledged to denounce "all treaties or agreements -- which limit our sovereignty and specifically the treaties of reciprocal assistance, pacts of mutual aid and other pacts which Chile has signed with the United States". We believe he will follow through by announcing that his government is not bound by provisions it may consider injurious in the existing economic and military agreements. Outright and formal denunciation may well follow in some cases: e. g., the Investment Guaranty Agreement, the Peace Corps and the basic Economic and Technical Cooperation Agreement of 1951 under which many of our activities here are conducted. For reasons discussed below, he might go slowly in dealing with the Mutual Defense and Military Missions agreements, but we expect sooner or later a highly publicized rejection of all military ties to the U. S.

Loans and International Credit

The Popular Unity program states that "foreign aid and loans conditioned for political reasons" and loans which impose conditions

on the use of the proceeds which "injure our sovereignty and are contrary to the people's interests will be rejected and denounced by the Government." We think it likely that the Allende Government will dredge up past AID loans -- particularly the program loans -- and attempt to make political capital out of the conditions attached to them. This could lead to an effort to force us into renegotiation of loans, or might result in an outright refusal to pay interest and principal installments on some AID loans. How this will work out in terms of specifics is difficult to predict, but we feel confident that Allende is not to be influenced in his handling of approximately \$502 million (net) in outstanding AID debt by any consideration of possible future Chilean need for bilateral assistance.

The Government of Popular Unity will, of course, require foreign credits and will look for them in Western Europe and Japan as well as in the Soviet bloc. The \$397 million (net) in outstanding Export-Import Bank loans is a consideration in this regard, and we do not anticipate any early move toward default or denouncing of this debt. However, given what we see as an inevitable trend toward conflict on various levels with the United States, there can be no surety that these obligations will remain safe over the longer term.

Foreign Private Investment and Trade

Allende and his economists regard foreign private investment as a drain on the country's resources and will be untroubled by the virtually certain disappearance. We expect confiscatory nationalization of the major U. S. holdings and increasing if selective pressure on remaining U. S. investments. We doubt that U. S. companies will have much interest in trying to hold on for very long, particularly in view of what will surely be extremely rigid exchange controls.

The Popular Unity program stresses the intention to reject any kind of "foreign impositions" on trade and to establish commercial relations with "all countries of the world." Spokesmen for the coalition have promised substantial increases in commercial exchanges with both the bloc and Western Europe. We foresee a deliberate effort to shift the pattern of Chilean trade away from the United States. Chile's favorable exchange position combined with a policy of eliminating U. S. private investment should facilitate that shift.

SECRET**AID and PL-480**

We have no reason to doubt Allende's declared intentions to remove the last traces of "dependency". The ideology and internal policies of Popular Unity dictate an early end to bilateral U. S. assistance, however helpful to the coalition's social and development programs a continuation of some of our activities might appear. Fortunately, AID has few outstanding commitments here and a rather rapid winding-down of the AID function can be accomplished without too much strain. For local political reasons there could be hesitancy on Allende's part in putting an immediate end to the San Vicente Port project, but he will surely seek an alternative source of financing. There will be no interest in other U. S. loans nor in technical assistance, family planning programs and the like. Any effort to continue AID audit and evaluation activities would be met with stiff and publicized resistance.

PL-480 Title II school and pre-school feeding programs might present a special problem. Without this assistance, Allende will find it exceedingly difficult at the outset to provide the free milk, lunches and breakfasts he has promised to Chilean children. The food-for-work programs have considerable social impact in some areas. Allende, then, will have tough decisions to make in this area. He may go slow in pressing for termination, while looking for other sources of food assistance.

Peace Corps

The Allende Government will not be disposed to tolerate a Peace Corps presence in Chile for long. Two approaches are available: (1) denounce the PC agreement and demand the withdrawal of the volunteers; or (2) take no official action but allow the Communists (who are notably anti-PC) and others to use harassment, espionage charges and the like to force us to take out the volunteers. In any case, we do not consider a continued PC presence feasible.

MILGroup and Military Programs

How fast Allende moves toward terminating all military ties with the U. S. will again depend on tactical considerations. He must determine

If his position with the Armed Forces is strong enough to force the break at the outset. We presume, despite what will be a thorough shake-up in the command structure, that there will be uneasiness in the Armed Forces about the ultimate intentions of the Popular Unity Government. Some desire to maintain the U. S. connection might therefore be expected. Allende, however, can probably overcome this problem in a fairly short period of time, perhaps by bartering away the connection in return for other benefits to the military. We further anticipate a turn to the Soviet bloc as a source of military equipment and to Cuba for various other types of military cooperation.

AFTAC

Detachment 509, 517 and 519 activities will make an ideal Popular Unity target for propaganda built around charges of espionage and the maintenance of illegal military bases. If these units are still in Chile when Allende comes to power, we can expect an indignant and highly publicized demand for their withdrawal.

NASA

The tracking station, because of its relationship with the University of Chile and the nature of its activities, has a certain amount of built-in protection. Nevertheless, an eventual campaign of harassment and charges of improper activities would not be surprising.

Official U. S. Presence

We currently have close to 1,000 official Americans, dependents and PC volunteers in Chile. A presence of this size would be intolerable to an Allende Government. The possibilities for harassment are endless; if Allende chooses the gradualist approach, that kind of pressure rather than a direct demand for drastic reductions may well be forthcoming.

Unofficial Americans

We do not anticipate any threat to the physical safety of U. S. citizens, or even officially-inspired harassment. Virulent, personalised anti-Americanism is quite rare in Chile. Needless to say, however, this will not be a very comfortable country for most kinds of Americans to live in, or to visit.

Allende and the Rest of the World

The Popular Unity program forecasts a foreign policy based on a "strong sense of Latin Americanism and anti-imperialism," special ties with peoples struggling for "liberation and independence," an emphasis on relations with peoples rather than foreign offices, recognition of the right of rebellion against colonialism and "neo-colonialism," of "relations, interchange and friendship with the Socialist countries," and "solidarity with Cuba." The general direction of Allende's foreign policy thus seems clear enough; on specifics we offer the following summary assessments:

OAS

The program calls for denunciation of the OAS as an instrument of North American imperialism and the creation of a new organization "truly representative" of the Latin American countries. We note that the contemplated "denunciation" does not refer to specific and formal action to end Chilean membership in any part of the Inter-American system or to renounce the country's treaty obligations. The way is thus left open to remain within the OAS, using membership for propaganda purposes and as a means for promoting discord from within. We presume that the tactical decision in this regard will be made in consultation with Castro and the Soviets. In any case, there can be no question of Allende's rejection of "every form of pan-americanism" as the program puts it.

Latin American Integration

We expect a rather cautious approach in this field. The program calls for integration on the basis of economies that have been "liberated

from imperialist forms of dependency and exploitation. " The promise is added, however, that the new government will "maintain an active policy of bilateral accords" in areas that are of concern to Chilean development. Certain aspects of Andean Group activities may be of interest to the Allende Government (industrial integration where Chile has a natural advantage, for example) but in general we foresee economic and financial policies which will make unlikely Chilean participation in any but the most modest integration efforts. The reference to "bilateral accords" is probably an accurate indication of the direction Allende will take in his economic relations with the other Latin American states.

Cuba

Allende has made it clear that Chile and Cuba will form a north-south axis to lead "the Latin American revolution. " Given Fidel's temperament and ambitions, there may be some strains but we look generally for the closest collaboration. A key element in the longer-term development of this relationship will be the course of Soviet-Cuban relations. Any renewed cooling of the atmosphere in that quarter could produce discord within Popular Unity and, depending on the degree of Communist leverage at the moment, problems with Cuba.

Argentina

Military intervention from the east is and will continue to be a disturbing possibility to the forces of Popular Unity. We are not in a position to examine how Argentina may react to the establishment of a revolutionary Marxist government on its border, except to note our impression that Argentine use of force seems unlikely. For his part, Allende can be expected to adopt a circumspect and correct attitude toward Chile's big neighbor. We think he will go to considerable lengths to reassure the Argentines as to his government's pacific and friendly intentions, while avoiding any impression of undue warmth or intimacy. The possibilities for serious problems between the two countries are, of course, limitless.

SECRET

Peru

Popular Unity takes the fidelista view of Peru: i.e., that the Velasco Government is "progressive" and shows some real revolutionary potential. At least one Marxist commentator has already indicated that Allende's Government will seek the closest relations with Peru. We anticipate an intensive effort to persuade the GOP that a special relationship is in order and that now is the time to join in recognizing Cuba and rejecting U.S. tutelage. The ultimate aim would be to bring Peru into the anti-imperialist camp -- an objective Castro also clearly has in mind. We are unable to comment on the chances of success in such an undertaking, but note that Allende's calculations on that score could have an important effect on the style and speed with which he revolutionizes Chilean foreign policy.

Export of Revolution

Popular Unity's promises to support the "struggles of the peoples for their liberation and for the construction of socialism" is likely for some time to be more verbal than material. The Communists in particular can be expected to check Socialist inclinations to involve Chile directly in the fight for "national liberation" elsewhere. Allende will wish to consolidate his own regime and avoid provocation of Argentina and/or the U.S. until that is accomplished. Bolivia, however, may be a particular problem. Elements of the Socialist Party, and the Miristas they support, are apparently involved in the ELN movement in that country and will probably press for more active and substantial Chilean backing. We believe, however, that Allende will try with Communist support to dampen this kind of enthusiasm and maintain at least the appearance of non-intervention in Bolivian affairs. (With regard to the larger aspects of relations with that country, we consider it unlikely that Allende will make any real effort to resolve the "access to the sea" problem. Despite the program pledge to resolve Chile's existing border disputes, nationalistic constraints will operate with even greater force under the Popular Unity regime.)

SECRET

This brief discussion is not meant to suggest that Chile under Allende will not constitute a security threat to her Latin American neighbors. It is likely that the country will become a haven, a training and staging ground for subversive elements from all parts of South America.

Soviet Union

The degree of Allende's expectations of aid from the USSR are unclear. He undoubtedly anticipates credits (on better terms than the Frei Government obtained), increased trade, technical assistance and probably help with capital projects. We presume, on the other hand, that the Soviet Union is not prepared to take on the burden of a Cuban-style aid program. Chile's strong foreign exchange position and copper resources should rule out that latter contingency. The Soviets may find, however, that Popular Unity as a whole -- if not Allende -- will look for unambiguous evidence of Soviet economic support. This could produce some initial disappointments and frictions, but we presume an adequately likely forthcoming Soviet aid policy over the long run. It also seems that Soviet military assistance in the form of advantageous arms sales will be forthcoming and will prove welcome to the Chilean Armed Forces, beset as they are by problems of dilapidated and outmoded equipment. We do not, however, foresee the establishment of a major Soviet military presence in the near future, although the gradual introduction of a training mission may take place. Allende, the Communists and the Soviets will again wish to go slowly to avoid raising any unnecessary alarms, not least on the part of the Socialists who are inclined toward suspicions of the world's "other great imperialist power."

CPR

We only note in this connection that Maoism is not a factor on the Chilean scene and that Peking sympathizers are notably absent from Popular Unity. The Socialists may hope with Chilean recognition of Red China to forge a useful connection in offsetting Soviet influence, but the PCCh and Moscow will have most of the cards.

SECRET

Japan and Western Europe

A major Allende objective will be to preserve and strengthen the existing markets for Chilean copper and other minerals. As noted, a shift in Chilean imports can probably be used to effect in this regard. The Marxist press has made a good deal of Castro's purportedly excellent relations with Western European countries -- particularly France -- and we expect Allende to emphasize such ties. European and Japanese participatory investments in minerals and other areas may also be sought.

U. S. Objectives

As the CASP indicates, we are unable to identify any vital U. S. security interests in Chile. The fall of Chile to totalitarian Marxism cannot, therefore, be considered a threat to the nation in military terms. At the same time, Allende's victory will be a defeat for the U. S. -- a defeat jeopardizing our historic interests in the hemisphere and the "special relationship" which President Nixon's policy seeks to preserve.

As this paper tries to make clear, we doubt that there will be any turning back for Chile once Allende reaches the Moneda. He will have the means and the will to put the country firmly into the Socialist camp and to establish the Cuban-Chilean axis he has promised. Under the circumstances, the primary U. S. objective should be simply to limit the damage in the rest of the hemisphere. This suggests measures to strengthen the inter-American system and our relations with the countries in the system. We will leave to Washington the consideration of what those measures might be, only noting that in this new situation there may be a need with some of the countries to enhance the appeal of strong ties to the U. S.

Within Chile our objective could be described as strengthening those residual forces with any kind of democratic or anti-Marxist commitment. The statement itself is reasonable enough, but we are hard put to envisage how it might effectively translate into practical measures. That such forces will exist -- and in fairly impressive

SECRET

strength -- is unquestioned; that we can maintain contact with Christian Democrats, Radicals and perhaps even some military officers also seems likely. Beyond the exertion of occasional and marginal influences, however, prospects for meaningful Embassy action are not apparent to us.

Nevertheless, we believe that at least a minimal U. S. presence and the maintenance of the most normal possible relations with the Allende Government will be in the national interest. Opportunities may arise at some point for U. S. actions and, in any case, experience counsels that a U. S. Embassy on the spot in such situations is useful.

This leads to a negative but critical objective. Our interests within Chile and, far more importantly in Latin America as a whole, will be best served if we are able to avoid the scapegoat role cast for us in the Cuban case by Fidel Castro. Allende and his cohorts will try to make nationalistic use of the "imperialist menace" by maneuvering the U. S. into the appearance of harsh retaliation and indirect aggression against the Chilean people. Our policy should be directed at staying out of this game, at side-slipping the confrontations whenever possible.

U. S. Posture and Response

In considering the nature of the U. S. response, we rule out military measures, direct or indirect (through the Argentines), threatened or real. We also note the extremely limited leverage of other kinds available to us. This applies to AID, which Allende neither needs nor wants, to economic sanctions (at least in the short term a U. S. embargo would have minor effect), and to political measures. This relative impotence suggests tactical emphasis on avoiding overreaction, graduating and gauging responses to hostile actions in light of the specific circumstances, and leaving the initiative whenever possible to Allende.

The U. S. will have a delicate balance to maintain in projecting our reaction to the new Chilean revolution. As a matter of democratic

SECRET

morale and solidarity in Chile and the hemisphere, we would wish to avoid an impression of indifference to, or supine acceptance of this victory for totalitarianism. At the same time, the prevailing climate in Latin America will not permit, at least in the short run, anything that might be construed as an interventionist posture. (The formula used in the Cuban instance -- the emphasis on collective security and the incompatibility of Communism with the Inter-American system -- seems unlikely to work this time around.) Posing the recommendation in these terms is again much easier than translating it into specifics.

With the other governments of the hemisphere we can only suggest an approach emphasizing our concern, our willingness to consult and cooperate in the spirit of the President's policy, and our corresponding intention to avoid unilateral action. There are likely to be some rather uncomfortable problems with at least a few of the countries -- particularly perhaps Argentina -- which will be pressing for a more vigorous U.S. attitude. In that regard, however, we should keep in mind that Allende will look for opportunities to divide the hemisphere along "gorilla" and non-gorilla lines. Our commitment to a truly collective approach should be maintained.

With the new GOC we should be honest and direct: i.e., the U.S. is prepared to maintain normal relations and to cooperate in matters of clearly mutual benefit. We would make it clear privately that the nature of the U.S. response will depend in large measure on how the Allende Government measures up under the same criteria applied to the Cuban case: i.e., no threatening Soviet military presence and no export of revolution. Presuming these criteria are met, we will be prepared to avoid reprisals as our laws permit, to examine the possibilities for cooperation in trade and development should the Chilean Government wish, and as participants in the international institutions to judge Chilean requests for multilateral assistance on the merits of each case.

Unfortunately, this reasonable attitude is unlikely to deter the Allende Government, and we will then undoubtedly be faced with the necessity to retaliate in various forms. Beyond what will

SECRET

undoubtedly be application of mandatory sanctions under our FAA and other legislation, there may be a few areas in which U. S. actions could have more than a nuisance effect. The Central Bank reportedly holds a substantial portion of its gold and foreign exchange in the United States. (Total Central Bank gold and foreign bank deposits are in excess of \$400 million.) We might wish to examine in advance the legal and practical feasibility of freezing these assets in preparation for the expropriation of U. S. holdings here, bearing in mind that the Allende Government will shift its reserves elsewhere as soon as practicable.

Other points of vulnerability we might consider in plotting graduated responses include LAN's profitable operations to and from the U. S., Chilean non-mineral exports to the United States (fruit particularly), shipping activities, and commercial bank credit. We must note that none of these offer very promising prospects. With regard to mandatory actions, Attachment (A) reviews the principal issues we will confront as a result of existing legislation.

Other areas of response can be outlined as follows:

PL-480. We could anticipate Allende's inauguration by reducing or terminating our Title II programs in advance. This appears to us an unattractive option, involving as it does hungry children. It is our recommendation that the programs be continued at their present levels as long as we can monitor them to insure against abuse, and if Allende goes on record agreeing to their continuation. This latter would be accomplished by simply putting the question to the new government, calling attention to the existing PL-480 agreements with Chile. (It is our understanding that the application of at least the Hickenlooper Amendment would not affect the programs of the voluntary agencies. We would not contemplate any renewed government-to-government PL-480 assistance.)

Technical Assistance. We would offer no new technical assistance programs and would begin at once to phase out what we are now doing. This recommendation is based on the judgment that U. S. activity

SECRET

in such fields as population control, urban development, labor training (AIFLD), food marketing, and export promotion will prove unwelcome to the government. Although our general strategy would leave the initiative to Allende, we see no purpose in trying to continue pursuits which require substantial manpower and open the way to harassment and confrontation. It would not be our intention to break off any of these programs dramatically or suddenly, with the exception of AIFLD which should be terminated as quickly as possible. Rather, we would simply wind down by removing personnel gradually over a period of perhaps six months, allowing the programs to come naturally to a halt.

AID. Attachment (B) summarizes what our loan position will be on November 4 and indicates few problems in that area. We would recommend a passive attitude on the San Vicente Port loan, stalling to see what kind of leverage Allende's attitude might provide us. If by chance a 2nd Agriculture Sector Loan is signed by the Frei Government, we would take the same line. Otherwise we would withdraw the proposal.

With respect to multilateral assistance, we would adopt the general strategy already indicated, but holding open the option of graduated responses in this field. We note that Allende's proclaimed promise to break with the IMF may affect the future of IBRD activities in Chile.

Peace Corps. There will be approximately 100 volunteers in Chile as of November 4, none with more than one year to serve. We would propose putting the direct question to the government immediately after it assumes office: do you wish the volunteers to remain and complete their tours? If the answer is an unequivocal affirmative they would stay. We would make no plans to bring in new volunteers, barring a most unusual turn of events.

MILGroup. We would take no move to withdraw our military mission or terminate on-going assistance and training programs except as legislative restrictions might apply -- and in that respect we would ask for the greatest flexibility. Our objective would be to leave Allende with the initiative on what for him may prove a painful issue.

AFTAC. As noted previously, the special USAF activities pose a difficult problem. In our view, prudence requires a complete withdrawal of the detachments, a process that should begin as soon as it becomes apparent that Allende is to be President. The only alternative that occurs to us would be an opportune public announcement by the Air Force explaining exactly what AFTAC is and what it does. This might put some pressure on Allende for obvious reasons. We are not recommending such a maneuver but do not rule it out.

USIS. Again, we would leave it to Allende, continuing our informational, cultural and binational center programs at normal levels until the government decrees otherwise. This aspect of U. S. operations in Chile will, however, require some thoughtful contingency planning of its own to deal with a radically different kind of situation.

CAS. It is our understanding that CAS has its own ^{operational} contingency plan.

U. S. Presence. Beginning as soon as Allende's election is apparent, we would undertake a scheduled program of personnel reductions designed to produce a small, compact and efficient mission. The process would be accomplished by quiet individual departures, not through any dramatic airlifts or the like. We would plan to complete most of the process within six months. Our objective would be a mission roughly comparable in size and structure to the Embassy in Warsaw. (The rather large consular section in Poland might also have to be duplicated here in view of what we would expect to be a rush of business in that area.) The AID operation might require somewhat longer to phase out, but we believe a reduction to perhaps two officers and a clerical assistant can be achieved during the first year, and that such a staff would be adequate to handle residual problems.

Presuming, as seems probable, a phasing-down of Title II activities and an end to military sales (although we wish to hold that option open), we would forecast resource needs at around \$5 million in FY-73. This includes the optimistic assumption that

USCIB programs would continue as planned and that NASA operations would be maintained. (See Page 2, Annex 1 of the FY-72 CASP for description.)

CHILE EN LOS ARCHIVOS DE LA URSS (1959-1973)
(COMITÉ CENTRAL DEL PCUS Y DEL MINISTERIO
DE RELACIONES EXTERIORES DE LA URSS)

El material documental que se presenta en estas páginas consiste, por un lado, en documentos del Comité Central del PCUS (Partido Comunista de la URSS) que acreditan los aportes en divisas destinados al Partido Comunista chileno por intermedio del Fondo Internacional Sindical para la Ayuda de las Organizaciones Obreras de Izquierda (entidad creada en 1948 para canalizar ayuda del campo socialista a los partidos hermanos y movimientos afines en países no comunistas). Por otro lado, se dan a conocer aquí transcripciones de algunas de las conversaciones que sostuvieron los embajadores de la URSS (N. B. Alexseev y A. V. Basov) con dirigentes de la izquierda chilena durante el gobierno de la Unidad Popular, e ilustrativos informes de la embajada soviética en Santiago y de analistas de ese país sobre la situación política y económica en Chile, que aportan valioso material para el análisis de las conexiones entre la izquierda chilena y su socio estratégico (la URSS) y sobre las expectativas de unos respecto de los otros. También dan cuenta de quiénes eran los interlocutores en estas relaciones.

Los antecedentes que se presentan aquí, aunque no sean más que fragmentos de lo que quisiéramos disponer, permiten sin embargo vislumbrar la naturaleza y dimensiones de las relaciones entre la izquierda chile-

na, y en particular del Partido Comunista de Chile, con su “hermano mayor” durante una parte importante de la reciente historia de nuestro país.

Estos documentos forman parte del material reunido por las historiadoras Olga Uliánova y Eugenia Fediakova en la investigación realizada para el trabajo “Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría”, que también se incluye en esta edición de *Estudios Públicos*. La traducción al castellano y las notas a pie de página son de Eugenia Fediakova y Olga Uliánova.

La Dirección

ÍNDICE DE DOCUMENTOS

I. APORTES EN DIVISAS AL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE¹

1-1:	Crédito para propaganda comercial (1959)	p. 394
1-1R:	<i>Original en ruso</i>	p. 444
1-2:	Rendición de aportes entregados por el Fondo ² en 1966..	p. 397
1-2R:	<i>Original en ruso</i>	p. 447
1-3:	Aprobación de aportes del Fondo para 1970	p. 399
1-3R:	<i>Original en ruso</i>	p. 449
1-4:	Rendición de aportes entregados por el Fondo en 1973	p. 401
1-4R:	<i>Original en ruso (aparece la firma de L. Brezhnev)</i>	p. 451
1-5:	Aprobación de gastos para la creación del Buró del Partido Comunista de Chile en Moscú (13 de noviembre de 1973)	p. 403

¹ Los documentos provienen del Centro de Conservación de la Documentación Contemporánea (TsJSD) de Moscú, ex Archivo del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética. Estos documentos fueron abiertos para fines de investigación historiográfica en 1992, en el transcurso de la preparación del proceso contra el Partido Comunista de la URSS en la Corte Constitucional de la Federación Rusa.

² Se trata del Fondo Internacional Sindical para la Ayuda a Organizaciones Obreras de Izquierda, creado en 1948, cuyos fondos a partir de los años sesenta provenían en gran parte del Partido Comunista de la Unión Soviética.

II. INFORMES Y ANÁLISIS³

2-1:	Informe de la embajada de la URSS: “La reagrupación de las fuerzas políticas de Chile y las negociaciones del PDC con el bloque de izquierda de la Unidad Popular” (13 de octubre de 1970)	p. 405
2-2:	Conversación del embajador N. B. Alexseev con Volodia Teitelboim (14 de octubre de 1970)	p. 411
2-3:	Informe de la delegación soviética de la URSS que asistió a la ceremonia del traspaso de mando a Salvador Allende (27 de noviembre de 1970)	p. 414
2-4:	Conversación del embajador N. B. Alexseev con Orlando Millas (20 de diciembre de 1970)	p. 416
2-5:	Conversación del embajador A. V. Basov con representantes del Partido Socialista de Chile (26 de diciembre de 1971). p.	417
2-6:	Conversación del embajador A. V. Basov con Volodia Teitelboim (25 de enero de 1972)	p. 419
2-7:	Conversación del Ministro Consejero de la embajada de la URSS con el director económico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (25 de enero de 1972)	p. 421
2-8:	Conversación del embajador A. V. Basov con miembro de la comisión política del Partido Socialista de Chile (29 de mayo de 1972)	p. 423
2-9	Informe sobre la situación chilena elaborado por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS (ca. julio 1972)	p. 424
2-9R:	<i>Original en ruso</i>	p. 453
2-10:	Conversación del embajador A. V. Basov con Luis Corvalán y Volodia Teitelboim (13 de septiembre de 1972)	p. 441

³ Una parte de esta selección de documentos proviene del Centro de Conservación de la Documentación Contemporánea de Moscú, ex archivo del Comité Central del Partido Comunista de la URSS (TsJSD), los que fueron abiertos en 1992 en el transcurso de la preparación del proceso contra el Partido Comunista de la URSS en la Corte Constitucional de la Federación Rusa. Otros documentos fueron abiertos especialmente para este proyecto.

1-1: Crédito para propaganda comercial

1959: 17 de marzo

A: Comité Central del PCUS

Comité Central del PCUS

Absolutamente confidencial

17 de marzo de 1959

*Transcripción de la conversación
del vicepresidente subrogante de la Corporación “Libro Internacional”,
camarada N. E. Gordeev con los camaradas Bezrodnik (PC de Argentina)
y Corvalán¹ (PC de Chile) el 7 de marzo de 1959*

En la conversación asistieron:
de la Corporación “Libro Internacional”,
camarada Y. P. Gaydukova,

de Inizdat², camarada B. V. Kostritsin,

por encargo del CC del PCUS,
camarada V. V. Stoliarov.

Al comienzo de la conversación se discutieron problemas referidos a la divulgación de la literatura soviética en Chile.

Gordeev pide a Corvalán comunicar a los camaradas de la editorial “Austral” (o “Vida Nueva”) que la Corporación “Libro Internacional” espera recibir de ellos la información sobre los siguientes puntos:

1. La situación con la realización de libros editados en 1957 y planes de organización de la venta de literatura para el año 1959.

2. El convenio de traspaso del crédito de 6.259 dólares norteamericanos otorgado por la Corporación “Libro Internacional” a la editorial “Austral” para abrir la librería, e información de qué modo este crédito fue utilizado.

¹ [Se conserva la ortografía del original en ruso.]

² [Editorial de literatura en idiomas extranjeros.]

3. El informe sobre la propaganda comercial realizada en 1958 que tuvo el costo de 1.250 de dólares norteamericanos, adjuntando cuentas y muestras de la propaganda.

4. Planes de la editorial “Austral” por la edición de libros soviéticos en 1959.

Corvalán promete encargar la redacción de esta información y enviarla lo antes posible a través de un representante de la Corporación en Uruguay. De una manera preliminar, Corvalán nos informa que la acumulación en la editorial “Austral” de libros soviéticos reeditados en 1956-57 y no realizados, se explica por lo siguiente :

1) La editorial “Austral”, al igual que el Partido Comunista, hace poco tiempo recuperó su legalidad. Durante los años anteriores la venta abierta de libros soviéticos prácticamente no existía, lo que afectó negativamente los resultados.

2) Hasta hace poco tiempo la editorial no disponía de su propia red comercial. Actualmente esta red se está creando.

3) El nivel de vida de la población chilena es extraordinariamente bajo, especialmente en comparación con Argentina y otros países de América Latina. Como resultado, de una tirada de tres mil ejemplares de cada libro, el mercado nacional del país puede absorber entre 500 y 600 ejemplares. El resto la editorial pretendía divulgarlos en otros países.

4) La editorial ha exportado los libros publicados en varios países, pero sólo Argentina y Uruguay pagaron estos envíos (vía trueque). Otros países no han pagado, a consecuencia de que los suministros posteriores de libros fueron suspendidos.

5) La selección de libros propuestos para la edición no fue muy buena. No todos los libros publicados se divulgaban de igual forma. Sin embargo, hay que considerar que esto fue nuestra primera experiencia; de ahora en adelante todos los libros destinados a la edición pasarán por una selección más minuciosa.

Corvalán destaca que, desde su punto de vista, lo principal consiste en el hecho de que el crédito otorgado por la Corporación fue utilizado estrictamente de acuerdo a los fines para los cuales ha sido asignado. Nos asegura que la dirección del Partido está controlando con rigor que el gasto de recursos proporcionados por la Corporación se realice adecuadamente. Por el momento, la situación con la venta de literatura se mejoró considerablemente. En la ciudad de Santiago la venta se realiza a través de cuatro librerías del Partido, para cuya consolidación fue utilizado el segundo crédito, de 6.250 dólares norteamericanos, otorgado por la Corporación. En

1958 en Chile comenzaron a venderse los libros publicados en Moscú. Su entrada al país se realiza a través de Argentina y Uruguay.

A pesar de las dificultades que tiene la editorial “Austral” en la venta de libros publicados, Corvalán está seguro de que en 1959 sería conveniente editar 5 o 6 libros soviéticos más. Eso es necesario, considerando la apertura de mercados de otros países (Venezuela, Ecuador y otros), donde publicar libros soviéticos no es recomendable a consecuencia de altos costos de edición. Corvalán pide que le otorguen un crédito para estos fines, cuya suma la precisará más tarde a través del Representante de la Corporación en Montevideo. Explica que en el aspecto financiero la editorial comunista “Austral” es extremadamente débil, y no podrá seguir publicando libros soviéticos sola, sin la ayuda de la Corporación “Libro Internacional”. Espera que la dirección de la Corporación tome en cuenta su petición y hasta que reciba propuestas concretas respecto a la suma necesaria para la publicación de libros en Chile, reservaría 4 o 5 mil dólares norteamericanos.

Gordeev agradece por la información y promete considerar la petición de Corvalán.

[...]

Terminando la conversación, Gordeev desea a Bezrodnik y Corvalán éxitos en su actividad.

Transcrito por Y. Gaydukova

1-2: Rendición de aportes entregados en 1966

1966: 26 de diciembre

De: B. N. Ponomariov¹

A: Comité Central del PCUS²

Al Comité Central del PCUS

Informo sobre la realización de los gastos del “Fondo Internacional de Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda” para el año 1966.

El presupuesto para el año 1966 fue establecido con un total de 15.750.000 de dólares, formado con los siguientes aportes hechos por los partidos participantes del Fondo:

del Partido Comunista de la URSS	13.200.000 dólares
” Partido Comunista de Checoslovaquia	500.000 ”
” Partido Comunista de Rumania	500.000 ”
” Partido Obrero Unificado de Polonia	500.000 ”
” Partido Socialista Obrero de Hungría	500.000 ”
” Partido Comunista de Bulgaria	350.000 ”
” Partido Socialista Unificado de Alemania	200.000 ”

En 1966 la ayuda fue prestada a 69 partidos y organizaciones democráticas populares. Los recursos del Fondo fueron gastados completamente (el informe se adjunta).

Se propone crear el Fondo para el año 1967. Dado que muchos partidos solicitan aumentar los montos de ayuda para el año 1967 y en vista del aumento de la cantidad de organizaciones a las cuales se presta ayuda, en 1967 se considera conveniente aumentar la cuota anual del PCUS en 800.000 dólares.

Se adjunta el proyecto de la resolución del Comité Central del PCUS.

Firma: Ponomariov

26 de diciembre de 1966

¹ [B. N. Ponomariov, secretario del Comité Central del PCUS, encargado de asuntos internacionales desde mediados de 1950 hasta mediados de 1980.]

² [La confidencialidad de los documentos referentes a la ayuda financiera al movimiento comunista mundial alcanzaba tal grado que hasta los comienzos de los 70 éstos se escribían a mano, sin recurrir a la ayuda de mecanógrafa. Posteriormente aparecieron los formularios, hechos especialmente para estos fines, en los cuales los espacios correspondientes a las sumas y nombres de los países los llenaba a mano, personalmente, el miembro del Politburó responsable del Fondo.]

*Anexo**Informe sobre gastos del Fondo en 1966*

1.	PC de Italia	5.700.000 dólares
2.	PC de Francia	2.000.000 ”
3.	Partido Socialista de la Unidad Proletaria Italiana	970.000 ”
4.	PC de Finlandia	900.000 ”
5.	PC de EE UU	700.000 ”
6.	PC de Venezuela	500.000 ”
7.	PC de India	360.000 ”
8.	PC de Grecia	300.000 ”
9.	PC de Chile	300.000 ”
10.	PC de Brasil	250.000 ”
11.	PC de Uruguay	250.000 ”
12.	PC de Gran Bretaña	240.000 ”
13.	PC de Austria	200.000 ”
14.	Unidad de Pueblos de Kenia (Oguinga Odinga)	200.000 ”
15.	PC de Israel	160.000 ”
16.	PC de Irak	150.000 ”
17.	Movimiento Popular por la Liberación de Angola	145.000 ”
18.	Partido del Congreso Popular de Uganda	139.444 ”
19.	PC de Australia	130.000 ”
20.	Partido Socialista Obrero Campesino de Nigeria	127.889 ”
21.	PC de Canadá	120.000 ”
22.	Partido del Trabajo de Guatemala	120.000 ”
23.	PC de México	110.000 ”
24.	PC de Argentina	100.000 ”
25.	Partido del Trabajo de Suiza	100.000 ”
26.	Partido Vanguardia Popular de Costa Rica	100.000 ”
27.	Partido Socialista Popular Dominicano	90.000 ”
28.	Partido Africano de Independencia de Guinea “Portuguesa” y las Islas de Cabo Verde	70.000 ”

1-3: Aprobación de aportes para 1970

1969: 28 de diciembre

Decreto del Comité Central del PCUS

*Absolutamente confidencial**Decreto del Comité Central del PCUS**Tema del Departamento Internacional del CC del PCUS*

1. Aprobar la proposición del Departamento Internacional del CC del PCUS de crear el “Fondo Internacional de Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda” para el año 1970 con el presupuesto de 16.550.000 dólares y establecer la cuota anual del PCUS de 14.000.000 de dólares.

2. Encomendar a la dirección del Banco Estatal de la URSS (camarada Sveshnikov) entregar al camarada B. N. Ponomariov 14.000.000 dólares para fines especiales.

3. Encomendar al Departamento Internacional del Comité Central informar a los dirigentes de los partidos comunistas que participan del Fondo sobre el gasto de recursos en 1969 y acordar con ellos el monto del Fondo para el año 1970 por un total de 16.550.000 dólares y, asimismo, la cuota anual de cada uno de ellos en siguientes proporciones:

PC de Checoslovaquia: 500.000 dólares

PC de Rumania: 500.000 ”

POU de Polonia: 500.000 ”

PSO de Hungría: 500.000 ”

PC de Bulgaria: 350.000 ”

PSU de Alemania: 200.000 ”

*Anexo**Absolutamente confidencial*

Resolución del Comité Central del PCUS
Tema del Departamento Internacional del CC del PCUS

1. Prestar ayuda financiera en el año 1970:

al PC de Francia por un total de	2.000.000	de dólares
PC de Estados Unidos	1.000.000	" "
PC de Italia	3.700.000	" "
PC de Chile	400.000	" "
PC de Venezuela	500.000	" "
PS "Unidad Proletaria Italiana"	700.000	" "
PC de Israel	250.000	" "
PC de India	225.000	" "
PC de Grecia	150.000	" "
PC de Colombia	150.000	" "
PC de Uruguay	150.000	" "
PT de Guatemala	150.000	" "
PC de Canadá	140.000	" "
Movimiento Popular por la Liberación de Angola	120.000	" "
Partido Africano de Independencia de Guinea y las islas de Cabo Verde	100.000	" "
PC de Perú	140.000	" "
PC de Argentina	100.000	" "
PC de Paraguay	70.000	" "
PC de Ecuador	100.000	" "
PC de Dinamarca	100.000	" "
PC de Luxemburgo	90.000	" "
PC de Líbano	90.000	" "
PC de Salvador	80.000	" "
Partido Vanguardia Popular de Costa Rica	70.000	" "
PC de Honduras	60.000	" "
Partido Socialista Obrero Campesino de Nigeria	50.000	" "
PC de Portugal	50.000	" "
PC de Filipinas	40.000	" "
Partido Popular de Irán	20.000	" "
Partido de Unidad Socialista de Nueva Zelanda	25.000	" "
PC de Martinica	20.000	" "
Frente de Liberación Nacional de Portugal	10.000	" "
PC de Turquía	10.000	" "
PC de Sudáfrica	40.000	libras esterlinas

2. La entrega de recursos se encomienda al Comité de Seguridad del Estado (camarada Andropov).

28 de diciembre de 1969

1-4: Rendición de aportes entregados en 1973

1973: 17 de diciembre

De: Comité Central del PCUS

*Absolutamente confidencial**Carpeta especial**Comité Central del PCUS**Tema del Departamento Internacional del CC de PCUS¹*

Informo sobre la realización de los gastos del Fondo Internacional de Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda en el año 1973.

El presupuesto del Fondo para el 1973 fue establecido con un total de 16.550.000 dólares, compuesto con los aportes de los partidos participantes del fondo: PCUS: 14.000.000 dólares; PCCh, PCR, POUP, PSOH, 500.000 cada uno; PCB, 350.000 dólares; PSUA, 200.000 dólares.

En 1973 el *Fondo prestó ayuda a 69 partidos y organizaciones democráticas populares. El presupuesto del Fondo fue gastado completamente. El PC de Rumania no hizo su aporte anual al Fondo.*

Cabe señalar que dada la devaluación del dólar que tuvo lugar en los últimos años (casi en 20 por ciento), el aumento de impuestos y crecimiento de precios, en casi todos los países capitalistas han surgido dificultades en la actividad de los partidos hermanos para asegurar fuentes internas de financiamiento de los presupuestos de partido. En 1973 muchos partidos nos han dirigido solicitudes de prestar *ayuda financiera* adicional. Casi todos los partidos que *pidieron ayuda financiera para el año 1974* ruegan considerar el aumento de ayuda no menos que en 25-30 por ciento. Los recursos del Fondo actual no permiten satisfacer estas peticiones. Dadas estas circunstancias, consideraríamos conveniente a partir del 1974 aumentar el aporte anual del PCUS al *Fondo desde 14.000.000 hasta 15.000.000 de dólares*, asimismo que dirigirse a los partidos participantes del Fondo con la proposición de aumentar sus cuotas anuales al Fondo en 25-30 por ciento.

De esta manera, el *Fondo Internacional de Ayuda a las Organizaciones Obreras de Izquierda* en el año 1974 podría alcanzar la suma de *18.400.000 dólares*, incluyendo:

PCUS: 15.000.000 dólares	POUP: 650.000 dólares
PCCh: 650.000 "	PSOH: 650.000 "
PCR: 650.000 "	PCB: 450.000 "
	PSUA: 350.000 "

Se adjunta el proyecto de la Resolución del CC del PCUS.

17 de diciembre de 1973

Firma: Ponomariov

¹ [Los textos en itálicas aparecen en el original escritos a mano.]

*Absolutamente confidencial**Informe sobre gastos del Fondo en 1973*

Nº	Nombre de organización	Ayuda prestada (en dólares)
1.	PC de Italia	5.200.000
2.	PC de Francia	2.250.000
3.	PC de Estados Unidos	1.500.000
4.	PC de Finlandia	1.020.000
5.	PC de Chile	645.000
6.	PC de Venezuela	475.000
7.	PC de Israel	360.000
8.	PC de India	280.000
9.	PC de Brasil	240.000
10.	Movimiento Popular de Liberación de Angola	220.000
11.	PC de Austria	200.000
12.	PC de Uruguay	200.000
13.	PC de Irak	195.000
14.	PC de Líbano	180.000
15.	PC de Grecia	180.000
16.	PC de Colombia	175.000
17.	PC de Perú	155.000
18.	PC de Argentina	150.000
19.	Congreso Nacional Africano de África del Sur	150.000

1-5: Aprobación de gastos para creación del Buró del Partido Comunista de Chile en Moscú

1973: 13 de noviembre

De: Comité Central del PCUS

Protocolo de la sesión del Secretariado del Comité Central de PCUS de 13 de noviembre de 1973

[...] 9. Sobre la ayuda al PC de Chile. Asistieron : Suslov, Kirilenko, Kulikov, Pelshe, Delichev, Ponomariov, Kapitonov.

1. Satisfacer la petición del PCCh sobre la creación del Buró Extranjero del PCCh en Moscú.

1) Al Comité Ejecutivo del Soviet de Moscú (V. Promyslov): otorgar en el cuarto trimestre del año 1973 para las necesidades de la Administración del CC del PCUS una oficina para el Buró Extranjero del PCCh, de una superficie de hasta 130 metros cuadrados, y 5 departamentos, 3 de tres habitaciones y 2 de dos.

2) [...] amoblar la oficina y departamentos del encargado y de los cuatro miembros del Buró Extranjero del PCCh.

3) Al comité ejecutivo de la Unión de las Sociedades de la Cruz Roja y la Medialuna Roja (SOKK y KP) de la URSS: asumir con su presupuesto los pagos de gastos corrientes del Buró Extranjero, incluyendo gastos de mantención, por el monto general de 2 mil rublos mensuales; pagar al encargado del Buró, V. Teitelboim, medios de existencia materiales equivalentes a 400 rublos mensuales, y a los miembros del Buró hasta 300 rublos mensuales. Entregar el subsidio único para el equipamiento: al dirigente, 500 rublos; a los miembros del Buró, 400 rublos a cada uno.

4) Fijar para el secretario-intérprete del Buró Extranjero el salario mensual equivalente a 150 rublos. Otorgar al encargado del Buró el derecho de solicitar automóvil del garaje de la Administración del Comité Central del PCUS.

5) Encargar al Departamento 4° del Ministerio de Salud el servicio médico y de vacaciones para el encargado del Buró Extranjero, los miembros del Buró y sus familiares¹.

6) Crear el Comité de solidaridad con los demócratas chilenos (S. Shalayev). Su financiamiento encargarlo al Comité Soviético de la Paz.[...]

¹ [Es difícil establecer un equivalente en dólares de los beneficios otorgados a los funcionarios del Buró Exterior del PCCh de acuerdo a este documento. En su conjunto correspondían al nivel de vida y status de la nomenclatura soviética de nivel de miembros del Comité Central (CC) del PCUS. Si bien los sueldos nominales eran comparables con los de los profesionales del más alto nivel en el país y los departamentos eran del tamaño promedio de las viviendas en Moscú, estos últimos se entregaban en los edificios de mejor calidad, mejores barrios, etc., construidos especialmente para la nomenclatura. El abastecimiento de esta categoría de “huéspedes residentes del CC” se realizaba en las tiendas especiales de acceso restringido, al margen de la escasez del mercado interno nacional y con precios especiales que aumentaban el poder adquisitivo del rublo considerablemente. El mencionado Cuarto Departamento del Ministerio de Salud de la URSS atendía exclusivamente a la nomenclatura de nivel superior, disponiendo para eso de sanatorios, casas de descanso, además de centros clínicos con excelente infraestructura, incomparable con el nivel general de la salud pública en el país. Finalmente, el derecho de acceder a autos del garaje del CC era un privilegio exclusivo de los miembros del CC y de los funcionarios superiores del aparato del partido. Sin embargo, a nuestro modo de ver, todo este conjunto de “privilegios” permitía tener un nivel de vida comparable con el de la clase media-media alta en el Chile actual.]

2-1: Informe de la embajada de la URSS en Chile

1970: 13 de octubre

*La reagrupación de las fuerzas políticas de Chile
y las negociaciones del PDC con el Bloque de Izquierda
de la Unidad Popular*

El período transitorio antes del traspaso del poder estatal al bloque de izquierda en Chile (4.09-4.11) está marcado por una tensión especial de la lucha política, durante la cual las agrupaciones de derecha tratan de impedir la confirmación de S. Allende como Presidente y crear una situación de crisis política y económica en el país. La consolidación de la victoria y garantías de traspaso del poder al bloque izquierdista de la Unidad Popular no es un proceso que opere automáticamente, sino que depende de la lucha de los trabajadores, de los partidos políticos de izquierda, del fracaso de las maniobras de los grupos de derecha y de la creación de las condiciones políticas favorables. Una importancia especial tiene la reagrupación de las fuerzas políticas que ha empezado como resultado de las elecciones y que refleja la consolidación de las posiciones del bloque de la Unidad Popular y fortalecimiento de las tendencias de izquierda dentro del PDC. Como resultado de intensas negociaciones, en esta etapa el bloque de izquierda logró aislar políticamente a las agrupaciones de derecha y dar importantes pasos dirigidos al acercamiento y colaboración con el PDC, lo que determina el desarrollo general de la situación política interior en una dirección favorable para la constitución y actividad inicial del gobierno de la Unidad Popular.

La reagrupación de las fuerzas políticas como resultado de las elecciones presidenciales está marcada por el carácter de clase de la lucha por el poder presidencial, por el fortalecimiento de las tendencias antiimperialistas entre los vastos sectores de la población, por una correcta estrategia política del bloque de la Unidad Popular que refleja el papel dirigente del Partido Comunista de Chile. A pesar de que después de las elecciones siguen actuando en la escena política tres agrupaciones principales (el bloque de la UP, PDC y la agrupación de la derecha), la correlación de fuerzas cambió radicalmente a favor del bloque de la UP que ganó en las elecciones el primer lugar (1 millón 75 mil de votos) y propuso un programa de transformaciones cardinales que refleja de manera más completa las expectativas de diversos sectores de la población. El PDC gobernante perdió sus

posiciones dominantes de antaño, pero conservó un importante cuerpo electoral (825 mil votos), que votó por los puntos antiimperialistas y de izquierda del programa de R. Tomic. La agrupación de derecha de Alessandri que había apostado a la división de las fuerzas antiimperialistas en el bloque izquierdista y el PDC, en las elecciones sufrió una rotunda derrota, lo que posteriormente provocó crisis y descomposición del movimiento alessandrista. El resultado político principal de las elecciones (el apoyo de dos tercios de los electores a los puntos antiimperialistas y antioligárquicos de los programas de S. Allende y R. Tomic) evidenció la creación de una nueva situación política en el país que se caracteriza por el inicio de la crisis del alessandrisimo y de los círculos de derecha del PDC (la agrupación del Presidente Frei), asimismo que por la transición de vastos sectores a las posiciones de una decidida lucha antiimperialista.

La complejidad de la situación, sin embargo, estuvo vinculada al hecho de que las fuerzas de la reacción chilenas y el ala derechista del PDC, encabezada por el Presidente Frei, en cuyas manos estaba el poder político y las posiciones claves de la economía, trataron de impedir la reagrupación de fuerzas a favor de Salvador Allende, aplicando una línea dirigida a crear un nuevo bloque político de “centro derecha”, que no habían logrado crear en vísperas de las elecciones. Una amplia campaña de sabotaje económico-financiero, el terror político y la propaganda calumniosa, organizada por las fuerzas de derecha, tenían como objetivo crear un clima de crisis en el país y garantizar la alianza entre el PDC y las fuerzas de derecha contra el bloque de la UP. El gobierno de Frei y el ala derecha del PDC no tomaron medidas eficientes contra las provocaciones de la reacción y aplicaron una estrategia encaminada a usurpar la dirección en el PDC. Inmediatamente después de las elecciones, el movimiento alessandrista propuso abiertamente al ala derecha del PDC una conspiración para impedir la entrega del poder a Salvador Allende. En una declaración en nombre de J. Alessandri se propuso apoyar en el Congreso la confirmación de J. Alessandri como presidente, quién prometía luego dimitir para que se realizaran nuevas elecciones presidenciales. Las fuerzas de derecha expresaron su disposición de apoyar la candidatura de E. Frei en nuevos comicios presidenciales.

Por esta razón, el problema central de la lucha política interna en la etapa de transición consistía en qué dirección se iba a desarrollar la reagrupación de las fuerzas políticas y si se lograría o no impedir la maniobra principal de la reacción que tenía como objetivo ejercer influencia en el PDC en contra del reconocimiento de Salvador Allende en el Congreso chileno. El aislamiento político del bloque de la UP y la colaboración del

PDC con la agrupación alessandrista no sólo habrían podido complicar seriamente la situación, sino que incluso impedir el traspaso del poder a la UP, tanto mediante una maniobra política (en el Congreso) como vía golpe de Estado (aprovechando vacilaciones del Ejército y del cuerpo de Carabineros).

Si en vísperas de las elecciones el bloque izquierdista realizaba una estrategia autónoma de lucha por el poder, y no aceptaba efectivamente una amplia colaboración política con el PDC, después de las elecciones la etapa de transición exigió que esta línea fuera revisada. La invitación formulada al PDC a colaborar políticamente con el bloque de izquierda llegó a ser el eslabón central de la lucha por garantizar el traspaso del poder estatal a las manos del bloque de la Unidad Popular. El papel decisivo del Partido Comunista de Chile garantizó el cambio en la línea estratégica de los partidos políticos de izquierda en orden a ampliar y activar el movimiento de la Unidad Popular y fortalecer la colaboración tanto con las organizaciones de base como con la directiva del PDC, que estaba en la posición izquierdista del tomicismo. La importancia especial del Pleno de septiembre del Comité Central del PCCh consistió en elaborar esta nueva línea para los partidos políticos de izquierda. En el fundamento de esta línea se encontraba una evaluación realista del fortalecimiento de las tendencias progresistas en el Partido Demócrata Cristiano y el reconocimiento de la importancia de su papel en la vida política del país. Los materiales del Pleno de septiembre sobre la cercanía entre los puntos antiimperialistas de los programas de la Unidad Popular y de Tomic, una alta evaluación de los pasos amistosos de R. Tomic y del senador B. Prado (el presidente del PDC), en apoyo de Salvador Allende y de acercamiento con el bloque de izquierda, la explicación del carácter democrático del programa de gobierno de la Unidad Popular, todos estos momentos tácticos han sido aprobados por el Partido Socialista, por los radicales y otras agrupaciones de la Unidad Popular, y sirvieron de base para que el bloque de izquierda diera pasos prácticos dirigidos al acercamiento con el grupo izquierdista dirigente del Partido Demócrata Cristiano (los tomicistas).

Sin disminuir la importancia de factores objetivos (el proceso de izquierdización de las masas y de las organizaciones de base del Partido Demócrata Cristiano como resultado de la lucha de clases, el fortalecimiento de las tendencias antiimperialistas de su ala izquierda, la necesidad de tomar en cuenta la victoria de la Unidad Popular en las elecciones y su potencial político), también es preciso destacar un importante factor subjetivo: la línea táctica flexible de los comunistas chilenos en su actitud hacia el Partido Demócrata Cristiano a lo largo de varios años. Pronunciándose

en contra de las tendencias reaccionarias del reformismo de E. Frei y del anticomunismo del ala derecha del PDC, el PC de Chile apoyó las iniciativas positivas de la política exterior y las transformaciones al interior del país realizadas por el PDC, su lucha en contra de los intentos de golpe de Estado reaccionario. Contribuyendo al fortalecimiento de la agrupación de izquierda en el seno del PDC, el PCCh orientaba el principal golpe de su crítica política contra los líderes del ala derecha, vinculados con los círculos financieros. Esta línea del PC de Chile ya había asegurado el pase de la agrupación que había salido del PDC (MAPU) a las filas de la Unidad Popular. A pesar de la agudeza de la lucha política e ideológica en vísperas de las elecciones, las relaciones entre el PDC y el bloque de la Unidad Popular no alcanzaron los estados extremos de hostilidad y ruptura que caracterizaron a las relaciones entre el movimiento derechista del alessandrismo y la Democracia Cristiana. Entre los líderes del ala izquierda del PDC e incluso dentro de la agrupación de los “oficialistas” no son pocas las personas que tienen buena disposición y reconocen la importancia de colaboración con los amigos¹ (R. Tomic, B. Prado, G. Valdés, B. Leighton, L. Maira, E. Palma, L. Padilla y otros).

La estrategia del bloque de izquierda orientada a la reagrupación de las fuerzas políticas no se limitó a un acuerdo cupular con la directiva de la Democracia Cristiana mediante la aceptación de las exigencias de ésta. Su éxito dependía de la ampliación posterior del movimiento de masas de la UP para defender la victoria en las elecciones, del acercamiento con las organizaciones de base de la Democracia Cristiana y de la revelación de lo común que tenían las exigencias antiimperialistas de los programas de Salvador Allende y Radomiro Tomic. Tenía como objetivo atraer al lado de la Unidad Popular a aquellos vastos sectores de la población que habían apoyado al programa de Tomic o habían votado por Alessandri. Los partidos de izquierda, los miles de comités de la Unidad Popular, los sindicatos, las organizaciones juveniles y otras realizaron la campaña de movilización de masas. El movimiento nacional para defender la victoria de las fuerzas de izquierda sirvió como un importante factor que empujaba al PDC a negociar con el bloque de la UP. La advertencia de los partidos de izquierda de que el rechazo a reconocer la victoria de S. Allende llevaría a la guerra civil, también influyó en la decisión de la Democracia Cristiana.

¹ [El término “amigos” se utilizaba en el lenguaje privado de la política internacional soviética para referirse a los partidos comunistas, integrantes plenos del “movimiento comunista internacional”.]

El Partido Comunista de Chile, los líderes del bloque de la UP y Salvador Allende personalmente han demostrado firmeza, defendiendo la nueva línea, en la lucha contra los intentos ultraizquierdistas de impedir las negociaciones con el PDC. En las elecciones, los grupos de ultraizquierda dentro del Partido Socialista y algunas organizaciones juveniles y campesinas, así como las organizaciones ultraizquierdistas (MIR, VOP, “comités revolucionarios”, etc.) boicotearon la candidatura de S. Allende bajo el pretexto de la necesidad de la lucha armada. Después de las elecciones tuvieron que declarar su apoyo al gobierno popular, sin embargo, continuaron su lucha contra el bloque de la UP. Las acciones terroristas de la ultraizquierda, su estrategia orientada a impedir las negociaciones con la Democracia Cristiana (pues, según ellos, llevaban al “aburguesamiento” del bloque y al debilitamiento de la base del gobierno popular), en la práctica convertía a las organizaciones ultraizquierdistas en un instrumento de la lucha de la reacción chilena contra el traspaso del poder a la Unidad Popular.

Las fuerzas reaccionarias chilenas y el ala derechista de la Democracia Cristiana trataron a toda costa de impedir las negociaciones y colaboración entre el Partido Demócrata Cristiano y el bloque de la UP. De nuevo fue puesta en práctica la campaña de terror anticomunista, se reforzó la actividad de las organizaciones terroristas de derecha, se intentó desprestigiar a la directiva de izquierda del PDC. Los analistas de la importante radioemisora “Balmaceda” ligada a los círculos monopolistas, presentaban, por ejemplo, a R. Tomic y a B. Prado como “traidores” y “sepultureros de la democracia”. La propaganda derechista insistía en que la Democracia Cristiana en el Congreso tenía que apoyar a la candidatura de Alessandri para salvar a la democracia de la “dictadura marxista”. No menos peligrosa fue la táctica oculta del ala derecha del PDC que trataba de hacer fracasar las negociaciones mediante la imposición de exigencias inaceptables para la UP, intentando desprestigiar al ala tomicista del PDC (Prado) y empujando a la directiva de la Democracia Cristiana a llegar a un acuerdo con la reacción en el Congreso [...]²

[...] Todo esto tuvo como resultado el fortalecimiento de las posiciones del ala izquierda dentro del PDC y en su Junta Nacional favoreció el triunfo de la línea política de colaboración con el bloque de la Unidad Popular [...]

² [Se omite una parte del documento que contiene citas textuales de los acuerdos alcanzados entre la UP y la DC en torno a las garantías constitucionales, por tratarse de información ampliamente conocida en Chile.]

Las enmiendas a la Constitución, basadas en las proposiciones formuladas en el Congreso por los partidos políticos de izquierda, amplían el carácter democrático de la Constitución chilena y no contradicen al Programa de la UP.

[...] Sin embargo, el resultado fundamental de las exitosas negociaciones entre la coalición de izquierda y la Democracia Cristiana tiene un carácter político y refleja una importante etapa de la reagrupación de las fuerzas políticas en el país que contribuye al traspaso del poder estatal al bloque de izquierda. Como resultado, la situación política interna en Chile se desarrolla en dirección hacia la normalización, lo que favorece al aislamiento de la derecha y bloquea las maniobras políticas y el boicot económico de la reacción. A pesar de que últimamente las acciones terroristas y la actividad instigadora de las agrupaciones de derecha dentro de la Fuerzas Armadas han tenido un carácter especialmente intenso, estos esfuerzos de la reacción en el contexto actual no tienen éxito. Las Fuerzas Armadas mantienen sus posiciones de guardianes del proceso constitucional, lo que favorece al bloque de la Unidad Popular.

Esta reagrupación de las fuerzas políticas predeterminará, de hecho, la decisión del Congreso del 24 de octubre a favor de la confirmación de S. Allende como Presidente de la República, incluso en caso de negarse algunos parlamentarios del PDC a seguir la línea de su directiva. El bloque de izquierda, que en ambas cámaras del Congreso dispone de 80 votos, necesita el apoyo de 21 de los 75 parlamentarios de la Democracia Cristiana para la confirmación de S. Allende.

La etapa transitoria termina el 3 de noviembre de este año con la ceremonia oficial del traspaso del poder presidencial a Salvador Allende. Para el gobierno de la Unidad Popular y los partidos políticos de izquierda es importante consolidar las tendencias políticas favorables y la colaboración con la Democracia Cristiana, aislar a la reacción chilena y al ala derechista del PDC. La reagrupación de las fuerzas políticas podría crear una buena base política para el futuro, tanto para cerrar el paso a las acciones contrarrevolucionarias y al sabotaje económico de las agrupaciones derechistas, como para que el gobierno de la Unidad Popular pueda realizar las transformaciones antiimperialistas.

I. Yakovlev

2º Secretario de la Embajada de la URSS

2-2: Conversación del embajador N. B. Alekseev con Volodia Teitelboim

1970: 14 de octubre

Transcripción de la conversación entre el embajador de la URSS en Chile, N. B. Alekseev, con Volodia Teitelboim, miembro de la Comisión Política del Comité Central del PCCh¹

[...] V. Teitelboim se refirió a la posición del Ejército. Según él, por encargo del Comité de Coordinación de la Unidad Popular, se había reunido con los representantes del alto mando del Ejército. Durante esta reunión, el jefe de la inteligencia militar dijo que los comandantes estaban descontentos con la exigencia por parte de la Democracia Cristiana de ciertas “garantías” a la Unidad Popular en cuanto al Ejército, ya que éste no necesitaba “protectores” y no había encomendado al PDC llevar a cabo tales negociaciones. Según la información de la misma fuente, el Ejército seguirá cumpliendo con su deber profesional: el de la defensa de la integridad territorial, de la soberanía, de la mantención del orden interior. V. Teitelboim informó que el mando del Ejército había dictado una circular para el cuerpo directivo de las Fuerzas Armadas, en el cual se confirma esta postura. Estas posiciones las comparte también el cuerpo de Carabineros. El General Director de Carabineros, el general Huerta, es conocido por sus posturas reaccionarias, las que, sin embargo, no son compartidas por otros comandantes. [...]²

Hace poco la directiva del Partido Socialista redactó un documento interno, que sostenía que el Partido Socialista no debería mantener contactos estrechos con el Partido Comunista y que estaría en contra de la entrega a éste de los “ministerios políticos”: Interior, Defensa y Relaciones Exteriores, y en contra del nombramiento de comunistas como embajadores en países como Estados Unidos, Cuba, Argentina y la Unión Soviética [...]

¹ [Del diario de N. B. Alekseev, embajador de la URSS en Chile en el período 1968-1971. Se trata del “Diario” oficial y secreto que contenía agendas de contactos y reuniones, así como transcripciones de conversaciones privadas y oficiales con personalidades del país de residencia. Se llevaban por embajadores y funcionarios diplomáticos de cierta responsabilidad.]

² [Luego V. Teitelboim informó al embajador soviético sobre el proceso de nombramiento de ministros del nuevo gobierno. Se refirió especialmente a las tensiones entre S. Allende y A. Rodríguez a raíz del interés de este último de ser nombrado en el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, idea no compartida por Allende.]

[...] Teitelboim informó sobre el viaje a Cuba de la hija de Salvador Allende, Beatriz, que tuvo lugar inmediatamente después de las elecciones, y sobre su encuentro con Fidel Castro. Según Beatriz Allende, F. Castro considera el triunfo de S. Allende en las elecciones como el acontecimiento más importante después de la Revolución Cubana en América Latina. A él le gustaría asistir a la ceremonia del traspaso de mando presidencial personalmente, pero considera que ahora no es un momento conveniente. [...] No obstante, durante la conversación F. Castro dijo que iba a visitar Chile más tarde, se iba a reunir con los militares chilenos e iba a recomendarles comprar armamento soviético. Al mismo tiempo, comunicó que actualmente Cuba tiene excelentes relaciones con la Unión Soviética y recomendaba a Salvador Allende establecer en el futuro las relaciones al mismo nivel.

Más adelante, F. Castro recomendó a S. Allende no complicar las relaciones con las Fuerzas Armadas y abstenerse de cualquier cambio al interior de éstas. Asimismo, aconsejó no emprender pasos demasiado revolucionarios en América Latina, establecer las relaciones de buena vecindad con Argentina, Bolivia y otros países latinoamericanos; apoyar al régimen actual en el Perú en pro de la revolución peruana; no salir de la OEA. El dirigente cubano pidió transmitir a S. Allende sus deseos de que todas las situaciones conflictivas en América Latina siguieran atribuyéndose sólo a Castro.

Durante la conversación con Beatriz Allende, F. Castro se refirió al problema del establecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y Chile. Dijo encontrarse comprensivo frente a este complicado problema, pidió que no se apresuraran con su resolución y recomendó actuar a partir de los intereses de Chile, y no de Cuba.

Al referirse a los problemas económicos, F. Castro recomendó a S. Allende mantener el cobre chileno en la órbita del dólar y aceptar el pago de una indemnización después de la nacionalización de la gran minería del cobre, si así lo exigían las compañías norteamericanas. Aseguró a S. Allende que Cuba iba a vender a Chile azúcar en cantidades ilimitadas sin exigir pagos en divisa.

F. Castro recomendó a S. Allende y a toda la directiva del Partido Socialista, en general, establecer buenas relaciones con el Partido Comunista de Chile. "PCCh es un partido bueno y maduro –dijo–, cumple con todo lo que promete".

En cuanto al Partido Demócrata Cristiano, destacó que no es homogéneo. Con algunos de sus miembros y dirigentes es posible y necesario trabajar. En consecuencia, dijo que, desde su punto de vista, se podría dejar en el puesto de Ministro de Relaciones Exteriores de Chile a G. Valdés, a quien estima mucho como a un antiimperialista [...]³.

N. B. Alekseev

³ [El hecho de que la parte soviética transcribe tan detalladamente la información sobre las opiniones del líder cubano que recibe a través del Partido Comunista chileno, hace suponer la ausencia de comunicación directa entre las autoridades soviética y cubana, al menos acerca de los acontecimientos en Chile. De todas maneras, este informe podría ser contrastado posteriormente en Moscú con los informes análogos, enviados por la Embajada soviética en Cuba.]

2-3: Informe de delegación soviética

1970: 27 de noviembre¹

Informe de la delegación de la URSS que visitó Chile con el objeto de participar en la ceremonia del traspaso del poder a Salvador Allende (31.10 - 8.11. 1970)

Composición de la delegación: G. Dzotsenidze (Vicepresidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS), D. A. Zhukov (miembro del Consejo Directivo del Ministerio de Relaciones Exteriores), N. B. Alekseev (Embajador de la URSS), V. I. Chernyshov (representante del Departamento de los países latinoamericanos del Ministerio de RR. EE.), I. E. Rybal'kin² (funcionario del Departamento Internacional del CC del PCUS).

[...] En la reunión con los miembros de la delegación Luis Corvalán señaló que el nuevo gobierno espera contar con una ayuda soviética más significativa. Expresó su insatisfacción por la ausencia de proposiciones concretas de nuestra parte en lo concerniente al desarrollo de la colaboración económica y comercial con Chile, explicando eso por el hecho de que, aparentemente, en la URSS no se esperaba el triunfo del bloque de la Unidad Popular, ni su llegada al poder. Sin embargo, destacó que no se trata de convertir a Chile en una carga para la URSS.

La parte chilena propone crear empresas mixtas con la distribución igualitaria de capital y de ganancias (con checos, búlgaros, polacos y otros), que podrían basarse en la colaboración de los especialistas de los países socialistas, dejando la administración de las empresas a la parte chilena.

Los representantes de la República Democrática Alemana se quejaban de la falta de intenciones de Allende de establecer relaciones diplomáticas entre Chile y la RDA.

En cuanto a la situación general en el país, da la impresión que existe un amplio y decidido apoyo de los trabajadores, de la mayoría de los partidos políticos y de las Fuerzas Armadas al gobierno de la Unidad Popular. La magnitud y carácter de ese apoyo crean las condiciones necesarias para alcanzar los objetivos establecidos en el Programa de la Unidad Popular.

¹ [Fecha de redacción del documento.]

² [Posteriormente, encargado de Chile en la Sección de América Latina del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS. Tuvo el cargo de encargado provisorio de asuntos de la URSS en Chile.]

Consideraríamos conveniente encomendar al Comité Estatal de Planificación, al Comité Estatal de Ciencia y Tecnología adjunto al Consejo de Ministros de la URSS, al Ministerio del Comercio Exterior, al Comité Estatal de Relaciones Económicas Exteriores, preparar proposiciones de fomento de la colaboración económico-comercial y científico-tecnológica con Chile, tomando en consideración las sugerencias de la parte chilena y nuestras posibilidades con el objeto de apoyar la acción del gobierno de la Unidad Popular.

Firmas: Dzotsenidze, Zhukov

2-4: Conversación del embajador N. B. Alekseev con Orlando Millas

20 de diciembre de 1970

*Departamento general del CC del PCUS**Confidencial*

*Transcripción de la conversación del embajador de la URSS en Chile,
N. B. Alekseev, con Orlando Millas, miembro de la Comisión Política
del PCCh*

Orlando Millas informó sobre el Pleno del CC de PCCh. Destacó que en su informe Luis Corvalán planteó la necesidad de concentrar la actividad del partido en la realización de las transformaciones revolucionarias en el país. El objetivo central del partido es contribuir al éxito del gobierno de Allende.

En su análisis de la situación política en el país, Millas sostuvo que las fuerzas de la reacción promovían una estrategia de colaboración con el ala derechista del PDC (Frei) para crear una fuerte oposición unida al gobierno popular. La unidad entre los partidos Comunista y Socialista es considerada como el núcleo central de la política del PCCh. El partido miraría con buenos ojos el viraje de las fuerzas de ultraizquierda hacia el apoyo del gobierno popular, pero considera que estas fuerzas no tienen derecho de pretender ejercer el rol de orientadores de la línea del gobierno de la Unidad Popular.

Según Millas, en su informe Corvalán precisó tres momentos:

1) es necesario evitar referencias al PDC como un adversario: allí existen fuerzas sanas nacionales, que posibilitan la evolución del PDC hacia la izquierda y no hacia la derecha;

2) es preciso un trato respetuoso a todos los partidos miembros del bloque de la Unidad Popular;

3) conviene abstenerse de poner de manifiesto la importancia del PCCh en el gobierno, donde el partido encabeza ministerios claves¹.

Al referirse a una información proporcionada por R. Tarud, Millas comunicó que había señales de la activización de los grupos terroristas que planifican organizar provocaciones en contra de los representantes diplomáticos de los países socialistas.

Firma: M. Kudachkin²

¹ [Según el principio de la dirección colectiva y de acuerdo al postulado de que “personas irreemplazables no existen”, es el “Partido” y no un individuo el que “encabeza ministerios claves”.]

² [Mijail Kudachkin, encargado de los países de América Latina en el Departamento Internacional del Comité Central del PCUS.]

2-5: Conversación del embajador A. V. Basov con representantes del Partido Socialista de Chile

1971: 26 de diciembre

*Transcripción de la conversación del embajador de la URSS en Chile, A. V. Basov, con los representantes del Partido Socialista A. Sepúlveda, O. Ulloa y H. del Canto*¹

En el transcurso de la reunión sostenida, A. Sepúlveda, O. Ulloa y H. del Canto comunicaron que la directiva del PSCh había llegado a la conclusión de la no conveniencia en el momento actual de la visita de la delegación del PSCh a Moscú para negociaciones con el PCUS. La dirección del partido decidió no discutir en este momento la carta entregada por C. Altamirano. El tema de la visita podría volverse a plantear a principios del 1972, cuando la situación política interior sea más favorable.

Sin embargo, los dirigentes socialistas expresaron sus esperanzas de que el camarada Kirilenko, al llegar a Chile, podría recibirlos para un intercambio de opiniones sobre algunos problemas y analizar ciertos aspectos del desarrollo de colaboración entre nuestros partidos.

Según nuestros interlocutores, la situación política en el país no es favorable para las fuerzas de izquierda y para el gobierno de la Unidad Popular.

A. Sepúlveda opinó que si después de las elecciones y de la llegada de S. Allende a la presidencia la reacción había temblado, preocupada por su futuro, al término del primer año de la permanencia de la Unidad Popular en el poder, la oposición y las fuerzas de derecha reaccionarias se consolidaron y a plena voz manifiestan su fuerza. Los acontecimientos del 1 de enero han demostrado que pasaron a la ofensiva, mientras que la izquierda se encuentra a la defensiva. Durante el año recién terminado la influencia del bloque de la Unidad Popular disminuyó en amplios sectores de pequeños y medianos propietarios, y entre los pequeños campesinos y artesanos. De hecho, la base social del bloque la constituye, principalmente, la clase obrera.

Los dirigentes socialistas destacaron los éxitos de la derecha en la propaganda. Por otra parte, una situación peligrosa se está creando en el sur del país, donde los pequeños propietarios suspendieron la producción para

¹ [Del diario de A. V. Basov, embajador de la URSS en Chile (1971-1973).]

el mercado. Según los dirigentes del PSCh, esta situación se hizo posible sólo como resultado del avance *demasiado lento*² del proceso revolucionario por parte del bloque de izquierda. Nuestros interlocutores consideran que la UP debe *activar el proceso revolucionario*³, entusiasmar las masas y guiarlas hacia adelante.

H. del Canto se refirió a la situación en Chuquicamata. Según él, la clase obrera de esta empresa está muy afectada por el economicismo; el colectivo privilegiado de esta empresa expuso al gobierno las exigencias inaceptables (aumento del salario en 50%); el gobierno está dispuesto a aumentarlo en 22%. De no llegar a un acuerdo antes del 30 de diciembre, los trabajadores comenzarán una huelga a partir del 1 de enero.

Firmas: Puchkov, Pastujov

² [Destacado en original.]

³ [Destacado en original.]

2-6: Conversación del embajador A. V. Basov con Volodia Teitelboim

1972: 25 de enero

Confidencial

*Transcripción de las conversaciones del embajador de la URSS,
A. V. Basov, con Volodia Teitelboim¹*

En la conversación V. Teitelboim se refirió a las relaciones entre el PDC y la Unidad Popular destacando los esfuerzos del Gobierno para desarrollar contactos y dialogar con la nueva directiva del PDC. El mismo Teitelboim había sostenido cuatro reuniones con los dirigentes del PDC.

La iniciativa de preparar dichas reuniones pertenecía plenamente al PCCh, pero sobre su realización han sido informadas las directivas de todos los partidos integrantes del bloque de la Unidad Popular, así como el Presidente S. Allende, que demostró un gran interés hacia ellas.

Según Teitelboim, los resultados positivos de las reuniones consisten en la resolución del conflicto en la Universidad de Chile (la creación de una comisión constituida por los representantes del PDC y la Unidad Popular), la creación de una comisión mixta para revelar los hechos de violación de la legislación por los órganos del poder local. También fueron emprendidos pasos prácticos con el objeto de impedir la huelga en Chuquicamata, y fue aprobada la decisión de crear una comisión mixta para implementar la ley sobre las tres formas de propiedad. Como resultado de las negociaciones, se logró poner término a los insultos y ataques personales mutuos en la prensa.

Destacando que al PCCh y el PDC los une el rechazo al fascismo, V. Teitelboim se refirió a las cualidades de Fuentealba como un político inteligente y flexible, pero que cae fácilmente bajo la influencia de los demás. Según V. Teitelboim, es una persona impulsiva, “duro” en relación al gobierno de Allende.

El primer vicepresidente del PDC, Osvaldo Olguín, *se encuentra* en posiciones más flexibles. Olguín habla abiertamente sobre los intentos de la penetración de los elementos fascistas en el PDC. Según Olguín, en la provincia de Antofagasta fueron expulsados cuatro activistas del PDC por pertenecer a “Patria y Libertad”. Los expulsados tienen automóviles y mucho dinero, lo que evidencia su vinculación con las organizaciones extranjeras y la CIA.

¹ [Del diario de A. V. Basov.]

Teitelboim subrayó que Olgún defendía la idea de la posibilidad de una amplia colaboración entre el PDC y la UP en el futuro, incluyendo una eventual integración de todo el PDC a la Unidad Popular.

Según nuestro interlocutor, B. Leighton también expresó sus preocupaciones de una posible fascistización del PDC, sugiriendo analogías entre la situación política actual en Chile con la situación en España en vísperas del estallido de la guerra civil.

Leighton recordó las palabras de Gil Robles (líder de la oposición española del período de la guerra civil), que le había advertido en una conversación personal de que detrás de los partidos políticos siempre actúan fuerzas que son capaces de provocar fuertes confrontaciones e incluso la guerra civil. En el caso chileno, Leighton relacionó con estas fuerzas a E. Frei, quien, según él, más aspira a satisfacer sus propias ambiciones políticas que lo que se preocupa por el prestigio de todo el movimiento demócrata cristiano en general.

En cuanto a Tomic, éste, según Teitelboim, trata de dar recomendaciones tanto a la UP como a su partido, pero que no son más que “consejos desde lejos” por su imposibilidad de influir seriamente en el actuar de la presente dirección.

A la reunión asistieron también el ministro consejero de la Embajada I. B. Puchkov y el funcionario diplomático G. I. Korochkin.

2-7: Conversación del ministro consejero de la Embajada soviética con director del departamento económico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile

1972: 25 de enero

Absolutamente confidencial

Transcripción de la conversación de I. B. Puchkov con Hugo Cubillos, director del Departamento Económico del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile¹

Por la invitación de H. Cubillos, sostuve una reunión con él en el Ministerio de RR. EE. de Chile.

H. Cubillos comunicó que el Presidente S. Allende, a través del embajador de Chile ante la URSS, G. Pedregal, dirigió una carta al camarada L. Brezhnev². Sin embargo, a raíz de la enfermedad de Pedregal, su encuentro con el camarada L. Brezhnev aún no se había celebrado.

En la carta, según H. Cubillos, el Presidente de Chile se refiere a los siguientes problemas:

1. S. Allende comunica que con gran agradecimiento acepta la invitación de visitar la Unión Soviética. No obstante, en la carta no se mencionan los plazos concretos de esta visita.

2. Según el acuerdo alcanzado durante la visita a Moscú, en noviembre de 1971, de los camaradas Millas y J. Cademártori, el Presidente S. Allende formuló la invitación oficial para recibir en Chile en enero de 1972 a una delegación soviética económica de más alto nivel³.

3. S. Allende agradece a los dirigentes de la Unión Soviética por haber resuelto rápidamente su petición de otorgar un crédito a corto plazo de 50 millones de dólares.

¹ [Del diario de I. B. Puchkov. Ministro consejero de la Embajada soviética.]

² [Por la forma de dirigirse a las personalidades políticas de distintas orientaciones, se puede descifrar la percepción soviética oficial de las corrientes políticas que representan: así, los comunistas se denominaban “camaradas” en documentos tanto públicos como privados; con la palabra “señor” se dirigían a políticos “burgueses” en documentos públicos. Como la palabra “señor” estaba excluida del vocabulario normado soviético, con excepción del lenguaje diplomático, en los documentos de carácter privado todas las personalidades extranjeras que no podían ser considerados con toda seguridad como correligionarios ideológicos plenos, es decir “camaradas”, quedan sin vocativo específico, siendo nombrados sólo por sus apellidos. (Este problema se presentaba en general en el ruso hablado y coloquial de la época soviética.)]

³ [Se trata de la delegación económica soviética encabezada por M. A. Pertsev, vicepresidente de Comité Estatal de Planificación, que visitó Chile en enero-febrero de 1972.]

Hugo Cubillos dijo que entre todos los temas mencionados en la carta de S. Allende enviada a nombre de L. Brezhnev, el problema más urgente es la invitación a Chile de la delegación económica soviética (quedan solamente dos semanas hasta su llegada). H. Cubillos pidió informar a Moscú que S. Allende reitera la invitación para la delegación económica soviética en los plazos anteriormente mencionados.

Además, nuestro interlocutor destacó que S. Allende atribuye una importancia política enorme a la visita de la delegación soviética. Según Cubillos, el Presidente S. Allende considera que durante la estadía de la delegación económica soviética en Chile deberían discutirse las medidas concretas para el desarrollo de la colaboración económica entre Chile y la URSS en el marco del protocolo, firmado en Moscú en mayo de 1971, y establecer las directrices principales de esta colaboración para los próximos 5 años.

Según informó H. Cubillos, la parte chilena será representada en las negociaciones por el Ministro de Relaciones Exteriores, C. Almeyda, el Ministro de Economía, P. Vuskovic, el Ministro de Hacienda, A. Zorrilla, así como dirigentes de ODEPLAN y del Banco Central de Chile y funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores y de los ministerios del área económica.

H. Cubillos destacó que la parte chilena se está preparando intensamente para las próximas negociaciones. Se han creado varios grupos de trabajo que están elaborando las propuestas a discutir en las negociaciones. [...]

H. Cubillos pidió informar sobre la composición de la delegación económica soviética con anticipación.

I. Puchkov

2-8: Conversación del embajador A. V. Basov con el miembro de la Comisión Política del Partido Socialista de Chile Edmundo Serani.

29 de mayo de 1972:

Transcripción de la conversación del embajador de la URSS en Chile, A. V. Basov, con Edmundo Serani, miembro de la Comisión Política del Comité Central del Partido Socialista de Chile. [19 de mayo de 1972]²

Recibí en la Embajada a Serani, a su petición.

1. Por encargo del secretario general del Partido Socialista, Carlos Altamirano, Serani comunicó que el PS, acorde a las invitaciones existentes, estaba dispuesto a enviar a la Unión Soviética una delegación de 10 personas para estudiar la experiencia del trabajo del PCUS.

[...] Informé a Serani sobre la decisión del CC del PCUS y del gobierno soviético sobre el problema de prestación de ayuda económica y asistencia técnica a Chile de acuerdo con la petición del Presidente S. Allende.

[...] Al referirse a las comunicaciones de prensa sobre la visita del grupo de parlamentarios del PDC al Comandante en Jefe del Ejército, general C. Prats, que tuvo lugar en estos días, Serani destacó que este paso de por sí tiene una connotación política seria. Él sabe que los parlamentarios del PDC discutieron con el Comandante en Jefe los problemas del caos político que, según dicen, existe en el país, sobre la actividad extremista del MIR y otras organizaciones de ultraizquierda. Al mismo tiempo, Serani destacó que el senador Carmona, del PDC, había preparado el proyecto de ley sobre la prohibición de posesión ilegal de armas y el traspaso del control pleno sobre las armas a los militares. Según Serani, sería muy importante que el Presidente S. Allende se le adelantara y en su mensaje del 21 de mayo e hiciera tal proposición en nombre del bloque de la Unidad Popular. [...]

A. Basov

¹ [Del diario de A. S. Basov. Embajador de la URSS ante Chile en 1971-1973.]

² [Fecha de la conversación.]

2-9: Informe sobre la situación chilena elaborado por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS

1972: [probablemente de comienzos de julio]

Academia de Ciencias de la URSS
Instituto de América Latina

Confidencial
ej. N° 35

Reg. N° 04.

*Situación en Chile y perspectivas de
colaboración económica soviético-chilena¹*

Moscú, 1972

1. SITUACIÓN POLÍTICA

En octubre del año 1970, en Chile, por primera vez en América Latina, el bloque de fuerzas revolucionarias, unidas alrededor de un programa de profundas transformaciones económico-sociales, llegó al poder. El objetivo principal del gobierno de la Unidad Popular, de acuerdo a su programa, es “acabar con el dominio del imperialismo, con monopolios y con la oligarquía latifundista y empezar la construcción del socialismo en Chile”.

En perspectiva, la exitosa realización del programa del bloque de la Unidad Popular tiene que conducir a la construcción de una sociedad socialista. Sin embargo, los modos para alcanzar este objetivo no están claros todavía. En su primer mensaje al Congreso (mayo de 1971), S. Allende declaró: “No podemos repetir la experiencia de Cuba, la Unión Soviética y China. Tenemos nuestro propio camino, tenemos que construir la nueva sociedad, partiendo de las condiciones chilenas reales, tomando en cuenta la historia de Chile”. Además, el gobierno de Allende tiene problemas bastante serios en las esferas tanto política como económica.

Los comunistas chilenos tienen que resolver complejos problemas de carácter teórico y práctico. Hasta ahora el movimiento revolucionario chileno e internacional no se había enfrentado con algunos de estos problemas, y las respuestas a ellos están aún por encontrarse.

La situación política de Chile se destaca por una serie de importantes particularidades.

¹ [Una de las obligaciones de los institutos de la Academia de Ciencias del área de ciencias sociales y de política internacional era presentar informes analíticos a solicitud de los organismos de toma de decisión (Comité Central del PCUS, Ministerio de RR. EE., KGB).]

1. Los partidos políticos de izquierda que llegaron al poder pacíficamente, disponen sólo de una parte del poder político, más precisamente, del ejecutivo. El poder legislativo y el judicial (la Corte Suprema) están en las manos de la oposición de derecha. De esta manera, el problema clave de cualquier revolución, el problema del poder estatal, hasta ahora no ha encontrado y, en una perspectiva más cercana, no va a encontrar su resolución definitiva.

2. Después de llegar al poder, Allende prometió conservar la libertad absoluta de prensa, respetar los derechos de oposición y mantener lealtad a la Constitución. En la práctica, esto significa el compromiso de conservar todas las instituciones democrático-burgueses estatales existentes, es decir, rechazar el quiebre revolucionario del antiguo aparato estatal, incluyendo el Ejército, los servicios de seguridad, etc.

3. Una característica particular del proceso revolucionario chileno consiste en que está dirigido por un bloque multipartidista que incluye elementos socialdemócratas y cristianos de izquierda, como también representantes de las corrientes ultraizquierdistas e izquierdizantes. La unidad de los partidos Comunista y Socialista, que constituye la base del bloque, tampoco es plenamente sólida. Entre los comunistas y socialistas existen discrepancias y contradicciones por problemas tan importantes como el agrario, la actitud hacia las agrupaciones de la izquierda extremista, las relaciones con la oposición de derecha, entre otros.

4. El gobierno de la Unidad Popular realiza su política contando con un estrecho contacto y apoyo de la Central Única de Trabajadores (CUT). La CUT tiene una gran influencia entre los trabajadores de Chile. Actualmente se está realizando una profunda reestructuración de los órganos directivos de los sindicatos; por ejemplo, el consejo directivo (el órgano superior) va a elegirse mediante la votación directa de todos los miembros del sindicato (por listas de partido). En estas condiciones, las tendencias sindicalistas y la influencia del “economicismo” en los sindicatos chilenos pueden llegar a ser aún más fuertes.

5. Últimamente, en los círculos gubernamentales chilenos surgió la tendencia a utilizar el Ejército y Carabineros para solucionar problemas políticos y sociales (declaración de estado de sitio, nombramiento de los militares en cargos superiores administrativos civiles, etc.). Al parecer, es un índice de que en el sistema de poder existente Allende no tiene intenciones o no puede resolver problemas sociales apoyándose exclusivamente en la directiva sindical, y solucionar los problemas políticos contado sólo con el apoyo de los partidos de la Unidad Popular.

6. La polarización de las fuerzas políticas en Chile alcanzó un nivel tan alto que en la perspectiva más cercana no puede estar excluida la posibilidad de confrontaciones abiertas (probablemente, con uso de armas) entre la ultraderecha y la ultraizquierda.

Éstas son las particularidades más significativas de la situación política interna de Chile. La creciente agudización de la lucha política interna será un factor importante que en muchos aspectos determinará las perspectivas del desarrollo posterior de los acontecimientos.

Durante el primer período después de la llegada de la Unidad Popular al poder, se pudo hablar de la existencia de tres fuerzas en pugna en el país: los partidos de izquierda (a los cuales en una u otra medida apoyaban las organizaciones sectarias de izquierda como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR), el Partido Demócrata Cristiano (donde las discrepancias entre las alas izquierda y derecha han creado una situación de incertidumbre e inestabilidad) y la derecha encabezada por el Partido Nacional. El PDC apoyó a la Unidad Popular durante la confirmación de S. Allende como Presidente de la República en la sesión conjunta de la Cámara de Diputados y del Senado el 24 de octubre de 1970, durante la discusión en el parlamento de las enmiendas constitucionales que han permitido nacionalizar las minas de cobre. Los demócratacristianos de izquierda participaron en la campaña nacional de los “días de trabajo voluntario”, en la lucha contra el analfabetismo y otras. En el aspecto político, durante este período el PDC actuó independientemente. Después de las elecciones municipales de 1971, cuando se hizo claro que en esta situación (es decir, existiendo tres fuerzas políticas independientes) la Unidad Popular va a derrotar casi siempre tanto a la derecha como a los centristas, el ala derecha del PDC optó por el acercamiento al Partido Nacional.

En las elecciones complementarias de diputado en Valparaíso, el segundo centro industrial y cultural del país por su importancia, el PDC, el Partido Nacional y el Partido del Radicalismo Democrático actuaron en un frente unido contra la Unidad Popular y lograron hacer ganar a su candidato (julio de 1971). Una situación similar tuvo lugar en enero de 1972, en las elecciones complementarias al senado por las provincias de O’Higgins y Colchagua y a la Cámara de Diputados por la provincia de Linares.

De esta manera, actualmente se han formado dos fuerzas que determinan la situación política en el país: la Unidad Popular por un lado, y el bloque entre el PDC, el Partido Nacional y el Partido de Democracia Radical, por el otro. Este último tiene en sus manos el poder legislativo (la mayoría en el parlamento) y el judicial (incluyendo la Corte Suprema). Esta

situación pone de manifiesto el proceso de la polarización política e ideológica que tiene lugar dentro de la sociedad chilena.

La polarización de las masas en la sociedad chilena se manifestó en la división del PDC que se produjo después de las elecciones adicionales de 1971 (Valparaíso). El Partido Demócrata Cristiano de Izquierda, formado después de la división, se integró a la Unidad Popular y al gobierno. Sin embargo, la lucha dentro del partido ni siquiera terminó después de esta división. Eso se comprueba con la salida masiva de los miembros del PDC del partido después de la campaña electoral de enero de 1972 en las provincias de O'Higgins, Colchagua y Linares. Durante el mismo período, cuando las relaciones entre el gobierno y el Congreso llegaron al punto álgido de tensión (acusación constitucional contra J. Tohá), las opiniones se dividieron incluso entre los miembros de la bancada parlamentaria del PDC. Mientras que una parte de los diputados del PDC protestó contra el nombramiento de J. Tohá como Ministro de Defensa, el presidente de la Cámara de Diputados, el demócrata cristiano Fernando Suárez, confirmó la legalidad de este acto presidencial. Si una parte del PDC, encabezada por E. Frei, promueve una línea dura respecto al gobierno y busca una alianza directa con la derecha, la otra parte del partido, cercana a Tomic, trata de no desprestigiarse con una colaboración abierta con el Partido Nacional. Pero estas discrepancias internas pasan a segundo plano cuando se trata de la oposición al gobierno. Esta tendencia se expresó más claramente durante la discusión en el Congreso del proyecto sobre las reformas constitucionales que proponían crear "tres sectores" de la economía: el público, el mixto y el privado. Los partidos de oposición propusieron una serie de enmiendas a este proyecto legislativo que, de hecho, impidieron continuar las nacionalizaciones de grandes empresas. Al mismo tiempo, se suspendieron todas las acciones de este tipo emprendidas por el gobierno después del 14 de octubre de 1971. De ahí en adelante todas las expropiaciones y la creación de las empresas públicas deberían realizarse sólo después de su aprobación en el Congreso.

En el Partido Nacional tampoco hay unidad. Su ala extremista, en cuyas manos está el aparato del partido, insiste en una línea dura hacia la Democracia Cristiana. Su argumento principal se basa en que en las elecciones presidenciales de 1970 el líder de la derecha J. Alessandri recibió un mayor apoyo electoral que Tomic. Los "moderados" del Partido Nacional prefieren dejar al PDC una mayor libertad de maniobra, sin insistir en la necesidad de poner énfasis en la alianza entre el PDC y el Partido Nacional.

En general, observando la oposición de derecha, da la impresión de que dentro de ella se podría destacar la presencia de dos tendencias, unidas

en su rechazo a la política de la Unidad Popular, pero diferentes en su visión de los métodos de la lucha contra el gobierno. Los extremistas de derecha de la oposición se unen con el movimiento “Patria y Libertad” que realiza acciones ilegales contra el gobierno. Como declaró hace poco el líder de esta agrupación, P. Rodríguez, “Patria y Libertad” está segura de que el gobierno tarde o temprano va a romper la Constitución; entonces el Ejército saldrá a actuar, y esta organización de derecha tiene que estar preparada para apoyar a las Fuerzas Armadas con una acción civil. Es decir, la ultraderecha apuesta al desencadenamiento de la guerra civil.

La otra tendencia de la oposición aspira utilizar aquellos atributos del poder que actualmente se encuentran bajo su control: el parlamento, la Corte Suprema, los medios de comunicación. Con este objetivo, se subrayan las deficiencias y errores de la actual administración, se ponen obstáculos para la aprobación de las leyes y los decretos por el parlamento, incluso si no existen objeciones objetivas, lo que crea la imagen de un gobierno que no es capaz de gobernar el país.

Desde julio de 1971, la oposición, habiendo recobrado fuerzas después del choque temporal provocado por el triunfo de la Unidad Popular en las elecciones presidenciales y por el ambiente de alta activización política de las masas, comenzó una fuerte ofensiva contra el gobierno. Es interesante que, tal vez por primera vez en la historia de Chile, la oposición de derecha aplicó la táctica de traslado del centro de gravedad de su lucha a las acciones callejeras masivas. Sin embargo, en este escenario la derecha fracasó (es cierto que la manifestación de mujeres a fines del 1971 tuvo cierto efecto, pero más en el extranjero que dentro del país). Entonces la oposición volvió a las formas más aprobadas y tradicionales de lucha en el parlamento. Aquí, durante los primeros meses del 1972 la oposición pudo lograr éxitos evidentes. De hecho, actualmente el gobierno se encuentra paralizado en cuanto a su capacidad de continuar la política de consolidación del sector público.

La aprobación de las enmiendas a la Constitución por el parlamento tendrá, sin duda, consecuencias importantes que llevarán a una agudización aún mayor de la lucha en el país. Está claro que la CUT nunca apoyará la devolución de las empresas expropiadas a sus antiguos dueños. El gobierno ya ha expresado su punto de vista sobre este problema, con las palabras de Allende en el sentido de que el destino de las empresas expropiadas lo van a decidir los mismos obreros. Es el momento clave que determina el grado de tensión de la lucha política en Chile.

En la perspectiva más próxima también hay que esperar el fortalecimiento de la actividad de las agrupaciones extremistas de izquierda, en

primer lugar, de la más influyente de ésta, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Los vínculos de la Unidad Popular con el MIR son más estrechos y complicados que lo parecen a primera vista. Especialmente esto se refiere al Partido Socialista y su secretario general, Carlos Altamirano. Durante el período de las elecciones presidenciales y después de éstas, el aparato del MIR ejercía las funciones de una especie de órgano de contrainteligencia en la Unidad Popular, y efectivamente ayudó a la Unidad Popular a descubrir varias organizaciones conspiradoras. Por una parte, esto demuestra capacidades y vinculaciones aún no esclarecidas del MIR, pero, por otra parte, demuestra sus contactos con los líderes socialistas. Es sabido que dos parientes cercanos de Allende son integrantes del MIR.

Nos parece probable que Allende, a pesar de algunas de sus declaraciones respecto al MIR, donde los amenaza con represalias, aspira más bien a poner bajo su control a esta organización que a debilitarla o destruirla. De hecho, los grupos miristas pueden ser comparados con los grupos activos de extremistas de derecha que en febrero de 1972 realizaron una serie de actos vandálicos.

Desde los primeros meses de 1972, el MIR se activó, tratando de dividir la Unidad Popular y aislar al Partido Comunista. En la provincia de Concepción los miristas lograron ciertos éxitos en este sentido. En mayo de 1972, el MIR, MAPU, la Izquierda Cristiana y la organización local del Partido Socialista organizaron el frente único contra los comunistas y exigieron la dimisión del Intendente de la ciudad de Concepción (comunista). En la asamblea de los dirigentes de partidos de la Unidad Popular, dedicada a este asunto, las discrepancias alcanzaron un nivel muy alto. Apoyando a los extremistas de izquierda, el secretario general del PSCh, Carlos Altamirano, exigió a Allende acelerar las transformaciones revolucionarias en forma de un ultimátum. No obstante, en las declaraciones oficiales de las directivas nacionales de todos los partidos que forman parte de la Unidad Popular, el incidente en Concepción fue condenado y se declaró que si el MIR no renunciaba a su política divisionista, no habría ningún tipo de contactos con él (una declaración más vaga hizo al respecto C. Altamirano).

Todos estos acontecimientos provocaron la crisis gubernamental. El gabinete de ministros dimitió. En el nuevo gabinete cambiaron seis ministros (de los quince). Ahora en el gobierno hay tres ministros comunistas, cinco ministros socialistas, los demás son miembros de Partido Radical, Izquierda Cristiana, MAPU y API. La reorganización del gabinete de ministros tiene un carácter ambiguo: por un lado, fortalece las posiciones de los comunistas y socialistas (los radicales perdieron un cargo ministerial),

por otro, esto ya no es una representación netamente política de los partidos de la Unidad Popular en un órgano ejecutivo, sino, en gran medida, es un gobierno de especialistas. Así, en vez de P. Vuskovic, el ministro de Economía ahora es C. Matus (socialista), ex presidente de la compañía estatal de acero, de formación ingeniero, egresado de la Universidad de Harvard, funcionario de la ONU para América Latina. P. Vuskovic, también un economista conocido, fue nombrado vicepresidente de la Comisión Económica Coordinadora, encabezada por el propio Allende. Integrantes de esta Comisión son, además, los ministros de Economía y de Hacienda.

En la cartera de Vivienda y Urbanismo, el radical O. Canturias fue reemplazado por L. Matte Valdés (independiente), ingeniero, egresado de la Universidad Notre Dame (Indiana), con gran experiencia de trabajo práctico.

De esta forma, Allende consciente o inconscientemente, pero de manera inevitable, va hacia la creación de un gabinete de ministros especialistas en sus áreas respectivas. La etapa actual es solamente el primer paso. Al parecer, antes de marzo del 1973 se va a producir por lo menos una transformación más en el gabinete, y una tercera será insoslayable, después de las elecciones parlamentarias.

En general, en el gobierno y en la Unidad Popular llegó a predominar, al parecer, la idea de la necesidad de transformar al máximo la economía antes de 1976, para cerrar el camino atrás, independientemente de quién llegue al poder en las nuevas elecciones presidenciales. Los promotores de esta idea (en eso casi no hay lugar a dudas) son los comunistas. Los socialistas (más que otros partidos) esperan quedarse en el poder después de 1976, pero no saben cómo hacerlo. De ahí sus vacilaciones y discrepancias internas.

En lo político, la actual reestructuración del gobierno sólo aparece como una concesión a los elementos izquierdizantes, en realidad es un triunfo de la línea del PCCh.

Por otra parte, refleja el proceso de reducción de la base social de la Unidad Popular y del gobierno. Este hecho evidencia un fracaso parcial de la línea de los comunistas que a toda costa intentaban ampliar esta base, haciendo a veces demasiadas concesiones al ala socialdemócrata del bloque. Lo confirma la salida de la Unidad Popular del Partido de Izquierda Radical (L. Bossay, A. Baltra y otros). Con la salida de este partido, el gobierno perdió el apoyo de 12 miembros del Congreso Nacional. El número total de senadores y diputados de los partidos de la Unidad Popular se redujo de 87 hasta 75 (de los 200).

Inmediatamente después de la salida del Partido de Izquierda Radical había una esperanza de que ese partido podría asumir una actitud de oposición constructiva respecto a la Unidad Popular. Esto podría ser prometedor para los propios radicales, pues atraería hacia ellos a una parte de electores reformistas que se habían unido a la derecha. Además, la aparición de una “tercera fuerza” (radicales) que estarían en una oposición constructiva respecto al gobierno de Allende, habría aumentado las posibilidades de maniobra de Allende e incluso podría producir después de las elecciones parlamentarias la situación que permitiría a la Unidad Popular efectuar los cambios de la Constitución de acuerdo con sus planes. Todavía no hay que rechazar definitivamente la posibilidad de ese desarrollo de los acontecimientos. Pero ciertas actitudes de los radicales despiertan preocupación. Así, crearon un Comité Coordinador junto con la Democracia Radical (J. Durán). En las elecciones complementarias en julio de 1972, los radicales de derecha, el PDC y el Partido Nacional tienen las intenciones de presentar un candidato único.

Los meses restantes de 1972 y comienzos de 1973 (hasta las elecciones al parlamento que tendrán lugar en marzo de 1973) serán extremadamente tensos y agitados. Al parecer, se puede esperar confrontaciones bastante agudas entre la ultraderecha y la ultraizquierda. Tomando en cuenta la cercanía de las elecciones parlamentarias, hay poca probabilidad de que el gobierno aplique una política de represalias contra ellos. Al mismo tiempo, en esta situación el gobierno no aceptará un plebiscito.

El plebiscito podría cambiar rotundamente la situación en el país. Sin embargo, las posibilidades de la Unidad Popular de triunfar son dudosas. El gobierno de Allende, al parecer, parte del hecho que, desde el punto de vista político, una decisión sobre el plebiscito, que cuestionaría la permanencia del bloque de la Unidad Popular en el poder, sería poco razonable pocos meses antes de un acto constitucional normal, como son las elecciones parlamentarias. Los líderes del bloque lo saben muy bien. Por esta razón, si en 1971 Allende más de una vez amenazó a la derecha con un plebiscito, ahora la derecha es la que se lo exige a Allende. Al parecer, se harán más frecuentes las declaraciones de estado de sitio con la entrega de control a los militares en todo el país y en algunas provincias. Allende ya aplicó esta medida más de una vez, demostrando su confianza en el Ejército. Pero eso, sin lugar a dudas, tiene un aspecto muy peligroso: los oficiales del Ejército aprenden a gobernar el país (los militares chilenos tienen en eso menos experiencia que sus colegas de otros países de América Latina), y tal experiencia crea antecedentes para un golpe de Estado.

Pero en general el golpe de Estado en Chile actualmente es poco probable. En sus últimas declaraciones el Comandante en Jefe del Ejército chileno, general C. Prats, destacó la lealtad de los militares a la Constitución. Respondiendo a los llamados de la prensa derechista que instiga a los militares a intervenir y acabar con los grupos armados de izquierda, Prats declaró: “En nuestro país no existen grupos armados que amenazarían con la intervención militar en la vida política nacional”². En Chile, según Prats, la situación es muy diferente a la de Colombia o Venezuela: aquí nadie se pronuncia contra el Ejército. En cuanto a poner orden en las calles, es el trabajo de la policía. Los objetivos de las Fuerzas Armadas están definidos por la Constitución, y las FF. AA. deben cumplir con ellos estrictamente. Las Fuerzas Armadas no intervenían, no intervienen y no intervendrán en la vida política del país.

El Ejército chileno apoyó decididamente al gobierno en el tema de la nacionalización de las minas de cobre de propiedad de las compañías norteamericanas.

Entre las causas más importantes que explican el apoyo real del Ejército al gobierno de Allende, se podrían mencionar las siguientes:

1) Cambios en la composición social del cuerpo de oficiales. De hecho, desde la época de la Constitución de 1925, los representantes de las capas medias urbanas adquieren cada vez más mayor importancia en todos los eslabones de mando. El nivel de vida de los oficiales venía bajando constantemente, así que en la década de los 60 se igualó con el nivel medio de vida de los empleados públicos. E. Frei prestó poca atención a la situación económica de los militares: se atrasaba el pago de sueldos, no se reajustaban a tiempo las remuneraciones según el IPC (esto afectaba a los oficiales en mayor medida que a los obreros y empleados públicos). Aprovechando las condiciones especiales de los militares, el gobierno de Frei les pagaba parte de sus salarios y sueldos en especies. Solamente el motín de octubre de 1969 lo hizo reconsiderar su actitud frente al Ejército y mejorar algo la situación económica de los militares. En este sentido el suelo resultó fértil para el gobierno de Allende, pero el cultivo de buenas relaciones con los militares cuesta caro.

2) Fortalecimiento de la influencia de la izquierda no solamente entre los oficiales, sino también entre la tropa. Lo demuestra la aparición de organizaciones de izquierda entre los militares en retiro, de carácter tanto político como profesional. El Movimiento de la Acción Popular Indepen-

² [La cita no es textual por provenir de una doble traducción: del español al ruso y viceversa.]

diente encabezado por el senador R. Tarud tiene muy buenos contactos entre los militares, especialmente entre aquéllos en retiro. Después de la llegada de Allende al poder fueron realizadas purgas de envergadura entre los oficiales, lo que fue facilitado por la investigación del motín de 1969 y, especialmente, del asesinato de general Schneider. Se puede suponer que la parte reaccionaria del cuerpo de oficiales, en su mayoría, se vio obligada a renunciar por una u otra razón.

Una prueba indirecta del fortalecimiento del apoyo a la izquierda entre la tropa la constituyen algunos datos de la estadística electoral. Por los partidos Comunista y Socialista a principios de los 60 votaban más del 60% de los hombres. En las elecciones municipales de 1971, por primera vez participaron los jóvenes entre 18 y 21 años. Más del 70% de ellos votaron por la Unidad Popular. Es natural suponer que los conscriptos del Ejército, de la misma edad, tienen una postura más o menos semejante³. En consecuencia, es difícil suponer la posibilidad de una acción del Ejército chileno como una fuerza unida al margen de partidos y del gobierno.

3) El Ejército chileno no tiene una experiencia práctica suficiente de gobierno.

Un papel importante en la actual situación política del país juega el cuerpo de Carabineros. De las 70 mil personas en armas en Chile, 20 mil son carabineros. A ellos en gran medida se puede referir todo lo dicho anteriormente sobre el Ejército. Pero hay también ciertas particularidades. Carabineros fue creado en 1927 por el general Ibáñez, tras la pérdida del apoyo del ala progresista del cuerpo de oficiales, dirigido por el futuro fundador del Partido Socialista, Marmaduke Grove. Carabineros fue creado como contrapeso a esta parte del Ejército. Posteriormente los gobiernos burgueses del país, actuando, según el principio *divide et impera*, apoyaban las discrepancias entre el Ejército y Carabineros. En 1964, el 80% de los carabineros en retiro y de los de servicio activo con derecho a voto, votaron por Frei. Sin embargo, bajo el gobierno demócrata cristiano las relaciones entre el gobierno y el cuerpo de Carabineros se deterioraron significativamente. Una de las razones principales fue el empeoramiento de la situación económica de los carabineros, el aumento de los años de servicio necesarios para obtener jubilación, de 10 hasta 20 años (en la práctica, hasta 25-30 años), la reducción de personal, etc.

³ [La experiencia del régimen reformista de Velasco Alvarado en Perú ha tenido gran influencia en el optimismo de las apreciaciones de los analistas soviéticos de la conducta y modo de pensar de los militares latinoamericanos en general y de los de Chile, en particular.]

Después de la llegada al poder, Allende designó un nuevo General Director del cuerpo, subió las remuneraciones de los carabineros y oficiales, presentó ante el parlamento un proyecto de ley que proponía aumentar la dotación de la institución (este proyecto fue rechazado por los votos de PDC y Partido Nacional, lo que, naturalmente, provocó descontento entre los carabineros con las acciones de la oposición). Durante su viaje al Perú el Presidente ofreció al General Director de Carabineros y a su esposa que lo acompañaran. Ocurrió por primera vez en la historia de la institución y recibió una gran y positiva repercusión entre sus miembros. Durante la visita a Cuba del Ministro de Relaciones Exteriores, éste fue acompañado por otro alto oficial del cuerpo de Carabineros. Los dirigentes de la institución más de una vez destacaron su satisfacción por no tener que realizar ahora las humillantes funciones de un órgano represivo antipopular.

Resulta conveniente analizar otro aspecto más de la situación política del país.

Dentro del bloque de la Unidad Popular se vislumbran ciertos cambios. En primer lugar, llama la atención el cambio de la política de Allende hacia la Unidad Popular. Hace poco el Presidente propuso promover candidatos comunes para las elecciones de 1973. Según la Constitución chilena, se prohíbe crear coaliciones políticas para las elecciones parlamentarias. Sin embargo, los partidos hace mucho tiempo encontraron formas de evadir esta prohibición mediante acuerdos entre los dirigentes de distintos partidos sin necesidad de fusionarlos. Como consecuencia de la mencionada propuesta de Allende, aparecieron varios proyectos de crear un llamado Partido Federado, en el cual cada partido podría conservar su identidad y características particulares. Todo eso agudiza las tensiones dentro de la Unidad Popular. Cabe suponer que Allende necesita la unidad dentro del bloque, pero sólo para asegurarse que todos los senadores y diputados de los partidos integrantes de la coalición voten en el parlamento por los proyectos propuestos por el gobierno. Por otro lado, las discrepancias dentro del bloque le permiten desempeñar el papel de un árbitro entre los partidos.

Vale destacar que el filo de la propuesta sobre los candidatos comunes, en las actuales circunstancias, está dirigido contra el Partido Comunista. El problema radica en el hecho de que antes de las elecciones municipales el Partido Comunista fue el partido más grande y más influyente dentro de la Unidad Popular. En las elecciones municipales los socialistas adelantaron considerablemente a los comunistas. Si en estas condiciones se van a ofrecer candidatos comunes, los socialistas pueden pretender recibir la mayoría absoluta. En general, la realización de este plan debilitará las posiciones de comunistas dentro del bloque, fortaleciendo al mismo tiempo las

posiciones de los socialistas de los partidos pequeños. Es poco probable que los comunistas no lo comprendan. Habría que pensar que viene el empeoramiento de las relaciones entre los partidos principales de la Unidad Popular.

En el movimiento sindical también surgieron importantes complicaciones. Una muestra de ello es el hecho de que en el VI Congreso de la CUT, celebrado a fines del 1971, no se procedió con la elección de una nueva directiva. Las elecciones fueron postergadas, primero, para abril, y posteriormente para fines de mayo. Los resultados de las elecciones del Consejo Directivo de la CUT fueron publicados a mediados de julio de 1972. Como presidente de la CUT fue elegido por tercera vez el comunista L. Figueroa. Como secretario general de la CUT fue elegido el socialista R. Calderón, y como vicepresidente el demócrata cristiano E. Vogel. Las elecciones demostraron un notorio fortalecimiento de la influencia de la Democracia Cristiana dentro de la CUT.

La Democracia Cristiana realiza dentro del movimiento obrero una política que fortalece las posturas puramente sindicalistas entre los líderes de las organizaciones de trabajadores. El PDC promueve la idea de que no es necesario centralizar la economía ni traspasar grandes empresas al Estado. Según su opinión, basta con establecer la autogestión obrera en la fábricas y usinas. Los trabajadores solos resolverán los problemas de la producción, y en eso precisamente consiste el socialismo verdadero y una democracia real. El papel del Estado tiene que reducirse a la realización de funciones consultativas y consejeras. Consideramos que una política de este tipo puede contribuir a la consolidación de la posición privilegiada de los trabajadores de ciertas ramas de producción, por ejemplo, de la industria cuprífera, lo que, por lo tanto, reforzaría la división dentro de la clase obrera. Sin lugar a dudas, tal situación complicaría los objetivos del Estado en el ámbito de la regulación de precios en el mercado interno y de la planificación de la economía. Los eslogans del PDC, por lo visto, tienen un carácter demagógico y sirven a los intereses netamente políticos de atraer hacia la oposición a una parte de la clase obrera. No se puede subestimar su impacto emocional en los obreros. En realidad, este planteamiento del problema evoca una variante del capitalismo popular⁴.

Durante la última Junta Nacional del PDC, que culminó en marzo de 1972, los demócrata cristianos, junto con criticar a la Unidad Popular, destacaron una serie de éxitos de la coalición (crecimiento de la produc-

⁴ [Es un término que en el lenguaje ideológico soviético de la época tenía una connotación claramente negativa.]

ción). Declararon que el PDC no estaba en contra de la expropiación de grandes compañías, pero objetaba algunas de éstas, que, desde su punto de vista, fueron realizadas sin el acuerdo democrático de los trabajadores. Es probable que eso insinúe ciertos cambios en la política de rígida oposición aplicada por el PDC durante los últimos meses.

Aunque la situación política general en Chile es bastante incierta e inestable, se podrían formular ciertas reflexiones en cuanto a su futura evolución y, particularmente, en torno al problema de las perspectivas de la permanencia del gobierno de Allende en el poder:

Los últimos meses de 1972 y el inicio de 1973 (hasta las elecciones parlamentarias) serán en Chile extremadamente agitados y tensos.

El golpe de Estado en Chile actualmente es poco probable, y la ultraderecha y la ultraizquierda no disponen de fuerzas suficientes para eso. Además, Allende tiene grandes posibilidades para utilizar, en el caso de necesidad, el Ejército contra las acciones abiertas de ultraizquierda y la ultraderecha.

Todo eso hace pensar que el gobierno de Allende permanecería en el poder hasta las elecciones parlamentarias de marzo de 1973.

En cuanto a las elecciones de 1973, es poco probable que el bloque de la Unidad Popular logre la mayoría absoluta en el parlamento y conquiste el poder legislativo. Cierta posibilidad hipotética de obtener la mayoría de los votos existía, pero ahora ha desaparecido casi en absoluto, producto de la salida de la Izquierda Radical de la Unidad Popular.

Es muy probable que después de las elecciones de 1973 el gobierno de Allende tenga la posibilidad de seguir consolidando el sector público de la economía ya existente. En el campo se terminaría definitivamente con el latifundismo. Al mismo tiempo, las empresas de los pequeños y medianos propietarios, por lo general, no serían nacionalizadas. La política interior y exterior del gobierno de Allende obtiene el carácter cada vez más moderado y reformista. Es así que es poco probable que Allende quiera y pueda realizar serias transformaciones de carácter socialista. Sin embargo, se puede afirmar que a pesar de la tensión e inestabilidad de la situación política interior de Chile, Allende lograría conservar el poder hasta cumplir el mandato presidencial, es decir, hasta el año 1976.

[...]

4. ESTADO DE RELACIONES ECONÓMICAS CON LA URSS Y PERSPECTIVAS DE SU DESARROLLO⁵

Ciertas premisas para el desarrollo del comercio y la colaboración técnico-científica con Chile se remontan a mediados de los años 60. En 1964, la URSS y Chile acordaron el restablecimiento de relaciones diplomáticas, mientras que una pequeña agencia comercial soviética ya había sido inaugurada en Santiago en 1962. En enero de 1967 fue firmado un acuerdo comercial y formas de pago, y dos acuerdos de créditos a largo plazo que suponían la adquisición por parte de Chile de maquinaria soviética y la prestación de asistencia técnica en la construcción de empresas industriales y afines, por una suma total de 57 millones de dólares.

Sin embargo, el acuerdo sobre el desarrollo de los vínculos comerciales y económicos prácticamente no se había puesto en marcha hasta octubre de 1970. El intercambio comercial anual entre Chile y la URSS alcanzaba apenas varios centenares de miles de rublos. Un cuadro semejante presentaban las relaciones económicas y comerciales entre Chile y otros países socialistas.

Tal estado de los vínculos económico-comerciales chileno-soviéticos se explicaba, en primer lugar, por la orientación históricamente determinada de la economía y del comercio exterior chilenos a los mercados de un reducido número de países de Occidente y, en particular, por la fuerte dependencia de los créditos extranjeros, de su ayuda económica y financiera, de sus mercados, de los estándares técnicos occidentales, etc., y también por una actitud cautelosa (y escéptica) de los gobiernos burgueses de Chile frente al desarrollo de las relaciones económicas con la URSS y otros países socialistas.

Por otra parte, la ampliación de la colaboración económica se ha visto seriamente obstaculizada tanto por la nomenclatura tradicionalmente reducida de las exportaciones chilenas (80% de su valor proviene del cobre), como por las capacidades limitadas de la URSS de suministrar ciertos productos que necesita Chile (trigo y todos los tipos de alimentos, petróleo y sus derivados, fertilizantes, etc.)

El gobierno de Allende promueve el desarrollo de las relaciones económicas con todos los países socialistas. Al mismo tiempo, este gobierno se caracteriza por la tendencia de enfocar este problema, en primer lugar, desde el punto de vista de la obtención de la ayuda económica,

⁵ [El documento es interesante por las apreciaciones de las expectativas de los líderes de la izquierda chilena respecto del carácter de las relaciones comerciales con la URSS.]

técnica y financiera de la Unión Soviética y de otros países socialistas. El futuro desarrollo de las relaciones económicas con Chile dependerá, en primer lugar, de las decisiones que ya han sido tomadas o se tomarán en el futuro próximo respecto a este problema.

Con la llegada al poder del gobierno de Allende las relaciones económicas entre la URSS y Chile se han ampliado notoriamente. Si en el año 1970 el valor total de intercambio comercial entre los dos países era 0,8 millones de rublos, y en 1969, apenas alcanzaba 0,3 millones, en el año 1971 el valor total del intercambio creció hasta 7,8 millones de rublos, principalmente, gracias a las exportaciones soviéticas. Por la petición del gobierno de Chile en 1971, la Unión Soviética suministró a este país una gran partida de trigo (100 mil toneladas). Además, fueron firmados contratos para el suministro de 5 mil tractores soviéticos y maquinaria para la construcción de caminos (por la suma de 6,5 millones de rublos).

Entre el 17 y el 29 de mayo de 1971 se celebraron en Moscú negociaciones con la delegación económica chilena, encabezada por el Ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda. Los participantes de las negociaciones se manifestaron partidarios de ampliar la colaboración económica y técnica en base a condiciones mutuamente ventajosas. Fue especialmente destacado el interés recíproco de ampliar el intercambio comercial. Las partes intercambiaron las listas de productos que podrían ser de interés de cada uno de ellos y para ambos.

En las negociaciones se acordó la construcción en Chile de una planta industrial para la producción de bloques prefabricados para la construcción habitacional y de una fábrica de aceites y lubricantes con capacidad de 70 mil toneladas al año, con la asistencia técnica y financiera de la Unión Soviética. Para garantizar el financiamiento de estos y otros proyectos que serían definidos en el futuro, el 28 de mayo de 1971 en el Ministerio del Comercio Exterior de la URSS se firmó el Protocolo sobre la ampliación del crédito otorgado anteriormente por la Unión Soviética a Chile para la compra de maquinaria y equipamiento, vía el Ministerio del Comercio Exterior, de 15 a 55 millones de dólares, y sobre la reprogramación de los plazos de pago de este crédito.

En septiembre de 1971 fue firmado el acuerdo intergubernamental soviético-chileno de colaboración para el desarrollo de la pesca industrial. Éste establece la participación de la Unión Soviética en la elaboración de proyectos, construcción y reconstrucción de uno o más puertos pesqueros en Chile, la participación de la URSS en la formación de especialistas para la industria pesquera. Se establece también la posibilidad de arriendo de los barcos pesqueros soviéticos *a condiciones comerciales*. Actualmente varias

traineras pesqueras soviéticas realizan la pesca en aguas profundas de las aguas territoriales chilenas, entregando la pesca a la compañía estatal chilena “Arauco”. Los barcos de investigación científica soviéticos participan en la prospección de los recursos pesqueros de Chile.

En enero-febrero de 1972, estuvo de visita en Chile la delegación económica soviética, dirigida por el vicepresidente del Comité Estatal de Planificación de la URSS, camarada M. A. Pertzhev. Durante las negociaciones con la delegación soviética, la parte chilena expresó su visión de las perspectivas de la colaboración económico-comercial para los años 1972-1975.

La parte chilena expresó sus expectativas en el sentido de que en 1972-1975 el intercambio promedio comercial entre la URSS y Chile podría alcanzar aproximadamente 300 millones de dólares anuales. Se destacó el interés especial de Chile de importar desde la URSS trigo, carne, mantequilla y algunos otros productos alimenticios, así como algodón, petróleo crudo, etc., por un total de 100-120 millones de dólares anuales. Además la parte chilena informó de su interés en importar maquinaria y equipos varios (para la construcción de carreteras, el sector energético, instalaciones de perforación, además de tractores, trolebuses, etc.) por un total de 30 millones de dólares anuales, aproximadamente. Sin embargo, la parte chilena quisiera empezar los primeros pagos por los suministros respectivos sólo a partir del año 1976. Esto implica que los productos soviéticos, principalmente alimentos y materias primas, se importarían en las condiciones de un crédito a largo plazo, que sería pagado después de las elecciones presidenciales de 1976, es decir, por la siguiente administración chilena, mientras que las transacciones con estos productos en la práctica internacional se realizan normalmente en efectivo sobre la base de crédito de corto plazo (hasta un año),

Al mismo tiempo, la parte chilena dio a conocer su lista de productos para exportar a la URSS, que incluía concentrados de cobre, cobre no elaborado y refinado, salitre, yodo, pescado, harina de pescado y también varios productos manufactureros industriales (calzado, productos de lana, etc.). A juzgar por la suma del intercambio anual (alrededor de 300 millones de dólares) propuesta por la parte chilena, el volumen de las compras soviéticas en Chile debería equivaler a 150 millones de dólares anuales, aproximadamente. Además, el pago por las exportaciones chilenas se realizaría en efectivo y en divisa convertible.

La parte chilena fundamentó su posición en el tema de las relaciones económicas entre la URSS y Chile aludiendo, por un lado, a grandes restricciones de carácter monetario y financiero y, por otro lado, a razones políticas.

En marzo de 1973 se celebrarán en Chile las elecciones al Congreso Nacional, de cuyos resultados dependen muchas cosas. Así, en el transcurso de las negociaciones la parte chilena hizo hincapié en que el triunfo de la derecha en estas elecciones puede conducir a la caída del gobierno de la Unidad Popular. Por esta razón, la parte chilena solicitó, con especial insistencia, ayuda económica para los próximos meses, es decir, antes de la elecciones parlamentarias.

De esta manera, el plan de desarrollo del comercio soviético-chileno propuesto por la parte chilena implica que la Unión Soviética tendría que aceptar condiciones que jamás se han contemplado en las relaciones de la URSS con los países en vías de desarrollo. Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes partidas de productos de primera necesidad, y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de un crédito a largo plazo. A su vez, se supone que la Unión Soviética tendría que importar productos, de los cuales no tiene mayor necesidad, y pagarlos de inmediato en moneda firme [...].

2-10: Conversación del embajador A. V. Basov con Luis Corvalán y Volodia Teitelboim

1972: 13 de septiembre

*Transcripción de la conversación del embajador A. V. Basov
con Luis Corvalán y Volodia Teitelboim¹*

En la conversación L. Corvalán destacó que existen rumores sobre un posible golpe de Estado. Según la información que tiene el PCCh, dentro de las Fuerzas Armadas se preparan grupos de conspiradores. La derecha pretende provocar a los militares para que se tomen el poder.

Según el interlocutor, los factores que favorecen estos ánimos son: alza de precios, problemas con el abastecimiento, asesinato de un carabineiro, descubrimiento de la actividad funesta de los grupos de ultraizquierda y de los vínculos entre éstos y el PSCh, realización de entrenamientos militares por los socialistas. Todo eso lleva a la brusca caída del prestigio del gobierno de Allende.

Corvalán subrayó que en estas condiciones existe un peligro real de intentos de golpe de Estado.

El dirigente comunista informó que frente a estas amenazas se elaboró una estrategia basada en la movilización de las masas alrededor de la CUT, que llamó a los trabajadores a tomar fábricas y a comenzar una huelga general en el caso de un putsch.

L. Corvalán comentó la situación en las Fuerzas Armadas. Subrayó la actitud leal del alto mando militar al gobierno y su disposición a mantener el orden público en el país.

V. Teitelboim, por su parte, informó de su reunión con el jefe de contrainteligencia del Ejército, general Sepúlveda. Se llegó a un acuerdo sobre la coordinación de las fuerzas de seguridad y de los partidos del bloque popular [...]. Se decidió a la vez movilizar a las fuerzas leales al gobierno, de acuerdo al decreto del Presidente del 18 de septiembre.

L. Corvalán consideró que una parte de la Democracia Cristiana se pronuncia por la colaboración con la Unidad Popular, pero la mayoría del partido tiene ánimos revanchistas.

El secretario general del PCCh expresó su preocupación por el fortalecimiento de las tendencias anticomunistas al interior de uno de los grupos del PSCh. Según él, numerosos militantes socialistas se dirigieron al PC solicitando su ingreso al partido. El secretario general del PS no se sintió

¹ [Del diario de A.V. Basov.]

capaz de poner orden en su partido, lo que obligó a C. Altamirano a renunciar de su cargo. En una oportunidad, Altamirano declaró haberse desempeñado como árbitro entre Allende y el Partido Socialista y entre distintos grupos al interior del PS. La falta de un entendimiento mínimo entre Altamirano y Allende contribuye a su desencuentro personal.

V. Teitelboim destacó que uno de los problemas más agudos del momento es el de la futura evolución del PSCh: si éste gira a la derecha o camina por la vía del programa de la Unidad Popular. Mencionó las apreciaciones de Allende acerca de la falta de apoyo por parte del PS. En la actualidad, el Presidente Allende busca reestructurar el gobierno, sin excluir la posibilidad de incorporar a las Fuerzas Armadas.

A su vez, Luis Corvalán, refiriéndose a las elecciones de marzo de 1973, comentó que la Democracia Cristiana no tiene ilusiones en cuanto a sus posibilidades de triunfar, como tampoco cree que la izquierda pueda conquistar la mayoría en el Congreso².

El dirigente comunista subrayó que la política económica de la Unidad Popular fue elaborada a corto plazo. Ha sido un error haber congelado los precios de los productos del sector público, lo que provocó pérdida de rentabilidad de las empresas estatales, donde el aumento de personal fue acompañado por la disminución de su productividad. Por otra parte, una de las condiciones desfavorables para la economía chilena consiste en la reducción de créditos estadounidenses.

Pero la dirección del Partido Comunista considera erróneo el aumento brusco de precios declarado recientemente. La política económica del gobierno debería orientarse a elevar la rentabilidad de las empresas estatales, aumentar la productividad, alcanzar la autogestión financiera de las empresas, modificar el sistema tributario nacional en el sentido de gravar a los sectores más ricos de la población y asegurar la redistribución de ingresos.

Al mismo tiempo, es imprescindible la revisión inmediata del nivel de remuneraciones, acorde al crecimiento de precios de uno y otro tipo de bienes de primera necesidad.

Luego V. Teitelboim informó sobre los intentos de los grupos de ultraizquierda de penetrar las filas del Ejército, provocando creciente preocupación en los círculos militares. Destacó que, en su mayoría, las Fuerzas Armadas no reflejan el modo de pensar de los ricos, ni de los pobres, sino de las capas medias de la población. También mencionó la creciente presión que las fuerzas reaccionarias realizan sobre el Ejército.

² [Redacción confusa en el original.]

V. Teitelboim subrayó que todo el cuerpo de oficiales de las Fuerzas Armadas de Chile y el general C. Prats se encuentran en posición de lealtad al constitucionalismo. Según Teitelboim, Carlos Prats declaró en una reunión de oficiales del Estado Mayor: “No soy el coronel Torres, los conspiradores pasarán sólo a través de mi cadáver. Soy así, que lo sepan”.

Según las informaciones de la CIA, el 85% de las Fuerzas Armadas de Chile son leales a la Constitución y las leyes chilenas existentes. Pero el empeoramiento de la situación económica no está fuera de la atención de las Fuerzas Armadas.

V. Teitelboim destacó el creciente interés del Partido Socialista por consolidar sus relaciones con el PCUS y la URSS.

1-1R: Crédito para propaganda comercial

1959: 17 de marzo

A: Comité Central del PCUS

И. 051-2/247
17/3-1959 г.

ЦК КПСС

ОБЩ. СЕКРЕТАРИАТ
Зам. № 1
09013 27

ЗАПИСЬ БЕСЕДЫ

Н.с.Зам.Председателя В/О "Международная книга"
тов.Гордеева Н.Е. 7 марта 1959 г. с т.г.Настоя-
телем /Компартис Аргентина/ и Наркормом
/Компартис Чили/

На беседе присутствовали: от В/О "Международная книга"
т.Гайдукова В.П.

от Наркома - т.Нострадам Е.В.

По поручению ЦК КПСС - т.Степанов В.В.

В начале беседы обсуждались вопросы, касающиеся распро-
странения советской литературы в Чили.

ГОРДЕЕВ просит Наркома передать товарищам из издатель-
ства "Аустриал" /или из "Буда Пуэло"/, что В/О "Международная
книга" идет от них информации по следующим вопросам:

1. Состояние реализации книг, выданных в 1958г., и планы
на 1959г. по организации продажи литературы.
2. Договор на передачу "Аустриал" издателя В/О "Между-
народная книга" в сумме 4250 ам.долларов на открытие магазина
в книжном магазине (или использован этот кредит).
3. Отчет о реализации, проведенной в 1958г., на сумму 1250
ам.долларов с предложением статей в образцах рекламы.
4. Планы издательства "Аустриал" по изданию советской
книг в 1959 году.

НАРКОМ обещает поручить составить эту информацию и
прислать её в ближайшее время через представителя Общества
и Другое. Предварительно, Нарком информирует, что образова-
ное у издательства "Аустриал" остатков переизданных совет-
ской книг, переизданных в 1954-57 гг., обстоит следующим:

1/ Издательство "Аустриал", ранее зак и Компартис, орже-
теально издавало первые не легальные издания. В предыдущие не
годы открытой продажей изданных советских книг по существу
не было, что не могло не сказаться на результатах.

Сараева

*1. Вопрос о переиздании книги "Аустриал" (Чили)
Вопрос о переиздании книги "Аустриал" (Чили)
переиздании книги "Аустриал" (Чили) 24/3/59*

В. Степанов

Н. Гордеев

Н. Гордеев

Н. Гордеев

24-

3/ Во последнее время издательство не имело собственной торговой сети. В настоящее время она создается.

3/ Урожай книги в СССР Чили чрезвычайно низкий, особенно в сравнении с Аргентиной и другими странами Латинской Америки. В результате, из третишней тарелки каждой книги советский рынок страны может получить только 500-600 экз. Советский рынок издательство рассчитывает распространять в других странах.

4/ Издательство импортировало издание им книги в ряд стран, но особенно эти страны только Аргентина и Уругвай /единицами поставками книг/. Из других стран денег не поступало, ввиду этого дальнейшее отправление книг было прекращено.

5/ Подбор книг, замеченных к изданию был сделан не совсем удачно. Не все издания книги размерами распространялись. Но следует учесть, что это был первый опыт, в дальнейшем книги, замеченные к изданию, будут более тщательно отбираться.

НАРВААН отмечает, что, по его мнению, главным недостатком то, что предоставленный Объединением кредит был использован строго по назначению. Он указывает, что руководство партии строго контролирует расходы расходование средств Объединения. В настоящее время положение с реализацией литературы значительно улучшилось. В г.Сан-Аго продажа ведется через четыре партийные магазины, на укрепление которых был использован второй кредит Объединения в сумме 6250 км. долларов. В 1958г. в Чили стала продаваться советская книга, изданные в Москве. Этих их производится через Уругвай и Аргентину.

Несмотря на трудности, которые встречает издательство "Аустраль" в реализации изданных книг, Нарваан считает, что в 1959 г. следует еще издать 5-6 советских книг. Это необходимо ввиду открывающихся рынков других стран /Бразилия, Эквадор и др./, где издавать советские книги нецелесообразно ввиду высокой стоимости печати. Нарваан просят предоставить на эти цели кредит, сумму которого он уточнит позднее через Представителя Объединения в Монтевидео. Он разъясняет, что партийное издательство "Аустраль" в финансовом отношении значительно слабее и само его, без помощи В/О "Мехикита", не сможет продолжать издание советских книг. Он надеется, что руководство Объединения учтет эту просьбу и до получения конкретные предложения в отношении требуемой из издания в Чили суммы, резервирует 4-5 тне. км.долларов.

ГОРБЕНКО благодарит за информацию и обещает учесть просьбу Нарваана.

5.-

ГОРДЕНЕ сообщает, что всего за 1959 год Объединение обещало кредиты кредит в сумме 25 тис. долларов. Учитывая информацию друзей, о росте цен на бумагу и стоимости печатных работ, Объединение поспе возмозимым предоставить в 1959 г. кредит в сумме 31 тис. долларов. Из них, 12,5 тис. долларов уже переданы, а остальные 18,5 тис. долларов будут переданы далее.

Гордене просит содействовать нормализации отношений Объединения с фирмой "Дариде". Объединение предоставляет "Дариде" максимум льгот в сравнении с другими фирмами, в том числе и прогрессивными. Несмотря на это фирма горюет подписание договора, а в ряде случаев приталала Объединение материальные ущербы: сокращение заказа на детские книги на испанском языке; перенос сроков книг морским грузом с Галии на Лондон, в том, как оказалось, крайней необходимости не было в т.д. Объединение и вперед готово сотрудничать с "Дариде" на льготных условиях, однако просит всемерно учитывать и интересы Объединения.

БЕЗРОДНИК выражает согласие с позицией Объединения и обещает содействовать развитию этих отношений с учетом интересов обеих сторон.

В заключение беседе Гордене поблагодарил Безродника за Нервизацию успехов в их деятельности.

Записная Беседы

А. ТАМБУНОВА

[Handwritten signature]

1-2R: Rendición de aportes entregados en 1966

1966: 26 de diciembre

De: B. N. Ponomariov

A: Comité Central del PCUS

В Центральный Комитет КСРС

Докладываю об исполнении расчетов
„Международного фонда помощи левым рабочим
организациям“ за 1966 год.

Фонд 1966 года был открыт в сумме
15.750.000 долларов из поступлений от партий-
участниц фонда в следующих размерах:

от КСРС — 13.200.000 долларов

„ КСЧ — 500.000 „

„ ФКЧ — 500.000 „

„ БОРБ — 500.000 „

„ ВСРБ — 500.000 „

„ БКБ — 350.000 „

„ СЕББ — 200.000 „

В 1966 году помощи была оказана 69
партий и национально-демократическим
организациям. Средства фонда были израсхо-
дованы полностью (справка прилагается).

Вносится предложение о создании
Фонда 1967 года. В связи с тем, что многие
партии обращаются с просьбами об увеличе-
нии размера финансовой помощи на 1967 год
и увеличении количества организаций,
которым оказывается помощь, просится выдать
в 1967 году увеличенный целевой взнос от КСРС
на 800.000 долларов.

Брекет постановления ЦК КСРС прилагается.

П. П. П.

26° декабря 1966 года

распределение Фонда 1966 года

1. Итальянской компартии	- 5.700.000 <i>милардов</i>
2. Французской компартии	- 2.000.000 "
3. Итальянской компартии пролетарского единства	- 970.000 "
4. Компартии Финляндии	- 900.000 "
5. Компартии США	- 700.000 "
6. Компартии Венесуэлы	- 500.000 "
7. Компартии Индии	- 360.000 "
8. Компартии Греции	- 300.000 "
9. Компартии Чили	- 300.000 "
10. Бразильской компартии	- 250.000 "
11. Компартии Уругвая	- 250.000 "
12. Компартии Великобритании	- 240.000 "
13. Компартии Австрии	- 200.000 "
14. Союзу народов Кении (Огига Одига)	- 200.000 "
15. Компартии Израиля	- 160.000 "
16. Иракской компартии	- 150.000 "
17. Народному движению за освобождение Анголы	- 145.000 "
18. Партия Народный конгресс Уганды	- 139.444 "
19. Компартии Австралии	- 130.000 "
20. Социалистической рабоче-крестьянской партии Нигерии	- 127.444 "
21. Компартии Канады	- 120.000 "
22. Гватемальской партии труда	- 120.000 "
23. Мексиканской компартии	- 110.000 "
24. Компартии Аргентины	- 100.000 "
25. Швейцарской партии труда	- 100.000 "
26. Партии Народный авангард Коста-Рики	- 100.000 "
27. Доминиканской народно-социалистической партии	- 90.000 "
28. Африканской партии независимости "португальской" Гвинеи и островов Зеленого Мыса	- 70.000 "

1-3R: Aprobación de aportes para 1970

1969: 28 de diciembre

Decreto del Comité Central del PCUS

и.с. секретаря
Горбачев
Григорьев

Постановление ЦК КПСС

Вопрос Международного отдела ЦК КПСС

1. Принять предложение Международного отдела ЦК КПСС о создании Международного Фонда помощи мирной работе организации на 1970 год в размере 16.550.000 долларов и определить денежный взнос КПСС в размере 14.000.000 долларов.

2. Поручить Главному Госбанку СССР (и.с. Свешникову) выдать т. Гопнареву Б.М. 14.000.000 долларов на специальные цели.

3. Поручить Международному отделу ЦК информировать руководители компаний, участвующих в Фонде о расходовании средств Фонда в 1969г. и согласовать с ними размер Фонда 1970г. в сумме 16.550.000 дол. и денежный взнос в следующем размере:

• КХЗ	- 500.000	дол.
• РКЗ	- 500.000	"
• ГОРЗ	- 500.000	"
• ВСДЗ	- 500.000	"
• БКЗ	- 350.000	"
• ССЗ	- 200.000	"

7.1.1970 г. 1.2
Секретарь - и.с. 2

ХТЮ/8
28.12.69

Проект
Принят 2

Постановление ЦК КХСР

Вопрос Международного отдела ЦК КХСР

1. Оказать финансовую помощь в 1970г.

Компартии Франции	в размере 2.000.000 долларов
Компартии США	" 1.000.000 "
Итальянской компартии	" 3.700.000 "
Компартии Гвинеи	" 400.000 "
Компартии Венесуэлы	" 500.000 "
Итальянский социалистический народный фронт	" 700.000 "
Компартии Израиля	" 250.000 "
Компартии Индии	" 225.000 "
Компартии Греции	" 150.000 "
Компартии Колумбии	" 150.000 "
Компартии Чили	" 150.000 "
Панамейский народный фронт	" 150.000 "
Бразильский народный фронт	" 50.000 "
Португальской компартии	" 50.000 "
Компартии Филиппин	" 40.000 "
Народный фронт Ирана	" 20.000 "
Партия социалистов Новой Зеландии	" 25.000 "
Мартиникская компартия	" 20.000 "
Фронт нел. освободителя Португалии	" 10.000 "
Компартии Бразилии	" 10.000 "
Органо-Африканский фронт	" 40.000 ф. ст.

2. Передачу средств народному Комитету

Государственной (м. Индустриальной).

т.т. Андрееву
Иванову

150/9
28-III-69.

1-4R: Rendición de aportes entregados en 1973

1973: 17 de diciembre

De: Comité Central del PCUS

Leonid Brezhnev

1. Раскрытие и пользование
2. Финансирование

Вопрос Межд. народного отдела ЦК КПСС

Сек. секретарь
ОСОБАЯ ПАПКА

Декларация о выполнении расходов Международного Фонда на 1973 год.

Фонд на 1973 г. был определен в размере 16.550.000
из поступлений от партий-участниц Фонда
КПСС - 14.000.000 долларов, КПЧ, ФНП, ПОРП, ВСПР - по
200.000 долларов каждая, БНП - 350.000 долларов

В 1973 г. из Фонда оказана помощь 60 партиям
и национально-демократическим организациям. Фонд израсхо-
дован полностью. Не сделала своего взноса в Фонд ФНП.

Следует отметить, что в связи с изменением места в последние
годы девальвацией доллара (почти на 20 процентов), увеличением
налогов и ростом цен во всех капиталистических странах созданы
трудности в работе братских партий по наеманию внутренних ис-
точников пополнения партийных бюджетов. Многие партии в 1973 го-
ду обращались с просьбами о дополнительной финансовой помощи
Многие все партии, обратившиеся на финансовую помощь на
1974 год, просит предусмотреть увеличение размера помощи
не менее чем на 25-30 процентов. Размеры выделенного Фонда
не позволяют удовлетворить эти просьбы. В связи с этим считали
бы целесообразным увеличить с 1974 года внос КПСС в Фонд
с 14.000.000 до 15.000.000 долларов, а также
обратиться к партиям - участницам Фонда с просьбой
об увеличении их денежных взносов в Фонд
на 25-30 процентов.

Таким образом, Международный Фонд помощи
братским организациям на 1974 год мог бы составить
18.400.000 долларов, в том числе:

КПСС	-	<u>15.000.000</u>	<u>долларов</u>
КПЧ	-	<u>200.000</u>	<u>"</u>
ФНП	-	<u>200.000</u>	<u>долларов</u>
ПОРП	-	<u>200.000</u>	<u>"</u>
ВСПР	-	<u>200.000</u>	<u>"</u>
БНП	-	<u>350.000</u>	<u>"</u>
СНП	-	<u>350.000</u>	<u>"</u>

Проект постановления ЦК КПСС прилагается.

17 декабря 1973 г.

Мининский

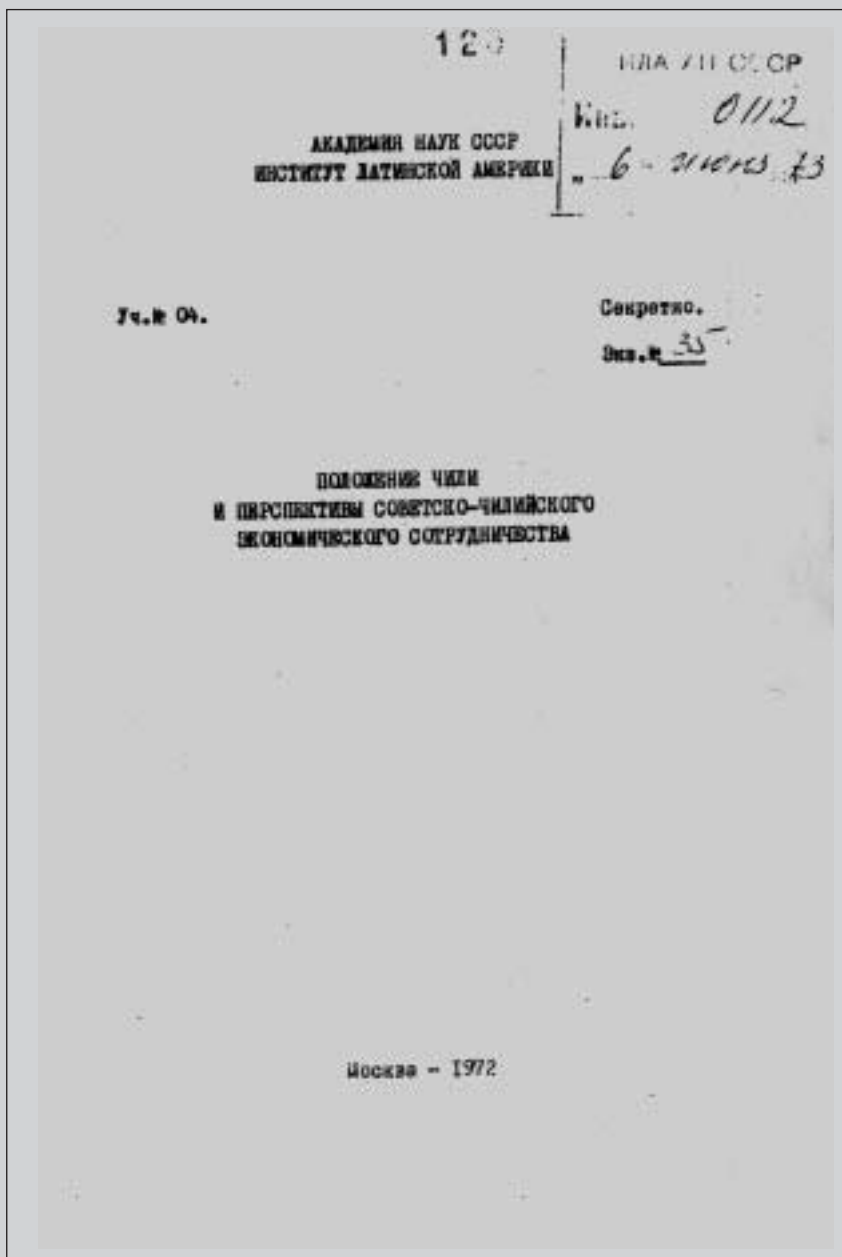
Сов.секретно

*Справка
о расходах средств Фонда в 1973г.*

№ п/п	Название организации	Сумма, выданные в рублях
1.	Итальянской компартии	5.200.000
2.	Французской компартии	2.250.000
3.	Компартии США	1.500.000
4.	Компартии Финляндии	1.020.000
5.	Компартии Чили	445.000
6.	Компартии Венесуэлы	415.000
7.	Компартии Израиля	360.000
8.	Компартии Индии	280.000
9.	Бразильской компартии	240.000
10.	Народному движению за освобождение Анголы	220.000
11.	Компартии Албании	200.000
12.	Компартии Уругвая	200.000
13.	Иракской компартии	135.000
14.	Ливанской компартии	180.000
15.	Компартии Греции	180.000
16.	Компартии Колумбии	115.000
17.	Перуанской компартии	155.000
18.	Компартии Аргентины	150.000
19.	Африканскому национальному конгрессу Восточной Африки	150.000

2-9R: Informe sobre la situación chilena elaborado por el Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS

1972: [probablemente de comienzos de julio]



С О Д Е Р Ж А Н И Е

	Стр.
I. Политическое положение.....	3 -18
II. Социально-экономические преобразования и экономическая политика	18 -26
III. Экономическое положение	26 -39
IV. Состояние экономических отношений в СССР и перспективы их развития.....	40 - 50
Примечание	51

1. ПОЛИТИЧЕСКОЕ ПОЛОЖЕНИЕ

В октябре 1970 г. в Чили впервые в Латинской Америке пришел к власти блок революционных сил, объединившихся вокруг программы глубоких социально-экономических преобразований. Главная цель правительства Народного единства, в соответствии с его программой, — "покончить с господством империализма, монополий, землевладельческой олигархии и приступить к строительству социализма в Чили".

Успешное выполнение программой блока Народное единство должно привести в перспективе к построению социалистического общества. Однако пути достижения этой цели пока не вполне ясны. В своем первом послании Конгрессу (май 1971 г.) С.Альенде заявил: "Мы не можем повторить опыт Кубы, Советского Союза и Китая. У нас свой путь, мы должны строить новое общество, исходя из реальных чилийских условий, традиций, с учетом истории Чили". К тому же правительство Альенде имеет весьма серьезные проблемы как в политической, так и в экономической области.

Сложнейшие вопросы теоретического и практического характера приходится решать чилийским коммунистам. С некоторыми из этих вопросов чилийское и международное революционное движение в прошлом не сталкивалось и ответы на них еще предстоит найти.

Политическая обстановка, сложившаяся в Чили, отличается рядом существенных особенностей.

1. Приведение к власти чилийским путем левые политические партии и организации располагают только частью политической власти, а именно исполнительской. Законодательная и су-

дебная власть (Высший конституционный суд) остается в руках правой оппозиции. Таким образом, коренной вопрос любой революции, вопрос о государственной власти пока не встал и в ближайшей перспективе, по-видимому, не найдет своего окончательного решения.

2. Придя к власти, Альенде обещал сохранить полную свободу печати, уважать права оппозиции и хранить верность конституции. Фактически это означает обязательство сохранить все существующие буржуазно-демократические и другие государственные институты, т.е. отказ от революционной ломки старого государственного аппарата, включая армию, службу безопасности и т.п.

3. Характерной особенностью революционного процесса в Чили является то, что им руководит многопартийный блок включающий и социал-демократические и левохристианские элементы, а также представителей ультралиевых и левых течений. Союз коммунистической и социалистической партий, образующий основу блока, также не является абсолютно прочным. Между коммунистами и социалистами существуют разногласия и противоречия, в частности, по таким серьезным вопросам как аграрный, отношение к левозэкстремистским группам, отношение к правой оппозиции и т.д.

4. Правительство Народного единства осуществляет свою политику в тесном контакте и при опоре на Единый профсоюзный центр трудящихся Чили (КУТ). КУТ пользуется большим влиянием среди трудящихся Чили. В настоящее время происходит глубокая перестройка руководящего аппарата профсоюзов, в частности, директивный совет (высший орган) будет избран простым голосованием всех членов профсоюзов (по партийным спискам). В связи с этим синдикалистские тенденции в чилийских профсоюзах и влияния "экономизма" может еще больше усилиться.

5. В последнее время в правительственных кругах Чили появились тенденции использовать армию и карбинеров для разрешения социальных и политических проблем (зведение осадного положения, назначение военных на высшие гражданские административные посты и т.п.). По-видимому, это по-

казатель того, что в существующей системе власти Альенде не намерен или не может решать социальные проблемы только лишь с помощью профсоюзного руководства, а политические вопросы с помощью партий Народного единства.

6. Поляризация политических сил в Чили дошла до такой степени, что в ближайшем будущем не исключены открытые столкновения (возможно с применением оружия) между крайне правыми и крайне левыми.

Таковы наиболее важные особенности внутриполитической обстановки в Чили. Важным процессом, во многом определяющим перспективы дальнейшего развития событий, является резко усилившийся внутриполитический конфликт.

В первый период после прихода к власти Народного единства можно было говорить о наличии в стране трех борющихся сил — левых партий, в той или иной степени поддерживаемых леворадикальными организациями вроде Левого революционного движения (МЛР); христианско-демократической партии, в которой разлад между левыми и правым крылом создал ситуацию неопределенности и неустойчивости и привел во главе с националистической партией. ХДП поддерживала Народное единство при утверждении С.Альенде на пост президента республики во время совместного заседания палаты депутатов и сената 24 октября 1970 г., в период прохождения в парламенте поправок к конституции, позволивших национализировать медные компании. Левые христианские демократы участвовали в национальной компании по проведению "дней добровольного труда" (субботников и воскресников), борьбы против неграмотности и др. В политическом плане в этот период ХДП выступила самостоятельно. После муниципальных выборов 1971 г., когда стало ясно, что при таком положении (т.е. при наличии трех самостоятельных политических сил) Народное единство практически всегда будет нести поражение, как правым, так и центристам, правое крыло ХДП пошло на сближение с националистической партией.

На дополнительных выборах депутатов парламента от этого по значению промышленного и культурного центра страны

- Вальваренсо ХДП, национальная партия и партия демократического радикализма выступали единым фронтом против Народного единства и провели своего кандидата (июль 1971г.) Аналогичная ситуация сложилась в январе 1972г. на дополнительных выборах в сенат от провинций О'Хиггинс и Кольчагуа и в палату депутатов от провинции Линерес.

Таким образом в настоящее время сложились две силы, определяющие политическое положение в стране: Народное единство и блок ХДП, национальной партии и партии радикальной демократии. Последний имеет в своих руках законодательную власть (большинство в парламенте) и судебную власть (суды, в том числе Верховный суд). Такое положение свидетельствует о процессе идейно-политической поляризации, которая происходит в чилийском обществе.

Поляризация мнений чилийского общества выразилась в расколе ХДП, который произошел после дополнительных выборов 1971 г. (Вальваренсо). Левая христианская партия, образованная после раскола, вошла в Народное единство и правительство. Однако и после этого раскола внутрипартийная борьба в ХДП не прекратилась. Одним из доказательств этого является массовый выход членов ХДП из партии после избирательной кампании в январе 1972 г. в провинциях О'Хиггинс, Кольчагуа и Линерес. В этот же период, когда отношения между президентом и конгрессом достигли крайней остроты (конституционное обвинение против А.Том), произошел раскол даже между членами парламентской группы ХДП. В то время как часть депутатов ХДП выразила протест в связи с назначением А.Том министром обороны, председатель палаты депутатов христианский демократ Фернандо Сануэс заявил о законности этого шага президента. Если часть ХДП, возглавляемая В.Фрей, проводит жесткую линию по отношению к правительству и идет на прямой раскол с правыми, то другая часть, тяготеющая к Р.Томичу, старается не компрометировать себя слишком уж явным сотрудничеством с национальной партией. Но эти сохраняющиеся внутренние разногласия пока отходят на задний план, когда речь заходит о противостоянии правительству. Особенно отчетливо это проявилось во время обсу-

ждения в конгрессе проекта конституционных реформ, намечавших создание "трех секторов" в экономике: общественного, смешанного и частного. Оппозиционные партии внесли ряд поправок в этот законопроект, которые привели к запрету продолжения национализации крупных предприятий. Причем, отменялись все мероприятия этого рода, проведенные правительством после 14 октября 1971 г. Отныне все экспроприации и создание государственных предприятий должны совершаться только с одобрения конгресса.

Нет единства и в национальной партии. Ее экстремистское крыло, в руинах которого партийный аппарат, настаивает на жесткой линии по отношению к христианской демократии. Главным ее аргументом является тот факт, что на президентских выборах 1970 г. лидер правых Х.Алессандри получил большую поддержку избирателей, чем Томич. "Умеренные" из национальной партии предпочитают предоставлять большую свободу маневров для ХДП, но настаивают на афирмировании влияния ХДП — национальной партии.

В целом, характеризуя правую оппозицию, представляется правильным отметить наличие в ней двух направлений, единых в своем направлении политики Народного единства, но расходящихся во мнениях о методах борьбы с правительством. Правые экстремисты из оппозиции омыкнутся с движением "Родина и свобода", практикующим нелегальные действия против правительства. Как недавно заявил лидер этой группировки П.Родригес, "Родина и свобода" уверена, что правительство рано или поздно нарушит конституцию, и тогда выступит армия, а эта правая организация должна быть готова к тому, чтобы поддержать выступление армии гражданским выступлением. То есть крайнее правое делает ставку на развязывание гражданской войны. Другое направление в оппозиции стремится использовать те атрибуты власти, которые она в настоящее время контролирует: парламент, Верховный суд, судебная информация. С этой целью всячески раздуваются недостатки и слабости нынешней администрации, чинится препятствия для проведения через парламент законов и постановле-

на, даже если против них нет принципиальных возражений, что создает заданность неспособности правительства упрямлять страну.

С июля 1971 г. оппозиция, оспаривавшая после временного потрошения, которое было вызвано самим фактом победы на президентских выборах и обостренной высокой политической активности масс, начала активное наступление против правительства. Интересно, что впервые в истории Чили правая оппозиция применила тактику переноса центра тяжести борьбы на массовые уличные выступления. Однако в этом вопросе правые потерпели поражение (конечно, определенный эффект имели демонстрации женщин в конце 1971 г., но больше на границах, чем в стране). Тогда оппозиция вернулась к более опытным и привычным формам борьбы — в парламенте. Здесь за первые месяцы 1972 г. она смогла добиться очевидных успехов. Фактически в настоящее время правительство оказалось парализованным в том, что касается продолжения политики укрепления общественного сектора.

Принятие парламентом поправок к конституции будет, без сомнения, иметь важные последствия, которые приведут к еще большему обострению борьбы в стране. Ясно, что КИТ никогда не сможет удовлетворить возмущения экспроприированных предприятий их бывшим хозяевам. Правительство в этом плане устали Альенде уже выказало свою лачку злости: судьбу экспроприированных предприятий будут решать сами рабочие. Это главный момент, определяющий исход политической борьбы в Чили.

В ближайшей перспективе также следует ожидать усиления активности левостроимых группировок, прежде всего самой влиятельной из них — Левого революционного движения (МЛР).

Связь Народного единства с МЛР является более тесной и сложной, чем кажется на первый взгляд. Особенно это касается социалистической партии и ее генерального секретаря Х.Альтамирано. В период президентских выборов и после них аппарат МЛР исполнил функции своеобразных органов

контрразведки при Народном единстве, и в действительности помог Народному единству обнаружить ряд заговорческих организаций. Это с одной стороны свидетельствует о еще невыполненных связях и возможностях МИР, а с другой, о его контактах с лидерами социалестов. Известно, что функционерами МИР являются два близких родственника Альенде.

Представляется вероятным, что Альенде, несмотря на некоторые свои заявления относительно МИР, в которых он угрожает ему репрессиями, больше стремится к контролю над этой организацией, чем к ее ослаблению или уничтожению. Действительно, отряды миротов можно противопоставить активным группам правых экстремистов, которые в феврале 1972 г. осуществили ряд вооруженных выступлений.

С первых же месяцев 1972 г. МИР активизировал свою деятельность, стремясь расколоть Народное единство и изолировать коммунистическую партию. Известных успехов в этом направлении миротам удалось достигнуть в провинции Консепсьон. В мае 1972 г. МИР, МАПУ, левые христиане и местная организация социалистической партии выступили единым фронтом против коммунистов и потребовали отставки префекта г. Консепсьон (коммунист). Не состоявшемуся по этому поводу совещанию руководителей партий-членов Народного единства разногласия достигли большой остроты. В поддержку левых фактически выступил генеральный секретарь СПЧ К.Альтемиро, потребовавший в ультимативной форме от Альенде ускорения революционных преобразований. Тем не менее в официальных заявлениях национальных руководителей всех партий, входивших в Народное единство, инцидент в Консепсьоне был осужден и было заявлено, что если МИР не откажется от своей раскольнической политики, с ним не может быть никаких контактов (наиболее резким было заявление по этому поводу сделал К.Альтемиро).

Все эти события привели к возникновению правительственного кризиса. Весь кабинет министров ушел в отставку. В новом кабинете сменились шесть министров (из пятнадцати). В нем сейчас 3 министра-коммуниста, 5 министров-социалис-

тов; остальные — члены радикальной, левохристианской партии, МАНУ и АРД. I) Реорганизация кабинета министров имеет действенный характер: с одной стороны, она усиливает позиции коммунистов и социалистов (радикалы потеряли один министерский пост), с другой, — это уже не чисто политическое представительство партии Народного единства в неполномитальном органе, а в значительной мере правительство специалистов. Так вместо П. Буковича министром экономики стал Е. Матус (социалист), бывший президент государственной сталеплавильной компании, инженер по образованию, выпускник Гарвардского университета, сотрудник аппарата комиссии ООН по Латинской Америке, П. Букович, также известный экономист, стал вице-президентом Координационной экономической комиссии, которую возглавляет сн Алленде. В эту комиссию входят кроме того министры экономики и финансов.

На посту министра жилищного и городского строительства радикала О. Контуринес сменил Л. Матте Вальдес (независимый). Он инженер, выпускник университета Нотр-Дам (Индияне). Имеет большой опыт практической работы.

Таким образом Алленде вполне или невольно, но неизбежно идет к созданию кабинета министров из специалистов в ответственных отраслях. Нынешний этап — это еще первые шаги. По-видимому, предстоит еще по меньшей мере одна перестройка кабинета до марта 1973 г. И уже непременно, — после парламентских выборов.

В целом в правительстве и в Народном единстве ясно осознается, по-видимому, та точка зрения, что нужно максимально перестроить экономику до 1976 г., чтобы путь вперед был закрыт независимо от того, кто придет к власти на выборах президентских выборах. Инициаторы в этом деле (в этом почти нет сомнений) — коммунисты. Социалисты (больше, чем другие партии) намерены остаться у власти после 1976 г., но не знают, как это сделать. Отсюда их мотивы и разногласия.

В политическом плане нынешняя реорганизация правительства лишь по видимости представляет собой уступку левым элементам, на самом деле — это победа линии КПЧ.

С другой стороны, она отражает процесс сужения социальной базы Народного единства и правительств, происходящий в стране. Этот факт свидетельствует о частичном поражении линии коммунистов, строгих левых сил (иногда даже излишняя уступка социал-демократическому крылу блока) расширить эту базу. Подтверждением этого является выход из Народного единства Левой радикальной партии (Л.Воссея, А.Бальтра и др.). С выходом этой партии правительство потеряло поддержку 12 членов Национального конгресса. Общее число сенаторов и депутатов партий Народного единства сократилось с 87 до 75 (из 200).

В первое время после выхода Левой радикальной партии была надежда, что эта партия займет по отношению к Народному единству позицию дружественной оппозиции. Это было бы перспективно и для самих левых радикалов, так как привлекло бы к ней часть избирателей-реформистов, примкнувших к правым. В свою очередь пополнение "третьей силы" (радикалы), придерживающейся в отношении правительства конструктивной оппозиции, увеличило бы возможности Альенде для маневрирования и даже могло бы привести к такой ситуации, при которой Народному единству (после парламентских выборов) удалось бы добиться изменения конституции в соответствии с его планами. Окончательно от возможности такого поворота событий пока нет необходимости отказываться. Но некоторые действия левых радикалов настораживают. Так, они создали координационный комитет с Партией радикальной демократии (Х.Дурэн). На дополнительных выборах в мае 1972 г. их кандидаты намерены поддержать правые радикалы, ХДП и национальная партия.

Оставшиеся месяцы 1972 г. и начало 1973 г. (до выборов в парламент, которые состоятся в марте 1973 г.) будут чрезвычайно бурными и напряженными. По-видимому можно ожидать всплеск острых столкновений между крайне правыми и крайне левыми. Правительство вряд ли пойдет в свете приближающихся парламентских выборов на осуществление политики репрессий. В то же время оно не пойдет и на попятный.

Плебисцит мог бы решительно изменить обстановку в стране. Однако неминуемо победу Народного единства сомнительны. Правительство Альенде, по-видимому, боится и из того, что политическим неразумно за несколько месяцев до нормально конституционного мероприятия, каким является парламентские выборы, решиться на плебисцит, который ставит под сомнение само существование у власти блока Народного единства. Лидеры блока прекрасно осознают это. Поэтому, если в 1971 г. Альенде неоднократно угрожал правым плебисцитом, то сейчас правые требуют от него проведения плебисцита. По-видимому больше частыми станут объявления в стране и в отдельных провинциях чрезвычайного положения с передачей контроля военным. Альенде уже неоднократно практиковал эту меру, демонстрируя свое доверие армии. Но это несомненно имеет свою обратную сторону: армейские офицеры учатся управлять страной (этого опыта у чилийских военных меньше, чем у их коллег в других странах Латинской Америки), а такой опыт порождает тенденции к государственному перевороту.

Но в целом военный переворот в Чили в настоящее время маловероятен. В своих последних выступлениях командующий чилийскими вооруженными силами генерал К. Прето подчеркнул верность военных конституции. В ответ на призывы прелой прессы к военным вмешаться и покончить с левыми вооруженными группами Прето заявил: "В этой стране не существует вооруженных групп, которые угрожают бы вмешательством в политическую жизнь страны". В Чили, по мнению Прето, положение сильно отличается от парагвайского, например, в Боливии или Венесуэле: здесь никто не выступает против армии. А наводить порядок на улицах — дело полиции. Вещи вооруженных сил определены конституцией и они должны строго соблюдать ее. Вооруженные силы не вмешиваются, не вмешиваются и не будут вмешиваться в политическую жизнь страны.

Чилийская армия решительно поддерживает меры правительства по национализации принадлежащих американским компаниям месторождений меди.

Среди наиболее веских причин, объясняющих фактическую поддержку армией правительства Альенде, можно было бы указать следующие :

1) изменение социального состава чилийского офицерства. Действительно, со времен конституции 1925 г. среди всех уровней лейтенантов все большее место занимали выходцы из средних городских слоев. Жизненный уровень офицеров непрерывно падал, так что в 60-х годах он стал таким же, как у средних служащих. Э.Фрей уделял мало внимания экономическому положению военнослужащих ; им задерживалось не только жалование, но и выплата пенсий в соответствии с ростом цен и инфляцией (долгая, чем рабочим и служащим). Пользуясь особыми условиями службы в армии, правительство Фрей низводило офицерам бонус вместо денег при выходе на пенсию. И только мятеж в октябре 1969 г. заставил его пересмотреть отношение к армии и несколько улучшить экономическое положение военных. В этом смысле для правительства Альенде почва оказалась благодатной, но впереди на ней хорошие отношения с военными — дело дорогостоящее.

2) Усиление влияния левых не только среди офицеров, но и среди солдатских масс. Демонстрацией этого является возникновение левых организаций среди отставных военных, имеющих как политический, так и профессиональный характер. Движение независимого народного действия, возглавляемое офицером Р.Тарудом, имеет очень тесные связи среди военных, особенно в отставке. После прихода к власти Альенде, среди офицеров были проведены основательные чистки, чему способствовало расследование в связи с мятежом 1969 г. и, особенно, убийством генерала Шнейдера. Можно считать, что в значительной степени реакционная часть офицерства по тем или иным причинам вынуждена была выйти в отставку.

Косвенным доказательством усиления поддержки левых среди солдатских масс являются некоторые данные избирательной статистики. В коммунистическую и социалистическую партии : начала 60-х годов голосует более 40 % мужчин. Во

примя муниципальных выборов 1971 г. в избирательной компании впервые приняли участие молодые люди в возрасте от 18 до 21 года. Более 70 % этой молодежи отдали свои голоса Народному единству. Естественно надеяться, что сверстники этих людей, проходящие службу в армии, занимает более или менее идентичную позицию. В связи с этим трудно предположить возможность выступления чилийской армии как единой внепартийной и антиправительственной силы.

3) Чилийская армия не имеет достаточной практики управления страной.

Важную роль в политическом положении страны играет корпус каребинеров. Из 70 тыс. человек, находящихся в Чили под ружьем, 20 тыс. — это каребинеры. К ним в целом относятся все, что говорится выше об армии. Однако есть и специфика. Этот корпус был создан в 1927 г. генералом Ибаñezем, когда он потерял поддержку прогрессивного крыла чилийского офицерства, руководимого будущим основателем социалистической партии Мариадуго Гриве. Каребинеры создавались в качестве противовеса этому крылу армии. Впоследствии, действуя в общем в соответствии с принципом — раздели и властвуй, — буржуазные правительства страны поддерживали распри между армией и каребинерами. В 1964 г. во время голосования 80 % каребинеров в отставке и тех на действительной службе, которые имели право голоса. Однако во время правления демокристического правительства отношения между ним и корпусом основательно испортились. Одной из главных причин этого было ухудшение экономического положения каребинеров, увеличение срока службы до пенсии с 10 лет до 20 лет (в фактически — до 25-30 лет), сокращение штата с сохранением объема служб и др.

После прихода к власти Альенде сменил руководство корпусов, увеличил заработную плату каребинерам и офицерам, представил в парламент проект, предлагавший увеличить штат корпусов (этот проект был отклонен голосами ХДП и центральной партии, что естественно вызвало недовольство среди каребинеров действующей оппозиции). Во время последней поездки

в Перу президент предложил директору корпуса и его супруге сопровождать его. Такой факт впервые имел место в истории корпуса и получил большой и положительный резонанс у его членов. В поездку на Кубу министр иностранных дел сопровождал другой высокий чин корпуса. Руководители корпуса неоднократно с удовлетворением отмечали, что им теперь не приходится выполнять узкоспециальные функции антинародного репрессивного органа.

Целесообразно рассмотреть еще один аспект политического положения страны.

Определенные сдвиги намечались в рамках блока Народное единство. Прежде всего обращает на себя внимание изменение политики Альенде в отношении Народного единства. Президент предложил недавно выдвинуть общих кандидатов на выборах 1973 г. По чилийской конституции во время парламентских выборов запрещается создавать политические блоки. Однако практика межпартийной деятельности дала уже известные возможности обхода этого запрета без слияния партий путем переговоров между руководителями различных партий. В связи с этим предложением появилось несколько проектов создания некой федеративной партии, в которой каждая партия сохраняла бы свои особенности и специфику. Все это обостряет отношения внутри Народного единства. Непременное предположение, что Альенде единство внутри блока нужно только до той степени, до которой все депутаты и сенаторы, входящие в него партий, будут голосовать в парламенте за предложения правительства проенты. Разногласия во внутри блоке позволяют ему выступить в роли некоего надпартийного арбитра.

Следует отметить, что предложение о выдвижении общих кандидатов в сложившихся в настоящее время обстоятельствах направлено своим острием против коммунистической партии. Дело в том, что до муниципальных выборов 1971 г. самой крупной и влиятельной партией Народного единства была компартия. На муниципальных выборах социалисты далеко опередили коммунистов. Если в этих условиях

выдвинуть обоих кандидатов, то социалисты смогут претендовать на подавляющее большинство. В целом реализация такого плана ослабит позиции коммунистов в блоке, усилив в то же время позиции социалистов и мелких партий. Это не может не привести к усилению противоречий внутри блока. Бред ли можно предполагать, что коммунисты не понимают этого. Надо полагать, что предстоит ухудшение отношений между главными партиями Народного единства.

Значительные сложности повязались и с профсоюзным движением. Об этом, надо полагать, свидетельствует то, что на УГ съезде КТГ, проходившем в конце 1971 г., не были проведены переборы руководителей. Они были сначала перенесены на апрель, а затем на конец мая. Результаты выборов в Директивный совет КТГ были опубликованы в середине июля 1972 г. Председателем КТГ на третий срок избран коммунист А.Фигероа. Генеральным секретером КТГ избран социалист Р.Кальдерон, первым заместителем председателя — христианский демократ Эрнесто Вохель. Выборы показали заметное усиление влияния в КТГ христианской демократии.

Христианская демократия проводит в рабочем движении политику, которая играет на руку синдикалистским настроениям среди профсоюзных лидеров. ХДН заявляет, что нет необходимости в централизации экономики и переходе крупных предприятий в руки государства. Достаточно, по их мнению, установить самоуправление рабочих на заводах и фабриках. Рабочие сами будут решать производственные вопросы, и в этом и будет состоять подлинный социализм и подлинная демократия. Роль же государства будет сводиться к выполнению обслуживающих и консультативных функций. Такого рода политика может способствовать лишь укреплению привилегированного положения трудящихся некоторых отраслей экономики, например, международной промышленности, а, следовательно, будет способствовать закреплению раскола среди рабочего класса. Безусловно, такое положение осложнит государству задачи, связанные с регулированием цен на внутрен-

ном рынке, планировании экономики. Диспуты ХДП, надо сказать, носят в основном демократический характер и служат чисто политическим интересам привлечения части рабочих на сторону оппозиции. Нельзя недооценивать их эмоционального воздействия на рабочих. Фактически такая постановка вопроса является модификацией народного капитализма.

На последней хунте ХДП, закончившейся в марте 1972 г., христианские демократы наряду с критикой Народного правительства отметили ряд его успехов (рост производства). Они заявили, что ХДП не выступает против экспроприации крупных компаний, но возражает против некоторых из них, осуществленных, по их мнению, без демократического согласия трудящихся. Возможно, это сулит некоторые изменения в политике жесткой оппозиции, которую проводила ХДП в последние месяцы.

Хотя внутривнутриполитическая обстановка в Чили в целом является довольно неопределенной и неустойчивой, в отношении дальнейшего развития политической ситуации в этой стране и, в частности, по вопросу о перспективах пребывания правительства Альенде у власти могут быть высказаны следующие соображения:

Оставшиеся месяцы 1972 г. и начало 1973 г. (до выборов в парламент) будут в Чили чрезвычайно бурными и напряженными.

Всекий переворот в Чили в настоящее время маловероятен, и крайне правые и крайне левые не располагают для этого достаточными силами. Кроме того, Альенде имеет большие возможности в случае необходимости использовать против открытых выступлений крайне правых и крайних левых — армию.

Все это дает основание полагать, что правительство Альенде останется у власти до парламентских выборов в марте 1973 г.

Что же касается выборов 1973 г., то не так бланку Народного единства вероятнее всего не удастся

получить большинство мест в парламенте и тем самым завоевать законодательную власть. Известная гипотетическая возможность получения абсолютного большинства голосов избирателей существовала, но практически сейчас полностью исчезла в связи с выходом из Народного единства левой радикальной партии.

По всей вероятности после выборов 1973 г. правительство Альенде будет иметь возможность осуществлять дальнейшее укрепление уже созданного государственного сектора в экономике. В деревне будет окончательно покончено с латифундизмом. В то же время предприятия мелких и средних собственников, как правило, не будут национализироваться. Внутренняя и внешняя политика правительства Альенде приобретает более умеренный и реформистский характер. В частности, Альенде едва ли захочет и сможет осуществлять серьезные преобразования социалистического характера. Можно сказать, что несмотря на напряженность и неустойчивость внутрополитической обстановки в Чили Альенде удастся остаться у власти до истечения президентского срока, т.е. до 1976 г.

II. СОЦИАЛЬНО-ЭКОНОМИЧЕСКИЕ ПРЕОБРАЗОВАНИЯ И ЭКОНОМИЧЕСКАЯ ПОЛИТИКА

Экономическая политика правительства С. Альенде основывается на разработанной в 1967 г. предвыборной программе блока Народное единство.

Экономическая программа блока Народное единство в частности предусматривает :

ликвидацию зависимости Чили от иностранного капитала;
обеспечение быстрых темпов роста экономики, рост производства дешевых и качественных товаров паразитической
необходимости;

ускорение темпов проведения аграрной реформы, введение на экспроприированных землях главным образом кооперативной формы собственности;

ликвидацию безработицы;

национализация частных банков, крупных промышленных и торговых предприятий, электроэнергетики, железнодорожного, морского и воздушного транспорта, средств связи;

установление государственной монополии внешней торговли;

увеличение объема и расширение ассортимента экспорта, использование новых рынков сбыта, стабилизация национальной валюты ;

установление зарплат в соответствии с процентным минимумом, введение минимальной зарплат. Автоматический пересмотр (если существует инфляция) шкалы зарплат в соответствии с ростом дороговизны;

расширение системы социального страхования, гарантированное обеспечение медицинского обслуживания за счет государства, предприятий и органов социального страхования, широкое жилищное строительство, снижение квартплаты.

За полтора года пребывания у власти новое правительство превратило в жизнь некоторые положения предвыборной программы.

Одним из важнейших первых мероприятий правительства Народного единства явилось утверждение суверенных прав нации на ее естественные богатства, выразившееся в переходе большей части горнодобывающей промышленности в руки государства.

Правительство Народного единства добилось принятия в мае 1971 г. национальным конгрессом поправки к конституции, которая позволяет Чили стать хозяином всех месторождений медной и железной руды, залежей соли и других полезных ископаемых. В конституции включены новые положения : "Государству принадлежит полное, исключительное и неотъемлемое право на все рудники, залежи гуано, металлоносные пески, соляные копи, месторождения угля, нефти и газа и другие полезные ископаемые".²⁾

Конституция закрепляет за государством суверенное право и монополизировать "природные ресурсы, средства про-

IX. СОСТОЯНИЕ ЭКОНОМИЧЕСКИХ ОТНОШЕНИЙ С СССР И ПЕРСПЕКТИВЫ ИХ РАЗВИТИЯ

Определенные предпосылки для развития торговли и научно-технического сотрудничества с Чили появились еще в середине 60-х годов. В 1964г. СССР и Чили договорились о возобновлении дипломатических отношений, а небольшое советское торговое агентство в Сантьяго было открыто уже в 1962г. В январе 1967г. с Чили было подписано соглашение о торговле и платежах и два соглашения о долгосрочных кредитах, предусматривавших закупки советскими машинами и оборудованием и оказание технического содействия в отрасли промышленности предприятий и других объектов на общую сумму в 57 млн. долл.

Однако договоренность о развитии торговых и экономических связей до октября 1970г. фактически не реализовывалась. Ежегодный торговый оборот между СССР и Чили составлял лишь несколько сотен тысяч рублей. Аналогичная картина наблюдалась также в торгово-экономических отношениях Чили с другими социалистическими странами.

Подобное состояние советско-чилийских экономических связей объяснялось прежде всего исторически сложившейся ориентацией экономики и внешней торговли Чили на рынок ограниченного числа стран Запада и, в частности, сильной зависимостью от иностранных кредитов, финансовой и экономической помощи, товарных рынков, западных технических стандартов и т.п., а также сдерживавшим (и сдерживаемым) отклонением буржуазных правительств Чили и развитием экономических отношений с СССР и другими социалистическими странами.

Однако весьма серьезные препятствия для расширения экономического сотрудничества создавали также, с одной стороны, традиционно узкая номенклатура чилийского экспорта (80% его стоимости дает медь), и, с другой стороны, ограничения возможности СССР поставлять некоторые товары, в которых нуждается Чили (пшеница и другие виды продоволь-

льства, нефть и нефтепродукты, удобрения и т.п.)

С приходом к власти правительства блока Народное единство политические препятствия для развития экономических связей с Чили в основном отпали и в целом для их расширения открылись новые перспективы.

Правительство Альянса проводит курс на развитие экономических отношений со всеми социалистическими странами. В то же время для него характерна тенденция подходить к этому вопросу, прежде всего с позиций получения от СССР и других социалистических стран экономической, технической и финансовой помощи. Дальнейшее развитие экономических отношений с Чили будет определяться в первую очередь теми решениями, которые уже приняты или будут приниматься в дальнейшем по этому вопросу.

С приходом к власти правительства Альянса экономические отношения между СССР и Чили заметно расширились. Если в 1970 г. общая сумма товарооборота между ними составляла 0,8 млн. руб. и в 1969 г. - 0,3 млн. руб., то в 1971 г. она возросла до 7,8 млн. руб., главным образом за счет экспорта из СССР. По просьбе правительства Чили в 1971 г. Советский Союз поставил в эту страну крупную партию пшеницы (100 тыс. т.). Были также подписаны контракты на поставку 5 тыс. советских тракторов и дорожно-строительных машин (на сумму 6,5 млн. руб.)

В период с 17 по 29 мая 1971 г. в Москве состоялась переписка с чилийской экономической делегацией, возглавляемой министром иностранных дел Хосемиром Альянса Медина. Участники соответствующих встреч высказались за расширение экономического и технического сотрудничества на взаимовыгодных условиях. Особо была отмечена взаимная заинтересованность в расширении товарооборота. Стороны обменялись списками товаров, представляющих взаимный интерес.

В ходе переговоров была также достигнута договоренность о строительстве в Чили домостроительного комбината¹² и завода базовых смазочных масел производительностью

70 тыс. т в год при техническом и финансовом содействии Советского Союза. Для того, чтобы обеспечить кредитование строительства этих и других объектов, возможность сооружения которых определяется в будущем, 28 мая 1971 г. в Министерстве внешней торговли СССР состоялось подписание протокола об увеличении суммы кредита, предоставляемого Советским Союзом Чили на закупку машин и оборудования по линии МВТ с 15 до 55 млн. долл и о продлении срока этого кредита.

В сентябре 1971 г. было подписано советско-чилийское межправительственное соглашение о сотрудничестве в развитии рыбного промысла. Оно предусматривает участие Советского Союза в проектировании, строительстве или реконструкции одного или нескольких рыбных портов в Чили, участие СССР в подготовке кадров для рыбной промышленности. Предусмотрена также передача в аренду на коммерческих условиях советских рыболовных судов. В настоящее время несколько советских траулеров ведут глубоководный лов рыбы в чилийских водах, отдавая улов государственной чилийской компанией "Ареуко". Советские исследовательские суда принимают участие в изучении рыбных ресурсов Чили.

В январе-феврале 1972 г. Чили посетила советская экономическая делегация, возглавляемая заместителем председателя Госплана СССР тов. И.А. Перцевым. В ходе бесед с советской делегацией чилийская сторона изложила свои взгляды по вопросу о перспективах торгово-экономического сотрудничества в 1972-1975 гг.

Чилийская сторона высказывала мнение, что в 1972-1975 гг. внешнеторговый оборот между СССР и Чили мог бы достичь в среднем около 300 млн. долл. в год. Было заявлено об особой заинтересованности Чили в импорте из СССР пшеницы, мяса, сливочного масла и ряда других продовольственных товаров, а также хлопков, сырой нефти и т.д. на сумму 100-120 млн. долл. в год. Кроме того, чилийская сторона сообщила о заинтересованности в импорте примерно на 30 млн. долл. в год различных машин и оборудования (дорожно-строительное, буровое,

энергетическое, тракторы, троллейбусы и т.д.) Однако первые платежи за соответствующие поставки чилийская сторона хотела бы начать лишь с 1976г. ¹³ Это означает, что советские товары, причем главным образом продовольствие и сырье, оплату которых в международной практике принято производить наличными или на основе кредитования до 1 года, предполагалось ввозить на условиях долгосрочного кредита, погашать который надлежало бы уже после президентских выборов 1976 г., т.е. следующей чилийской администрации.

Одновременно чилийская сторона представила список товаров для экспорта в СССР, включавший медные концентраты, черную и рафинированную медь, селитру, технический йод, рыбу, рыбную муку, а также различные готовые промышленные товары (обувь, изделия из пера и т.д.). Судя по сумме ежегодного товарооборота (около 300 млн. долл.), названного чилийской стороной, объем соответствующих советских закупок в Чили должен составлять примерно 150 млн. долл. в год. При этом оплата чилийских поставок производилась бы наличными и в свободно конвертируемой валюте.

Подобный подход к развитию экономических отношений между СССР и Чили чилийская сторона мотивировала, с одной стороны, острыми валютно-финансовыми затруднениями и, с другой стороны, политическими соображениями.

В марте 1973 г. в Чили состоятся выборы в национальный конгресс, от исхода которых зависит многое. В частности, в ходе переговоров было сделано заявление, что победа левых на этих выборах может привести к падению правительства блока Народное единство. В этой связи чилийская сторона особенно настойчиво просила оказать экономическую помощь в ближайшие месяцы, т.е. до парламентских выборов.

Таким образом, план развития советско-чилийской торговли, предложенный чилийской стороной, предполагал, что Советский Союз должен пойти на такие условия, которых

нет в торговых отношениях СССР ни с одной из развивающихся стран. Чилийцы рассчитывали, что СССР будет ежегодно поставлять крупные партии таких дефицитных товаров как пшеница, мясо, масло, хлопок и т.д. на условиях долгосрочного кредита. В свою очередь Советскому Союзу предлагалось импортировать с немедленной оплатой в валюте главным образом такие товары, в которых он не испытывает острой необходимости.

Во время посещения Чили экономической делегацией СССР, возглавляемой тов. М.А.Перцевым, чилийская сторона выразила такое пожелание расширить советско-чилийское технико-экономическое сотрудничество. Чилийская сторона представила список объектов, при строительстве которых она заинтересована получить техническое и экономическое содействие Советского Союза. Общее число объектов, фигурирующих в списке, достигало 25, оценка стоимости их реализации, произведенная чилийской стороной, — 103,5 млн. долл. Большинство этих объектов — предприятия по переработке сельскохозяйственного сырья (мельницы, молочные и комбинированные заводы и т.д.), химические предприятия (производство серной кислоты, хлоропродуктов, ацетатных спиртов и т.п.), а также тепловые и гидроэлектростанции.

Предложения чилийской стороны были тщательно изучены соответствующими ведомствами СССР. В частности, для уточнения некоторых общих и частных вопросов советско-чилийского экономического сотрудничества в Чили выезжало несколько групп советских специалистов. Все это позволило выработать подход и заключить с Чили ряд новых важных соглашений по экономическим вопросам.

21 апреля 1972 г. посол СССР в Чили г.Барон А.В. и министр иностранных дел Чили К.Альмеда обменялись письмами, зафиксировавшими соглашение об участии СССР в расширении завода по производству хлора и наустической соды в г.Консепсион, а также в строительстве завода комбинирован, центра по искусственному освещению животных и